

DRAMAS POLICIALES

---

# EL JOROBADO

ESCRITO PARA "LA PATRIA ARGENTINA"

POR

EDUARDO GUTIERREZ

( Con ilustraciones )



BUENOS AIRES

IMPRESA DE «LA PATRIA ARGENTINA», CALLE BELGRANO N.º 137 Y 139

1880



# EL JOROBADO

## UN LUNFARDO GENOVÉS

Toca hoy su turno al jorobado en la serie de Dramas Policiales que publicará LA PATRIA ARGENTINA, escogiendo los tipos mas famosos que hayan alojado nuestros presidios.

El jorobado es el mas famoso ladron que haya existido en Buenos Aires, donde llamó por mucho tiempo la atencion pública con una serie de robos llevados á cabo de una manera habilísima y original.

El jorobado era un ladron finísimo y sutil, que creia inútil romper una cerradura cuando existian instrumentos aparentes y de su propia invencion para abrir un cofre ó una puerta, como con la propia llave.

Este pequeño hombrecito que no se levantaba una vara del suelo, era un saco de astucia—lleno de inteligencia y de suspicacia; no habia empresa en que no se metiera, para llevarla á cabo del modo mas feliz.

El físico de este pequeño individuo era ridículo hasta el punto de no podersele mirar sin reir, ya por su enorme joroba, ya por sus piernas cortas y cambadas, como por la expresion satírica de su semblante.

El jorobado era un Cuasimodo, pero un Cuasimodo picaresco, que siempre tenia en los labios una especie de sonrisa japonesa que no se podia saber si era de burla ó de bondad.

Habia en su semblante una eterna movilidad que constituia su principal belleza de expresion, —poseia una mirada curiosa y *pinchante*, con la que abarcaba de un solo golpe de vista todo lo que le rodeaba. Era una mirada que interesaba y hacia mal al mismo tiempo—una mirada incómoda aunque inteligentísima, que salia de sus pequeños y encapotados ojos verdosos.

Su catadura en general era la de un buen

genovés, franco é inofensivo, pues uno de los principales talentos del jorobado, era el de tomar un aspecto de santulón, que hubiera envidiado un fraile limosnero.

Sus piés eran una especie de remos de grandes dimensiones, calzados con aquellos memorables botines claveteados que usan los italianos jornaleros, especie de herraduras de cuero, á cuya sola vista tiembla de espanto el mas inocente pié.—Zapatos que pueden muy bien servir de canoa, y que tienen la ventaja de poderse legar á los hijos, sin que hayan sufrido el menor deterioro ó peladura.

Vestia con rara predileccion un par de calzones cenicientos, que horriblemente cribados por el eterno masticar de sus zaptones, daban el último toque á aquella facha de infeliz bondadosísimo.

El jorobado no perdia fiesta religiosa ni se permitia faltar un solo domingo á oír misa en las monjas Catalinas ó en la Merced. Oía toda la misa arrodillado, y á cada campanillazo del monaguillo se sacudia tales puñetazos en el pecho, que los demás fieles no podian menos de admirarse del fervor ejemplar con que oraba aquel pobre jorobado, que besaba el suelo repetidas veces.

Esto unido á las limosnas que solia dejar en las bandejas y cepillos, cuando era visto por alguien, le habia dado cierta preponderancia con los curas de aquellos dos templos, que lo tenían por una alma bendita.

Sin embargo, entre las cuatro paredes de su cuarto, el jorobado cambiaba completamente de aspecto—Tapaba todas las rendijas de las puertas y ojos de llave, y entonces se entregaba al mas prolijo exámen de sus instrumentos, que consistian en una gran cantidad de llaves de todo género y tamaño, moldes de cera

y piés de gato, que era el nombre dado á una especie de palanquitas de fierro de que se servia famosamente.

Entónces sus ojuelos verdosos y pinchantes tomaban una espresion de infinita avaricia—se frotaba las manos y acariciaba sus instrumentos con un cariño paternal.

El jorobado, apesar de su facha ridícula y cosquillosa, era un insigne adorador del bello sexo, hasta el punto de derretirse como manteca ante la primer patrona de fondin donde solia ir á regalarse el paladar.

Las referidas patronas de fondin, que sabian que esta aficion del jorobado lo arrastraba hasta aflojar una propina de cinco pesos, prescindian de su joroba, y le permitian de cuando en cuando, una licencia amorosa.

El jorobado era pusilánime por condicion ó por especulacion traviesa: se persignaba ante una *chocolata* saltada y disparaba como un gamo ante la vista del menor instrumento cortante.

Y á pesar de esta cobardía, real ó ficticia, el jorobado era un ladron tan audaz, que su último y mas fabuloso rebo lo cometi6 á pocos pasos de la policia, que, sin conocerlo, lo buscaba como á pleito.

El jorobado era un herrero mecánico de primer órden y de gran crédito. Su especialidad eran las cajas de fierro, cuyas combinaciones y mecanismos conocia tan bien como su propio bolsillo.

Se habia acreditado muchísimo en su oficio, pues habia reformado las cajas de fierro de varias *casas inglesas*, que mas tarde robó, sin que á persona alguna se le hubiera ocurrido sospechar de él.

Insigne narrador de cuentos é historietas, que contaba en una graciosísima media lengua; cuando el jorobado iba á una casa de comercio por alguna obra de cerrajería, se entretenia largos ratos con el patron ó los dependientes, que lo escuchaban complacidos—entretanto el jorobado estudiaba la situacion de la casa con tal exactitud, que cuando volvia á la suya pasaba el plano á una especie de libreta que tenia con aquel esclusivo objeto, sin olvidar el menor detalle. Poseia lo que se llama *memoria local* tan desarrollada, que le bastaba un solo golpe de vista, para recordar cualquier situacion de muebles y parajes.

El jorobado, por otra parte, no era un hombre vulgar—en su oficio era un artista distinguido y tan hábil, que era capaz de fabricar una ganzúa con una simple carta de baraja.

Nuestros lectores podrán juzgar mas adelante de la habilidad y talento de este hombre, que llegó á adquirir una celebridad que ha pasado á la leyenda popular, que lo estima superior al mismo Caco.

¿Cómo diablos vino á caer á Buenos Aires

este célebre ladronazo, organizando la primer gavilla que se estableció entre nosotros con un éxito que jamás ha podido obtener otra alguna?

Vamos á buscar su origen, para lo cual nos hemos dado sendas calabazadas entre los matrotretos y empolvados espedientes de los juzgados del crimen que entendieron en sus innumerables causas.

Domingo Parodi, que así se llamaba el jorobado, era hijo de Santiago Parodi, honesto cerrajero de Génova y de Angela Paveva, moftetuda genovesa que tenia adoracion por el pequeño mónstruo.

Los padres de Domingo tenian por él un profundo cariño mezclado de lástima, nacido en el horror invencible que el muchacho inspiraba á las demas personas que lo miraban como un engendro del diablo.

Esto hacia que Angela y Santiago no castigaran jamás las innumerables travesuras que el pequeño Sátiro cometiera en la vecindad, travesuras de mal género pues todas ellas tendian á quitar á los demas muchachos sus juguetes.

Una confitería situada en la esquina de la herrería de Santiago era el campo de accion del pequeño mónstruo, que se pintaba solo para el escamoteo de una masa, ó de un puñado de caramelos.

El confitero se quejaba continuamente á Santiago de las iniquidades de aquel ladronzuelo, pero Santiago no se atrevia á castigar á Domingo—pagaba la masa robada y contaba á Angela la cosa, como una gracia de su hijo.

Así llegó Domingo Parodi hasta la edad de diez años, en que su padre lo puso de aprendiz en su cerrajería para enseñarle el oficio, pues el muchacho demostraba ya un talento extraordinario en la fabricacion de llaves.

Dominguito iba al taller de su padre muy de mañana, siendo increíble la atencion con que contemplaba las cerraduras que allí se fabricaban—Los oficiales de los talleres le tenian gran cariño por su inteligencia asombrosa y por la travesura de aquel pilluelo de diez años, que los solia hacer partícipes de alguna botella de *grappa*, de cuyo peso habia sido aliviado el armazon de la confitería ó el mostrador de una *cantina* de vinos que habia al lado de la herrería.

El jorobadito abandonaba los talleres á las doce del dia para ir á la escuela, donde aprendia á leer y escribir con la misma atencion y deseo de aprender con que veia hacer cerraduras.

La escuela á que asistia el jorobado, era dirigida por un viejo cura á quien el pequeño mónstruo habia ganado el lado con finísima



hipocresía, haciéndose el santulón y diciéndole que quería estudiar para cura.

En Italia no se había producido todavía aquel gran movimiento liberal que la ha levantado hoy arriba de las demás naciones de la Europa y muchas escuelas del estado estaban confiadas á la dirección de honestos curas y frailes.

La educación religiosa estaba en su apogeo, y se ganaban por completo la voluntad de los maestros, aquellos niños que mostraban inclinación por seguir la carrera eclesiástica. gran-

de doctrina y catecismo, que aprendía con una memoria felicísima y una aplicación ejemplar, lo que tenía al señor cura completamente dedicado á la educación de aquella alma buena.

Cobarde, sumamente cobarde por naturaleza, no tenía jamás cuestión alguna con sus compañeros de clase, pero cuando podía pescar á uno descuidado y darle un puñetazo sin ser visto, lo hacía con inmenso placer.

Los muchachos se quejaban al señor cura, pero este creía á Domingo incapaz de cometer la falta de que se le acusaba, afeándoles el crí-



jeándose de paso el mayor cariño de sus padres, pues la familia que llegaba á tener la felicidad de que un hijo se hiciera sacerdote, era una familia de alta significación, que merecía el mas profundo acatamiento de las demás.

El jorobado sabia todo esto y se había entregado á la mas cristiana adoración de *tutti i santi*, asistiendo todos los domingos á la próxima iglesia, donde ayudaba á misa con una unción ejemplar.

En el colegio era el mas famoso estudiante

men de calumnia que cometían acusando á aquel ser inofensivo y bueno.

El jorobado recibía de cuando en cuando algun feroz cachete en desquite de aquellas aventuras—pero Dominguito lloraba exajerando la cosa y el cura castigaba severamente al autor de aquella maldad—pero entónces el jorobado, con una hipocresía que hubiera envidiado un jesuita lloraba por el castigado, y pedía al señor cura lo perdonara, porque él también había perdonado el golpe recibido.

Con estas cosas el buen cura estaba persua-

dido que al jorobado poco le faltaba para ser un santo y hubiera castigado sin remordimiento alguno al que le hubiera hablado mal de aquel dechado de virtudes.

Como los informes que sobre la conducta de Domingo daba el cura á Santiago eran óptimos, el buen cerrajero llenaba de regalos á su hijo, en quien con cierto respeto miraba ya un futuro ministro del altísimo.

Dominguito, con gran placer de los oficiales de la herrería, que eran los únicos que lo conocían á fondo, asistía todas las mañanas á los talleres, practicando con notables adelantos la confección de llaves y cerraduras y obsequiando á sus maestros con las botellas que podía enlazar en casa del mismo cura su protector ó en la *bottiglieria* cercana, donde las sacaba sin ser visto.

En aquella época, 1827, había en Génova una desmedida afición por lo que hoy se llama entre nosotros *punga limpia*, de lo que resultaba que cuando menos acordaba el viandante se hallaba sin reloj ó sin cartera.

Era tal el vértigo de *punga* que en aquella época había invadido al populacho, que los depósitos de policía estaban atestados de punguistas simples y punguistas reincidentes.

Había también entrado la moda de robar en los templos, lo que tenía aterrados á los señores curas, pues los ladrones no se limitaban á robar los altares, pasando á dar su última mano en el domicilio del cura.

Personas que vivieron en Génova en aquella época nos dicen que era muy frecuente ver en los presidios á individuos que maquinalmente daban un *manoton* al aire y hacían como si algo escondieran en el sombrero.

El jorobado con capital propio de astucia é inteligencia, tenía que perfeccionarse hasta llegar á ser la notabilidad que mas tarde hizo perder la *chaveta* á nuestra policía, y la paciencia á D. Cayetano Cazon.

El jorobado, sin que nadie se lo sospechara y con pretexto de ir á misa, se soltaba saltando sobre sus piernas deformes hácia el barrio del bronce, donde vivían los mas finos punguistas y *mascalzoni* y la verdadera gente de avería que por la noche se desparramaba en la ciudad, á cometer todo género de tropelías en los bolsillos de los distraídos viandantes, ó en los géneros de las tiendas mas lujosas del centro.

Entre esta gente de uña larga y gañote duro, el jorobado tenía una banca fabulosa—él sabía darles famosas ideas para los grandes tiros, y les fabricaba las ganzúas que habían de usar con mas éxito.

Así los talentos en cerrajería que poseía el jorobado, eran explotados por aquella gente, que no le daban en cambio de ellas, mas que unos cuantos francos, pero este ejercicio le servía de práctica para cuando trabajara para sí.

El jorobado tenía solo doce años y ya había inventado una combinación de cerraduras y resortes que había aplicado á la caja de fierro del buen don Santiago, que dió en premio á Domingo nada menos que diez *marenghi*.

Grande fué la algazara que metió el jorobado con aquellos diez *marengos*, de los cuales destinó dos para entregarlos al señor cura á fin que de ellos hiciera limosnas y otros dos á los cepillos de la iglesia donde ayudaba á misa.

Era tan segura la combinación que había inventado aquel diabólico jorobado, que la cerrajería de Santiago Parodi estuvo de moda, pues allí fueron á reformarse infinidad de cajas de fierro, que con su intencion especial, iba el mismo jorobado á colocar en las piezas donde debían estar de firme.

Todos estos trabajos, además del crédito, proporcionaron al jorobado una buena cantidad de *marengos*, cuya mayor parte gastaba en obras pías.

Dominguito ó Ménego ú zembo como le llamaban en los talleres, se fabricó él mismo una caja de fierro de secreto para guardar sus *marengos*, que fué sin duda la mas famosa que salió de sus manos.

Mas tarde el jorobado hizo unos pequeñas cajas de fierro, sistema *alcancia*, que regaló á varias iglesias para que fueran colocadas á la entrada en vez de las grotescas cajas de madera que servían para recibir la limosna.

Las cajas quedaban cerradas por un resorte y una llave que debía tener el cura de la iglesia y estaban tan admirablemente sujetas á la pared, que para robarlas hubieran tenido que destruirlas á golpes, lo que serviría de aviso.

Pero el jorobado se había reservado una segunda llave que le permitía participar de la mitad de las limosnas que entraban á las cajitas, sin provocar la menor sospecha ó desconfianza.

Así el jorobado era rumboso en los donativos que hacía en las iglesias, sin disminuir un centavo de su capital de *marengos*, que por el contrario aumentaba con las limosnas que otros incautos depositaban.

La clientela de don Santiago aumentó de un modo fabuloso y los *marengos* siguieron ingresando en la caja del jorobado que decía esperar solo á tener una buena suma para entrar á estudiar de cura.

Los curas cuya sociedad frecuentaba Dominguito, le decían que todavía tenía tiempo de estudiar, que siguiera trabajando por ahora, para que pudiese seguir haciendo bien á la iglesia con sus limosnas.

—De todos modos se sirve á Dios, decían á Dominguito, y por el camino que tu marchas se vá rectamente al cielo—y el jorobado seguía

haciendo sus limosnas y engañando á los buenos eclesiásticos.

Si estos hubieran visto la expresion de aguja colchonera con que el jorobado metia *in ta stacca* los dineros que tan hábilmente *distraia* de las alcancias, le hubieran aplicado una ducha de agua bendita en plena joroba que hubieran considerado una nidada de malos espiritus—pero los buenos religiosos hubieran sospechado primero de las ánimas benditas que de aquel verdadero santo limosniéro.

Durante la semana santa, el jorobado estaba en su apogeo: era él quien salia á pedir limosna para las iglesias, cuyo producido mer-maba en mas de la mitad. Y lo hacia con tal picardia, que, como esas cocineras antiguas y mañeras, siempre habia tenido que poner algo de su bolsillo, porque el diario habia sido poco y le daba vergüenza volver con limosna tan escasa.

Entónces eran todavia los buenos tiempos del Papa, y apesar de la prédica impía y revolucionaria de los liberales, los buenos genoveses hubieran preferido quedarse sin comer, á negar una limosna á la iglesia.

Y aquel sátiro jorobado andaba yendo y viniendo con las bandejillas llenas de moneda de todos valores, que repartia generosamente entre sus diversas faltriqueras, con maravillosa equidad.

Así el jorobado iba haciendo fortuna á la sordina á costillas de los curas y los fieles contribuyentes, que le colmaban de bendiciones deseándole una larga salud para mejor resultado de los cepillos del templo.

Una tarde de cuaresma, se encontraron en la calle el jorobado y el cura director del colegio donde aprendia á leer y escribir. Al ver al cura el jorobado se echó á llorar como un recién nacido, mostrando su bandeja vacia.

—Por qué lloras hijo mio? preguntó con interés el sacerdote, que habia cobrado un gran cariño al pequeño monstruo—dime porque lloras, añadió, y trataremos de remediar el mal que te aqueja.

—Lloro, contestó el jorobadito, porque en la bandeja tenia once marenchos y unos pilluelos que encontré aquí á la vuelta me han arrebatado el dinero y me han golpeado de una manera brutal.

—Consuélate hijo mio, replicó el cura, Dios ha de castigar á aquellos impios que lo han ultrajado en esa limosna y en tu persona desvalida—no llores que tu no eres culpable y persevera en tu piadosa carrera.

El jorobado enjugó las lágrimas y regresó á su casa, repitiendo á Angela y á Santiago la desgraciada aventura de que habia sido victima, á causa sin duda de que el demonio lo queria perder.

Al otro dia por la mañana Domingo se fué á

casa de su maestro, con la bandeja y once marenchos que habia sacado de sus ahorros, por que aun cuando él no tenia la culpa, no queria estar en deuda con Dios.

El cura aplaudió esta conducta piadosa y aseguró al jorobado que aquel sacrificio no le debia de pesar, porque si quien dá al pobre presta á Dios, quien dá á la iglesia compra para sí la gloria eterna.

Aquellos once marenchos que habian robado al jorobado, dándole sendos garrotazos, era una simple operacion que habia hecho aquel pilluelo, para embolsarse treinta y tantos que era el producido líquido de la limosna de aquel dia, quedando bien con el señor cura, que lo habia recomendado á otros templos como excelente *pide-limosnas* y perfectamente acreditado con aquellos por cuya cuenta limosneaba.

Así este diablillo se habia hecho de un crédito fabuloso entre la gente de sotana, pasando por un verdadero santo ante los fieles que confiaban sus cuantiosas limosnas á su honradez acrisoladísima.

Entre las amistades que habia hecho el jorobado, figuraba el pilluelo Nicola, hijo de un fidelero, que era un pequeño descamisado de una larga, que servia de intermediario entre el jorobado y la gente de bronce.

Como este no podia concurrir á los barrios de brocha gorda, sinó á cierta hora de la noche, para no perder su reputacion de santo, cuando se necesitaba una ganzáa ó un instrumento de punja, era Nicola quien se lo venia á encargar y Nicola quien se lo llevaba á los que debian usarlo, para dar el golpe de que, quien menos aprovechaba era el jorobado en el que no querian despertar demasiada codicia.

Tal pedazo de pillo era el tal Nicola, que cuando algun carabinero, que es una especie de vigilante, se topaba con él, le sacudia un buen moquete, diciéndole: vaya por lo que has hecho ó por lo que vas á hacer.

Nicola protestaba de aquella injusticia malvada, soltando espantosas *bestemias*; pero el carabinero añadia—anda no mas, que si no has hecho nada, este es un adelanto á la iniquidad que has de andar por hacer.

Y los carabineros tenian siempre razon, pues Nicola era un perdido tan rematado que no encontraba apoyo ni aun en su propio padre á quien tenia medio loco con sus pungas y travesuras.

El jorobado que barruntó en Nicola el tipo que necesitaba para ser secundado en su carácter de santo, lo aleccionó de tal manera, que pocos meses despues Nicola era un muchacho tan bondadoso y tranquilo, que tenia asombrados con su cambio de conducta á los mismos carabineros que antes le sacudian el polvo y aún los huesos, por sus iniquidades presentes, pasadas ó futuras.

Unido á Nicola fué que el jorobado empezó á trabajar por su cuenta, de tal manera, que tuvo que huir de Génova, despues de haber perdido su famosa reputacion, hasta el punto que los carabineros tuvieron que medirle en varias ocasiones, el largo y el ancho de su joroba, con gran dolor del buen Santiago que creia en lo que el jorobado decia, á saber, que aquellas persecuciones eran venganzas de gente liberal y condenada, que no lo podian

ver juntando dinero para la iglesia y entregado escluisivamente al servicio de Dios.

Y tal maña se dió el condenado Domingo, que él mismo cura su maestro comulgó con esta rueda de carreta.

Véamos como el jorobado se lanzó á la vida de la punga, poniendo á contribucion todo el capital de su imaginacion traviesa y llena de recursos para salir airoso de las mas peliagudas empresas.

## LA PRIMERA PUNGA

El jorobado tenia ya quince años y comprendió que óra tiempo de trabajar por su cuenta, empezando por cargar la mano en el importe de las llaves maestras y otros instrumentos que se le encargaban.

Ya el jorobado no se conformaba con los pocos francos que se le remitian por intermedio de Nicola, que sin ningun escrúpulo entregaba la mitad de lo que habia recibido, pidiendo una comision por su trabajo.

El jorobado tuvo una larga conferencia con Nicola, resolviendo trabajar en sociedad, explotando en regla sus trabajos de cerrajería, mientras se ensayaban para aprovecharlos por sí mismos, en vez de venderlos.

La primer ganzúa para caja de fierro que encargaron al jorobado, apretó este la mano de tal manera, que hubo sendos pedidos de rebajitas y gran alboroto y algazara entre la gente que debia dar un golpe de gran resultado.

Nicola anduvo mediando en la cosa sin poder rebajar un centavo, pues sabia que la ganzúa era mueble indispensable, y tanto se hizo desear y tanto aseguró que el jorobado no cedia, que sacó un bocado de 500 francos.

¡Qué gran parranda armaron aquellos dos bribones con aquellos quinientos francos que con tanta facilidad habian ganado! ¡Qué gran vida la que se dieron durante quince dias que pasaron en perpétua jarana!

Nicola introdujo al jorobado entre la gente de alto pelaje, le hizo conocer las delicias de la grappa y lo puso en contacto con una cantidad de mujerzuelas de todo calibre, que saciaron momentáneamente su sed de amores, mediante los francos que Dominguito aflojaba con la misma facilidad que los habia ganado, pues tenia la seguridad de reponerlos bien pronto, mediante alguna otra ganzúa de encargue.

Durante aquellos quince dias de parranda, el jorobado gustó todos los placeres que proporciona la taberna: se enamoró, se embriagó,

y hasta perdió cincuenta francos en una jugada de morra.

Concluidos los quinientos francos, el jorobado dejó de ser agazajado por aquella gente infernal, y regresó á su casa donde Santiago y Angela estaban entregados á la mayor desesperacion á causa de su larga ausencia.

En un periquete el jorobado fabricó una larga historia de secuestros y de ladrones, tan llena de colorido y tan natural, que tanto sus padres como el cura, la tragaron sin el menor inconveniente.

Al segundo dia de estar en su casa reponiéndose de la pasada borrasca, el jorobado recibió por intermedio de Nicola, dos moldes en cera y el encargo de dos llaves ganzúas de sumo interés.

El jorobado vizlumbró en el acto otros quince dias de parranda y jaleo encargando á Nicola no aflojara las ganzúas por menos de quinientos francos, tratando de sacar mas, si era posible.

Nicola que veia en el jorobado una mina de primer órden que explotaba sin trabajo alguno y sin el menor riesgo individual, manejó la cosa de tal manera, que cuando llevó las ganzúas, volvió con quinientos francos.

Esta vez el jorobado pidió permiso humildemente al buen D. Santiago para ir á pasear con un amigo á Pegli, *campagna* cercana, licencia que se le concedió sin el menor obstáculo, pues aquella buena gente no podia figurarse ni remotamente en la clase de paseos que andaba el pequeño jorobado, á quien creian un inocente que no tenia ni la menor idea del mal ni la mas remota malicia del mundo.

El jorobado y Nicola se juntaron en un punto que habian convenido de antemano, y se soltaron al centro de la alegria prometiéndose los dias mas sublimes y las noches mas famosas que pudieran soñar.

La noche se pasaba de claro en claro, entre el piringundin, el juego y la grappa, que al

teraba por completo los sentidos del jorobado, lo que daba por resultado que este hiciera mil necesidades de todo género.

Entre aquella gente habia una muchacha herrerosa y rolliza, especie de maritornes del fondo donde pasaban la noche, de quien el jorobado se habia enamorado como un mono, hasta el punto de no desprenderse de su lado un solo momento.

Esta muchacha degradada como toda aquella gente, dominaba el horror que la inspiraba Domingo, hasta el punto de prodigarle caricias que enloquecian al pobre jorobado.

Giuseppina, que así se llamaba aquella criatura perdida, dominaba por completo al jorobado, á quien se propuso esplotar haciendo pasar á su bolsillo los francos de Domingo, pero con tal groseria y tan poco tino, que bien pronto se apercebíó el mónstruo que el cariño de Giuseppina era esclusivamente por su dinero y no por su grotesca persona como él se lo habia creído cándidamente.

Una noche Giuseppina habia armado lo que entre nosotros se llamaria una milonga á la que habian concurrido una media docena de muchachas de su mismo pelaje atraidas por el dinero de los muchachos.

Giuseppina se manejó con tal habilidad, prodigó tantos cariños al pequeño sátiro, le hizo enjuagar tal cantidad de copas, que á las tres ó cuatro horas de jarana, el jorobado estaba completamente borracho.

Entónces, al rededor de aquel cuerpo deforme y repugnante, se armó una verdadera noche de Valpurgis, que puso en alarma á Nicola, quien temió que la cosa llegara hasta quebrar la joroba de su amigo.

El jorobado, completamente ébrio, reia ferrozmente á cada nuevo puñetazo que recibia, ó á cada nueva botella de aguardiente que volcaban sobre sus cabellos, que eran una especie de delgados piolines.

Su semblante habia tomado la espresion del idiota mas perfecto—reia de una manera nerviosa y aseguraba que en su vida habia pasado momentos mas divertidos que aquellos, rodeado del amor y de la amistad.

Cada nueva palabra del jorobado y cada movimiento que hacia para pararse, era festejado con un trueno de infernales carcajadas y una lluvia de puñetazos y moquetes, que amenazaban concluir con su inocente joroba.

Nicola, comprendió que si aquello seguia un poco mas de tiempo, su amigo y sócio iba á quedar completamente desvenecjado é inútil por mucho tiempo para ganar unos nuevos quinientos francos, así es que declaró que aquello ya era demasiado para broma y que era necesario llevar á dormir al jorobado que no tenia la menor conciencia de lo que pasaba cerca de sí.

Entónces Nicola, ayudado por Giuseppina, llevaron al jorobado á la habitacion de esta, reducido michinal, cuyo mueblaje consistia en unas cuantas jergas desparramadas por el suelo, jergas que dragoneaban de cama.

Allí fué colocado Domingo Parodi, y allí quedó durmiendo el profundo sueño de aquella tranca brutal, que tendria la ventaja de servirle de leccion muy provechosa para el futuro.

La bacanal siguió en la taberna hasta mas de media noche, en que se retiraron los que podian sostenerse sobre sus piernas, que eran los menos, quedando los otros bajo las mesas, durmiendo la tranca.

Giuseppina se retiró á su covacha, á cuidar al jorobado mientras dormia, segun lo aseguró á Nicola, y lo cuidó tan bien, que á la media hora de estar en el cuarto, el pobre jorobado era víctima de un *abuso de confianza*—Su novia lo habia desplumado hasta los *canutos* y se lanzaba del cuarto dejando en los bolsillos del incauto enamorado, solo cuatro centésimos perdidos en el doblez del saco, lanzándose en seguida á esconder el robo, en paraje seguro, donde no corrieran peligro de ser hallado por los temibles habitantes de aquella taberna, todos ellos habilísimos jugadores al uñate.

Cuando el jorobado despertó al dia siguiente, se encontró imposibilitado de poderse levantar—molido por la tranca, por los diversos manteos que le habian adjudicado y por la dureza de la cama donde habia dormido.

Vino Nicola en su ayuda, para volver á empezar la parranda, pero todo fué inútil—el jorobado estaba molido é imposibilitado de dejar la cama, por lo menos en tres ó cuatro dias.

Cuando la turca se le hubo disipado un tanto cuanto y el jorobado pudo darse cuenta de lo que le sucedia, su desesperacion no encontró límites y se puso á renegar de todo y de todos.

No era tanto el dolor de los golpes recibidos ni el vino de que estaba empapado, lo que así lo hacia prorrumpir en tan brutales maldiciones, era la desesperacion de verse robado y robado por aquella muchacha que tanto amaba.

—Ciento ochenta francos, dijo á Nicola, ciento ochenta francos me han robado, y este ladrón *maledetto* no puede haber sido otro que Giuseppina, pues yo recuerdo perfectamente que fué ella quien me trajo á dormir.

Nicola trató de consolar al jorobado, partiendo con él el dinero que le quedaba, pero todo fué en vano—el jorobado era avaro, muy avaro, y aquel golpe á sus bolsillos le habia quitado todo su buen humor y alegria.

Quiso levantarse inmediatamente y volver á su casa, pero estaba tan molido, le dolia tanto la joroba y la cabeza, que tuvo que dominar

sus iras y guardar cama hasta que pudiera caminar.

Nicola siguió la jarana las otras noches en la taberna, donde el tema de las risas y chachotas era su molido compañero, que descansaba el efecto del manteo, en aquellos jergones y trapos de su ingrata compañera.

La primer noche Giuseppina vino al cuarto del jorobado, tratando de mantener su influencia para su segundo golpe de uña, pero Domingo le afeó su accion, diciéndola que no queria volverla á ver mas.

Así pasó tres endiablados dias, comiendo lo poco que le llevaba Nicola y bebiendo agua pura, pues desde aquella noche desventurada habia cobrado horror á todo alcohol, pues la grappa era la causante de todo.

A la cuarta noche, el jorobado muy aliviado de sus dolencias, limpió un poco su ropa que estaba en un estado lastimoso, y llamando á Nicola, salió de aquella taberna, jurando no volver á ella en su vida.

—Ahora, dijo á Nicola, es necesario que trabajemos por nuestra cuenta, dando golpe en alguna parte gorda para que la ganancia sea mayor y no volver á pisar esta taberna infame donde tan mal me ha ido.

—No te acobardes, contestó el pilluelo, mañana seremos nosotros los que sacudamos el polvo á estos borrachones, y así quedaremos pagos—no hay que tomar las cosas tan á pecho, porque á todos les pasa lo mismo.

Pero el jorobado no entendia de tales razones—habia recibido una tunda de primer orden, y no queria esponer su joroba á recibir una segunda edicion, corregida y aumentada por algunos otros concurrentes aficionados.

Conviniéron pues, en que el jorobado seguiria su vida eclesiástica recolectando limosna, hasta que se presentara una ocasion favorable para dar un golpe que mereciera la pena y que no ofreciera el menor riesgo.

Así se separaron para dirigirse cada uno á su casa, quedando en verse todos los dias para comunicarse cualquier cosa de interés, siempre que esta no fuera la fabricacion de llaves gánzúas para otras personas.

El jorobado volvió á la antigua vida de asistir á la escuela del cura don Girólamo, andar limosneando para las iglesias, y haciendo limosnas él mismo, con el dinero que distraia de la colecta ó sacaba de las alcancías.

Una nueva ocupacion se habia impuesto Dominguito, y esta era adiestrarse en movimientos de mano que le permitieran sacar una cartera de ageno bolsillo, sin ser sentido, como habia visto hacer á otros.

Por la mañana recorria los talleres de la cerrajería ensayándose en hurgar, á la pasada, los bolsillos de los operarios, siendo para él

un placer inmenso cuando podia tomarles un objeto sin ser sentido.

Si algun obrero desconfiaba de la cosa ó sentia en sus faltriqueras la mano del pequeño sátiro, este reia como un descosido, asegurándoles que ya llegaria dia en que no lo sentirian ni sacarles la misma blusa de trabajo.

Al cabo de un año de esta práctica diaria, en cuyo tiempo hicieron con Nicola algunos robitos, el jorobado se habia hecho un punguista tan fino, que una mañana robó á don Girólamo la caja del rapé sin que este lo sintiera.

—Ahora sí que soy un hombre, dijo el jorobado á Nicola y se soltó á la calle á hacer pequeñas pungas de relojes y carteras, con tanta destreza, que el mismo Nicola quedaba con la boca abierta de admiracion..

Mientras el jorobado seguia practicando en los bolsillos agenos, no dejaba de mano la confeccion de las gánzúas y el estudio de las mas modernas cajas de fierro que salian de otros talleres y cuyo mecanismo no conocia.

Para sus diversiones y truenos, el jorobado y Nicola habian elejido el extremo opuesto de la ciudad, donde la justicia era una porcion de truhanes, de los que el jorobado decia que con el tiempo les habia de sacar un gran provecho.

El buen pueblo genovés ha sido siempre amigo, y lo es actualmente en gran mayoria de hacer regalos á las iglesias y altares, regalos cuyo lujo está siempre en relacion con los bolsillos del que los hace.

Hoy mismo, aunque menos generalizada, á causa de esta maldita civilizacion que todo lo inyade, existe esta misma costumbre, que hoy produce una centésima parte de lo que producía en aquellos tiempos inocentes.

Habia entónces la costumbre de dirigir los regalos á los santuarios que rodean las pintorescas colinas de ambas riberas, regalos que eran ofrecidos solamente por el *popolino*, pues la aristocracia genovesa dirigia sus presentes de dinero ó alhajas á los mas suntuosos templos, pues era lujo en las matronas ricas el tener á su cargo un altar, ó una madonna, para darse el placer de llanarla de pedrería.

En todas las épocas ha existido una virgen de Lourdes que, con distinto nombre, aunque con el mismo objeto, ha venido á ser la imagen donde las creencias exajeradas han llevado un fuerte contingente de dinero.

Ha sido el mismo fraile con las mismas alforjas, cuyo único punto de mira está en la credulidad de los mas inocentes que dan vuelta sus bolsillos sin esplicarse siquiera el por qué de esas dádivas.

La virgen de Lourdes de aquellos buenos tiempos, se llamaba la virgen del Agua Santa,

hermosa estatua de mármol colocada en un pintoresco templo lleno de adornos y magníficas pinturas.

Esta era la virgen milagrosa cuyas aguas, como las de Lourdes, volvian la vista á los ciegos, daban talento á los cretinos, y untadas en cualquier calva hacian salir un cabello sedoso y abundantísimo.

A ella se dirigian los mas hermosos presentes y las joyas mas valiosas, hasta el punto de que los atavíos de la tal virgen del Agua Santa, constituian una verdadera riqueza que hubiera hecho felices á muchas familias.

Fué, pues, en la milagrosa virgen que el travieso jorobado fijó su vista para debutar en el golpe que le habia de dar fama y sobre todo un provecho que le podia dar sendos meses de descanso.

El jorobado pidió al cura don Girólamo cartas de recomendacion para el cura del Agua Santa, y se las dió tan cumplidas, que este no tuvo el menor inconveniente de permitirle ayudar á misa.

Desde aquel dia el jorobado fué infaltable los domingos á ayudar la misa en el templo de la virgen del Agua Santa, con tal uncion y tan buena voluntad, que el cura estaba entusiasmado con el nuevo monaguillo.

El jorobado estudiaba con una precision matemática el paraje donde el cura guardaba los valiosos ornamentos que servian para el sacrificio de la misa, sin perder un momento de vista la hermosa y pesada corona de oro, y la gran cantidad de votos de oro y plata que las almas piadosas habian ofrecido á la milagrosa madonna, pidiéndole las ayudara en tal ó cual empresa que querian llevar á punto y buen fin.

¡Cómo se dilataban los ojos del pequeño Cuasimodo al contemplar tantas riquezas, y cómo temblaba de emocion su joroba, al pensar que todas ellas podian pertenecerle si se daba maña y procedia con astucia!

Un domingo el jorobado indicó á Nicola y otro compañero que habia elejido entre lo mas refinado del mundo lunfardo, que fueran á ver las fabulosas riquezas de que pensaba apoderarse si la virgen no hacia un milagro.

Nicola y Giovanin, que así se llamaba el otro pilluelo quedaron asombrados ante la audacia de su compañero que formaba planes de robo nada menos que contra aquella milagrosísima santa.

Giovanin, que era el mas santulon de los tres, se echó atrás diciendo que él no se animaba á entrar en aquel robo, pero tales razones dió el jorobado y tanto ponderó las joyas, que Giovanin quedó perfectamente convencido.

Ahora, decidiendo el golpe, quedaba lo mas difícil de todo—combinar el plan de una manera hábil para darlo sin ser sentidos, ó no

comprometerse en lo mas mínimo si la cosa fracasaba.

El jorobado quedó encargado de hacer el plan y dirigir la operacion, siempre que este, despues de consultado entre los tres, mereciera la aprobacion de los otros dos cómplices, que estaban algo asustados.

Durante ocho dias el jorobado se finjió enfermo, para no tener otra cosa que hacer ni que pensar, que en la confeccion del plan de aquel robo que les habia de hacer poderosos á los tres sócios, aunque el robo no fuera total.

Aquellos ocho dias el jorobado pensó tanto, tanto se devanó los sesos y apretó el saco de astucia de su joroba, que hizo el plan mas famoso que haya salido jamás de una cabeza lunfarda.

Un viernes á la noche salió el jorobado en busca de sus compañeros, á quienes espuso su brillante trabajo de imaginacion, que ellos hallaron tan exelente, que fué aceptado sobre tablas, sin ninguna discusion.

El plan era este—el jorobado sacaria con moldes de cera, una cópia exacta de las cerraduras de la puerta del templo y de la puerta de la sacristia, donde estaba el mueble en que guardaban el codiciado tesoro.

Domingo construiria él mismo las llaves, con arreglo á los moldes, como así mismo una palanquita de acero de su invencion, que le serviria para abrir el mueble, cuyo mecanismo ya tenia estudiado.

El lunes á la noche, que era el dia en que el templo quedaba mas abandonado, se trasladarian allí los tres, y mientras Giovanin y el jorobado desplumaban á la virgen, Nicola quedaria de centinela en la puerta, para dar la voz de alarma, caso que algun carabintero sospechara la cosa y pretendiera acercarse á la iglesia, ó algun devoto se dirigiera á ella, apesar de que el jorobado lo habia previsto todo de una manera eficaz.

Arreglado y aprobado este plan por los tres, con la única modificacion de que seria Giovanin quien quedaria en la puerta, se decidió que el próximo lunes á la noche darian el golpe, aprovechando la soledad del momento.

Eran las once de la noche, cuando los tres ladronzuelos llegaron al templo de la virgen del Agua Santa, miraron en todas direcciones, y viendo que persona alguna pasaba por allí, el jorobado abrió la puerta con la ganzúa y entró seguido de Nicola.

Ambos cerraron la puerta tras sí para no despertar las sospechas del que pudiera pasar y Giovanin quedó en su puesto para avisar si la cosa se descubria—El aviso sería alejarse de allí dejando oír dos silbidos penetrantes y prolongados.

Desde la puerta del templo hasta la sacristia no hallaron tropiezo alguno—el jorobado

entonces encendió un cabo de vela que llevaba á propósito y abrió la puerta de la sacristía con la misma facilidad que habia abierto la otra.

Con qué placer infinito miraron ambos aquel maciso mueble de caoba, que contenia las riquezas que habian ido á buscar!

Nicola estaba dominado por una emocion profunda, que lo hacia palidecer trémulo y aterrorado.

El jorobado no parecia un simple debutante—apreciaba con mano inteligente la cerradura del mueble y preparaba su palanquita de acero tratando de adaptarla de la manera mas conveniente á la juntura del cajon principal.

—Esto es muy fácil, decia alegremente al azorado Nicola—en cuanto introduzca yo la punta de la palanquita se abrirá el cajon, y si la santa madonna no hace un milagro, vamos á salir de aqui tan ricos como el papa.

El jorobado procedia con tanta delicadeza y tanta suavidad, que mas que ladrón forzando un cofre, parecia el doctor Melchor Torres haciendo una operacion quirúrgica—la parte de la palanca que debia apoyarse en la madera del mueble estaba envuelta en un pedazo de paño, de manera que aun cuando tuviese que hacer mas fuerza de la que habia calculado, no se lastimara la madera dejando un rastro del instrumento con que se habia abierto.

Por fin, despues de varias tanteadas, la punta de la palanquita fué introducida en la juntura del cajon y el jorobado dió vuelta la cara para mirar á Nicola con una expresion de descomunal alegría y como diciéndole «ya está».

—Pronto, pronto, *per la Madonna!* dijo Nicola, que, á medida que la cosa llegaba á su desenlace, sentia crecer su miedo de una manera fabulosa; pronto, porque el tiempo pasa y nos puede costar cara la menor demora.

—*Mascarsun!* contestó el jorobado sonriendo de una manera diabólica—no has de tener tanto miedo para cobrar tu parte—y oprimiendo delicadamente el otro extremo de la palanca hizo ceder al cajon hácia abajo, metió un fierro en la rendija que produjo la presion de la palanca é hizo caer el pestillo de la cerradura, único inconveniente que lo separaba de la fortuna que allí habia ido á buscar y que los iba á hacer millonarios.

No era el jorobado hombre de perderse por falta de prevision, así es que antes de tocar nada, antes de mirar las alhajas que el cajon

contenia, se puso á arreglar el desórden exterior que pudieran imaginar sospechas del robo.

—Pronto, *per Dio santo!* pronto, decia Nicola, completamente vencido por el mas temeroso espanto—pero el jorobado seguia pacientemente, destruyendo todos los indicios que pudieran venderlos á los ojos mas perspicaces.

Cuando se convenció que todo quedaba en el mayor órden, se echó al bolsillo todos los instrumentos de que se habia valido, para que no fuera á olvidársele uno solo si se veian obligados á huir, y recién entonces abrió el cajon.

Al verse con tanta riqueza al alcance de la mano, aquellos dos bribones se entregaron á la mas desenfadada alegría.

Nicola quiso proceder en el acto á embolsar las alhajas con toda precipitacion, pero el jorobado lo detuvo enérgicamente, y con la mayor calma y en el mayor órden, empezó á sacar del cajon las alhajas mas valiosas, que ya habia señalado en su memoria durante las mañanas que con aquel objeto habia ayudado á misa.

Los dos pilluelos saquearon por completo el cajon, repartiendo las alhajas en el seno y los bolsillos y salieron de la sacristía dejando las cosas en el mismo estado en que estaban cuando llegaron, menos el cajon que quedó vacío.

Nicola, que habia sido el mas cobarde mientras se practicó el robo, dominado por la codicia, propuso al jorobado que sacaran antes de irse la pesada corona de oro que servia de sombrero á la imágen.

—Esa seria nuestra perdicion, dijo el jorobado, pues en cuanto entrara el cura echaria de ver el robo—estas alhajas no las sacan sinó los domingos, y así tendremos mucho tiempo de venderlas ó esconderlas.

Nicola y el jorobado salieron pues de la sacristía, y mas tarde de la iglesia, á cuya puerta estaba muy agazapado y lleno de ansiedad Giovanin—nadie hubiera sospechado el robo que allí se acababa de cometer.

Despues de cerrar bien la puerta, los tres se dirijieron á una guarida que para casos análogos tenia Giovanin, y allí se repartieron los tres el producido de la rapiña.

—No es tan milagrosa como dicen, la madonna, dijo el jorobado por el camino—no es pues, necesario que nos mojemos con su agua para que la policia no nos descubra, porque la cosa ha sido hecha en regla.



## DESCRACIA CON SUERTE

El arrabal donde cayeron los tres pájaros á repartirse el producto de aquella habilísima punga, era un punto esclusivamente habitado por ladrones famosísimos y aprendices de ladrones.

Era preciso ser muy maestro para transitar por aquellas callejuelas tortuosas sin perder todas las prendas de valor que se llevasen encima, sin que el robado pudiera atinar como ni cuando se las habian sacado.

Exagerando la cosa, y para dar una idea de lo que era aquel famoso arrabal y sus especiales habitantes, un amigo que vivió en Génova por aquellos tiempos nos hizo de él la descripción mas graciosa y pintoresca.

En el mundo lunfardo, nos decía, el nacimiento de una criatura era un acontecimiento extraordinario que ponía en agitación la casa donde tenía lugar, y las manzanas adyacentes.

El recién nacido era una esperanza de la punga, para cuya carrera se le destinaba desde que venía al mundo, según las condiciones que revelaba el recién nacido, en el prolijo examen que le hicieren los parientes y amigos de la familia.

Así que la partera concluía su tarea y dejaba bien arreglado al nuevo lunfardito, este era entregado al padre, desnudito, quien en compañía de los parientes y amigos, se dirigía á una pieza sin rebocar—ya de la casa, ya de otra cualquiera.

Allí, bajo la pared que presentaba mas asperezas, estendían uno ó dos *bornous*. El padre, con el chiquilin en los brazos, se colocaba á dos varas de la pared, lo balanceaba suavemente y lo arrojaba sobre ella como quien bolea un ladrillo.

Si el lunfardito era de buena ley, se quedaba prendido con las uñas en la pared, y si en aquella posición permanecía mas de dos segundos sin caer, ya no había duda sobre el brillante porvenir del chico.

Entonces el padre, los parientes y amigos que habían presenciado la prueba, se entregaban á la alegría mas desenfrenada y venían á dar la noticia á la madre, que prorrumplía en sendos gritos y palmoteos.

La noticia cundía por todas partes, lloviendo á casa del padre felicitaciones de todo género, por la distinción con que la suerte lo había favorecido, teniendo lugar á la noche una gran fiesta de *minestron* que concluía en una mona general.

Cuando el recién nacido no quedaba pren-

dido de la pared y caía al suelo, el padre se mecía los cabellos de desesperación y el mundo lunfardo estaba de verdadero duelo, siendo el niño depositado en brazos de la madre, que lo criaba de limosna.

El padre en ninguno de los dos casos compraba una sola pieza de ropa al lunfardito, que era criado por la madre como de yapa, pues hartó que hacer tenía con encubrir las pungas del padre ó hacer las *vichatas*.

Poco se preocupaba el lunfardito que lo tuvieran hambriento y desnudo, porque «de casta le viene al galgo ser rabilargo» y la vecindad quedaba encargada de proveerlo de ropa y alimentos.

Cuando la madre salía, el lunfardito salía también á buscarse la vida en la vecindad—mamaba de robado en los senos de alguna mujer dormida, y se armaba de pañales y mantillas en el primer armario que hallaba á mano.

Por esta idea exagerada, podrán calcular ustedes lo que llegaría á ser un lunfardo genovés, con semejante educación y lo que sería aquel barrio que abrigaba en su seno lo mas distinguido de aquella gente de uña larga.

En este barrio se había criado y educado Nicola, y allí tenía constituido su domicilio ilegal, que le servía de escondite para su persona y para el producto de las pungas que hacía con una frecuencia pasmosa.

Fué allí donde se dirigieron los tres belitres, para repartirse las alhajas de la virgen del Agua Santa, con toda comodidad y sin peligro de ser sorprendidos en tan honesta y provechosa ocupación, que hicieron con toda equidad.

Una vez hecho el reparto, el jorobado se encontró en un serio apuro: no era tan tonto para dejar depositada su parte en el domicilio de Nicola y tenía miedo de salir con ella á la calle, pues abultaba bastante y no era prudente á aquellas horas—mas de las dos de la mañana,—llamar la atención de los carabineros que cuidan las calles, y que lo hubieran detenido para registrarlo y saber lo que llevaba, cosa que lo hubiera perdido por completo.

¿Qué hacer en esta duda?—El jorobado podía haberse quedado allí esa noche cuidando su tesoro, pero esto vendría á desbaratar por completo las medidas que había tomado anticipadamente para burlar á la justicia, en caso de haber sido pillado.

Pretestando una ligera indisposición, Do-

mingo habia ido á la oracion de esa noche á casa del cura don Girólamo su maestro, á quien pidió licencia para dormir allí, pues el buen sacerdote tenia fama de ser algo médico.

El jorobadito se acostó á dormir en una de las piezas interiores hasta que se recojió don Girólamo, que era bastante madrugador y le gustaba meterse en cama á las nueve ó nueve media de la noche á mas tardar.

A eso de las diez de la noche calculando que todos dormian, el jorobado se vistió, pasó por la azotea á la casa del lado, y por los fondos de esta á la calle, yendo rápidamente en busca de los compañeros de golpe.

Para poder probar en caso de necesidad que la noche del lúnes la habia pasado en casa del honesto padre Girólamo, era necesario que regresara á esta antes de venir el dia, hora en que el cura se levantaba.

He aquí por qué el jorobado no se quedaba en la cueva de Nicola, y estaba en tanta incertidumbre sobre la resolucion que debia tomar.

Por fin el ingenioso sátiro tuvo una idea que vino á sacarlo de apuros en aquel trance.

El jorobado propuso á sus compañeros le cambiaran todas las alhajas pequeñas, por las grandes que le habian tocado en el reparto, dándoles alguna ventaja, proporcion que aquellos aceptaron buenamente.

Con su parte de botin reducida á un pequeño bulto que acomodó en su joroba como Dios le ayudó, ganó la calle y enfiló á casa del cura, valiéndose de los mismos medios que habia puesto en práctica para salir—Habia logrado su objeto.

Tanto el cura don Girólamo como dos viejitas que vivian con él, que eran las que atendian á su paternidad, estaban durmiendo el sueño de los justos, lo que hizo que el jorobado pudiese acostarse nuevamente sin ser sentido.

El jorobado no pegó sus ojos—pasó aquellas dos ó tres horas que lo separaban del dia entregado á sus mas alegres cálculos de fortuna y pensando en la manera mas hábil de evitar cualquier contratiempo cuando el robo fuese descubierto.

Por la mañana del miércoles, bien temprano, el jorobadito se presentó al cura pidiéndole la bendicion y permiso para ir á oír la primera misa al templo vecino, permiso que otorgó el cura, dándole la borra de su taza de chocolate.

El jorobadito se fué á la primera misa como lo habia prometido, misa que ayudó con su habitual piedad y recojimiento, regresando de allí á casa de sus padres, donde escondió su robo de manera que ni el diablo pudiese dar con él.

En casa de su padre siguió haciéndose el enfermo, y diciendo que durante una semana, por lo menos, dormiria en casa de D. Girólamo, para que este lo curara en caso de tener, como lo temia, un ataque á media noche.

A la tardecita se fué al templo de la virgen del Agua Santa y allí se frotó la joroba con el agua milagrosa de la fuente, segun dijo al sacristan y á otras personas que lo veian, para que aquella virgen le acordará su proteccion.

Con la joroba empapada aún por el agua milagrosa, regresó á casa de don Girólamo, que le aplaudió sobre manera aquel acto de fé, dándole permiso para dormir allí esa noche y cuantas quisiera.

De esta manera la impunidad de este malvado quedaba asegurada, con el testimonio de todas aquellas personas piadosas con quienes habia tenido muy buen cuidado de ponerse en contacto, durante los dias en que el robo pudo haberse cometido.

Como las alhajas robadas solo se usaban los dias domingos y gran festividad, el jorobado contaba con que el robo no seria descubierto hasta el próximo domingo, en que él mismo iria á ayudar la misa, segun permiso que pidió de antemano.

Giovanin y Nicola, pinguistas vulgares, no usaban los mismos cuidados que el jorobado, ni pensaban de la manera cuerda de nuestro héroe, que con verdadero talento preveia y evitaba á tiempo el menor tropiezo que pudiera tener.

Avidos de gastar el producto del robo en orgias y parrandas, habian liquidado en el mundo lunfardo la parte que les tocó, y se andaban dando un famoso corte de millonarios, por los barrios donde aún no los conocian.

Buscaron al jorobadito para llevarlo á sus parrandas, con el ánimo de limpiarle algo de su parte, pero el jorobado sacó el bulto diciéndoles que estaba muy ocupado y además bastante enfermo para andar de trueno.

Así pasaron aquellos ocho dias y llegó el domingo, en que los muchos fieles de la milagrosa virgen iban á depositar su limosna, ponerse agua en cualquier parte y oír la misa con el mayor recogimiento posible.

El jorobado fué el primero que llegó preguntando al sacristan si aun no habia llegado el señor cura.

Así que apareció este, el jorobado salió á su encuentro con la alegria que siempre se notaba en su semblante.

Le recogió la capa y el sombrero de teja, atencion que el buen sacerdote pagó con una caricia, asegurándole que si seguia siempre en aquel camino, el señor lo ayudaria y la Santa Virgen del Agua Santa lo tendria presente siempre.

—El otro dia me froté la joroba con agua

de la fuente, dijo injenuamente el maldito pilluelo—puede ser que la Santa Madonna haga un nuevo milagro y me cura de este mal como ha curado ya á otros muchos.

—Puede ser hijo mio, puede ser muy bien, contestó el sacerdote entrando á la iglesia porque ya empezaba á llegar los devotos, la fé en Dios es una gran cosa hijo mio—solo los descreídos condenados desconocen los milagros.

El buen cura ayudado del jorobado empezó á ponerse su traje de decir misa y dió al sacristan las llaves del mueble que conocen ustedes, para mientras él se vestía, fuesen adornando el altar con las joyas.

El ladronzuelo sin comóvërsele un solo nervio y con la mayor serenidad de este mundo, seguía ayudando al sacerdote á cambiar el traje, mientras el sacristan trataba de hacer girar la llave en la entorpecida cerradura del mueble.

De pronto el buen sacristan dió un gran grito y separándose del cajon se colgó de los brazos del cura, balbuceando palabras entrecortadas que ninguno entendió en el primer momento.

—Qué sucede hijo mio? preguntó el sacerdote palideciendo, pues creyó en el primer momento que aquel desgraciado habia perdido la razon —qué es lo que te pasa? añadió cada vez mas aflijido, viendo el espanto de que estaba poseido aquel infeliz—habla, habla, qué tienes que así tiembles?

—*Gesú! Gesú dell'anima mia!* contestó por fin, haciendo un violento esfuerzo, sucede que han robado el tesoro de la virgen, todas las alhajas del mueble, continuó forzando la voz y rompió á llorar como un recién nacido.

El sacerdote quedó aún mas asombrado que el sacristan, se apoyó en la mesa delante de la que se vestía para no caer al suelo, y murmuró: no puede ser! quién vá á atreverse á semejante iniquidad, provocando la cólera divina?

El jorobado, sin perder un adarme de su sorprendente aplomo, tomó una silla, la acercó al mueble y se asomó al cajon, como si creyese que el sacristan fuera presa de una pesadilla, pero muy pronto bajó dando grandes gritos.

—Ladrones! ladrones! aulló con una voz que se hubiera confundido con un octavin, y saltando de la silla, se puso á recorrer la sacristía á saltitos, mientras seguía gritando como si efectivamente estuvieran allí los ladrones.

A las agudas notas de octavin con que el jorobado seguía atronando la sacristía, acudieron los fieles que esperaban la misa, y aquello se volvió una Babel, ó lo que nues-

tros paisanos llaman pintorescamente, una *fonda de vascos*.

Todos preguntaban al mismo tiempo dónde estaban los ladrones y que era lo que habian robado, mientras el infernal sátiro quintuplicaba sus alaridos penetrantes, sin contestar á las preguntas que se hacian.

Por fin el sacerdote, tembloroso y pálido, hizo un ademan pidiendo silencio y esplicó la cosa de esta manera:

—Hijos míos: una mano impía ha profanado la casa de Dios, robándose las alhajas de la milagrosa virgen del Agua Santa, que estaban depositadas en aquel cajon—esperemos en Dios y en la Santa Virgen que el criminal reciba muy pronto el castigo que el cielo tiene reservado para todas nuestras faltas.

Una profunda indignacion se apoderó de todas aquellas personas, que no comprendian como podian existir seres capaces de cometer un sacrilegio semejante, sin temor que se les desplomara el templo encima.

Todos preguntaban cuándo y como se habia cometido el robo, y se asomaban simultáneamente al cajon para convencerse por sus propios ojos de que todo aquello no era una alucinacion del sacristan y el jorobado.

Pero no habia lugar á la menor duda—allí estaba el cajon conteniendo solo las pocas cosas que los ladrones habian abandonado, por creerlas sin duda de ningun valor ó demasiado comprometedoras.

El jorobadito era el mas indignado de todos—seguía chillando y lamentando la cosa de tal manera, pero el cura y algunas otras personas lo consolaban con algunas caricias, temiendo que aquel interesante y sensible niño fuera á contraer alguna fiebre.

Cálmate hijo mio—el señor no puede dejar impune este crimen sacrilego—esperemos en El y vamos á llenar el piadoso deber que hemos demorado á causa de este acontecimiento imprevisto.

Todos pasaron al templo á escuchar la misa que dijo el cura en medio del mayor silencio, que interrumpia de cuando en cuando algun sollozo de aquel jorobadito cuya sensibilidad todos admiraban.

Concluida la misa, todos se retiraron impresionados con aquel robo audaz, que iba sin duda á conmover á la sociedad genovesa, víctima de la audacia asombrosa de que hacian alarde los ladrones de aquella época.

El jorobado dijo que él iba á llevar volando la noticia á la Policia, mientras el cura y el sacristan quedaban encargados de registrar la pieza, para recojer los cuerpos de delito que sin duda alguna habrian dejado los ladrones.

Efectivamente el jorobado se trasladó á la Policia, donde dió una minuciosa declaracion de todo lo que habia visto, narracion que por

lo menos hizo unas cien veces en el trayecto comprendido entre el templo y la Policía, de modo que cuando los agentes de seguridad acompañados de algunos carabineros se trasladaron á la sacristía, la muchedumbre de curiosos cerraba por completo el paso por lo menos tres cuadras antes de llegar.

Se hizo una minuciosa pesquisa, pero no se halló el menor rastro ni el menor objeto abandonado que pudiera servir de cuerpo de delito ó pieza de proceso, lo que demostraba la habilidad y tino de aquellos ladrones desconocidos.

Se registró el mueble y se examinó la cerradura con increíble prolijidad, sin poder saber siquiera de que manera había sido abierto aquel mueble cuya cerradura no había sido violentada de ninguna manera.

Los empleados de policía se retiraron después de hacer un prolijo inventario de los objetos y alhajas que faltaban del cajón, único punto de partida que poseían, pues tanto el cura y el sacristán no habían tocado el mueble desde el domingo anterior, por cuya razón no sabían ni siquiera que día ó que noche se había llevado á cabo aquel crimen sacrilego, que tanto que hacer iba á dar á la policía genovesa.

El jorobadito se retiró junto con el cura, separándose al poco andar para ir á llevar la noticia al señor don Girólamo que según dijo era un sábio y que por consiguiente podría saber alguna receta para descubrir á los ladrones.

Muy sorprendido quedó el seráfico maestro al saber el crimen conocido ya de toda Génova, pero no tuvo la receta de que había hablado el astuto ladrón, cuyo primer tiro lo revelaba tan hábil y previsor.

Los diarios narraron el horrible asesinato todos los habitantes de Génova se ocuparon en comentar la cosa y la Policía se dedicó á la mas activa pesquisa, pero dos dias después nadie se acordaba de lo sucedido y la Policía estaba vencida.

El apuro que se dieron Nicola y Giovanin en juntar el dinero y la imprudencia con que el primero se deshacía de sus alhajas, vino á echar por tierra todas las previsiones de nuestro astuto jorobado.

Una mañana la Policía de Génova que no era de las peores, descubrió en poder de un viejo austriaco prestamista y negociante en alhajas, una de las joyas que figuraban en el largo inventario de los objetos robados.

La policía se apoderó inmediatamente del *tedesco*, y principió recién á la confección del sumario que debía llevarlos al descubrimiento de los verdaderos autores de aquel robo, cuyos hilos aún no había podido tomar la autoridad.

Apurado el joyero prestamista, tuvo que

cantar de plano, para evitar el peligro de ser tomado por cómplice del robo—aquella alhaja, junta con otras que ya había negociado, se las había comprado á dos muchachos desconocidos, dijo, que le manifestaron eran joyas de familia, que vendían baratas por una necesidad imperiosa—ignoraba como se llamaban estos, porque no sospechando que las alhajas pudieran ser robadas, ni siquiera se lo había preguntado.

¿Cómo dar con aquellos ladrones de quienes el joyero no podía dar ni aún las exactas señas de sus individuos? No había otro medio que tener paciencia y proceder con gran tino, pues los ladrones eran hábiles.

—No han venido á casa una sola vez, dijo el joyero que deseaba ayudar á la policía para que no se le siguiera teniendo por cómplice, ellos han venido tres veces con bastantes dias de intervalo, y según la premura de dinero que hayan tenido, no es difícil que apretándoles la necesidad vuelvan á casa á vender otra alhaja, y entonces será muy fácil reducirlos á prisión y encontrar en su poder todo el resto de alhajas que no hubiesen vendido en otra parte.

Era, fuera de duda, que los ladrones no vivían en el barrio del prestamista, pues no era presumible que los que con tanta sagacidad cometieron el robo, no lo hubieran ido á vender al otro extremo de su domicilio.

Se resolvió pues poner inmediatamente en libertad al joyero para que si los ladrones no habían vuelto aún, no tuvieran la menor desconfianza y se armó la trampa en que se les debía hacer caer incautamente.

Uno de los *questori* de policía, jóven traviesísimo y de grandes recursos de imaginación se constituyó desde aquel momento en dependiente del joyero que quedó inmediatamente en libertad bajo el ojo del travieso comisario.

Dos dias estuvieron en acecho el patron y el falso dependiente, que se había convencido ya en la inocencia del *tedesco*, sin que hubieran aparecido por allí los punguistas que tal vez habían olido la trampa armada.

El jorobado, que á fuerza de ir á la iglesia y ayudar á misa se había hecho un legítimo santulón lleno de preocupaciones, se largaba muchas mañanas al templo robado, y se daba una *juntura* de la milagrosa agua en plena joroba.

—Si esta agua es tan milagrosa como dicen, pensaba, no hay duda que me salvo—y después de cada baño de la giba resaba unos diez y siete rosarios, para que el buen Dios le perdonara el gran pecado cometido.

Los curas que no se sospechaban que esta conducta era un medio puesto en práctica por aquel maldito para saldar sus cuentas con Dios, no se cansaban de ponderar su piadosa conducta y de ocuparlo en las colectas de

limosna, cuya mitad pasaba religiosamente á sus bolsillos, devolviéndola despues con padres nuestros y ave marias y sendas bañadas de joroba en las fuentes de aquella agua milagrosísima.

Como sucede siempre en este género de aventuras, de iglesias robadas ó incendiadas, los mismos fieles que habian hecho los primeros regalos, se apresuraron á reponer en el altar de la milagrosa virgen todos los objetos y joyas que habian llevado los ladrones, de manera que pocos dias despues, aquel altar contaba con mayor número de alhajas y joyas.

Se levantó una suscripcion para comprar una caja de fierro, de cuya confeccion se encargó á Santiago Parody.

En esos dias el jorobado construyó algunas cerraduras y pequeñas cajitas de fierro que vendió á las mismas señoras que concurrían al templo, y el importe lo entregó al cura, previa consulta con don Girólamo.

De esta manera el jorobado se hizo de una reputacion tal, que aunque lo hubieran pillado robando, aquella gente hubiera creído que aquello era una vision que les presentaba el diablo para perder aquella alma piadosa.

Dominguito so pretexto de informarse si los ladrones habian sido presos, estaba mas ó menos al cabo de las medidas tomadas por la policia, así es que aquella reputacion que tan hábilmente se fabricaba, era para destruir cualquier denuncia que pudieran hacer Nicola y Giovanin, cuya prision preveia de un momento á otro.

Varias veces tuvo la intencion de prevenir á sus cómplices, para lo cual se dirigió á los parajes donde mas ó menos pudiera hallarlos, pero por mas que los buscó disimuladamente, no los pudo hallar—los dos sócios andaban triunfando la *mosca* lo mas alegremente que les era posible, en perpétua mamada y comilona.

—No importa, pensó el jorobado, ellos tienen que ser tomados, porque han sido unos imbéciles, pero yo me salvaré—y se lanzó al agua santa, donde se dió una untada que le costó un fuerte resfrio.

Al tercer dia de estar el comisario de policia constituido en dependiente del joyero, apareció el incauto Nicola, llevando á vender nada menos que una lujosa vinagera.

Giovanin era un ladrón de largo olfato, y habia soltado solo á Nicola, mientras él se quedaba acechando en la esquina, con el pretexto de no dar á desconfiar al joyero, que podia sospechar algo á causa de los repetidos viajes, y ver aquella prenda fuertemente sagrada.

Nicola estaba algo embrutecido por el abuso de la grappa y las multiplicadas noches de trueno que habia pasado, al extremo de que la

nariz se le habia convertido en una frutilla—no vió pues la trampa que habia sospechado Giovanin, y sacando la vinagera de los papeles que la envolvian, la ofreció en venta al joyero.

El prestamista tomó la alhaja haciéndole una seña al falso dependiente, que pasó del otro lado y se acercó á la puerta de calle—Me parece que esto es platina, dijo, y se puso á examinarla prolijamente.

Giovanin que vió al comisario asomarse y hacer una seña con la mano á dos carabineros que estaban á poca distancia, no esperó mas y se hizo humo por entre las tortuosas callejas, dando el pésame á Nicola.

—Usted dice que es platina, replicó este, para pagar menos, pero yo le aseguro que es plata cincelada—diga de una vez cuanto quiere pagar, para dejársela si me conviene el precio, porque estoy muy apurado y es ya tarde.

Ya se disponia Nicola á recojer la alhaja, cuando se sintió cazar fuertemente de los dos brazos y vió por delante al falso dependiente del joyero, que seguido de dos carabineros le decia:—No se incomode usted amiguito que lo voy á llevar á otra parte donde le paguen mejor la joya!

Inútil fué protestar ni hacer la menor resistencia. El incauto Nicola fué reducido á prision y conducido á la comisaria donde se le hizo un prolijo registro.

En sus enormes bolsillos, especies de *cualquier cosa á peso* como esos tendijones de los mercados, se le hallaron alhajas, dinero, llaves maestras, moldes de cerraduras sacados en cera, y el retrato de una rolliza Maritornes.

Ante aquellas prendas comprometedoras que bastaban para condenar á presidio á cualquier quidam, toda negativa ó protesta de honestidad era inoficiosa—ellas solas eran una formal delacion.

Nicola fué inmediatamente sometido á un interrogatorio, en presencia del joyero prestamista á quien se mandó buscar—se le pusieron de manifiesto las alhajas que habia vendido antes y lo que fué á vender esa noche, preguntándole si las reconocia como suyas.

Todas creo que las conozco, contestó el único pilluelo, son unas alhajas que me dejó de herencia mi padre antes de morir, y que hoy vendo por encontrarme apurado de recursos pecuniarios.

—Pues amigo mio, contestaron á Nicola estas alhajas se parecen mucho á unas que han sido robadas del altar de la virgen del Agua Santa, y voy á mandar buscar al cura de aquel templo, á ver si yo me equivoco.

—Ya lo creo que usted se equivoca, respondió el lunfardo, y cuando venga ese señor cura á quien no conozco, usted tendrá que darme una satisfaccion porque me está tratando como si yo fuera un ladrón de iglesias.

El comisario envió á buscar al cura que no tardó en venir y declarar que aquellas alhajas formaban parte de las que habian sido robadas á la virjen, que las conocia perfectamente y que no habia la menor duda.

Nicola quiso negar todavia, diciendo que aquel sacerdote era un impostor que aseguraba aquella calumnia para quedarse con las alhajas en sociedad con el comisario, pero que la infamia no habia de quedar en pié mucho tiempo—pero tales fueron las pruebas que le presentaron, que se vió perdido y creyendo sacarla mejor parada, cantó de plano, empezando como habian llevado á cabo el robo, siendo sus cómplices Giovanin y Domingo el jorobado.

—Este hombre es un malvado, dijo el cura del Agua Santa—no solo ha cometido el robo, sino que acusa al jóven mas piadoso y honrado de todo Génova, sin duda para alejar á la justicia del camino porque marcha.

—Sostengo y aseguro, y aun lo juraré si me apuran mucho, que Domingo Parody, el jorobado, es no solo el que nos indujo á cometer este robo sino que fué él mismo que construyó las ganzúas y la palanquita con que se forzó el mueble.

—Señor comisario, repuso el buen cura en el colmo de la indignacion—la persona á quien se acusa es un ser inofensivo, de cuya conducta me constituyo en garantia—yo mismo lo traeré para que se le tome la declaracion.

—Muy bien señor cura, replicó el Comisario—aunque la palabra de este ladron no puede dañar reputacion alguna, hay que llenar las formalidades de la ley, por lo cual suplico á usted haga venir la persona acusada.

Nicola fué conducido al depósito de presos, despues de haber jurado y rejurado que el jorobado era su cómplice á quien trataban de salvar, y fué puesto en rigurosa comunicacion mientras se instruia el sumario.

Cuando don Girólamo supo la acusacion que pesaba sobre su protegido, se indignó de tal modo que declaró que no consentiria que aquel niño inocente fuese á la cárcel, pues aquella era una infamia digna de aquel ladron sacrilego.

—Es preciso que vaya, señor cura, dijo el astuto jorobado, llorando de vergüenza y de dolor, segun dijo—nada brilla tanto como la inocencia y estoy seguro que en mi cara aquel ladron no se atreveria á sostener su calumnia.

Estas palabras unidas á las juiciosas reflexiones del cura de Agua Santa, decidieron á don Girólamo á consentir en que el jorobado fuese á la cárcel, pero acompañado de él y de las personas respetables que conocian al jorobadito.

Así es que al otro dia á las doce se presentaba ante el comisario encargado de la sumaria el jorobado Dominguito Parody, acompañado de lo mas respetable del clero de Génova, que iba á dar testimonio de su honradez acrisolada.

La facha especial de este redomado pícaro que tenia su especial talento para adoptar el aspecto de un infeliz, y lo respetable de las personas que lo acompañaban, convencieron desde el primer momento al comisario, que realmente Nicola debia ser un impostor infame y maligno, cuando habia elejido por víctima aquel desventurado, á quien felizmente conocia de tiempo atrás tanta persona de respeto y alta posicion y cuya conducta abonaba nada ménos que el sacerdote, victima del robo y los mismos concurrentes de la iglesia robada—habia además una prueba irrecusable que presentó don Girólamo para destruir la base de aquella infame acusacion.

El lunes que decia Nicola haberse cometido el robo, el jorobado habia dormido en casa del cura su maestro, como todas las noches que siguieron á ese robo, hasta el domingo, de lo que eran testigos sus dos amas de llaves.

—El buen Dios está de mi parte, dijo humildemente el bribon, que me inspiró ir á dormir á su casa—bien dicen que la calumnia no puede durar mucho, porque la inspira el diablo para perdernos mejor.

El comisario preguntó al jorobado como habia conocido á Nicola y desde cuando tenia relacion con él, á lo que este dijo que Nicola habia sido uno de los que le golpearon cuando robaron los marengos que contenia una bandeja de limosnas—aventura que conocia don Girólamo—y que desde ese dia solo lo habia visto dos veces muy á la distancia, porque en cuanto lo conoció huyó, temiendo fuera á darle otros golpes para robarlo.

En cuanto á Giovanin, manifestó que nunca lo habia visto, y que iba á rogar á Dios por que lo aprehendieran, seguro de que tal vez aquel otro viniera á desbaratar la calumnia de Nicola.

El comisario habia mandado buscar al otro cómplice, á los varios domicilios que dió el acusador, asegurando que en algunos de ellos lo hallarian, pero por mas que se le buscó, fué imposible echarle el guante—sin duda se habia puesto en salvo.

Esto venia á favorecer al jorobado, pues indudablemente con la doble acusacion de los ladrones, la policia habria podido proceder en su contra y arrestarlo, apesar de los empeños y garantias de todas aquellas personas y las pruebas exhibidas.

Despues de esta declaracion prévia, el comisario permitió al jorobado regresara á su casa, hasta tomar nueva declaracion á Nicola y con

el compromiso de volver en cuanto se le mandara aviso de la comisaria sumariante.

El jorobado dió las gracias al comisario, y se retiró mas tranquilo aún que sus acompañantes—mi fortaleza está en mi inocencia, decia, y Dios que nos mira desde el cielo no ha de permitir que me suceda nada malo.

Como se vé, el pequeño lunfardo prometia llegar á ser una verdadera notabilidad, como lo fué efectivamente, dotado de un gran talento de disimulacion y de una astucia incalculable para preveer todos los contratiempos presumibles.

Al dia siguiente Nicola prestó nueva declaracion, ratificándose en todo aquello que antes habia manifestado—si me embromo yo, añadió, que se embromen los otros tambien, porque no quiero ir solo á presidio.

La Policia habia registrado todos los domicilios de Giovanin, sin hallar en ninguno de ellos el menor cuerpo de delito—en cambio en casa de Nicola se encontraron muchas alhajas y diversas joyas de plata desfiguradas á golpes de martillo, tratando de hacerlas perder su primitiva forma—la mayor parte de estas joyas y alhajas pertenecian al robo cuya pesquisa hacia la Policia en aquellos momentos con tanta dificultad.

En vista de haberse Nicola ratificado en su primera declaracion, el comisario hizo llamar nuevamente al jorobado, decidiendo que tuviese lugar un careo entre ambos, á ver si de este modo se sacaba algo en limpio.

Pero nada se pudo adelantar—el jorobado se mostró en el careo un cínico tan consumado, que convenció al comisario de su completa inocencia.

Este funcionario elevó el sumario á la córte, dando por terminado su cometido, pues Giovanin, verdadero cómplice en aquel sacrilego robo habia salido sin duda de Génova, pues no se le habia podido hallar en la ciudad y sus alrededores, por donde se le buscó con ahinco.

El jorobado tuvo que concurrir todavia á varios llamados de los jueces que entendieron en la causa, pero salió tan sin culpa como de la comisaria—no se hizo lugar á la acusacion calificada de calumnia.

Así quedaba Nicola dado al infierno, y su cómplice y verdadero autor del robo, gozando

de una completa impunidad, pues con escepcion de Nicola, nadie se hubiera permitido dudar de la honradez del jorobadito.

La sentencia no se hizo esperar mucho tiempo, quedando el infeliz Nicola condenado á la friolera de quince años de trabajos forzados, que cumplió en uno de los presidios de Génova, por ladron sacrilego con fractura.

Nicola es hoy un honesto padre de familia, que vive en Buenos Aires en un fondin de su propiedad, y de quien nadie podria sospecharse que fué cómplice y aliado de Dominguito Parody.

Concluida esta ruidosa causa, tanto D. Girólamo como el cura del Agua Santa, resolvieron dar una pequeña fiesta para consolar al pobre jorobadito de los sinsabores que pudiera haberle causado aquella grosera calumnia, y de paso, para festejar el acontecimiento de haberse descubierto al autor de un robo tan inicuo, que venia á *dejar en la calle* á la mas milagrosa de todas las santas.

El jorobado quiso hacerse el humilde, alegando que no se consideraba acreedor á distincion semejante, pero tuvo que asistir á la comilona donde fué objeto de mil elogios y laudatorias.

—Persevera en tu camino, hijo mio, le habia dicho don Girólamo, sigue tu conducta intachable por el camino del bien, que así como Dios no olvida las malas acciones que castiga tarde ó temprano, tampoco olvida las buenas cuyo premio no se hace esperar nunca.

—Ya sabe usted señor, respondió el audaz mónstruo, que yo quiero estudiar para cura, y que el dia mas feliz de mi vida será aquel en que yo pueda decir una misa, como usted.

—Aún tienes tiempo, hijo mio, concluyó el santo varon, aun tienes tiempo—persevera que ya encontrarás tu recompensa en el reino de los cielos.

El jorobado pidió licencia para retirarse, y se largó á su casa, mientras los curas quedaban haciendo los honores á los postres y al espumoso champagne, vino infaltable en toda buena comilona.

Véamos como aprovechó Dominguito los sábios consejos de su maestro, que habia llegado á sentir por él un cariño verdaderamente paternal.

## PUNCA MAESTRA

Dominguito estuvo mucho tiempo entregado á sus libros, en casa de su maestro don Gírlamo y á las obras de cerrajería en los talleres de don Santiago, donde hacia notables progresos en sus observaciones sobre cajas de fierro.

En sus ratos de no tener que hacer cosa alguna, el pequeño mónstruo se entretenía en hacer pequeñas cajitas y muebles de acero que vendía á un precio reducidísimo, lo que le habia dado una reputación de hábil cerrajero.

Parte del producto de estas ventas lo dedicaba á vestirse y á irse formando un pequeño capitalito, según decia, y parte lo gastaba en limosnas para la iglesia y en misas que mandaba decir, por las ánimas benditas.

Cuando él calculó que el asunto que habia costado á Nicola quince años de galeras estaba completamente olvidado, empezó á estudiar la manera de dar otro golpe tan productivo como el primero.

Las alhajas y vasos que le tocaron, las habia fundido y desfigurado de tal modo, que aunque se las hubieran pillado mas tarde, habria sido imposible figurarse que eran las mismas de la virgen del Agua Santa.

Las cercanías del *Albergo dei poveri*, son una magnífica posición, para pungas de consecuencia por estar situado dicho hospicio á muy poca distancia de la plaza de la *Annunziata*, de las calles *Balbi*, *Lomellini*, *Nuova*, puntos centralísimos y que ofrecían gran facilidad por la forma de sus calles.

En Génova todas las calles son abovedadas, á causa de las grandes obras de salubridad que son grandes galerías situadas debajo de ellas, por donde pasan las aguas servidas y las de lluvia, que van á desembocar al mar.

Muy cerca del referido *Albergo*, habia grandes zanjas, de magnífica construcción, hechas con el objeto de recojer el agua que viene de las próximas y pintorescas colinas, que hacen de aquel punto un paraje delicioso.

Estas aguas van á caer despues en una espaciosa alcantarilla, que por precaución está cubierta con una reja gruesísima, cerrada del lado de afuera por dos enormes cerrojos á cuya estremidad hay un candado.

Fué en aquel barrio, habitado por gente pobre, que el jorobado hizo buscar con otro punquista á quien sedujo como á Nicola, una covacha que púdiera servirle de cuartel de operaciones, para un gran golpe que habia ya estudiado y pensado en todos sus detalles, confeccionando un plan que, como en el robo

anterior desviase la pesquisa de la Policía, quedando él completamente á salvo, aunque pescaran al nuevo cómplice de que se valia.

El se habia propuesto además aleccionar á su nuevo discípulo, un vagamundo sin parientes, de modo que, una vez cometido el robo, se mandara mudar de Génova, haciendo perder así toda pista posible.

El travieso jorobado habia elegido esta vez para dar golpe, una de las mas lujosas joyerías de la *Via Orefici* (calle de los joyeros), por donde habia empezado á dar sus paseos examinando la casa minuciosamente.

El golpe era difícil porque el dueño de la joyería vivía allí, y además la pequeña calle estaba guardada por dos agentes de Policía colocados uno en el centro de la cuadra y otro en una de las dos esquinas.

Era pues de todo punto imposible hacer el tiro por la puerta de calle—Era preciso intentarlo por otra parte, y elegir una noche en que el joyero saliera, cosa que debia suceder, según sus cálculos, por lo menos una vez al año.

El jorobado, pasando por allí con frecuencia, habia estudiado la posición de la joyería y notado que el joyero, antes de retirarse á su pieza del entresuelo, guardaba las joyas en dos grandes cajas de fierro.

La misma dificultad que ofrecia el tiro, sedujo á nuestro jorobado hasta el extremo, que no dormía ni estaba un minuto tranquilo, por pensar en la mejor manera de dar aquel golpe, que lo haria un capitalista importante.

Por fin á fuerza de meditar y tener á sus meollos en un continuo trabajo, el jorobado se trazó un plan que, bien ejecutado, tendria que darle brillantísimos resultados, en una sola noche de trabajo.

La calle de los *Orefici*, estaba situada á unas ocho cuadras del *Albergo dei poveri*, que hemos descrito mas arriba, ocho cuadras pequeñas, como lo son generalmente las de Génova y otras ciudades de la Italia.

Esta calle de corta extensión, estaba exclusivamente ocupada por joyeros, que en ambas aceras tenían colocados lujosos escaparates, donde brillaban las alhajas mas espléndidas que podían hallarse.

La vista de esa calle, de noche, con aquellos escaparates iluminados á giorno, ofrecia un espectáculo de las mil y una noches. En todas las vidrieras se veían infinidad de piedras preciosas cuyos destellos deslumbraban.

Allí quedaban pegados como moscas los transeuntes que admiraban tanta belleza, y



allí también se detenían á mirar con avidez, objeto por objeto, los innumerables punguistas que vagaban por Génova.

La más lujosa de estas joyerías, que era aquella á que precisamente había puesto los puntos el jorobado, estaba situada frente mismo á la parada del agente que se colocaba en el centro de la cuadra, lo que hacía de todo punto imposible un golpe de mano que ofreciera probabilidades de feliz éxito; pero nuestro héroe *se ne impipava* de aquellas dificultades que cualquier otro lunfardo habría clasificado de insuperables.

A fuerza de ir y venir, pasar por aquella calle con pretexto de ir á la próxima iglesia de San Lorenzo, Dominguito supo que en la noche de Navidad, los joyeros iban á tener una comilona opípara, que duraría toda la noche.

—Pues la noche de Navidad es la mía, pensó para su joroba y con una paciencia envidiable esperó la noche del 24, para la que solo faltarian diez días que empleó en pulir su plan y aleccionar á su nuevo cómplice, á quien por pronta maniobra hizo sacar pasaporte para Nápoles, á donde dijo que se embarcaba en el vapor del 22, tomando realmente en la agencia un pasaje de última clase, con dinero que le dió el jorobado.

El 23 á la noche el jorobado estaba en campaña—había llevado á la covacha del *Albergo dei poveri*, todas las herramientas que necesitaba, que consistían en palanquitas y llaves maestras de todo género.

Cuando aquella parte de la ciudad quedó completamente tranquila, el jorobado, ayudado por su cómplice limó dos de los barrotes de la alcantarilla de que hablamos mas arriba, para entrar por allí y dirigirse á la joyería—habiendo tomado sus planos y medidas con tal exactitud, que tenía la plena seguridad de ir á salir precisamente debajo del mostrador de la joyería donde entraría abriendo un agujero.

Los barrotes quedaron así, disimulando su corte hasta la noche siguiente, que era la elegida para el golpe—Si durante el día se apercibían que los barrotes estaban cortados, fracasaría el soberbio plan, pero si, como lo sospechaba el hábil punguista, nadie echaba de ver la rotura de estos, el golpe estaba hecho, sin mas trabajo que el agujero que había que abrir para pasar de la cloaca á la joyería.

El jorobado penetraría en el antro nauseabundo, cuya atmósfera era casi inespirable, y Giacomo, que así se llamaba el cómplice, vendría á la Via Orefici á observar la partida de los joyeros al banquete, viniendo á la cloaca á avisar que podía principiarse el trabajo.

Todo pasó á medida de los deseos de aquellos dos pillos, pues nadie se apercibió que

los dos barrotes del centro de aquella reja gruesísima habían sido limados.

El 24 de Diciembre, á las diez y media de la noche, Dominguito Parodi entraba ladeando su joroba á la alcantarilla, munido de un pico una linterna y otros instrumentos de robo, mientras el astuto Giacomo, punguista de los más finos y sagaces, se dirigía á la Via Orefici, á espíar la salida del desgraciado joyero cuyo capital corría tan grave peligro.

Este, después de haber guardado las alhajas en los cofres, y acicalado de lo fino, salió de su casa cerrando las puertas cuidadosamente y se dirigió acompañado de su vecino, al sitio donde se celebraba la opípara cena después de haber dado una lira al agente policial, recomendándole le cuidara la puerta.

Con una agilidad de galgo, Giacomo se trasladó á la alcantarilla y avisó al jorobado que podían empezar la tarea, y ambos se pusieron á trabajar de firme, pero con tal delicadeza, que solo estando adentro de la joyería y escuchando con suma atención, se hubiera podido apercibir el rumor sordo y acompasado de aquella barreta tan maestramente manejada.

Después que Giacomo entró á la alcantarilla, había asegurado los dos barrotes del modo que le indicara Domingo, de manera que, por aquella parte estaban completamente seguros de no ser descubiertos, aunque quedaban perdidos en el caso no probable de que los sintieran.

Al cabo de dos horas de un trabajo impropio y admirablemente ejecutado, el mosaico que formaba el piso de la joyería, cedía á la presión de la barreta, dejando descubierto un agujero, por donde podía pasar la cabeza.

Diez minutos más de un trabajo en que ambos se despedazaron las manos arrancando mosaico, pues era peligroso usar la barreta, los punguistas abrieron un buraco por donde hubieran podido pasar dos jorobados.

Por aquel agujero pasó el jorobado, pálido aunque sonriente, parecía Mefistófeles apareciendo en el estudio de Fausto, no ya á pactar para conquistarse una nueva alma, sino para mudar á sus bolsillos aquella lujosa joyería—en esto, el jorobado mostraba ser más positivo y más cuerdo que el mismo Mefistófeles.

Una vez dentro de la joyería, la primera operación del jorobado fué echar á la puerta los pasadores y barras interiores, para el caso posible de que, si el joyero regresaba estando ellos allí, tuvieran tiempo suficiente de escapar, mientras forzaban la puerta, obra peliaguda, pues los barrotes y pasadores eran muchos.

En seguida, el jorobado se puso a borrar con el mismo barro que había en el fondo de la

cloaca, las manchas de sangre que habian quedado en el mosaico, á causa de las heridas que se habia hecho en las manos.

Para el ojo de un oficial de pesquisas hábil, aquellas manchas eran un cuerpo de delito, y confrontadas con aquellas manos, podian por lo menos hacerlos reducir á prision inmediatamente—El jorobado no perdía el tino, y como en su primera punja, iba borrando los rastros que dejaba á medida que eran notados, sistema habilísimo que le valió tantos años de impunidad y de una reputacion intachable.

Terminada esta operacion, que valió al jorobado un aplauso espontáneo de su cómplice, se empezó el exámen de las vidrieras y dos cajas donde estaban depositadas las muchísimas alhajas que faltaban de las primeras.

El jorobado estuvo mirando algun tiempo las cajas con una avidez suprema, como si quisiera elegir la que debia abrir primero—de esta eleccion dependia todo, pues no tendrian tiempo de abrir las dos cajas.

Despues de examinarlas largo rato, se decidió que forzarían la que estaba mas inmediata á la gran vidriera, pues era muy probable que en aquella se hubieran guardado las joyas que estaban en esta, que eran las mas lujosas.

Era una hermosa caja de combinacion de letras y magníficos cerrojos, que parecia imposible pudiese ser forzada—pero Dominguito era maestro en la materia y abrir aquella caja era para él cosa facilísima.

Con admirable delicadeza, forzó de cierta manera los anillos de las letras que vinieron á dejar á la vista las ranuras por donde giraban, maliciando mas ó menos la colocacion que debian tener, con la palabra que se cerraron.

En seguida metió en la juntura de la puerta una palanquita de acero, cuyo mango se hallaba envuelto en bayetas, para que su presion no pudiera producir la menor rozadura ni el mas ligero ruido.

La frente de Giacomo estaba bañada de sudor y sus ojos salientes de las órbitas miraban la operacion de su sócio y se estasiaba ante la proligidad de sus manos y la rapidez, con que operaba con aquella palanquita mágica.

El jorobado puso un paño grueso en el extremo de la palanca, para ensordecer dos grandes golpes de martillo que allí dió, con el objeto de hacer que esta penetrara mas en la juntura de la puerta, sobre la cerradura.

Una vez hecho esto, Domingo hizo aproximar á Giacomo, y juntos empezaron á empujar la palanca por el lado opuesto y la cerradura empezó á ceder poco á poco, marcando en la puerta bastante hendija.

Domingo introdujo entónces otro instrumento delgado pero de magnífico temple, contra el encaje y el pestillo, tiró hácia sí, y la cer-

radura cedió blandamente, como si obedeciera á la propia llave con que fué cerrada.

La caja quedó totalmente abierta, mostrando á los ojos ávidos de aquellos dos ladrones, una gran cantidad de estuches de todo tamaño—El jorobado se oprimió la boca con ambas manos para contener un grito de alegría.

Cómo se iluminó la fisonomia de aquellos dos bribones al contemplar los estuches! cómo temblaron todos sus músculos, y con qué ojos brillantes se contemplaron un momento los rostros pálidos por la avaricia!

Giacomo introdujo una mano dentro de la caja, pero la retiró tembloroso y rápido como si la hubiera metido en una pila eléctrica. Estaba dominado por una emocion tan violenta que no tenía accion propia.

Aquella primer impresion fué pasando poco á poco; los dos pillos se fueron dominando, el temblor convulsivo desapareció y empezaron á abrir todos los estuches llenos de riquísimas alhajas de pedreria finísima.

En menos de media hora los estuches fueron vaciados y vueltos á colocar en su caja, mas ó menos haciéndoles guardar la posicion que tenían cuando la abrieron.

Así Giacomo y el jorobado se apoderaron de una riqueza cuyo verdadero valor no podian calcular ellos mismos, pues entre aquellas alhajas habian solitarios de gran valor, por su tamaño y la pureza de sus aguas.

Concluida la colocacion de los estuches, los dos punguistas empezaron á repartirse las joyas por su número, pues intentar hacerlo por su valor era cosa imposible—ninguno de ellos se atrevia á tocar una sola de aquellas joyas.

El reparto terminó bien pronto, y el jorobado entónces se puso á examinar prolijamente la habitacion, para recoger cualquier cuerpo de delito que pudiera delatarlos dejando la menor pista que fuera útil á la Policia.

Todo fué puesto en órden y recojidos todos los objetos que habian llevado, llegando á la precaucion del jorobado hasta desfigurar las pisadas que habian impreso en el suelo los botines súcios por el barro de las alcantarillas.

Los dos ladrones se metieron en el agujero y se lanzaron por la cloaca llegando á la salida de ella, todavia muy de noche—el gran frio que reinaba habia corrido de la calle á los trauseuntes, frio intenso que el lector podrá calcular, si tiene presente que á fines de Diciembre, en Génova, son los dias mas frios del año.

Salieron, pues, de la cloaca, y despues de descalzarse para que el lodo de sus botines no dejara rastro, tomaron el camino de la casa de Giacomo, donde llegaron con toda felicidad.

Allí este, aseguró bien sus alhajas entro

la ropa y esa misma madrugada salió de Génova, munido de un pasaporte en toda regla.

De este modo el jorobado hacia desaparecer todo peligro, pues él estaba asegurado contra toda sospecha, y el buen joyero era robado por completo, mientras brindaba alegremente á la salud del *bambino* Jesús.

Grande y pasmosa fué su sorpresa al regresar á la joyería y no poder abrir la puerta! Preguntó á los centinelas si alguien habia andado en la cerradura, pero estos aseguraron de la manera mas terminante que en toda la noche no se habia acercado por allí persona alguna—solo habian transitado uno que otro grupo mas ó menos alegre que andaba corriendo la *notte di Natale*, pero estos no se habian detenido en parte alguna.

Sin poderse explicar aquel repentino entorpecimiento, se puso á forzar nuevamente la puerta, pero con el mismo resultado que al principio—la cerradura cedia, pero no habia medio de abrir la puerta, por lo que se decidió llamar un cerrajero.

La hora no era muy aparente, pero mediante la promesa de una buena paga, dos herreros, algo alegres á causa de haber andado festejando la Navidad, consintieron en dejar el lecho y venir á hacer una tentativa.

Pero todo fué inútil. En vano probaron ganzúas, en vano hitieron pedazos la cerradura, la puerta resistió á todos los esfuerzos; los pasadores y la tranca de fierro con que estaba cerrada interiormente, eran de gran resistencia.

—*Sacramento!* dijo uno de los herreros, que era un genovés regordete como Exequiel Leguina—esta puerta está cerrada por dentro, y tan bien cerrada, que es inútil trabajar en la cerradura; no se abrirá ni con *u trun de Dio*.

—*Ma però*, si el patron estaba afuera y dice que en la joyería no ha dejado á nadie, es imposible que esté cerrada por dentro, desde que el carabinero asegura que no ha entrado nadie desde que el patron salió.

La idea de que hubiera sido víctima de un robo y de que tal vez los ladrones estuvieran aún dentro, dió un tumbó en los meollos del joyero, que soltó un terno que hizo perseguirse al mismo herrero que habló primero.

—*Bello señú cao!* añadió quitándose el sombrero y arrancándose un puñado de cabellos—es preciso avisar á la policia y hacer saltar la puerta, pues si esta está cerrada por dentro, es claro y seguro que los ladrones están ahí aún.

—*Cristo!* dijo el primer herrero sentándose en la vereda y ochándose á la boca un *toco* de tabaco de mascar—por mi parte apuesto un *cichetto d'agua vitta* á que la puerta está trancada interiormente.

Mientras tenian lugar todos estos comenta-

rios, la calle de los joyeros estaba materialmente convulsionada—en todas las puertas de las demás joyerías se veian personas demudadas que preguntaban lo que sucedia.

La noticia de que la joyería en cuestion habia sido robada, pasaba de boca en boca como un hecho que no necesitaba ratificación, de modo que cuando la policia ocurrió á aquel paraje, la concurrencia era numerosísima.

El dueño de la joyería, que se daba ya por víctima de un robo sin ejemplo, contenia sus lágrimas á duras penas, consolándose con la idea de que los ladrones estaban aun allí y no tenian escapatoria posible.

Se trajeron palancas y dos grandes barretas de fierro, y solo despues de un trabajo pesadísimo se logró sacar las puertas de su encaje y hacerlas caer del lado de la calle, apareciendo los dos gruesos barrotes de fierro que las cerraban.

Una vez forzadas las puertas, el comisario que habia concurrido hizo quitar los dos barrotes, dejó varios vigilantes para impedir la salida á los que hubieran adentro, y sacando del bolsillo un *rewólver*, entró á la joyería seguido del dueño, cuatro carabineros y algunos vecinos.

Empezaba ya á venir el dia, y las personas que salian á la calle á sus trabajos, aumentaban el número de los curiosos atraidos con la noticia de aquel suceso descomunal.

Al penetrar en el interior de la joyería, el comisario se detuvo asombrado, mientras el dueño del establecimiento, pálido y con la mirada horriblemente dilatada, se mecía los cabellos desesperadamente.

Allí estaba el agujero que venia á mostrarles por donde habian entrado y salido los ladrones, haciéndoles perder, por el momento, toda esperanza de echarles la mano encima—habian tenido cuatro ó cinco horas para ponerse en salvo.

Se empezó en seguida un minucioso registro, para ver lo que habian robado, y para apoderarse de algun cuerpo de delito, olvidado con la precipitacion de la fuga, y que pudiera ponerlos sobre la pista de los ladrones.

Vana tarea! ya hemos visto con el cuidado que maese joroba habia borrado hasta el menor rastro que pudiera haber dejado y como se habia llevado todo aquello que pudiera constituir un cuerpo de delito palpable.

La Policia estaba burlada y desorientada por completo—aquella pesquisa se presentaba tan enredada y difícil, que el comisario movió la cabeza á ambos lados, en señal del mas profundo desaliento.

Pasada la primer impresion, el joyero se lanzó á la primer caja, que abrió de una manera febril, apoderándose de varios estuches que

arrojó contra el suelo desesperadamente, al ver que faltaban las joyas que contenían.

—*Son rovinato!* dijo, echándose á llorar como un recién nacido—toda mi fortuna y veinte años de trabajo, añadió dominando por un momento los sollozos que lo ahogaban, me han sido arrebatados esta noche.

—*Per dinci!* replicó el herrero semejante á Leguina, me parece que esta otra no ha sido tocada—y golpeó con el cabo de la barreta la caja que había quedado intacta y que podía contener grandes valores.

—Quisiera el cielo que hubieran abierto aquella y no esta, dijo el desventurado joyero—allí no tengo mas que composturas, los libros y algunc que otro papel que representa valores á pagar—aquí tenía toda mi fortuna!

Como se vé, el olfato del jorobado había sido maestro, gracias á sus frecuentes pasadas por la joyería, que le habían permitido baruntar en cual de las dos cajas guardaba el joyero las mejores alhajas que poseía.

Por pronta maniobra el comisario hizo bajar por el agujero algunos de los agentes de policía que lo acompañaban, para que buscaran la salida por donde pasaron los ladrones, y allí se trasladaron todos para seguir la pesquisa, pero tan infructuosamente como en la joyería.

Los rastros habían sido borrados tan hábilmente, que fué imposible por el momento seguir una pista segura, regresando el comisario á la joyería, para hacer el inventario de lo robado y dar cuenta á la autoridad competente, para levantar el sumario, mientras la pesquisa policial se hacia con un interés creciente, pues en este robo quedaba comprometido su buen crédito.

¿Qué hacia entretanto el jorobado?

El muy pillo se había dirigido por la mañana á los talleres, donde se puso á trabajar en una caja de acero, que confeccionaba para guardar las joyas de algun rico altar.

Poca despues la cerrajería de Santiago era una barahunda infernal, á causa de los gritos desaforados que partían del taller donde trabajaba Dominguito.

Ocurrieron allí Santiago y los obreros que empezaban á venir, y hallaron al jorobado con las manos ensangrentadas, dando cada alarido que metía miedo, á consecuencia, segun dijo, de haberse hecho pedazos las manos con un corta fierro muy afilado que empleaba en cortar la superficie de la cerradura.

Inmediatamente se llamó un mediquete de por aquellos alrededores que, sin fijarse, practicó la primera cura al finísimo punguista.

De esta manera maese joroba constataba la razon de tener las manos lastimadas, y borraba aquella pista que podía haber guiado á la Policía, en el caso no probable de ser preso Giacomo y obligado á cantar de plano.

Despues de esto puso sus alhajas á buen recaudo, y mandó decir unas cuantas misas segun su intencion, salvando de esta manera el descubierto en que quedaba su conciencia delicada.

Así consumó el jorobado su segunda punja, sin esponer un solo adarme de su crédito de jóven religioso y alma esencialmente piadosa, cuya educacion era el orgullo de don Girólamo.

Véamos como siguieron las aventuras de este rematadísimo pillo, hasta que dió con su catadura y joroba en Buenos Aires, donde adquirió una fama inmortal como ladron de gran talla.

## UN AGUACERO DE PALOS

El barrio de la Marina y calle de este nombre en Génova, era entonces el mas típico de aquella ciudad, habitado por gente de mar exclusivamente, y en el que cualquier otro genovés era recibido á capazos y burlas.

La Marina conservaba una fisonomía especial que la hacia diferir de las otras calles, no solo en costumbres sino en tipos, que en nada se parecían á los demás, teniendo aqui entre nosotros mucha analogía con el barrio y habitantes de la Boca del Riachuelo, que en nada se asemejan al resto de la ciudad.

La calle de la Marina empieza en la plaza del Ponticello y sigue por la via Servi, donde remata.

Los habitantes, haraganes por lo general, se veían sentados en las veredas.

Las mujeres casadas,—pues las solteras se dedicaban á otras faenas,—que eran una especie de hermosas y rozagantes *manolas*, pasaban el día sentadas al lado de una *frisculea*, vendedoras de buñuelos de pescado, de harina de garbanzos, tortas, y la no menos célebre *fainá*, que es esa torta delgada, colocada en un enorme tacho de latón, que venden en nuestras calles y mercados los genoveses tal vez habitantes de aquel barrio, y que muchos de nuestros lectores habrán probado en la palma de la mano, que es donde el vendedor coloca el cacho' comprado.

¡Cuántas veces nuestros mismos estudiantes

se desayunaban con un pedazo de aquella «porquería tan rica!»

En aquellos verdaderos y genuinos covachones donde se freían los buñuelos, y en la voreda cercana, se veían las mujeres llamadas *malema*, una especie de nuestra comadre, que pasaban el día ocupadas en *sacar el cuero* á las vecinas jóvenes, sobre si las habían visto ó no las habían visto la noche anterior, estar en la ventana hasta una hora avanzada esperando al novio con quien debían *pelar la paba*.

Este tal novio, por lo general, era uno de aquellos mozos fornidos, de tez colorada, con un grueso anillo de oro en el dedo índice, que caminaba como un buque en bonanza, *bordejando* suavemente sobre las caderas.

Aquel moceton que iba vendiendo salud, como se dice, tenía por lo regular una voz de las mas hermosas y vibrantes y una gracia especial en sus *stornelli*, pues ya lo habían oído con frecuencia dirijirse líricamente á la *Cattainin*, á la *Tonietta*, á la *Margaitin* ó á la *Luigina*, cuatro celebridades de hermosura, que hacían agua la boca á los habitantes de aquel barrio y muy disputadas entre los pescadores, boteros y lancheros vecinos.

Entre aquella gente, toda de mar, si cualquier honesto habitante de otro barrio hubiera sido visto por una de aquellas arpias que pululaban en la Marina, fijando sus ojos en los negros y brillantes luceros de una de aquellas beldades, ya se *había sacado la grande*— como dirían nuestros compadritos en su pintoresca fraseología.

Las bocas de aquellas arpias se abrían como otros tantos Avernos, y las indirectas, insolencias y pedradas en último trance, prevenían al incauto gavilán que debía lanzarse á buscar amores en otro barrio, pues ellas eran allí las feroces guardianes de las rancias costumbres del especialísimo barrio de la Marina que nada de comun tenía con los otros.

El gavilán se largaba á tender sus uñas en otros palomares, y las arpias genovesas y la *frisciulea*, tenían tema para menear sus lenguas viperinas, á costillas del flamante pretendiente y la pretendida.

El barrio de la Marina era el que poseía los mas famosos tenores y barítonos que se conocían en Génova y los mas célebres cantores de *stornelli* populares, que son aquel género de canciones que conocemos por «*Marianina*.»

Las jóvenes estaban generalmente cosiendo á la ventana, y muchas veces sentadas en la pequeña reja, improvisando los *stornelli* mas picarescos que se puedan ocurrir á una imaginación joven y traviesa.

Así, los jóvenes que pasaban les decían alguna cuchufleta, á la que ellas contestaban con la gracia característica de las genovesas

de aquel barrio y se entablaban diálogos amorosos que daban pábulo á las viejas arpias.

Hoy en día todo ese barrio y los puntos á donde se encontraban estas bellezas típicas, han desaparecido casi por completo—la municipalidad lo ha transformado en un recto y espacioso boulevard.

Las serenatas á la novia, en aquel barrio, eran moneda corriente, pero se daban en *seco* sin acompañamiento alguno—Una serenata con bandurria, por ejemplo, era un lujo que solo se permitían los muy poderosos.

El cantor se escondía en la esquina de la casa de la novia, metido entre el hueco de algun porton, precaucion muy importante pues los vecinos solían fastidiarse de la serenata y la emprendían á pedradas con el cantor, á quien muchas veces bautizaban con unos cuantos baldes de agua, servidas generalmente.

Cuando esto no sucedía, algun rival del cantor le preparaba una mala jugada, y entonces en vez de piedras y baldes de agua servida, eran sencillos y honestos garrotazos que sin ninguna piedad descargaban sobre el enamorado neófito, armándose con este motivo sendas y fabulosas batallas.

Fué, pues, en este famoso barrio que el jorobado constituyó su domicilio, en un cuartujo del sexto piso de una casa que estaba situada entonces á pocos pasos del puente Carignano y frente al oratorio de *San Salvatore*, capilla que solo se abría á los fieles los domingos y días de fiesta, permaneciendo cerrada á piedra y lodo durante el resto de la semana.

El jorobado se había instalado allí por dos razones—primero por huir el bulto á la justicia en alguna otra punja que intentara, y segundo por contemplar á su gusto á la bella *Cattainin*, delicia del barrio.

*Cattainin* era una joven bellísima, de carrillos de manzana, con un pocito á las estremidades de los lábios y unos ojos negros, casi siempre entornados como si su propia luz les hiciera daño y buscaran la sombra de sus larguísimas y sedosas pestañas.

*Cattainin* era lo que aquí llamamos una muchacha divina, de las que hacen temblar el piso cuando caminan, no se sabe si por el peso de sus carnes marmóreas, ó por el peso de su propia belleza.

*Cattainin*, que sabía el valor de su propia hermosura, caminaba con una arrogancia infinita, llena de orgullo y conociendo que no había de pasar un solo mozo por su lado sin decirle un requiebro.

*Cattainin* solía responder con una insolencia graciosísima, á esta cuchufleta, y seguía su camino, como una hermosa góndola cuya única vela fuera de pronto hinchada por una juguetona ráfaga de viento.

De esta verdadera hermosura había tenido

la debilidad de enamorarse el jorobado, por mal de sus pecados, y decimos por mal de sus pecados, porque de aquellos amores no podia resultar nada bueno para este desgraciado.

Cattainin nunca podia corresponder al amor de semejante mónstruo que, lo único que podia sacar con esto era conquistarse el ódio de la gente de mar, y por consiguiente una paliza inaguantable dada con cabos de á bordo.

Sin embargo de pensar todas las fatales consecuencias de aquellos amores, Dominguito seguia á Cattainin por todas partes, la que si bien habia reparado alguna vez en el mónstruo, no se sospechó la razon de su presencia.

Como Cattainin concurría todos los domingos al oratorio de San Salvatore, el jorobado era infaltable á la hora de la misa, que solia ayudar con tanta inteligencia que empezaba á captarse la voluntad del capellan.

Gran parte de sus economías, las gastaba el jorobado en regalos para la capilla y para la vieja tia con quien vivia la hermosa que habia trastornado por completo su cabeza y su joroba, fuente de sus picardias.

Con este sistema el jorobado se conquistaba las simpatías del capellan y se ganaba los buenos oficios de esta tia, que le habia hecho creer en la posibilidad de conseguir la mano de la sobrina, mediante sus consejos ó sus órdenes.

De este modo el jorobado iba fundiendo su capital sia haber obtenido una sola mirada de aquella muchacha que si se hubiera sospechado semejantes pretensiones, habria muerto de un alegre sofocon.

En la misma casa donde el jorobado asentara sus reales para tender sus amorosas baterías, vivia una vieja *tarasca*, que habia cobrado por Dominguito una antipatía invencible.

Ella hacia correr por todas partes, la voz de que el jorobado era un enjendro de Satanás que habia ido al barrio á hacer mal de ojo, y estas pequeñas calumnias de la vieja maldita, habian provocado un ódio insalvable, que la gente de mar profesaba al raton de sacristía.

Cattainin vivia en el primer piso de una casa situada al lado de aquella en que se habia alojado joroba, de modo que este, sin salir á la calle ni esponerse desde su sexto piso á recibir alguna pedrada, pasaba su dia estasiado en la contemplacion de la ventana de la genovesita.

Allí permanecia dias enteros, con la mirada fija en las ventanas de Cattainin, haciendo mil proyectos amorosos á cual mas desjorobado, por no decir descabellado.

El jorobado, en estos éxtasis de profundo amor, solia pasar unos tragos tan amargos, que olvidando su habitual piedad y temor de Dios, prorumpia en las blasfemias mas horribles que pronunciara jamás marinero de aquellos contornos.

Estos momentos de verdadera *sciagura*, los pasaba Dominguito cuando debajo de la ventana se detenía algun marinero jóven, y con una voz magnífica y afinadísima, dejaba oír una amorosa cancion.

Si Cattainin salía á la ventana á pagar con una tierna mirada ó una sonrisa cariñosa la amorosa cancion, el furor de nuestro jorobado no conocia límites y se mordía sus puños contrahechos de pura desesperacion.

Algunos dias el jorobado se iba á pescar á los alrededores del escollo de la Campana, y allí pasaba largas horas pensando en la manera de que se habia de valer para conquistar el amor de aquella divinidad de quince años.

El escollo *Campana* era un pedazo de piedra,—enterrado hoy por las grandes obras de nivelacion y ensanchamiento de calles que hablamos mas arriba—cubierto por el agua, que entonces subia á unos siete ú ocho metros del mar—este escollo, hueco en su centro al golpear sobre él las mansas olas, producía un tañido metálico tan semejante á una campana, que de ahí le habia venido el nombre que se le daba.

Desde allí el pequeño mónstruo contemplaba las ventanas de Cattainin, estasiándose hasta el punto de dejarse llevar la carnada del anzuelo.

Con qué profunda envidia veía pasar en sus botes ó lanchas á aquellos jóvenes marineros de musculatura atlética y rostro simpático y picaresco!

Pobre jorobado! el dolor rebotaba en todo su ser, y un lianto copioso venia á servirle de desahogo á sus penas y á la desdicha de haber nacido con un físico tan ridiculo para unos, como repugnante para los demas.

Todo lloroso por la pena que lo consumía, el pequeño fenómeno iba á hablar con la tia de su novia á quien preguntaba humildemente con que esperanzas podia contar para el futuro.

Pero la vieja, zorra corrida del mundo, le hacia ver un eden de amores, pero le ponía á contribucion la bolsa, de una manera tan desmedida, que el jorobado, temió tener que recurrir al producto de sus robos, cosa peligrosísima.

Algo consolado sin embargo por la esperanza que le daba la vieja, joroba volvia al escollo Campana, á pescar, pero era tal su distraccion que los inocentes y pacíficos habitantes del mar, volvian á tragar la carnada sin peligro alguno.

Una noche la tia y la sobrina tuvieron una larga y animada conversacion: la primera reveló á la segunda los planes melodramáticos del jorobado, agregando que era un personaje riquísimo, á quien se podia esplotar de la manera mas cómoda, solamente con salir á la ventana y dirigirla una mirada de cuando en cuando y un salu-

dito disimulado, allá, por muerte de un papa, no de un obispo que son mas frecuentes.

Cuando Cattainin se impuso de lo que pasaba y recordó al pequeño monstruo que ayudaba á misa en la capilla, no pudo contener una alegre carcajada—aquello era el pináculo de lo grotesco y lo ridiculo.

En vista de que su tia le aseguraba que aquella sátira humana era un millonario que aflojaria sendos escudos, la muchacha consintió en la farsa, siempre que esta no pasara de las miradas y el saludito prometido.

Cuando el jorobado recibió la primer mirada de la jóven, mirada que se prolongó por el asombro que le causó la vista de aquel ser repugnante y ridiculo, este espermentó tal impresion, que tuvo que guardar cama unos tres dias.

Aquella mirada absorbida ardentemente por su alma sedienta de amores y comentada por la tia, concluyeron de trastornarle la cabeza y hacerle soltar hasta el último céntimo de sus ahorros.

El jorobado tenia miedo de realizar cualquiera de las joyas que le habian producido sus pungas, porque podia ser descubierto como Nicola; pero al mismo tiempo necesitaba dinero para calmar la avaricia de la tia.

¿Qué hacer en este apurado trance? Dominiguito recurrió con sus llaves dobles á los cepillos que habia fabricado para diversas iglesias, pero la parte de limosnas que de ellos podia distraer, no alcanzaba ni para un diente de la vieja, que por la facilidad con que joroba le aflojaba la mosca, se le habia puesto que este monstruo debia ser algun millonario ó noble, que se habia disfrazado para poder enamorar á la magnífica Cattainin.

Puesto en tan feroz disparadero, el jorobado resolvió hacer víctima de sus amores al buen Santiago, cuyas cajas empezó á filiar desde aquel dia, para darles un golpe que lo sacara de apuros.

El pilluelo sabia muy bien que su padre guardaba las gruesas sumas de dinero, en una caja especial que tenia en su aposento, caja que se creia completamente alabrigo de cualquier tentativa lunfarda.

Como conocia perfectamente el mecanismo de aquella caja que él mismo habia ayudado á construir, con gran recato y cuidado se fabricó una llave, que puso á su disposicion las economias de sus padres.

Estos habian notado la palidez enfermiza que cubria el rostro del jorobadito y justamente alarmados habian consultado al piadoso Don Girólamo á quien tenian por un sábio—pero como Domingo manifestó que no le dolia nada y que nunca se habia sentido gozando de nua salud tan magnífica, atribuyeron aquella palidez á su fisico generalmente raquitico, y

no se ocuparon mas del asunto por creerlo inútil.

Entre tanto el jorobado seguia poniendo á contribucion la caja de su buen padre, con ciertas precauciones, por temor de que el viejo se apercebiera y pusiera su dinero á buen recaudo viéndose en apuros para dar un nuevo golpe.

Las miradas de Cattainin, continuaban irradiando su fulgor sobre el jorobado que aflojaba la mosca que era un gusto, entre las manos insaciables de aquella vieja que habia propuesto hacer fortuna con él.

Cattainin entretanto, tenia un novio á quien adoraba y con quien pasaba largas horas pelando la paba, y haciendo famosos proyectos para el dia en que se casaran, para lo que solo esperaban un año mas.

Este tal novio era un jóven hermoso y musculoso, gran cantor de *stornelli* y poseyendo la mas cadenciosa voz de tenor que se oyó en mucho tiempo en aquel alegre y especial barrio de Génova, travieso y pendenciero.

Es sabido que las muchachas, por recatadas que sean, tienen un verdadero *estómago de balleta* para sus novios, así es que á pesar de las recomendaciones de la tia, la muchacha puso en boca del travieso jóven lo que sucedia.

Le contó como la vieja explotaba la credulidad del fenómeno y como le habia hecho tragar el anzuelo de tal modo, que sin reparo ninguno aflojaba la bolsa de una manera régia y fabulosa.

—Es preciso jugar un bromazo á ese jorobado que se permite poner en tí los ojos, dijo el jóven que no podia tolerar que, ni aún en broma y por especulacion, se jugara así con el cariño de su hermosa novia.

—Dios te libre, respondia esta, el jorobado es una mina que explota mi tia, y si esta llega á saber que tú se la has espantado, cuenta con que no consentirá en nuestra casamiento, ni aunque la hagan diez mil pedazos.

*Ma per Bacco*, insistió el jóven, yo haré de modo que la tia no pueda sospechar de donde viene la cosa, pero este maldito hijo del diablo me la tiene que pagar y tú me vas á ayudar á darle un buen bromazo.

Entre tanto, el jorobado creia que sus amores seguian marchando á las mil maravillas. Los golpes á la caja del padre arreciaban con una velocidad telegráfica, y para que Dios lo ayudara, con una fé envidiable, se fué una mañana á la iglesia de la Madonna de Agua Santa, y no solo se mojó la joroba con el agua milagrosa, sino que llevó á su casa una damajuana y se dió un baño de cuerpo entero con lo que se creyó perfectamente asegurado contra cualquier desventura.

¡Pobre Domingo! No se sospechaba que el verdadero novio de su Cattainin era una espe-

cie de diablo, y que este diablo proyectaba contra él una zancadilla.

Aquella vieja que tanto detestaba al jorobado y que vivía en la misma casa, se puso al habla con el jóven nóvito y entre ambos proyectaron jugar al mónstruo tal pasada, que lo hiciera emigrar del barrio.

La vieja maldita abordó al jorobado y le dijo que sabía su secreto, y que como á ella le gustaba mucho proteger á los enamorados, le iba á dar un buen consejo para que concluyera de ganar el corazón de Cattainin.

El pobre Domingo cayó en la celada, y creyendo que la vieja le hablaba de buena fé, se puso á escucharla atentamente sus consejos, prometiendo seguirlos al pié de la letra, para el mejor logro de sus ambiciones.

—Para no pasar por un *tocco di salame*, dijo la astuta vieja, es necesario por lo menos dar de cuando en cuando una serenata á la muchacha — esto la concluirá de cautivar por completo, pues en el barrio es mal mirado el hombre que no canta.

—La cosa es que yo no me animo á cantar, dijo el jorobado, porque tengo muy mala voz, y estos otros mozos que yo escucho poseen magníficas voces, con las que cautivan el corazón de sus muchachas—yo en todo soy desgraciado.

—No seas bruto, insistió la vieja condenada—Cattainin gusta mucho que le dirijan un *stornello* picante, que tenga bastante sal y pimienta—ya verás como al día siguiente sale á la ventana y te lo agradece de corazón.

—Lo pensaré, lo pensaré, dijo el jorobado dando un escudo á la vieja para hacer mas efectiva su proteccion—el consejo no es malo, pero el caso es que tengo una voz muy poquita y que no se oirá desde la esquina.

—Pues hijo, concluyó la vieja metiéndose el escudo *in ta stacca*—si quieres ser un pretendiente en regla es preciso que dés una buena serenata, sinó declarate una *mortadella* y deja la plaza para que la ocupe otro.

El jorobado subió á su covacha dando vuelta en su majin el consejo de la vieja, mientras esta se lanzaba á comunicar al interesado que el mostrenco no tardaría en caer por completo en la trampa por ella armada.

—*Pelanulrun!* dijo aquel desalmado, le voy á dar una serenata tan famosa, á raiz de los huesos, que si no revienta como un puerco condenado, no vá á ganar para curarse las jorobas de las costillas.

Al otro día, y durante una semana, la vieja revistiéndose de un aspecto de sin igual mansedumbre, insistió tanto en la cosa y supo dorar de tal manera la pildora, que Domingo se decidió por fin á la serenata.

Para que la cosa fuera en regla y siempre por consejo de aquella vieja diabólica, el joro-

bado convino en comprar una especie de guitarrin en el que aprenderia un acompañamiento sencillo á la cancion con que daría la serenata.

El novio de Cattainin fué prevenido de la determinacion de Domingo por la vieja infernal que, no contenta con esto, empezó á exasperar contra joroba á todos los jóvenes de la vecindad, á quienes decia que era una gran vergüenza que un mónstruo como aquel, y de otro barrio, les viniera á llevar la mas hermosa muchacha de la calle de la Marina y que todavia toleraran que en sus barbas viniera á darle música.

—Si ese jorobado *maledetto* viene á dar música á Cattainin, respondian á la vieja, se vá á llevar una paliza cuyos cardenales, no se los curarán todos los santos unidos á las once mil vírgenes del cielo.

—Sí, ha de dar música, agregaba la vieja condenada—y ustedes no le han de hacer nada porque el jorobado es mas bravo que un puñado de agí y mas fuerte que cualquiera de ustedes.

El jorobado sin poder sospecharse la maldad que contra la integridad de sus huesos se tramaba, compró la vihuela y se puso á estudiar el acompañamiento que necesitaba para llenar su lírico y amoroso objeto.

Seguia entretanto dando grandes avances á las economias de D. Santiago, y rogando á la tia que apurara sus consejos para que Cattainin consintiera en casarse con él, haciendo su felicidad mas apetecida.

—¿Y cuándo es la música? preguntó un día á Domingo la vieja maldita—el tiempo pasa y tu no haces lo que te he aconsejado—no te quejes, pues, si algun otro te sopla la dama porque tu habrás tenido la culpa.

—El lunes, amiga mia, contestó el incauto gavilan que ya creía á Cattainin presa de sus uñas—el lunes daré la serenata y si me va bien el cálculo daré una comida en la fonda del *Rebecchino*.

Ya el pobre jorobado no tenia remedio, estaba enamorado hasta los huesos, como dicen, y no veía los síntomas del barrio, que hubieran alarmado seriamente á cualquier otro individuo menos enamorado que él.

Conforme preparaba su música, los vecinos que pasaban, capitaneados por el novio de la muchacha, le preparaban una paliza tan furibunda, que amenazaban concluir con su último cartilago, á falta de hueso sano.

El lunes por la mañana el jorobado se levantó muy temprano y se fué á la iglesia del Agua Santa—allí rozó largamente pidiendo á todos los santos una eficaz ayuda en su amorosa empresa, y para que la cosa fuera mas eficaz, al retirarse de la iglesia pasó por la puerta y se dió con el agua milagrosa tal baño



en la joroba, que tomó un resfrio de aquellos que sirven de base á las mas cristianas pulmonias.

Armado así de su flamante vihuela y decidido á cantar hasta fin de año, si por cantar habia de hacer suya á Cattainin, el jorobado se acicaló lo mejor que pudo y se largó al barrio de la Marina, á medio dia.

Desde esa hora hasta la media noche, el jorobado estuvo ensayándose hasta que quedó plenamente satisfecho—en seguida se puso á elegir el portal donde se habia de esconder, condicion inevitable, para librar el bulto á intempestivas lluvias.

Ya salia Dominguito vestido de *leva* y con la guitarra bajo el brazo, cuando fué detenido por la vieja autora de aquella aventura, y le preguntó en que portal se iba á esconder y si habia elegido buena música y buenos versos.

—Ya lo creo que he elegido buena música y unas coplas que han de dar envidia á todo el barrio, replicó el jorobado que estaba alegre y decididor, á consecuencia de un par de copas de grappa que habia bebido para criar audacia y sangre fria.

—Así me gusta, contestó la vieja condenada, este es el modo de hacer el amor por lo fino—estoy segura que si tienes buena voz, á la tercer serenata será la misma Cattainin quien te vendrá á hacer el amor. ¿Y á dónde vas á esconderte?

—Allí en aquel portal, concluyó Dominguito señalando una tienda de la esquina opuesta—en aquel portal que se vé tan claro desde la ventana, y salió á la calle tropezando precisamente en el umbral, pues la grappa empezaba á hacerle un efecto diabólico, con el que seguramente no habia contado.

—Pues me voy á prevenirla para que se asome á la ventana, dijo la vieja, y con un galopito gatuno enfiló hácia la esquina opuesta.

La maldita vieja no iba en busca de Cattainin, como lo hubiera podido notar el jorobado por la direccion que llevaba, pero su cabeza no estaba para estas minuciosidades, con la preocupacion de la serenata y las dos copas de grappa.

A dos cuadras de distancia de la casa de la vieja, estaba el novio de Cattainin, esperando en compañía de cuatro prójimos de su pelaje, que estaban armados de *drizas* de buque, esperando las noticias que esta les debia llevar.

Cuando supieron que el jorobado, armado de instrumento se habia largado á la serenata, fué necesario todo el esfuerzo del director de aquel manteo, para contener á sus cuatro compañeros que ya querian lanzarse á la jarana.

—Todavía no, *corpo di Bacco*, dijo este alegremente, es necesario que avisen á Cattainin que yo voy á cantarle un par de *stornelli*,

para que salga á la ventana y se divierta con la brillantísima farsa que preparamos.

La vieja, muerta de gusto, porque se trataba de hacer mal á alguien, se largó á cumplir su comision, mientras el director de la fiesta y sus cuatro asociados daban vuelta la esquina para salir al jorobado por la espalda.

Tan embebido estaba este en templar su instrumento y componerse el pecho, tan fijos tenia los ojos en la ventana de la muchacha, que no pudo sentir ni ver á los prójimos que le habian ganado la espalda, y cuyas sombras dibujaba en el medio de la calle, al lado de la suya, el farol colocado en el ángulo de la pared.

Pobre jorobado! como se iba á sospechar que el efecto de su música le iba á valer la mas famosa tunda que haya recibido jamás joroba humana!

Domingo habia templado ya su vihuela y hecho el primer preludio con alguna dificultad, cuando se abrió la ventana de Cattainin, y esta mas hermosa que nunca asomó su juvenil y picaresca cabeza, mirando á la esquina.

—Ahora que me esperan, pensó el enamoradoísimo sátiro—y haciendo un nuevo preludio se puso á cantar con una vocesita de oboe viejo y desafinado, una de las canciones que mas en voga andaban por entónces.

Al sentir aquella voz cascada y raquítica, la muchacha se fijó en la esquina de donde partía y no pudo dominar una sonora carcajada al ver al enamorado monstruo doblado sobre el pequeño instrumento y cantando con un entusiasmo descomunal.

El jorobado tomó aquella risa por una manifestacion de íntimo placer, y dando á su voz toda la fuerza que pudo hallar en sus mezuquinos pulmones, empezó la segunda copla con creciente entusiasmo.

No habia concluido el segundo verso de la copla cuando oyó zumbiar en el aire un enorme pedazo de sogá y sintió sobre la joroba un dolor agudísimo, que le hizo apartar la vihuela y soltar un prolongado quejido.

Dió vuelta con toda la rapidez que le permitió el dolor, para explicarse la causa de este y del zumbido, pero entónces no fué uno sinó cinco los garrotes que zumbaron, sintiendo el dolor de la joroba en las costillas, la cabeza y los brazos.

El jorobado saltó al medio de la calle, sin aflojar la vihuela y pretendió apelar á la agilidad de sus piernas, pero la lluvia de guascasos arrojó de tal manera, que el pobre mostrenco no supo ya lo que le pasaba.

Los gritos que lanzaba aquel infeliz eran tales, que toda la vecindad despertó asomándose á las puertas y balcones, en la creencia de que habia estallado alguna revolucion,

pues á los gritos y lamentos del pobre Dominguito, se unian las carcajadas y juramentos de los apaleadores, que estaban en sus glorias y que cargaban la mano de una manera brutal como si quisieran concluir con la existencia de aquel pobrete, ronco ya de tanto gritar y pedir perdon.

De cuando en cuando, y así que la azotaina y las risas amainaban un poco, se oia una vozecita penetrante y agudísima, que gritaba en diversos tonos:—mas fuerte, para que no sea tan *mascarsun*.

Era la vieja maldita, autora de aquella desventura, que festejaba cada guascaso y cada alarido, con grandes brinco y sendos palmo-teos, asegurando que nunca habia visto un espectáculo tan de su gusto.

De pronto y cuando ya el jorobado caia al suelo estenuado de dolor, un pillete pegó el grito avisando que los carabineros se venian al ruido del bochinche, y á aquel grito ríjico, las puertas y ventanas se cerraron, los curiosos se hicieron humo y los apaleadores soltaron los cabos y no cesaron de correr hasta la ribera, ganando los botes que estaban siempre á la orilla del mar.

Dos ó tres minutos despues, llegaron efectivamente seis ú ocho carabineros, que solo hallaron tendido largo á largo en el medio de la calle al pobre jorobado convertido en un ecce homo y sin aliento siquiera para prorumpir en la mas débil queja. Era una verdadera herejia lo que se habia hecho con aquel infeliz.

Conducido al puesto de guardia mas próximo, y cuando el dolor hubo aminorado un poco, el jorobado pudo narrar el mal percance que le habia pasado, pero sin poder dar las señas de sus verdugos.

El jorobado habia conocido al novio de Cattainin, pero no se atrevia á delatarlo por temor que la policia supiese los cuantiosos regalos que habia hecho á la tia y quisiera averiguar de donde habia procedido tanto dinero, prefirió callarse, y guardar su rencor para el momento oportuno en que pudiera vengarse, haciéndoles pagar con rédito cada uno de los sogazos que habia recibido aquella maldita

noche en que el diablo lo tentó disfrazado de vieja.

Á la madrugada del dia siguiente se dirigió á casa de su madre, donde dijo que por robarlo lo habian atacado cuatro ladrones, que le habian dado de golpes al saber que sobre sí no llevaba nada de valor.

Como aquellas exenas *snoodian* con mucha frecuencia en el barrio de la Marina, no se preocuparon mas de la cosa y aquellos cinco malvados no fueron molestados por la autoridad, para nada absolutamente.

Al otro dia, en el barrio de la Marina no se hablaba de otra cosa que de aquella aventura y paliza cuyas consecuencias vino á soportar Cattainin, á consecuencia de un gran vapuleo que le sacudió su señora tia.

Cattainin habia sido la causa de que ella perdiera aquella mina que tan buenos escudos le producía, pues el jorobado no volveria á aparecer por el barrio, y era justo que sufriera las consecuencias por partida doble, pues la honesta tia no contenta con el vapuleo, la condenó á no ver mas en su vida á aquel insolente que la habia desacreditado con aquella aventura, privándola al mismo tiempo de la mina que explotaba.

El jorobado entre tanto ganaba la cama, jurando no volver á enamorarse jamás y sobre todo no dar otra serenata, ni por broma, aunque supiese conquistar con ella el corazon de la misma Madonna.

—La primera vez que me metí á tener amores, pensaba el cuitado mientras le curaban los cardenales y mataduras, me costó tres dias de cama, y eso que iba en compañía de mi amigo Nicola, la segunda vez me han dejado vivo gracias sin duda al poco de agua milagrosa con que me bañé antes de la serenata—pero juro no caer en la tercera, porque estoy convencido de que en mí solo quieren el dinero.

Nada, concluyó, haciendo un gesto de dolor, mientras le curaban la joroba—desde hoy no tendré mas amores que el dinero ageno, hasta que pueda salir de pobre y largarme á la América, donde dicen se vive tan bien.

## DIVERSIDAD DE AVENTURAS

El jorobado estuvo mas de un mes en la cama, á consecuencia de aquella feroz paliza.

Cuantos proyectos famosos confeccionó en aquellos largos dias en que hacia desfilir por su imaginacion todas las joyerias que conocia!

Su gran ambicion era venir á América, donde le habian dicho que el dinero se andaba dando tumbos por el medio de la calle y que las onzas de oro se podian cargar en bolsas, sin que nadie lo impidiera.

Domingo tomaba datos á todos aquellos paisanos que habian estado aquí y á otros que sin haber estado, como el honesto don Girólamo decian conocer la América como á sus propias manos, ó como sus chalecos.

—Aquel es un pais de salvajes, donde la jente anda desnuda por las calles, decian al jorobado y donde se comen crudos á los niños—y esta opinion graciosísima se tiene aún de nosotros en muchas partes de Europa.

Un amigo nuestro, el jóven Pascos, nos contaba destornillándose de risa, que cuando vino de Europa desembarcó con el revólver en la mano, porque le habian dicho que los indios atacaban á los pasajeros en el muelle mismo.

Asi vienen muchos, creyendo que Buenos Aires es un pais de completos salvajes, donde muchos extranjeros son devorados crudos por las calles, sin que la autoridad trate de impedirlo, pues es muy frecuente que cuando sucede una cosa de estas se aproxime un vigilante, no á impedir la muerte del desgraciado extranjero, sino simplemente á pedir un pedazo de él, que devora con una avidéz suprema.

El jorobado escuchaba todas estas versiones aterrantes, atenuadas para él con aquello de que al dinero no se le hacia caso, pudiendo un extranjero hacer su fortuna concretándose solo á recoger lo que los demas tiraban.

—*Santo Domingo!* pensaba—y no hay por allí joyerias y grandes negocios, señor Girólamo, para venderle al extranjero?—dicen que los indios son muy amantes á las joyas y que con ellos se pueden hacer grandes negocios.

—Ya lo creo que hay todo eso, respondia don Girólamo—allí hay muchas joyerias que permanecen abiertas dia y noche, porque como el dinero no se estima no se cometen esos grandes robos de la Europa.

—Cristo santo! decia Dominguito para su joroba; que soberbios tiros se pueden hacer por allá, sin que la Policia se mezcle y sin que á uno le puedan encajar en una prision, puesto que allí no hay cárceles!

—Me voy para América, decia, me largo

para América á hacer fortuna, señor Girólamo, y despues volveré y edificaré una iglesia por mi cuenta, que sea una de las mas lindas, y usted será el cura ¿qué tal?

—No hijo mio, decia don Santiago—no quiero que vayas á América porque si es cierto, que de allí puedes volver millonario, tambien es cierto que te pueden devorar á tu llegada, y nosotros moriríamos de pena.

El jorobado era sumamente cobarde por naturaleza, tan cobarde que esta sola reflexion bastaba para disipar sus sueños de riqueza y hacerle olvidar sus proyectos de edificar templos suntuosos para darlos á don Girólamo.

—No me conviene decia ir á pasar con joroba y todo al estómago de alguno de esos bárbaros antropófagos, que ni siquiera se toman el trabajo de asarlo á uno, pues se lo comen crudo y tal vez sin masear.

Pero al mismo tiempo pensaba que en Génova no podia vivir como él deseaba, pues allí no podria hacer uso de la fortunita que habia robado, sin riesgo inminente de caer en poder de la policia genovesa.

De qué le servia entónces lo que habia robado y lo que aun robaria, si ni siquiera podia convertir en dinero las preciosas joyas que con tanto trabajo y tan gran riesgo habia mudado á su casa sin permiso de los dueños?

Era preciso salir de Génova é irse lejos, bien lejos donde no se pudiera tener noticias de su persona, hasta que realizara sus joyas y poder volver entónces diciendo que aquella fortuna la habia ganado en América comodamente.

En cuanto á amores, el jorobado se decidió á no volver á emprender otros nuevos.—Basta con dos decia, no quiero probar una tercera aventura que me cueste mas caro que las otras dos últimas—está visto que no puedo ser amado, que no puedo llenar esta sed de amores que siento en mí:

Y al pensar de esta manera el pobre mónico lloraba amargamente la deformidad de su cuerpo que lo hacia tan grotescamente risible.

El jorobado tenia una naturaleza ardiente y un corazon sensible—ese mismo alejamiento en que vivia y la risa y burla con que siempre habian sido acojidos sus amores, habia hecho nacer en él una especie de ódio contra las mujeres, pero un ódio que no lo emancipaba del deseo de poseer una que llenara aquel mundo de ternura que presentia en sí y que se desbordaba en su mirada inteligente y agudísima.

—Quién sabe—pensaba, tratando de consolar su desventura—la mujer es sumamente interesada—tal vez si yo llego á ser millonario encuentre quien me quiera, como otros muchos mas repelentes y ridiculos que yo.

Y con este raciocinio, sonreia de una manera diabólica, dejando ver dos colmillos amarillentos y largos, que eran el toque maestro de aquella fisonomia de expresion única por la diversidad de pasiones que á ella salian.

—Yo seré rico, muy rico, añadia en su pensamiento—bastante rico para hacerme amar por una mujer hermosa, y entonces esta ha de pagarme todo el mal que me han hecho las otras—no hay por que afijirse.

Entónces aguzaba su ingenio, y cometia mentalmente una série de robos valiosos que lo convertian en un Creso, dueño de todo el oro y de todas las mujeres bellisimas que habia en el mundo, y era feliz.

Cuando el jorobado pudo dejar la cama y salir á la calle, su primer visita fué para el padre Girólamo, que era su protector decidido á quien ocurría en sus casos de apuro y cuando necesitaba alguna recomendacion.

La paliza y la cama lo habian dejado débil y amarillento, parecia un desenterrado, pero un desenterrado ridículo y monstruoso de cuyo contacto se apartaba la gente aterrada, temiendo hasta rozarlo con el pelo de la ropa.

El pueblo italiano es por lo general supersticioso—y así como no provoca la mirada de un *iettatore*, huye de estar en contacto con un jorobado, pues ambas cosas son para un italiano signo de terribles desgracias.

El jorobado comprendia el horror que inspiraba y sentia crecer su ódio hácia la humanidad, aumentándose su deseo de ser rico para humillarlos y pisarlos con sus magnificas carrozas y espléndidos caballos.

Don Girólamo recibió su visita con verdadero placer—habia cobrado un gran cariño á aquella ánima bendita, como lo llamaba por la misma repulsion que veia inspiraba á todos los demas.

Allí charló por lo largo con el buen sacerdote, manifestándole que deseaba ponerse bueno bien pronto para volver á la cerrajería á trabajar y tratar de ganar algunós pesitos para ir asegurando su porvenir.

—Todavía no es tiempo de que pienses en eso, le decia el sacerdote—tu físico es muy delicado y no te permite dedicarte á trabajos pesados—tu porvenir está asegurado por Santiago, piensa pues solo en ponerte bueno que es lo principal.

El jorobado le aseguraba entónces hipócritamente que no queria pensar ni en broma en un dinero cuya adquisicion le importara la muerte de su buen padre, y el sacerdote le aplaudia de corazon ideas tan piadosas.

Cuando Dominguito estuvo ya un poco mas fuerte, sus visitas fueron hechas á mas larga distancia. Se largó hasta la iglesia de Agua Santa á llevar una limosna á la imagen y á persignarse con los dedos mojados en el agua milagrosa, merced á la cual habia salido bien de todas sus empresas.

Es verdad que le habian descompaginado los huesos de una paliza, apesar del baño de Agua Santa que habia tomado en precaucion de todo evento, pero él pensaba que si no hubiera sido por el agua milagrosa, aquel pilluelo no habria avisado la venida de los carabinieri, y lo hubieran dejado muerto en el sitio á fuerza de golpes.

¡Cosa particular! aquel desalmado impío que no habia tenido el menor reparo en saquear la imagen, tenia una fé profunda y arraigadísima en los milagros del agua, milagros que llegaban, segun su mención, hasta haber sido protegido por la virgen en aquel robo, cosa que no sucedió con Nicola, que por no haberse untado con el agua, fué preso por la policia sin haber podido aprovechar la punga.

Despues de esta visita y esta limosna, macse joroba regresó á su casa mas consolado, y mucho mas fuerte, hasta el punto de avisar á Santiago que desde el dia siguiente empezaria á trabajar en los talleres de la cerrajería.

El buen Santiago persistió en que no debia de trabajar, pero apesar de todo, al dia siguiente el jorobado se lanzó á los talleres y principió, aunque lentamente, á ocuparse en la confeccion de pequeñas cerraduras.

A la gran habilidad é inteligencia del pequeño mónstruo, debia la casa de Santiago el gran crédito de que gozaba, pues nó habia obra, por difícil que fuera, que aquel maldito no hiciera con rara perfeccion y arte.

Así, entre el trabajo en los talleres, ayudando á misa y visitando al padre Girólamo y demas amigos de sotana, jorobita fué reponiéndose poco á poco, hasta que bien pronto se encontró restablecido y apto para cualquier empresa.

Los amores con Cattain le habian consumido todas sus economías y parte de las de su padre, pues como se sabe tuvo que recurrir á la caja de aquel para cubrir sus últimos derroches—era pues preciso recupear lo perdido, para lo cual tendria que trabajar asiduamente en al construccion de sus cofrecitos y alhajas y hacer frecuentes visitas á los famosos cepillos de doble llave donde los fieles depositaban sus limosnas.

Tanta maña se dió y tanto trabajó, que un año despues de aquella malhadada aventura el jorobado habia recuperado todo lo perdido y parte de lo que habia pungueado al inocente Santiago de su caja de economías.

Entre los oficiales del taller habia uno, Pie-

tro Ginocchio, que á fuerzas de economías y de trabajo asiduo, habia logrado juntar unos ocho mil francos que pensaba hacer llegar á doce para casarse con la gentil *Marina*.

Pietro, que era el que mas cariño tenia á Domingo, le habia confiado todos sus proyectos, y el secreto de aquellos ocho mil francos que guardaba en una cajita de fierro que le regalara el mismo jorobado dos años antes.

El jorobado que no podia escuchar sin una rábia invencible la noticia de que otro se casara con una mujer linda, concibió la idea de impedir aquel matrimonio y apoderarse de aquellos ocho mil francos juntados á fuerza de tanto trabajo y de tantísimos apretones de estómago.

El jorobado se hizo desde entonces mas amigo de Pietro, consiguiendo que este lo llevara una tarde á casa de la hermosa *Marina*, que vivia en compañía de su anciana madre y de una hermanita de diez años, tan bella como bondadosa.

A pesar del horror que les inspiró al principio, el jorobado les ganó bien pronto el lado de las casas, hasta el extremo de estar tristes cuando no iba.

Domingo les hablaba de Pietro con un cariño de hermano, ponderando sus virtudes y augurando á *Marina* un porvenir felicísimo, pues Pietro con el tiempo tenia que ser hombre de mucha fortuna.

De esta manera el jorobado no solo habia puesto decididamente de su parte á *Marina*, sino que se habia ganado por completo á Pietro, á quien aquella habia referido los buenos términos con que Domingo lo recordaba á cada momento.

—Es un alma de Dios, decia Pietro, y un maestro cerrajero de primer órden—si yo pudiera poner una cerrajería en sociedad con él, estoy seguro que en poco tiempo nos haríamos ricos—pero él está empeñado en irse á América donde le han dicho que el oro se recoje por las calles, y tanto vá á hacer y tanto se vá á empeñar que al fin se ha de salir con la suya, volviendo rico como tantos otros compatriotas que conocemos.

—Pero allí corre el peligro de ser comido vivo, decia *Marina* que conocia aquella general creencia.

—Sí, replicaba Pietro, pero él dice que así como han vuelto tantos otros ha de volver él, mas rico que ninguno.

El tiempo pasaba entre tanto, y el jorobado que se habia hecho amar entrañablemente de aquella familia, maduraba un famoso plan que le habia de dar dos resultados á cual de ellos mas famosos—deshacer el casamiento de aquellos dos seres felices, y apoderarse de los ocho mil francos que habian despertado su insaciable codicia.

—Yo he hecho la caja donde están guardados, pensaba; esto pues no debe preocuparme absolutamente puesto que conozco el mecanismo.

La dificultad era consumir el robo sin dejar tras de sí el menor rastro que pudiese dar margen á una pesquisa policial, cuyo resultado pudiera ser muy bien la pérdida de su libertad y reputacion.

Como él iba con frecuencia á casa de Pietro, en compañía de otros amigos, los vecinos lo conocian, y su presencia allí, á cualquier hora del dia ó de la noche no podia inspirar la menor desconfianza, pues sabian que era hijo del patron de Pietro, y que este le tenia especial predileccion.

Podia, pues, muy bien ir allí mientras su amigo trabajaba en el taller é hilarle la mosca, seguro que de él no habian de sospechar ni los vecinos ni el robado.

Pietro, que no era lo que se llama un avaro, solamente abria su cajita al fin del mes, para agregar á su capitalejo las economías que habia logrado hacer—hecho esto, cerraba la caja, que regularmente no volvía abrir hasta el otro mes.

Podia, pues, pegar su golpe á mediados del mes, casi con la certeza de que pasarían diez ó quince dias sin que Pietro echase de ver que habia sido víctima de ladrones y dar parte á la policia.

Joroba se detuvo en este plan famoso, que empezó á estudiar prolijamente, como acostumbraba, previendo los menores contratiempos y peligros, que evitaba de una manera habilísima para que la cosa quedara impune.

El jorobado esperó con toda astucia un fin de mes, dia en que infaliblemente Pietro abriría la caja para depositar sus nuevas economías, echando un vistazo á la suma de ocho mil francos que era su capital.

Llegado este dia, Pietro, como tenia de costumbre, despues de guardar su dinero, comunicó á Domingo que ese mes sus economías habian subido á la suma de cien francos, que habia puesto junto á los ocho mil.

Al dia siguiente, mientras el obrero estaba trabajando en los talleres, el jorobado salió de la cerrajería y armado de la llave que habia fabricado al efecto, se trasladó á casa de su amigo, sin causar la menor estrañeza á los vecinos.

Con qué fruicion íntima el malvado monstruo abrió la cajita y se apoderó de los ocho mil francos que constituian el porvenir de su amigo *Ginocchio*!

Contaba los billetes con un placer indescriptible, y los iba acomodando en todos los bolsillos, sin decidirse á dejarlos en uno de ellos; —le parecia que de todos los iba á perder.

Por fin, despues de probarlos todos, se

decidió á dejarlos en el bolsillo del pantalón, bolsillo que llegaba mas abajo de la rodilla, y se retiró de la casa despues de haber dejado las cosas en su lugar, de manera que ni el mismo Pietro pudiera sospecharse que allí habia andado una persona estraña y mucho menos que hubieran tocado su caja de fierro.

El jorobado salió sin que nadie lo hubiera visto, por lo que pensó que el agua milagrosa inoculada ya en su joroba, seguia protejiéndolo contra todo contratiempo y desgracia que pudiera hacerle fracasar sus empresas.

Regresó en seguida á la cerrajería y despues de guardar cuidadosamente el dinero que acababa de robar, labrando la desgracia de su amigo, vino á los talleres y se puso á conversar con él sobre su próximo enlace.

—Ayer guardé sesenta francos, parte de mis economías de un mes, le dijo Pietro —si Dios sigue protejiéndome así, espero que dentro de dos ó tres años podré casarme y establecer un negocito junto contigo, si quieres.

—Ya lo creo que quiero—replicaba maese joroba—mi padre me ayudará con un capital igual al tuyo, y en poco tiempo de buen trabajo hemos de hacer fortuna y podré yo tambien realizar mi viaje á América.

Sobre estos proyectos siguieron charlandoy cambiando ideas, hasta que llegó la tarde, hora de retirarse los obreros y Pietro empezó á arreglarse para salir.

Como no tenia parientes ni cosa parecida, Pietro comia en casa de su novia, para lo cual pasaba una pequeña mensualidad á su futura suegra.

El jorobado se convidó á comer con su amigo esa tarde llevando un buen *tocco de salame* y un papelon de *gianchetti* fritos, con que *hacer boca*.

El sagaz y previsor jorobado no queria separarse un momento de Pietro, desde ese dia para que este cuando echara de ver que habia sido robado, pudiese jurar que su amigo no tenia parte alguna en semejante crimen.

Domingo, que tenia un diente formidable, lo lució tan bien aquel dia, que poco despues de comer pedia por todos los santos un *pitin de camomila* porque no podia sufrir mas el mal de *stetamago* que lo habia agarrado.

*Porco de salame*, gritaba desesperadamente de esta vez *crepo* sin remedio, lo *stetamago* parece que se me quiere reventar y no tengo ni un *stissin* de agua milagrosa con que darme una friga.

El mal fué pasando poco á poco, merced á unos cuantos tragos de grappa y otros remedios caseros, hasta que el jorobado, acompañado de Pietro, pudo trasladarse á casa de su padre, donde ganó la cama inmediatamente.

Aquella indigestion costó á maese joroba diez dias de cama, seriamente enfermo, en

cuyos diez dias y noches Pietro no se le separó del lado sino el tiempo suficiente para ir á dar el buen dia á su hermosa novia.

Cuando el jorobado dejó la cama, volvió otra vez á ser inseparable del obrero, pues era necesario que este, ni por broma ni ante una acusacion formal, pudiese dudar de la honradez de su jorobado amigo.

Así pasaron los dias y llegó el fin de mes en que Pietro cobró sus ganancias, pagó la mensualidad á su futura suegra, se compró los suficientes cigarros de la paja para pasar el mes y fué á guardar el sobrante en la caja.

¡Qué horrible momento fué para el honrado obrero, aquel en que contemplantó el pelado fondo de su caja, de donde habian desaparecido sus economías de diez años y el risueño porvenir que con ellas se habia labrado!

Se restregó los ojos y se dió de puñetazos creyendo que soñaba, miró sus muebles creyendo que tal vez se habia equivocado de cuarto; pero allí estaba la caja vacia, mostrándole la triste realidad de lo sucedido.

Pietro sintió que todo el coraje lo abandonaba, sus piernas temblaron en una convulsion poderosa y cayó pesadamente al lado de su caja vacia, donde permaneció mas de dos horas privado de conocimiento.

Cuando volvió en sí, alimentó por un momento la esperanza de que todo aquello hubiera sido una horrible pesadilla, pero contempló su caja totalmente vacia y el dolor mas desesperante lo invadió nuevamente.

Oprimiendo su cabeza entre ambas manos como si temiera dejarla tan limpia de juicio como de dinero estaba la caja, salió á la calle llorando amargamente, en direccion á casa de su novia.

Allí llegó en momentos que el jorobado echaba una larga perorata sobre el próximo enlace de sus amigos y lo feliz que iba á ser aquel matrimonio de una muchacha tan linda y un jóven tan lleno de virtudes y tan trabajador.

La presencia de Pietro en aquel estado desesperante fué para aquella buena gente lo que seria la presencia de un gato en una reunion de ratones—todos se miraron á la cara, presa de súbito espanto y ninguno pudo articular una palabra.

En el medio de la habitacion se habia detenido Prieto, con los ojos salidos de las órbitas y la boca entreabierta—parecia aquel infeliz la estatua del terror.

El primero que recobró su serenidad fué el jorobado, que á pesar de estar prevenido de lo que iba á suceder, el aspecto de Pietro lo habia llenado de espanto. Se acercó al obrero á quien tomó de un brazo y preguntó cariñosamente:

—¿Qué tienes amigo mio?Cuál es la causa

de tu estado? estás enfermo? te has caído de la escalera? habla, por Dios, qué tienes?

—Sí, que tienes caro Pietro? responde por piedad, dijeron á un tiempo las dos mujeres.

El jóven miró á todos lados, como idiotizado, su boca se cerró y volvió á entreabrirse, pero no pronunció una sola palabra—estaba dominado por su desgracia.

Las dos mugeres rompieron á llorar amargamente.

El jorobado, empujándose sobre sus pies deformes para llegar hasta la cabeza de Pietro, siguió prodigándole los mas tiernos cariños, mientras le preguntaba con voz plañidera:

—Pero qué tienes amigo mio, qué tienes?

Pietro reunió todas las fuerzas que le quedaban, como para dar un gran grito, pero apenas pudo balbucear estas palabras ininteligibles:—me han robado! me han robado todo mi dinero!—y rompió á llorar.

El llanto del obrero se unió al de las dos mujeres y á estos tres un terrible lloriqueo del jorobado, que vino á completar el cuarteto mas lastimero que hayan oido jamás oídos humanos, pues cada cual lloraba como si lo estuvieran reventando á garrotazos.

A la algarazara descomunal de semejante cuarteto, acudieron todos los que habitaban aquella misma casa, y la barahunda se hizo general, tomando parte en ella hasta los vian-dantes.

Pietro fué serenándose poco á poco y recordando el uso de la palabra, hasta que pudo explicar clara y detalladamente que le habian robado mas de ocho mil francos, toda su fortuna, que guardaba en una caja de fierro en su pieza.

—No puede ser, amigo mio—no habrás mirado bien—dijo el jorobado, enjugándose las lágrimas.

No hay duda, caro, replicó Pietro, que han robado todas mis economías y han muerto mi porvenir que era mi casamiento.

Al escuchar estas palabras el llanto de Marina y de la madre se hizo insoportable—aquella era una desgracia que venia á tocarles á todos.

Tocó su turno á Pietro de pretender consolar á su novia y á su futura suegra.

—Pero es preciso averiguar quien es el autor de esta infamia, dijo el jorobado con una energía que hizo sonreír á las personas allí presentes—es preciso ir ahora mismo á avisar á la policía, vamos caro Pietro, vamos.

Y aquel pequeño monstruo arrastrando á su amigo con una fuerza que no se hubiera sospechado en él, salió de aquella casa en dirección á la comisaria vecina, pues segun Domingo tal vez el ladron no estuviera lejos.

Una vez en la comisaria, Pietro narró como al ir á depositar en su caja de fierro las eco-

nomías de aquel mes, habia encontrado la caja completamente vacía, faltándole sus ocho mil francos en billetes de banco.

Y tú no sospechas de nadie? preguntó el agente de Policía, que era un anciano bondadoso, de fisonomía inteligente y mirada vivísima—no tienes ideas de que alguno de los amigos y compañeros de taller sean los autores?

—No puedo sospechar de nadie, repuso Pietro—no tengo mas amigo íntimo que Domingo, el hijo de mi patron, con quien tengo toda confianza y ya vé usted que de este no puedo desconfiar.

El comisario miró al jorobado y su facha de infelicidad suprema dispó por completo cualquier duda que pudiera haberle asaltado, pues aquel fenómeno consumado tenia mas facha de robado afijidísimo, que de ladron de una suma tan respetable como aquella.

—Y quién sabia, á quién hizo usted partícipe, continuó preguntando el empleado, que usted guardaba en su cuarto aquella suma de dinero?

—Domingo, replicó Pietro, era el único que sabia que yo guardaba allí aquel dinero.

El comisario volvió á mirar al jorobado mas profundamente que la vez primera, pero toda su sospecha se volvió á estrellar contra aquella facha de honestidad y hombría de bien que hubiera engañado al mismo Vidoq.

—Caramba, pensó el comisario, todas las sospechas están contra este truan, pero tiene un aspecto impenetrable, y una facha que, aunque acusa un hombre de bien, puede ser muy bien el hábito de un consumado bribon.

Y decidido á indagar lo mas posible, siguió el interrogatorio, pensando informarse mas tarde de aquella especie de sá'tiro elegiaco, que tan admirablemente sabia disimular las impresiones de su espíritu.

—Si aseguras, dijo á Pietro, que nadie mas que este amigo sabia que tu guardabas dinero y conocia el sitio donde lo tenias, todas las sospechas recaen sobre él, y la policía se vé obligada á retenerlo hasta esclarecer la cosa.

—Mire bien señor, se apresuró á responder el jorobado, yo me quedo aquí hasta que se esclarezca el hecho, pues sé que la verdad salta á la vista, á pesar de todo y tengo confianza en que no he de estar preso muchas horas.

—No señor, qué disparate! dijo Pietro sobresaltado—este jóven es hijo de mi patron y lo conozco desde hace mas de diez años que entré á trabajar con don Santiago—es honrado como pueda serlo yo mismo, y además los ocho mil francos que me han robado son para él menos que un cigarro de la paglia, no por lo que tenga su padre, sino por lo que él mismo tiene ahorrado, de los innumerables trabajos finos que le encargan y le pagan á peso de oro.

El comisario estaba confundido; las seguridades que le daba Pietro y la ingenuidad con que hablaba Domingo, se estrellaban con el presentimiento vago que tenia, de que aquel personaje contrahecho era el autor del robo.

Sin saber qué hacer, por el momento, despatchó á los dos amigos, citándolos para el día siguiente, y se fué él mismo á hacer la primera pesquisa sobre el terreno, esa pesquisa que es el todo para un polizonte de espíritu y talento.

Pero aquella pesquisa no le sirvió absolutamente de nada. La habilidad del viejo comisario se estrellaba contra la astucia de aquel ladrón finísimo, que no dejaba tras de sí el menor rastro que pudiera guiar á la policia.

El comisario se dirigió á hacer la segunda pesquisa, tan interesante como la primera, pues se trataba de averiguar que clase de pájaro era aquel jorobado que sin saber por qué le parecia un redomado bribón—Pero esta vez, como las otras, el agente de policia se volvió vencido.

Los informes que en todas partes dieron eran magníficos—era preciso que el jorobado fuera honradísimo para que dieran de él todos los vecinos tan cumplidos informes.

El padre Girólamo que fué la última persona con quien habló el comisario, le dió tales seguridades, que poco le faltó para jurar sobre los santos evangelios que domingo Parody era la misma honradez.

El comisario llegó corrido de su pesquisa—su sospecha no se desvanecía del todo, pues habia algo que le decia que aquel jorobado estaba mezclado en el robo, pero no podia proceder contra él.

Mientras hacia averiguaciones sin poder arribar á algo, se propuso espiar al jorobado y seguirlo por todas partes sin que este se lo sospechara, pero todo fué inútil.

Domingo habia adivinado las sospechas del comisario, habia sentido que el agente lo observaria y habia arreglado su conducta de manera á no confundir la menor sospecha. Por la mañana se iba á oír ó á ayudar á misa, mas tarde se dirigia á casa de don Girólamo donde pasaba tres ó cuatro horas aprovechando las buenas lecciones que le daba el virtuoso sacerdote y regresaba á su casa á almorzar, de donde salia para ir á acompañar y consolar al desgraciado Pietro.

A las nueve de la noche, á mas tardar, el jorobado estaba en su casa, de donde no salia hasta el otro día bien de madrugada, para volver á lo mismo del día anterior, repartiendo su tiempo de la misma manera.

Tal era la conducta de aquel redomadísimo truan, que el comisario concluyó por convivir con sí mismo de que se habia equivocado las timosamente al concebir tales sospechas de una persona tan generosa,

—Me doy por vencido, dijo, y tuvo que renunciar á la esperanza de dar con los autores de aquel robo singular.

Entro tanto, aquella desventura hizo contraer á Pietro una séria enfermedad, que en dos años concluyó con su vida.

Arruinado, viendo desaparecer en un solo día el fruto de tantos años de desvelo, roto su casamiento y su porvenir tan acariciado, el infeliz contrajo una hipertrofia aguda que lo postró en cama.

El jorobado tuvo el coraje de ir diariamente á casa de su amigo, á llevarle algun dinero que le enviaba Santiago y una que otra lira que le daba él mismo, diciéndole que en mejores tiempos se las devolveria.

Así asistió día por día á aquella agonía larguísima, sin que el mas leve remordimiento viniera á turbar su espíritu, ni por mera fórmula; fué él quien cerró los ojos al pobre jóven cuando murió.

En estas largas veladas, el jorobado sintió crecer la pasion que habia concebido anteriormente por la novia de Pietro—pero recordó sus pasadas aventuras, guardando su pasion en la joroba, para tiempos mas propicios.

Entre sus diversas pungas y economías logró juntar una fortunita, y el deseo de venirse á América volvió á asaltarle, pero lo retuvo una lejana esperanza—la posibilidad de que Marina correspondiera á su amor.

—Ella está muy pobre, pensaba el jorobado; la amistad que yo profesaba á Pietro, habia hecho nacer en ella algun cariño por mí, y puede ser que por conveniencia la jóven llegue á aceptarme.

Y al pensar así, maese joroba sentia un hormiguero en el cráneo y se paseaba agitado por su cuarto buscando el medio mas á propósito para hacer sus proposiciones á la hermosísima muchacha.

Una mañana el jorobado se decidió á hablar; se echó al colete un par de copas de grappa, y acicalándose lo mas aristocráticamente que le fué posible, se dirigió á la casa de la dama de sus íntimos pensamientos.

Pero estaba visto que el jorobado no habia nacido para el amor, porque á las primeras proposiciones que hizo, la muchacha se le rió en las narices y la vieja le amenazó con una muy poco piadosa paliza.

Domingo recordó su primera aventura amorosa con Nicola; la paliza del barrio de la Marina volvió á repercutir en sus matambres y muy mohino y corrido se largó de la casa en direccion á la cerrajería.

—Mi viaje á América es inevitable, pensó desesperadamente—es preciso que yo realice mis joyas, doble mi fortunita y me aproveche de alguna infeliz miserable, ya que ninguna mujer puede querorme espontáneamente.



- Y empezó á trabajar con D. Girólamo para que este recabase de su padre el permiso para que lo dejara ir á América, donde estaba seguro que haria una inmensa fortuna en muy poco tiempo.

—Me han dicho que allí no hay cerrajeros, padre Girólamo, afirmaba, y que yo con la habilidad que tengo y un poco de dedicacion, me puedo labrar una fortuna sólida, en menos de dos años.

El padre Girólamo, aunque muy contra su voluntad, empezó á empeñarse con D. Santiago para que accediese á los ruegos de Domingo, hasta que aquel consintió en el viaje, derramando abundantes lágrimas, pues queria al jorobado con verdadera idolatria.

En cuanto este tuvo el deseado consentimiento, empezó á arreglar prolijamente sus balijas, con mil recobocos y dobles fondos, pues tenia que ocultar sus pungas.

So pretexto de aprender el oficio, el jorobado empezó á concurrir á la carpintería de

su tío, donde el mismo se fabricó un par de baulés, con morrudas cerraduras y dobles fondos para esconder sus robos.

Hecho esto, que era lo mas importante para él, se dedicó á buscar datos sobre el modo de vivir en América, sobre todo en Montevideo y Buenos Aires y la organización de la Policía.

Así supo que las aduanas de estos puntos no registraban los equipages y que la Policía era escasa y mal servida, pues mas se ocupaban en servir á Rosas que en perseguir criminales, que tanto abundaban entonces en la ciudad, pues la misma Policía, como recordarán ustedes, era en aquellos tiempos una cuadrilla de facinerosos que solo se ocupaba en degollar unitarios para tener el pretexto de saquear los domicilios de los degollados.

Tomados todos estos informes y datos, el jorobado fijó su viaje para seis meses despues, en que debia salir para América un buque, cuyo capitán era íntimo amigo y algo pariente de Santiago.

## UNA PUNGA ÓPTIMA

Una vez decidido el viaje, el jorobado empezó á frecuentar la sociedad de aquellos compatriotas que habian estado en América, los que se entretenian en contar al que suponian inocente cuitado, mil aventuras fantásticas.

Segun ellos en América habia mugeres de rara hermosura, que poseian fortunas incalculables y que como tenian gran aficion por los extranjeros, se casaban con ellos y los hacian dueños de sus riquezas á condicion de no volver á Europa.

El jorobado pasaba por alto todas estas patañas y se hacia dar minuciosos detalles sobre el estado de nuestra Policía y la riqueza de las joyerías y casas de negocio, que era lo que para él tenia mayor interés, por la clase de vida á que se iba á dedicar.

Esto de echar el lomo toda la vida entera, pensaba, para venir á gozar un par de años en la vejez, es una tontera que yo no entiendo—mucho mejor es aprovechar el trabajo ageno y gozar toda la vida.

Tanto averiguó y tanto se informó, que al poco tiempo conocia las ciudades de Buenos Aires y Montevideo, tan bien como si en ellas hubiera vivido largos años, recorriendo todas sus calles y barrios, por apartados que fueran.

Sabia que en Buenos Aires no se podia vivir, porque imperaba la mazhorca en todo su apogeo, y que este género de ladrones no ad-

mitian rivales de ninguna clase—era, pues, muy peligroso venirse aquí con la idea de hacer fortuna.

En cambio Montevideo ofrecia un gran campo para la gente de punga y uña larga, por que allí habia aún menos policía de seguridad que en Buenos Aires, estando el país entregado á la soldadesca y á la desorganizacion mas completa.

El pensaba cuerdamente que el gobierno de Rosas no podia durar mucho tiempo, por la cantidad de elementos que contra su gobierno criminal se habian levantado y puesto en campaña, y pensaba estacionarse en Montevideo para de allí pasar á Buenos Aires, donde existian, mayores riquezas, tan pronto como las cosas se hubiesen tranquilizado y todo hubiera vuelto á su estado normal.

Hecho este programa, se puso á arreglar sus petates de viage con toda calma.

Era entónces el año 1847, y Génova empezaba á sacudir el yugo del clero—las reuniones liberales se sucedian unas á otras á pesar de los esfuerzos inauditos que por impedir las hacian los curas y frailes en el mayor silencio y jesuitismo.

Personas notables como el doctor Pellegrini presidian aquellas reuniones y hacian una valiente prédica contra los jesuitas, pidiendo su expulsión del territorio de Génova, con ardientes artículos en toda la prensa.

La alarma cundía ya en todas las iglesias y se temía que la noche menos pensada el pueblo genovés invadiera los parages ocupados por los jesuitas é hiciera con todos ellos una enorme *fainá*, sin perdonar los hábitos y los santos.

En el mes de marzo de aquel año, el liberalismo había recrudecido de tal manera, que ya los jesuitas no se atrevían á salir á la calle por temor de provocar alguna rechifla entre la gente de mar que era la mas exaltada.

Los frailes y sacerdotes se reunían para sus deliberaciones y consejos, ya en los templos, ya en los domicilios particulares, como la casa de don Girólamo, á cuyas reuniones era infaltable maese joroba.

Como la cosa apuraba, los buenos frailes perseguidos, habían hecho su cuartel general en la iglesia de San Ambrosio, donde trasladaban las mejores alhajas y joyas sagradas, creyéndolas allí mas seguras que en cualquiera otra parte.

El jorobado les ayudaba en todas aquellas mudanzas de alhajas, sin dejar de estudiar el paraje donde eran escondidas para el caso en que tuviera lugar una *jarana*, saber ya donde podía meter la mano hasta el codo.

—No sería extraño, pensaba que los liberales quieran llevar un asalto á las iglesias y entonces ya sé yo donde poder meter las manos con el pretexto de llevar las alhajas á otra parte mas segura.

—No se aflijan ustedes por eso, decia á don Girólamo—en caso que suceda algo y dén con el escondite de las joyas yo me haré un ovillo y me las llevaré á esconder á otra parte donde ni en un siglo dén con ellas.

Así este diablo pensaba con tiempo el golpe de que lo vieran salir de la iglesia ó cruzar la calle cargado con alhajas de altar, mientras por medio de anónimos hacia saber al Dr. Pellegrini que en San Ambrosio era el cuartel general de los frailes y su gran nidada de riquezas en vasos sagrados y otra multitud de joyas de gran precio.

El doctor Pellegrini tenia que hacer enormes esfuerzos para contener á los que, incitados por estas noticias querían lanzarse al degüello.

No hay nada mas feroz que las pasiones colectivas, lo mismo el entusiasmo de la simpatía, que el ódio y la sed de sangre.

Así se vé que hombres de carácter suave é inofensivos, aisladamente, se convierten en animales verdaderamente feroces—Lo mismo es el valor que lleva una masa de hombres á estrellarse contra cualquier fuerza superior, que el miedo que enerva á los pueblos convirtiéndolos en un miserable rebaño de ovejas.

Ay! de los pueblos que se acobardan y se

dejan intimidar y ganarse por el terror—ellos nunca podrán esperar otra cosa que el látigo ó la espuela de un tiranuelo de pequeña talla moral, corrompido y cobardo.

El pueblo genovés se había dejado arrastrar por el odio contra los frailes y por el vehemente deseo de concluir con ellos, y el estallido de aquel odio tan largamente contenido debía ser tremendo, incontrastable.

Llegó un dia en que el doctor Pellegrini no pudo contener por mas tiempo á las masas que se preparaban al combate—ya habían tenido lugar varios hechos aislados que habían dado por resultado la muerte de varios frailes.

El gobernador de Génova ó *prefetto*, como le llaman allí, era entonces el señor Paolucci, persona muy estimable, que en el deseo de mantener el órden público, hacia lo posible por contener el bajo pueblo, ensoberbecido ya.

Los jesuitas, alarmados con el carácter grave que iban tomando las cosas, ocurrieron al señor Paolucci, pidiéndole garantías por sus vidas, y este, creyendo contar con mas elementos de los que realmente disponía, les aseguró que no tenían nada que temer, porque él mantendría el órden á toda costa.

Con esta promesa los jesuitas quedaron algo tranquilos, pero no tanto que digamos, pues no se atrevían ni aun á salir á decir *misa*.

Todos se habían aglomerado en la iglesia de San Ambrosio, siendo el jorobado el único que salía ó entraba, llevándoles las noticias de lo que sucedía en el pueblo, noticias que cada dia aumentaban en gravedad.

Un acontecimiento imprevisto vino á hacer estallar la cosa antes del tiempo fijado.

Un jesuita, hombre resuelto y de corazón bien templado, se había encontrado por la noche con un prójimo del barrio de la Magdalena.

Al encontrarse, el genovés, mozo *manso* y de constitucion atlética, con el fraile, se le paró por delante, atajándole el paso y llenándolo de improperios de toda especie.

El fraile trató de seguir su camino, pero el jóven le impedía siempre el paso, dirigiéndole los dicterios mas hirientes de su repertorio, y ya se sabe si el dialecto genovés es rico en este género de vocablos.

El jesuita, que era un jóven de mirada inteligente y de fisonomía hermosa y abierta, trató de seguir su camino sin responder una sola palabra, tratando de evitar que aquella excusa fuera á tomar un mal carácter.

A las voces del jóven genovés empezó á juntarse gente de tal manera, que pocos minutos despues el jóven y el fraile se encontraron encerrados en un círculo de hombres del pueblo, cuyas fisonomías amenazadoras hacían presajiar que aquello iba á terminar en una tragedia sangrienta.

Ya salían de todas partes las voces de ¡mueran los frailes! ¡abajo los jesuitas! llegando muchos, arrastrados por la pasión, hasta gritar ¡Morte ai preti e a tutti i santi! Al fuego los jesuitas! Al fuego!

El joven sacerdote miró a todas partes y palideció; estaba encerrado en un círculo humano donde brillaba con un fulgor siniestro y acerado uno que otro estileto blandido por alguna mano nerviosa ó algún brazo hercúleo.

Quiso pasar, pero el joven que había promovido el tumulto, volvió á cerrarle el paso creciendo en las injurias. El sacerdote insistió en querer pasar, y entonces se levantó un furioso clamoreo, estrechándose el círculo.

La muerte parecía inevitable, cualquiera que fuese el temperamento que adoptara el joven. Volvió á mirar á todas partes, y convencido que no había salida posible, quiso apartar con mano firme á su violento agresor.

Con esto, aquel desgraciado solo logró exasperar mas á la chusma. Su antagonista echó un pié atrás, y mientras su mano derecha buscaba el arma que llevaba en su seno, con la izquierda azotó, de una manera salvaje el interesante y altivo rostro del jesuita.

Una inmensa agonía cruzó por su mirada de águila y, rápido como el pensamiento, se lanzó sobre el agresor que ya levantaba la mano armada de un largo estileto.

Los dos rodaron á la calle con gran asombro de la chusma frénética que quedó sorprendida ante aquella inesperada actitud.

La lucha fué corta pero decisiva; el sacerdote se levantó lívido, dejando inmóvil en el suelo al genovés.

Sus manos aristocráticas y finísimas habían estado dotadas de músculos de acero y con una fuerza prodigiosa había arrancado el arma de manos del que le insultara clavándosela en el corazón—en seguida se había incorporado con el arma en la mano, sombrío y amenazador.

Un grito terrible partió de entre aquella gente, que ante el cadáver del joven que se estremecía en el último estertor, había sacudido su sorpresa del primer momento.

Aquel círculo fatal se estrechó hasta sentir el joven sacerdote, el aliento de aquella gente en su rostro y una lucha repugnante de uno contra cien siguió como segundo acto de aquella tragedia horrible cuyo desenlace debía ser espantoso.

El jesuita se defendió y luchó mas de dos minutos blandiendo su arma terrible y hundiéndola por repetidas veces en el pecho de sus numerosos enemigos.

Por fin su brazo se fué debilitando poco á poco, la sangre se fué escapando por sus numerosas heridas y cayó sin vida, como aquellos viejos troncos que caen pesadamente bajo el repetido golpe del hacha.

En seguida aquella chusma feroz se precipitó sobre él y lo cubrió de nuevas heridas.

Aquel cuerpo fué despedazado brutalmente y sus pedazos se repartieron como pendones de guerra, recorriendo los alrededores con gritos de muerte y blandiendo todo género de armas y lanzando gritos de esterminio á los frailes.

Quando el gobernador ó prefetto, señor Paplucci, tuvo conocimiento de lo que sucedía y quiso impedir que aquel hecho aislado tomase un carácter general, era demasiado tarde—el pueblo estaba enfurecido y no reconocía autoridad alguna.

Grandes grupos de descamisados recorrían las principales calles dando gritos destemplados, en los que pedían el fusilamiento de todos los sacerdotes, y echando abajo las puertas de los domicilios donde creían encontrar curas ó frailes.

La policía envió á sus carabineros á contener los tumultos, pero bien pronto retrocedió, en vista de que tendría que fusilar al pueblo sin obtener el resultado que esperaba—los frailes enviaron sus agentes á pedir garantías al prefetto, pero este tuvo que declarar que no tenía fuerzas suficientes para solamente intentar separar los grupos que paseaban las calles.

Dos ó tres sacerdotes que salieron á la calle en busca de refugio fueron despedazados por el pueblo, cuya ferocidad ya no reconoció límites, una vez dueño absoluto de la ciudad.

El doctor Pellegrini se puso á la cabeza del motin y dos horas despues las calles de Génova eran un verdadero infierno de gritos y blasfemias de todas clases.

Uno de los grupos mas numerosos se dirigió á la iglesia de San Ambrosio, donde segun una voz que partió de entre el tumulto, se habían albergado la mayor parte de los jesuitas, escondiendo tambien allí sus cuantiosas riquezas.

Aquella voz maldita que había hecho la delación, y que nadie sabia de donde había partido, pertenecía al jobado que veía próximo el momento del saqueo en que debía tomar una parte tan activa y provechosa.

A las voces de ¡á San Ambrosio! á San Ambrosio! la multitud que aumentaba poderosamente en cada cuadra, se dirigió al templo indicado, ávido de sangre y de saqueo, avidez que podían saciar sin gran trabajo.

Las puertas de la iglesia estaban cerradas por dentro y trancadas con todo género de muebles, pues los que allí estaban asilados sabían que una vez que entrara la multitud no podrían escapar á una muerte segura y terrible.

El grupo, quintuplicado en el trayecto llegó á la iglesia y estalló en un inmenso grito

de cólera al ver cerradas las puertas que creyeron franquear sin ningún género de obstáculo.

En el acto se puso aquella multitud exaltada á arrancar piedras del medio de la calle y arrojarlas contra las puertas de la iglesia, pretendiendo hacerlas pedazos, pero aquellas puertas macizas de maderas durísimas resistieron sin crujir siquiera aquella primer embestida.

En el acto aparecieron allí un centenar de individuos armados, quien de una barreta, quien de un formon y un mazo, quien de un pié de gato y quien, en fin de un enorme trozo de madera con que forzar las puertas.

Todos aquellos útiles de destruccion fueron introducidos en las rendijas de las puertas que empezaron á crujir al ser movidas de sus encajes.

Un pequeño hombrecito se movia de un lado á otro entre la puerta y la multitud, dirigiendo la maniobra con una habilidad tan pasmosa, que tenia asombrados á los autores de aquel desastre.

Aquel hombrecito tan activo y tan inteligente para forzar las puertas, era el jorobado Domingo que era el mas apurado en que la fiesta empezara.

Al cabo de un cuarto de hora de gran trabajo, el crujir de las puertas se hizo mas frecuente y empezaron á ceder á las barretas de fierro y trozos de madera.

Un grito inmenso partió de la multitud, al mismo tiempo que se oía de la parte de adentro un ruido espantoso.

Eran las puertas que cedian del todo y caian pesadamente sobre los muebles que la trababan del lado de adentro.

La multitud se desbordó adentro como una ola inmensa, llenándolo todo y destruyendo lo que encontraba al paso.

El jorobado pasó como una flecha por entre las piernas de aquella multitud y se dirigió á los parajes donde sabia se ocultaban las alhajas y vasos sagrados que habian sido llevados allí de todas las demás iglesias que habian creído susceptibles de un saqueo.

La exena que siguió á la entrada de esta enorme masa de pueblo es imposible pueda ser descrita en todos sus repugnantes y horribles detalles.

Las imágenes de los santos y cuadros sagrados, eran sacados á la calle, donde se les prendia fuego.

Los sacerdotes y frailes que se hallaban aterrados en los claustros y habitaciones interiores, eran muertos á puñaladas y horriblemente mutilados; las cerraduras de los muebles y cofres saltaban, y la vajilla y alhajas desaparecian como por encanto en los bolsillos y

en el seno de aquellos facinerosos embriagados con la sangre y el saqueo.

Si el lector quiere tener una idea de lo que allí pasaba, no tiene mas que recordar las aciagas exenas que tuvieron lugar en el Salvador.

Todos los cofres y armarios fueron despedazados y saqueado todo lo de valor que contenian.

En todos ellos se veia al jorobado elijiendo objetos y llenándose con ellos el seno de la camisa, pues los bolsillos los tenia repletos desde que empezó el saqueo.

Conforme aquellos forajidos se iban cargando de botin, iban abandonando el templo yéndose á sus respectivos domicilios para desocupar los bolsillos y volver á llenarlos nuevamente con los pocos objetos que quedaban.

La policia envió un piquete de carabineros para intentar sofocar aquella exena salvage, pero los carabineros tuvieron que regresar á su cuartel, convencidos de que pretender disolver aquel tumulto seria volver contra ellos las iras de aquella gente enfurecida.

El saqueo de la iglesia y convento de San Ambrosio duró dos dias con sus noches respectivas, sin que la autoridad, escasa de fuerzas, se atreviera á tomar la parte que debia para impedir siquiera que la destruccion llegara hasta los mismos edificios que se pretendia incendiar.

Los jesuitas, en su mayor parte, pudieron evadirse por un pequeño puentecito que desde lo alto del convento atraviesa la calle San Ambrosio y concluye en uno de los salones del palacio ducal, residencia del *prefetto* y de la misma policia.

El señor Paolucci prometió á los jesuitas salvarles la vida, quedando así bajo su proteccion.

Al tercer dia de estas exenas espantosas, una parte de los objetos sagrados que habian escapado á las uñas del populacho, como ser armarios, trajes talaes, candeleros, confesionarios, algunas bordalesas de rico vino de Asti, etc., fueron trasportados por algunas personas piadosas al palacio arzobispal, que está justamente frente á la puerta de dicho templo, creyendo resguardar de la rapiña esos restos del opulento convento; pero el populacho, viendo el trasporte que efectuaban algunos ancianos, invadió el átrio de dicho palacio, queriendo entregar á las llamas los santos, confesionarios, etc. y gustar del vino que se decia milagroso.

Algunos carabineros pedidos con mucha insistencia por el mismo arzobispo y canónigos antes muy queridos del pueblo, quisieron contener á esos desenfrenados, pero todo fué inútil.

Un prójimo de los menos feroces, que asistia á aquella exena, no por saquear ni matar,



.... salia apresuradamente con un tercer cargamento, aprovechando lo distraido que con el remate estaba aquel respetable público.

se había parado sobre una cuarterola de vino, y con palabras llenas de espíritu, remataba una diversidad de objetos.

Este era un joven que por su traje se veía pertenecer á la clase acomodada; se había fabricado con una pequeña cruz, una especie de martillo de rematador, y vendía al mas alto precio el báculo de San Antonio, el sable de San Miguel y el traje de novia de la virgen santísima.

El populacho aplaudía frenéticamente cada frase y ocurrencia del joven rematador, cuyo espíritu agudo encontraba siempre un nuevo dicharacho.

En esto el jorobado que había hecho ya dos viajes á su casa para esconder lo que había robado, salía apresuradamente con un tercer cargamento, aprovechando lo distraído que con el remate estaba aquel respetable público.

—Sacramento! dijo uno ¿no es aquel el jorobado santulón hijo de D. Santiago, que anda siempre comiéndose los santos y las limosnas que para ellos le dán?

—El es! él es! aulló la multitud — que suelte lo que lleva para darle una paliza! — es un espía de los frailes! que muera, que muera el jorobado!

—Que tuera el jorobado, gritó el populacho batiendo palmas porque se le ofrecía una nueva víctima—está salvando la propiedad de los frailes!

—Yo soy de los vuestros! mueran los frailes! gritó el jorobado, haciendo una pirneta infernal y quiso disparar de aquel sitio cargado con su botín, pero la turba le cerró el paso pidiéndole esplicaciones:

—Soy de los vuestros, gimió el jorobado, temiendo que aquellos desalmados fueran á hacerle pasar algun mal trago—todos me han visto ayudando á forzar las puertas y no hay por qué desconfiar de mí—mueran los frailes!

—Mentira, compañeros—gritó un muchachote de rubicundo semblante—es un espía de los jesuitas y esas alhajas que lleva son para entregarlas á los *mangia morti*, como llamaban á los sacristanes de iglesia.

—Démosle una paliza, agregó avanzando hasta Domingo, y que largue todas esas joyas que se lleva.

El jorobado que era en extremo cobarde, sintió temblar sus carnes de puro miedo, atribuyendo aquel contratiempo á que aquella vez no se había untado la joroba con un poco de agua santa.

—No me hagan nada compañeros, dijo casi llorando, ahí está mi parte de botín que abandono en beneficio de los mas pobres, pero es mentira que yo sea espía de los frailes.

No hay razon que sea capaz de convencer á esta clase de manifestantes, cuando de entre sus filas ha partido una aseveracion cualquiera.

Así el jorobado, á pesar de sus protestas fué juzgado y condenado sobre tablas.

En vano lloró, en vano dió desaforadas voces contra los frailes, en vano suplicó de rodillas que no le hicieran nada, el populacho o rodeó y comenzó á aplicarle una tunda descomunal de palos, puñetazos y pedradas.

—Dios mio—gritaba el infeliz—Dios de los desventurados—socorro, que me matan, que me asesinan!

—Llama al Dios de las jorobas, le dijo el rematador y verás como cesa la tunda y te dejare largarte en completa paz.

Ante esta nueva sátira el populacho prorumpió en alegres carcajadas y el manto de lado á los matambres del desventurado jorobin, siguió en un crescendo infernal que amenazaba no concluir en todo aquel dia.

La tunda siguió sin interrupcion alguna, hasta que Domingo, completamente molido á golpes, cayó al suelo sin las fuerzas suficientes para quejarse ó llorar—lo habian materialmente descompajinado á garrotazos.

—Fuera de aqui! fuera de aqui! gritó un pillote porque la joroba nos vá á apestar—arrastrémosle á la calle—y felizmente para el desventurado maese joroba, aquella voz fué escuchada como las otras, y diez ó quince desatinados lo arrastraron de los pés hasta la calle vecina. De otra manera hubiera muerto víctima de algun grupo que le hubiera pasado por encima, creyendo pasar simplemente sobre un cadáver, ó sobre un animal moribundo.

Allí permaneció tirado largas horas, hasta que vuelto en sí, se hizo conducir á su casa por un genovés de musculatura atlética, que le hizo el servicio ante la oferta de veinte liras de comision por su trabajo.

—Ah! *figlio d'un can*, dijo el genovés, al echarse al hombre al jorobado como quien carga un tercio, cuando los compañeros te han puesto en este estado, es porque lo habrás merecido ó porque serás algun hijo de fraile, no es verdad?

El jorobado que conocia á sus paisanos y sabia que si oian semejante aseveracion no lo dejarían con vida, suplicó á su conductor que no dijera semejante cosa, por que si lo oian podían creerlo y querer degollarlo.

—*E che diavolo*, pensó aquel Hércules, de todos modos me gano tus veinte liras, yo me ne *impipo* que seas ó que no seas hijo de fraile, con tal que aflojes diez liras mas que es lo que yo ando necesitando hace mas de siete años.

El jorobado prometió el aumento de las diez liras pedidas y su conductor tomó al gran paso de trote el camino que Domingo le indicaba, dispuesto á defenderle de cualquier avance, porque al defender al mónstruo defendía sus treinta liras.

Así llegó á la corrajería de Santiago que casi murió de espanto al ver el estado en que volvía su hijo—depositó su carga, cobró sus treinta liras y regresó á la iglesia de San Ambrosio al mismo paso que había venido.

La exena de sangre y saqueo de que fué teatro aquel templo, se repitió en todos aquellos donde el populacho sospechó que había frailes y riquezas—los tesoros fueron robados, muertos los frailes que encontraron en claustros y celdas y encendidas en plena calle grandes hogueras con las telas y santos de madera que adornaban los templos, los que, antes de ser quemados eran despojados de sus vistosos y riquísimos trajes, que se repartían aquellos cachafaces.

Al cabo de estos tres días, llegaron al prefecto diversos piquetes de fuerza pública que había pedido y pudo dominar la revuelta, pero cuando ya el pueblo estaba cansado de robar, de matar y de hacer una hoguera en cada templo.

El átrio del palacio arzobispal, fué también teatro de mil exenas sangrientas, salvándose de ser incendiado, gracias á los refuerzos que pedidos por el prefecto Paolucci llegaron aunque con un atraso de tres días.

Los jesuitas que se habían guarecido en el palacio ducal, residencia del gobernador, fueron embarcados pocos días después por el gobierno sardo á bordo del *San Michel*, hermosa fragata de 60 cañones, y enviados á los Estados-Unidos de América.

Posteriormente el rey Carlo Alberto con un decreto espulsaba de sus estados la célebre compañía de Jesús.

Esta vez el jorobado tuvo que ganar la cama completamente magullado—había recibido un nanteo tremendo que no le había dejado en el cuerpo sitio para un solo cardenal demás—su piel era un mosaico de moretones.

Se llamaron dos medicastros del barrio que se hicieran cargo del molido enfermo, después le habieron compuesto varios miembros dislocados, en cuya compostura le hicieron recordar a noche aciaga del barrio de la Marina.

El pobre mostrenco estuvo ocho días entre la vida y la muerte, en cuyo tiempo la Policía pudo aplacar las iras del populacho para lo que necesitó prender y aplicar severos castigos á los principales cabecillas del movimiento.

Cuando pudo dar una idea de lo que le había pasado ya, la ciudad estaba completamente tranquila y algunos *mangia morti* podían salir á la calle sin peligro de la vida, cosa que no se hubieran atrevido á hacer quince días antes.

Entonces fué llamado el padre Girólamo, el que acudió apresuradamente deseoso de conocer los detalles de la horrible exena de San Ambrosio, detalles que debía conocer el joro-

bado, puesto que él había participado de los garrotazos que se repartieron.

Al ver al sacerdote, Domingo se puso á llorar amargamente, calculando con esto enternecer al buen cura, cosa que logró inmediatamente.

—¿Qué te ha sucedido, hijo mio? preguntó el antiguo maestro—cuenta, prosiguió, cuéntame tus desgracias que así se aliviará tu espíritu del peso que lo ahoga. Esos bárbaros, añadió creciendo en iras, han atraído las justas iras del Señor sobre sus cabezas malditas, y el castigo que han merecido no tardará mucho en llegar.

El jorobado secó sus lágrimas con la punta de la sábana y haciendo dos *pucheros* harto espresivos, arregló la narración á su modo, de la manera siguiente:

—Caminaba tranquilamente en dirección á San Ambrosio, para llevar á los santos padres allí refugiados, noticias de lo que sucedía en la ciudad y la manera con que había sido asesinado el hermano Márcos, cuando me sentí envuelto por una inmensa pueblada que se dirigía al mismo paraje.

Quise retroceder y volverme á casa, pero bien pronto me hubió de convencer que aquello era imposible, aquella ola inmensa me oprimía y me llevaba en su curso sin que me fuera dado oponer la menor resistencia para no seguir rodando.

Aquellos malditos, borrachos en su mayor parte, marchaban dando alaridos y diciendo que iban á San Ambrosio á matar á los frailes que allí se habían refugiado y á saquear una gran cantidad de alhajas que sabían había en el templo.

—Malditos, interrumpió D. Girólamo, estaban poseídos por Satanás.

—Cuando llegaron á la iglesia, continuó jorobita, las puertas estaban cerradas y aquellos hombres las hicieron pedazos, entrando allí como verdaderos condenados.

Entonces todos sacaron unos largos cuchillos de que iban armados y se desparramaron por todas partes, rompiendo cuanto mueble hallaban y desnudando las imágenes de los santos, cuyas alhajas y girones de sus vestidos guardaban con avidez.

De pronto sentí unos gritos de dolor, mezclados á fuertes ayes eran aquellos malvados que asinaban á los santos jesuitas!

—Malditos, volvió á interrumpir don Girólamo, el fuego eterno del infierno será con sus almas podridas.

—Yo debía haberme desmayado, dijo aquel truan, pero sin duda Dios me reservaba para algo grande y por eso no me desmayé—después comprendí que realmente aquel raro valor que yo sentía era una inspiración que Dios me enviaba.

Yo tambien robaré, me dije, sacaré las mejores alhajas, gritando si es preciso ¡muera los frailes! como ellos, y de este modo podré salvar del saqueo una buena cantidad de joyas que llevaré á mi querido don Girólamo.

Inmediatamente de ocurrírseme esto me puse á la obra y yo fui uno de tantos ladrones, pero con la santa intencion que ya he manifestado.

Habia un cofre de fierro que yo conocia, donde llevamos muchas joyas la semana anterior—en el acto lo descerrajé, y me llené los bolsillos de todo género de alhajas.

¡Qué inmenso placer sentia al pensar que aquellas riquezas las salvaba yo de manos de los ladrones, para volverlas por el conducto de usted á la casa de Dios!

Mientras aquellos hombres estaban entusiasmados por el robo y la matanza, yo me escurrí de la iglesia y salí dispuesto á no parar hasta haber llegado á su casa, pero me fué imposible pasar porque el peristilo estaba lleno de gente.

Allí habia un hombre que parado en un barril remataba mil objetos diversos, en medio del palmoreo de aquellos hombres que obstruian el camino hasta el punto de no dejar paso ni para una hormiga, no digo para mí.

Sin embargo, á fuerza de puños y codos, logréirme escurriendo hasta llegar á la vereda.

Yo iba á salvarme, ya me faltaba solo un par de trancos para llegar á la calle, cuando uno de los muchachos que allí habia me conoció, y empezó á gritar que yo era el jorobado que ayudaba á misa y que las alhajas que llevaba eran para entregarlas á los frailes de quienes yo era un agente secreto.

Muera el jorobado! gritaron aquellos bárbaros y se lanzaron amenazadores sobre mí y las alhajas.

En vano les dije que yo era de los suyos, en vano grité muera á los jesuitas, en vano les pedí que me dejaran tranquilo que yo no les habia hecho mal alguno—todos se disputaron mi persona y empezaron á golpearne de una manera brutal.

Ya me sentí desfallecer, porque me pegaban como si quisieran matarme á golpes y entonces me arrancaron todas las joyas que tenia en los bolsillos y en el seno y me arrojaron al suelo donde me siguieron golpeando sin ninguna piedad.

Recuerdo que recibí un golpe muy fuerte en la cabeza que hizo nublarse mis ojos, y ya no senti mas; creí que habia muerto sin remedio. Cuando volví en mí, me hallaba en el medio de la calle, completamente abandonado.

Fué entonces que pasó por allí un marinero, quien bajo la promesa de una gratificacion, me trajo hasta casa, donde si no he muerto ha sido por un verdadero milagro de la divina providencia que no abandona á sus siervos.

Con esta relacion hecha con toda malicia y picardia, el jorobado se ponía á cubierto de todas las acusaciones que pudieran hacerse contra él, como haberlo visto robar y dar desafortados gritos contra los jesuitas y contra todo el clero.

Su relacion á don Girólamo, relacion maestra que se puede calificar de supremo arte lunfardo, venia á dejarlo bien parado con la gente de sotana, que lo creeria víctima de su devocion y de su amor por los ministros del altísimo.

Así que don Girólamo hubo escuchado la narracion que hizo joroba, trató de consolarlo, asegurándole que con aquellos martirios se ganaba el reino de los cielos y que él podia ya con lo sufrido trepar el primer tramo que conduce á la gloria.

Jorobin se hizo mucho mas enfermo y dolorido de lo que realmente estaba, para arrancar á su maestro la mayor dosis de compasion posible, y el sacerdote se retiró prometiendo volver á visitarlo al dia siguiente.

Cuando el cura se hubo retirado, despues de prodigarle mil bendiciones, aquel basilisco como dicen las señoras, se felicitó íntimamente de la habilidad con que habia fraguado aquella famosa historia en que aparecia desempeñando un papel tan interesante y lucrativo, pues era casi seguro que entre los sacerdotes que salvaron de la quema, levantarian una suscripcion para recompensarlo en algo lo que por ellos habia sufrido.

—Muy bien, sacramento, muy bien, se dijo frotándose las manos de pura alegria, que venga el mismo diablo á probar lo que yo soy, verá como se luce. Ahora que descubran mi pastel famoso.

Y dándose vuelta del lado de la pared se quedó profundamente dormido, soñando tal vez que habia ido á América y, que en un poco de tiempo habia levantado una fortuna fabulosa, casándose con una criolla divina.



## EN VIAGE PARA AMÉRICA

El jorobado estuvo mas de dos meses postrado en cama; la paliza habia sido en regla y los medicastos, si bien le sacaban la mosca con una suavidad digna de todo encomio, no sucedia lo mismo con los inmensos dolores que sufría.

La joroba era una de las partes de su individuo que mas le molestaba: como era la mas saliente, allí habian ido á reposar la mayor parte de los golpes, de modo que aquella deformidad venia á ser una mina de dolores que jamás terminaban.

El padre Girólamo, junto con otros curas á quien el magullado Domingo habia prestado buenos servicios, lo visitaban diariamente consolándolo de su desventura y diciéndole que aquello no era mas que una de las tantas adversidades con que Dios prueba á sus criaturas, que todo aquello pasaria y que él en cambio, habria conquistado la gloria eterna.

—No es mala gloria la que yo he conquistado, pensaba el muy pillo, de estas glorias quisiera una cada tres meses.

Por fin empezó poco á poco á convalecer, los dolores se fueron calmando gradualmente, hasta que pudo levantarse y dar unos paseitos por la cerrajería, ayudado de un grueso baston que le regaló el padre Girólamo, para que sostuviera su cuerpo asenderado.

Cuatro meses despues de las exenas que dejamos narradas, joroba podia andar libremente, repuesto de las agulladuras sufridas.

En aquellos cuatro meses habia enflaquecido muchísimo y la piel se le habia puesto amarillenta y enfermiza.

Parecia uno de esos pollos atacados de moquillo, que caminan arrastrando las alas y la cola y que los aficionados llaman *un guachito*. El pobre jorobado inspiraba verdadera compasion, tal era el estado lastimoso en que quedara.

Una vez en pié, el pequeño mónstruo se dedicó á pasear por todas partes y á alimentarse bien, hasta que pudo recuperar por completo su antiguo vigor y sentídose apto para emprender una nueva série de aventuras y pungas de todo género.

Pero la cosa no era tan fácil como antes, pues con motivo de los disturbios pasados, la Policia habia sido remontada con nuevos agentes y la vigilancia era tan rigurosa, que intentar un nuevo golpe sería esponerse á ser tomado infraganti.

—Ya aquí no se puede hacer nada de provecho, pensó—es necesario largarse á Améri-

ca para convertir en dinero estas alhujitas y ver si hacemos una buena fortuna, como tanto otro *mascarson* que andan llenos de vanidad hoy, cuando ayer eran unos pelados.

Jorobeta empezó, pues, sus preparativos de viaje, pero tropezó con una dificultad bastante seria—el buque donde debia haberse embarcado se habia hecho á la vela y habia que esperar su vuelta que no tendria lugar muy pronto.

El podia embarcarse en cualquiera de los tantos buques que salian con destino al Rio de la Plata—pero viniendo en la *Santa Isabella*, tenia la ventaja de que su capitan, don Pietro Cerutti era íntimo amigo de su padre y que lo trataria muy bien.

Fué preciso esperar mas de un año que tardó el *Santa Isabella* en dar la vuelta y unos seis meses mas que empleó en hacer varias reparaciones, pues en el viaje de regreso lo habia tomado un chubasco haciéndole serios destrozos.

Por fin una mañana á fines de 1849, Domingo Parodi el jorobado se embarcó en el buque del capitan Cerutti, despues de haber hecho llevar á su lado con gran cuidado sus famosas balijas que contenian una verdadera riqueza producto de las tres pungas.

El buen Santiago y el piadoso padre Girólamo lo acompañaron hasta el bote donde le dieron la bendicion y una buena cantidad de *liras*, para que atendiera á sus primeras necesidades, pues iba á un país estraño donde no tendria amparo.

El jorobado se echó las bendiciones á la espalda, pero se ató con un pañuelo á la cintura y á raiz de las carnes, las *liras*, junto con un rosario bendito que le habia regalado Angela, para que pudiera encomendarse al buen Dios.

Domingo se despidió alegremente de los suyos, que quedaron llorando, porque tenian el presentimiento tristísimo de que no volverian á ver mas al jorobado.

Este con la cabeza llena de fantasias y de fortunas fabulosas, solo pensaba en América, en esta América tan deseada, de modo que las lágrimas de Santiago y las caricias de D. Girólamo le importaron tanto como la pitada de un cigarro.

Al otro dia el *Santa Isabel* se hacia á la vela y Domingo daba su último adios al puerto de Génova y á la famosa *Lanterna*.

A bordo de este hermosísimo buque de vela, fuera del capitan y Domingo, venian quince hombres de tripulacion y nueve pasajeros que,

como el jorobado, venian á América en busca de fortuna que con tanta facilidad se hacia aquí.

Entre ellos venia un jóven alegre y sumamente espiritual, que con sus chuscadas y oportunos dicharachos, los tenia entretenidísimos.

Una persona alegre, á bordo, es una verdadera felicidad; así es que desde el principio, aquel jóven fué el niño mimado, sin el cual no habia comida buena, ni rato que pudiera clasificarse de agradable.

Así los cinco primeros dias de viage fueron una eterna chacota donde las risas se renovaban unas á otras á cada instante.

El jóven aquel contaba mil aventuras á cual mas risueña y picaresca, aventuras que eran festejadas con verdaderas esplosiones de aplausos y risotadas.

El jorobado que no tenia ya porque hacerse el santo, narró con el colorido de la verdad su famosa aventura del barrio de la Marina, por supuesto, omitiendo las visitas que habia hecho á la caja reservada de don Santiago y todo aquello que se referia á las muchas alhajas que á fuerza de pungas habia atesorado.

Quando el jorobado llegó al pasaje de la paliza y la mona que habia agarrado para criar corage, la alegría de todos subió á un crescendo infernal—le dieron grandes sumidas de boya y alguno que otro puñetazo, pues hasta ese momento en que se habia revelado persona de antecedentes amorosos y receptor de tan gran paliza, lo habian tenido por un mentecato á quien toleraban en sus conversaciones, gracias á la amistad que ligaba á Cerutti con don Santiago.

Mediante la narracion de esta aventura y la del tuguri que disfrazó artisticamente, el jorobado fué tenido desde aquel dia por persona de travieso ingenio y digna de alternar con ellos en sus horas de franca y alegre expansion.

Al sexto dia de viaje el capitan declaró que probablemente tendrian que correr una fuerte borrasca, pero que esto no le inquietaba mucho, puesto que el buque acababa de ser refaccionado y se hallaba en perfecto estado para una larga navegacion.

El jorobado, que era en extremo cobarde, como ya lo hemos demostrado, ante semejante anuncio sacó su famoso rosario y se puso á rogar á todos los santos que conjuraran aquel peligro inminente, pues ya se veia ahogado y comido por los pescados.

Esta actitud beatifica provocó en los compañeros de viaje la mas espontánea algarazara y rechiffa, pues segun el capitan, lo que por salvarse no hicieran él y su buque, no lo harian todos los santos cuyo auxilio invocaba el piadoso Domingo.

Apesar de los ruegos de este, que sin duda los señores santos no escucharon y si escucha-

ron no atendieron, se empezó á sentir una fresca brisa, que segun manifestó Cerutti, era precursora inmediata de la borrasca que les habia anunciado.

Inmediatamente tomó todas aquellas medidas que le aconsejaba su larga práctica en los mares y puso al buque en estado de correr no una sinó diez borrascas como la que esperaba.

—*Sacramento!* decia alegremente, con mi buque en este estado y yo en el timon, desafio todas las borrascas que me mande ese *porco* de un *San Pietro*, á quien si llego á cazar de las mechas algun dia, lo he de dejar mas calvo que lo que está ese *excelente* Pio IX.

Cada hora que pasaba, aquel vientecillo se iba haciendo mas fuerte y el jorobado iba sintiendo desmayar su último átomo de valor, hasta que empezó á gimotear como si realmente el peligro que iban á correr fuera un peligro de muerte.

El octavo dia el vientecillo se convirtió en ventarron—la mar se puso realmente brava y el buque empezó á bailar en la cresta de las espumosas olas—si aquello era el principio de la jarana, como seria al fin, quién podria preveerlo!

Al poco rato de empezar el baile del buque, que no hizo sinó aumentar la jarana de abordo, maese joroba se habia mareado hasta soltar las entrañas, y se habia puesto á llorar como un recién nacido, mientras resaba en su rosario.

*Figlio d'un prete!* le decia Cerutti, si tienes miedo bebe grappa, que con eso te se pasará, déjate de llorar porque te echo al agua—y le alargó una enorme caramañola de aguardiente de la que faltaba mas de la mitad.

El jorobado se echó un gran trago al gañote, y como viera que su miedo habia disminuido algo, lo repitió tantas veces, que un par de horas despues estaba completamente borracho.

El miedo habia desaparecido por completo y andaba de un lado á otro del buque soltando furiosas *bestemmie*, y asegurando que poco le importaba que al buque se lo llevara la trampa, pues él se habia de salvar aunque para ello tuviera que montar sobre los hombros de la misma *Madonna*.

Los dichos y reniegos que la tranca inspiraba al jorobado, hacia prorumpir á Cerutti y á los otros pasajeros que estaban algo *picad-s*, en estruendosas *carcajadas*.

Entre tanto, la tempestad aumentaba cada vez con mayor fragor.

El viento se asemejaba ya á una tromba y el olaje hacia bailar el buque de una manera vertiginosa, hasta el punto de que Cerutti se puso en seria alarma y subió arriba de cubierta á mandar la maniobra y apoderarse del timon.

Pero era completamente inútil. El buque no gobernaba ya y estaba completamente entregado á merced del huracan que silbaba tremendo, azotando los palos y las cuerdas de las velas que se habian arrollado con increíble rapidez.

Apesar de estar ébrio, el jorobado volvió á sentir un miedo descomunal y se prendió á la botella de grappa, haciendo pasar á sus tripas los últimos restos que quedaban.

Cinco minutos despues era una masa inerte: dormia la tranca.

—Es una felicidad, dijo aquel jóven travieso cuya alegría no flaqueó en medio del peligro—si este mentecato no se emborracha asi, nos hubiera atormentado con sus lamentos;—si acaso se lo lleva el diablo no lo va á sentir.

El buque seguia bailando sobre el abismo, como poseido por un vértigo infernal—de pronto se levantaba sobre la cresta de una ola como si se fuera á estrellar contra las nubes, y de repente descendia el abismo en el claro que formaban las olas en su descenso.

Perdido el gobierno del buque, Cerutti, que no perdía su serenidad ante peligro alguno, hizo hachar el palo mayor que cayó pesadamente sobre cubierta y fué arrebatado por una ola inmensa que se llevó, como de paso, á uno de los marineros.

Bien pronto hubo otro peligro que conjurar, peligro que es capaz de poner en la mayor angustia el corazon mejor templado.

El buque habia empezado á hacer agua en abundancia—los marineros y pasageros se pusieron inmediatamente á las bombas y á los baldes para tratar de desagotar el agua.

Bien pronto la mitad de estos obreros se emplearon en una obra penosa pero necesaria—empezaron á arrojar la carga y los equipajes para alijerar el buque.

No se sabe si por maldad de algun marinero ó porque estaban mas á mano, los equipajes del jorobado fueron de las primeras piezas que se lanzaron al mar.

A estar allí Domingo, hubiera muerto de pena indudablemente, al ver que todos sus afanes, todas sus riquezas reunidas con tanto peligro desaparecian tan luego cuando estaba mas próximo á gozarlas.

El agua se desgató casi por completo, cuando el buque fué aliviado, pero el huracan, lejos de aminorar, arreciaba furiosamente.

Por fin, viendo Cerutti que el buque sin gobierno estaba á merced de las olas, comprendió que su presencia arriba era perfectamente inútil y bajó á la cámara á reunirse á los compañeros de viaje.

—*L'inferno ci stá contra!* dijo—esperaremos la visita del diablo bebiendo grappa, porque la cosa no tiene remedio; lo que es esta vez, pa-

saremos á servir de alimento á los pescados, que tan buenos bocados nos proporcionaron otras veces.

Esta declaracion vino á concluir con el valor de los tripulantes—mientras unos se mecian los cabellos y otros juraban furiosamente, los mas piadosos encomendaban su alma á Dios para morir como buenos cristianos.

El travieso jóven fué el único que no perdió su buen humor habitual—se sentó frente al capitán, en el suevo de la cámara y echó un trago á la salud del huracan que así les arrancaba la vida cuando menos se lo esperaban.

El buque siguió bailando por espacio de una hora mas, y mientras aquellos dos hombres extraordinarios se iban embriagando poco á poco, los movimientos del buque se fueron haciendo menos violentos: la tempestad empezaba á ceder.

El mar se serenaba completamente cuando los dos doblaban la cabeza y caian vencidos por el alcohol.

Un alegre clamoreo se levantó entónces entre aquellos infelices que habian visto la muerte á una pisada, á un segundo de distancia.

Un momento despues ellos tambien festejaban la buena escapada que habian hecho con los últimos frascos de grappa que quedaban á bordo.—Pocos minutos mas, todos aquellos hombres rodaban por el suelo completamente ébrios.

Cuando aquella infernal tranca les fué pasando, el mar se habia quedado completamente tranquilo, y el *Santa Isabel*, aunque demantelado y sin rumbo se mecía graciosamente sobre las ondas apacibles y perezosas.

El capitán Cerutti fué el primero en sacudir la tranca, se tanteó un poco la catadura como para cerciorarse de que no habia naufragado y se trepó á la cubierta aspirando una bocanada de aire purísimo del mar.

Eran las doce del dia, el sol estaba en todo su apogeo y la atmósfera limpia permitia ver su horizonte arrobador—el buque se hallaba en plena mar y como á unos diez dias de viaje de San Vicente, primer puerto á donde debian haber llegado.

Cerutti estuvo mirando largo rato los destrozos que el mar, el viento y el hacha de los marineros habian hecho sobre aquella cubierta arrasándola por completo de cuanto palo, cuerda y vela podia haber existido—El buque estaba privado de todo aquello que pudiera haberle permitido gobernar aunque fuera de manera insegura.

Estaban á completa merced de los elementos.

Lo único que se habia salvado de ir al océano, eran las provisiones de boca y alguna bebida, con lo que podrian esperar algunos dias,

hasta encontrarse con algun otro colega que los recojiera abordo.

—Sacramento, pensó Cerruti, hemos salvado el *involucro* de la osamenta pero he perdido con el buque cuanto tenia.

Poco pesaroso, sin embargo, porque los humos de la turca no le permitian apreciar en su verdadero valor toda su ruina, bajó á la cámara y empezó á despertar á los compañeros de infortunio dando voces descomunales.

Los pasajeros empezaron á despertar, así como los tripulantes, asustados con las voces de Cerutti y creyendo que, despues de naufragar habian ido á parar al infierno y que era el mismísimo mandinga quien interrogaba de aquella manera.

—*Cristianorum!* gritó el jóven y alegre genovés, estamos en el infierno ó es que todavia no hemos concluido de irnos á fondo? Venga otro poco de grappa, con mil diablos, añadió mirando á Cerutti y déjame mamarme en regla puesto que estoy condenado á tragar mas agua de la que quisiera.

—No te apures tanto *imbrignon* insigne, repuso Cerutti, que tiempo tendrás de beber hasta que se te pongan los hígados mas cocidos que guindas en aguardiente—lo que es por ahora no se trata de ir á nacerle el amor á las ballenas sino de espulgar el horizonte á ver si cruza algun buque que nos tome á bordo y nos libre de morir de hambre ó de sed, que seria un poco mas grave que el peligro que hemos pasado.

A las palabras del capitán todos subieron á la cubierta dando sendos alaridos en prueba del alto refocilamiento que sentian por haber salvado de una muerte que con tan sobrada razon habian juzgado inevitable si no intervenia una casualidad.

Mientras los mas alegres saltaban como chiquilines en hora de recreo, los mas timoratos y piadosos se arrodillaban sobre las tablas y elevaban su espíritu, llenos de recojimiento, en una plegaria con que agradecian al Creador el beneficio recibido.

De pronto sintieron un llanto amarguísimo y desesperado que salia de la cámara—bajan todos precipitadamente, y se hallan con el cuadro mas grotesco y risible que hayan visto jamás ojos humanos.

De pié todo desgreñado, con la mirada horriblemente dilatada por un terror convulsivo y cubriéndose el semblante con unas manos que mas bien parecian remos, estaba el jorobado á quien se le habia pasado tambien el *peludo* y que se lamentaba famosamente.

Solo, gritaba entregado á la desesperacion mas cómica, todos han muerto menos yo, que pocas horas tendré de vida, socorro Dios mio. yo no quiero morir, yo no quiero morir, y lloraba como si lo estuvieran degollando.

Un coro de carcajadas que dejaron oír á la entrada, tripulantes y pasajeros sumió al jorobado en el mas temeroso espanto, á causa de los remordimientos que habian empezado á asaltarle en aquella hora suprema.

Sin duda tomó á sus compañeros por una legion de diablos que despues de muerto venian á tomarle cuenta de sus fechorias y se puso á gritar:

—Perdon, señores diablos, perdon, yo me arrepiento de todo y haré todo lo que ustedes me manden.

El capitán Cerutti empezó á creer que el terror hubiera estraviado la razon de aquel desventurado y fué á acercársele para calmarlo—Recien entónces lo reconoció el jorobado, y miró atentamente á las personas que le rodeaban.

Su semblante se fué despejando poco á poco, á medida que los fué conociendo hasta que al fin soltó una risa nerviosa, mezela de llanto y de alegria, que dieron á su semblante descomunal una espresion espantosamente ridícula.

—Ah! *Dio santo!* exclamó entre un humilde *puchero*—creia haber muerto y que un regimiento de diablos venia ya en mi busca—¿con qué no nos hemos ido á pique? preguntó, entregándose á la mas famosa alegria—¿con qué todavia vivimos y no corremos peligro? Gracias, *Dio mio*, concluyó, cayendo de rodillas, gracias por haberme conservado la vida—en el primer puerto á donde lleguemos, prometo quemar en su Catedral cuatro hachones de los mas grandes.

Pero bien pronto esta alegria se debia cambiar en una desesperacion horrible, que no estaba en sus libros, como se dice, y este mal trago le estaba reservado para cuando buscara su equipaje y conociera el fin que habia tenido.

El jorobado quiso contemplar por sí mismo el cielo sereno y tener la plena seguridad de que ningun riesgo corria ya—subió á cubierta y allí estuvo largo rato contemplando los grandes destrozos causados por el temporal—en seguida volvió á la cámara, completamente repuesto, y se puso á buscar su equipaje en el paraje donde lo habia dejado,—pero el equipaje no estaba allí, lo que empezaba á inquietarlo seriamente.

Los marineros empezaron á reirse al ver la agitacion que le dominaba.

De pronto el jorobado palideció, le pareció que aquella risa podia ser de burla porque aquellos desalmados lo hubiesen robado y se acercó á ellos preguntando con voz temblorosa y conmovida donde estaban los baules que constituian su equipaje.

—Pregúntalo al mar, compañero, le replicó una especie de toro marino, piloto del *Santa*

Isabel—Él te puede dar mejor cuenta que nosotros, pues cuando se mandó aligerar al buque lo echamos al agua con el resto de la carga y demás equipajes.

—Mentira, mentira, aulló el jorobado cuya catadura habia tomado una espresion monstruosa—digo que eso es mentira y que ustedes me han robado y han tirado al agua los baulles vacios para hacer el aparato de aligerar el buque.

—Aquí no se roba á nadie, mocito, replicó el capitán Cerutti, asperamente y válgate la amistad que me liga con Santiago, que sinó ya te mandaba sacudir unos moquetes para que aprendas á medir mas las palabras que dejas oír.

—Me han robado, me han robado! volvió á gritar aquel diablo que, corroborando el famoso refran de: «juza al ladron que todos son de su condicion» creia á pié junto que aquella echada al agua de su equipaje era solo para disimular el robo.

—Me han robado, capitán Cerutti, seguia gritando aquel condenado, en medio de un copioso llanto—al primer puerto que lleguemos yo voy á dar parte de lo que me ha sucedido y á pedir que los registren á todos hasta dar con mi plata.

—Cállate, sacrrramento! replicó Cerutti, que empezaba ya á perder los estribos—cállate ó te juro por el diablo que vas tú á hacerle compañía á tu equipaje—este ha ido al agua por orden mia, como el de los demás pasajeros.

—Mentira, mentira, replicaba el jorobado, á quien la desesperacion hacia desafiar la bólera de aquellos hombres, ganosos de quebrar la joroba — se han apoderado de mis riquezas y me han dejado sin otro recurso que el pedir limosna.

Este imbécil se figura que somos como él, replicó el piloto—llama riquezas sin duda á cuatro trapos locos y se figura que con eso vamos á salir de pobres, emporcándonos con su equipaje—calla, imbécil, ó te rompo *l'anima naledetta*.

—Tú has de haber sido el ladron, contestó el jorobado, medio loco de desesperacion, pero ni dinero no te ha de servir mucho tiempo, porque lo que se roba no aprovecha y aquí jorobeta, como se vé, hablaba por propia experiencia.

Las últimas palabras del ladronzuelo concluyeron de exasperar al piloto y á los marineros—este se lanzó sobre el monstruo y le sacudió tal *mascá* que lo hizo rodar por la cámara soltando una ducha de sangre por cada hornalla de la nariz.

Los demás marineros arremetieron sobre él y lo hubieran molido á patadas y puñetazos á

no haber sido la eficaz intervencion del capitán Cerutti y demas pasajeros.

Déjenlo ustedes, dijo este—la desesperacion lo hace hablar sin conciencia de lo que dice y no es justo ser demasiado severos tal vez entre sus baulles este infeliz traeria alguna letra ó todo el dinero que poseia.

—Mentira, dijo uno de ellos, el dinero que le diera su padre y aquel fraile que lo acompañó, lo ha guardado en la cintura, donde lo debe tener aun.

De todos modos, añadió Cerutti es preciso disculparlo y pensar mas en nosotros, puesto que si un peligro ha desaparecido, nos amenaza otro mayor—estamos á merced de las olas, sin poder hacer rumbo á parte alguna.

Mientras los marineros se dirigian á reparar el buque en lo mas urgente y el capitán á explorar el mar con el anteojo, los pasajeros levantaban del suelo al jorobado, y lavaban la sangre que cubria su rostro.

La bofetada habia sido tan brutal que si no le quebró la mandibula y las narices, fué por un verdadero milagro de la Providencia.

Cualquiera que conozca la mano de un piloto genovés, de dedos de *cable* y puño de cabeza de ternera, podrá formarse una idea de aquella horrible *ma-cá* que fué seguida de un espresivo sacramento.

El jorobado vuelto en sí por el mismo dolor del golpe, empezó á lamentarse de una manera conmovedora.

—En mi equipaje, dijo á los piadosos pasajeros, traia yo casi una fortunita, pues era el fruto de muchos años de trabajo, aumentado con algunas liras que me dió mi mamá. Este dinero me iba á servir para establecerme en América, y ahora yo no sé lo que vá á ser de mí, sin dinero y en un país donde ni siquiera conozco el idioma que se habla.

—Convengo en que la cosa es para lamentarse un año seguido, dijo el joven genovés, pero peor habria sido que hubiéramos naufragado.

—En cuanto á que lo hayan robado á usted, agregó, deseche esa idea porque no es cierta. Todos los equipajes han sido arrojados al agua y el suyo el primero, puesto que estaba mas á mano y dijeron ora pesadísimo.

*Povero de mi!*—gimió el jorobado—si yo hubiera estado despierto habria salvado mi dinero, que no podia comprometer la seguridad del buque;—y cayó en una especie de melancolia profunda que alarmó á todos los compañeros de viaje.

Cuatro dias con sus larguissimas noches pasó aquella gente en una ansiedad desesperante — no se veia en el horizonte la mejor señal que anunciara la presencia de otro buque, y aunque los viveres eran abundantes, pues estaban calculados hasta San Vicente, se podian concluir

y entonces ponerse la cosa mas *peluda* de lo que se pensaba.

Durante aquellos cuatro dias el jorobado no tomó alimento alguno. La pesadumbre de su riqueza perdida y el dolor de la paliza le preocupaban dia y noche.

En vano los tripulantes y pasajeros trataban de calmarlo, en vano lo consolaban diciéndole que en América recuperaria bien pronto lo perdido; en vano el piloto pidió disculpa por el golpe—nada pudo arrancar al monstruo la melancolia aguda que se habia apoderado de él.

A aquellos dos contratiempos se unia la creencia que tenia, de que iban á morir de hambre á bordo, ó á perecer ahogados en la primer borrasca que corriera aquel buque desvenojado tan atrocemente.

A los cinco dias de esta especial existencia, el piloto que habia reemplazado al capitán en su *vichadero*, bajó muy contento á la cámara avisando que acababa de divisar una vela á proa.

Todos, incluso el jorobado, subieron á la cubierta y fijaron su mirada ansiosa en aquella blanca vela que, semejante á un cisne, se deslizaba sobre las tranquilas aguas.

Pero se tocaba una dificultad; dificultad verdaderamente desesperante en aquel momento. ¿Con qué se hacia una señal pidiendo auxilio? No habia en la cubierta el menor palo donde poder encaramar una bandera en señal de demandar socorro.

El buque tenia un cañon de señales, precisamente para un caso semejante, pero el agua habia penetrado en todos los rincones del buque que era un verdadero maremagnum y las cuatro ó cinco cargas que llevaban, sabe Dios donde estarian, pues por mas que se buscaron no fueron halladas.

—El buque viene en esta direccion, dijo Cerutti—tal vez se acerque á nosotros sin que rierio, ó tal vez nos vea al aproximarse. Vamos á esperar hasta que cambie de rumbo, que tiempo habrá entonces para desesperarnos.

La vela divisada por el piloto, crecia por minutos, y aquellos hombres inmóviles y aflijidos fijaban en ella la vista como si quisieran atraerla por un poder magnético—pero el buque á que servia de impulso caminaba lentamente.

Por fin, cuando ya distinguian el casco de un inmenso buque de tres palos, este hizo una ligera virada y cambió completamente su rumbo, en direccion sin duda á San Vicente.

Un inmenso clamoreo se levantó entonces de aquellos restos del *Santa Isabel*.

Todos gritaban á pleno pulmón, pretendiendo hacerse oír de aquel magnífico buque, pero sus voces se confundian y morian á pocas va-

ras de distancia, ensordecidas por el eterno ruido de la mar—No habia esperanza!

La desesperacion de aquellos hombres fué entonces espantosa—los ánimos decayeron por completo y la muerte se les presentó entonces segura, bajo la terrible faz del hambre—empezaban á creer que ya para ellos no habia salvacion posible.

Unos lloraban amargamente, meciéndose los cabellos y encomendando su alma á Dios, otros arrojaban su sombrero contra la cubierta lanzando terribles blasfemias y otros se cruzaban de brazos con aire desesperado y abatido—se conformaban con todo.

—No hay que desesperarse de esa manera, voto al infierno, dijo Cerutti, conforme ha pasado este buque que no nos ha hecho caso, ya pasará alguno que nos recoja á su bordo—mientras tengamos que comer y que beber, no hay nada perdido.

Estas palabras entonaron algo á los mas animosos, que bajaron á la cámara á destapar nuevas botellas.

—Mi dinero, mi dinero, murmuró con voz lastimera el jorobado y bajó siguiendo á los demás, á meterse en un rincón de la cámara.

Dos dias mas pasaron de esta manera lamentándose unos momentos, jugando inocentes partidas de morra otros y bebiendo siempre, pues era la bebida lo que les hacia sobrellevar aquellos momentos verdaderamente aciagos.

—Las provisiones de á bordo tendrán su término, decia el alegre genovés, término que no ha de tardar mucho en llegar, vista la rapidéz con que destripamos estos inocentes frascos y dia vendrá que tengamos que bebernos al jorobado.

Cuando Domingo escuchaba esta razon de pié de banco, levantaba lentamente la cabeza y con entonacion profundamente melancólica decia:

—Desde que los pescados se han comido mi fortuna, bien me pueden beber á mí.

Los marineros prorrumpian entonces en alegres carcajadas y Cerutti tenia que mediar casi siempre, para que estas no tomasen un carácter de manteo, pues con los cargos que les habia hecho joroba, los marineros estaban *con sangre en el ojo*.

Dos dias despues de estas exenas se avistó una nueva vela, esta vez hácia la popa del *Santa Isabel*, que seguia meciéndose tranquilamente sobre las olas, como si esperara el primer vientecito medio fuerte para ir á hacer compañía al tan dorado equipage de nuestro ladrouazo.

La vista de aquel buque hizo renacer la esperanza en todos los espíritus—pasajeros y tripulantes estuvieron sobre cubierta en un periquete, dando grandes voces y haciendo todo género de señas.

Cerutti permanecía sentado á la usanza turca, fumando un pito y sonriendo picarescamente al ver la desesperacion creciente con que sus aflijidos compañeros agitaban las chaponas, dando grandes alaridos.

—Animo! decia el jóven genovés, dando tregua á sus grandes gritos—al ver semejante tranquilidad cualquiera diria que eres un simple público, que asiste á la representacion de un naufragio, con ganas de silbar la pieza.

Y qué diablos voy á ponerme *in ta stacca*, respondia Cerutti con envidiable flema—qué sacramentos voy á remediar con ponerme á hacer movimientos y dar voces que nadie ha de ver ó escuchar? Si ese buque nos echa el ojo encima, ya se aproximará á ver que casta de pájaros somos—si no nos vé son completamente inútiles todas esas voces y señales. El aire del mar ahoga completamente la voz humana es una verdad que aprendí en mi larga práctica.

El buque, entre tanto, habia puesto su proa en direccion al buque naufrago, y con el anteojo se podia distinguir á su capitán que por medio del suyo, pasaba una minuciosa revista

sobre la cubierta del *Santa Isabel*, cuyos pasajeros dejaron oír, al conocer esto, un clamoreo infernal.

—Ahora, dijeron algunos, bien podemos reventar el resto de las botellas que quedan puesto que nos hemos salvado—dentro de poco formaremos parte de los que viajan en aquel famoso navio.

Los corchos de las botellas empezaron á saltar unos despues de otros, y aquellos pobres diablos, que por tantas emociones habian pasado, se pusieron á beber con toda tranquilidad el espíritu á la salud del recién venido.

Este era un soberbio buque que conducia unos cuarenta y tantos pasajeros, gente alegre toda, entre los que venian tres damas napolitanas, dos de ellas de espléndida belleza, y la tercera de una fealdad ridícula.

La demas gente que venia á bordo, eran tripulantes, mozos de cámara y diferentes Gerónimos Paturot que, si no venian buscando una posicion social, venian buscando por lo menos una posicion pecuniaria que les permitiera vivir sin hambre.

## SIQUE EL VIAGE

El buque que habia aparecido en tan buena coyuntura era *L'Aquila*, procedente de Génova con muy pocos dias de viaje y comandado por el estimable marino Gerónimo Scotto, hombre alegre en alto grado y amigo de la buena vida.

Una vez que supo la desgracia sucedida á sus compatriotas, procedió á hacerlos pasar á bordo del *Aquila* con el poquisimo equipaje que se habia podido salvar y los papeles del buque, de suma importancia para Cerutti.

Scotto llevó su complacencia hasta hacer amarrar el *Santa Isabel* á la popa del *Aquila* remolcando de esta manera hasta el primer puerto, que debia ser el de San Vicente, aquellos últimos restos de la fortuna de su pobre capitán.

Cuando el jorobado subió á bordo del *Aquila* se armó una algarabía de tres mil infiernos.

Las mujeres reian á reventar, mientras los pasajeros le dirigian cada pulla capaz de cocinar la sangre de un pato marrueco.

Pero el jorobado lo soportaba todo con la resignacion de un bendito—Estaba tan habituado á las sátiras que su joroba hacia brotar de todos los labios que ya, al oirlas, no experimentaba la menor impresion; eran como si fueran dirigidas á otros.

Una vez que todo fué puesto en orden y que el *Aquila* hubo tendido el vuelo de sus velas sobre la inmensa superficie del océano, empezó á llover sobre los naufragos todo género de preguntas con respecto á la desgracia sufrida.

El capitán Cerutti, perfectamente tranquilo, pues como se comprende habia hecho todos los esfuerzos imaginables para salvar su propio buque, narraba á su colega á grandes rasgos los principales episodios del naufragio.

De cuando en cuando el alegre genovés interrumpia la narracion de Cerutti para intercalar algun episodio graciosísimo, lleno de colorido, que hacia prorumpir á los demás en las mas espontáneas y ruidosas carcajadas.

Todos reian alegremente de las chuscadas de aquel travieso de inagotable espíritu, que encontraba temas de farsa hasta en la misma desgracia en que casi dejaron la piel.

—Felizmente, decia, se salvaron algunas botellas de grappa y de buen vino, con las que pudimos decir algunas misas—de otro modo, creo que la idea de que íbamos á tener que bebernos medio océano, hubiera bastado para hacernos morir de desesperacion.

Una vez sola en mi vida, señores, he bebido agua, y aseguro á ustedes que se me cocieron

las entrañas, — desde entónces los médicos me aconsejaron que no bebiera mas que grappa y para variar, ginebra, consejo que me he permitido seguir rigurosamente, al pié de la letra.

Las napolitanas se retorcieron de ríca, pues la espresion con que el jóven decia estas cosas era como hacer cosquillas. El mismo Cerutti reía à mas y mejor, ponderando la flema y buen humor de aquel impagable compañero de viaje.

El único que no reía por no hallar gracia en la cosa, era el jorobado, que habia ganado un rincon, lamentando sin duda la pérdida de su fortuna.

Esta desgracia, unida à los dias de rigurosa dieta que el dolor le habia hecho soportar, le habian puesto tan flaco y tan macilento, que su cabeza casi se perdía por completo en el marco de sus hombros.

Parécia un sátiro de ultra-tumba: la muerte vestida en traje de alegre mascarada.

Sus pómulos salientes parecian dos trompos incrustados en una cara de papel de lija, donde reverberaban dos ojos que parecian no querer presentarse al público por miedo de una rechifla, lo que constituía à darle un aspecto de araña peluda.

—Este infeliz, dijo Scotto, reparando en la melancolía del mónstruo, cuyos pelos le caian sobre la frente, partidos por una raya que parecia lomo de raton de mercado—este infeliz estará sin duda enfermo à causa de las emociones sufridas; es bueno darle un trago de ron para que se entone y una taza de algo caliente para que concluya de pasar el jabon, que sin duda aún no le ha salido del cuerpo. ¿Qué diablos tienes, amigo mio?

—Caballeros, dijo el genovés, lanzando una traviesísima mirada hàcia la mas hermosa de las napolitanas—puedo garantir à ustedes que este naufragio me cuesta todo lo que poseia, que era un magnífico equipaje de ropa interior y exterior, que me regalaron por suscripcion pública mis amigos, y en el que figuraba un hermoso paletó algo usado, es verdad, con que se apuntó en la lista uno de mis estimables tios. Estoy, pues, hecho un pobre vergonzante, como el resto de mis compañeros, escapando al jorobado Parodí.

Todos hemos quedado en iguales condiciones de pobreza, añadió, menos él, que tiene la ventaja de ser inseparable de su carga.

Esta sátira hizo prorrumpir en estruendosas carcajadas à todos aquellos diablos.

Al oír la el aludido, se arrancó de su rincon y haciendo una horrible mueca de dolor respondió con voz chillona y llorosa:

—Ojalà que tuviera razon este hombre perverso—si conforme soy inseparable de mi jorobado lo hubiera sido de mi equipaje, no hubiese perdido à buen seguro la enorme suma de

dinero que ha ido al mar, y volvió à ganar su rincon llorando amargamente.

Esta salida elegiaca despertó gran lástima entre los pasajeros, especialmente en las napolitanas, quienes reprobaron desde ese momento las farsas y sátiras de que siguió siendo el blanco Domingo Parody.

—No te aflijas, amigo, le dijo Scotto acercándosele y dándole un golpecito en el hombro—en América se hace fortuna muy pronto y si tú eres activo y trabajador, en poco tiempo doblarás lo que has perdido, que por tu nelaje no me parece fuera cosa de llorarse tanto.

—Una fortuna, señor, una verdadera fortuna que economizada en muchos años de trabajo llevaba à América para establecerme, respondió Domingo enjugando las correderas de sus lágrimas que parecian pequeñas duchas.

—Ya lo creo, replicó el farsante del genovés—por lo menos ha perdido sus esperanzas, que es cosa que no se repone así no mas.

No te aflijas, añadió Scotto, todos hemos de ayudarte à que hagas la bolsa para que vuelvas hecho un millonario.

—Muchas gracias, contestó este con presteza, puede ser que yo haga fortuna, puesto que para eso he abandonado mi casa, pero si tal me sucede, juro à Dios y à *tutti i santi* que no vuelvo à cruzar con ella el mar.

El viaje continuó cada vez mas alegre, gracias al genovés cuyos epigramas y farsas eran interminables.

Pido, decia à cada momento, que se levante una suscripcion para que yo pueda seguir mi viaje, pues me he quedado sin un centavo.

—Yo he resuelto, añadía, no hacer nada sinó por suscripcion y esta resolucio es tan firme en mí, que si yo llego à cometer alguna vez la chambonada de casarme, lo he de hacer tambien por suscripcion entre las muchachas mas lindas que quieran tener marido, muchachas que despues tendrán que tirarme al dado como cualquier rifa, puesto que no soy Mormon y no me puedo casar con todas aquellas que apetezcan una persona tan cumplida como yo.

Este modo de ser habia cautivado las simpatías de Nina, una de las napolitanas que empezó à mirar con ojos tiernos à aquella especie de descamisado del amor, encontrándolo un marido exelentísimo y muy à su gusto, cosa que no pasó desapercibida para el travieso genovés quien pensaba de esta manera.

Me entretendré contigo durante el viaje, y si la cosa pinta, ¡qué diablos! para eso nos ha hecho Dios tan pecadores—allà veremos lo que suceda de todo eso.

El pobre jorobado fué conformándose poco à poco, convencido que de todos modos aquella pérdida fatal no tenia remedio—empezó à



tomar parte en las conversaciones demostrando una a-tucia nada vulgar que digamos.

Bien pronto comprendió el famoso empeño amoroso del genoves, y le descubrió sus peladas de pava, que tenían lugar muy recatadamente al venir el d.a, hora en que se recojía à dormir el capitán Scotto, vencido por las fatigas de la noche.

La amante pareja no se ocultaba de esta buena persona, simplemente porque fuera el capitán suprema autoridad de à bordo, sinó porque aquellas tres muchachas venían bajo su esclusivo cargo y responsabilidad.

El jorobado, que det staba al genovés por las bromas que este le daba, husmeó bien la cosa y cuando estuvo seguro de no dar un golpe en vago, llamó à Scotto y lo puso en autos de lo que sucedía, que à su entender era muy grave.

Scotto agradeció la cosa, y de acuerdo con el jorobado se puso à espiar hasta que sorprendió à paloma y gavilan en tiernísimo y almirbaado diálogo amoroso.

Envió à Nina à su aposento y quedando al lado del jóven le dijo de una manera sencilla pero resuelta.

—Amigo mio, yo soy el responsable de estas jóvenes, y por consiguiente no puedo dejarlas pisar sinó con muy buen fin—si la cosa es honesta, no me opongo, si no à virar de bordo.

—Amigo mio, replicó el jóven—respondo con la misma franqueza que usted me interroga—la cosa era simplemente por matar el tiempo, pero puesto que no conviene no hay que hablar mas—tan amigos como antes—no es verdad?

El viage siguió sin que el genovés volviera à hablar con Nina, sinó en aquellas horas en que se juntaban todos los pasajeros en el comedor ó sobre cubierta à hablar de todo género de asuntos, siendo siempre el tema favorito el desgraciado naufragio de la *Santa Isabel*.

El jóven que habia sospechado que el autor de la denuncia era el jorobado, se propuso tomar una revancha en regla cuando llegaran à San Vicente, donde calculaba permanecer varios dias.

El jorobado disimulaba buscando al genovés y haciéndole una sociedad amable, pero esto mismo concluía de demostrar al jóven que sus sospechas eran bien fundadas y que aquel insecto maldito, como le llamaba, era el autor de que Scotto los hubiera pillado infraganti delito de pelar la pava.

Parody, al proceder así, habia logrado dos objetos—primero vengarse de las sátiras del jóven y segundo impedir que otro fuera feliz en amores, ya que él no podia serlo por su joroba.

Así siguieron el viage hasta San Vicente—el jóven no pudo hablar mas con la gentil Nina, pero se entendían por medio de los ojos con tal facilidad, que ya habian combinado un plan para burlar la vijilancia del buen capitán Scotto.

De esta manera llegaron à San Vicente, donde desembarcó todo el mundo para tener el gusto de pisar tierra despues de tanto dia de no ver mas que cielo y agua.

Cerutti manifestó que él iba à quedarse allí para hacer reparar su buque, y seguir su viage hasta América con sus tripulantes y los pasajeros que quisieran esperarlo.

—Lo que es yo, contestó el genovés, tendré que quedarme à la fuerza porque no poseo ni un ruin centésimo con qué comprar nuevo pasaje en otro buque.

Al saber esto, el jorobado se echó à llorar con verdadera amargura—aquel diablo tenía una facilidad increíble para llorar cuando le convenia, llanto que vertía con el único objeto de inspirar lástima à los presentes.

—Y por qué diablos lloras tú ahora? preguntó Cerutti, ya muy fastidiado—el llanto en tí es ya cosa incurable te figuras imbécil, añadió que con llorar vas à modificar un ápice de lo sucedido? no seas tonto porque me vás à hacer que pierda la paciencia y te sacuda una buena vuelta de guascasos—Ya pues, concluyó, no seas bellaco y seca tus lágrimas falsas antes que te las seque yo con un sopapo de buena ley—pedazo de *ma carso*.

—Y como no he de llorar, repuso el jorobado, creciendo en desesperacion—si yo no hubiera perdido toda mi fortuna, tomaria pasaje en este otro buque y me iria con el señor Scotto, pues tengo miedo de seguir en el *Santa Isabel*, que tan mal estreno ha tenido con nosotros.

—Maldito imbécil, contestó Cerutti, un naufragio no es cosa de todos los dias ni de todos los años—eso se vé con mas rareza que un jorobado tan cobarde y tan lloron como tu, engendro del diablo.

—No te aflijas, dijo Scotto terciando en el diálogo, yo te llevaré en mi buque hasta Montevideo, sin que me pagues un centavo—deja pues de desesperarte tanto y prepárate para mañana, pues yo no puedo demorarme un dia mas aqui.

Ante semejante noticia el jorobado saltó como una pelota de goma, arrojó al aire su gorra de perilla y se puso à lanzar desaforados vivas al capitán Scotto, à la familia del capitán Scotto y hasta à los constructores de su buque.

—Es un pobre diablo, dijo Scotto à Cerutti, me gusta hacerle el servicio por el inmenso placer que le ha causado, he ahí un ser completamente feliz à bien poca costa.

Lo que es yo, dijo el genovés travieso, que asistía á la exena, lo que es yo aunque me haga usted igual proposicion no la admito—he resuelto no aceptar lo que se me ha ofrecido por una suscripcion, y además pertenezco en cuerpo y alma á mis compañeros de viaje, á los que no me seria lícito abandonar á media jornada.

—En vista de esta negativa anticipada no haré á usted la oferta que pensaba hacerle, replicó Scotto alegremente además no coneteria la impolítica de privar á estos caballeros de tan buena pieza, en un viaje tan largo como este.

Todos rieron de la ocurrencia, y mientras Cerutti con los suyos se dirijan en busca de un alojamiento, Scotto y sus pasajeros se fueron á recorrer aquel pintoresco punto, contando con regresar abordo antes que cayera la noche para hacerse á la vela el siguiente dia.

El genovés y Nina, entre tantas idas y venidas, tomaron por las orejas un buen momento que les ofreció la calva ocasion y pretendieron escamotearse á agenas miradas, para combinar un plan de fuga y burlar la vigilancia de Scotto, quien fiado en la promesa que le hicieron abordo, poco se habia preocupado de aquellos amores que creyó destruidos en su germen.

El genovés hizo sus proposiciones con tal habilidad, pintó á Nina tan sublime porvenir, que esta concluyó por manifestarle que le pertenecia por completo y que se quedaria en San Vicente para seguir juntos viaje en el *Santa Isabel*, siempre que le prometiera tenerla en paraje seguro hasta que el buque de su guardian se hiciese á la vela.

El genovés contentísimo con aquella conquistadora que le hacia mas llevaderas las fatigas del largo viaje, apuró inmediatamente su majin, para hallar una idea que lo pusiese á salvo de una pesquisa cuyo fatal resultado fuera la pérdida de la hermosa niña.

Es preciso, pensaba, que yo ponga á esta mujer no solo á cubierto de Scotto, sino á cubierto de la misma autoridad de este antipático paraje, pues aquel dará parte á esta y nos buscarán por todas partes, para lo que no necesita gran tiempo que digamos.

En vano pensaba aguzando su ingenio, no podia hallar una idea salvadora. No era práctico del paraje y por consiguiente ignoraba los sitios aparentes para la atrevida empresa que proyectaba.

El *Santa Isabel* habia sido traído muy cerca para empezar sus reparaciones al dia siguiente.

—Sacramento! pensó el genovés, recordando esto—este seria un buen escondite, porque no se les ha de ocurrir ir á buscar allí—todas las pesquisas las han de hacer en la ciudad, y

no escondiéndome yo y tomando parte en la alarma general alejaré de mí toda sospecha y talvez crean que Nina ha caído al agua y que es completamente inútil buscarla, haciéndole Scotto á la mar.

Como no habia tiempo que perder, presto que la partida era al dia siguiente, aquel jóven trató de poner su idea en inmediata ejecucion—faltaba sin embargo lo principal, un botero bastante sigiloso para llevar á Nina hasta el *Santa Isabel*.

El genovés dejó á la jóven en el paraje donde habian concertado el plan y se vino en busca del piloto que bautizó al jorobado con aquella feliz canchada, viejo lobo de mar, cuyas aventuras amorosas, segun decia, habian hecho época en su juventud borrascosa.

No bien concluyeron de esponerle la cosa, cuando se ofreció á llevar á Nina sobre sus espaldas hasta el *Santa Isabel* y esconderla allí de manera que aunque la buscaran, no pudieran dar con ella.

Esta aventura la contaba el jorobado en sus momentos expansivos, cuando estuvo en nuestro hospital preso, celebrándola con alegres carcajadas.

Cuando trató Scotto de irse á bordo, despues de despedirse de los náufragos, echó de menos á Nina, buscándola por los alrededores, inútilmente.

—Se habrá ido á bordo, dijo—ya parecerá. Pero cuando estuvo en su buque y preguntó por Nina, se le contestó que aún no habia regresado de tierra.

—Por todos los diablos del infierno, exclamó Scotto, mandando echar nuevamente el bote a agua—la culpa me tengo yo que permito que las mujeres bajen á tierra—esta pobre muchacha se vá á morir de miedo si la toma la noche estraviada en aquella poblacion que en honor de la verdad, no es muy de fiarse que digamos.

Scotto regresó á tierra, buscó por todas partes á Nina, preguntó á cuantas personas halló al paso, pero ninguno supo darle razon de ella, ó esta habia sido victima de un rapto, ó se habia estraviado en el paseo de aquella tarde.

Inmediatamente se dirigió á la autoridad esponiendo lo que le pasaba y pidiendo su ayuda, que le fué facilitada con esa hidalguia que caracteriza á los portugueses sin embargo, todo fué completamente inútil; por mas que se buscó á Nina, está no pareció.

El piloto habia cumplido su palabra llevándola á bordo y escondéndola con tal cuidado que no seria fácil encontrarla.

Al dia siguiente Scotto y su tripulacion, ayudados por la autoridad hacian una gran pesquisa por aquella isla miserable, pero todo fué inútil.

El jóven genovés hacia un gran aparato, ayudando á Scotto en sus pesquisas y lamentando aquella pérdida de una manera tan profunda, que si el capitán hubiera tenido la menor sospecha, esta se hubiera desvanecido bien pronto.

A ninguno se le ocurrió registrar el destrozado buque de Cerutti, quien ayudaba de buena fé á su cólega, tomando un creciente interés en encontrar á la jóven, pero esta no pareció, por lo que quedó sancionado que habria perecido en el mar.

Scotto, con verdadera desesperacion, decidió zarpar anclas al dia siguiente, puesto que la desgracia parecia no tener remedio—él no podia tampoco permanecer mas tiempo allí, sin sufrir serios perjuicios.

Antes de partir, pidió á Cerutti que si en los dias que iba á permanecer allí llegaba á tener alguna noticia, se la transmitiera, á cuyo efecto le dejó su direccion de Génova y de varios puntos de América.

—Puede usted ir tranquilo, le respondió el noble marino, lo soy deudor de uno de aquellos servicios que se tiene placer en retribuir con aumento y que nunca se concluyen de pagar—si Nina aparece ó la mar muestra en su superficie su cadáver, escribiré á usted inmediatamente.

Y aquellos dos bravos marinos se estrecharon cordialmente la mano, separándose quizá, para no volverse á encontrar jamás sobre la tierra ó sobre el mar.

Esa misma tarde el uno se hizo á la vela, mientras el otro lamentaba ingenuamente aquel suceso desgraciado que iba á traer al bravo marino una serie de disgustos.

El jorobado vino tambien á despedirse de Cerutti y demás compañeros de viaje.

Al dar la mano al genovés guiñó el ojo de una manera particular que, á pesar suyo, hizo palidecer al jóven, porque en el guiño del jorobado comprendió que aquel maldito era poseedor de un secreto.

—Vé con Dios, sátiro andan e, le dijo, y no sueltas la lengua si no quieres que yo te haga otra joroba en los ojos para que no veas lo que no te importa.

—*Che sciajura*, murmuró traviesamente el mónstruo mientras se alejaba — *che sciajura* haberse perdido una muchacha tan linda, que podia haber hecho la felicidad de cualquiera, y entró al bote lanzando una carcajada llena de intencion.

El genovés temió que Parodi fuera á comunicar á Scotto su sospecha, pero bien pronto se tranquilizó, viendo que el buque desplegaba sus blancas veas.

El jorobado se iba con Scotto y para la *Santa Isabel* quedaba un tripulante de primer orden, lo que era un doble motivo para que

estuvieran alegres el genovés y el piloto, quien repetia que un jorobado era siempre portador de alguna desgracia, y que todo lo que habia sucedido al buque era á causa de venir en él un jorobado.

—Ahí está la prueba, decia, en cuanto subió á bordo del otro buque, ya ven ustedes que ha sucedido allí una desgracia sin compositura.

Tres dias despues de estos sucesos, el capitán Cerutti estuvo á bordo y halló á Nina, obteniendo una explicacion de lo que habia sucedido.

El buen marino increpó duramente el proceder del jóven genovés, pero ya la cosa no tenia remedio.

—Yo escribiré á Scotto, dijo, para salvar un deber de conciencia, pues no es justo que la desolada familia de esta jóven haga cargos á aquella noble persona.

Qué diablos, dijo el genovés, ya está esto hecho y no tiene remedio.

—Si lo tiene en parte, jóven, replicó Cerutti, se puede evitar un nuevo disgusto á aquel hombre y enjugar las lágrimas de una familia —yo escribiré á Scotto y habré cumplido un deber—recuerde usted que á él le debemos estar aquí.

No se volvió á hablar mas de la cosa, y Cerutti cumplió su promesa —escribió una carta á cada una de las señas que le dejara Scotto, dándole la feliz noticia de que Nina estaba viva y que seguia viaje á bordo de su buque.

Dejemos á Cerutti con sus pasajeros y tripulacion, que incidentalmente han figurado en esta verídica historia, dejemos á Nina y al genovés á quienes tal vez encontraremos mas adelante y sigamos á maestro joroba en su viaje.

La alegria que habia reinado abordo del *Aguila* hasta San Vicente, fué sustituida por una tristeza extrema.

Las compañeras de Nina lloraban amargamente la pérdida de esta y Scotto se daba á los mismos demonios.

Aquellas tres muchachas venian á Buenos Aires á reunirse con sus padres, bajo el esclusivo cuidado del capitán, y este no podia conformarse con que en el primer puerto á que habia llegado, se perdiera una de ellas, por falta de cuidado.

Varias veces se le habia ocurrido que tal vez el jóven genovés tuviera parte en aquella desaparicion, pero en seguida recordaba que el jóven los habia ayudado en todas las pesquisas, que estas habian sido hechas en la isla, y entonces sus sospechas se desvanecian y se afirmaba en la creencia de que Nina debia haberse caido al agua, pues de otro modo era imposible no haberla hallado buscándola con tanta prolijidad.

—Quién sabe! pensaba—tal vez Cerutti que queda allí pueda darme alguna noticia consoladora, y volvía á pensar en el jóven genovés y otra vez desechaba su pensamiento, no creyendo hubiera hombre capaz de accion tan indigna.

Una mañana, el jorobado que se habia captado toda la buena voluntad de Scotto, en momentos que este estaba sobre cubierta, se le aproximó y le hizo varias preguntas sobre Nina.

—Usted cree realmente que aquella jóven haya muerto?—preguntó con toda picardia.

—¿Y qué duda puede quedarnos? respondió inocentemente el marino—la hemos buscado por todo paraje susceptible de abrigar una mujer, y no la hemos hallado, hay que creer ó reventar.

—Lo mismo que decia yo, argumentó el jorobado, hasta ayer, que se me ha ocurrido algo que ojalá se me hubiera ocurrido en San Vicente.

—Y qué te puede haber sujerido de nuevo este mes de navegacion? preguntó con curiosidad Scotto.

Y efectivamente, traian ya un mes de navegacion á toda vela y estaban sólo á dos dias de Rio Janeiro.

—Se me ha ocurrido algo, dijo el jorobado, que va á mortificar mucho á usted, por un pequeño detalle.

—Acaba, con mil diablos, repuso el marino fastidiado con la sorna que empleaba Domingo, quien se apresuró á persignarse devotamente, y á contestar de esta manera:

—Pensando en la desaparicion de Nina he sospechado que aquel genovés cuya conversacion tanta gracia les hacia, puede ser el único autor de ese rapto, pues rapto ha habido.

—Y en qué te fundas gran bellaco para hacer esa suposicion que ya se me habia ocurrido y que he mandado á los diablos?

—Me fundo, caro mio, en que este jóven y Nina tenian las relaciones amorosas que usted mismo conoce, y en que una tarde de aquellas yo los he visto hablar juntos, en San Vicente, mientras usted paseaba con los demás pasajeros.

—Ese no es suficiente motivo, aunque yo ignoraba lo último que acabas de decirme—eres un mentecato que me has alarmado, para decirme una tontera mas grande que tu joroba.

—No tanto, mio caro, insistió el jorobado, no tanto como parece, el genovés estaba muy enamorado de Nina.

—Pero la solicitud, con que ayudó á buscarla por todas partes lo justifican de toda sospecha que pudiera caer sobre él.

El jorobado se compuso el pecho con cre-

ciente malicia, giró picarescamente sobre sus talones y encarándose con Scotto, le preguntó resueltamente:

A qué usted no ha buscado á Nina á bordo del *Santa Isabel* que trajo á remolque?

Un rayo caido á los piés de Scotto no le hubiera hecho una impresion mas honda.

—Sacramento! exclamó palideciendo hasta quedar lívido—tu sabes que Nina estuviera escondida á bordo de aquel barco maidecido?

—Alto ahí! chilló Domingo que se sintió hacer en la joroba una caricia demasiado espresiva libreme mi Dios de asegurar lo que no he visto—yo solo digo que nos hemos olvidado de buscar en el buque náufrago, y que pensando esto y ligándolo á los antecedentes habidos, he supuesto con bastante fundamento que allí pudiera estar.

Scotto se quedó frito, como se dice, ante las famosas sospechas del jorobado de repente dió una furiosa patada sobre la cubierta y mirando al cielo mientras soltaba una maldicion horrible, dijo: yo lo he de saber, y si aquel hombre ha sido capaz de cometer una ingratitud tan infame conmigo que le acababa de salvar la vida, juro que lo abro por el medio.

El jorobado sonrió de una manera particular.

Cobarde como una liebre, era incapaz de tomar por su mano una venganza de todas las ofensas, sangrientas para él, que le habia hecho el jóven, pero con habilidad realmente maestra, acababa de lanzarle con toda malicia y sin ninguna responsabilidad, una sentencia de muerte, que estaba seguro se cumpliria, porque Scotto era un hombre inflexible que cumpliria su promesa tal cual lo habia dicho.

—Yo viajo siempre á la América, concluyó, si aquel canalla es culpable yo lo sabré; seguiré su pista y no descansaré hasta que le haya arrancado á Nina primero y el pellejo en seguida para adornar el trinquete de mi buque.

Desde aquel dia el carácter de Scotto cambió por completo;—de taciturno y triste que habia venido desde su salida de San Vicente, se volvió irascible hasta el punto de tratar mal á los pasajeros con quienes tenia antes todo género de contemplaciones y comedimientos.

Solo se mostraba amable con el jorobado, quien le decia que por el gran deseo de corresponder de alguna manera á sus bondades, habia apurado su magin hasta dar con la verdadera causa de aquella desaparicion, para que no estuviera triste, llorando una muerte que no habia sucedido.

—Es necesario que aquellas niñas tampoco lloren, añadió finjiendo gran bondad de corazón; es bueno que usted las haga partícipes

de nuestro descubrimiento para evitarles que vayan á enfermar de pena.

El capitán encomió sobre manera la dulzura de espíritu de aquel desgraciado y puso en práctica tan sábio consejo.

Como la desgracia de que Nina hubiera sido seducida, era mucho menor que la que suponían haber sucedido, las jóvenes se entregaron á una verdadera alegría, volviendo á renacer el bullicio que habia reinado durante aquel viaje á bordo del *Aguila*.

Así llegaron á Rio Janeiro, donde Scotto demoró dos dias para descargar algunas mer-

cancias y un pasajero, sin querer bajar á tierra recordando lo que le habia sucedido en San Vicente y preocupado con la idea de regresar lo mas pronto posible para averiguar lo que habia de positivo en las suposiciones del jorobado y en la esperanza de encontrar en el camino, á su regreso el *Santa Isabel*, á cuyo bordo debían venir el pérfido genovés y la fugitiva Nina.

Hablando sobre esto con el jorobado y formulando sus planes de venganza para el caso en que encontrase al raptor, hizo el *Aguila* rumbo hácia Montevideo, á donde llegó despues de un viaje de veinte y cinco dias.

## EL TEATRO DE LAS HAZAÑAS

Imposible es pintar la emocion que experimentó el jorobado al pisar el suelo de América.

Cuando estaba en el hospital de hombres, en aquellos felices tiempos en que el eminente doctor Pirovano era practicante y confeccionaba limonadas para obsequiar á la vieja de enfrente, en los suntuosos bailes de mate y horchata que les preparaba, el jorobado decia que nunca experimentó mayores emociones, que cuando por primera vez paseó su facha grotesca y su joroba por las calles de una ciudad de América.

Miraba profundamente las calles, esperando encontrar en ellas los montones de oro y piedras preciosas que le habian contado sus compañeros.

En todas partes creia hallar una inmensa fortuna miraba las joyerías, pocas entónces, como cosa suya y á penas habia transitado un par de cuadras. ya habia cometido en su imaginación un centenar de valiosísimos robos que lo ponian poderoso.

Con qué atención miraba y estudiaba á los preciosos agentes de policia, gallegos en su mayor parte, como en Buenos Aires, y cuyas nociones policiales consistían en dejar hacer á cada cual lo que mejor le diese la gana.

El jorobado hizo un prolijo exámen de los agentes policiales que encontró al paso, sacando por consecuencia que podia cometer cualquier robo sin el menor peligro de que le echaran el guante y lo despojaran de lo que hubiera logrado sacar.

Nuestro héroe llegó á Montevideo, sin mas fortuna que aquellas pocas liras que le dieron al embarcarse Santiago y Girólamo, el excelente don Girólamo, y que tuvo la feliz precaucion de atarlas á la cintura con el pañuelo.

Aquellas liras debían durarle muy poco tiempo, pero á él poco le importaba que se le concluyeran pronto, con tal que alcanzaran hasta encontrar trabajo en una herrería, mientras se hacia vaqueano en la ciudad, para poner en práctica su divino arte, que en poco tiempo le habia de dar una fortuna.

El capitán Scotto, antes de seguir viaje á Buenos Aires, quiso hacer un servicio nuevo al jorobado, á quien sin quererlo habia cobrado gran cariño, y al efecto le recomendó á un paisano que tenia un pequeño negocio de sombrerería, pidiéndole le buscara trabajo y le protegiera en todo lo posible.

Ya andaba mi jorobado con un protector llovido del cielo y que lo instruiria en lo que necesitaba saber.

El sombrerero no pudo alojarlo en su casa porque vivia en un cuartujo de mala muerte, en compañía de su mujer y un regimiento de hijos, pero le buscó un alojamiento sumamente barato, en un fondin de la calle del Porton, entónces, prometiéndole hacer todo género de empeños para encontrarle trabajo en una herrería ó carpintería, pues en ambos ramos, como se sabe, era inteligente.

Mientras esta promesa se cumplia, el jorobado empleaba su dia en recorrer la ciudad, para conocer los barrios mas importantes y los recobecos que podían servir de guarida á la gente traviesa.

Las poblaciones de Montevideo y Buenos Aires, eran entonces poblaciones inocentes, donde apenas se cometia un crimen allá por muerte de un obispo, decimos crimen ordinario porque entonces los crímenes políticos estaban á la órden del dia.

Los ladrones hábiles no habian aparecido, y solo se tenia á los ladrones vulgares de cami-

no, autores del eterno oficio de la bolsa ó la vida.

Las casas de negocio poco se preocupaban de asegurar sus puertas en el centro de las ciudades, pues hasta entonces no habia ejemplo de un salteo como los que vemos hoy cada semana.

Esta parte de la América pasaba ademas por una época excepcional. La mazhorca de Rosas entronizada en Buenos Aires, aunque ya en el último estertor de la agonía y la otra mazhorca sucursal de esta en Montevideo, tambien en su última época.

La policia poco se ocupaba de la seguridad, pues harto que hacer tenia con la política famosa de cuchillo y mazhorca de que era elemento principal. Por este lado nuestro héroe estaba completamente seguro.

A la noche se iba de visita à casa del sombrerero su protector, à ver si le habia hallado colocacion y con él charlaba largamente, tomándole minuciosos informes sobre el modo de ser y sobre el comercio de ambos paises, segun decia, para hacer definitivamente la eleccion de aquel de los dos en que debia fijar su residencia.

Por el sombrerero supo que el gobierno de Rosas tocaba à su fin, que estos eran paises muy ricos y que un hombre vivo y trabajador podia labrarse una fortunita en muy poco tiempo.

El jorobado escuchaba con gran interés todos estos datos y se lanzaba à su fondin, donde à lo largo de su catre se ponía à fabricar bellisimos castillos en el aire, que reformaba à la noche siguiente.

Dos meses despues de esta vida, y cuando las liras de Parodi iban tocando à su fin, el sombrerero su protector le dió dos noticias de primer orden—le habia hallado un buen acomodo en una herreria y le comunicó haber caido Rosas.

La noticia de la caida de Rosas interesaba à nuestro héroe mas de lo que podia figurarse—Montevideo era un teatro muy pequeño para sus aspiraciones—las poquísimas joyerias que existian à penas tenian un capital de cuatrocientos ó quinientos patacones, mientras que Buenos Aires, ciudad mas rica y mas importante, le ofrecia tiros soberbios, tal cual él los habia ideado.

Me quedaré en Montevideo hasta que aquello se arregle, pensó, y mientras, hago aqui algunos pesos, de cualquier modo.

Le habian dicho que un buen cerrajero en Buenos Aires podía ganar lo que quisiera, y se propuso hacerse de un capitalejo suficiente para poner aunque fuera un cuartito con una vigornia y un par de martillos.

Desde el dia siguiente asistió à la cerrajería donde le habia colocado su inocente protector

y se trazó un género de vida engañoso, semejante al que habia seguido en Génova tan provechosamente.

Trabajaba toda la semana entera, por un módico salario, y el dia domingo se largaba à oír misa en la Matriz, con muy buen cuidado de observar que género de alha jas y riquezas poseia aquel templo, por si acaso merecian ellas la pena de comprometerse.

Al poco tiempo se habia hecho tan amigo del sacristan, que este no tenia secretos para el jorobado, quien lo ayudaba en la mayor parte de los quehaceres, desde limpiar los altares hasta subir à la torre à repicar en los dias de funcion.

El jorobado solicitaba los domingos el honor de ayudar un par de misas, cosa que hacia con tanto esmero y recojimiento, que bien pronto les ganó el lado flaco à los sacerdotes à quienes ayudaba à vestir y desvestir el traje de decir misa.

Con semejante conducta muy pronto logró adquirir fama de santo, habiendo contado al sacristan una historia llena de desventuras que este comunicó à los sacerdotes haciendo crecer la simpatía que sentian por Parodi.

Una de las cosas que mas llamó la atencion del jorobado, fué la cantidad de mujeres hermosas y muchachas divinas que entonces, como hoy, abundaban en Montevideo de una manera fabulosa.

Aquellos negrísimos ojos de largas pestañas que caracterizan à las mujeres de Montevideo, aquellos rostros de tez marmórea y facciones espléndidas, aquel conjunto de belleza y de animacion que se vé en todo pliegue de vestido, en Montevideo, hacian perder el rambo al jorobado.

Miraba aquellas caras de una rara belleza de espresion, veía aquellos cuerpos ondulantes y estatuarios, y se quedaba arrobado en su contemplacion—todos sus planes de robo se hacian entonces humo, olvidaba su herreria, olvidaba sus mas hermosos castillos aéreos y temblaba de una manera poderosa.

Su avidez de amar se despertaba con toda la fuerza de la privacion y del deseo, y necesitaba recordar aquella exena del barrio de la Marina para poder seguir su camino tranquilamente.

—Yo he nacido para ser rico como un Creso, decia, pero conozco que las mujeres van à dar al traste con todo mi juicio si no me sé dominar.

Vamos Domingo, concluía, seamos ricos y Dios dirá.

Su patron el herrero estaba alborozado con aquel medio oficial que le habia caido, cuyas manos eran un primor para las obras de cerrajería, y mas tarde veremos como Domingo, con

sus habilidades hizo no solo fortuna sinó que se la hizo hacer á su patron.

En la calle del Porton, la principal de Montevideo, habia una joyeria, colosal joyeria, entonces, á pesar de no tener sinó unas cuantas docenas de malos relojes, y unos dos mil duros en alhajas.

El golpe dado á las alhajas no era muy provechoso porque estas harian mucho bulto y él no tenia aun un escondite en regla para guardarlas—era hacer mejor el tiro á los cajones del joyero, pues la plata se ocultaba con facilidad.

El jorobado empezó á pasar por la joyeria de don Leon Durand, que así se llamaba el dueño, estudiando con sumo cuidado la posicion de los muebles, estudio que hacia Parodi para poder operar sin necesidad de luz alguna.

Ya sabemos que tenia admirablemente desarrollado el órgano de la *memoria local*, así es que le bastaba ver una ó dos veces una habitacion, para recordar su menor detalle.

El jorobado hubiera podido andar á oscuras en una habitacion llena de muebles, habiéndola visto dos ó tres veces, sin dar el menor tropezon.

Una noche que estaba entretenido en mirar las alhajas espuestas en la vidriera, oprimió con gran disimulo un pedazo de cera en la cerradura de la puerta y sacó el molde de la llave.

Hecha esta operacion, lo de menos le fué obtener una llave, puesto que tenia la gran facilidad de hacerlas él mismo.

Parodi sabia que Durand no dormia en la joyeria, lo que le auguraba una noche entera á su disposicion para examinar los muebles y ver como se podia hacer el tiro, con mayor provecho y menos riesgo.

Tres ó cuatro dias despues de tener la llave de la puerta de calle, el jorobado vino á hacer su primer visita á la joyeria, con la única intencion de sacar los moldes de las cerraduras del escritorio y demás muebles que existieran dentro y poder hacer las cosas de una manera que fuera imposible suponer otra cosa sinó que el joyero se habia robado á sí mismo.

Gran sigilo desplegó el jorobado esa noche, para tomar los moldes de las llaves de los cajones del mostrador y de un magnifico mueble de caoba maciso, que parecia ser el depositario de todos los objetos de valor que habia en la casa.

Una vez que tuvo los moldes en su poder, se retiró aplazando su tiro para fin de mes, que se figuraba habria mas dinero.

Cuando hubo cerrado la puerta de calle, de manera que no se reconociera que una llave extraña la habia abierto se dirigió al fondin donde habitaba—dos serenos encontró en su

camino, pero estos dormian tranquilamente su primer sueño, sin preocuparse para nada del vecindario, que descansaba en ellos.

Nuestros lectores recordarán que los serenos de aquella época pasaban la noche en un solo sueño, cuando algun trauसेante travieso no les hacia alguna broma pesada, robándoles la lanza, la tradicional linterna ó algun otro artículo de su *apero*.

El jorobado examinó prolijamente aquellos moldes, y al siguiente dia se dedicó á la confeccion de las llaves, teniendo buen cuidado de asistir con mas asiduidad que nunca á la iglesia, para rematar su fama de hombre piadoso.

Como en su casa no tenia elementos de trabajo, era preciso que trabajara en la herreria donde estaba colocado, de modo que tenia que hacer el trabajo lentamente, pues era preciso ocultarse del patron y de los otros oficiales que sin duda alguna le preguntarian para que diablos fabricaba con tanto esmero aquellas llaves.

El tiempo que los demás gastaban en comer, entre dia, él se echaba al bolsillo un pedazo de pan y otro de queso, que comia ocupado en recorrer las calles mas apartadas, buscando una pieza donde pudiera vivir con mas libertad.

En el fondin estaba cómodo y bien atendido, por eso el jorobado le habia cobrado gran simpatia, pero como allí vivian otras personas, no podia salir ó entrar sin imponerlas de la hora en que lo haria, y esto era un inconveniente para él, cuyo primer cuidado era destruir toda pesquisa policial, de antemano, para estar bien seguro de no caer entre las garritas del gallo policial.

En estas andanzas y en la confeccion de llaves, perdió mas de un mes, en cuyo transcurso no dejó un solo dia de pasar por la casa del joyero á quien habia puesto los puntos.

El estaba habituado á la Policia europea, cuya organizacion de primer orden hace temible una pesquisa, y tomaba todo género de medidas para no dejar tras sí el menor rastro que pudiera servirle á la autoridad para dar con su persona contrahecha pero sagaz en demasia.

Por fin encontró una pieza adecuada al género de vida que pensaba llevar, en la calle de Santa Teresa, casa de unas mulatas, á donde se mudó inmediatamente, pretestando que le quedaba mucho mas cerca de la herreria donde trabajaba.

Ya podía ponerse en campaña, pues las mulatas se recojian muy temprano, descansando en el nuevo inquilino que les inspiraba una confianza sin límites, con su facha desgraciada y sus hábitos tan relijiosos y pacíficos.

Como él iba frecuentemente á visitar á su

protector el sombrerero, se había fabricado una llave, con consentimiento de las mulatas, para entrar á su regreso sin necesidad de llamar á la puerta y hacérsela abrir por la vieja dueña de casa, que ya había protestado de la cosa, notificando á su inquilino que era preciso regresara mas temprano, pues con aquellas andanzas estaba espuesta á tomar un resfrio, cosa harto seria á su edad.

Preparadas las cosas de este modo, se perdió por completo de la calle del Porton—no había podido dar el golpe en la época que el mismo se había fijado, pero esto poco importaba pues solo había perdido un poco de tiempo que tal vez le fuera ventajoso para dar el golpe mas gordo.

Una noche por fin decidió entrar á la joyería provisto de todas las llaves que fabricara y con la santa y piadosa intencion de no salir de allí hasta que no se hubiese apoderado de todo el dinero que había adentro.

Cuando el sereno fué vencido por el primer sueño, Parodi que desde temprano estaba en acecho, se coló á la joyería cerrando por dentro la puerta de calle, tal era la seguridad que tenía de no ser sorprendido en su edificante trabajo.

Con qué placer inmenso abrió el primer mueble, que era un pequeño escritorio de trabajo, que contenía tres onzas de oro y algunas libras esterlinas, que tomó y se echó al bolsillo elegantemente, como si hiciera la cosa mas natural de este mundo!

Con el mayor desparpajo fué abriendo mueble por mueble, y sacando de ellos todo el dinero que halló.

—Cuando llegó á cerrar el último, aquel bello mueble de caoba, tenía en su poder unas quince onzas de oro y diez libras esterlinas que hizo sonar golgando picarescamente con la punta de los dedos los bolsillos de su chaleco, donde las había guardado.

En este último mueble había muchas alhajas ricas, entre las que figuraban dos solitarios que hacia pocos dias había recibido Dupont.

El jorobado los estuvo contemplando largo tiempo, apreciando sus aguas y calculando su valor, pero no los quiso tocar—los volvió á poner en el mueble, cerrándolo con presteza para no tentarse.

—No te engolocines, Domingo, pensó, las alhajas son muy conocidas y no se pueden convertir en dinero sin gran riesgo de que á uno lo descubran—para alhajas hay tiempo—es cosa que se puede hacer cualquier dia, segun veo.

Concluida la prolija revision que hizo de todos los muebles, el jorobado se puso á examinar la pieza con una atencion minuciosa y á destruir todo rastro que pudiera acusar la

presencia allí de una persona estraña á la casa.

Tan hábilmente fué hecho todo, tan bien destruidos los rastros, que apercibiéndose que el mueble de caoba estaba algo empañado por la presion de las manos, sacó su pañuelo y frotó la parte empañada volviéndole su brillo habitual.

Un agente de policia europea que hubiese hecho la pesquisa de aquel robo, se hubiera visto en figurillas para sospecharse de que manera había sido cometido—qué seria un agente policial de aquellos tiempos en que solo había policia en el nombre?

Concluidas estas operaciones, abrió la puerta de calle suavemente y asomó las narices sin producir el mas leve rumor.

No se veía en todo el largo de la calle una sola persona. Eran ya las tres de la mañana hora en que entonces todos los habitantes de la ciudad estaban entregados al reposo, reposo de que, como ya hemos dicho, gozaban hasta los serenos.

No había sendos calaveras como hoy, para quienes las tres de la mañana son lo mismo que las doce del dia. La gente era mas juiciosa y recogida, y despues de la una de la noche no había donde ir, de modo que, aun siendo calavera, no hubiera existido el menor motivo para andar por las calles á aquella hora en que muchos, tal vez pensarían en levantarse.

Cerrada la puerta de calle, con la misma proligidad que los muebles, Parodi se lanzó á la calle de Santa Teresa, perfectamente seguro de que ya nada tenía que temer, pues salvó el primer puesto de sereno estando este durmiendo.

Un pequeño inconveniente tuvo, que era preciso salvar, pues era mas peligroso de lo que á primera vista parecia, y este inconveniente era su joroba, que era lo mismo que decir: yo soy Domingo Parodi y ando á las tres de la mañana por la calle del Porton.

Cualquier persona que lo hubiera visto podia decir al otro dia que había encontrado por allí un hombre de gran joroba, y fatalmente, era él el único jorobado que había entonces en Montevideo—Parodi salvó este inconveniente de una manera habilísima, como hacia todo.

Se encorvó hasta confundir su joroba con el natural modo de andar de cualquier anciano achacoso, y fingiendo una tosecita adecuada á la edad que aparentaba tener, se largó *pian pianito* hasta su casa.

Y no fué en vano esta precaucion, pues apenas había andado unas ocho cuadras, se encontró con una especie de ayudante de serenos que á guisa de sátira le dirigió esta inocente broma:



Cómo ha madrugado hoy abuelito!—broma que el muy pillo contestó con su tosecita de noventa años.

Al fin, libre de todo riesgo, llegó á casa de las mulatas, levantó un ladrillo que á propósito habia desencajado del suelo, bajo su cama, depositó allí el dinerito y se acostó á dormir.

Al otro dia, maese Dupont ponía el grito en los oídos del gefe de policia, contando el robo de que habia sido víctima, y haciendo montar el valor de lo robado, al doble de lo que realmente llevara Parodi.

Los agentes de policia se trasladaron á casa del joyero é hicieron una minuciosa pesquisa, concluyendo por asegurar que aquello era una farsa grosera, pues no habia la menor señal de que los muebles hubieran sido forzados, ni de que la puerta principal hubiera sufrido la menor violencia.

Se interrogó á los serenos de las inmediaciones, pero estos declararon que por allí en toda aquella noche no habia andado ninguna ánima de este mundo.

Un ayudante de serenos dijo que como á ocho ó diez cuadras de allí él habia encontrado un viejito, pero que este apenas podia con los noventa años que demostraba y con una tosecita que iba pidiendo á gritos la sepultura.

La policia notificó al joyero que allí no podia haberse cometido robo alguno, por persona de la calle aquella noche, que si robo habia, no podia haber sido llevado á cabo sinó por personas de la casa y antes de cerrar la joyeria.

—Pero señores, repuso el aflijido joyero, antes de retirarme ayer, yo he guardado ese dinero en los muebles y sostengo que el ladrón ha penetrado anoche; no sé de qué manera.

—Pues, amigo mio, le replicaron, si el ladrón ha entrado anoche, debe de ser algun fantasma que nadie ha visto y que no ha necesitado abrir la puerta; nosotros nada podemos con ladrones de este género.

Y la policia, por su parte, dió por terminado este incidente.

El pobre Dupont, en ancas de ser robado, fué víctima de todo género de farsas que le hacian sus amigos y marchantes, llegando algunos hasta decirle que él mismo se habia robado para no pagar alguna cuentita muy apremiante que tendria.

Y tanto le dijeron y tanto lo fastidieron, que un dia concluyó por decir que estaria loco, pero que aseguraba por decir de la manera mas formal, que habia sido robado.

—Pero como se explica usted, agregaban, que un ladrón que abre un mueble se contenta con llevarse unas cuantas joyas y deje una

fortuna en alhajas que su habilidad ha puesto á su disposición.

—Ahí verá usted, contestaba el joyero dado á todos los diablos —yo no sé como explicarme esto, conozco la fuerza de este argumento, pero el hecho es que he sido robado y que la Policia no se quiere molestar porque dice que todo esto no pasa de una broma mia.

El jorobado, entre tanto, la primer operacion que hizo al dia siguiente fué concurrir como siempre á la herreria, de donde salió á las doce para ir á tomar lenguas de lo que se decia de aquel robo que le habian contado en el taller.

Quando supo que el robo se atribuia á alguna pilleria del joyero que queria pasar por robado, se frotó las manos en prueba del mayor refocilamiento, mientras decia para su joroba:

—Está probado que aquí no hay policia que tenga un ápice de habilidad y que yo, sin el menor riesgo puedo hacerme de una fortunita; pues señor, manos á la obra.

Y aquel manos á la obra fué ponerse á espiar desde aquel dia que medidas tomaba el joyero para que no volvieran á robarle.

En las primeras noches el joyero durmió en la casa de negocio y el sereno se permitió tener un poco de mas vigilancia, pero esta vigilancia fué disminuyendo gradualmente, hasta que el guardian nocturno, como antes, se entregó al mas tranquilo reposo, preocupándose tanto de la joyeria como de las estrellas del cielo.

Un mes despues del robo, el mismo joyero se iba á disfrutar las delicias del hogar, recomendando al sereno que le vigilara especialmente su casa, para lo cual, al fin de cada mes le daria una gratificacion.

—Ya que la cosa surte tan buen efecto, dijo el jorobado, vamos á hacerle á este tonto otra visita y á dejarlo sin un centavo, puesto que no le creen ni una palabra de lo que dice.

Al mes y medio de haber sucedido el primer robo, el jorobado, provisto de una capa y un baston, para hacer mejor su papel de vicjo á la retirada, se coló de nuevo á la joyeria en momentos en que el sereno cumplia con la ley de la naturaleza, entregando su cuerpo al mas liberal de los reposos, y decimos al mas liberal, pues dormia sobre la durisima piedra de la vereda teniendo por cabecera un escalon, de la misma manera que podria haberlo hecho en un mullido colchon de plumas.

El jorobado abrió todos los muebles, como la primera vez, se limpió cuanto plata halló á tiro, pero pareciéndole esta muy poca, desmontó con gran habilidad los dos solitarios, dejándole simplemente los dos aros, para recuerdo. En seguida cerró todo y se alzó embozado

en la capa y apoyándose en su baston, despues de haber echado una mirada á lo largo de la calle, para ver si alguien venia: para todo evento, llevaba en la mano los dos brillantes y unas monedas, para arrojarlos bien léjos en caso de ser pillado.

Quiso su mala suerte que el mismo ayudante de serenos que lo encontró la primera vez lo encontrara entónces, pero como antes pasó por su lado diciéndole:

—Caramba viejito, mire que no por mucho madrugar amanece mas templano.

—Tonto, pensó el jorobado, despues de dejar sentir su tosecita seca y avejentada—sublime tonto—si amaneciera tan temprano para tí como para mí, no andarias llevando esta vida ahorcada por unos cuantos patacones al fin del mes.

Al otro dia la calle del Porton era un verdadero escándalo—el joyero habia dado el parte á la Policia, y llorando como un recién nacido, se habia parado á la puerta de la casa contando á todo el que lo queria escuchar que aquella vez no solo le habian robado su dinero sino que le habian llevado dos hermosos solitarios que tenia para vender á comision.

Y mientras hacia la narracion, mostraba á los vecinos las sortijas vacias que sin duda por sátira no habian querido llevar.

La Policia mandó entonces uno de sus agentes mas hábiles, á que hiciera una pesquisa minuciosa, pero esta fué tan inútil como la de la vez anterior.

El jorobado habia robado con las mismas precauciones, sin dejar el menor rastro por el cual se pudiese seguir una pista.

El ayudante hizo notar la rara coincidencia de que las dos veces que habia sido robada la joyeria, habia encontrado en la calle á aquel viejito que parecia á penas poder con su alma, coincidencia que llamó tan seriamente la atencion de la Policia, que ordenó fuera preso aquel viejo, donde se le encontrara, para averiguar quien era y que hacia en la calle á tales horas de la noche.

La casualidad de haber encontrado al referido viejito precisamente las dos noches que fué robada la joyeria, era para no dudar un momento de que aquel personaje tenia una parte directa en los dos robos cometidos.

El ayudante hizo sus diligencias para redu cirlo á prision, pero estas fueron tan inútiles como la pesquisa del robo, el viejito no vol vió á aparecer mas por aquellas inmediaciones y como el empleado no recordaba sus facciones, fué preciso renunciar á dar con él.

Entre tanto, Parodi habia concurrido á la joyeria entre los demás curiosos, escandalizándose sobre manera de que se hubiera cometido aquel robo, siendo la Policia impotente para dar con sus autores.

Seguro de la impunidad, guardó las piedras

para venderlas en Buenos Aires y se puso á gozar tranquilamente de la platita, que esta punja le habia proporcionado.

No dejaba por esto de asistir asiduamente á la herreria y á la Catedral los domingos, ayudando á misa con creciente fervor.

Al ver aquella facha de infeliz, nadie se hubiera sospechado que era el hábil autor de aquellos dos robos, los primeros que de aquella manera misteriosa se cometian en Montevideo. Des' e aquel dia los negociantes abrieron tamaño ojo, y los que no dormian en sus tiendas pusieron grandes cerraduras, cuya mayor parte fabricó el mismo jorobado, con gran júbilo de su patron, que aseguraba que con aquel fenómeno, la buena fortuna habia entrado en su casa.

Parodi seguia su mismo sistema de vida, paseando la ciudad para conocer sus mas ocultos recobecos y frecuentando con diferentes pretextos las fondas y bodegones donde se reunia la gente de peor pelage.

Habia resuelto formar una gavilla para venirse á Buenos Aires, y con una paciencia especial, estudiaba los tipos para reclutar de entre ellos á los que creyese dignos de formar su gavilla.

Por la noche iba siempre á casa del sombrero, donde se reunian algunos paisanos, y donde, haciéndose el indiferente tomaba lenguas de Buenos Aires, informándose de la Policia que habia reemplazado á la de Rosas.

En las numerosas convidadas que generosamente pagaba á sus amigos, y los reales que se gastaba concurriendo á los fondines, pocos meses le duraron las onzas de Dupont, teniendo que ponerse en campaña nuevamente para seguir el género de vida que llevaba,

Una casa de cambio, perteneciente á un compatriota suyo, tuvo el honor de ser elegida para practicar un segundo tiro.

Habian pasado algunos meses, el robo á la joyeria de Dupont se habia olvidado y los negociantes volvian á atender poco el cuidado de sus casas, fiados en la vigilancia de los serenos, que ya sabemos lo famosísima que era.

El cambista cuya casa filió el maldito jorobado era un jóven alegre que poseia un capital que montaria á la suma de diez y ocho mil patacones.

Permanecia en su escritorio hasta las cinco de la tarde, Lora en que se retiraba á su casa despues de haber encerrado cuidadosamente en una pesada caja de fierro que poseia, las monedas y billetes que constituian su fortuna y su negocio.

El jóven, en prevision de algun golpe, pasaba al sereno una pequeña mensualidad para que vigilara con preferencia su escritorio—pero el sereno en la seguridad de que no ha-

bia semejantes ladrones, pues para la policia Dupont se habia robado á si mismo, se entregaba tranquilamente al sueño sin preocuparse de nada mas.

Una noche el jorobado se llevó un pedazo de cera preparada, y como quien tropieza y se apoya en una puerta para no caer, oprimió la cera en la cerradura y sacó el molde de la llave con increíble habilidad y perfeccion.

Al dia siguiente se puso á confeccionar la llave que lo debía poner en posesion de aquella fortunita que habia ya calculado, por las monedas que estaban en exhibicion en las vidrieras.

Habia una dificultad que vencer, y era que no conocia el mecanismo de la caja, aunque calculaba que la empresa no era muy difícil porque las muy pocas cajas de fierro que habia en Montevideo, serian de antiquísimo sistema y por consiguiente fáciles de abrir, para él, que era un cerrajero inteligentísimo.

Era preciso sin embargo proceder con gran cautela para el caso en que aquella noche no pudiera dar el golpe y tuviera que regresar al dia siguiente.

Aunque el sereno pasaba durmiendo la mayor parte de la noche, lo hacia en el escalon del escritorio, no por precaucion ni mayor vigilancia, sino porque aquel escalon era muy ancho y comodísimo para echar un buen sueño.

Era entónces necesario esperar á la madrugada, hora en que se retiraban los serenos y a ciudad quedaba sin la menor vigilancia.

Dando el golpe á esta hora, el jorobado tendria muy poco tiempo á su disposicion; pero, en cambio, estaba seguro de no ser sorprendido en su faena.

Así, una madrugada, provisto de su llave, un punzon de acero y una sierrita de metales, Parodi entró al escritorio sin que nadie lo viera, y se fué derecho á la caja de fierro, que se puso á examinar con una mirada inteligente.

Era preciso no ponerse á la maniobra sin la plena seguridad de poder abrir la caja, pues el menor rasguño dejado en su puerta, habria sido una señal de alarma para el cambista, imposibilitando la cosa para el dia siguiente.

Cuando concluyó de observar la caja y se convenció de que podia abrirla con facilidad, habia transcurrido mas de una hora y era muy espuesto principiar la operacion.

El jorobado, en vista de esto resolvió aplazar la punja para la mañana siguiente, recogió todos sus petates y se largó á su covacha de la calle de Santa Teresa, dejando la puerta en el mismo estado en que la encontró.

Ya empezaban á circular por la calle algunos carros y gente de trabajo, á quienes el encuentro con el jorobado no llamó la atencion, tomándolo por un trabajador cualquiera, ann-

que algunos lo embromaron con aquello de que muy temprano andaba cargado.

—Mañana traeré mejor carga, pensó con sorna Parodi y entró á su covachon á esconder sus aparatos de punja, para largarse á la herreria.

Al dia siguiente muy de madrugada, ya estaba acechando la retirada de los serenos para colarse al escritorio, seguro de que aquella mañana la cosa andaria á las mil maravillas.

El cambista no habia podido sospecharse de qué en su escritorio habia andado gente extraña, puesto que el jorobado no habia dejado el menor rastro de su visita.

En un periquete, así que el sereno se hubo retirado, maese joroba estuvo dentro del escritorio, donde se encerró para estar mas seguro y maniobrar con mas libertad.

Con la ayuda del punzon de acero que introdujo en la puerta, hizo una endija por donde podia pasar fácilmente la sierra, y con ayuda de esta y un poco de agua fuerte, á la media hora de trabajo habia cortado por el medio los dos pestillos de la enorme cerradura, abriendo la codiciada caja.

Con qué placer infinito miró aquel condenado las onzas de oro que, en pilitas de diez habia colocado el cambista en el primer tramo del mueble! Con qué sonrisa diabólica recorrió en un segundo el interior de la caja y como observó con su mirada pinchante y afilada dos fajitos de billetes de banco que estaban al lado del oro!

Sus manos temblaban de emocion hasta el punto de dejar caer algunas de las monedas que tomó fébrilmente.

Hemos oido á varios ladrones asegurar que el momento mas impresionable para un raspá, es aquel en que se encuentra delante de una caja de fierro que á fuerza de grandes fatigas ha logrado abrir. Tan embargado se siente en ese instante, que ni el mismo peso de la mano de un gendarme lograria distraerlo de aquella especie de éxtasis invencible que los domina.

El jorobado comprendió que permanecer allí mas tiempo era dificultar su salida, pues ya empezaba á circular alguna gente—así es que vació apresuradamente en sus enormes bolsillos todas las monedas que contenia la caja, dejando en ella algunos papeles que ni siquiera se ocupó en examinar, y se retiró del escritorio, no tan rápidamente que dejara de recoger sus instrumentos y destruir cualquier indicio que pudiera servir de punto de partida á la inocente policia de entónces.

Felizmente para el cambista, aquel dia habia descontado un pagaré de cuatro mil patacones, pagaré que fué dejado en la caja junto con los demás papeles que no eran de banco.

Desde el escritorio á su covacha el jorobado no encontró alma viva, cosa que lo refo-

ciló altamente, pues hubiera llamado la atencion ver un hombre de fisico tan remarcable en el barrio donde se habia cometido un robo valioso, sabiendo que aquel hombre era un hábil cerrajero.

Apenas llegó á su casa, donde entró con gran cautela, enterró el oro que traia bajo su cama, junto con los brillantes que rebó á Dupont, y se largó á la herreria despues de haberse ido á rezar á la Catedral un rosario en señal de gracias y prometer una série de misas si la Policia no se sospechaba la cosa.

A eso de las diez de la mañana, el barrio donde estaba situado el escritorio se habia convertido en una verdadera salamanca.

Por todas partes se veian grupos de gente haciendo comentarios sobre la manera como se habia cometido aquel robo, que aseguraban ser cometido por el mismo ó los mismos que meses antes saquearon la joyeria de Dupont.

Los agentes de policia corrian al trote de aquí para allí, creyendo con la mayor candidez que el ladron podia andar por aquellas inmediaciones, y en medio de este tumulto y maremagnum, se veia al cambista arrancarse los bigotes y bendecir aquel pagaré que descantara á la vista, gracias al cual no lo habian dejado en la calle.

La policia habia ocupado el escritorio; el mismo gefe examinaba la caja, asegurando que para llevar á cabo aquella operacion hubrian necesitado trabajar toda la noche, pero el sereno aseguraba con su cabeza que durante la noche no habia entrado allí persona alguna, y que los ladrones habian penetrado á la madrugada, cuando los serenos se retiraron.

Sin embargo, el gefe de policia porfiaba que en un par de horas de trabajo era imposible cortar de aquella manera una cerradura tan gruesa.

En el acto se mandó buscar un herrero, y como la herreria donde trabajaba el jorobado era la mas acreditada, llamaron al patron de este, para que certificara en cuanto tiempo se podia haber llevado á cabo aquella operacion.

El herrero dijo que él no podia fijar con precision el tiempo, pero que mandaria un oficial muy hábil que les diria con exactitud como se habia hecho aquello, y mandó á Parodi, de cuya habilidad tenia famosas pruebas.

El jorobado vino al escritorio, como si realmente ignorara lo que allí habia pasado.

En su fisonomia no se conocia el menor indicio de temor, lejos de esto, habia sabido darle tal espresion de bondad, que inspiraba gran confianza desde el primer momento que se le miraba.

—Nos ha dicho tu patron que eres un obrero hábil, dijo el gefe de policia con bondad—nosotros queremos saber como se ha abierto

esta caja, y que tiempo se necesita para haber hecho esta maldad.

—Mi patron me estima mucho y me tributa elogios que no merezco, replicó el jorobado bajando los ojos modestamente, sin embargo, haré todo lo posible por satisfacer á usted.

—Pues á ello, concluyó el gefe de policia, que tu trabajo se te pagará bien y tendrás una recompensa si llegas á decirnos con seguridad de que manera y en que tiempo ha sido violentada esta caja.

El jorobado se arrodilló delante del mueble que empezó á observar con sumo interés, revisando prolijamente los pestillos cortados y el suelo delante de la caja.

A medida que el jorobado avanzaba en sus investigaciones, sonreia de una manera diabólica, y esta sonrisa que para los demás significaba que iba dando en el busilis, era de íntima satisfaccion al ver que habia trabajado sin dejar el menor rastro.

—Y, qué nos dices, amigo? preguntó con curiosidad el gefe de Policia.

—Digo, repuso el jorobado levantando del suelo una *narigada* de polvo y mostrándola—digo que esta cerradura ha sido cortada con una sierra fina, y en prueba de ello aquí es á la fina arenilla ó aserrin que ha producido la sierra.

—Tiene razon, dijeron en coro los grupos de curiosos que presenciaban la exena.

—Y en cuánto tiempo habrán cortado la cerradura? volvieron á preguntarle.

—Por brava que haya sido la sierra, replicó el jorobado con aire de profunda conviccion, no pueden haber hecho esto en menos de seis horas.

—Luego, dijo el gefe de Policia mirando con severidad al sereno, los ladrones deben haber entrado entre once y doce de la noche.

—Juro que á esa hora no ha entrado aquí nadie, contestó este.

—Tà, tã, tã, tã, murmuró el jorobado examinando de nuevo la cerradura, *el ladro birbone* que ha andado aquí es mucho mas hábil de lo que á primera vista parece.

Qué es lo que hay? preguntaron todos á un tiempo.

—Lo que hay, contestó el jorobado adoptando un aire de triunfo, lo que hay es que en esta operacion se ha empleado tambien el agua fuerte, y mostró el fierro comido por esta en varios puntos.

—Entonces, continuó, no se habrán necesitado las seis horas, con tres habrá habido bastante—sacramento!

Los conocimientos del jorobado despertaron grande admiracion: se le dieron dos patacones por su trabajo y la pesquisa siguió adelante, mientras el tuno se alejaba en direccion á la

herrería, seguro que era él la persona de quien menos se sospecharía.

Pero la pesquisa tuvo que terminar donde mismo había empezado.

Parodi pudo decir de que medios se habían valido los ladrones para abrir la caja, pero lo que el jorobado no podía indicar eran los medios de descubrir á los ladrones.

Los conocimientos policiales eran entónces muy limitados y muy pobres los medios que para organizar la policia se tenían. Esta se limitaba á tomar á los borrachos, ladrones etc., y conducirlos al departamento, de donde salían, cuando mas tarde, á los ocho dias.

Algunas veces, por delitos muy graves, se condenaba un criminal al servicio de las armas, pero habia tal desquicio en todo, que pronto desertaba de sus filas y sabe Dios donde iba á tirar la rienda.

No se conocían tampoco los criminales famosos que llenan hoy nuestra Penitenciaría, y se pasaba, por decirlo así, una existencia mas inocente.

La pesquisa policial fué, pues, muy lijera en casa del pobre cambista, declarando la autoridad que era de todo punto imposible dar con los ladrones.

El ayudante de serenos que encontró al viejito cuando el robo de la joyería de Dupont, dijo que no era extraño fuese él mismo el autor de este nuevo robo, pero la dificultad estaba precisamente en dar con el viejito que se habia hecho perdiz.

El jorobado viendo que la policia se preocupaba poco de la cosa, dejó de tomar sus famosas precauciones y se puso á estudiar un nuevo tiro que le diera tan buen provecho como los anteriores, y poderse venir pronto á Buenos Aires, que era su sueño dorado, pues aquí habia mejores negocios, los tiros debían ser mas productivos y se contaba con la misma impunidad que en Montevideo, pues recién empezaba á organizarse la policia, con pésimos elementos y poco conocimiento de la cosa.

## DIOS LOS CRIA Y ELLOS SE JUNTAN

Parodi se puso á la pesca de algun buen negocio donde ejercitar sus habilidades, con cierta cautela, porque sus dos robos anteriores habian puesto en verdadera alarma á todo el comercio y los dueños de negocio estaban ya sobre aviso para no correr la suerte de sus cólegas.

En sus paseos y ríchadas, se fijó en una lujosa roperia situada á inmediaciones de la plaza principal, que á juzgar por su aspecto, debia tener un fuerte capital.

Nuestro héroe no queria gastar su tiempo en robar efectos difíciles de guardar y mas difíciles aún de convertir á dinero, que era lo que él deseaba, por cuya razon la roperia le ofrecia muy poco aliciente.

—Sin embargo, pensaba, tal vez estos pillos tengan dinero en caja y el viaje no sea en vano.

Desde que fijó su atencion en la roperia, se puso á rondarla con grandes mañías, tratando de indagar quienes vivían allí y de qué medios se valían para asegurar la puerta, cosa esencial y de la que dependia el gran resultado de sus tiros.

Una noche que rondaba la roperia con gran interés, se fijó en un individuo que desde la acera de enfrente observaba la misma casa, con tanta atencion, que ni siquiera reparó en el jorobado que le pasó dos ó tres veces por delante, para verle la cara.

—Diablos, pensó para su joroba, mientras tomaba el camino de su covacha—seria curioso que este prójimo tuviera mis mismas intenciones, ó lo que es peor, fuera algun agente de Policia que me siguiera la pista.

Ojo alerta, continuó mientras abría su puerta y no cometamos una tontera que nos conduzca á la cárcel.

Al dia siguiente se largó á la roperia á comprar un saco y un chaleco, segun dijo, pero en realidad, á inspeccionar el interior de la tienda y ver de qué manera se cerraba, en caso que alguno de los dependientes durmiera en la tienda y aquella operacion se hiciera por el lado de adentro.

Dos horas largas empleó para buscar un chaleco que le viniese bien, resolviendo mandárselo hacer, pues no habia uno solo que pudiera adaptarse á la deformidad de su cuerpo.

Cuando salió de la tienda llevaba grabado en la memoria el interior del negocio, como si de él hubiera sacado una fotografía—no habia olvidado el menor detalle.

Por la noche fué á visitar á su protector el sombrerero y cuando se retiró pasó por la roperia, calculando que aún no habían cerrado la puerta, para saber si se retiraban todos ó quedaba allí á dormir alguno de los dependientes.

Al dar vuelta la esquina de la plaza con lo

primero que tropezó fué con el prójimo que observaba la tienda desde la acera de enfrente, en la misma actitud que la vez primera que lo vió.

—Quien será este personaje, volvió á pensar, puede ser un agente de policia, pero puede ser tambien algun viviente que haya tenido mi misma idea.

Observemos, concluyó, y se sentó en la plaza como á tomar el fresco, apesar de que la noche era mas fria que un sacramento, segun su propia expresion.

A eso de las diez, los dependientes de la tienda empezaron á apagar las luces y poco despues se retiraban quedando en la tienda su dueño solamente, que era un español delgado y de fisonomia enfermiza.

El jorobado notó que al salir el dependiente primero, el prójimo que observaba la tienda caminó apresuradamente hasta la esquina, y allí se detuvo haciendo el aparato de esperar á alguien.

—Bueno, pensó el jorobado—este es un ladrón, puesto que se oculta de los dependientes, cosa que no haria si fuera un empleado de seguridad—luego, si es un ladrón, observa la tienda para dar golpe y ganarme de mano, broma algo pesada para un hombre como yo. ¿Quién será?

Cuando los dependientes se hubieron perdido de vista, el prójimo se puso á pasear la acera de enfrente, sin cuidarse del sereno, que tropezaba con él, cada vez que daba vuelta su manzana.

—Vamos, volvió á pensar el jorobado, echándose á la boca una mascada de tabaco, vicio que recién empezaba á adquirir—este es un ladrón nuevo ó un rematadísimo imbécil, pues solo así se explica que se esté dejando ver la cara por el sereno, quien declarará haberle visto rondar la casa robada.

Nuestro jorobado se propuso saber quien era aquel individuo y si aquella noche daria el golpe, para en este caso ver donde depositaba el robo y exijirle una buena coima por su silencio.

El dueño de la tienda permaneció mas de una hora, contando tal vez el dinero que se habia hecho en el dia, al cabo de cuyo tiempo salió á su vez, cerró la puerta con doble vuelta de llave y se entró á una casita del lado, donde vivia.

Inmediatamente el prójimo que observaba se puso á mirar al sereno distraidamente, y cuando este pasó por su lado á dar vuelta la manzana, se acercó á la roperia y se detuvo en la puerta, tratando de abrirla con un instrumento que sacó del bolsillo, pero por mas que tanteó, no pudo lograr su objeto.

Tonto, pensó el jorobado interesándose en

la cosa, te apuras demasiado y no vas á poder hacer nada.

Efectivamente, despues de varias tentativas inútiles, el raspa se retiró de la puerta y se alejó tranquilamente, pues sintió los pasos del sereno que llegaba á la parada.

La noche estaba muy fria, en vista de lo cual, el sereno que parecia no haber reparado en el tipo aquel, se acurrucó entre su poncho, se sentó en el escalon de su parada, y poco despues se sentian sus descomunales ronquidos.

El individuo volvió á acercarse á la roperia y á tantear de nuevo la cerradura, pero infructuosamente — de pronto dió una gran patada en el suelo que hubiera recordado á otro sereno de sueño mas liviano, y se alejó haciendo un ademán de despecho.

—*Mascarson!* murmuró desde su acechadero el jorobado—has equivocado la medida de la llave y te impacientas—ya corregiremos el defecto.

El individuo, como convencido de que nada podria hacer aquella noche, se retiró en direccion al sur.

El jorobado dejó su acechadero, y se puso á seguirlo con todo recato, ensordeciendo en lo posible el rumor de sus pisadas, y haciéndose sombra contra la pared.

El prójimo tomó la calle Colon, y se detuvo al poco andar en una fondita, á cuya puerta llamó con gran recato.

El jorobado, entónces, se adelantó como si recién doblase la esquina y pasó por entre él y la puerta de la fondita, mirándolo profundamente como para conocerlo en cualquier momento que lo viera.

Una circunstancia vino á favorecer los designios de Parodi, pues la noche era un poco oscura y no permitia ver bien las facciones, y era que el individuo aquel llevaba la cara atada con un pañuelo negro, como si le dolieran las muelas, pues por el modo con que estaba atado el pañuelo se veia que no era con la simple intencion de ocultar las facciones.

—Mañana ya te veré bien á mi antojo, pensó el jorobado siguiendo su camino, mientras la puerta de la fondita se abria y daba en trada al ladrón.

El jorobado ganó su covacha y se durmió pensando en el medio de valerse de aquel hombre para lograr su intento.

Al otro dia muy de madrugada estaba en la herreria de donde salió al medio dia á almorzar, como era su costumbre.

Aquel dia Parodi no compró su pan y queso para almorzar mientras recorria la ciudad, como hacia siempre. Tomó resueltamente el camino de la fondita, á donde entró y pidió de almorzar, observando con curiosidad el parage.

Era aquel un pequeño cuarto adornado con unas cuatro mesas y una docena de bancas de madera, un mostrador bastante mugriento en el que había varios vasos y botellas de bebida, y una intencionada de armazon.

En una de las mesas había cuatro prójimos de aspecto siniestro que almorzaban en compañía de un botellon de vino à medio destripar.

Aquellos tenia mas aspecto de cueva de ladrones que de casa de comida.

Cuando entró el jorobado, los cuatro individuos lo miraron atentamente, pero colijiendo por su fecha que seria algun infeliz, prescindieron de él por completo y siguieron conversando en voz baja de algo muy importante, dada la atencion con que era escuchado, el personaje que tenia la palabra.

—Pues señor, pensó joroba, Dios me perdone pero he caido entre una madriguera de ladrones de quienes tal vez pueda sacar un buen partido - será alguno de estos el prójimo que seguí anoche.

Haria unos tres minutos que Parodi había entrado à la titulada fonda, cuando se apareció el mozo ó patron trayendo unos platos de comida que puso delante de los cuatro personajes que con tanto misterio conversaban, y que con tan buenos modos se echaban al celeteo, sendos vasos de un brevahe que tenia un cierto aspecto de vino.

Cuando apareció el portador de los platos, el jorobado tuvo que hacer un esfuerzo para no dar un brinco, pues reconoció en él al hombre que había seguido la noche anterior.

Era aquel un hombre de fisonomia poco tranquilizadora, pero inteligente, aunque de un aspecto desagradable—Poseia un par de ojos azules con los que miraba como si desconfiara de su interlocutor.

Su constitucion era hercúlea y caminaba como los hombres que han pasado mucho tiempo en el mar, y se han habituado à andar guardando el equilibrio sobre un suelo movable.

Parecia tener de cuarenta à cuarenta y cinco años, pues aunque su cara era fresca su cabello entrecano empezaba à emigrar de su cabeza à pasos precipitados.

Su barba canosa era bastante escasa y en su cuello, sobre el lado derecho y tocando la parte inferior de la mandíbula, se veia un nacido ó lobanillo, que era lo que sin duda le obligaba à usar aquel pañuelo negro que venia à servir de marco à su fisonomia sospechosa.

¿Qué quiere usted? preguntó aquel hombre con un acento en que el jorobado comprendió que se las había con un paisano suyo.

—Desearia almorzar, contestó adoptando su aire infeliz y aspecto humilde.

Ya no hay que almorzar, es muy tarde, respondió el fondero.

Parece que aquí solo se vive del robo, pensó el jorobado—mejor que mejor—y añadió en voz alta:

—Aunque fuera un poco de pan y queso y un trago de vino—soy oficial herrero y ya no tengo tiempo de ir à almorzar à otra parte porque he perdido mis horas francas en conversar con un amigo y dentro de un momento tengo que volver al taller.

Al oir que aquella especie de monstruo era herrero, el fondista paró el oido y miró de reojo à los otros cuatro que instantáneamente suspendieron la conversacion para prestar atencion à lo que decia aquel nuevo cliente.

—Bueno, dijo el fondero, algo le podré dar à usted, así como para engañar el estómago, y salió volviendo despues con un platazo de aquellos guisotes detestables, cuyo olor se toma à una cuadra de distancia.

—Con esto tengo de sobra, dijo Parodi—hoy tengo gran tarea, pues estoy concluyendo una cerradura de dos llaves que tengo que entregar esta tarde.

—A lo que parece es usted un obrero hábil, dijo el fondero cambiando una mirada con los cuatro clientes de la otra mesa.

—Así lo dice mi patron, repuso el jorobado, para quien no pasaban desapercibidas las miradas que se cambiaban aquellos sátrapas.

—Pues entónces me va à prestar un servicio, dijo el de la fonda, sentándose al lado del jorobado.

Yo no sé como se ha descompuesto la cerradura de mi cuarto, el hecho es que la llave tropieza y no puedo abrir—usted puede componer la llave y prestarme de este modo un servicio, al mismo tiempo que gana algo.

—Venga la llave, dijo Parodi, haciéndose el inocente y sin dejar de atacar al guisote, pues realmente tenia un hambre de todos los diablos, y yo la arreglaré en un momento.

El fondista fué al cajon del mostrador y trajo una enorme llave de fierro, limada en muchal partes, como si la hubieran estado arreglando para otra cerradura de aquella para quien fué hecha.

Parodi miró la llave y replicó—esto es muy fácil—con una limada mas de este lado abrirá la cerradura como si fuera la propia llave.

El fondero se alarmó un tanto cuanto al oir esto, pero no quiso demostrar que se había fijado en la observacion de aquella especie de basilisco metido à oficial herrero.

—Ahora me la llevo, añadió, limpiando el plato con una miga de pan, y esta noche la traigo, salvo que usted la vaya à buscar esta tarde à donde yo trabajo.

El fondero consultó con una mirada à los cuatro individuos que habían estado oyendo el diálogo atentamente, y en seguida dijo:

—Está bien, esta tarde yo mismo iré à bus-

carla, porque la necesito al anochecer para cerrar mi cuarto y salir á dar un paseo.

El jorobado dió las señas de la herrería y guardando la llave, se dispuso á salir despues de preguntar cuánto se debía.

—Despues arreglaremos, contestó el fondista que mas he de deber yo á usted.

El jorobado se retiró como si nada comprendiera y los cinco prójimos se quedaron, felicitándose del hallazgo que acababan de hacer.

—Esta es la llave de la roperia, pensó el jorobado así que estuvo fuera—esta es la llave con que el torpe no ha podido abrir la puerta—yo la compondré, pero tendrán que aflojar mi parte.

Apenas llegó á la herria, se puso á arreglar la llave con gran facilidad, pues los defectos de ella habian quedado perfectamente marcados, con el forcejeo de la noche anterior.

Concluida la operacion, Parodi guardó la llave y esperó tranquilamente.

A eso de las cinco de la tarde se presentó en la herrería el fondero preguntando por el jorobado, quien salió á su encuentro diciendo con toda picardía, para disimular delante de su patron:

—Un momento, amigo, y salgo.

Efectivamente, dos minutos despues nuestro jorobado se ponía su saco y salía en compañía del fondero, á quien paró en la boca-calle y dijo amistosamente:

La llave está concluida, pero como buenos compañeros, es preciso que pactemos la cosa.

El fondero se quedó helado, sin saber que contestar.

—Bien mirado, añadió Parodi, yo habia pensado dar este golpe, pero puesto que tambien ustedes lo tienen proyectado, partamos la cosa puesto que yo voy á ayudar de una manera eficaz.

—Pero qué está usted diciendo? preguntó el fondero que habia logrado reponerse de su sorpresa.

—Digo que usted no sirve para esto y que si anoche hubiera entrado en la roperia, lo toman como un raton, gracias á las imprudencias cometidas, que me han puesto á mí en el secreto.

El fondero estaba asombrado—se veía descubierta y á pesar de que en el jorobado solo veía un cólega, estaba invadido por un miedo descomunal.

Vamos á la fonda, dijo, allí hablaremos con mas libertad—aquí pueden sospechar.

—Pues vamos á la fonda—yo estoy seguro que hemos de hacer liga porque yo les soy necesario—ustedes darian el golpe pero iban á quedar en la trampa por sus imprudencias.

Y como dos viejos conocidos, el jorobado y el ratero se dirigieron á la fonda, donde ya estaban los cuatro clientes de la mañana, impa-

cientes por la tardanza del fondero que no sabian á que diablos atribuirlo.

Quando le vieron llegar en compañía del oficial herrero, su agitacion creció, pues se figuraron que algun serio inconveniente habian tocado, ó que este no habia tal vez concluido la confeccion de la llave tan deseada.

Quando llegaron á la casa, el fondero quiso cerrar la puerta, pero el jorobado se opuso, diciendo que si le cerraban la puerta se mandaba mudar con liave y todo y perdian así lo que hubieran adelantado en aquel mal negocio.

El fondero comprendió que se las habia con un tuno muy largo y que era mejor entenderse con él á buenas, puesto que el negocio convenia bajo todo punto de vista y el jorobado podia echarlo á perder si no se le hacia una parte.

—Entra y hablaremos, dijo, no tengas recelo.

—Convenido, repuso joroba, pero a la primer tentativa contra mi persona, declaro que me voy de aquí y los delato á la Policia.

Todos entraron á la fonda y se sentaron al rededor de la primera mesa, porque Parodi dijo que seria tentativa inútil pretender hacerlo pasar mas adelante.

—Este diablo, dijo, el fondero á los cuatro cómplices, nos ha descubierta el juego no se como y pretende que se le dé una parte de la utilidad por los servicios que vá á prestarnos.

—Y que servicios puedes prestar tú? preguntó uno de los cuatro, mirando con desprecio al jorobado—pretendes acaso que hemos de traer sobre tu joroba lo que saquemos de la roperia—no seas tonto y á ver si propones un trato mas cristiano, á no ser que seas tú quien haga el negocio.

Haré mejor que eso, dijo el jorobado, pues me comprometo á dirigir el asunto de manera que la policia no pueda echarse sobre nosotros como hubiera sucedido si este logra abrir la puerta anoche.

—Y que falta he cometido yo? replicó el fondero herido en su amor propio.

—El jorobado contó sus impresiones con tal verdad, demostró como el ratero se habia estado vendiendo al sereno, con tal verbosidad que los cinco prójimos á una, convinieron en que se habian topado con un maestro en el arte de la uña.

El jorobado, viendo el efecto que producian sus conocimientos entre aquellos ladrones, tomó la palabra y en un dos por tres espuso un plan que les dejó admirados.

—Sacramento, dijo el de la fonda—este diablo de jorobado nos ha venido á convenir de que somos unos imbéciles que habríamos caído en las garras de la Policia—pues no hay mas que seguir sus consejos compa-



ñeros, que me parecen muy entrados en razón y por demás prudentes.

Para hacer mas efectiva la admiracion que acababa de despertar, el jorobado les contó que era él quien habia limpiado la casa de cambio, robo que era conocido de todo Montevideo, y ante semejante revelacion todos convinieron en que aquel era el pináculo de la intelijencia y que era preciso darle la direccion de aquel negocio y de muchos otros que emprenderian en sociedad.

Ante todo y como primera precaucion, dijo el jorobado, es preciso que nos separemos, porque mi figura llama algo la atencion y no es conveniente nos vean juntos—Yo me voy con este, añadió señalando al fondero, y ustedes se quedan aquí para que él les comuniqué mas tarde lo que tienen que hacer.

El jorobado y el fondista salieron juntos y tomaron la direccion completamente opuesta al paraje donde estaba situada la roperia á la que se iba á dar el golpe, se metieron en una taberna de aquel barrio y pidieron una taza de café, que no era otra cosa que un nauseabundo brevaie de porotos y pan tostado.

Allí el jorobado, para concluir de dominar á su flamante compinche, se le reveló de cierta manera, contándole su famoso robo á la iglesia del Agua Santa.

El fondero entonces entusiasmado y viendo en Parodi una especie de sol de la punga, le contó su breve historia de la que consignamos solo una parte.

Se llamaba Santiago Montovia y era natural de *Pieve del Sol* (Génova)—en Montevideo lo conocian mas por el alias de *Granuja*, con que mas tarde se hizo célebre en Buenos Aires, bajo las órdenes del jorobado.

Hacia once años que habia venido de Génova donde ejercia el oficio de curtidor, y de donde habia salido huyendo de su infernal consorte.

Cosa particular! Montovia era un hombre hercúleo, como ya lo hemos dicho y de un aspecto feroz y sin embargo confesaba que se habia visto obligado á espatriarse, pues su mujer no solo le amargaba todos los instantes de su vida, sino que solia aplicarle algunas palizas que le dejaban imposibilitado de seguir curtiendo pieles, pues harto curtida tenia la suya.

—Pero como diablos se explica, preguntaba atónito el jorobado, que á un hombre tan viril segun parece usted lo manejara su mujer á garrotazos?

—Ahí verá usted amigo, contestaba Montovia—yo amaba con locura á aquella maldita *domna* que el diablo me dió por compañera, y me dejaba golpear por no achatarle el cráneo de un puñetazo—y mostró un puño que hizo temblar al jorobado.

—Pues con semejante puño, dijo todo azora-

do, yo no hubiera permitido que mi mujer me alzara el gallo.

Montovia siguió la relacion de su breve historia, dejando á un lado á su infernal consorte.

—Vine á Montevideo, dijo, y empecé á ganar mi vida con mi antigua industria, pero esta no me daba aquí ni para tomar un vaso de vino.

Entonces me fuí á Buenos Aires y de allí pasé á Entre-Ríos, pero en ninguna parte me daba el oficio maldito para llenar mis necesidades.

Me volví pues á Montevideo y con un poco de dinero que habia logrado juntar en mis correrias, puse la fondista que tengo, donde vivo regularmente gracias á los negocios que solemos hacer con los compañeros que ya conoces.

—Y en Buenos Aires se hacen buenos negocios? preguntó el jorobado con avidez.

—Ya lo creo! repuso Montovia, un hombre hábil como tú, haria su fortuna en un par de tiros á ciertos negocios.

—Pues, nos iremos, dijo Parodi; nos iremos, caro Montovia.

Y era de ver como se le dilataban las narices y se le saltaban los ojos al pensar en la posibilidad de desbaliar una joyeria de gran capital.

Aquellos dos bribones se trataban ya como si hubieran estado ligados por una vieja amistad.

Ya se hacia un poco tarde, así es que se pusieron á tratar del negocio que tenian entre manos.

—Yo, dijo el jorobado me contento con el dinero que haya dentro de los cajones, poco ó mucho, y abandono á ustedes los efectos que saquen.

—Poco dinero ha de haber, dijo Montovia, pues el viejo se lo lleva á su casa todas las noches.

—Peor para mí, repuso el jorobado, seré el que menos parte tendré en el negocio.

Convenido este punto, se pusieron á formar el plan definitivo, que era el siguiente:

Mientras Montovia y el jorobado entraban á la roperia, los otros cuatro quedarian en los alrededores observando si algún venia, en cuyo caso darian el alerta con un silbido.

Luego que Montovia saliera cargado de efectos, entraria otro de los compañeros y así sucesivamente, hasta que tocara salir al jorobado que quedaba el último para borrar los rastros que pudieran quedar, de manera de desorientar á la Policia, como siempre.

—Yo espero en la plaza, continuó, á las doce, pues tengo antes que tomar algunas medidas de provecho, para la mejor realizacion del negocio.

Así, mientras Montovia se iba en busca de sus camaradas el jorobado ganó su covacha,

donde se proveó de una pequeña ganzúa para abrir los cajones del mostrador ó de algun mueble donde se sospechara que habia dinero, que era su sueño dorado.

—A las doce de la noche estaba en la plaza esperando á Montovia, que no tardó en llegar, diciendo que los compañeros quedaban en sus puestos de vigilancia.

Hacia un frio descomunal y el sereno caminaba arrebujado en su poncho, sin preocuparse de las personas que andaban por la calle, circunstancia que venia á favorecer los designios de aquellos truhanes.

Cuando el sereno abandonó su puesto para dar vuelta la manzana cantando las doce y media, Montoria y el jorobado se dirigieron con presteza á la roperia, este último introdujo la llave, abrió la puerta y ambos se colaron adentro volviendo á cerrar detrás de sí. No habian producido el mas leve rumor.

—Ahora dijo el jorobado, mientras yo busco el dinero, puedes ir tu haciendo los cinco paquetes que han dellévar, calculando de poner las mejores piezas, para que la cosa dé una buena utilidad.

Montovia se puso inmediatamente á la obra mientras Parodi abria los cajones del mostrador, en busca de platita, pero por mas que registró solo halló unas cuantas monedas de plata y un paquete de billetes de Banco cuyo total ascendia á unos treinta y cinco pesos. pucho harto despreciable por cierto, que no valia la pena de haberse incomodado y espuesto.

Mientras Montovia hacia los paquetes eligiendo los mejores géneros y ropas de la tienda, el jorobado se puso á escudriñar el almacen con una mirada llena de avidez.

Parodi descubrió un mueble, especie de escritorio antiguo, que estaba colocado á la derecha del mostrador, y sobre el cual estaban los libros de la casa.

—Esta es la mia, pensó con una alegría extraordinaria—aquí está el riñon de los pesitos.

Con el mismo recato y disimulo que emplea un gato al precipitarse sobre un raton, el jorobado se acercó al mueble, introdujo la ganzúa en la cerradura, abrió el cajon y miró dentro dilatando las pupilas de un modo feroz.

En el acto se retiró como si quisiera disimular la impresion de placer que habia sentido y miró á Montovia que estaba preocupadísimo en la confeccion de los paquetes y no habia reparado en su maniobra, y mas calmado se volvió á acercar al mueble y metió las manos en el cajon, con una fruicion infinita.

Allí habia una regular cantidad de billetes de banco y bastantes monedas, producto sin duda de las ventas de toda la semana.

Todos los cajones del mueble fueron abiertos de la misma manera, pero no en todos en-

contró igual cantidad de dinero. Todo lo que pudo reunir entre billetes y monedas, fueron unos mil seiscientos ~~paquetes~~ <sup>paquetes</sup>, suma fabulosa en aquellos tiempos felices en que la vida se ganaba de una manera menos asendereada y con mas provecho y facilidad.

Cuando Montovia concluia su tercer paquete cada uno de los cuales parecia un surtid completo, el jorobado daba fin á su minuciosa revista, así es que vino á ayudarle para dar pronto fin y remate al negocio, pues en cuanto se retiraran los serenos era preciso que todo estuviera terminado.

Los cuatro compañeros que habian quedado en la calle debian avisar la retirada de los guardianes nocturnos dando tres golpeitos en la puerta y esta era la señal que esperaba Parodi para ponerse en marcha con sus cómplices.

Concluidos los cinco enormes paquetes, Montoria armó un cigarro que se puso á fumar tranquilamente como si no corriera el menor riesgo.

Apenas haria media hora que charlaban en voz baja sobre los resultados de aquella pun-ga, cuando sintieron llamar á la puerta con tres golpes silenciosos que parecian suspiros.

—Pronto, dijo Parodi, carga con tu atado y despeja el campo para los demás, que el tiempo vuela y es preciso aprovecharlo.

Montovia, que sabia su leccion al dedillo, se echó el atado al hombro, como si no hubiera pesado mas de un adarme y con un trote gatuno tomó el camino de su fondin.

Los demás cómplices fueron entrando por su turno y saliendo con sus respectivos atados, hasta que solo quedó allí el jorobado dueño de aquel enorme almacen, donde los mejores estantes quedaban limpios.

Cuando los pasos del último raspa se hubieron perdido en la calle, el jorobado se asomó á la puerta rápidamente y miró á ambos lados de la cuadra. El dia estaba en toda su claridad, y por los alrededores de la plaza no se veia transitar persona alguna—todo estaba sumido en el mayor silencio.

Se metió adentro como una ardilla y con una rápida mirada contempló el desorden que reinaba en el gran almacen, y se embebió bien pronto en su faena de destruir todos los rastros que pudieran haber quedado y por los cuales pudiera sospechar la policia quienes habian sido los autores de aquel robo. Y aquella pesquisa no fué en vano.

El jorobado recogió del suelo un pañuelo de manos y una faja, olvidados por Montoria con el apuro de hacer sus paquetes, y el sombrero de uno de los cómplices, que se le cayó sin duda al cargar su correspondiente atado.

Parodi guardó aquellas prendas que ocultó cuidadosamente, puso en orden los cajones

del mueble y salió á la puerta de calio que cerró con gran prolijidad.

En seguida, y mirando siempre temeroso en todas direcciones, tomó el camino de su covacha, oprimiendo en sus grandes bolsillos los billetes y monedas que habia pungueado y que constituian la parte que le correspondia segun convenio.

Una vez que hubo escondido junto con los demás robos el producto de este, se fué á la fonda de Montovia á averiguar como habia andado la cosa y á entregar los objetos que halló en el almacén, cuya pérdida tenia affijido al dueño del sombrero.

Sabiendo que todo marchaba á pedir de boca

el jorobado regresó á su casa se metió en cama y rogó á una de las mulatas fuera á la herreria á decir que aquel dia no podia asistir al trabajo por haber amanecido bastante enfermo.

Habia pasado la noche completamente envela y necesitaba reposar, pues ya no podia tenerse en pié.

Yo me curo durmiendo, dijo maliciosamente á las mulatas—les ruego que si logro dormirme no me incomoden, que no hay para mí en las boticas un remedio mas eficaz que el reposo.

Las mulatas fueron á cumplir la comision de su inquilino, que poco despues dormia como un bienaventurado.

## LA PRIMER SOSPECHA

Cuando la Policia tuvo conocimiento de este nuevo robo, se trasladó á la roperia, sospechando que con esto no iban á adelantar absolutamente nada—se las habian con ladrones muy finos y sagaces, que ya habian apurado al colmo la paciencia del gallo policial, que se propuso esta vez, por todos los medios á su alcance descubrir á los autores de este robo, que debian ser los mismos de la joyeria Dupont y de la casa de cambio últimamente limpiada.

La pesquisa en el teatro del suceso fué como las anteriores—no se pudo obtener el menor resultado, el menor indicio que les pusiera sobre la pista.

—El viejito, el viejito, dijo el ayudante de serenos, nadie me quita á mí de la cabeza que aquel viejito con quien he tropezado aquellas dos veces, es el autor de estos robos escandalosos.

Peró por mas que se le habia buscado, el referido viejito no se hallaba en Montevideo, por lo que el celoso ayudante fué blanco de todas las sátiras de sus compañeros, que le pusieron desde entónces el sobrenombre del viejito.

El comercio empezó á quejarse con harta justicia de la pésima administracion policial, y tal fué la grito que se armó, que todos los agentes se pusieron en campaña tras de los ladrones invisibles.

Pasó una semana y una quincena sin que se hubiera adelantado nada en la pesquisa.

Se habia interrogado á los vecinos y á los menos inmediatos, pero estos como aquellos no habian visto á nadie rondando la casa la noche del robo.

Los serenos, en su descargo sostenian que el

robo se habia efectuado despues que ellos se retiraron, pues de otro modo habrian visto pasar por las calles los hombres ó los carros que habian transportado los numerosos efectos que faltaban de la tienda.

Peró el dueño de la roperia hacia un argumento muy razonable, y era que en las dos horas que median entre la que se retiran los serenos y la que él abre la tienda, era imposible haber hecho el transporte de la gran cantidad de ropas y paño que le habian robado.

Esto se ha hecho despacito, decia, pues los muebles han sido abiertos sin ningun apuro y con suma delicadeza, por lo que se vé que los ladrones han tenido mucho tiempo á su disposicion—En lo que no se equivocaba, pues, Montoria y Parodi habian tenido á su disposicion una noche entera.

Como al mes de haberse cometido este robo, la policia hizo una captura importante que les puso tras la pista de aquellos ladrones misteriosos.

En los suburbios de la ciudad los agentes de policia habian reducido á prision á una especie de mercachifle que andaba vendiendo ropa hecha á un precio tan infimo, que no se necesitaba ser muy ladino para comprender que aquella ropa habia sido robada.

Era este mercachifle un muchachon de unos veinte años, italiano y que solo hablaba el dialecto genovés—decia que aquellas ropas las habia traído de Italia y que las vendia á un precio tan bajo, porque queria realizar la factura para pasar á Buenos Aires, donde pretendia fijar su residencia, porque allí en Montevideo la vida se hacia cada vez mas dificil por la escasez de trabajo.

Fué llamado en el acto el dueño de la ropería, que habia estado mas de veinte dias enfermo á consecuencia del robo, para que reconociera los efectos tomados al mercachifle á ver si formaban parte de los artículos robados en la tienda.

Apenas vió un par de pantalones y un poncho de paño, declaró que aquella ropa formaba parte de la robada en su casa y que por consiguiente el mercachifle debia ser uno de los que habian cometido el robo.

En aquellos tiempos la policia no se andaba con muchos cumplimientos para arrancar una declaracion por medio de una paliza, cuando se tenia el convencimiento que el prójimo con quien empleaba ese medio era un criminal que no queria confesar.

El mercachifle estaba empeñado en afirmar que aquellos efectos los habia traído de Italia, afirmacion que hacia invocando el testimonio de todos los santos del cielo.

Pero como el dueño de la ropería demostraba con el testimonio de sus dependientes y exhibiendo piezas iguales, que aquellos efectos le pertenecian, el mercachifle fué condenado al servicio de las armas por el término de tres años, sin goze de sueldo, y prévia una paliza de mano maestra, paliza que le hizo confesar sobre tablas que aquella ropa se la habia dado el fondero Santiago Montoria, quien tenia en su casa una cantidad mucho mayor.

La Policia se trasladó en el acto á la fonda de Montoria, pero demasiado tarde, tratándose de prójimos tan sagaces como el jorobado.

La prision del mercachifle habia metido gran bulla en Montevideo, pues se decia que la autoridad habia reducido á prision á los ladrones que de una manera tan perjudicial se habian hecho sentir.

En cuanto el jorobado tuvo conocimiento de la cosa, se trasladó á la fonda de Montovia, á quien notificó era preciso que partiera esa misma tarde á Buenos Aires, á donde él lo seguiria dentro de unos dias para arreglar tiros de mejor provecho.

Es inútil, decia Montovia—el mercachifle es muy vivo y se ha de desenvolver del asunto asegurando que esos efectos los ha traído de Italia,

Por vivo que sea el mercachifle, insistió el jorobado, en cuanto le solfeen un poco las costillas va á decir de donde ha sacado la ropa, la Policia se echará sobre la fonda y te prenderán sin el menor inconveniente—con que no seas tonto tal vez dentro de una hora sea ya demasiado tarde.

Y como abandono yo tanta ropa que me puede producir una buena cantidad de patacones—mal vendida.

—La llevas, tonto, la llevas—la cuestion es

aprovechar el tiempo que la casualidad pone á tu disposicion.

Montovia se convenció de las justas observaciones del jorobado y esa misma tarde hizo su equipaje y se largó á Buenos Aires, abandonando su negocio de fonda que no era mas que una tapadera de su oficio de punguista.

Se embarcó contento y convencido de que escapaba á un peligro real y de que aquí, ayudado por Parodi, podian hacer tiros que los enriquecieran en muy poco tiempo.

Montovia convino en que avisaria al jorobado la calle donde vivia y el número espresado en palabras que solamente ellos dos pudieran entender, y el jorobado, completamente tranquilo por ese lado, regresó á su covacha, arrojó en un sitio escusado todas las llaves y ganzúas que tenia en su poder y arregló los ladrillos del escondite que tenia bajo su cama de tal manera que era imposible sospechárselo.

Libre ya de todo temor, se dirigió á la herreria y se entregó al trabajo.

Así, cuando la Policia se vino á la fonda de Montovia, creyendo tomar al pájaro que suponía gefe de aquellos ladrones, ya este habia volado dejando unos pocos regazos de su último robo, y sus tristes efectos de fondin, que bien vendidos no habrian sumado la cantidad de veinte patacones.

Creyendo que Montovia no tardaría en volver, y que aquella ausencia fuera solo momentánea, un agente de Policia se puso en acecho para prenderlo así que llegara.

Pero la espera fué en vano—Montovia no pareció, pero en cambio cayeron en poder de la autoridad los cuatro cómplices del robo, uno de los cuales vestia con todo desparpajo uno de los trajes de la ropería pungeada con tanta habilidad.

Los cuatro echaron la culpa á Montovia, diciendo que él les habia dado la ropa de que se trataba, ignorando ellos de donde procedia.

Los cuatro fueron condenados al servicio de las armas.

Entónces uno de ellos, viendo que Montovia no parecia y que sobre ellos iba á caer toda la responsabilidad, dijo que el que habia hecho cabeza en aquel robo, siendo su principal autor, era Domingo Parodi, el jorobado que trabajaba en la herreria de don Bartolo Cereseto.

La Policia se trasladó al lugar indicado y aprehendió á maese joroba, en momentos en que pulia una cerradura de seguridad, que habia encargado una de las tantas casas alarmadas con los últimos robos.

El jorobado no opuso la menor resistencia, aunque se mostró sorprendidísimo de que se procediera de aquella manera con un obrero honrado á carta cabal y que podia dar certi

ficados de su honesta conducta y modo de vivir.

—Es que uno de los presos, dijo el de la Policía, acusa á usted de ser el capitán de los misteriosos ladrones que han aparecido de poco tiempo á esta parte.

Al oír esto el jorobado, soltó una carcajada tan alegre y se quedó tan tranquilo, que el empleado vaciló y empezó á tratarlo de otra manera.

—Dios perdone á ese infeliz, dijo, que pretende eludir su culpabilidad acusándome á mí que no he ofendido á nadie, bien lo sabe mi Dios.

—Patron, dijo sonriendo siempre y dirigiéndose á Cereseto—voy hasta la Policía un momento, porque estoy seguro que esta broma no ha de durar mucho tiempo—sin embargo, le ruego que venga dentro de un momento, pues siendo usted el dueño de la casa donde trabajo, ninguno mejor que usted podrá dar informes de mi conducta.

—Ya lo creo que iré, y ahora mismo, dijo el herrero, verdaderamente indignado, pues de esta manera no se trata á los hombres de bien.

El jorobado fué conducido á la Policía y careado con el acusador.

Era cosa de ver como se reía aquel maldito, cuando el ratero aseguraba que él fué quien hizo la llave con que abrieron la roperia y quien dirigió toda la operacion.

—No tengo como defenderme, dijo con su media lengua, porque supongo que la justicia comprenderá que este hombre es un loco ó un bribon que acusándome á mí querrá salvar á sus verdaderos cómplices.

Que se registre la casa de este hombre, dijo el acusador, y verán ustedes si soy un loco ó no.

El jorobado, riendo siempre, entregó las llaves de su alojamiento, indicando sus señas.

—Me felicito, dijo, de que se haga ese registro, porque él será la mejor prueba de mi honradez.

En el acto se trasladó un agente á la cochera de las mulatas, donde hizo un minucioso registro, pero no hallaron nada que pudiera corroborar la acusacion que se habia hecho.

Las dueñas de casa informaron que aquella debia ser alguna infamia, que Parodi era un santo, que observaba una conducta ejemplar.

A la tarde fueron á la Policía el herrero y el sombrerero que allí lo habia colocado.

Ambos dieron un informe óptimo, asegurando este último que Parodi le habia sido recomendado por el capitán del buque que lo trajo, quien le conocia desde Italia.

Parodi mandó llamar al sacristan de la Matriz, quien no solo garantizó la honradez de aquel desgraciado, sino que prometió para el

otro dia, informes de sacerdotes respetables que conocian á fondo á aquella alma piadosa.

La Policía no sabia que hacer ante tanta recomendacion y la tranquilidad del jorobado, que era la mayor prueba de su inocencia.

Al otro dia regresó el sacristan con una recomendacion del cura de la Matriz, y ya no fué posible dudar. El jorobado fué puesto en libertad, apesar de las protestas de aquellos ladronazos que persistian en acusarlo.

El jorobado gracias á su acostumbrada habilidad y á sus famosas precauciones, venia á quedar así libre de toda responsabilidad y apto para desbalijar al primer capitalista cuyos reales le llamaran la atencion tentándole la codicia.

Sus cuatro cómplices fueron destinados al servicio de las armas, pues sobre ellos recayó toda la responsabilidad de aquel robo y de los que se habian cometido anteriormente, aunque todos ellos juraron por todos los santos que el jorobado Parodi habia sido el director de la fiesta.

Santiago Montovia era el único que podia haber hecho la luz en el asunto, puesto que el jorobado habia cometido la chambonada de contarle parte de su historia, pero Montovia estaba ya en Buenos Aires, libre de todo peligro y de toda persecucion policial.

El habia comprendido que Montovia era el único que podia perderlo y se habia apresurado á ponerlo en salvo antes que la autoridad lo prendiese.

Cuando Parodi se vió en libertad, empezó á hacer la vida mas honesta que le fué posible llevar, para desvanecer cualquier sospecha que hubieran enjendrado las denuncias de los mal parados cuatro cómplices.

Empezó á asistir á las misas con mas frecuencia, la mayor parte de las cuales ayudaba en accion de gracias por el servicio que del cura habia recibido, pues aquella recomendacion fué la que mas influyó en la Policía para que lo pusieran en libertad.

Hoy nuestras policias son mas perspicaces y mejor organizadas—pero entonces los agentes de la autoridad eran poco prácticos en las tretas de los punquistas, razon que explica la facilidad y poco trabajo con que el jorobado engañó á la Policía.

Durante diez meses, su vida fué un modelo de buena conducta—trabajaba dia y noche, partiendo el fruto de sus fatigas con los establecimientos de beneficencia y sobre todo con la iglesia, poderoso auxiliar y protector en sus pellejerías.

Cuando se persuadió que su crédito estaba reconstruido y que nadie vacilaria en su honradez acrisolada, el jorobado se preparó á pegar su último golpe, para ponerse tambien en viaje para Buenos Aires, su sueño dorado.

Habia recibido cartas de Montevideo, en las que le daba las señas de su domicilio y le instaba para que se pusiese en camino lo mas pronto posible, asegurándole que aquí se podian hacer *especulaciones* de primer orden, con extraordinaria facilidad.

Montevideo se habia alojado en la calle de San Martin á inmediaciones de las Monjas Catalinas, en casa de una familia respetable que alquilaba piezas, en cuya casa vivia tambien el honesto ciudadano portugués don Justiniano da Silva do Monte, de quien á su tiempo nos ocuparemos detenidamente, pues Silva llegó á ser uno de los miembros mas importantes de la gaviilla del jorobado.

Parodi en vista de esta carta decidió venirse á Buenos Aires y empezó á preparar su último y provechoso tiro.

## A VOLAR QUE HAY CHINCHES

Habia entonces en Montevideo una lujosa relojería, situada á dos cuadras de la plaza principal, relojería que por su aspecto y la cantidad de espléndidos relojes que se veian en sus escaparates, debia de tener un capital de primera fuerza.

Con qué ojitos de supremo deseo miraba el jorobado aquellos escaparates! como le bailaban de alegría todas las facciones, al pensar que aquella fortunita podria engrosar á la ya adquirida!

Pero aquel tiro era mucho mas difícil que los anteriores.

El dueño de aquella relojería era un joven francés, Mr. Jorge Treiloir, que hacia muy poco tiempo se habia establecido allí en aquel negocio.

Treiloir cerraba temprano su relojería y se iba al café á echar una partida de piqué ó de billar con otros amigos tan alegres como él, y regresaba entre doce y doce y media de la noche, cerraba su puerta con dos grandes barras de fierro, acostándose á dormir en un cuartito situado al fondo de la relojería y dividido de esta por un delgado tabique.

Este robo era sumamente difícil, pero no imposible para un punquista de tan brillante imaginacion.

La cuestion era elegir la hora mas apropiada ó cometa el robo á prima noche, mientras Treiloir estaba en el café y entonces no tenia mas inconveniente que el sereno; ó lo cometa á la madrugada cuando este inconveniente desapareciese y entonces se esponia á ser sentido por el relojero y perdía su tiro inutilizándolo para una segunda tentativa.

La eleccion de la hora fué para el jorobado objeto de sendos dias de preocupacion, hasta que se decidió por el primer plan, que era el que menos dificultades ofrecia.

Mientras el tonto juega su partida, pensó, yo lo desbalijo, de manera que cuando entre no pueda notar la cosa y solo al otro dia se descubra el pastel—la sola dificultad que se

ofrece, pues, en este caso, es el sereno, que trataremos de distraer de cualquier manera, para que no me vea entrar ni salir.

Adoptado el plan, solo faltaba ponerlo en ejecucion con su acostumbrada habilidad.

Por pronta manobra el jorobado empezó á hacer correr la voz de que se iba á Buenos Aires á poner un boliche, pues le habian dicho que allí el trabajo tenia mejor compensacion.

La noticia de que el jorobado se venia fué un golpe de maza para Cereseto, que venia á perder el oficial que mas crédito daba á su herreria.

En vano hizo á Parodi todo género de proposiciones deslumbradoras, este persistió en venirse á probar fortuna.

Uno de aquellos dias, joroba se fué á la relojería de Treiloir, buscando un reloj barato, para estudiar la situacion de los estantes, y fijarse en la vidriera donde estaban los relojes de mas valor.

Una hora larga perdió en elegir el reloj que mas le convenia, pero en cambio cuando salió, llevaba en su imaginacion estereotipada el interior de la relojería.

Esa misma noche, con gran recato, y como quien se recuesta en la puerta para arreglarse el botin, el jorobado sacó en un pedazo de cera el molde de la llave.

Dos dias despues, con la llave lista para operar, el jorobado compró su pasaje en un buque que salia la mañana siguiente, abordo del cual mandó parte de su equipaje, dejando para último momento el baul de las *pungas*.

A la noche y mientras Treiloir jugaba un partido de piqué, Parodi embozado en una capa para disimular la joroba, entraba á la relojería con tal naturalidad, que el sereno que lo vió entrar, no fijó su atencion creyendo fuera el relojero.

El jorobado empezó su operacion con gran prisita pero con sumo cuidado.

En la vidriera de la derecha habia una

buena cantidad de relojes encerrados en estuches lujosos—aquí se dirijia el tiro, pues estando cerrados los estuches, aunque el relojero á la entrada pasara una mirada por las vidrieras, no pudiera echar de menos lo que él se llevara.

Así, como si estuviera en su propia casa y no tuviera el menor temor de ser sorprendido, empezó á abrir estuche por estuche, reparando en sus diferentes bolsillos aquellos relojes que le parecían de mas precio, volviendo los estuches á su exacto sitio perfectamente cerrados.

Ya habia robado como unos quince ó veinte y se preparaba á tocar retirada, cuando sintió pasos en la calle que se pararon en la puerta:—eran dos personas que hablaban en francés alegremente.

—Ah! *perdinci!* murmuró Parodi, palideciendo como un cadáver;—parece que este imbécil se ha retirado mas temprano de lo que acostumbra, el infierno maladetto está hoy en contra mia.

Grande fué el cerote que esperimentó nuestro famoso héroe, pues contaba retirarse antes que el relojero volviera, pero recuperó bien pronto el dominio de su sangre fria, y apagando una cerilla de que se servía, ganó bajo el mostrador.

Allí se hizo un completo ovillejo, pensando en la disculpa que podría dar si era pillado en semejante actitud y con los bolsillos llenos de relojes.

El podía muy bien tomar por sorpresa al relojero, amoralizarlo y atarlo antes que pudiera darse cuenta de tan inesperada agresion, pero ya hemos dicho que Parodi era sumamente cobarde, así es que desechó esta idea con la misma rapidez con que la habia concebido.

—Solo mis piernas pueden salvarme de esta desventura, pensó, y á ellas apelaré.

Se desembarazó de todos aquellos objetos que pudieran retardar su salida y se propuso, en caso de ser sorprendido, salir con gran rapidez y ganar la calle antes que el relojero pudiera volver de la sorpresa que le causaría el hallarlo allí á tales horas.

Así esperó lleno de angustia un cuarto de hora que estuvo Treiloir conversando con la persona que allí lo habia acompañado.

Su temblor se hizo descomunal, cuando sintió que los amigos se despedían y que la llave giraba en la cerradura.

Amarguísimo fué este momento para el ratero á quien iban á pillar con las manos en la masa, como se dice vulgarmente.

Por pronta manobra se encomendó á la vírgen del Agua Santa y se puso á rezar con gran fervor,

El joyero entró, echó pestillo á la puerta y rascando un fósforo se dirijió á su aposento,

sin duda en busca de una vola para venir á poner las trancas á la puerta.

El jorobado se oprimió el corazon con ambas manos, temiendo que sus latidos fueran á delatar su presencia, tan conmovido estaba.

Por su imaginacion cruzó en aquel momento la idea de aprovechar la coyuntura y salir rápidamente, pero tuvo miedo y quedó en su escondite sin atreverse á hacer el menor movimiento.

Treiloir encendió la vela y salió á la relojería, cruzó sobre la puerta los dos grandes barrotes de fierro y se volvió á su aposento despues de echar, por costumbre, una rápida mirada á las vidrieras, que creyó hallar como las habia dejado.

Un enorme peso se le quitó de encima al jorobado cuando vió que el relojero cerraba la puertita de comunicacion entre la tienda y su aposento.

Con qué inmenso placer se puso á escuchar esos ruidos peculiares que produce una persona que se está acostando, como el caer de los botines en el suelo, el peso del cuerpo sobre la cama, & &.

El jorobado siguió al relojero con su oido finísimo, hasta que lo sintió acostarse y escuchó el rumor que producen las hojas de un libro en el que se busca una página determinada.

Media hora duraria la lectura, hasta que todo quedó envuelto en el mayor silencio y la luz se retiró de súbito de las hendijas del tabique—El relojero habia apagado la luz y se entregaba al reposo, sin sospecharse la clase de viviente que alojaba en su casa.

Poco despues se sintió la respiracion acompañada de una porsona que duerme—pero el jorobado no se movió de su escondite, queria dejarle tomar bien el primer sueño, que es sin duda alguna el mas pesado.

Recien cuando sintió los ronquidos del joyero, salió de su escondite y se dirigió á la puerta en *cuatro piés*, tan levemente, que él mismo no sentia el rumor de sus pisadas.

Allí se puso á estudiar con su delicado tacto, el sistema de los barrotes que eran los mismos que se usan hoy dia; grandes barras fijas en una de las paredes, en cuya estremidad hay un gancho con que se sujetan en la puerta.

Con qué exquisita delicadeza el jorobado desenganchó las barras, dejando la puerta cerrada solamente con la llave!

Como sonrió en la oscuridad al verse tan próximo á la calle, escapando al mayor de los peligros que habia tenido en su vida!

Era sin embargo necesario esperar á la madrugada para salir cuando los serenos se hubieran retirado y quedaban las calles solas.

El jorobado se sentó al lado de la puerta y

esperó:—en ese momento pasó el sereno cantando las tres y media de la mañana.

—De buena me he escapado!—pensaba—sí á este imbécil de relojero se le ocurre registrar bajo el mostrador, adios relojes, adios mi viaje á Buenos Aires, y sobre todo adios mi seguridad y mi libertad querida.

Y reía de una manera diabólica al sospechar la cara que pondría Treiloir al sentirse robado y que el robo se había consumado mientras él dormía.

Qué pensaría al ver la tienda abierta por el lado de adentro!

Creería que él mismo la abrió dormido?

Y luego cuando viera que sus mas ricos estuches habían sido despojados de su contenido no encontraría pared bastante dura para estrellarse los sesos, sin poderse explicar cuando y como había penetrado allí aquel misterioso ladrón.

Con esta clase de pensamientos recreaba su espíritu el jorobado esperando que los primeros albos de la mañana, al entrar por las junturas de la puerta le indicaran que la calle estaba libre de serenos y que podía alejarse de allí sin el menor riesgo para su persona.

El incauto relojero durmió de un solo tiron, aquella noche.

El jorobado solo sintió interrumpir una sola vez en la noche aquellos fuertísimos ronquidos, pero fué para volverlos á escuchar poco despues mas fuertes y mas prolongados, lo que le hizo felicitarse de una manera íntima, pues si el relojero llegaba á despertarse y se le ocurria venir á revisar la puerta, todo se lo llevaba la trampa.

Por fin el sereno cantó las cuatro y media, al pasar por la relojería y el jorobado respiró entónces con toda la fuerza de sus pulmones, lo mas silenciosamente que le fué posible, pues aquel era el último canto de la noche; dentro de un momento empezaría á amanecer.

El pito de los serenos se sintió tocar reunion poco despues, y el jorobado se levantó echando mano á la llave maestra—solo le faltaba abrir la puerta, operacion que hizo con todo sigilo.

En seguida abrió y se asomó á la calle.

No se veía transitar un alma, como se dice.

El jorobado entró de nuevo, tomó un magnífico reloj de repeticion que estaba en el centro de la vidriera, y salió de la relojería dejando la puerta de calle perfectamente cerrada, alejándose á un trote gatuno.

Enfiló la calle, y dando á sus piernas toda la celeridad que le fué posible, ganó su covachon en casa de las mulatas.

Grande fué la admiracion de Treiloir, cuando al levantarse vió abierta la puerta de calle que él mismo había cerrado la noche anterior.

¿Cómo podía explicarse aquello?

El no había abierto la puerta y las barras no podían desengancharse por el lado de afuera.

¿Cómo explicar aquel fenómeno?

Cuando Treiloir notó la falta de la magnífica repeticion que adornaba el centro de la vidriera, palideció como un muerto y comprendió que había sido víctima de los ladrones, y de ladrones habilísimos, á juzgar por la manera con que había sido abierta la puerta.

Paseó la vista por el resto de las vidrieras y hubo de pasárselo el susto al verlas en el mismo órden que las había dejado.

Pero cuando abrió el primer estuche y lo halló vacío, cuando siguió abriendo los restantes y los halló en el mismo estado, su desesperacion no conoció límites, se agarró los cabellos con ambas manos y lanzó un juramento terrible.

Y á medio vestir y presa de la mas honda desesperacion salió á la calle dando alaridos que se sentían de dos cuadras.

Poco despues el barrio de la relojería era teatro de una descomunal algazara—los vecinos entraban á la tienda á curiosar y comentar cada uno á su modo la manera como habían entrado los ladrones y de que instrumentos podían haberse servido para abrir la puerta.

Treiloir no paró hasta la policia, donde dió cuenta á duras penas, pues la emocion le cortaba la palabra, de lo que le había sucedido, en tal desórden de palabras y de ideas, que al principio lo creyeron víctima de un ataque de enagenacion mental.

—Síntese y cálmese usted, amigo mio, le decía el comisario de servicio, pues á aquella hora el gefe no había aun concurrido al despacho, coordine bien sus ideas, pues no podemos entenderle claro lo que dice, cálmese un poco.

—Es que no hay tiempo que perder, gritaba el relojero torciéndose las manos, no pueden ir lejos y fácil es pescarlos.

—Pero á quién hemos de pescar? preguntaba el comisario tratando de calmarlo—¿qué es lo que le ha sucedido?

—Que estoy arruinado, en la calle, porque la vidriera del medio era la mas rica en objetos de gran precio.

—Pero qué le ha pasado con la vidriera del medio?—explíquese que tal vez estamos perdiendo el mejor tiempo en vanas palabras.

—Lo que me ha sucedido es horrible, me han robado una fortuna—veinte relojes de oro de gran precio y una repeticion que valía seiscientos patacones.

—Y cuándo le ha sido efectuado el robo?

—Qué sé yo! anoche, esta madrugada, hace un momento, una media hora.

Cuando yo entré á casa, continuó casi llorando, he cerrado las puertas y he puesto las



dos barras de hierro que las aseguran, y esta mañana he hallado las barras desenganchadas y la vidriera del medio limpia de relojes.

—Pero había alguien dentro ó supone usted que puedan haber abierto las puertas por el lado de la calle?

—Yo no sé por donde han abierto las puertas, lo que yo sé es que me han robado una fortuna y que si las puertas han sido abiertas del lado de la calle, el sereno tiene que haber visto quien las abrió, y si niega es porque él debe ser cómplice en el robo.

En vista de tan grave acusación la Policía representada por el comisario de servicio se trasladó á la casa de Treiloir á hacer la primera pesquisa.

La casa estaba llena de curiosos que se iban aumentando á medida que pasaba el tiempo y circulaba la noticia.

Desde que entró el comisario, comprendió que se las había con ladrones habilísimos, tal vez los mismos que cometieron los robos anteriores, y por consiguiente bajo la dirección de Santiago Montovía, á quien lo había podido dar caza.

No se notaba la menor fractura ni violencia, tanto en la puerta como en la vidriera robada —La primera había sido abierta con llave maestra y los barrotes descorridos por el lado de adentro.

Era, pues, indudable que cuando Treiloir se había recojido despues de cerrar la puerta, los ladrones estaban ya adentro, habiendo sin duda penetrado cuando Treiloir estaba en el café.

Por pronta maniobra la policia constituyo en prision al sereno á quien el relojero acusaba de tener complicidad con los ladrones, y al dependiente que poseia otra llave de la puerta y que pudo ser el que entró en ausencia del patron y abrió mas tarde la puerta á los ladrones que saquearon los relojes de la vidriera del centro.

Era él que conocia el paraje donde estaban las alhajas de mas valor y la manera como se cerraba la puerta, par consiguiente las sospechas que abrigaban tanto la policia como Treiloir eran bastante razonables y bien fundadas.

Ahora era preciso dar con Santiago Montovía que indudablemente era el director de aquel robo, cometido con el mismo tino de los anteriores, pues sobre el terreno no se hallaba el menor indicio que pudiera servir á la policia de punto de partida.

Eran ya mas de las 2 de la tarde y la policia no había arribado á resultado alguno—se había tomado declaracion al sereno y al dependiente, pero este juraba ignorar por completo lo que sucedia, y el sereno garantia con su cabeza que el robo no se había cometido durante la noche, pues él, despues que se retiró Treiloir, no

había visto á persona alguna cruzar por aquella candra.

El gefe de policia envió á buscar á los cuatro cómplices de Montovía que á causa del robo de la tienda de ropas habían destinado á los cuerpos de línea, prometiéndoles su libertad si delataban á los demás cómplices y sobre todo, si indicaban el paraje donde se podría hallar á Montovía.

El mas despejado de los cuatro preguntó lo que había sucedido y cuando oyeron relatar todas las circunstancias del robo, los cuatro estuvieron completamente de acuerdo en un punto—que el autor de aquel robo debía de ser, fuera de toda duda el jorobado Parodi.

—Ustedes detestan mucho á ese infeliz, replicó el comisario que se había hecho cargo de aquella pesquisa, y lo quieren perder á toda costa, pero los informes que de él tiene la policia son tan buenos, que no se puede, sin cometer una injusticia, prender á ese hombre.

—Señor, replicó uno de ellos, el jorobado es un pícaro muy largo y muy suspicaz—sin embargo, la policia puede sorprender su domicilio y no tardará tal vez en encontrar el cuerpo del delito, ó seguirlo, á ver si tiene alguna otra guarida donde deposite los robos, cosa que no es muy difícil, pues es un ladrón muy malicioso y de mucho talento para no dejar rastros de sus robos.

Los cuatro ratuines fueron despedidos y la autoridad resolvió hacer un registro en casa del jorobado inmediatamente, calculando que á aquellas horas Parodi debería estar aún en su trabajo y podrian registrarle su vivienda sin que se lo sospechara.

Inmediatamente se trasladó el mismo comisario á casa de las mulatas, pidiendo entrar á la habitacion del jorobado, pero con gran sorpresa tuvo conocimiento de que Parodi se había embarcado esa mañana para Buenos Aires.

Acto continuo se trasladó á la herrería de Cereseto, donde supo que efectivamente lo que le dijeron las mulatas era cierto.

Parodi hacia mas de un mes que andaba por irse á Buenos Aires, hasta que aquella mañana había realizado su proyecto.

El comisario manifestó á Cereseto las sospechas que respecto á Parodi abrigaba la autoridad, pero el herrero dijo que él garantia la acrisolada honradez de su antiguo oficial, que había embarcado su equipaje desde el día antes, que su viaje á Buenos Aires estaba proyectado desde mucho tiempo atrás, y que esa misma mañana había estado á despedirse de él dejándole su domicilio, cosa que no hacia ningún individuo que andaba huyendo de la policia.

El comisario regresó al departamento, donde dió cuenta del resultado de su pesquisa, añadiendo que por su parte y por los antece-

dentes que se tenían, no creía en la culpabilidad de aquel hombre.

El relojero Treiloir estaba dado al infierno—veía que á medida que pasaba el tiempo, perdía las esperanzas de recuperar sus relojes y pretendía que se pusieran todos los agentes de policia en demanda de los ladrones que tan duro golpe le dieran.

Pero todo fué en vano: por mas que hizo la policia, por mas que se amenazó al dependiente y al sereno, no se pudo hacer nada aquel dia.

Los ladrones eran muy hábiles y el dar con ellos era obra de mucho tiempo y de suma paciencia, pues habia que proceder con maña y cautela.

Entre tanto, el jorobado estaba en viaje para Buenos Aires, riéndose de las grandes iras que experimentarí el relojero al verse robado y de los apuros de la policia por buscar á los ladrones.

Así que habia salido de la relojeria, se dirigió á su covacha donde entró como siempre sin ser sentido por los dueños de la casa, que á esas horas estarían en lo mejor del sueño.

Sin pérdida de tiempo sacó todo el dinero y alhajas que tenia oculto bajo la cama, y los guardó junto con los relojes, en un pequeño baulite que con aquel objeto habia dejado para el último.

Una vez que tuvo arreglado todo, esperó que se levantarán las mulatas, que ya sabían que aquel dia se iba de Montevideo para despedirse de ellas y ofrecerles sus servicios, dejándoles el primer domicilio que se le vino al magin, pues no le convenia mucho poner en conocimiento de tantas personas su nueva habitacion, por lo que pudiera suceder con el tiempo.

Luego que se hubo despedido de las mulatas á quienes dejó lagrimeando, pues pasaba por un *bendito de Dios* y solia obsequiarlas de cuando en cuando con algun cartucho de caramelos ó una libra de masas, se dirigió á la herreteria, á despedirse de su patron y de sus compañeros de taller, que le manifestaron el sentimiento que espermentaban con su separacion.

Despues de cumplir con Cereseto y sus compañeros, se dirigió á la Catedral, donde se despidió de su amigo el sacristan quien lo acompañó á casa del cura, pues sin la bendicion de este no queria dejar á Montevideo—Recor

daba lo que le habia sucedido en el viaje anterior, y queria hacerse con Dios lo mejor posible, antes de emprender un nuevo viaje.

Entonces la navegacion de Montevideo á Buenos Aires no se hacia con la facilidad de ahora, los buques de esta tardaban dos y tres dias en llegar y el viaje era un poco mas penoso, pues los barcos no tenían las comodidades que hay actualmente.

El jorobado hizo su última visita al sombrero su protector, y se embarcó con su baulito donde llevaba el fruto de sus pungas, dispuesto á no soltarlo en todo el viaje.

—Si de esta vez naufraga mi platita, pensó el jorobado, será porque he naufragado yo, pues á mi nadie me quita de la cabeza que el naufragio de mi otro equipage no ha sido en el mar, sino en los bolsillos de aquellos malditos y desalmados tripulantes.

Desde que pisó el barco, pasó á la cámara y se sentó sobre su baul, dispuesto á no abandonar aquel asiento hasta llegar á Buenos Aires.

Su corazon no estaba tranquilo, tenia miedo que la policia tuviera alguna sospecha y le hiciera bajar de abordo, así es que cuando el barco levó anclas y se hizo á la vela, el jorobado saltando de alegría se arrodilló sobre su baul y resó un rosario en accion de gracias.

Ya nada tenia que temer, pues no habia tratados de estradicion ni la policia de Montevideo podia probar de una manera evidente que él era el autor de aquellos cuatro robos maestros.

Ahora solo preocupaban su pensamiento las riquezas existentes en Buenos Aires y los tiros mas ó ménos provechosos que pudiera llevar á buen fin y remate.

Todo el tiempo que pasó á bordo lo empleó en tomar *lenguas* de nuestras costumbres y sobre todo de nuestra organizacion policial que era muy deficiente en aquellos tiempos, pues nosotros solo hemos tenido una policia en regla cuando el señor O'Gorman se recibió de ella y puso aquella reparticion en el pie que actualmente se encuentra.

Porque no hemos adelantado nada en las mejoras que el dejó, aunque en muchas cosas hemos andado como el cangrejo.

Por fin, despues de dos dias de viaje, con un magnifico tiempo, el jorobado llegó á Buenos Aires, puerto de sus mayores ambiciones y esperanzas.

## UN SOCIO IMPACABLE

Domingo Parodi llegó por fin á este Buenos Aires que tantas esperanzas encerraba para él.

Eran los últimos meses del año 1853 en que Buenos Aires hacia poco se habia librado del gobierno de Rosas y entraba recién, se pu. de decir, á una época de regeneracion social y política.

Se vivia en una época verdaderamente tranquila, pues los habitantes gozaban sin límites de todas sus libertades y derechos, adquiridos á costa de tanto sacrificio.

El jorobado entregó sus baules á un peon, teniendo buen cuidado de no aflojar la maleta que encerraba toda su fortuna y se hizo conducir á la calle de San Martín, donde le habia dicho vivir su socio Santiago Montovia.

Este no estaba allí eran las doce del día, hora en que Montovia tenia el hábito de salir á pasear el almuerzo, pero en cambio halló á Justiniano Silva, quien le conocia por las relaciones que de él le hiciera Montovia.

Así que Silva divisó al jorobado, se le acercó como un viejo compañero haciéndole todo género de *cum, rimientos*, que dejaron completamente sorprendido al jorobado.

—No hay que extrañar la familiaridad con que hablo á o *siñor*, le dijo Silva—mi amigo Montovia me ha hablado largamente de vocé, y si es verdad lo que él me ha dicho, creo que vocé es el mismo *diabo* con joroba. *Ain ia tenho a honra de conhocer à vocé.*

El jorobado no supo que contestar á aquel alimbarado recibimiento.

Devolvió los cumplimientos con exajerada modestia, diciendo que Montovia habia aumentado sus méritos, y pidió permiso para esperarle.

Da Silva lo hizo entrar á una pieza del segundo patio, prévio permiso de las dueñas de casa, donde se entabló un diálogo que llamaremos de sondaje, pues en él estos dos truanes solo trataron de conocerse.

Justiniano da Silva do Monte, tenia todo el aspecto de un caballero distinguido y de finísimo trato. Siempre sonreia bondadosamente y gastaba en su conversacion la palabras mas comedidas y suaves que pudiera hallar en su alimbarado idioma.

Vestia elegantemente de levita y sombrero alto, de manera que aquellas buenas señoras creian alojar en su casa á un fidalgo portugués, inquilino que no hubieran cambiado por ningun otro.

Silva era un hombre alto y de un grueso agradable, su fisonomia tenia un aspecto bon-

dadoso se hacia simpática al primer golpe de vista.

Sus ojos eran azules, de expresion lijeramente triste, y su finísima barba y cabelle contribuian á darle aquel aspecto distinguido que cautivó á las señoras para quienes Silva era mas que un inquilino, un amigo que daba respeto á la casa y una inapreciable compañía, pues el portugués se retiraba á su alojamiento en las primeras horas de la noche.

Silva era natural de Lisboa y tenia entonces de treinta á treinta y dos años.

Habia recorrido gran parte de la América, dedicándose á diferentes oficios y negocios.

En 1850 Silva se fué á Rio Grande, donde se ocupó esclusivamente en acarrear ganado para la Banda Oriental.

Concluida la guerra, volvió á Montevideo en 1852, donde con los pesitos que habia ganado puso una gran sastreria.

Pero Montevideo habia quedado en una situacion precaria, y Silva vendió su sastreria para venirse á Buenos Aires, donde entró como socio á la casa de D. Juan Ramella.

Esta era la ocupacion de Justiniano Silva cuando el jorobado pisó por primera vez el pais de sus esperanzas, que debia ser mas tarde el teatro donde adquiriera inmortal fama en los honestos anales del robe y de la punga limpia.

La charla con Parodi se prolongaba, pues Montovia tardaba ese dia mas tiempo del que acostumbraba.

Sin embargo, los dos bribones no perdieron su tiempo, pues lo emplearon en cambiar ideas y formular las bases de la sociedad que iban á formar.

—Ese traje no conviene, habia dicho Silva, fijándose en el chaqueton que, como prenda del mayor lujo, vestia su nuevo cólega y compinche.

—Sin embargo, replico el jorobado, esta es la que debo llevar, pues yo no voy á hacer el papel de vago y caballero, sinó que voy á dedicarme á mi oficio, estableciendo una pequeña herreria, donde me haré conocer como hombre honrado, justificando con mi trabajo mis medios de vida.

—Montovia me habia hecho entender que solo nos ocupariamos en dar buenos golpes de suerte y levantar una fortuna.

—Seguramente, pero es preciso que disimulemos la cosa, y no hay mejor medio para lograr este objeto, que abrir un taller, por miserable que sea, y hacerse conocer en él como indus-

trial, trabajador y de una honradez intachable.

En esto estaban los nuevos conocidos, cuando llegó Santiago Montovia, cuya demora, según dijo, había sido ocasionada por andar rondando una mina.

Cuanto fué su placer al hallarse con el nuevo huésped, á quien no esperaba tan pronto!

Montovia había tomado el peso al jorobado, había comprendido que aquel hombre valia un Perú, y lo esperaba con ansiedad, porque estaba seguro que bajo su hábil direccion, muy pronto habian de hacer fortuna, sin que sus personas corrieran el menor de los peligros.

Montovia, pues, recibió al jorobado con muestras del mayor regocijo. Se impuso del cambio de ideas que tenia lugar entre ellos, y dió en un todo razon á lo que Parodi manifestaba.

—Este hombre es tan hábil, dijo á Silva, que aunque á nosotros nos parezca que no tiene razon, debemos hacer lo que nos diga, porque para estas cosas es un sábio—lo sé por esperiencia.

Silva invitó á comer á sus dos compinches en un café cercano.

Cuando da Silva hizo su invitacion, joroba, despues de haberla aceptado, se quedó un poco perplejo—no se resolvió á dejar allí su baul, ni se animaba tampoco á declarar su desconfianza.

Montovia adivinó lo que pasaba por el ánimo de su cólega y riéndose con toda franqueza, dijo:

—No hay que tener desconfianza, compañero—si no te animas á dejar aquí el baul de la plata, tráetelo contigo.

El buen Parodi se puso colorado, vaciló y concluyó por confesar que tenia suma desconfianza, pero que tampoco podia andar con aquel baul al hombro, porque su peso era excesivo y podía desconfiarse algo de ver á todos tres pasar con un baul.

Silva se resintió ante la desconfianza del jorobado, pero Montovia hizo un par de reflexiones que le volvieron por completo la tranquilidad.

En vista de que Parodi no podia andar cargado con su baul y no queria dejarlo en la habitacion de Silva, se acordó que traerian allí de comer, y que de esta manera podrian conciliar todas las dificultades, siendo Montovia el que se encargó de hacer traer la comida para los tres.

Esta fué una verdadera comida de obsequios al nuevo huésped los bocados no fueron malos y los tragos se hicieron tan largos, que al fin de la comida los tres estaban bastante alegres.

La sobre mesa fué larga, pues se charló de todo un poco, amenizando la conversacion

con una anecdota cada uno, en que estuviera comprendido algun tiro famoso.

El jorobado narró su último tiro, al relojero Treiloir, con tal chispa y colorido, que si hubiera sido alguna romanza hubiera merecido los honores del bis.

Aquella narracion elevó considerablemente á Parodi en el espiritu de sus compañeros que sin mas ni mas lo declararon un verdadero génio.

Cuando se trató de ir á dormir, principiaron de nuevo las alarmas del jorobado que no queria abandonar su baul, pero estos se calmaron por completo, cuando el mismo Silva le propuso que durmiera con su fortuna bajo la almohada, á cuyo efecto le dió un pequeño balijín donde podia trasladar todas sus joyas, balijín que se adaptaba admirablemente á desempeñar el rol de cabecera improvisada.

El jorobado arregló en estas condiciones un modesto catre que le cedieron y se acostó á dormir como un bienaventurado, despues de haber atado con gran disimulo un piolin al rededor de la balija cuya estremidad sobrante anudó en su mano derecha.

Como se vé, sus cólegas y nuevos amigos no le merecian gran confianza, aunque sabia que por propia conveniencia aquellos pillos no se atreverian á robarlo.

Mientras el jorobado dormia profundamente descansando de las fatigas del viaje, Montovia y Silva se pasaron la noche de claro en claro, charlando sobre el gran porvenir que se les venia encima con el concurso de aquel hombre extraordinario nacido para la punja.

Al otro dia, el jorobado fué el primero de los tres que estuvo en pié—habia descansado á su entera satisfaccion y ademas tenia el hábito de madrugar.

Cuando Montovia y Silva despertaron, ya él habia arreglado su equipaje, habia reducido su dinero y sus alhajas al menor volumen posible, y estaba listo para salir á dar un paseo.

Y los tres salieron juntos á dar un paseo y á buscar una habitacion á propósito para el jorobado, pues este no queria vivir con Silva.

Decia que era preciso que él viviera como un obrero para no dar á desconfiar, y que ademas queria establecer una pequeña herreria, no tanto para disimular con su oficio, como para facilitar la fabricacion de los instrumentos de punja de que tendrian necesidad.

En seguida el compañero Montovia debia presentarlo en alguna casa de joyas, para que realizara los relojes y otras alhajas que tenia, como si las hubiera traído de contrabando desde Europa—De este modo se libraba del bulto incómodo que estas hacian y juntaba dinero para establecer su pequeña herreria que debia servirle de pretesto.

Los alojamientos entónces, no eran tan di-

fíciles como ahora, así es que al poco andar encontraron una pieza en el primer patio de una casa de la calle de Suipacha, pieza que lindaba con el aposento de un alemán camibista y corredor de bolsa.

Como cuando ellos entraron á ver la pieza la puerta de la que ocupaba el alemán estaba abierta, el jorobado pudo observar que en aquella habitacion habia una caja de fierro, observacion que comunicó á sus dos compañeros.

La pieza quedó tomada por la enorme suma de setenta pesos mensuales, y los tres sócios se fueron á almorzar á un café.

De allí salieron juntos Montovia y el jorobado dirijiéndose á una joyeria de la calle de la Federacion, entónces, donde el jorobado, como si fuera contrabando vendió sus alhajas por un precio bastante moderado, aunque no tanto que parecieran robadas.

El producto de esta venta, unido al dinero que traia y que cambió por papel ese mismo dia le dieron la honorable suma ya de ciento diez mil pesos.

Con este capital, y en aquellos tiempos, se podia poner una herreria de gran lujo y aparato—pero el jorobado no quiso abandonar sus propósitos de modestia.

Dos dias despues de estas andanzas, el jorobado se instaló en su cuartito de la calle de Suipacha, y se puso en compañía para establecer un taller de herreria, en un corralon de la calle de Piedad, donde hoy es lo de Fontana hermanos.

Mientras esto sucedia, Parodi se dedicó á recorrer las calles en compañía de sus aliados con el doble objeto de conocer la ciudad y de estudiar á los agentes de Policia, que eran los enemigos con quienes tendria que luchar.

Bien pronto se convenció Parodi de que la Policia nuestra no era mas temible que la de Montevideo.

Así como la primer pesquisa de un buen agente policial es sobre el terreno donde se ha cometido el hecho cuyos autores se quieren descubrir, el primer estudio de un ladrón de ingénio, se dirige especialmente á las costumbres y modo de ser de los agentes policiales con quienes vá á tener que luchar, sin mas armas que su astucia y su prevision en los tiros que lleve á cabo.

El jorobado con un interés fácil de explicarse empezó á observar á la Policia en su servicio durante el dia como durante la noche.

Digamos algo sobre nuestra organizacion policial de entónces, para que el lector comprenda la impunidad que gozó este famoso ladrón en la mayor parte de sus tiros.

El departamento general de Policia de que

entónces era jefe don Cayetano M. Cazon, puesto que conservó durante muchos años, disponia de un personal de empleados sumamente reducido para las necesidades de la poblacion, que era bastante estensa ya.

Las obligaciones de la Policia eran tantas, que los empleados tenian que trabajar sin descanso, para medio dar cumplimiento á sus deberes.

Entónces, para felicidad de esta tierra, no se habia instalado la municipalidad, lo que quiere decir que los bolsillos de los habitantes de Buenos Aires vivian en perpétua paz, sin que esta corporacion devorante los sangrara de todas maneras.

Las señoras pobres tenian el derecho de alquilar un par de piezitas en el interior de sus casas, sin que estas fueran clasificadas de casas de inquilinato, con el único objeto y fin de sangrar á las referidas señoras con una contribucion irritante.

No habia municipalidad en aquellos felices tiempos, lo que quiere decir que el pobre no tenia que quitarse el pan de la boca para abonarlo en forma de impuesto á esta corporacion maldecida.

No habia municipalidad, lector amigo, y por consiguiente el que se moria era enterrado sin tener que pedir á esta corporacion nacida para acoger los bolsillos del pueblo, un permiso de entierro que solo significa la obligacion de pagar un billete de cien pesos á esta corporacion inútil y aborrecida.

La policia, pues, tenia entonces que hacer lo que mas tarde fué de competencia municipal.

Ella tenia que hacer cegar los pantanos, que existian en número de dos por cuadra, ella hacia empedrar las calles, componer las veredas que eran de ladrillo y hacer plantaciones en los paseos públicos.

Nuestros lectores recordarán que entre otros, es á la laboriosidad de don Cayetano Cazon, que debemos la plazuela y barranca de la Recoleta y los paseos de Colon y Julio.

La policia, pues, desempeñaba todo aquello de que se encargó mas tarde la municipalidad y que solo ha cumplido en la parte de cobrar impuestos, inventando otros que no se conocian.

Para todo este trabajo la policia no contaba con mas personal que nueve comisarios, ocho ó diez empleados subalternos, y ciento sesenta vigilantes.

Estos no tenian como hoy, parada en las esquinas durante el dia, pues eran empleados en mil otros trabajos.

Los serenos cuidaban la ciudad durante la noche, y ya recordarán ustedes de la manera que se hacia este servicio.

Sin embargo, no habian tenido lugar esos grandes robos y famosos crímenes que escan-

dalizaron mas tarde nuestra hasta entónces inocente sociedad.

Con semejante organizacion policial, el jorobado comprendió que estaba en su elemento, y que mas que torpe habia de ser el hombre que cayera entre las púas del gallo.

—Aquí me pongo las botas, se dijo, y se soltó á reconocer las mas lujosas joyerias, que entónces eran las de Tasquel, de la Nata, y otras cuantas cuyos capitales vinieron á morir en las faltriqueras suyas y de sus cómplices que llegaron á formar una respetable cuadrilla.

Parodi recorrió todas estas casas de negocio, devorando con la vista sus escaparates, y dió tambien un paseito por el Banco de la Provincia, la oficina de papel sellado, y todo sitio donde calculaba ó sabia existian grandes sumas de dinero.

—Todo esto, decia, todo esto lo he de robar yo—he de principiar por la joyeria mas lejana y he de concluir por la mas inmediata á la Policia, sin que sus agentes me sientan ni me sospechen, y burlando la misma tropa de cabildo, y el jorobado aludia con esto á la compañía que hacia el servicio en la cárcel, cuyos centinelas se colocaban de noche en las cuatro esquinas que formaban la manzana de cabildo.

Y era realmente en aquella manzana donde existian las mas ricas casas de negocio y las mas lujosas joyerias y relojerias.

El jorobado se juntaba todas las noches con Montovia y Silva, que andaban en busca de un tal Palma, famoso ladron y bandido de entrañas atravesadas, que mas tarde fué el alma de la gavilla que organizó Parodi y que le dió tanta celebridad.

Era tal la empresa de latrocinios que imaginaba Parodi, que decia necesitar por lo menos una docena de hombres, porque entre los tres no acabarian nunca, y el gran proyecto era hacer en dos ó tres noches la gran série de robos, para aterrar á la Policia y para ponerse á salvo antes que esta empezara á hacer pesquisas.

El jorobado estaba seguro de no ser descubierta.

—Pero es imposible, decia, que entre tantos no haya algun tonto que se deje tomar, y como por el hilo se saca el ovillo, no quiero esponerme sin necesidad á algun trance amargo.

Mientras Montovia y da Silva campeaban á Palma, cuya fama era conocida en el reducido mundo lunfardo de entónces, el jorobado empezó á plantear su modesto taller de herreria, y á ponerse bien con los santos y los frailes por lo que pudiera tronar.

Su vida de santulon daba mucho que reir al portugués, quien por ello le hacia grandes farsas, pero á estas farsas respondia el jorobado contando sus mas peliagudas pellejerias.

de las que habia escapado, gracias á su gran tino de estar bien con los santos, y mas que con los santos con la gente de iglesia.

—No hay mejor cobija para un picaro, decia, que una buena sotana y estar bien con Dios; despues, no hay que temer nada, pues el diablo no es tan tonto que venga á meter el rabo donde se toma olor á agua bendita y á sahumero de incienso.

Estas grandes teorías de Parodi, espuestas con gran vivacidad é increíble vigor de colorido, tenian á Montovia y da Silva con tremenda boca abierta.

—A semejante diablo no lo agarran ni con una policia compuesta de los mismos demonios del infierno, decian, y se apuraban en la confeccion de la gavilla para que empezaran de una vez la série de robos prometidos.

El jorobado, entre tanto, habia concluido sus trabajos, abriendo una herreria de primer orden, donde no tardaron en llover buenos marchantes.

Como era un herrero habilisimo y un cerrajero inimitable, poco á poco empezó á hacerse conocer, de tal manera, que á los dos meses le eran ya escasos los dos oficiales que habia tomado.

Siguiendo asi en su trabajo y dedicando á su oficio todo el caudal de sus conocimientos mecánicos, Parodi hubiera podido levantar una buena fortuna, honradamente, pero la punja estaba ya en la masa de su sangre, y eran inútiles las reflexiones que él mismo se hacia, en vista de la facilidad con que ganaba el dinero en su herreria.

Durante el tiempo transcurrido desde que adquirió la pieza de la calle de Suipacha, el jorobado no dejó de estudiar la vida de su vecino el alemán, y sobre todo, el movimiento de su caja de fierro, pudiendo notar que al fin de cada mes, se sentia en el aposento de su vecino en la caja de fierro el sonido metálico de muchas monedas.

—Sacramento, penso el maldito, el tiro que aquí se hiciera á fines de mes, no ha de ser tan malo que digamos, como no seria del todo malo que este tiro fuera mi debut.

El jorobado observó que el alemán estaba ausente todo el dia, desde las primeras horas de la mañana, que salia, para no volver hasta las seis, en que se servia la comida.

El tiro se podia hacer durante el dia, pero habia un inconveniente, y era que el muchacho que venia á acomodar el cuarto, no salia hasta la tarde.

Era preciso pegar el golpe de noche y en condiciones de no ser sospechado.

El jorobado, mientras se dedicaba á sus otros trabajos y observaciones, empezó á meditar con toda calma el plan que debia seguir para apoderarse del capital del alemán, quien ni si-

quiera conocia de vista á su vecino, que generalmente salia antes que él y no regresaba hasta las ocho ó nueve de la noche, hora en que él estaba ya rocoigido y casi siempre durmiendo.

Una de las noches que se juntaba con Montovia y da Silva, recibió una noticia buena—estos habian reclutado dos rateros para incorporar á la gavilla en formacion.

Como el jorobado no queria dar la cara en estas cosas, pues tenia miedo aprehendieran á uno de los ladrones y este le delatará, encargó á sus cólegas llevaran á la noche siguiente los dos reclutas á casa da Silva, donde él iria como quien no quiere la cosa y los examinaría, resolviendo si debian ó no correr rato con ellos, es decir, admitirlos en la sociedad.

A la noche siguiente el jorobado entró á casa da Silva en momentos en que este y Montovia estaban en trato con dos curiosos personajes que queremos diseñar á grandes rasgos, para dar de ellos una lijera idea.

Uno de estos individuos era Angel Gramarra, pintor de oficio entónces y antiguo servidor de Rosas primero y de Urquiza despues.

Gramarra era genovés y habia sido marinero en su pais hasta el año 1841, en que vino á Buenos Aires con el cristiano propósito de hacer fortuna.

Era un hombre de buen aspecto, corpulento y bien plantado—tendria entonces unos cuarenta y tres años sin representar 35.

Su fisonomia era repelente á consecuencia e que su ojo izquierdo, de que era tuerto, resentaba dos costureros, indicando que la pérdida de aquel ojo habia tenido lugar en alguna pelea.

Usaba el cabello entrecano un poco largo, como así mismo su barba canosa y un poco rizada á guisa de puerco-espín.

Cuando Gramarra hablaba de dinero, su ojo tuerto se movia bajo los costurones de sus óarpados, como si estuviera en contacto con una pila eléctrica.

En cualquier parte del mundo donde la autoridad fuese un poco severa, habria condeñado á Gramarra á presidio perpétuo, tan solo por la expresion de su fisonomia.

Parecia un escapado de galeras meditando en nuevo delito para merecerla otra vez.

La facha de este bergante satisfizo por completo al jorobado, pues en él adivinó un hombre de alma atravesada, dispuesto á todo, sin correr peligro capaz de arredrarlo.

Y como el jorobado era sumamente cobarde, creia que con aquella adquisicion podria estar á salvo de todo peligro, además de contar entre los suyos un brazo firme.

Como todo cobarde, el jorobado era malísimo, aunque hubiera sido incapaz de dar muer-

te á un hombre dormido por temor de que se le apareciera el ánima.

Así el lógico exámen que de Gramarra hizo el jorobado, bastó para que aquel quedarà admitido en la gavilla que empezaba á organizar.

El otro personaje era un negro que tenia apenas unos veinte y cinco años, de fisonomia jovial é inteligentísima.

La piel del moreno era brillante y renegrida como ébano lustrado, de cuyo fondo oscuro se destacaban dos ojos vivísimos—eran dos relámpagos en una noche oscura.

Este moreno era hijo de Buenos Aires, se llamaba Lorenzo Gonzalez pero era mas conocido por su álias de *el negrito jugador*.

Gonzalez á la edad de 10 años habia sido colocado en un taller de sombrereria para que aprendiera el oficio, pero de este fué echado al año por su patron, en vista de que lo único que habia aprendido era la mejor y menos comprometedora manera de sacarle los pesos del cajon del mostrador.

Colocado mas tarde en una panaderia, se huýó en 1840, presentándose en clase de voluntario al gefe del batallon de rebajados, quien lo aceptó destinándolo á la banda de pitos y tambores.

En ese cuerpo habia servido durante el sitio de Montevideo, como tambor de órdenes del general Oribe, y no apareció por Buenos Aires hasta que aquel ejército fué licenciado.

Vuelto aquí entró á servir como tambor en el batallon *Buenos Aires*, donde estuvo hasta despues del once de Setiembre, que desertó á consecuencia de un empréstito que hizo á los bolsillos de un gefe, á quien servia de asistente.

Huyendo de ser preso se fué á Montevideo donde empezó á vivir del juego hasta que tuvo que venirse á consecuencia de haber arrebatado una parada y herido al dueño de casa que pretendió hacerle *largar la mosca*.

Gonzalez era de génio alegre y travieso—le gustaba enormemente tomar la copa, pero la aficion á lo ajeno era su afecto mas profundo.

Gonzalez preferia tener un peso pungueado hábilmente de ageno bolsillo, á tener veinte ganados con su trabajo; el dinero adquirido así lo fastidiaba tanto, que él mismo decia que no espermentaba ningun placer en gastar dinero que no fuera robado.

Esta era la foja de servicios que presentaba el «negrito jugador» para aspirar á formar parte de aquella gavilla que organizaban con tanto esmero.

Da Silva y Montovia le hicieron repetir todo esto para que lo oyera el jorobado, quien se prendó del negro haciendo señá á sus sócios de que lo podian aceptar sobre tablas.

—Los negocios que tenemos entre manos

requieren mucha prudencia, les dijo Silva, y en ellos el valor es cosa muy secundaria. De nada nos serviría dar una buena puñalada, ni aun escapar á la acción de la policía, si nos hacemos sospechosos á esta.—Los tiros están ya organizados y solo nos falta ponerlos en práctica, para que en pocos días cada uno de ustedes tenga una fortuna sólida.

Al oír estas palabras, el ojo tuerto de Gramarra se movió apresuradamente entre sus lacerados párpados, y el negrito jugador sonrió, mostrando la mazamorra de sus blanquitos dientes.

—Por prudencia no hay cuidado, dijo el negrito, que soy capaz yo solo de hacerme perder á la policía de entre los dedos.

Los dos personajes, pues, fueron dados de alta en la gavilla y el jorobado se encargó de preparar la serie de tiros en que habían de debutar.

Era esencial encontrar á Palma para que diera la cara como jefe de la gavilla, pues joroba había declarado que no quería comprometerse.

El jorobado empezó á madurar el tiro á su vecino el alemán, que debía ser de una utilidad fabulosa.

—Quiero experimentar al negro en este tiro, dijo Parodi á Silva, y espuso el siguiente famosísimo plan, que dejó al portugués con la boca abierta.

Hay que renunciar á dar el golpe por la puerta, dijo, porque de día viene un muchacho que acomoda la pieza y además la vieja dueña de casa anda con el ojo alerta, y de noche, este diablo de alemán tranca la puerta con un barrote de fierro.

Yo voy á preparar un agujero que comunique mi pieza con la suya y por el cual pueda pasarse con comodidad.

Por este agujero paso yo con el negrito, hacemos el tiro, este antes de retirarse hará conmigo lo que yo haya hecho con el alemán y podré pasar yo como una víctima—ustedes esperan al negro en casa de Silva y allí hacen el reparto, guardando mi parte que pronto irá á buscar.

Lo demás corre de mi cuenta y desde ya puedo asegurar á ustedes que la Policía no me incomodará para maldita la cosa.

El jorobado empezó por mudar poco á poco todas las cosas de valor que tenía en la pieza, las que trasladó á una caja de fierro bien segura que tenía en la herrería.

Solo quedó allí un baul hecho pedazos espresamente.

Concluida esta operación, el jorobado empezó á fabricar un agujero sobre la pared del vecino, trabajo que tenía que hacer lentamente, pues solo dispenia de una hora al día, que me-

diaba entre la salida del alemán y la entrada del muchacho.

En tres días el agujero quedó maestramente terminado, de manera que para dejarlo accesible, solo faltaba arrancar los ladrillos que formaban el tabique.

La cal con que estaban asegurados fué raspada tan delicadamente por Parodi, que con un pequeño esfuerzo y sin necesidad de hacer el menor ruido, podían estos quitarse y dejar libre la entrada por el agujero con toda comodidad.

Parodi y el negrito debían entrar, practicar el robo, salir y dejar amarrado el último al primero, cuya pieza debía simular perfectamente haber sido saqueada.

Hecho todo esto, el jorobado fijó la siguiente noche para dar provechosa cima á empresa tan largamente meditada.

El negrito bien aleccionado llevó una boina punzó, algo sucia y un par de alpargatas que debía dejar olvidadas en las piezas junto con alguna otra herramienta, que servirían para hacer perder la pista á los agentes de policía que hicieran la pesquisa.

A prima noche entró el jorobado, y á eso de las nueve el negrito, todo encorbado para que en caso de ser visto creyeran que era el mismo Parodi.

Ambos esperaron silenciosos á que el alemán tomase el primer sueño que ya sabía joroba duraba des ó tres horas.

Apenas sonó el primer ronquido, el jorobado sacó los ladrillos cautelosamente, é introdujo la cabeza por el agujero, quedando un momento en observación.

El alemán dormía profundamente á juzgar por sus ronquidos; y su respiración acompasada. No había luz en el cuarto.

El jorobado volvió á su pieza, empapó una esponja en cloroformo y después de prevenir al negro que fuese con luz á su primer llamado, se introdujo en la pieza.

Guiado por la respiración llegó á la cama, distinguiendo la cabeza del que en ella dormía, á la leve claridad que pasaba por el agujero, y sin pérdida de tiempo le aplicó la esponja bajo la nariz.

Poco después el alemán quedó lívido y tomó un aspecto cadavérico—había caído bajo la acción del cloroformo.

En el acto llamó al negro que acudió con la luz y la boina que tiró en el suelo.

El jorobado pulsó á su víctima y retiró un momento la esponja que pasó al negro, para que volviera á aproximarla así que se lo indicara.

En seguida, con una rapidez maravillosa se acercó á la caja, que era muy sencilla, la introdujo el pie de gato y la puerta cedió como si obedeciera á la presión de su misma llave.



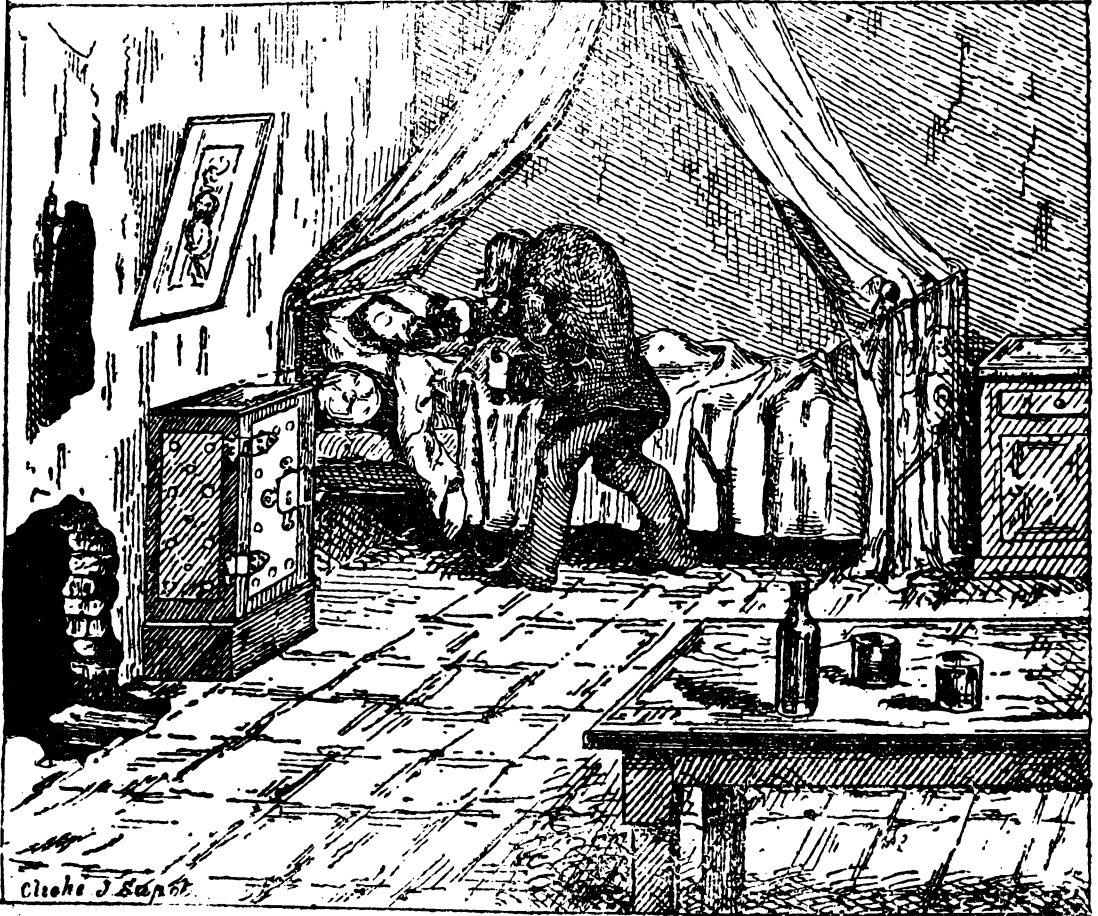
Parodi se dirigió al alemán, lo pulsó y mandó ponerle la esponja—volvió á la caja, sacó todo el dinero que en ella habia y se fué á su cuarto haciendo con él un atado que debia llevarse el negro.

Luego llamó á este, se hizo atar sobre la cama con increíble prontitud y mandó al negro se retirara despues de volcarle sobre el pecho un poco de cloroformo para tener olor.

to gritar á penas se sentia en la puerta de la calle, cuando apareció la autoridad policial con mas aparato que en noche de revolucion.

Los vigilantes, machete en mano, asomaban la cabeza al zaguan antes de comprometer el cuerpo, como si aquella fuera menos importante que este, y el comisario amartillaba una enorme pistola de dos cañones.

—Aquí deben estar ahorcando á alguno, dijo



Cara hubo de costar al alemán aquella pun-ga, pues á mas de su dinero casi perdió la vida por la bárbara cantidad de cloroformo que le habian hecho aspirar.

Al otro dia muy de madrugada los gritos del jorobado se sentian de una cuadra de distancia.

Las dueñas de la casa habian salido á la calle en demanda de socorro, y el barrio entero era un verdadero laberinto, pues creian que se trataba de algun horrible asesinato.

Ya la voz del jorobado enronquecida de tan-

uno de los vigilantes al sentir la voz ronca del jorobado que pedia auxilio en nombre de todos los santos.

Y todos á una se lanzaron enarbolando el machete hácia la habitacion de donde partian las voces.

Peró allí no habia asesino alguno—solo se veia al jorobado entendido sobré la cama, ofreciendo el cuadro mas grotesco que pueda imaginarse.

Su fisonomia se hallaba inyectada de sangre á consecuencia de los gritos, sus ojos dilatados

por el terror mas hábilmente finjido y su cuerpo presa de horribles convulsiones, finjidas tambien, ofrecian un espectáculo en el que dominaba la risa y la piedad, entremezcladas en el espíritu de los primeros vigilantes que penetraron á la pieza.

Sus manos estaban fuertemente atadas á la espalda, al extremo de estar enegrecidas por la sangre detenida allí por las ligaduras.

—Socorro! socorro vigilantes! barbotó aquel redomado pilló, con una voz que no se sabia si era lamento ó estertor de agonía.

—Espere un poco amigo mio, dijo uno de los vigilantes, que ya viene el comisario.

En efecto, un minuto despues entraba á la pieza el comisario, preguntando por los asesinos.

—No están señor, habrán huido, exclamó un vigilante, aquí solo huy este infeliz amarrado como un cristo.

—Desatarlo, desatarlo pronto, replicó este, para que este hombre pueda declarar lo que ha pasado, tal vez los malhechores no estén lejos y sea posible echarles el guante.

El jorobado fué desatado, pidió un poco de agua para refrescarse la cabeza, pues ya se sofocaba, y en seguida prestó una declaracion graciosísima, por la malicia con que fué improvisada.

—Yo dormia tranquilamente, dijo, cuando de repente desperté por el ruido del pestillo de la puerta que se abria sin cautela alguna, por lo que supuse que mi vecino se habia equivocado de cuarto.

De pronto sentí pasos en direccion á mi cama y un pájaro que se escondia á dos pulgadas de mis narices.

Me incorporé dominado por el mas acerbo miedo, pero demasiado tarde—dos hombres se lanzaron sobre mí, y mientras uno me tapaba la boca, oprimiéndomela de una manera brutal, el otro me ataba las manos fuertemente.

Estos hombres eran: uno lampiño, con gorrilla colorada, alto y delgado—el otro era un mulato calzado con una especie de zapatillas que no hacian ruido.

Yo me desesperaba porque queria pedir á aquellos hombres que no me mataran, pero no podia hablar, estaba completamente amordazado.

—Ponele la esponja, dijo el de la gorra colorada—ponele la esponja, pues es preciso no perder un solo minuto.

El mulato puso entonces bajo mi nariz una esponja empapada en un líquido muy fuerte, mientras el otro prójimo, armado de un fierro, se arrodillaba en el suelo y se ponía á trabajar silenciosamente.

Poco á poco fuí experimentando una sensacion como si me desmayara, hasta que quedé sin saber lo que me sucedia.

Cuando he vuelto en mi estaba solo, los hombres habian desaparecido y la luz del dia empezaba á entrar por la hendija que, sin duda al salir dejaron en la puerta.

Entonces vi aquel agujero que han abierto en la pared y mi cuarto limpio de efectos, pues he sido miserablemente robado.

Al concluir este relato el jorobado se puso á llorar como un recién nacido, era humanamente imposible imitar con mas verdad una desesperacion tan dolorosa.

No he oido desde que desperté, añadió, el menor rumor en la pieza del vecino. Tal vez los ladrones que han entrado por ese agujero hayan asesinado al joven ese, porque no habrán podido atarlo como á mí.

El comisario entonces observó atentamente el agujero practicado en la pared divisoria, haciendo al mismo tiempo una minuciosa pesquisa en la habitacion del jorobado.

Allí encontró la esponja empapada en cloroformo, que dijo Parodi ser la que le habian aplicado bajo la nariz.

En cuanto á ropas y otros objetos, no se veia la menor pieza, como el malicioso y previsor jorobado habia hecho llevar con sus compañeros el traje que vestia, porque este estaba súcio con el reboque y la tierra del agujero por donde habia pasado.

Aquella ropa súcia de esta manera, hubiera sido un cuerpo de delito y aún una terrible pieza de conviccion.

Parodi, pues, habia tenido muy buen cuidado de sacar del cuarto todo aquello que pudiera enjendrar la menor sospecha contra su persona.

—Es preciso penetrar á esa pieza donde quizá se ha cometido un crimen, dijo el comisario, y donde hallamos algo que nos sirva de punto de partida para la pesquisa.

Se golpeó la puerta al alemán, pero no se obtuvo la menor respuesta—se rompió un vidrio para penetrar por el postigo, pero esto fué inútil tambien, porque la puerta estaba perfectamente asegurada por el lado de adentro.

Era, pues, preciso pasar por el agujero abierto por los ladrones.

El comisario tuvo que ordenar por repetidas veces á uno de los vigilantes que entrara, porque este decia que del lado de adentro podia haber quien esperara garrote en mano á que alguno metiera la cabeza para deshacerse de un golpe.

Por fin el vigilante se metió en aquella especie de ratonera y se fué derecho á la puerta del patio que abrió precipitadamente.

El espectáculo que se ofreció á los que entraron, fué triste y aterrante.

En el suelo y cerca del agujero, habia una gorra de vasco que recogió y examinó el co-

misario, como así mismo un par de alpargatas que estaban próximas á la mesa de luz.

Una caja descerrajada y vacía, probaba que los ladrones habian despachado el negocio en regla, y junto á la caja un formon y una barra de acero, aguda en las estremidades, que eran sin duda los instrumentos de que se habian servido para descerrajarla.

Sobre la cama, lívido y con una rijidéz cadavérica, estaba tendido el alemán, muerto, á la vista.

El comisario se le acercó, conmovido por el espectáculo y le tomó el pulso cuyos latidos no se sentian; le aproximó su cara á la boca y le pareció sentir una ligera respiracion.

Estaría muerto aquel hombre, ó simplemente desmayado? No se le notaba señal alguna que pudiera acusar un golpe ó una muerte por estrangulacion, que era lo mas posible.

Se le registró el cuerpo minuciosamente, y no se le halló la mas leve herida.

De que provenia aquel estado de insensibilidad?

El comisario envió á buscar un médico para que reconociera aquel hombre, mientras él concluía de registrar la habitacion.

Los ladrones no habian tocado al parecer, mas mueble que la caja de fierro, lo que indicaba que tenian perfecto conocimiento del paraje donde estaba el dinero.

Quiénes podian ser aquellos cacos habilísimos que se presentaban en exena por primera vez?

A juzgar por la declaracion del jorobado y sobre todo por aquella boina y alpargatas, estos debian ser un vasco y un mulato.

Aquellas prendas, las mas esenciales del vestido, olvidadas allí tan sin motivo, hubieran hecho vacilar á un buen agente de pesquisas, pues era indudable que habian sido dejadas intencionalmente.

Pero para nuestra policia eran pruebas incontestables—los ladrones debian de ser un vasco que habia olvidado la boina y un mulato que se habia sacado las alpargatas para haer menos ruido, olvidándolas á la retirada, sin duda por la precipitacion con que habian salido.

El médico que se habia enviado á buscar llegó y procedió al reconocimiento de aquel supuesto cadáver.

—Desde que se acercó á la cama comprendió por el olor que de ella emanaba, que aquel individuo estaba bajo la accion del cloroformo, aplicado de una manera brutal.

—Es fácil que este hombre muera, dijo, pero la ciencia tiene recursos y antes de agotarlos no hay que perder las esperanzas.

Se envió á buscar medicamentos á la próxima botica y el médico se puso sobre tablas

á disipar en lo que era posible la influencia del cloroformo.

—Dios bendito, exclamaba el jorobado mirando aterrizado el cuerpo del alemán—de buena he escapado yo, aunque mi dinero se lo lleva la trampa.

Los agentes de la autoridad se retiraron lamentando el suceso, y con la esperanza de dar pronto con los ladrones.

Alli solo quedó el alemán, el médico que lo atendia, un vigilante para lo que fuese necesario y el jorobado á quien el traje que le habian llevado le imposibilitaba de salir.

Entre los vecinos, conmovidos con la desgracia de aquel misero jorobado, se levantó una suscripcion de ropa, que le permitió vestirse y trasladarse á la herreria.

Parodi ardia en deseos de ir á lo de Silva á tomar parte del robo, pero aplazó este placer para el siguiente dia, temeroso de que le fueran á seguir.

A eso de las doce del dia el alemán empezó á dar señales de vida que hicieron concebir al médico buenas esperanzas de salvarlo.

A la noche volvió el comisario y se le dijo que el enfermo estaba notablemente mejorado, pero que el médico le habia prohibido hablar con persona alguna.

Recien al otro dia estuvo en estado de poder hablar y vino el comisario á tomarle declaracion, declaracion que poco habia de adelantar á los datos ya adquiridos.

—Cuando me he acostado á dormir, dijo, estaba perfectamente bueno y cuando he despertado tenia una gran pesadez en la cabeza, estrañándome sobre manera encontrar á mi lado un médico prodigándome sus auxilios profesionales.

Despues he sabido por las personas que me rodearon que he sido robado la otra noche, pero yo no sé lo que puede ser esto.

—Y no recuerda usted que le haya sucedido cosa alguna de estraordinario despues que usted se acostó aquella noche? le preguntó el comisario con interés.

—Yo recuerdo vagamente que cuando dormia me pareció sentir gente que andaba en el cuarto y que hablaban en voz alta; pero yo no podia moverme—algo me retenia en la cama.

Despues caí en un sopor pesadísimo y quedé profunda y agradablemente dormido; no tengo conciencia de nada mas.

El comisario tuvo que conformarse con esta declaracion que en nada podia ayudar á su pesquisa y se retiró muy mortificado, pues creia que con la esposicion del alemán muy pronto daria con los ladrones.

Le quedaba el consuelo de saber que estos habian sido un vasco y un mulato y esto era ya algo para la Policia de aquel tiempo.

Se llamó de nuevo al jorobado para que prestara declaración, y este, que tenía una memoria felicísima, repitió en un todo y como si la supiese de memoria la declaración que había hecho primeramente y que servía de cabeza de proceso.

La policía se dió de calabazadas, pero el robo aquel quedó envuelto para ella en el mas absoluto misterio, como hubiera sido ignorado hoy mismo si Parodi no lo hubiera narrado á los estudiantes del hospital de hombres, con los minuciosos detalles que acaban de leerse.

Dos días despues de practicado aquel robo, el jorobado se trasladó á casa de Silva donde recibió religiosamente su parte con la mas espontánea admiración de sus colegas.

El jorobado acababa de sentar su fama con aquel golpe de habilidad y audacia tan felizmente concluido.

—*Diabos*, dijo el portugués, si seguimos *asim* pronto vamos á salir de pobres y podremos muy bien largarnos cada uno por su lado.

—Y seguiremos, espuso el jorobado embolsándose los pesejes, seguiremos, porque ahora van á empezar los trabajos en grande escala.

El jorobado desde entonces adquirió un gran prestigio y sentó su fama de hombre precavido y hábil para los negocios de punga.

—Es necesario, dijo, organizar pronto la compañía, porque vamos á necesitar gente,

pues ya no solo se trata de trabajar en dinero sino de mudar á nuestras casas un par de joyerías de las buenas.

—Lo que es yo, agregó el tuerto Grammarra, me comprometo á traer dos ó tres compañeros que no me han de hacer quedar mal, y el negrito á su vez puede traer un amigo con quien ya ha trabajado.

—Eso y mas que pueda, replicó Gonzalez— con patrones así vale la pena de trabajar toda la vida porque aprovecha.

—Lo que es yo, señor, dijo el famoso portugués da Silva, juro no descansar hasta no hallar á Palma, que es el hombre que nos falta.

Y con estas tres promesas, porque Montovia no conocía á nadie, los cinco ladronazos se separaron, despues de citarse para dentro de tres días en la misma casa de da Silva do Montes.

Desde el día siguiente, el jorobado, para mejor disimular, se puso á buscar cuarto, so protesto de que tenía gran miedo de seguir viviendo en la habitación donde había escapado á tan sério peligro.

El alemán sanó por completo de su indigestion de cloroformo y la Policía no se volvió á ocupar mas del asunto, considerándose caso completamente perdido, pues el vasco y el mulato debían haber emigrado del país.

## LA GAVILLA ORGANIZADA

Ocho días despues de estos sucesos, se encontraban reunidos en casa del portugués Silva todos nuestros conocidos y algunos otros personajes que aquellos habían llevado.

Estos eran don Joaquin Correa de Mattos, portugués tambien, llevado por Silva, José Portete, amigo del negrito jugador y el famoso Antonio Palma, carpintero genovés.

Vamos á diseñar á grandes rasgos á estos tres nuevos tipos, que unidos á los otros cinco fueron mas tarde el terror del comercio y de las familias de Buenos Aires.

Antonio Palma era un hábil carpintero, pero cuya fama de tal entre la gente honesta, era menor que la que había conquistado entre los *peines*, como ladrón consumado y vivo para practicar ciertos tiros calificados por sus compañeros de difícilísimos.

Palma era un ladrón audaz y de cierto valor personal que le hacía arrostrar sereno y con gran aplomo ciertos serios peligros.

Su fisonomía era muy agradable en su conjunto y hermosa en el detalle, y poseía una

fuerza muscular tan poderosa, que por esta condicion se había conquistado el *álías* de *el fortacho*.

Palma no era tan hábil y previsor como el jorobado, pero ayudadas las condiciones intelectuales de este, por la audacia incomparable y fuerza muscular de aquel, debían formar un total terrible y capaz de todo, por peliagudo que fuera.

Palma llegó á ser el segundo capitán de aquella terrible gavilla que el jorobado dirigía desde su aposento en los tiros vulgares, y personalmente cuando el negocio que traían entre manos era delicado.

El trabajaba con empeño allí donde se necesitaba el concurso de su inteligencia y prevision, y Palma era el que tomaba la *batuta* cuando la empresa requería audacia y fuerza de *muñeca*, arriesgando dar las narices contra las puas del gallo policial.

Y Palma llegó á ser el Judas que por una simple promesa de dejarlo libre, vendió á la Policía el secreto de la asociación.

José Portete era un hombre de regular estatura, blanco, de fisonomía vivísima y de genio sumamente travieso.

Como Palma, Portete poseía una fuerza hercúlea y un valor á toda prueba.

Era genovés y antiguo marinero de un buque mercante que hacía la carrera entre aquel puerto y Buenos Aires.

Portete estaba eternamente riendo, pues no había desgracia capaz de hacerle perder su buen humor habitual y sus eternas jugarretas.

Este ladronazo era tan franco, á causa de su poca vergüenza, que cuando fué reducido á prision, confesó con la mayor naturalidad que él había sido cómplice en todos los robos que se le imputaban y muchos otros que creía no conocía la autoridad, puesto que de ellos no hacía mencion.

Portete había sido antiguo sócio de Palma, por lo que las proposiciones que se le hicieron no le sorprendieron en lo mas mínimo, aceptando alegremente las condiciones que se le impusieron.

Joaquín Correa de Mattos era el tipo mas sublime de toda aquella especie de Bohemia de ladrones y criminales de todo género.

Joaquín Correa de Mattos, tenía, como su paisano Silva, todo el aspecto de un noble personaje portugués que vivía de enormes rentas.

Miraba como perdonando la vida de los que con él hablaban y era un gallina de primer orden, condicion que no le impedía sacudir un buen sopapo, cuando veía que su antagonista se dejaba intimidar por su aspecto feroz de perdona-vidas.

No tenía oficio conocido, en el orden honesto, y sin embargo siempre tenía los bolsillos llenos de dinero que ganaba en las casas de juego ó en pequeñas raterías, pues Mattos no era un ladrón de avería, sinó lo que antiguamente se llamaba un caballero de industria y lo que hoy los lunfardos califican de *rappa*.

Mattos había venido á Buenos Aires de edad de catorce años, teniendo treinta cuando lo presentamos en exena.

Los diez y seis años que median entre estas dos edades, los había empleado en vagar por Montevideo y Rio Janeiro, viniendo por fin á fijar su residencia en Buenos Aires, donde se entregó por completo á la punga.

Al principio Mattos se quiso dar gran importancia entre sus nuevos cólegas, ponderando sus habilidades y sobre todo su valor descomunal, pero Palma le tapó la boca enseñándole uno de sus puños que parecían bolas de jugar á las bochas.

Ante semejante argumento, Mattos disminuyó sus bravatas y se conformó con las condiciones de los demás cólegas: trabajar bajo la direc-

cion del jorobado cuya pasmosa habilidad conocian prácticamente, y dividir el producto de los robos en partes iguales.

—Ahora mis amigos, dijo Parodi yo me retiro á madurar un plan de ataque á una casa de negocio, y á confeccionar las llaves que nos han de hacer entrar —dentro de cuatro días nos volveremos á ver aquí mismo, y probablemente tendré alguna buena noticia que darles.

Montovia, el negrito, Gramarra y Portete, que eran los peor entrazados, salieron á la calle.

Los dos portugueses, Palma y el jorobado se fueron al café á echar una copa.

Allí, entre copa y copa empezaron á discurrir sobre un tiro que ya tenía en vista el maldito jorobado.

Este tiro era contra un almacén de consignaciones frente á la capitania.

Tales fueron las teorías desarrolladas por Parodi, que el mismo Palma que era un ladrón finísimo y de grandes recursos, quedó asombrado.

—Con semejante sócio, decía, puede uno ir á robar al mismo infierno, sin peligro de ser sentido por el mismísimo *ravío*.

Joaquín Correa de Mattos en su manía de ser superior á todos, echó un gran discurso tratando de demostrar que él era mucho mas hábil y previsor que Parodi, pero quedó derrotado á las primeras de cambio.

Da Silva quiso ponderar los altos méritos de su paisano pero tuvo que declararse vencido ante las pasmosas teorías del jorobado.

—Yo les voy á demostrar, les dijo Parodi, que bajo mi direccion no tienen nada que temer y si mucho que aprovechar —por lo pronto he aquí mi proyecto de estremo.

La casa de consignacion donde vamos á dar golpe, tiene un fuerte capital, segun he podido curiosear á la pasada, dentro de dos ó tres días habré preparado las cosas de manera que podamos entrar y salir sin que lo pueda sentir ni una *sinsá*.

Ahora es bueno separarnos para no dar nada á sospechar —pasado mañana nos reuniremos en casa del amigo Silva, donde espero comunicarle algo de importancia.

Los cuatro ladrones, considerando muy entradas en razon las palabras del sócio director, se separaron tomando cada cual el camino de su respectiva morada.

Joroba se largó á su herrería donde durmió como un bienaventurado, despues de haber colocado en lugar seguro el producto de su última punga.

Al día siguiente salió muy de mañanita y se metió en un café situado al lado de la capitania del puerto, desde donde podia observar á su sabor, sin inspirar la menor descon-

fianza, el almacén que había despertado su codicia.

Este era un almacén de consignaciones situado al mismo lado del templo inglés que aún existe frente á la capitania del puerto.

A este almacén venían todos los capitanes de buques de ultramar, á dejar ó vender los artículos del extranjero y á hacer sus provisiones para viaje.

Durante el día el almacén estaba concurridísimo, pero á la caída de la noche, cuando los capitanes se retiraban ya á bordo de sus buques, ya á su alojamiento en el hotel, el almacén quedaba completamente solo, sin más vivientes que los dos muchachos que atendían al mostrador y un viejo piemontés que era el patron.

El jorobado estuvo observando el movimiento del almacén durante unas dos horas largas, al cabo de las cuales se retiró por no despertar sospechas, pues su estraña facha llamaba la atención de todos.

A eso de las cinco de la tarde volvió y entró al mismo fondin á comer, sin perder de vista lo que en el almacén sucedía, para estar bien al cabo de todo.

Ya llevaba preparados en el bolsillo dos pedazos de cera para sacar los moldes de la cerradura del almacén, á donde entró así que concluyó de comer y abandonó el café.

Preguntó por varios artículos que compró y mientras miraba unas capas de goma colgadas en el techo, se apoyó contra la puerta, como quien descansa un poco y oprimió la cera contra la boca llave sacando un espléndido molde.

Ya estaba resuelto el problema de entrada.

El jorobado se retiró con los artículos que había comprado y se puso á dar vuelta la manzana pues faltaba lo mejor: saber si adentro del almacén dormían los dependientes ó el patron.

Segun el resultado de esta última *vichada*, debía combinar el tiro de una ú otra manera.

El jorobado tuvo la felicidad de ver que el patron primero, y los dependientes despues, salían del almacén cerrando las puertas.

Frotándose las manos como pobrete que se ha sacado la loteria, el jorobado se dirigió á su herreria, donde se puso inmediatamente á fabricar la llave, con arreglo al molde.

El jorobado pasó mala noche, pero en cambio al otro día muy de madrugada, las llaves estaban concluidas sin que de ellas se hubiera impuesto ninguno de los oficiales.

El jorobado fingió un fuerte dolor de cabeza y cuando entraron los oficiales les dijo que podían seguir su trabajo, pues él estaba muy enfermo y no podía hacer nada.

Durmió toda la mañana, levantándose á eso de las dos de la tarde y salió á la calle con el

pretexto de dar un paseo por el bajo para que se le pasara el dolor de cabeza.

Pero en realidad iba á dar su último golpe de ojo al interior del almacén, para no equivocarse respecto á la colocación de la caja y muebles susceptibles de contener dinero.

El jorobado entró al almacén á comprar unas conservas y con ese golpe de vista maravilloso que le era característico, fijó en su memoria la situación del almacén.

Hecho esto, comió en la fonda y á penas oscureció se vino á casa da Silva donde le esperaba ya la gavilla impacientemente, estrañando que aun no hubiera parecido.

El jorobado fué recibido con una gran manifestación de alegría que espresaba el deseo con que era esperado.

El jorobado mostró las flamantes llaves y la alegría general no reconoció ya límites.

—Aquí están las llaves dijo, y puedo asegurarles que esta noche daremos el golpe.

—Es preciso entonces que tomemos nuestras precauciones, dijo Correa de Mattos dándose gran importancia—voy á trazar el plan de ataque, de manera que *fiquen* espantados todos os diablos.

—No hay que darse importancia, replicó Palma, y dejar la dirección de todo al amigo Parodi que sabe más que todos nosotros juntos—no hay, pues, que charlar de más que es perder tiempo inútilmente.

El portugués tuvo que callarse la boca, aunque sonrió de una manera diabólica, como presagiando un descalabro.

—No hay que reirse portugués, dijo el negro, que el gringo es más sábio que un libro de versos; el tiro que él no haga no lo hará ni el mismísimo demonio.

Correa de Mattos, aunque con grandes iras, tuvo que callarse y escuchar como los demás el plan que había confeccionado Parodi.

Los datos de este célebre robo los hemos obtenido de boca del doctor Langueneheim, que fué padrino de confesion del jorobado y que ha tenido la bondad de trasmitirnoslo.

—Yo y Palma, Montovia y Silva, dijo el jorobado, iremos á dar el golpe—los otros tres pueden esperar aquí, por si acaso hay necesidad de ayuda.

Aceptado el plan, todos esperaron charlando alegremente á que llegaran las once de la noche para ponerse en camino, á cuya hora salieron con gran sigilo, dos primero y dos despues.

El jorobado había formado una gran opinion de Palma, opinion que fué confirmada en la práctica, lo que hizo que prefriese la compañía de este á la de cualquier otro de la gavilla.

El famoso pinguista mandó á Silva y á Montovia que se situasen en la esquina de

Cangallo y Reconquista, con el ojo alerta, para hacerse perdiz así que sintieran al sereno, cuya parada era la esquina de Cangallo y 25 de Mayo.

El, acompañado de Palma, se encaminaron rectamente al almacén, y se detuvieron en el portón de la capitania, hablando como dos amigos que habiéndose acompañado hasta allí, tratan de separarse.

Cuando el sereno se movió de su parada y tomó la calle de Cuyo en dirección a la de Reconquista, Palma y Parodi atravesaron la calle rápidamente, y este último introdujo la llave en la cerradura, que giró sin el menor inconveniente.

Empujaron cautelosamente la puerta, pero esta no cedió.

—*Porco de un frate*, gruñó Palma; esta puerta está cerrada por el lado de adentro, lo que quiere decir que alguien duerme aquí esta noche.

—Sacramento! respondió Parodi, la puerta no cede, pero yo juraría que adentro no hay nadie: esto puede ser una casualidad que esta noche haya quedado alguno y la puerta esté cerrada por dentro, ó es un inconveniente natural en ella, que cedería á una presión mas fuerte.

—Pues vamos á empujarla hasta que ceda, indicó Palma.

—Es que si hay alguien adentro, nos sentirá y perdemos el golpe.

—Entonces entro yo, y con una lijera presión de mano en el cogote, me encargo de educirlo á silencio.

El jorobado miró á Palma de una manera atrevida, encontrando que la cosa no era muy lescabellada, pero su cobardía pudo mas que sus instintos, y replicó:

—No hay necesidad de recurrir á ese medio todavía.

El jorobado retiró precipitadamente la llave, y tomando á Palma por el brazo, se dirigieron rápidamente por la esquina de la calle Cuyo.

En la de Cangallo, con su ojo práctico y avezado, el jorobado acababa de divisar el resplandor de la linterna, que acusaba la presencia del sereno.

Dieron vuelta y se juntaron con los otros dos compañeros que habían tomado su dirección á la calle de San Martín, para no ser vistos por el guardián nocturno.

—Golpe en vago, dijo el jorobado, vamos á tener que esperar á mañana, pues parece que hay gente adentro.

—*Maldigao*, dijo da Silva enfadado, préstame las llaves y corre de mi cuenta el *patife* que está dentro—á grandes males los últimos recursos.

—No hay que apurarse, repuso Parodi, mañana damos el golpe sin compromiso alguno;

—ahora váyanse no más ustedes que nosotros quedamos aquí para cerciorarnos si es inconveniente de la puerta ó si es que esta está cerrada por el lado de adentro.

Montovia y Silva se retiraron y Palma y Parodi volvieron á la esquina, para ver de que manera podían averiguar con certeza si había ó no gente adentro.

Silva iba resongando, porque según él el tiro se perdía por cobardía, pero hubo de consolarse con las observaciones juiciosas de Montovia, que le aseguraba que el jorobado no se mamaba el dedo.

Palma y Parodi empezaron á cambiar ideas en esta forma.

—Quedándonos aquí hasta la madrugada, para ver si la puerta la abren de adentro ó de afuera, dijo el jorobado, podemos ser sospechados por el sereno.

—Si, repuso Palma, pero es el caso que tenemos que estar aquí para ver como abren la puerta.

—Pues resolvamos la cuestión de la manera siguiente, concluyó el jorobado, que es la manera mas práctica y eficaz para salir de este apuro.

—Cuando se retire el sereno, pasaremos un palito en la juntura de la puerta, bien arriba para que no lo pueda sacar un viandante travieso, retirándonos nosotros á cierta distancia, para no inspirar sospechas.

Cuando abran el café volvemos, y nos metemos adentro en observación; si el palito no está, es porque alguien ha salido de adentro volviendo á cerrar, si está el palito esperamos que abran la puerta, para ver si esta operación la hace el que viene ó el que sale.

Encontrando Palma perfectamente entrado en razón este modo de pensar, se fueron á dar una larga vuelta para hacer tiempo, mientras llegaba la hora á que se abren las casas de negocio.

Después de dar un buen paseo por el bajo aspirando el aire purísimo de la mañana, Palma y el jorobado regresaron, observando al pasar, el almacén.

La puerta permanecía cerrada y el palito en el mismo paraje, donde había sido colocado.

—Nadie ha salido, dijo Palma restregándose las manos con aire de satisfacción.

—Nadie ha salido—replicó el jorobado mirando á Palma con un espresion de infinita picardía y ambos se colaron al café de enfrente, abierto ya, donde pidieron una taza de café con leche.

Cualquiera que hubiera observado á estos dos truanes, no habría podido sospechar que traían un famoso proyecto de robo entre las manos.

Hablaban en alta voz é indiferentemente de cosas generales, mientras tomaban su respec-

tiva taza de café, acompañadas de sendas rebanadas de pan con manteca.

Pero el café no les preocupaba tanto que perdieran de vista el punto de su observacion —pero el almacén permanecia cerrado.

A la media hora de estar allí, llegó un individuo; en quien el jorobado reconoció uno de los dependientes, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta, para lo cual tuvo que darle un violento empujon.

Palma y el jorobado cambiaron una mirada que queria decir: la resistencia que encontramos fué ocasionada porque la puerta cierra mal, como lo habiamos previsto.

—No hay que desmayar, dijo el jorobado, completando aquella mirada, no hemos perdido mas que una noche, porque hoy daremos el golpe con pleno conocimiento del terreno.

Después de haber pagado lo consumido, ambos salieron del café, Parodi en direccion á la herreria, para reponerse de la mala noche, y Palma en direccion á la casa de Silva, á dar cuenta de lo sucedido y á acostarse tambien, puesto que aquella otra noche iba á ser de velada y de emociones.

A eso de las ocho de la noche se hallaban todos reunidos en casa del portugués da Silva, donde comieron y salieron en el mismo orden de la noche anterior, á eso de las 11.

Montovia y Silva quedaron en observacion en la esquina de Cangallo, mientras el jorobado y Palma iban á esperar la vuelta del sereno para colarse en el almacén.

—Si no hemos venido cuando el sereno dé la segunda vuelta, dijo Parodi, ustedes siguen rápidamente al almacén y entran, porque será señal que no hemos encontrado tropiezo.

Los cuatro lunfardos se separaron y cuando el sereno abandonó su puesto cantando las doce y media, el jorobado introdujo la llave en la cerradura, la hizo girar, pero la puerta resistió como la noche anterior.

—Ya te conozco mascarita, dijo, y apoyando el taco sobre el escalon hizo fuerza con la punta del pié contra la puerta, de una manera tan hábil, que esta cedió sin producir el menor ruido.

—Ahora, dijo Palma, que venga el mismo diablo en figura de almacenero, á impedir que nos llevemos lo que hay aquí dentro.

Los dos lunfardos entraron rápidamente, dejando la puerta solo apretada, para que pudieran entrar los otros dos, segun lo convenido.

Palma y Parodi no necesitaban la ayuda de sus compañeros, sinó para transportar algunos bultos y efectos, pues allí no habia de existir gran cosa en dinero.

Una vez dentro, se repartieron de la siguiente manera:

Mientras Parodi registraba los muebles en busca de dinero, Palma debia ir preparando

los efectos que habian de llevar sus compañeros, lo que hizo con una presteza admirable.

Algunas alhajas y cosas de valor que estaban allí depositadas para venderse, fueron empaquetadas por Palma, mientras Parodi hacia su famosa pesquisa en los muebles.

Así, cuando entraron los otros sócios, todo estaba listo para la retirada.

Solo el jorobado, con la paciencia de Job, escudriñaba todos los muebles interrogando sus junturas, como si quisiera descubrir algun secreto ó algun doble fondo.

Esta operacion la podia hacer con toda comodidad, porque como era preciso que esperaran la retirada de los serenos para poder salir con los bultos, tenian mucho tiempo disponible.

De pronto, y cuando ya no creian encontrar mas de unos dos ó tres mil pesos que habian en los cajones del mostrador, el jorobado miró á Palma de una manera especial y golpeó con el cabo de un formon uno de los lados de la caja de hierro, diciendo con una sonrisa diabólica:—aquí hay un secreto, y por consiguiente dinero, mucho dinero.

Palma empezaba á perder la paciencia, diciendo á Parodi que ora mejor romper la caja, porque dentro de poco seria ya de dia y tendrian entonces que salir á uñas de buen rocín, abandonando lo que hubiera en el interior de la caja.

El jorobado no hizo caso de las recomendaciones de Palma y siguió esperando con una paciencia envidiable, que poco después halló su recompensa.

El jorobado descubrió el secreto, dentro del cual habia la honesta suma de cincuenta y seis mil pesos, que pasaron á su bolsillo con una destreza que envidiaria el mismo Hermann.

El júbilo de aquellos cuatro ladronazos fué inmenso cuando el jorobado enarboló triunfante el rollo de billetes de Banco, que fueron sobre tablas contados en el mostrador.

—Cincuenta y seis mil pesos, dijo Palma, es un soberbio tiro—propongo que nos los repartamos entre los cuatro, sin decir una palabra á los otros, puesto que corremos solos el riesgo de ser tomados.

—Apoyo con franqueza esta proposicion, replicó da Silva puesto que en su adquisicion no han figurado ellos.

Y con una equidad maravillosa, se repartieron la elegante suma de catorce mil pesos por barba.

—Dios esta de nuestra parte porque nos toca una suma redonda, lo que quiere decir que no defraudamos los intereses de nuestros sócios, si Dios no creyera que esto es justo, las sumas nos hubieran tocado fraccionadas.

Los otros tres ladrones festejaron alegre-



mente la aplicacion de las teorías cristianas que hacia Parodi y fueron arreglando sus respectivas cargas, pues ya debia ser un poco tarde.

El jorobado se puso á destruir todos los rastros que pudieran haber dejado, mientras sus socios repartian la carga que debian llevar, pues él, en consideracion á su joroba estaba libre de este último trabajo.

Poco despues que Parodi destruia el último rastro que pudiera delatarlos ante el ojo poco esperto del gallo policial, sintieron el pito de los serenos que tocaba retirada.

Esta era la señal de que la ciudad quedaba sin vigilancia alguna, entregada por completo á los habitantes del mundo lunfardo.

Los ladrones permanecieron en el almacén un cuarto de hora mas, al cabo de cuyo tiempo Palma entreabrió la puerta y miró hacia la calle.

No se veia alma viva.

Era preciso apresurarse y mucho, porque el café de enfrente lo abrian muy de madrugada, y si se demoraban mucho los verian salir, denunciándolos á la policia.

Montovia y Palma, como mas fortachos, se echaron al hombro los mas morrudos paquetes, saliendo los primeros en direccion á casa de Silva, fijada como punto de reunion.

En seguida salió este, llevando un paquete bastante pesado, y cerró la marcha el jorobado á quien solo habia tocado un pequeño paquete de los objetos mas valiosos y que podia llevar debajo del brazo.

Parodi cerró la puerta con doble vuelta de llave, como la halló á su llegada, y se fué primero á la iglesia de la Merced, donde oyó la primer misa, y en seguida á casa de Silva.

Palma habia ya referido todas las peripecias de la noche, haciendo tales ponderaciones del jorobado, que cuando este entró fué recibido con mil felicitaciones y apretones de mano.

Sobre tablas se hizo allí un reparto de lo punguado, junto con los pocos pesos hallados en el cajon del mostrador, único dinero que dijeron haber hallado.

Segun cálculos de Silva y Palma, que eran los mas prácticos, evaluaron el total de lo robado en unos ciento cincuenta mil pesitos.

Hechas las partes, cada uno se retiró á su casa con su respectivo paquete á esperar las medidas que tomara la autoridad policial, refocilándose grandemente de antemano al pensar la confusion que tendrian los comisarios al buscar inútilmente un rastro que les condujera á la buena pesquisa.

Al otro dia, cuando el principal dependiente abrió la puerta del almacén y contempló el gran desorden que reinaba en el interior, no tuvo duda de que habian cometido allí un

valioso robo, y salió á la calle dando grandes voces de auxilio.

Poco despues todos los vecinos acudian al almacén, entristecidos al contemplar la ruina en que quedaba su honrado dueño.

Los ladrones no habian dejado el menor objeto que pudiera llamarse de valor, llevándose cuanto hallaron á mano, que era la mayor parte de lo que contenia.

Fué prevenido el dueño del almacén, que al saber lo sucedido, se agarró la cabeza con ambas manos, en prueba de la mas honda y amarga desesperacion, y la policia envió inmediatamente un comisario.

Al principio solo le quedaba una esperanza, y esta descansaba en el secreto de su caja, con el que seguramente no habrian dado los ladrones—pero esta esperanza se le desvaneció bien pronto—ellos habian dado con el secreto y se habian llevado aquellos cincuenta y seis mil pesos, que tenia para cubrir un vencimiento de aquel dia fatal.

La Policia puso todo su empeño en aquella pesquisa, pero fué en vano.

Esta vez, como en el robo anterior la autoridad se estrellaba contra el jorobado y muy hábil tenia que ser para tomar un hilo que aquel no lo hubiera destruido á tiempo.

En vano se interrogó á los dueños del café de enfrente, estos no habian visto nada, en vano se interrogó duramente al sereno, este juró de todas maneras y por todos los santos que el robo no podia haberse cometido durante la noche, pues él tenia su parada en la esquina y por hábiles que hubieran sido los ladrones, algo habria sentido.

El señor Cazon era un hombre recto y empeñoso—aquella impotencia de la autoridad á su cargo contra aquella gavilla de ladrones que suponía existir, le mortificaba sobre manera. asi es que puso toda su buena voluntad en servicio de aquella pesquisa, á la que ayudó personalmente, pero todo fué inútil.

Los ladrones estaban admirablemente bien organizados y parecia de todo punto imposible poder dar con la guarida donde se albergaban.

Vanas, pues, fueron todas las pesquisas de la policia—aquel robo quedó en el misterio que habia envuelto á los anteriores y que iba á rodear á los que á este siguieran.

Los agentes de policia eran activos é inteligentes, pero les faltaba esa gran práctica y golpe de ojo que caracteriza nuestra actual policia de seguridad.

La gavilla organizada por el jorobado podia estar tranquila y seguir en su plan de ataque contra las casas de negocio, en la seguridad de no ser sorprendida.

Cinco ó seis dias despues de haber sido robado el almacén de consignaciones, Parodi cita-

ba á su gavilla para tener una reunion en la casa de Silva.

Una vez reunidos, el jorobado tomó la palabra:

—Ya está visto, dijo, que no tenemos un enemigo muy terrible en la Policia, así es que es preciso que cada nuevo robo que efectuemos, lo hagamos aproximándonos mas al departamento.

—Esa es una temeridad, dijo el negrito Gonzalez, y un arriesgon que nos puede costar caro, ¿para qué nos vamos á meter á la boca del lobo?

—Para divertirnos y por especulacion, repuso el jorobado, mientras mas próximo á la Policia sea el robo, será mayor la rábía de los agentes, se turbarán ante tanta audacia y nosotros podrán dar con nuestro paradero, suponiéndonos mas lejos de lo que estamos.

—Tiene mas agallas este gringo que un dorado de media cuadra - saltó el negrito relampagueando los ojos, por eso me gusta y por eso le han de salir bien todas sus empresas.

—Estas cosas no son de agallas, que yo tambien tengo tantas como el mejor, dijo el tremendo Correa da Mattos, que no perdía ocasion de llevar la contra—es preciso tener ingenio y eso no lo tienen todos.

—Pero por todos nosotros lo tiene Parodi, replicó Palma á quien fastidiaba mucho el portugués, y el que no este contento puede quedarse en su casa que bien poca falta hace.

—No hay que enojarse por tan poco, replicó Mattos, que yo no lo he dicho por mal y soy el primero en admirar los talentos de nuestro compaño.

—Pues como digo, repitió el jorobado, la policia no puede suponer que nos vamos cerca de ella á cometer nuestros negocios, y por consiguiente los puntos que estén mas próximos á ella serán los menos vigilados.

Todos los rateros aquellos encontraron que las razones dadas por el jorobado eran de primer orden y que por consiguiente el próximo tiro lo debían dar á las barbas de la autoridad.

—Cuál es el sitio donde hay mas dinero? preguntó á sus compañeros, mucho mas prácticos que él en el conocimiento de las casas de negocio.

—El sitio donde hay mas dinero, replicó Silva con los ojos como linternas, presumo que debe ser el Banco de la Provincia—allí, agregó, debe haber grandes sumas.

Aquellos bribones fijaron todos sus ojos en el jorobado, con gran curiosidad, ansiosos de saber si este era capaz de acometer una empresa tan famosa, que realizada los sacaría de pobres.

—Por ahora no tengo los instrumentos necesarios, contestó Parodi, pero esto no quiere decir que renuncie á la empresa;—dentro de

poco pienso invitar á ustedes para esa empresa que parece imposible.

Fué tal la seguridad con que hizo esta promesa, que los ladrones lo miraron con una especie de profunda admiracion.

Decididamente no tenían ideado que existiese un personaje tan audaz y tan hábil como aquel pequeño jorobado.

Cuando él lo dice así, exclamó Palma, es porque ya tiene la idea, y en hombres así, de la teoria á la práctica no hay mas que una pisada.

—Ah! hijo del país - concluyó el negrito, el dia que rohemos al Banco yo, por mi parte, voy á ser peor que gobierno malo, peor que Rosas mismo.

Esta salida de Gonzalez produjo una alegre algazara entre los ladrones. concluida la cual Parodi volvió á preguntar gravemente:

—Y sin contar el Banco de la Provincia ¿cuál será el sitio donde haya mas plata? allí es donde pienso que demos el próximo golpe.

Los sócios reflexionaron un momento, pero no supieron responder con certeza á aquella pregunta.

Por fin Palma, que era el mas vivo, de todos, alzó la cabeza y dijo:

—El paraje donde debe haber mas dinero, fuera del Banco, es la oficina de papel sellado de la provincia, situada en la calle de Moreno esquina á Bolivar.

—Pues allí es preciso que me lleven mañana para explorar el terreno y conocer bien la casa—dentro de dos ó tres dias daremos allí un buen golpe.

—Eso es muy difícil, caramba, dijo da Silva, la casa de gobierno está muy vigilada y el sereno que cuida esa manzana la vigila mucho, por la cuenta que le tiene.

—Pues á pesar del sereno entraremos, dijo el jorobado y nos largaremos con todo el dinero que hay adentro, sin esponer nuestra seguridad personal.

Convenidos en que al dia siguiente Palma iria á buscarlo á la herreria para enseñarle la oficina del papel sellado, el jorobado se retiró dejando á sus sócios asombradísimos.

—No robará el papel sellado, dijo Correa da Mattos, es un golpe que no es para nuestras uñas, y si él se mete á ladrón tan fino bien pronto irá á parar á la cárcel.

—Pues lo hará como lo dice, concluyó el negrito levantándose, porque el gringo tiene el diablo metido entre la joroba, y ya se sabe que el diablo es buen amigo.

Cada uno se retiró á su respectiva covacha, quedando solo el portugués da Silva, á quien al pasar por el patio despues de cerrar la puerta, sus patronas de casa, le dijeron:

—Qué visitado está usted ahora, vecino! lo felicitamos.

-Es un paisano que ha venido hace poco y me trajo noticias de mis amigos de Lisboa, contestó con suma galantería, da Silva, y entró á su cuarto pensando que era prudente cam-

biar de punto de reunion, para no despertar las sospechas de las señoras.

Mañana lo prevendré á los compañeros, dijo, y se recogió á dormir.

## UN ESCANDALO POLICIAL

La primer cosa que hizo Silva al siguiente dia, fué prevenir á sus amigos que no podian seguir reuniéndose en su casa, porque las señoras habian notado sus frecuentes visitas y podian entrar en sospechas.

Habia, pues, que buscarse una covacha segura donde celebrar sus reuniones, porque no podian tener lugar en ninguna de las viviendas de los compañeros—una chambonada de esta clase hubiera sido indigna en el jorobado.

Era preciso buscar una covacha aislada, donde la presencia de los que en ella se reunieran no pudiera llanar la atencion de persona alguna.

Al efecto, con el sonoro pretexto de lances amorosos con mujeres casadas, el gran Correa de Mattos que, con el producto de las últimas pungas habia echado una soberbia paqueteria, alquiló un par de piezas en la calle de Paraguay y Libertad, que eran entónces los suburbios de la ciudad, en casa de unas viejitas.

—No nos reuniremos allí sino en los casos muy apurados, dijo Parodi, y el que vaya tendrá que disfrazarse de muger para que nuestro compañero pueda mantener su papel de conquistador feliz.

—Bueno, afirmó Palma, y las reuniones donde no sea necesario que vayamos todos, las efectuaremos en diversos cafetines y casas de comida, donde la presencia de varios individuos no puede llamar la atencion.

—Palma es un hombre de juicio, terminó el jorobado, y su consejo es muy prudente—esta noche, entónces, nos juntaremos yo, Palma y Montovia en el café de la esquina de Parque y Maipú.

Allí les comunicaré yo lo que haya resuelto sobre el papel sellado y ellos mañana lo avisarán á los demás compañeros.

Convenido esto, Palma almorzó en la herria de Parodi y despues de almorzar, ambos se dirigieron á la oficina del papel sellado, donde con el pretexto de comprar un pliego, estuvieron largo rato observando la caja de fierro que estaba abierta y cuyo mecanismo podian estudiar á entera satisfaccion.

Los ojos del jorobado se iluminaron con un fulgor siniestro al contemplar dos grandes fajos de billetes de banco y mucho oro que

habia en el fondo de la caja. Palma palideció y sus piernas temblaron de emocion.

En seguida se miraron ambos á la cara y salieron de la oficina temerosos de que en la mirada les fueran á conocer lo que estaban pensando.

—En cuanto á la caja, dijo Parodi, yo se como se fabrican esas y para abrirla no tendré mas trabajo que el que me daría un reloj de bolsillo—cuanta plata, eh?

—*Atru che ninte!* replicó Palma, con una expresion de suprema codicia, ahí hay para enriquecernos todos y dejarnos de tantas andanzas y peligros de que nos sientan.

—Hay mucha plata, efectivamente, pero no alcanza para enriquecerme solo yo.

Muy ambicioso es, amigo, y eso es malo, porque segun dice el refran de estos paises, la ambicion rompe el saco.

—Ahora lo único que queda que hacer son las llaves y esas las fabricaré yo mañana, pues esta noche tomaré los moldes de la cerradura.

Palma y Parodi se separaron para irse á su trabajo el uno y á vagar el otro, hasta la noche, que se juntaron en el café donde se habian dado cita.

Allí Parodi espuso su proyecto con tanta vivacidad y travesura, que Montovia no pudo menos de reir, asombrándose de la habilidad y audacia de aquel prójimo, que parecia nacido para la punta.

Á eso de las nueve, y con unos cuatro ó cinco vasos de vino caliente en el estómago, el jorobado se levantó y se dispuso á salir, con asombro de sus socios.

—Adónde diablos tan temprano? preguntó Palma—andamos acaso trabajando por nuestra cuenta?

—Y dicen que los jorobados somos desconfiados, repuso Parodi con jovialidad—me voy á sacar los moldes antes que salgan los serenos, y así desde mañana temprano me pondré á la obra.

—Entónces ya no nos vemos hasta mañana?

—No, yo voy y vuelvo, es preciso que nos veamos para arreglar el punto de reunion mañana, pues puede ser que no los pueda sacar.

Mientras Parodi se largó á sacar su molde, los dos bribones se quedaron en el cafecito

esperando su vuelta y consumiendo sendos vasos de vino francés.

—Es mucho hombre este jorobado, dijo Montovia—para él no existen las dificultades, á todo encuentra remedio y es mas listo que una ardilla.

—El jorobado vale lo que pesa, replicó Palma, porque es hábil y precavido—no hay cuidado que nos pesque la policia mientras él dirija las fiestas, porque es mas sutil que todos los comisarios.

Entre tanto, mientras hacian estos elogios de su persona, el jorobado se fué á la esquina de Moreno y Bolivar, y en el primer momento que quedó sola la cuadra, se acercó á la puerta y oprimió la cera contra la boca llave, teniendo buen cuidado de pasar en seguida su pañuelo de manos, por si acaso hubiese quedado alguna partícula.

Hecha esta operacion, se echó el molde al bolsillo y regresó al café.

—Mañana á la noche, dijo á los otros raspas haremos este tiro que vá á dar que hablar por mas de un mes, y mostró con gran recato el molde de cera.

A las 11 de la noche, agregó, pueden esperarme con el portugués Silva aquí mismo y dar cita al negro para, cualquier otro paraje—los cinco solos seremos bastante.

Por toda duda, concluyó, Correa da Mattos y Gramarra pueden esperar con Portete en el cuarto que hemos tomado, que allí iremos á la madrugada á partir el botin, saliendo antes que se levanten las viejas.

Arreglado todo esto, cada uno de aquellos pelandrones se fué á su covacha á dormir con anticipacion, pues la noche siguiente iba á ser de velada segura.

Muy de madrugada se levantó el jorobado, dedicándose á fabricar las llaves y una ganzúa de su invencion para la caja de fierro, con la cual podia abrir y cerrar como con su propia llave.

Los oficiales debian venir tarde, porque con el buen resultado de las pungas Parodi habia abandonado su trabajo y poco quehacer tenia entónces.

A eso de las dos de la tarde estuvo terminada la ganzúa, que el mismo jorobado clasificó de famosa—era un precioso instrumento de acero, que parecia una pieza de máquina, pues estaba llena de piezitas y ranuras.

Concluida la ganzúa, el jorobado se puso á confeccionar las llaves, valiéndose de otras que para el objeto le servian de perilla, con tanta asiduidad, que á las cinco de la tarde estaba concluido su trabajo.

Ese dia comió con mas apetito que los demás, pagándose de postre una buena botella de vino de Aati, al que era aficionadísimo.

A las diez ó diez y media se puso en cami-

no para el punto de la cita, donde lo esperarían sus compañeros, según lo habian arreglado la noche anterior.

Allí estaban en efecto, Montovia, Silva y Palma, que dijeron haber dado cita á Gonzalez en la esquina de Belgrano y Perú, previniéndole que no debia hacerse notar por el sereno.

Dos por esta última calle y los otros dos por la de Bolivar, se dirigieron á la oficina de papel sellado, después de haber arreglado lo siguiente:

Parodi y Silva entrarían á practicar el robo, Montovia y Palma quedarían en observacion en la esquina, conversando de cualquier tontera, para impedir que el sereno, al pasar pudiera escuchar cualquier ruido y prevenir á los de adentro cuando este estuviera en su parada, para que pudieran salir con franqueza y sin correr riesgo alguno.

La mision del negrito Gonzalez era vigilar la manzana por el otro lado.

Si el sereno sospechaba y queria observar la oficina, el negrito se haria el borracho y vendria á echársele encima para hacerse llevar preso, en la seguridad de que abonando la multa saldria en libertad.

Si esto no era bastante, Montovia y Palma, haciéndose tambien los borrachos se lanzarian sobre el sereno, dando tiempo á que escaparan con el robo, Silva y el jorobado.

De este modo se evitaba que descubrieran la gavilla, se salvaba el robo y la prision que ellos sufrirían seria solo la correspondiente á ebriedad y desórden.

La mision de los que quedaban afuera era mucho mas peliaguda, porque se esponian hasta recibir una paliza, pero era preciso hacerlo así, pues Silva y el jorobado tenían que estar adentro.

Además, esto era solo una contingencia, pues lo mas probable era que el robo se efectuase con la felicidad de siempre.

Así es que los tres individuos no opusieron el menor inconveniente.

Con toda maña esperaron que el sereno diera vuelta la manzana, y cuando este se movió de su parada, el jorobado abrió la puerta con presteza y se metió dentro con Silva, cerrando tras de sí.

Los dos ladrones se dirigieron sin vacilar á la caja, donde pensaban hallar, por lo menos, medio millonaje de pesos, entre oro y billetes de banco.

—Ahora verá amigo, dijo el jorobado al portugués, como se abre una caja de fierro, por segura que parezca.

No es muy difícil, replicó Silva, teniendo un buen corta-fierro y agua fuerte.

El jorobado le miró de una manera diabólica y sacó del bolsillo su famosa ganzúa, que mas

tró á Silva, haciendo una muñeca llena de travesura.

—Este solo instrumento me basta, dijo, ahora verá usted como no vale la pena de cargarse con tanto instrumento que ya están fuera de uso.

El jorobado descubrió la cerradura de la caja y metió la ganzúa.

Segun él mismo confesó despues, jamás tuvo un momento de tanta ansiedad como aquella noche.

Sus manos temblaban hasta el punto de no atinar á agarrar el cabo de la ganzúa, y por su cara descomunal corria el sudor en gruesísimas gotas.

Allí, á un par de segundos de distancia habia una fortuna que bien pronto seria de ellos, pues la operacion se presentaba con los mejores auspicios.

Silva estaba mucho mas emocionado y tembloroso que el jorobado, hasta el punto de tener que poner en el suelo el cabo de vela con que alumbraba, para que no se le cayera de la mano.

—Descanemos, dijo el jorobado, retirando su mano del contacto de la ganzúa y secando con el revés de la mano el copioso sudor que le bañaba el semblante.

—Descanemos, repitió Silva, sentándose en el suelo, porque las piernas le temblaban como si estuviese bajo la accion del terror mas espantoso.

Ambos se miraron sonriendo, pero pálidos como cadáveres: mas que dos adrones en visperas de apoderarse de una fortuna, parecian dos condenados á muerte.

—Ahora, manos á la obra, dijo el jorobado, ya soy dueño de mí y es preciso ganar tiempo porque ya lo hemos perdido de una manera incalculable.

—Manos á la obra, repitió da Silva, como una máquina, levantando del suelo el cabo de vela que se habia consumido como una tercera parte.

Parodi, con el pulso mas sereno, tomó la ganzúa y la movió ligeramente.

El instrumentito giró en la cerradura con la misma facilidad que si fuera la propia llave.

Un nuevo temblor acometió á los dos salteadores, al llegar al fin de la empresa.

Serenados inmediatamente, Parodi abrió la caja, miró su interior y quedó mas helado que si sobre su joroba hubiera sentido una de las púas del gallo policial.

La caja estaba completamente limpia, notándose en su fondo, como dejada a profeso la enorme suma de ciento veinte pesos.

Los dos bribones quedaron helados, sin saber que hacer.

Sus ojos, horriblemente saltados de las ór-

bitas se hallaban fijos en la caja de fierro, con una espresion desesperada.

Aquel chasco era lo que mas lejos estaba de su pensamiento, porque no sabian que de allí sacaban el dinero cada tantos dias, y por esto el desengaño habia sido mas terrible.

—Han sospechado nuestro tiro, dijo da Silva y han puesto el dinero á salvo.

Parodi que se habia turbado ante la perspectiva del dinero, recobró toda su serenidad en cuanto tropezó con el primer contratiempo.

Era condicion de su carácter.

—No puede ser repuso, si nos hubieran sospechado nos hubieran puesto una emboscada y ya estaríamos entre los agentes de Policia escondidos aquí.

—¿Y qué hacemos ahora? preguntó el portugués, á quien el chasco habia turbado por completo—lo que es el golpe está perdido.

—Por esta noche no hay duda, dijo el jorobado; es preciso retirarnos dejando todo en el estado exacto en que se encontraba, para que nuestra segunda tentativa no sea infructuosa.

Y con un cuidado asombroso cerró la caja y principió á destruir todos los rastros, empezando por limpiar con su pañuelo el sitio donde Silva puso la vela, echando despues tierrita para que la misma limpieza aquella no se conociese.

El jorobado caminó un poco sobre aquel paraje y solo cuando estuvo convencido de que era imposible conocer que allí habia habido limpieza, pasó á borrar o ros rastros menos importantes.

Recogió un pucho de cigarro de hoja que habia tirado Silva y cuando no le quedó nada que hacer se puso á mirar con gran cuidado la habitacion, por si algo olvidaba.

Aquella mirada de lince no fué en vano, pues á un lado de la caja de fierro y medio oculta estaba una caja de palitos con que el portugués habia encendido el cabo de vela.

Parodi recogió aquella última prenda, que para un buen agente de pesquisa podia ser un punto de partida, y se acercó á la puerta despues de apagar la luz.

Allí esperó hasta que pasó el sereno cantando la hora, y cuando sus pasos se hubieron perdido por completo, abrió rápidamente acompañado de Silva, cerrando la puerta con al cuidado, que se habiera creído temia entrarán ladrones.

El jorobado y Silva se unieron á Palma y Montuvia que esperaban en la esquina, y que dijeron dando un gran suspiro:

—Carabua! cómo han tardado! cualquiera creeria que habian caido en una ratonera de donde no iban á salir en toda la noche.

—Ya estábamos por ponernos á distancia, di-

jo Palma, por temor de que la tardanza no fuera á tener consecuencias funestas.

—La maldicion que hay, repuso Parodi sacándose el sudor que aún corría por su frente, es que hemos sido burlados, pues aquellos hermosos paquetes de dinero que habia en la caja el otro dia, no están mas.

Solo hemos hallado ciento veinte miserables pesos que no valia la pena de tocarlos—los hemos dejado de cebo para otra ocasion en que seamos mas felices.

—¿Cómo diablos puede ser eso? preguntó Palma, soltando un horrible juramento—ó ustedes han jugado sucio ó yo soy un imbécil que no merezco ni el honor de una paliza.

—Ni lo uno ni lo otro, contestó Parodi—ha sido una desgracia completamente lógica.

Pero vámonos al bajo, continuó, que aquí nos hacemos sospechosos, y como no hemos de ir juntos, para que no se vuelvan á tener sospechas injuriosas, Silva irá con Montovia y yo iré con Palma por distinto rumbo.

Prevenido el negrito Gonzalez, todos cinco se fueron al bajo, donde Parodi debia explicar el contratiempo que habian tenido para efectuar aquel magnífico robo, y que para Palma no era otro que el no haber podido abrir la caja.

Cuando se encontraron juntos en el bajo Parodi narró con acento conmovido, la dificultad que habia hecho inútil el gran trabajo que habian tenido para llegar hasta la caja.

—Miserable de mi, dijo entónces Palma yo debia haber recordado que todos los quince ó veinte dias, hacen entrega á la tesoreria del gobierno de lo que han podido reunir.

—No importa, no importa nada, dijo Parodi dentro de ochó ó diez dias que será fin de mes y habrá mas dinero, daremos un golpe mas provechoso—esto sin contar con que podemos robar la misma tesoreria.

Esta atrevida promesa de Parodi levantó un poco el espíritu de los ladrones que habia decaído algo con aquel contratiempo sufrido.

Esperaron que los serenos se retiraran y cuando las calles estuvieran solas, se fueron todos á sus respectivas covachas, menos Palma que fué el encargado de llevar al covachon de la calle de Paraguay, la noticia de lo sucedido.

Este resultado produjo malísima impresion entre los ladrones, pero con la seguridad que daba Parodi de que el tiro lo habian de efectuar mas tarde porque no se sospecharian que allí habia andado gente estraña, quedaron tranquilos.

Además, la promesa de robar la misma tesoreria del gobierno, les entusiasmó hasta el delirio, conviniendo todos que el jorobado era capaz de robarse, sin dejar rastro, al mismo jefe de Policia.

Los dias siguientes á este fracaso, los empleó el jorobado en rondar la oficina del papel sellado para observar si podia, el estado interior de la caja.

El dia antes de fin de mes, los ladrones tuvieron una reunion á la tarde, para combinar el plan desde que debia efectuarse la noche siguiente.

Parodi habia estado aquel dia en la oficina á comprar un sello y habia echado una profunda mirada á la caja, donde observó que habia bastante dinero.

—Esta vez el golpe es seguro, dijo, yq he visto el dinero esta tarde y no lo han retirado: ó el diablo se mezcla en el asunto, ó nosotros damos el golpe en toda regla.

El plan fué el mismo de la vez anterior—mientras él y Silva entraban, Montovia, Palma y el negrito Gonzalez vigilarian la calle por si acaso les sucedia algo.

Los del pa el sellado no podian abrigar la menor desconfianza, pues gracias á las astutas precauciones del jorobado, no habian ni siquiera sospechado que allí podian haber habido ladrones.

A las doce de la noche se pusieron en camapaña, situándose en el mismo parage de la vez anterior.

Parodi y Silva penetraron á la oficina y se pusieron al trabajo.

—Bueno, dijo el jorobado, ahora es preciso ganar tiempo, porque la presencia de los compañeros en la calle, puede despertar alguna sospecha.

La operacion principió con sumo cuidado, pues habia que ponerse en el caso de que hubiera sucedido lo de la vez pasada, que se encontraron burlados.

Parodi metió la ganzúa en la caja, pero al ir á dar la vuelta, le acometió el vértigo de la avaricia y la duda, que se tradujo en un temblor convulsivo.

¿Estaria ó no estaria allí el dinero? Los dos ladrones no se atrevian á salir de dudas abriendo la caja.

Silva, pálido como un cadáver, estaba apoyado contra la caja contemplando al jorobado.

Este, tembloroso, no se atrevia á dar vuelta la llave ganzúa.

¡Rara emocion que le acometia por segunda vez!

—Ea! val-or! dijo al fin, á qué tanto vacilar! Y apoderándose de la ganzúa la hizo girar en la cerradura abriendo la caja al mismo tiempo que cerraba los ojos por no experimentar una triste realidad.

Un suspiro profundo y tembloroso que dejó escapar da Silva, le hizo comprender que el dinero estaba allí y no habia mas que tomarlo.

Parodi abrió poco á poco los ojos y miró el interior de la caja: allí estaban los paquetes

de dinero que vió el día anterior, como si no esperaran más que ser pungeados.

Aquel ladrón tan audaz y tan sereno se había conmovido hasta el punto que dos veces quiso tomar uno de los paquetes y las dos veces se le cayó de la mano.

—Toma ese dinero, sacramento, dijo á Silva—yo no sé que tengo en los nervios que me ha quitado por completo la fuerza de los dedos, no puedo tenerme en pié.

Pero Silva estaba más conmovido que el jorobado.

Miraba con los ojos salidos de las órbitas aquella cantidad de dinero y no se atrevía á tocarla—tenía miedo.

—Así no vamos á concluir en toda la noche, dijo entonces Parodi, y dominando su emoción sacó el dinero que repartió en los diferentes bolsillos de Silva, envolviendo el oro en los pañuelos para que al caminar no fuera á producir ruido.

Concluida esta operación, el jorobado reaccionó un poco y se puso á preparar el terreno para hacer perder la pista á la Policía.

Lo primero que hizo fué sacar un formón con el que produjo dos ó tres grandes inscripciones en la madera de la caja, en cuya cerradura introdujo un clavo en la punta encorvada.

—¿Qué hace por Dios? preguntó da Silva justamente alarmado—en vez de borrar los que hemos hecho, estamos dejando á la policía rastros inestimables para ella.

El jorobado no hizo caso á las observaciones de Silva, puso agua fuerte en el pestillo y en seguida, sacando una tenaza se puso á arrancar la cerradura de la puerta de calle.

Luego se echó al bolsillo una buena cantidad de papel sellado y dijo á da Silva, ahora estamos listos y podemos salir en cuanto el sereno lo permita.

—Pero qué es lo que ha hecho usted, con todos los diablos? preguntó el portugués, con templanza el destrozo que en un momento había hecho el jorobado.

—Esto significa que un robo no debe parecerse á otro, para que no vean que los ha cometido la misma mano y se pierda la pista destruyendo toda sospecha.

Los otros robos, continuó, han sido hechos con gran habilidad y por ladrones finos los que han robado aquí, para la policía, son los ladrones vulgares y torpes á quienes se puede seguir la pista por el papel sellado que falta de aquel armario y por este gorrin de mala muerte.

Y al decir esto, Parodi se quitó una gorra especie de budinera que llevaba entre el sombrero, y la arrojó al lado de la caja, para que sirviera de cuerpo de delito.

Silva miró conmovido á aquel ladrón tan sumamente sagaz y se dispuso á salir presa de la más profunda admiración.

El jorobado, en aquel robo, había crecido veinte varas á sus ojos, pues á él jamás se le hubiera ocurrido distraer de aquella manera la acción policial.

Cuando pasó el sereno, el jorobado escuchó atentamente y así que sus acompañados pasos se hubieran perdido, salió precipitadamente seguido de Silva.

Los socios estaban en la esquina de enfrente, negados contra la pared como pretendiendo hacerse sombra.

El jorobado tiró tras sí la puerta, pero como le faltaba la cerradura, quedó con una hendija bastante grande.

Parodi sacó del bolsillo un pedacito de cera, lo pegó en el canto de la puerta, apretándola de esta manera para que las hojas juntaran perfectamente.

Para la policía, pues, aquel robo se había cometido sin ninguna habilidad y sin ganancias, puesto que se habían hecho saltar las cerraduras de la puerta y de la caja.

Los cuerpos de delito que para seguir la pista les dejaba Parodi, eran la gorra mugrienta y el papel sellado que faltaba del estante en gran cantidad y cuyo paradero rastrearían.

Seguro por este lado, Parodi atravesó á la esquina donde le esperaban sus compañeros, al lado de los cuales pasó rápidamente haciéndoles seña que lo siguieran.

Todos se pusieron en camino para el bajo menos Montovia que se separó para dar el aviso á Gonzalez é irseles á juntar en seguida.

Cuando se hubieron alejado un par de cuerdas del teatro de la punta, Palma los acosó con un millón de preguntas, á las que el jorobado contestó diciendo solamente:—todo ha ido bien—ahora en cuanto trague el susto diré los detalles del golpe que bien se puede calificar de maravilloso.

—Entonces, preguntó Palma, conmovido y lleno de ansiedad, el robo viene con ustedes.

—Mucho que sí, mucho que sí, dijo Parodi, pero alejémonos pronto de aquí, que tengo recelo, no sé porque.

Así que llegaron al bajo, esperaron silenciosos la incorporación de Montovia y el negro, y cuando estos llegaron, se fueron por el bajo inmediatamente, en dirección á la calle Paraguay, para ganar la cueva donde esperaban los otros.

Recien cuando estuvieron en la esquina de Córdoba el jorobado respiró con libertad, diciendo á sus compañeros:

Buénos, dos por la calle de Córdoba hasta la cueva, y dos conmigo por la de Paraguay.

Los lunfardos se separaron, tomando á buen paso el camino convenido, pues tenían que llegar al cuarto de Mattos antes de amanecer, y salir antes que las viejas despertaran.

Media hora despues de buena marcha, llegaban todos al corralon, donde les esperaban los demás compañeros llenos de profunda y justa ansiedad, pues temian les hubiera sucedido algo ó hubieran tocado el inconveniente de la vez anterior.

Todos entraron sigilosamente para no hacer el menor ruido, y una vez en la cueva el jorobado se puso á dar cuenta de su feliz empresa y parar los golpes que pudieran sobrevenir.

—Este robo, dijo, lo ha cometido gente vulgar sin práctica alguna, han roto la cerradura de la caja, han forzado la puerta, han dejado una gorra y se han llevado una cantidad de papel sellado por el cual se les puede seguir la pista. No han tenido el menor recato y por sus rastros se conoce que es la primer vez que hacen un robo—no pueden ser los mismos que han robado al jóven alemán y al almacén de consignaciones.

Todos los ladrones quedaron asombradísimos, menos el famoso Palma que comprendió al vuelo toda la idea del jorobado y que se levantó para darle un estrecho abrazo.

—En primer lugar, siguió diciendo Parodi, empecemos por destruir la pista del papel sellado, porque podría alguno tentarse y las tentaciones de esta especie son siempre fatales.

Y sacando el enorme rollo de papel sellado despedazó pliego por pliego y arrojó los pequeños pedazos á un sitio de la casa donde no los habian de ir á buscar ojos humanos.

Mientras el jorobado hacia esta operacion, Palma esplicaba á sus compañeros con gran refocilamiento el plan sagaz con que el ladron habia perder la pista al gallo Policial.

—Ahora, dijo Parodi volviendo á entrar á la pieza, vamos á ver lo que nos ha producido este negocio, porque en honor de la verdad yo no sé lo que habia en la caja.

Silva sacó el dinero que contaron Palma y Parodi, pálidos y temblorosos de avaricia, hasta el punto de no distinguir los billetes y las monedas.

El producto de aquella punja ascendia á la suma de quinientos sesenta patacones en metálico y cuarenta y siete mil y pico de pesos en papel de la Provincia.

Los ocho raspas se repartieron en la mejor armonia cinco mil ochocientos setenta y cinco pesos por barba y setenta humildes patacones.

Para la generalidad de la gavilla este tiro habia sido famoso, pues esa suma en aquellos tiempos era un capital, pero Palma y el jorobado no se mostraron muy satisfechos.

—Sacramento! dijo el primero, un tiro tan espléndido como este, venir á dar un resultado tan miserable, es como para hacer llenar de rabia al menos ambicioso.

—Infame suerte la mia! dijo el segundo—tanto trabajo y tan bien ejecutado para venir á obtener esta miseria—si yo hubiera contado antes el dinero, dejo las cosas como estaban, para caerle otro dia.

—No seamos ambiciosos, diablo! dijo Mattos, que el golpe no ha estado tan malo!—convengo en que se podia haber obtenido un resultado mas brillante, pero de todos modos no ha ido mal.

—Tú nunca pasarás de ser un *ratuín*, dijo Palma y no has de tardar mucho en caer al bombo en cuanto te metas á trabajar por tu cuenta.

—Trigo es limosna, dijo el negrito, y las quejas no están bien desde que hemos hecho la noche; yo que tenia la comision mas peliaguda no me quejo.

—Ya no tiene remedio, dijo el jorobado, pero convengah en que este era un tiro de ponernos de plata hasta el cogote y apenas hemos sacado para los gastos del mes.

—Bueno, continuó, ya es tiempo de irnos largando, pues no es cuento que se levanten las viejas y se impongan de la clase de conquistas amorosas que recibe nuestro paquetísimo sócio.

El portugués se puso muy colorado, pues ya habia llegado á persuadirse de que realmente hacia conquistas amorosas por docenas y entre las muchachas mas divinas.

Los punguistas fueron abandonando la covacha por parejas, hasta que una hora despues solo quedaba allí Mattos, para que al levantarse creyeran las viejas que recien habia despachado su conquista.

Véamos ahora lo que sucedia en la oficina de papel sellado á las diez de la mañana, hora en que vino el mulato portero á barrer y limpiar los escritorios.

Apenas introdujo la llave en la cerradura, el pegote de cera con que estaba asegurada la puerta cedió, y esta se abrió de par en par dejando ver el triste espectáculo que ofrecia la oficina.

Todo estaba revuelto, fuera de su lugar—la caja completamente abierta dejaba ver que sus divisiones habian sido tratadas como hacienda de cristianos en noche de malon salvaje.

—Gran cristo padre! dijo el mulato, persiguiéndose precipitadamente, aquí han entrado los malos que han llevado cuanto habia.

Y acto continuo salió á la calle dando tan descomunales voces, que un momento despues la gente que transitaba por aquellos barrios, se aglomeraba en la esquina del papel sellado ávida de saber lo que habia sucedido.

Quando el señor Cazon supo la noticia, acudió inmediatamente á la policia y reunió á los empleados mas caracterizados en su despacho, á fin de tomar una medida eficaz.



—Esto es un verdadero escándalo, decía, es una gavilla perfectamente organizada, y compuesta de hombres muy audaces cuando se atreven á cometer sus latrocinios á las barbas de la policia.

Es necesario descubrirla y hacer un buen ejemplar, de lo contrario nos van á desesperar estos pillos, haciéndonos perder todo nuestro crédito.

Dos comisarios se trasladaron al papel sellado mientras el jefe de Policia y demás empleados quedaban en el despacho esperando el resultado de esta primer pesquisa.

Bien poco fué lo que aquellos funcionarios adelantaron en el teatro del suceso.

Los empleados habian llegado ya á la oficina y podian dar un detalle exacto de lo robado.

—No son los ladrones de los otros robos, dijo uno de ellos;—aqueillos roban con mas limpizca, valiéndose de ganzúas y otros instrumentos á propósito.

Estos deben de ser novicios, pues para entrar han hecho pedazos la puerta y luego han destrozado la caja, dejando esta gorra que será el hilo que nos lleve al ovillo.

Torpes para abrir y muy torpes para falsar la caja, repuso el cólega, y mucho mas torpes aún para haber dejado esa prenda, pero parece que no son tan torpes para haberse llevado lo que encontraron.

Se han llevado tambien, dijo uno de los empleados, todos los sellos que habia en esta division, que son los sellos de mayor valor y representan una buena suma.

—Los pescamos! dijo el comisario que habló primero—bien dicen que la ambicion rompe el saco! estos tontos irán á vender el papel sellado en alguna parte, y allí se les puede dar el golpe.

—Es verdad, repuso el otro—procediendo con cautela, no es aventurado asegurar que pronto caerán á la capacha—es cosa de pagarles mil pesos por haber robado el papel.

Sumamente alegres con este descubrimiento, los comisarios regresaron á la policia, saboreando ya las felicitaciones de que serian objeto por su hábil pesquisa.

—Señor jefe, dijo el uno, podemos decir que los ladrones del papel sellado están en nuestro poder, pues el rastro que han dejado nos pone sobre su pista.

—Debemos prevenir al señor jefe, añadió el otro, que los ladrones del papel sellado no son los mismos de la gavilla organizada que perseguimos.

Aquellos son ladrones finisimos que trabajan con ganzúas ó instrumentos desconocidos—estos son ladrones nuevos que han forzado la puerta y destrozado la caja.

—Y cómo es que el sereno no ha sentido nada? preguntó el señor Cazon—de qué diablos sirven entónces los serenos si no ven ni sienten forzar una puerta?

—Como los serenos dan vuelta de media en media hora, no es extraño que mientras aquel estaba en su parada los ladrones hayan hecho la operacion con gran rapidex.

En este, como en todos los robos del jorobado, el sereno venia á ser la primer víctima, pues su falta de atencion era la primera que se castigaba.

El jefe de Policia dispuso tan hábilmente la pesquisa que se debia hacer sobre el papel sellado, que si esta no hubiera sido una *magaza* del jorobado, el primer vendedor de papel sellado, hubiera caido á la tipa.

Así la Policia seguia la pista falsa dejada por Parodi, descuidando la verdadera.

Un buen agente de pesquisas hubiera desconfiado de aquellas pistas, pues un ladron, por bruto que sea, no lo es tanto que olvide su sombrero.

Esto le hubiera hecho desconfiar del papel robado, y en la misma torpeza que ellos querian aparentar hubiera visto claramente que aquellos ladrones eran sumamente hábiles.

Pero para la época, aquella policia era demasiado fina y no se le podia exigir que tuviera los agentes linceos que existen hoy, que los ha formado la larga práctica, y aun estos son *habas contadas*.

La policia se lanzó pues decididamente á seguir la pista del papel sellado, con el ánimo de reducir á prision al primer vendedor que apareciera.

Pero pasaron dos dias sin que el tenedor ó tenedores de los sellos dieran señales de vida, lo que no preocupaba á los agentes de policia que pensaban de esta manera.

Ahora tienen recelo porque suponen que pueden haberse tomado medidas, pero dentro de ocho ó diez dias, creyendo que la policia les habrá olvidado, saldrán á venderlo.

¡Cómo reian Palma y el jorobado al saber por sus amigos los pulperos y fondistas que la policia habia recomendado á todas las casas de negocio, avisaran á la comisaria si alguien se presentaba á vender papel sellado.

—Es lástima, decian, que tan famoso tiro lo háyamos hecho sin resultado alguno! es decir, sin el famoso resultado que era de esperarse.

Y seguian las evoluciones de la Policia; riéndose como unos descosidos de ver las medidas que se tomaban en todas las comisarias de la ciudad y algunos juzgados de los pueblos mas cercanos á la capital.

El gobernador de la provincia, justamente alarmado con los últimos robos, habia pasado una nota á la Policia, llena de serias consi

deraciones y recomendando la mayor actividad en el descubrimiento de aquel robo.

Y por esto la Policía se esmeraba en sus pesquisas, haciendo lo que humanamente era posible para llenar su cometido.

Pero sus elementos eran tan escasos, que no se le podía exigir más de lo que hacía, pues su personal reducido apenas daba abasto para lo de mas imperiosa necesidad.

Así pasaron dos días sin que se presentara el famoso y esperado vendedor de papel sellado, y aquel robo que tan fabulosos escándalos había metido, se fué olvidando poco a poco.

La misma Policía, convencida por fin de que nada podía hacer, abandonó muy por completo las falsas pistas que seguía.

Aquel habilísimo robo quedó envuelto así

en el mas denso misterio, hasta que uno nuevo vino á distraer la atención de la autoridad policial, que no descansaba, se puede decir, desde que llegó Parodi.

Este fué uno de los mas famosos robos que llevó á cabo el célebre jorobado y que produjo una peregrinísima y salada aventura que puso en verdadero conflicto á la alta sociedad.

Sentimos tener que reservar el nombre de los protagonistas de esta aventura curiosa, pues ella pertenece al dominio de la crónica escandalosa, y figura una familia que no podemos poner en transparencia.

Véamos esta aventura, la mas salada de aquella existencia especial, cuyo recuerdo hacía reír al jorobado, cuando la relataba á los estudiantes de medicina que rodeaban su lecho en el hospital.

## UNA AVENTURA AMOROSA

Ya hemos dicho que el jorobado poseía un espíritu diabólicamente travieso.

Todas sus aventuras amorosas habían fracasado por su ridícula facha de basilisco jorobado y esto le había hecho concebir un odio á muerte contra todo aquello que se refería á ajenos amores, siendo para él la vista de los pelados res de paba, mucho mas desagradable que la vista de un agente de policía, que es lo mas que se puede decir para diseñar aquel cordial odio.

Cuando el jorobado veía algun jóven rondando una casa, ó parado tranquilamente á una ventana, no descansaba hasta no haber desbaratado la entrevista.

Y cuando esto sucedía, cuando él era el causante de un balde de agua derramado sobre ajena ó inocente cabeza ó del fracaso de alguna serenata, con gran perjuicio de guitarra y guitarrero, aquel basilisco era completamente feliz.

El infernal rateo estaba profundamente coavencido de que no había muger capaz de aceptar sus amores en aquellos inocentes tiempos en que el amor no era una especulación, y había jurado hacer mal tercio á cuanto lance amoroso le saliera al paso.

Vivia entonces en Buenos Aires, y en la calle de la Federación, una familia opulenta de la que formaban parte dos niñas hermosísimas, una de las cuales es hoy una dama espectable.

Elvira, que así la nombraremos, llamaba entonces la atención, no solo por su espléndida

hermosura sinó por la magnificencia de sus alhajas.

Esta niña llevaba siempre solitarios en magníficos engarces y sobre todo un juego de záfiro de gran valor, que casi podían hacer competencia con los dos hermosos luceros engarzados en párpados humanos que iluminaban su frente gentil.

El jorobado había encontrado varias veces á esta niña que acompañada de sus padres andaba siempre de paseo en los parajes mas públicos.

—Quién es esa niña? había preguntado Parodi des umbrado por las joyas y la hermosura de Elvira.

—Es la hija del ricacho Gomez, le habían contestado, primera fortuna del país.

—Muy rico debe ser ese hombre, decía, cuando tales joyas gastan sus hijos.

—Muy rico, le respondieron, tiene como hacerse una joroba de oro maciso el día que se te gaste esa.

A Parodi le daba gran rabia cada vez que mentaban su deformidad, pero se callaba con aire humilde, pensando que si descubrieran esta debilidad, sería incitar á sus conocidos á una burla sempiterna.

Desde que supo que Gomez era un capitalista tan fabuloso, Parodi se dedicó á rondar su casa á todas horas del día y de la noche masticando en su magín la manera de hacer allí un buen tiro.

En su herrería tenía poco trabajo, porque á pretexto de enfermedades y de su defecto fi-

sico, embrollaba á sus clientes, de manera que estos su le habian retirado poco á poco.

Así es que tenia casi todo el dia á su disposicion, pues el poco trabajo que le *caía* lo hacia un oficialejo de mala muerte que habia tomado con aquel objeto.

El jorobado se hizo íntimo amigo de un inocente gallego portero de la casa, á quien entretenia contando mentiras fabulosas, que el buen gallego dijera con gran facilidad y contento.

Parodi le narraba episodios novelescos en los que figuraban los mas opulentos capitalistas de la Italia á quienes hacia figurar regalando á puñados las libras esterlinas.

—Mi patron es tambien muy rico, decia el buen gallego—tengo yo visto en su escritorio tanto oro como para que me enterrase y todavia quedar una yapa.

Sí, pero tu patron será muy avaro, y encerrará su dinero bajo siete mil llaves, decia el astuto jorobado con aire de burla, y dormirá con el mueble donde lo guarda al lado de la cama.

—Qué esperanza! contestaba el gallego bondadosamente—el dinero está en el escritorio y el dormitorio de mi patron está en el otro patio.

—Pero el escritorio estará al lado de alguna pieza donde duerma gente, pues tendrá miedo que lo roben, insistia Parodi sonsacando al gallego de esta manera habilísima lo que queria saber.

—No hombre, replicaba este, primero están las dos salas, luego el escritorio, despues el costurero de las niñas, luego el comedor, y en seguida el aposento de los patrones.

—Entónces tiene razon, contestaba Parodi, ya veo que el señor Gomez es una persona generosa y que no se cuida de la plata.

Pero el mueble donde guarda el dinero será una caja de fierro.

—Digo que no, contestaba medio enfadado ya el inocente gallego, el dinero no tiene de guardar por consumbre en el cajon del medio del escritorio, de donde sabe mandarme á sacar.

Ya el jorobado, con respecto á Gomez, sabia lo que necesitaba, es decir, la situacion de las piezas y el paraje donde estaba guardado el dinero.

—Me dicen interrumpió de pronto el jorobado, que la señorita Elvira es muy avara, en lo que no se parece al señor Gomez, pues todas las noches al acostarse, guarda y esconde las alhajas que se quita, como si desconfiara de los sirvientes.

Vamos, vamos, que han querido divertirse con usted, replicó el gallego cuando la señorita Elvira se levanta y la mucama abre la puerta del cuarto para acomodarlo, y sue-

lo ver sobre la cómoda el monton de sortijas y otras alhajas que se ha quitado para dormir.

Estos interrogatorios habilísimos los tenia el jorobado de tiempo en tiempo para que el portero ni siquiera pudiese sospechar las intenciones con que los hacia.

Y era tan astuta la manera de plantearlos que otro mas hábil que el buen gallego hubiera caido en aquella famosa trampa.

El jorobado con la misma maña, averiguó que Elvira dormia en la tercer pieza del segundo patio, dos cuartos distante del aposento de los esposos Gomez, y al lado del de su hermanita.

Trayendo la conversacion al terreno que queria, por medio de sus cuentos fantásticos que el gallego escuchaba con el mayorasombro, el jorobado supo que Elvira andaba en amores.

El jóven con quien tenia estos amores, era un tal Juan Cruz Perez, aspirante á cargar la cruz del matrimonio, y la fortuna de Elvira que era tentadora.

Pero si Juan Cruz Perez habia caido en gracia á la gentil Elvira, no sucedia lo mismo con el señor Gomez que lo miraba con una antipatia invencible.

—Es un pelagato! solia decir á su esposa, segun referencias del gallego, que no quiere casarse con Elvira sino con su dinero, pero juró á Dios que primero me han de ahorcar que dejarlo casar.

El jorobado conocia muy bien á Perez, por haberlo visto entrar de visita cuando el charlaba con el portero—pero hacia dias que el señor Gomez le habia despedido cortemente.

Pero el jóven era paciente y sin duda amaba profundamente á su Elvira, que le correspondia de la misma manera, pues cada vez que se hallaban en la calle parecian querer comerse con la mirada.

Perez era un jóven hermoso, de talento y de una educacion esmerada, prendas que unidas, cautivan siempre el corazon de una mujer, por indiferente que le sea el hombre que las posee y la corteja.

Pero Perez, para los padres de Elvira tenia en su contra el ser un tanto cuanto calavera y amigo de parrandas, cosa que al principio disgustó al Sr. Gomez, concluyendo por cobrar á Perez una profunda antipatia.

El jorobado dueño de todos estos datos, resolvió dar un buen golpe en la casa de Gomez, que borrara de su espiritu la tristeza que le ocasionó el poco dinero que pudo pescar en el papel sellado.

Al efecto se fué á buscar á su compañero Palma, á quien confió el proyecto, añadiendo que aquel negocio debian hacerlo solamente entre los dos, pues no necesitaban la cooperacion de los otros.

—Superior, dijo Palma alegremente, de esta manera los resultados serán mayores, pues aquellos haraganes nos chupan una gran parte que podemos reservar para nosotros.

Parodi no necesitaba haber comunicado á Palma aquel nuevo proyecto y haber hecho solo el negocio, pero ya se habia habituado á aquel hombre, que le ofrecia el contingente de su gran valor.

Ya hemos dicho que Parodi era sumamente cobarde y en el valor de Palma encontraba una garantia para cualquier percance apretado.

—Me falta estudiar la manera como cierran la puerta de calle, dijo el jorobado, y ver como tenemos que abrirla—este plan es muy sencillo, continuó alegremente.

—Mientras yo hago el tiro adentro, tú esperas afuera, yo te alcanzo lo grueso y te marchas á la herreria, mientras yo limpio el cuarto de la muchacha, que es una fortuna.

Los dos socios se separaron para verse al dia siguiente y el jorobado se vino á charlar con el buen gallego, prévia una convidada con una botella de lo bueno que habia llevado.

Despues que charlaron en grande toda la noche, el jorobado se preparó para irse cuando el gallego trató de cerrar la puerta, y á la salida le dijo con suprema indiferencia:

—Y qué bien cerrará usted la puerta, camarada, en estos tiempos en que se roban hasta el papel sellado, no puede uno estar tranquilo sinó con buenas cerraduras.

—Lo que es aquí no entran, dijo el gallego, la cerradura de la puerta es buena, y además yo pongo los pasadores de arriba y de abajo para mayor seguridad.

Cuando el jorobado se despidió y el gallego principió á cerrar la puerta, se hizo el que se detenia á encender un cigarro, y cuando sintió perderse en el patio las pisadas del gallego, se volvió y se aproximó á la puerta.

En un momento y como quien rasca un fósforo, Parodi sacó una bolita de cera y la oprimió contra la cerradura, sacando el molde perfecto.

Luego encendió un fósforo y como quien se agacha protejiéndolo del viento para encender un cigarro, revisó la boca llave, por si acaso habia quedado adherida una partícula de cera que infundiese sospechas.

Convencido de que todo quedaba en perfecto orden, envolvió cuidadosamente el molde de cera en un pedazo de papel, y se alejó cantando un piringundin.

Al otro dia se reunia con Palma, á quien prometió dar el golpe dentro de dos dias, pues necesitaba tiempo para confeccionar la llave.

Además no habia contado con el inconveniente de los pasadores, para evitar el cual tenia que preparar un aparato que mas adelante veremos aplicar con pasmosa destreza.

A la noche del segundo dia, Parodi se fué á conversar con el inocente portero de Gomez—necesitaba tomar con exactitud matemática la altura de los pasadores, para no tener luego dificultad alguna.

Conversó de cosas indiferentes y narró varios episodios amorosos de Génova, tema que entretenia muchísimo al honrado portero, que creia conversar con un alma de Dios.

Mientras charlaban en el zaguán, el jorobado miraba los pasadores, con tal atencion, que cuando se despidió y salió llevaba en la memoria el punto exacto donde debian quedar las estremidades una vez cerrada la puerta.

—Ahora, dijo para su joroba, tomando el camino de la herreria, toda la plata que aquel imbécil tenga en su casa, la intascaremos con el amigo Palma.

Reunido á este y con todos los instrumentos necesarios en el bolsillo, salieron por distintos rumbos, á converjer á un mismo punto, la casa de Gomez que tan gran peligro iba á correr, librada por completo á las uñas de metro y medio de aquellos dos formidables socios.

Palma y Parodi se pasearon un largo rato delante de la casa, esperando que el sereno abandonara su parada para dar la vuelta de la manzana y cuando esto sucedió, el primero se dirigió á la esquina para espiar su vuelta, mientras el segundo se fué directamente á la puerta y empezó su operacion.

Con una atencion creciente, como si temiera equivocarse por una línea, el jorobado midió la altura de la puerta.

Luego sacó del bolsillo un instrumento largo y agudo como una barrena, con el que en un segundo hizo un agujero oblicuo de abajo arriba, calculando que la abertura interior quedara situada á cuatro ó cinco pulgadas bajo el pasador.

Cuando retiró la especie de barrena dejando el agujero perfectamente hecho, Palma se movió de la esquina, lo que indicaba que el sereno volvia de su primer vuelta.

Parodi se retiró de la puerta precipitadamente y atravesó la calle, caminando en sentido opuesto al sereno, que apareció poco despues cantando las doce y media.

El agente nocturno pasó por frente al jorobado, sin maliciar la cosa y dobló la esquina para dar segunda vuelta.

Palma corrió á ocupar su puesto de observacion, mientras Parodi se puso á perforar la puerta, del lado de abajo, haciendo un agujero como el que habia practicado arriba, sacando la punta del barrero á unas cuatro pulgadas sobre el pasador de abajo—hecha esta operacion, Parodi se retiró de la puerta sin que Palma se hubiera movido, lo que quiere decir que aún el sereno no estaba de vuelta.

Los dos compinches se fueron á caminar unas cuadas, dando tiempo á que diefra la una y con aquel motivo el sereno se alejara á dar sus vueltas de ordenanza.

—Alguna maldicion nos persigue, dijo Palma, pues siempre que hemos dado un golpe de provecho, hemos tenido un fantasma de estos, en la esquina, que nos ha hecho perder un tiempo precioso.

—No importa, replicó Parodi, así el tiro tiene mas atractivos y la cosa no es tan monótona y halaga mas mi amor propio; qué diablos! cualquiera roba donde no hay peligro.

Cuando dió la una de la mañana, los dos punguistas caían á la cuadra del trabajo, despues de haber echado un par de tragos de caña que Palma llevaba en un frasco en precaucion de la sed que pudieran tener.

Conforme se movió el sereno de su parada cantando la una, Palma se fué á la esquina á espiar su regreso, mientras Parodi se dirigia á la puerta á completar su obra habilísima.

Sacó del bolsillo un alambre de acero con un ganchito en la punta, que introdujo por el agujero que correspondia al pasador de abajo.

Despues de dos segundos de mover el alambre, sintió que el ganchito calzaba en el pasador—tiró con gran suavidad y conoció que el pasador cedia, hasta descorrerse por completo, como si obedeciese á la mano directamente.

El jorobado sonrió de una manera diabólica con aquella expresion aguda que usaba en los momentos de profunda satisfaccion, cuando estaba en visperas de dar un buen golpe.

Miró á Palma y como este no se movia de su acechadero, sacó el alambre que introdujo en el agujero de arriba, buscando con gran cuidado el dobléz del pasador.

Cuando sintió que el gancho calzaba en este, el jorobado tiró con fuerza y con delicadeza, para que al descorrerse no fuera á meter algun ruido!

Pero en vano tiró y tiró, el pasador no cedió.

Es extraño, pensó Parodi, estos pasadores están perfectamente corrientes y el agujero está bien hecho.

Diablo! siguió pensando, aquí hay gato encerrado. y este gato ha entrado despues que el bruto del gallego cerró la puerta, y se ha olvidado de echar el pasador da arriba, ó no lo ha echado intencionalmente, para tener la retirada mas espedita.

En esto se movió Palma indicando que el sereno venia y el jorobado ganó la vereda de enfrente, caminó á la esquina opuesta y la dobló con rapidez.

Esta vez era necesario no dejarse ver por el sereno, porque desde el robo del papel sellado

estos andaban mas alerta y era bueno no darles á desconfiar, mostrándose á ellos dos veces en la misma cuadra.

Así que se juntó con Palma, le dió á entender sus sospechas, asegurándole que en la casa debia haber entrado alguien desde que él se separó del portero, y que este alguien, á no dudarlo debia de ser Gomez, pues era el único hombre que allí vivia.

Apenas se movió el sereno de su parada, ya estaban los dos punguistas, uno en su acechadero y el otro en su punto de trabajo.

El jorobado sacó esta vez de su bolsillo la llave y la introdujo en la cerradura—esta gruñó levemente y la puerta se abrió sin ninguna dificultad.

Sin esperar mas el jorobado se metió adentro y cerró la puerta con el pestillo y se puso en cuatro piés en el zaguan y caminó ocultándose en la oscuridad.

Así que Palma vió que el jorobado se colaba en la casa, se apartó de la esquina, se embebió en un portal de la casa de la acera de enfrente y esperó la señal convenida.

Parodi entre tanto caminó en cuatro piés hasta la puerta de la sala, se enderezó, la abrió con su ganzúa y se entró al salon como á su propia casa.

Allí permaneció dos minutos para acostumar sus ojos á la escasa claridad que entraba por las rendijas de los postigos.

Cuando pudo ver lo suficiente para no tropezar con algun mueble, pasó por las otras piezas hasta que llegó al escritorio donde sabia que estaba guardada la mosca.

Allí empezó el manipuleo en el escritorio, con una llave maestra, instrumento con que al momento abrió todos los cajones, convencido de que su amigo el portero no le habia engañado.

Al tanteo no mas empezó á apoderarse de todo lo que le parecia billetes de banco y alhajas, que por el bulto le pareció una cantidad bastante respetable.

En la casa no se sentia el menor rumor que demostrara que uno solo de sus habitantes estaba despierto.

El jorobado llenó sus bolsillos, metió en el sombrero el resto de la punga y se encaminó al zaguan.

La mitad del trabajo estaba hecho, pero el jorobado no era ladron de retirarse sin haber limpiado hasta la última cosa de valor que hubiera en la casa donde entraba.

La revelacion que le hizo el gallego del paraje donde Elvira dejaba sus alhajas riquísimas, habia despertado de tal modo su codicia que se propuso no salir de allí sin por lo menos tentar llevárselas.

Parodi salió al zaguan, abrió una rendija de la puerta y asomó por ella una llapa de

cara, para llamar con aquel ademán á Palma, que debía entrar observando la puerta.

Palma acudió presuroso, y trasladó á sus bolsillos todo el dinero que le entregó el jorobado, que por el bulto, le pareció una cantidad digna de desafiar por ella un presidio.

—Qué tal, me voy? preguntó Palma con la voz temblorosa por la codicia—ó espero á que salgas tú para irnos juntos?

—Puedes irte y poner en salvo eso, replicó Parodi y volver si yo no te he alcanzado—Yo me quedo aquí porque creo que me falta lo mejor, que es el cuarto de Elvira.

—Bueno, contestó Palma, yo me voy y vuelvo, salvo que tú me alcances antes, buena fortuna y que por pescar un pucho mas no te vayan á pescar á ti.

—No hay cuidado, dijo Parodi—si doy golpe, yo te juro que ha de valer la pena, lo que es sucederme, no me ha de suceder nada—tengo buena nariz.

Palma se alejó cautelosamente y el jorobado, agachándose en cuatro piés, se volvió al interior de la casa. Dejando la puerta solamente entornada, para facilitar su retirada en caso de ser sentido.

Así pasó el primer patio y entró al segundo, donde quedaba el cuarto de sus codicias.

Parodi se sorprendió sobre manera al ver la puerta entreabierta y luz en el interior.

—¿Cómo diablos puede explicarse esto?—se preguntó el jorobado—tendremos aquí aventura amorosa y será esta la causa de que la puerta estuviera sin el pasador de arriba.

El jorobado se acercó siempre en cuatro piés á la puerta del cuarto, y estuvo escuchando atentamente por espacio de algunos segundos, sin apercibir rumor alguno.

—O no está en el cuarto ó duerme profundamente, pensó joroba—de todos modos es preciso ganar tiempo por lo que pueda suceder pues si no está en el cuarto no es difícil que vuelva pronto.

Empujó la puerta sin producir el menor ruido é introdujo la cabeza mirando al interior con su golpe de vista certero y dominante.

La cama estaba destendida delatando que allí habia estado recostada una persona, sobre la mesa de luz se veía una vela á medio consumir, sobre la cómoda brillaba una cantidad de alhajas, sin duda las que al acostarse se habia quitado la persona que dormía en aquel cuarto.

—Cristo santo, murmuró, ni que yo hubiera preparado esta sublime casualidad que viene en mi ayuda.

Entró al cuarto rápidamente, y con una velocidad fabulosa se apoderó de las alhajas que habia sobre la cómoda y de otras muchas que estaban adentro de un cajon que abrió y cerró en ménos de un minuto.

Con las alhajas en su poder volvió á salir

del cuarto poniéndose en cuatro piés apenas estuvo en el patio.

—Ahora, caro Domingo Parodi, se dijo, es preciso saber por qué esta señorita no está en su aposento.

Se recostó contra la pared y siguió avanzando con cautela—al llegar á las últimas piezas se detuvo de pronto—acababa de sentir el sordo rumor de dos voces que hablaban bajito.

—Sacripante, pensó: hé aquí la explicacion de la cosa, y se puso á escuchar.

—No lo haré jamás, decia una voz que le pareció de mujer—tú no me amas como dices cuando tal cosa me propones.

Te amo con delirio, como se ama la luz, como se ama la vida, y por eso te propongo la fuga—nos casaremos y al fin y al cabo tu padre nos perdonará, cuando se desengañe que yo no soy lo que él piensa.

—No me atrevo, Perez mio, respondió la diva—se me figura que si doy este paso Dios me ha de castigar de una manera tremenda por el mal rato que daría á mis padres—¿porqué no hablas con ellos?

—Imposible, respondia el llamado Perez, tu padre está muy engañado á mi respecto y conozco que su resolucion es invariable, porque cree que obra razonablemente y en bien tuyo.

—Es una desgracia, contestó Elvira, que sin duda era ella, y se puso á sollozar.

Un relámpago de feroz alegría cruzó por las pupilas de aquel Lucifer con joroba.

Algo de infernal iluminó su descumunal facha y volvió sobre sus pasos pensando una cosa diabólica, digna solo de su espíritu, rara mezcla de perversidad y travesura.

—Que buen chasco, decia mientras se alejaba—él va á ser el autor de este gran robo y va á rematar la noche en la cárcel, despues de haber aguantado un famoso aguacero de garrotazos.

El jorobado volvió á la sala, atravesó hasta el comedor y preparó un monton de loza y botellas, sobre cuya base ató la punta de un hilo que usaba eternamente en el bolsillo, para cualquier evento.

Luego salió llevando siempre la punta del hilo que le alcanzó hasta la sala, y una vez allí dió un gran tiron del hilo, saltó la base al pilon de platos y botellas y se sintió un ruido que en el comedor debió sonar de una manera espantosa.

De dos brincos el jorobado estuvo en el zaguan, abrió la puerta de calle que cerró con doble vuelta de llave y se alejó rápidamente, deteniéndose á dos cuadras de distancia, desde donde podia observar lo que pasaba en la casa.

—¿Con qué amores, eh? decia mientras se alejaba; yo les voy á dar amores, cuando Pa-

rodi no los puede tener—ya verán con que amor les acarician las costillas.

El sereno no estaba en la parada, pero poco despues lo vió venir por la otra esquina, lo que venia á favorecer su plan infernal.

¿Qué habia sucedido en la casa despues del gran ruido producido por la caida de la loza y los cristales?

El ruido que al derrumbarse la loza y cristales que amontonó el jorobado fué tal, que el señor Gomez saltó de la cama al suelo creyendo que la casa se desplomaba.

—Se me figura que anda álguien en el comedor, dijo la señora aterrada, y que esté álguien ha tropezado llevándose por delante el aparador y volteando todos los cristales que habia encima.

—Pues á ver quien es ese álguien que así tropieza, dijo el Sr. Gomez, que era un hombre de corazon bien puesto, y tomando un grueso baston de estoque que habia en un rincón del aposento fué á pasar al comedor.

—Por Dios! no sa'gas! gritó la señora saltando tambien al suelo—han de ser ladrones y te van á matar—grita mas bien al portero que venga y registre las piezas.

—Ay Jesus Dios mio, yo me voy á morir!

Gomez no era un hombre capaz de retroceder ante un peligro real, mucho menos de hacer caso á los temores de su estimable consorte, así es que empuñando el baston en una mano y la vela en la otra, se lanzó al comedor.

No habia persona alguna en la habitacion, ni se sentia rumor de pisadas que acusara á algun fugitivo; todo parecia estar en el mayor órden y silencio.

Sin q'ada el señor Gomez iba á reirse de sus temores creyendo que se habia despertado bajo el dominio de alguna pesadilla, cuando vió del otro lado de la mesa la pila de platos que preparara el jorobado.

—Canastos, dijo, esto es mas sério de lo que yo pensaba, sin duda estos ladrones se llevaban hasta los platos cuando han tropezado y al caer estos han tomado las de Villadiego.

Y no han de estar lejos, tal vez, añadió tomando el picaporte para salir afuera, pero la señora se le cruzó por delante tratando de cerrarle el paso, mientras le decia que le iban á matar.

—Déjame salir, hija, dijo Gomez, quien sabe que es lo que se llevan los ladrones, y tal vez aún estén en casa y sea fácil atraparlos y entregarlos al sereno de la esquina.

—No salgas, Gomez, prosiguió la señora—no salgas, que tal vez estén del otro lado de la puerta y te dén una puñalada en cuanto te asomes: no salgas porque me voy á morir de miedo.

—Me haces perder un tiempo precioso, hija mia, deja que vaya al patio siquiera, aunque

no sea mas que para castigar la audacia del insolente que viene á turbarnos el sueño.

Pero la señora estaba dispuesta á no dejar salir á su esposo por ninguna razon posible, y tomándolo de los brazos trató de retirarlo del lado de la puerta, haciéndolo volver al aposento.

Gomez conoció que no podria convencer á su consorte de que lo dejara salir, y que todo argumento ó tentativa que hiciese en aquel sentido, serian perfectamente inútiles.

Entónces buscó en su imaginacion una idea para librarse de aquella oposicion tenaz, encontrando el único pretexto por el cual lo pensó ya en el peligro que podía correr su esposo.

—Déjame, hija mia, dijo Gomez, mira que los momentos son preciosos: pienso que Elvira duerme sola en su pieza, y que á estas horas tal vez la estén atacando por robarla.

El tiro dió en el corazon de la señora de una manera tan hábil, que lejos de detenerle mas, cué ella quien le ayudó á abrir la puerta di-fiéndole:

—Anda, anda hijo mio, anda lijero y quiera Dios que llegues á tiempo de impedir tan monstruoso atentado.

El señor Gomez estava de un par de brincos en el medio del patio, quedándose aterrado al ver luz en el cuarto de la hija, y la puerta completamente abierta, cuando á aquella hora Elvira deberia estar entregada al reposo.

No supo que pensar, sorprendido, y avanzó hasta el aposento á donde entró con paso vacilante.

La sorpresa del señor Gomez se convirtió en el mas verdadero espanto cuando vió el aspecto del aposento.

El lecho deshecho, al lado del cual se veian algunas ropas de las que llevaba aquella noche, colocadas sobre una silla, la vela á medio consumir sobre la mesa de noche, donde no se veia ninguna alhaja ni cosa de valor, como así mismo sobre la cómoda donde acostumbraba á dejarlas, acusaban un robo y un rapto.

Grande fué el dolor que se pintó en la fisonomia de aquel hombre cuando tal idea cruzó por su pensamiento.

Hija mia, hija de mi alma! gritó con desesperado acento, volviendo al comedor donde le esperaba su desconsolada esposa.

Aquellas dos personas, vencidas por la impresion mas dolorosa, permanecieron un momento mirándose silenciosamente, no atinaban á decirse una palabra y se consultaban con la mirada ansiosa lo que debian hacer.

Per fin la madre, con el cabello en desórden y el ademan convulsivo, se dirijió al esposo gritándole:

—Y tú qué haces? corre, corre por Dios esposo

mio, tal vez estén cerca, tal vez el sereno les haya visto pasar.

Y ella que hacia un momento detenía á su marido en la puerta del comedor, era la primera en empujarlo ahora para que fuera en persecucion de los ladrones.

Y esta misma, ella, que un minuto antes queria morir de miedo ante la sospecha de que en el comedor habian entrado ladrones, fué la primera en lanzarse al patio, dirigiéndose al fondo y llamando á su hija.

Véamos que habia sido de los amantes, arancados violentamente de su éxtasis de amor, por aquel ruido infernal de cristales y porcelanas despedazadas que se habia sentido en el comedor.

En el primer momento ambos quedaron helados, experimentando esa impresion nerviosa que se siente cuando uno en pleno invierno se arroja á una tina de agua á la que acaba de sacar la escarcha.

Elvira se prendió de Perez aterrada, y exclamó débilmente:

—Estamos perdidos!

Perez tembló de pies á cabeza, por la doble impresion que experimentaba en aquel momento, y permaneció indeciso.

No sabia si quedarse allí ó disparar evitando de esta manera el ser sorprendido por el señor Gomez, pues él suponía que al pasar por el comedor por alguna necesidad habia volteado algunos platos, un pilon, segun el ruido que se sintió.

—Yo me voy, dijo precipitadamente á Elvira, para evitar que me vean, que seria la perdicion de todo—tu vuelve lijero á tu aposento y haciéndote la dormida espera á ver el resultado.

No te vayas por Dios, repuso Elvira, que si te vé mi padre te va á matar—quédate aquí mas bien y que nos mate á los dos juntos, si es que por amarse con el alma se merece la muerte.

—Es, pues, mucho mejor que no nos mate á ninguno de los dos, repuso Perez, que parecia tener un gran cariño á su pellejo y era mas práctico en este género de aventuras.

Anda tu al aposento, continuó; que yo me salvaré bien.

Ya Elvira se levantaba un poco mas repuesta de su terror para seguir el plan de su amante, encontrando que realmente era el mas salvador, cuando sintieron voces en el comedor y ruido en el picaporte.

La niña volvió á prenderse de su amante y se puso á sollozar con desesperacion, viéndose perdida sin remedio y pensando que su padre mataria á su querido Perez.

—Vete al cuarto por Dios, exclamó Perez con la voz mas persuasiva que le fué posible, ó nos perdemos de una manera positiva, ya

te he dicho que antes que abran el comedor estaré yo en la puerta de calle.

Si por acaso te sorprenden antes de entrar al aposento te finjes enferma del estómago diciendo que por eso has salido afuera y la cosa pasaria así no más puesto que no hay ninguna desconfianza.

Ya se levantaban los dos y Perez dándole un beso cuyo rumor resonó en sus mismos labios se disponía á enfilarse á la calle con carrera de liebre, cuando la puerta del comedor se abrió de pronto, apareciendo en su dintel el señor Gomez, con la vela en una mano y su baston en la otra.

Los amantes quedaron dominados por el terror, mientras el señor Gomez entró y salió al aposento de Elvira dando los gritos que hemos indicado.

Era tal la desesperacion que se veía en aquel hombre, que Elvira sintiendo despertar todo su amor filial, entreabrió los labios para gritar sin duda: aquí estoy padre mio—cuando Perez le tapó la boca diciéndola:—¡calla por Dios!

Elvira no pudo sufrir por mas tiempo tan encontradas y violentas emociones y se desvaneció en los brazos de Perez, que miraba receloso lo que hacian Gomez y su esposa.

Perez no era hombre de perder los estribos á dos tiroes y prontó se dominó por completo ante el peligro, convencido de que solo su presencia de ánimo podia salvarle en situacion tan crítica.

Recostó á Elvira suavemente en el suelo y ya emprendia su retirada con todo el recato posible, cuando la señora de Gomez salió al patio, desesperada, buscando á su hija.

Perez trató de confundirse entre las sombras de la pared y seguir su retirada al primer patio para ponerse á salvo, pero ya era demasiado tarde—la señora lo habia visto y le salia al encuentro gritando:

—Aquí está el ladron! aquí está el ladron! socorro Gomez! socorro! y al mismo tiempo se prendia del paltó de Perez que en vano hizo grandes esfuerzos por deshacerse.

Al oír las voces de su esposa, Gomez salió de su dolorosa inmovilidad, y enarbolando su baston salió al patio y se lanzó sobre Perez, que sintió zumbarle en los oídos los mas famosos garrotazos que haya dado mano de hombre.

Quiso hablar, quiso explicarse, pero era tal la tempestad de palos que se le desencadenó encima que su voz se perdió entre el ruido que producía el baston al caer sobre su cabeza.

En esto la señora habia descubierto á su hija tendida en el suelo á pocos pasos de allí y se lanzó sobre ella, gimiendo estas palabras:

—Muerta! muerta! han envenenado á mi Elvira, á la hija de mis entrañas; un médico por Dios que mi hija está muerta.



Al oír semejante cosa la cólera de Gomez creció y redobló la tunda de garrotazos, diciendo ladron, asesino! qué es lo que has hecho de mi hija?—toma, toma!

Y era tal la furia con que golpeaba en la cabeza de Perez, que el baston saltó hecho pedazos, dejando descubierto un luciente y ancho estoque.

Al verlo, Perez dió un brinco atrás y gritó al señor Gomez.

—No se manche usted, con un asesinato, que no soy ningun ladron, ni es delito que me rezca la muerte el amar á una mujer.

—Perez! Perez! dijo Gomez absorto, conociendo recien al hombre que golpeaba y de cuya frente corria-la sangre en abundancia, tu has venido á deshonorarme, miserable y pretendes que me mancho matándote. . . muere cobarde, muere como un perro, que bien lo has merecido.

Y ciego de ira tiró al jóven tan tremenda estocada, que si no se hace á un lado, lo clava en la pared como un murciélago.

A los gritos de la madre y las voces de Perez y su padre, Elvira empezó á volver en sí, y dándose cuenta de lo que sucedía á su alrededor, se lanzó hácia su padre implorando su perdón.

—A mí, mátame á mi padre, mio, que soy la culpable dijo—mátame á mi y perdona á ese hombre porque yo lo amo y se ha vista en el caso de venir á verme de esta manera porque tu lo despediste de casa.

Aquella situacion era demasiado tremenda para Gomez—se tomó la cabeza con ambas manos, y disparó hácia la calle en busca del sereno, para entregarle aquel miserable.

El sereno tocó su pito, y poco despues se vieron en todas direcciones brillar las linternas de los cólegas que acudian al llamado de auxilio del agente nocturno.

El jorobado que espiaaba este momento se restregó las manos con íntima fruicion y soltando una ruda carcajada se retiró de allí porque llevaba las alhajas en el bolsillo y no era bueno esponerse á un registro.

—Ya cayó el pájaro, dijo ese será el ladron á quien mañana querrán hacer vomitar todo lo que falta del escritorio y de sobre la cómoda de aquella mocosa que en tan famoso arrullo estaba.

Los serenos acudieron á casa del Sr. Gomez, quien les entregó al malparado Perez, diciéndoles que era un ladron á quien habia encontrado en el interior de su casa.

—Yo no soy un ladron, dijo Perez con arrogancia, y limpiando la sangre que corria por su frente—yo no soy un ladron, he venido á hablar con una mujer de esta casa, con conocimiento del portero.

—A la pulecia, amiju, dijo el sereno, aquí

nu hay que alejare—lu han trincadu adentru y llu tenju que llevarlu á la tipa y como Perez protestara, los serenos le hicieron marchar mediante un par de empellones.

Gomez cerró la puerta y volvió al interior de la casa, donde lo recibieron las dos mujeres llorando amargamente.

La hija habia vencido el corazon de la madre y las dos pedian por Perez.

Gomez pasó por el lado de ellas sin dirigirles la palabra, y entró á su escritorio, donde tomo otro baston, sin estoque, pero mas formidable que el primero.

Armado de este argumento irrefutable el señor Gomez atravesó los patios y se fué derecho al cuarto del gallego portero donde entró como una descarga eléctrica.

El gallego habia sentido todo el escándalo y se habia apresurado á hacerse el dormido, temiendo ya lo que le iba á caer encima, pues descubierto Perez iban á saber como entraba en la casa.

Cuando Gomez entró á la pieza, el gallego dió un feroz ronquido, como quien duerme profundamente, pero al primer garrotazo que sintió zumbar por sus matambres se largó al suelo dando voces de socorro y asesinos.

—El asesino eres tú, maldito, dijo Gomez, empezándole á sacudir una tunda de garrotazos que dejaba en pañales á la misma tanda de walses del maestro Aguirre.

En vano pidió misericordia por todos los santos del cielo, en vano prometió decir la verdad de todo lo sucedido, Gomez no dejó de sacudir hasta que sintió el brazo adormecido.

Cuando esto sucedió, el gallego yacia en el suelo sin tener la fuerza suficiente para seguir pidiendo piedad—el garrote aquel le habia molido los huesos dejándolo como para ocupar por dos meses una cama en la sala de cirugía en el hospital.

Gomez presa de creciente furor, abandonó al misero gallego y regresó al comedor donde estaban su esposa y su hija llorando amargamente; quiso hacer gala de carácter firme pero bien pronto se encontró desarmado.

Las lágrimas de su hermosa hija que con el dolor mas agudo impreso en el serablante pedian perdón y la dulce voz de la esposa que con tiernísimas espresiones intercedia por ella, apaciguaron por completo á Gomez que murmuró con amargo acento:

—Deshonrarne por un miserable y hacer participe de mi deshonra á un portero, no tiene perdón de Dios, hija mia—¿por qué no tuviste confianza en mí y me confiaste el estado de tu corazon?

—Porque tenia miedo de tu negativa, padre mio.

No te aflijas tanto ni me mires con ese ceño, que yo te juro que el único delito que yo he

cometido ha sido consentir la entrada de Perez.

Te juro, agregó, sobre el amor y la vida de mamá, que soy tan pura como antes y que él no me ha faltado en lo mas mínimo al respeto que todo caballero debe á una niña bien nacida.

Estas palabras cayeron como un bálsamo en el corazon del desgraciado Gomez, sabia que su hija no mentiria ante ninguna consideracion y aquella seguridad aminoraba de una manera notable la desgracia de que en un principio se creyó victima.

Gomez, sin embargo, echó á su hija un sermón que bien podia correr parejas con las dos palizas que se chuparon Perez y el portero, sermón que hizo á esta derramar abundantes lágrimas.

Cuando terminó su allocucion, los esposos mandaron á su hija á acostar, y ellos mismos pasaron á su aposento, comentando la audacia del miserable Perez y la incalificable insolencia del portero.

—Es preciso ver á ese infeliz, dijo la señora, á quien has castigado de una manera tan violenta - tengo miedo de que lo hayas muerto, pues ni siquiera se le oye quejarse,

—Tienes razon, con la ira que he sentido me habia olvidado de aquel pobre diablo—voy á ver en que estado está, no sea que se me haya ido la mano y tenga un nuevo disgusto encima.

Gomez se puso las zapatillas nuevamente, tomó la vela para dirigirse al cuarto del portero, cuando sintió la voz de Elvira que le llamaba, con una espresion de angustia y de terror.

—Santo cielo! exclamó la señora, que habrá sucedido á nuestra hija, y salió en compañía de su esposo al cuarto de la jóven, que estaba en el medio de la pieza, pálida como un cadáver.

—Qué tienes hija mia? qué tienes, mi Elvira? preguntaron los dos á un tiempo, lanzándose á la niña que les señalaba la cómoda sin atinar á decir una palabra.

Fué necesario que estas preguntas se repitieran varias veces, para que balbuceara debilmente estas palabras:

—Aquí han entrado ladrones, padre mio, y me han robado las alhajas.

Cuando yo me recogí, me saqué las joyas que tenia puestas, con el reloj y las dejé sobre la cómoda—he ido á ver que horas eran y veo que mis alhajas han desaparecido.

—No puede ser, dijo Gomez—aunque es un miserable no lo creo capaz de accion tan villana—con la confusion de esta noche no recordará bien donde las has puesto.

—Busca en los cajones, hija mia, dijo la se-

ñora, ayudando á su hija; que allí las has de haber dejado y no te acuerdas, pobrecita.

—Es inútil, madre mia, pues recuerdo perfectamente que allí las dejé.

Y ambas vaciaron el mueble cajon por cajon sin encontrar el reloj ni las alhajas que decia Elvira haberse quitado aquella noche.

—No hay duda entonces, dijo Gomez, ese miserable ha dado el golpe en regla, mientras á mi me robaba el corazon de mi hija, á ella la despojaba de sus joyas, para llevarlas sin duda á una casa de juego.

—Perdon, padre mio, repuso Elvira, bajando la mirada—yo no lo defiendo, pero no puede ser él porque no se ha separado de mí un solo minuto, mucho menos para entrar á mi cuarto.

—Pues entonces, repuso el señor Gomez, cada vez mas convencido, ese hombre habrá hecho entrar algun sócio suyo que diera el golpe al dinero, mientras tal vez él te incitaba á abandonar el hogar paterno.

—Ahí tienes hija mia las consecuencias de tu ligero proceder. Piensa un poco ahora lo que vale el hombre por quien me desobedecias hasta el punto de hacerlo entrar ocultamente á mi casa.

Elvira rompió á llorar sin consuelo—aquel último golpe era superior á sus fuerzas—seria realmente Perez un miserable capaz de cometer la accion villana que le atribuia Gomez?

Y en efecto, quién podia ser el ladron? allí no habia entrado mas que Perez ni podia entrar persona alguna á quien él no hubiéra puesto en el secreto, franqueándole la puerta.

—Ahí tienes tu reputacion, mi hija, concluyó el severo padre, en boca de una gaviilla de ladrones que se cebarán en ella narrando la aventura en todos los garitos que frecuentan.

—Dios mio! exclamó Elvira cubriéndose el rostro con las manos, el cielo me castiga pero de una manera harto cruel, mi delito no merecia un castigo tan horrible.

Sírvate esto de dura leccion, hija mia—felizmente el miserable está en manos de la justicia, de donde solo saldrá para ir á pasar algunos años en Patagones ó Bahía-Blanca.

La señora entre tanto, miraba á su hija con los ojos arrasados de lágrimas, esa madre amaba á Elvira entrañablemente y no podia menos de compartir su dolor.

—Voy á ver al portero dijo Gomez saliendo de la pieza, tomando este pretexto para arrancarse á aquel cuadro tocante—conocia que iba á faltarle el valor y no queria dar á su hija una prueba de debilidad.

Gomez se dirigió al cuarto del portero, hallándose allí con un espectáculo bien triste.

El gallego estaba aun estirado en el suelo donde él lo habia dejado, y no daba la menor señal de vida,

—Habré muerto yo á este estúpido, se preguntó Gomez aproximándose al cuerpo de su portero, es lo único que faltaba para que esta noche hubiera llovido sobre mí todo género de calamidades.

Pero bien pronto comprendió que el gallego era solo víctima de un desmayo, ocasionado tal vez por la pérdida de sangre.

El infeliz tenia la cabeza completamente desfigurada y por todo su cuerpo se veían monstruosas contusiones.

Gomez se aterró ante el aspecto del gallego, sospechando que aquello podría traerle encima una causa criminal y cargó al portero transportándolo á la cama.

En seguida volvió á su cuarto y se dispuso á salir á la calle. Era preciso buscar un médico y un médico bastante amigo para poderle confiar lo que le sucedia y pedir su auxilio en tan duro trance.

—Recójense ustedes, dijo á su esposa—yo me voy en busca de Martin Garcia—era su médico—y vuelvo en seguida, pues es necesario que un médico examine á aquel desgraciado.

Felizmente la demás gente de servicio, mujeres, todas que dormían en las últimas piezas del último patio, ó no habian sentido el jaleo ó no se habian atrevido á salir de sus cuartos, de miedo.

Gomez fué á salir á la calle y recien entonces notó que la puerta de la sala estaba abierta, habiéndola casualmente cerrado él mismo la noche anterior.

Una sospecha cruzó su espíritu y penetró á la sala encaminándose directamente á su escritorio, donde pudo convencerse que su sospecha era perfectamente fundada.

Todos los cajones del escritorio estaban abiertos, faltando de ellos una fuerte cantidad de dinero que habia guardado allí para hacer un pago en esos dias.

Este golpe era el que menos mal hacia á Gomez—era generoso, poseia una fortuna magnífica y cien mil pesos mas ó menos le importaban bien poco, en relacion á lo demas que le habia sucedido.

—Es un miserable completo, pensó, saliendo á la calle; tal vez mi hija no ha sido mas que el pretexto para llevar á cabo este latrocinio con toda impunidad, pero vive Dios que caro ha de costarle.

Como se vé el plan del jorobado salia á medida de su diabólico deseo.

El jóven Perez seria el culpable de aquel robo y de este modo él estaba perfectamente á cubierto de toda accion policial.

El mismo portero sentiria desvanecida cualquier sospecha que pudiera abrigar, en vista de que el ladrón habia sido tomado in fraganti delicto y reducido á prision.

El esperaba el dia siguiente para irse á informar por boca de su amigo el portero, de lo que allí habia pasado, sin poder sospecharse que la víctima espiatoria de su plan maquiavélico habia sido el mismo incauto portero.

Gomez entretanto salió á la calle y despues de cerciorarse por boca del sereno mismo de que Perez habia sido conducido á la policia, se dirigió á casa del doctor Martin Garcia, su médico y su amigo.

En aquellos momentos el noble facultativo reposaba de las fatigas del dia, pero requerido con instancia no tuvo inconveniente en abandonar el lecho y salir á prestar sus auxilios profesionales.

Gomez le refirió con toda franqueza la desgracia que le sucedia sin omitir el menor detalle, por lo que el médico volvió á entrar á su casa en busca de una cartera de cirujia.

Ambos llegaron á casa de Gomez comentando aquella série de sucesos, capaces de hacer perder la chaveta al hombre de sesos mas firmes.

Martin Garcia con aquella paciencia y bondad que le eran características, lavó y curó al pobre portero, retirándose despues de decir á Gomez.

—Lo que es de esta, no muere este diablo—ha sido una paliza de padre y muy señor mio, pero mediante treinta ó cuarenta dias de cama la cosa pasará y estará en disposicion de recibir otra.

Así que al dia siguiente el portero estuvo mas aliviado, el señor Gomez fué á verlo, haciéndole la siguiente notificacion que el gallego escuchó abriendo los oidos lo mas que fué posible.

—Estoy convencido que de puro bruto y sin medir el alcance de lo que hacias has vendido la casa que yo habia confiado á tu honradez—yo te perdono, pues, y cuando estés bueno trataré de compensar lo que hayas sufrido.

Pero no vayas á decir una sola palabra de lo que aquí ha sucedido, porque entonces yo te juro que no te dejaria para que contaras como fué la segunda paliza que te sacudí.

—No hay cuidado, replicó dolorosamente el misero tengu bastante con la primera para que procurase la segunda, yo no abriré la boca ni aun para contárneme á mi mismo.

—El miserable aquel me ha robado todo el dinero que habia en mi escritorio y las alhajas del cuarto de Elvira, siendo este el único motivo porque ha entrado á mi casa.

Si te llaman á prestar declaracion, esto es lo que tienes que decir, desmintiendo redondamente lo que él asegura, es decir, que vino á mi casa por ver á la señorita, porque tú le abriste la puerta.

—Tenjo de aprendere eso de memoria, repuso el apaleado portero, para na me olvidare— pierda usted cuidado.

—En cuanto á tus golpes, concluyó Gomez, si quieres que yo te los compense bien, puedes decir que has caido de una escalera al subir á la azotea.

Gomez se retiró del cuarto, despues de hacer repetir por dos ó tres veces esta lección al ga-

llego, y se fué á las piezas de su familia, para ponerse de acuerdo con su esposa y su hija, sobre lo que habian de declarar en caso necesario.

En seguida se dirigió á la Policia á esponer lo que la noche anterior habia sucedido en su casa.

## EL JOROBADO SE DIVIERTE

El señor Gomez fué á la Policia y allí denunció á Perez como autor de un gran robo de dinero y alhajas de que habia sido víctima la noche anterior mientras estaba entregado al reposo.

Manifestó que se habia visto obligado á dar golpes al ladrón, porque al ser sorprendido este lo habia agredido pretendiendo matarlo para poder escapar y verse libre de la accion de la justicia.

A Perez no se le habia encontrado nada sobre sí que pudiera hacerlo sospechoso como ladrón, pero la declaracion de Gomez era demasiado seria para que la Policia no la tomara en formal consideracion.

Fué enviado á casa de este un comisario y un oficial de Policia para que levantaran un sumario en presencia de los rastros que hubieran dejado los ladrones, y esta pesquisa fué fatal para Perez.

Revisando la puerta de la calle se encontraron los dos agujeros que correspondian al extremo de los pasadores y la puerta de la sala tenia todo el aspecto de haber sido forzada.

Los cajones del escritorio estaban abiertos y no se veia figurar en ellos el mas humilde peso; todo habia sido robado por los ladrones.

En el comedor hallaron la enorme pila de porcelana y cristales que volteara Parodi y que fué atribuida á que el ladrón que la conducia habia caido al suelo á causa sin duda de no conocer el terreno que pisaba.

La esposa é hija de Gomez declararon como habian convenido, es decir, que tarde ya de la noche habian sentido gran ruido de cristales en el comedor, que Gomez se habia bajado de la cama, encontrándose con un hombre que huia y que viéndose perseguido, hizo armas sobre Gomez pretendiendo matarlo para que este no lo entregara á los serenos.

Llamadas las sirvientas declararon que ellas habian sentido voces y ruido de golpes en el patio, pero que no se habian atrevido á salir, de miedo.

Estas declaraciones comprometian á Perez de una manera formidable.

Es cierto que no se habia encontrado sobre

su persona ni el dinero ni las alhajas que habian desaparecido de lo de Gomez.

Pero esto no queria decir que no hubiera llevado consigo algunos cómplices que hubieran huido, mientras él quedaba cubriéndoles la retirada.

Perez fué interrogado en seguida, y negó el hecho de que se le acusaba, es decir, que él hubiera entrado á casa de Gomez con intencion de robar.

—Es cierto, decia, que Gomez me ha sorprendido en el interior de su casa, pero esto no quiere decir en manera alguna que yo haya ido á robar—este no es el solo móvil que puede impulsar á un hombre á entrar de noche en la casa de otro.

—Entónces habrá entrado usted á una aventura amorosa?

—Tampoco, contestó el acusado con cierta hidalguia—yo he entrado á casa de Gomez con un fin inocente que no quiero ni puedo revelar, pero yo soy un caballero, y está completamente demás la sospecha de mí se abriga. Hemos concluido, terminó diciendo, pues no quiero hablar una palabra mas en este incidente, porque no puedo decir la verdad, so pena de cometer una villania.

—Jóven, dijo el comisario, no es este el camino que debe usted seguir para salir airoso en este asunto.

El señor Gomez, su señora y su hija han declarado, y es preciso que usted se justifique.

—Y qué pueden haber declarado en mi contra? preguntó el jóven, con cierta altaneria—que me han encontrado en el patio de su casa?—eso yo nunca lo he negado ni tengo por qué ocultarlo.

—Es que las declaraciones de esas personas dicen algo mas que conviene destruir—dicen que usted ha ido á robar, y que ha robado efectivamente el dinero que habia en el escritorio de Gomez y muchas alhajas del cuarto de la señorita,

Al oír semejante acusacion, toda la sangre afluyó al corazon de Perez, abandonando su rostro que quedó tan pálido como el de un

cadáver, permaneciendo mas de un minuto sin poder articular una palabra.

—Eso es imposible, dijo por fin, por cobarde que sea un hombre, por pervertido que tenga el sentido moral, no puede dejar caer sobre un semejante, calumnia tan brutal.

—Es que no es Gomez solo quien lo dice, jóvenes, es su esposa, es su hija, á quien no acusareis tambien de estar confabuladas sin hacerlas sucumbir bajo el peso de una calumnia.

—Eso es imposible, dijo Perez con creciente agitacion, Gomez puede decirlo, su esposa puede apoyarlo, porque no es lógico que la mujer contradiga al marido, pero Elvira. . . ella no puede decir semejante infamia.

—Pues aquí está su declaracion, continuó el comisario enseñándosela, donde hasta dice que, para verse usted libre de la accion policial, agredió á su padre con intencion de matarlo.

—Pero si yo he robado, repuso Perez aterrado, ¿dónde está ese dinero y alhajas que no se han hallado sobre mí? Yo no me las puedo haber tragado y en alguna parte estarian.

Esta salida hizo desconfiar algo al comisario; era una salida que, ó era la espresion de la mayor inocencia ó del mayor refinamiento de pilleria ó maldad.

—Eso no quiere decir nada, repuso, pues puede usted haber ido con algunos cómplices que mientras usted era reducido á prision se podian haber puesto á salvo con lo robado en la casa.

Yo mismo, agregó, he visto el escritorio descerrajado, las puertas de la calle perforadas y muchos otros indicios que no dejan lugar á duda sobre que allí se ha cometido un robo.

Perez no podia explicarse todo esto.

El habia abierto la puerta con la llave que le diera el portero, y no comprendia como podian existir los rastros de robo de que le hablaba el comisario.

Seria Gomez tan cobarde para haber simulado todos aquellos rastros de que hablaba el agente policial, ó realmente mientras él estaba en la casa habian penetrado ladrones?

Estas dudas desesperaban á Perez hasta el punto de hacerle perder la cabeza, pues si realmente habian entrado allí ladrones, su causa se complicaba de una manera desesperante.

Tal vez su salvacion estaba en lo que hubie-ra declarado Elvira, que no podia ser seguramente lo que el comisario le habia dicho, pues aquella niña tan pura no era capaz de semejante infamia.

Alimentado por esta esperanza leyó la declaracion de Elvira, y apenas la hubo terminado lanzó un rugido de ira, arrojándola sobre la mesa acompañada de un puñetazo.

—Esta es una infamia, dijo, y yo no debo

sacrificarme con mi silencio, á seras tan ruines y miserables que firman semejante declaracion sin que les tiemble la mano.

—Señor comisario, prosiguió acercándose al agente de policia; es cierto que yo he entrado á aquella casa, pero he entrado no como un ladron sino como un hombre honrado, y en prueba de ello aquí está la llave de la puerta.

Esas perforaciones en la puerta de calle son una indignidad fraguada por Gomez contra mi, pues cuando se tiene la llave de una puerta, no es necesario perforarla ni violentarla.

Esta llave, concluyó, me la ha dado el portero de la casa, sabedor de mis entradas nocturnas allí, pues no es anoche la primera vez que he entrado yo á la casa de ese miserable calumniador.

—¿Y á qué entraba usted á deshoras de la noche á una casa ajena? preguntó con severidad el comisario, esto solo es un delito que las leyes castigan de una manera severa.

Perez vaciló antes de responder, tal vez iba aún á ocultar la verdad por salvar á Elvira, pero sus ojos se fijaron en aquella pérdida declaracion que estaba sobre la mesa, y murmuró sordamente.

—Yo entraba á la casa de Gomez á hablar con su hija Elvira, á causa de que él hacia oposicion á nuestros amores—puede usted tomar declaracion al portero y se convencerá de la verdad de lo que digo.

—Medite usted bien lo que asegura, dijo el funcionario porque es demasiado grave y luego seria tarde para retirarlo la declaracion que acaba de hacer usted compromete el honor de una familia.

—Ellos no han tenido reparo en comprometer el mio con una calumnia, yo no debo tenerlo para salvar mi nombre, esporiando la verdad sencilla de lo que ha pasado.

El comisario mandó á Perez al cuarto que en la Policía le servia de prision y se trasladó á casa del señor Gomez á tomar declaracion al portero, contestándole que este estaba muy enfermo.

—No importa, replicó el agente de seguridad, yo necesito tomarle su declaracion ó convencerme que no la puede prestar, en el estricto cumplimiento de mi deber.

El comisario fué introducido al cuarto del gallego que, aunque bastante mejorado, estaba débil y anilánado por la tunda de garrotazos sufridos.

Dijo que no podia hablar y que estaba en aquel estado, á consecuencia de haber caido de una escalera al pretender subir á la azotea la tarde anterior.

El comisario á pesar del estado del portero creyó ver mucho de maña en su modo de responder, así es que haciendo á un lado toda

consideracion le preguntó por qué habia dado á Perez aquella llave.

El gallego se turbó, pero recordó los garrotos recibidos y aseguró que ni él habia dado semejante llave ni sabia porque le hacian semejante pregunta.

—Es que aunque estás enfermo yo te voy á meter en un calabozo, dijo el comisario, y te voy á tener allí aunque te mueras, hasta que me digas la verdad de lo que ha pasado.

—Es, replicó el portero sin saber lo que decia, que si digo la verdad, el señor me tiene prometida otra paliza, y cuidado que tiene una mano que mete miedo.

—Quiere decir que lo que tu tienes no es una caida de la azotea sinó una paliza? y porque te dió tu patron la paliza que tan cobarde te ha vuelto?

—Toma, replicó el inocente, por qué habia de ser? porque yo dejé entrar al señorito Perez para que hablara con la señorita y el patron se enojó.

La brutalidad del portero salvaba á Perez, orientando al comisario en lo que él creia una intriga del robo que para ocultar la verdad se hacia víctima Gomez.

—¿Entónces, persiguió el comisario, no es capaz el señor Perez de haber cometido el robo de anoche, puesto que él solo venia aquí á hablar con la señorita?

—¿Y qué robo? preguntó sorprendido el gallego—aquí, gracias á Dios nadie á robado nada—y el portero con su habitual brutalidad, venia á salvar por completo al jorobado, acusando de calumniador á su patron.

—Esto es lo que necesitaba saber, dijo el comisario—ahora restablézcase usted que bien pronto volveremos á vernos las caras para que preste su declaracion en persona.

—Cuando usted guste señor, contestó el portero tratando de incorporarse, pero yo no puedo decir la verdad, ya se lo he dicho, porque el señor me dará otra paliza.

Además, anoche me he caido de la azotea y solo sé que el patron ha sorprendido aqui un hombre que lo quiso matar y que él entregó á los serenos.

El comisario no pudo menos que soltar una carcajada al oír las últimas palabras de aquel mentecato, y se dirijió á la calle, pensando en que la misma falta de inteligencia del gallego era la salvacion de Perez, á quien desde ese momento cobró gran simpatia.

Al cruzar el patio se encontró con Gomez, á quien saludó con bastante frialdad, pues el proceder de aquel hombre le parecia lo mas ruin y cobarde que pueda inventar ingenio humano.

—Y ha logrado usted sacar algo de ese desgraciado? preguntó al comisario acompañando-

le hasta la puerta de calle, interesado en saber lo que habia dicho el portero.

—Ahora es imposible, respondió aquel, pues no sabe dar otra explicacion que la de un golpe de la azotea, que yo creo lo ha vuelto medio idiota—pero volveremos á hacerle otro interrogatorio, que puede ser de mejor resultado.

Gomez volvió á la pieza del portero á quien dijo que de esa manera todo iba bien, y que siguiera haciéndose el zongo y respondiendole como lo habia hecho aquella ocasion.

El comisario entre tanto se trasladó á la Policia, habló con Perez y le comunicó el resultado de su entrevista con el portero.

Apesar de su triste situacion y de las desgracias que estaban pesando sobre él desde el dia anterior, el jóven no pudo menos de reir de buena gana ante la estupidez salvadora del portero.

—No será estraño, le dijo el comisario retirándose, que mañana podamos ponerlo en libertad libre de toda culpa, pudiendo dar gracias de este resultado á aquel imbécil.

Entre tanto Parodi partia con Palma el producto de aquel famosísimo robo, narrándole, entre sendas carcajadas, la aventura de que habia hecho víctima al enamorado galan.

Lo robado en dinero eran unos setenta y tres mil pesos y unos ochenta mil en alhajas, segun cálculos de Palma, que para la tasacion de piedras preciosas era mas hábil que un joyero.

Mucho festejó este la tirada hecha por su sócio á los enamorados, tirada que importaba nada menos que hacer recaer sobre otra persona aquel robo cuya narracion iba á escandalizar á la sociedad.

Para festejar en regla esta traviesa aventura, Palma y el jorobado se fueron á almorzar opíparamente á una fonda, donde regalaron á sus honorables estómagos con los vinos mas ricos del establecimiento, que no eran otra cosa que cocimientos mas ó menos pasables, como en la actualidad, disfrazados con vistosas etiquetas de elegantes nombres y marcas.

Quando salieron del café, los dos sócios iban á cual de ellos mas achispado.

Palma se fué á ver unos amigotes que él conocia para tratar de realizar las alhajas robadas por su sócio, mientras este se dirijió á casa de Gomez para tomar lenguas de lo que habia sucedido, á su amigo el portero.

Pero por mas que dió vuelta la casa no pudo ver á su desgraciado amigote, ni á otra persona del servicio, pues la puerta se hallaba cerrada como si la familia se hubiera ausentado al campo.

—Bueno, pensó el punguista, están de duelo no por el robo sinó por la aventura amorosa—yo conozco el amor propio de esta gente

rica, son capaces de emigrar porque no se les trasluzca lo que ha sucedido.

Vamos á ver si yo puedo averiguar como ha concluido esto, pensó dirijiéndose á una confiteria situada en la esquina de la casa, donde pidió una botella de vino fino.

Poco despues, mediante un par de vasos con que invitó al confitero, Parodi supo que la noche anterior se había cometido un gran robo en casa de Gomez, y que el ladrón principal, que era un joven decente, había sido preso.

—Ah! dijo el jorobado, como respondiendo á una inocente idea—sin duda será por eso que está cerrada la casa!—debe haber sido mucho lo robado cuando un hombre tan rico lo ha sentido tanto!

—Es, repuso el confitero, que parece que en todo esto hay un misterio como todo se sabe, por mas que se oculten las cosas algo se viene á traslucir—y de este negocio se dicen cosas que paran el pelo.

—Que buen vino, interrumpió el astuto jorobado—traiga otra botella amigo, que así dán mas ganas de charlar, y parece que la lengua funciona mejor, se me ocurre que el buen vino debe ser el aceite con que se hacen funcionar las lenguas.

El confitero sonrió alegremente, tanto por el pedido como por la gracia con que fué hecho y destapó una nueva botella que puso al lado de la que ya solo era un cadáver.

—Se dice, añadió echándose de nuevo sobre el mostrador que esto no es un robo sencillo, sino un robo que tiene mas complicaciones que el mismísimo infierno, pues en él tienen parte los de la casa.

Cómo así? preguntó sorprendido el jorobado, será acaso un simulacro de robo para ocultar alguna quiebra del señor Gomez, ó algun mal negocio?

—No precisamente esto, pero las lenguas largas aseguran que es para ocultar una cosa mas delicada y que á ser verdad importa mas que el dinero mismo.

—Diablo, diablo! repuso Parodi tomando un aire de profunda inocencia—confieso que no entiendo la cosa, porque no creo que haya nada mas importante que un buen millonaje de pesos.

—Pues ahí verá usted—dicen que el mozo que está preso, que fué muy mal herido por Gomez, lo han tomado, no robando el dinero pero sí el corazón de la hija de Gomez.

—San Pietro! exclamó el jorobado—ahora me esplico el sentimiento del dueño de casa, y que le ha hecho cerrar la puerta como si se hubiera muerto alguien de la familia.

—Agregan los que han curioseado la cosa, que el portero era quien hacia entrar al gavi-  
lan, por cuya razon Gomez le ha sacudido

una paliza que le ha roto hasta el hueso palomo.

—Quién había de decir! Un gallego que parecia un santo vestido de portero! Y fuese usted de las personas cuyo aspecto de infelicidad inspira la mayor confianza!

—Ahí verá usted: el pobre gallego está peor que Cristo cuando andaba penando. Ha sido el verdadero pavo de la boda, aunque el mocito aquel ha salido bastante estropeado.

—Entonces no ha habido tal robo de alhajas y dinero, por valor de no sé qué tantos mil pesos? Bendito sea Dios! Y como se exageran las cosas!

—Unos dicen que no, que el robo es finjido para ocultar el verdadero móvil del jóven que fué encontrado dentro de la casa, pero otros dicen que aprovechando la oportunidad de encontrar la puerta abierta que dejó el jóven, han entrado ladrones y han completado la obra.

—Pobre mocito, concluyó Parodi echándose al colete el último vaso de vino y sacando dinero para pagar el gasto—quién lo mete á semejantes aventuras para hacerse pillar infraganti?

El jorobado pagó sus dos botellas de vino y se alejó de la confiteria completamente presa del mas cristiano refocilamiento—desafío á la misma Policia de Lóndres se dijo, que venga á encontrar mi rastro en esta complicacion amorosa.

De allí fué á reunirse con Palma para darle cuenta de su pesquisa y averiguar los pasos que este había dado para vender las alhajas desmontadas y alteradas como para que ni su mismo dueño las conociera.

—Mañana queda hecha la venta, pues ya he cerrado trato, dijo Palma—y qué tal? como vá la causa del desgraciado rondador de hermosos corazones?

—Mal, dijo joroba—le han roto la cabeza á palos, por pronta maniobra y le han mandado á curarse á la *cafúa*, sin duda porque allí los médicos serán mas experimentados.

Y narró entre grandes risas la conversacion que había tenido con el confitero, por la cual se podia sacar en limpio que el jóven gavi-  
lan seria condenado á algunos buenos meses de prision.

El comisario, interesado por Perez, siguió levantando el sumario con gran celeridad, pues comprendia que la prision del jóven era injustificada.

O habían entrado otros ladrones mientras este estaba dentro, cuya pista era imposible seguir, ó aquel robo era una simple invencion de Gomez para ocultar los amores de su hija, invencion que lo colocaba en las condiciones del mas vil calumniador, que recurria á aque-  
lla cobarde venganza.

Dos días despues de estos sucesos y algo mejorado de los garrotazos recibidos, se envió á buscoar al portero de Gomez en una volante, para que prestara nueva declaracion.

El gallego, mas ó menos dijo lo que habia espuesto anteriormente, á saber: que Perez hacia mas de un mes que iba á la casa á hablar con la señorita, para lo que él mismo le abria la puerta.

Que en la casa no se habia cometido robo alguno, que él supiera, pero que él no podia declarar esto, porque su patron le habia prometido obsequiarlo con una paliza mas dura que la primera.

Mientras el portero narraba, el comisario escribia; leyó en seguida la declaracion que el portero firmó inmediatamente, bajo la condicion de que Gomez no supiera sinó la verdad, es decir, que él habia declarado con arreglo á su deseo.

Terminado el sumario por el cual Perez resultaba inocente del delito de haber violado la puerta de calle y entrado á robar á lo de Gomez capitaneando ladrones, fué preciso poner á este en libertad.

La falta de haber entrado á deshoras á una casa que no era la suya, era una falta leve, pues el portero habia patrocinado su presencia en la casa, y falta que podia darse por compurgada con la prision sufrida.

Perez, pues, fué puesto en libertad, con grandes iras del señor Gomez que protestó réciamente de aquella resolucion, pues para él aquel individuo no era mas que un vulgar caballero de industria.

Fué necesario mostrarle el sumario con las declaraciones de su mismo portero, para justificar debidamente el procedimiento que habia seguido la Policia en aquel caso especial.

Gomez regresó á su casa completamente dado á los infiernos—la brutalidad de su portero lo dejaba como un calumniador miserable y ponía en transparencia el honor de su hija.

Así que entró, se fué como una centella al cuarto del gallego, que en aquel momento estaba entregado al mas apacible reposo, y lo sacudió de un brazo con violencia.

—Ladrones! gritó asustado—ahora si que son ladrones! dijo dominado por el terror.

—El ladron eres tú, maldito bruto, que de bias tirar de un carro de agua.

El gallego reconoció al señor Gomez y se sentó en la cama mirándolo con ojos espantados mientras le preguntaba:

—Cómo que yo soy un ladron? qué tengo yo robado en la casa?

—Mi crédito, animal! qué es lo que has ido á declarar á la comisaria, apesar de las lecciones que yo te habia dado? cómo has ido á justificar el proceder de aquel maldito?

—Yo no he dicho mas que lo convenido,

chilló el gallego tratando de defenderse de las manos de Gomez que lo miraba de una manera amenazadora, oprimiéndole el brazo como con tenazas.

—Cómo lo convenido, maldito!—y no has ido á decir que aquel bribon entraba á mi casa con una llave que tú mismo le dabas y que solo venia á conversar con la señorita Elvira?

—Es muy cierto, replicó el gallego, pero en seguida he añadido que yo no podia declarar eso, aunque era la verdad, porque me habia comprometido con usted á no decirlo.

Y además yo he prevenido al comisario que si contaban á usted que yo habia dicho eso, retiraba toda mi declaracion, pues yo no sabia mas que lo que usted dijo.

—Bárbaro! gritó Gomez, mil veces bárbaro, y le sacudió un puñetazo capaz de desnucar á un toro—no mereces maldito ni que yo te saque las tripas!—y salió del cuarto.

—Socorro que me mata el patron! gimió el buen gallego metiéndose bajo las cobijas de la cama—en este mundo no hay como contentar á la gente, pues por todo dan garrote.

Gomez se fué á las piezas interiores y contó á su esposa y su hija lo que le pasaba. Mañana, añadió, nos vamos á Montevideo; pueden preparar sus equipajes.

El ridículo que pesa sobre mí es espantoso y no tengo el suficiente valor para afrontarlo, ni oír las estúpidas preguntas con que me acosarán por todos lados.

—Burlado y robado! añadió meciéndose los cabellos—y el ladron puesto en libertad porque no existen pruebas contra él—solo les falta decir que yo mismo me he robado y exijirme que esté contento, para completar el cuadro.

Y segun lo habia dispuesto, al dia siguiente la familia de Gomez se embarcaba para Montevideo, donde permaneceria hasta que el tiempo hubiera borrado la aventura maldecida, de la memoria de sus relaciones.

La Policia, con la partida de Gomez y su familia, se afirmó mas en la creencia de que aquel robo habia sido simulado y no se preocupó mas del asunto, ni trató de hacer la menor indagacion.

El jorobado que seguia todas las peripecias de la causa, sin dar á sospechar el interés que en ella tenia, se frotaba las manos con la mayor fruicion, asegurando á su compinche que nunca harian un negocio como aquel.

Cuando vió que la familia de Gomez se embarcaba para Montevideo, huyendo del ridículo, dijo á Palma: ahora, aunque yo mismo me delatara, creerian mas bien que era un loco, pero nunca que hubiera cometido semejante robo.

—De lo que yo me tengo que guardar como



del mismo diablo, añadía, es del maestro Perez, pues si llegara á saber la verdad de lo sucedido, no me dejaba ni pará pasto de gusanos.

Pero Perez, como la policia, creia á puño cerrado, como se dice, que aquel robo no era mas que una calumnia de Gomez para vengarse de él haciéndolo mandar á Patagones ó Bahía Blanca, que eran los presidios de entonces.

—Ahora, dijo el jorobado á Palma, es preciso que pongamos los puntos en otro lado, citando á los compañeros para que no vayan á desconfiar de nuestra inaccion.

Yo voy á tratar de vender mi herreria para aparentar que vivo del producto de ella, quedándome solo con los instrumentos necesarios para fabricar los útiles que necesitamos.

—Bueno, repuso Palma, que era el que se entendia con el resto de la gavilla—yo voy á citar á mis compañeros á un covachon de frente al Retiro que ha alquilado Gramarra—para mañana á la noche.

Puede ser que ellos tengan algo en perspectiva y no tengamos que rompernos mucho la cabeza para idear un tiro provechoso para todos.

Me parece, concluyó, que algo he oido al portugués da Silva sobre un tal don Federico Massot, que tiene un escritorio de cambio donde se vé mucho oro.

—Arcibeniscimo! replicó el jorobado despidiéndose—mañana á las tres nos juntamos en la herreria, comemos juntos y á la noche vamos al acuerdo.

## UN ACUERDO DE PUNQUISTAS

El covachon alquilado por Gramarra para efectuar las reuniones, tenia la noche siguiente todo el aspecto de un salon de acuerdos de ministros, bajo la presidencia de Nicolás Parodi.

Allí estaban presentes todos los punquistas, algo disgustados porque se les dejaba tanto tiempo en descanso, sin aprovechar un sin número de buenas ocasiones que se les habia ofrecido.

—Perdon, amigos, dijo Parodi entrando en compañía del famoso Palma, he andado en muchos trabajos para realizar mi herreria y quedar mas libre, único medio de que podamos trabajar en regla.

Por esta razon, añadió, no he podido prestar mi atencion para preparar un plan de asalto que valga la pena y nos saque de pobres de una vez, porque es una broma esto de estar desafiando á la policia por tiros de poca monta.

—Parodi tiene razon, dijo Palma, para destruir la menor sospecha que pudieran abrigar los punquistas, y yo mismo le he interrumpido una cita que tenia esta noche con un francés que quiere comprarle la herreria, para consultarle el plan de Silva.

Los dos recién llegados tomaron republicamente asiento en el suelo, y el acuerdo se constituyó en la mayor armonia, prestando los ladrones profunda atencion á las palabras con que el jorobado iba á acoger el plan de Silva.

Este se compuso el pecho tomando aires de profunda importancia, miró de soslayo á Correa de Mattos que iba á apoyar el plan ardientemente y empezó á hablar de esta manera:

—He observado que en la calle de la Piedad, detrás de la Catedral hay un escritorio de cambio donde siempre hay grandes cantidades de monedas de oro, que quedan allí, pues yo he espiado la salida de los dueños y estos siempre se retiran sin llevar el menor bulto que indique han retirado el dinero.

El dueño de esta casa de cambio es un don Federico Massot, persona muy recomendable y que no tiene malicia, cosa que yo sé, porque ya le he hecho varias tanteadas.

—Es un buen golpe, dijo Parodi, esa es señal que el compañero no se duerme en las pajas y ha aprendido a asegurarse del terreno que ha de pisar antes de aventurar el pié.

Esta aprobacion de Parodi hizo un gran efecto en el acuerdo—los otros ladrones miraron con un poco mas de respeto á da Silva, que se hinchó hasta empujar un poco á Montovia que estaba á su lado.

—He observado, continuó da Silva, que al lado de este escritorio de cambio hay otro donde tambien hay monedas de oro en abundancia, y una gran caja de fierro, que hace sospechar guarda una gruesa suma.

El jorobado oia con profunda atencion lo que decia Silva, como si á medida que aquel hablara, fuera él preparando su plan de robo á las dos casas.

—No es mal golpe, dijo por fin, se pueden robar los dos escritorios en una misma noche, lo que seria un golpe de lucirse, pues solo quedan á una cuadra de la policia, cuyo gefe se tirará de las orejas de pura desesperacion.

—Eso es, repuso Silva, comprimiéndose el pecho,—mientras Palma y Parodi dan el golpe

en el escritorio de Massot, yo y otros dos entramos al del vecino y le falseamos la caja. —Detestable plan, dijo Parodi, pésimo plan, porque seríamos descubiertos y no podríamos realizar ni uno ni otro tiro; es preciso hacer la cosa de otra manera mas fina.

Silva frunció el entrecejo y miró con despecho al jorobado.

—Parece que aquí no hay plan bueno si no sale de los labios del amigo Parodi, y yo creo que mi plan es tan bueno como los que él hace.

—Ya lo creo, con mil diablos! agregó Mattos—si, Silva tiene mucha razon, pues el plan que él propone es muy bueno y de muy fácil realizacion.

La mirada de todos los ladrones se fijó entonces en el jorobado, que sonreia socarronamente contemplando á Silva, como si sintiera por él una profunda lástima.

—Sostengo que el plan es malo, añadió, y que nos descubrirían sin remedio, por razones que voy á dar en seguida, para que se vea que si lo encuentro malo no es por simple vanidad.

Para que la operacion de abrir una puerta sea ejecutada con rapidez y con seguridad, es preciso que mientras uno manipulea otro haga centinela.

Para abrir dos puertas, suponiendo que un solo centinela sirva á los que abren, son necesarios tres hombres, y tres hombres juntos, á una cuadra de la Policia, con la alarma que reina, darian que sospechar.

Por imperceptible que sea el ruido que se haga en un escritorio á la calle, siempre es un ruido, y si ese rumor se duplica en una pieza vecina donde hay que forzar una caja, presenta probabilidades de ser sentido por el que pasa.

El que ejecuta un tiro de estos, debe tener todas las probabilidades de no ser sentido, único medio de salir airoso, como hemos salido hasta hoy.

Menos da Silva y Mattos, compañeros unidos por una suprema vanidad, todos los ladrones fueron del parecer de Parodi, incluso Palma que declaró no tomaria parte en el robo si no se tenia en cuenta lo espuesto por Parodi.

—Vamos á ver, argumentó Silva, ya que mi plan ha sido rechazado, es justo que Parodi proponga otro que ofrezca mayores seguridades y sea de mas fácil realizacion.

—Aquí está, dijo el jorobado con rapidez, pero ante todo debo declarar que el plan que espongo, es susceptible de modificarse pues yo no conozco el terreno mañana visitaré los dos escritorios y entonces lo completaré.

—Vamos á ver, que hable, que hable, dijeron los ladrones, acercándose al jorobado, como si temieran perder una sola de sus palabras.

—Aquí está: para despertar menos sospechas,

uno solo irá á abrir el escritorio de Massot, mientras otro sirve de centinela en la esquina de San Martin. Los demás pueden esperar en la misma esquina de la Policia para que no sospeche el sereno de sus honestas intenciones.

Quando el compañero de la esquina de San Martin haya desaparecido, será porque está dentro del escritorio—entonces los de la esquina de la Policia pueden venir al escritorio de á uno ó de á dos, cuando el sereno dé la vuelta.

Del escritorio de Massot, podemos hacer un agujero que comunique al otro, pues no están divididos mas que por un tabique, y limpiamos aquel sin violentar la puerta, volviendo á salir de á uno ó mas, por el mismo escritorio que hemos entrado.

He aquí mi plan, continuó, que puede ser modificado despues que yo visite los escritorios.

Si estos, como supongo, no están divididos por un tabique, reformaremos todo el plan, pero si el tabique existe, habrá muy poco ó nada que modificar.

Palma miró con una especie de cariño y admiracion al jorobado, diciendo que por su parte no tenia nada que observar, pues el plan de Parodi era perfecto.

Los demas ladrones, con escepcion de los dos portugueses que se habian resentido, aprobaron en un todo la idea del jorobado, diciendo que ellos se conformaban con lo que este dispusiera.

—Nosotros nos sometemos á la mayoria, murmuró Silva de mala gana, pero creo que los escritorios están divididos por una pared y no por un tabique.

—Entonces, terminó Parodi, veremos lo que se ha de hacer, pues debemos tratar de que los dos golpes se den por un solo escritorio, para evitar inconvenientes fatales.

Quedando en reunirse allí la noche siguiente, Parodi se despidió del brillante cenáculo, cuyos miembros quedaron trezados en una gran discusion.

—El quiere serlo todo—dijo Silva, y no te le ra que haya nada bueno sinó lo que él hace yo sostengo, sin embargo, que mi plan es tan bueno como el suyo.

—A mí me parecia bueno, replicó Palma antes de oír á Parodi, pero despues de lo que él ha dicho, he cambiado de opinion, y confieso humildemente que este diablo es mas sagaz que todos nosotros juntos.

—Yo obedezco en un todo lo que diga ese gringo que ha hecho pacto con el diablo, dijo el negrito Gonzalez, pues sabe mas que un libro y mas que todos—no hay cuidado, que mientras él dirija la orquesta, no hemos de salir de tono.

Los demás punquistas del acuerdo se mani

festaron del mismo parecer, mas ó menos acaloradamente, y los dos portugueses quedaron completamente derrotados.

Convenidos en reunirse allí mismo à las nueve de la siguiente noche, para conocer el plan definitivo, se levantó el acuerdo, yéndose cada cual à su diferente aventura amorosa ó de juego.

Al otro dia à eso de la una de la tarde, el jorobado se echó al bolsillo un par de onzas de oro y se largó muy suelto de cuerpo y de joroba al escritorio de don Federico Massot.

Allí entró haciéndose el infeliz y pidiendo que le cambiaran una onza, observando el escritorio con su mirada de águila, mientras el dependiente contaba el dinero.

No habia caja de fierro sinó un pesado y maciso escritorio, donde calculó que debian guardar la mosca, mosca abundante por cierto, pues en aquellos momentos habia en el escritorio gran cantidad de libras y onzas.

Despues que recibió el dinero y lo guardó en el bolsillo con sumo cuidado como si temiera perderlo, Parodi fué à retirarse del escritorio, pero tropezó, se torció un pié y fué à caer contra la pared lanzando un ay lastimero.

El mismo señor Massot salió del escritorio y le ayudo à levantarse preguntándole con interés si se habia hecho daño, pero el hábil ladrón se incorporó prontamente y se apoyó contra la pared rascándose un rodilla, mientras decia:—no es nada, aunque me he golpeado así, y golpeó en la pared fuertemente con los nudillos de las manos.

En seguida se retiró, despues de haberagradecido la atencion

—Bien decia yo que era tabique de un ladrillo de canto, pensó mientras se retiraba, el golpe es fácil—ahora vamos à ver el aspecto del otro escritorio y que facilidades representa.

Para evitar el ser visto por Massot que tal vez hubiera salido à la puerta, Parodi dió vuelta à la manzana antes de entrar al escritorio vecino.

De esta manera, dijo, si acaso me ven, digo que al venir à cambiar esta otra onza me he equivocado de puerta y no sospecharán nada porque la cosa es bien natural.

Dió vuelta la manzana muy pausadamente y se coló al otro escritorio, diciendo:—aquí vengo à cambiar esta otra onza de mi hermano, que se me olvidó con el golpe,

—¿Cómo esta otra onza y de qué golpe habla usted? preguntó el dependiente pensando que se las habia con algun borrachon, no entiendo lo que usted dice.

—Digo que con el golpe que me pegué aquí se me olvidó cambiar esta otra onza, repitió Parodi, mientras inspeccionaba como quien no quiere la cosa el escritorio.

—De este modo, pensaba, si acaso me vé

aquí Massot, puede decir este mismo tonto que he venido equivocado pensando que entraba à su escritorio.

—Pues me he equivocado, dijo al dependiente—sin duda ha sido aquí al lado donde estuve y me sacudí tal golpe, que hasta he olvidado el escritorio, usted dispense amigo.

Y salió para entrar al escritorio de Massot donde contó su equivocacion, pero llevaba ya impreso en la memoria la situacion del escritorio que era lo que le interesaba.

Era un escritorio pequeño, con una barandita de guindo, sobre la que se veia una buena cantidad de monedas de todo valor y paquetes de billetes de banco.

Al fondo del escritorio habia una caja de fierro, no muy grande, colocada sobre un pedestal de madera pintado imitando fierro.

—Esta caja es muy fácil de abrir, pensó el jorobado, con solo una palanquita; tal vez la espalda sea de madera y entónces se le hace un agujero para evitar dificultades, pues la abertura del tabique nos va à comer tiempo.

Parodi se retiró à su herreria, cuya venta estaba negociando, à comer y hacer tiempo hasta las nueve de la noche, hora en que lo esperarían los compañeros, reunidos en el covachon de la plaza del Retiro.

Apenas tocaban ánimas, cuando joroba se dirigió pian pianino hácia el cénaculo, despues de haber dado una vuelta por el escritorio de Massot, cuya cerradura imprimió en un pedazo de cera que llevaba espresamente.

Todos aquellos diablos esperaban el regreso del jorobado al rededor de unas cuantas botellas de ginebra à medio destripar.

Su llegada produjo una gran sensacion, todos se levantaron y ofrecieron al jorobado el medio frasco que cada cual tenia mas à mano, al mismo tiempo que Palma preguntaba:

—Y, que tal, tenemos golpe?

—Tenemos golpe, dijo el jorobado mostrando el molde de la llave como un trofeo he estado à visitar el local, añadió, y la cosa no presenta la menor dificultad—no necesito mas que el tiempo preciso para fabricar la llave.

—Y no hay nada que modificar al plan de anoche? preguntó da Silva, como dudando que la cosa pudiera llevarse à cabo de la manera que propuso Parodi el dia antes.

—Ni una coma, respondió este—los escritorios están divididos por un pequeño tabique—se entra al de Massot y por un agujero que se haga en la pared se puede pasar al otro y en cinco minutos se desbalija la caja de fierro.

El único peligro que hay, concluyó, es la proximidad de la policia, pero son tan tontos los agentes, que por la misma razon de la poca distancia han de creer que es imposible se perpetre un robo.

—No hay que fiarse mucho en la tontera

de los agentes de policia, argumentó el discoloro portugués, porque el dia menos pensado pueden descubrirnos por casualidad y por haber confiado demasiado.

—Ya he dicho á ustedes, agregó Parodi, adoptando un ademán tragicómico, que cada robo lo he cometer cada vez mas proximo á la policia, hasta el extremo de robarle su propia caja de fierro, el dia que no tengamos nada mejor que robar.

Esta promesa del jorobado despertó gran algazara en el cenáculo. El mismo da Silva olvidó sus lijeras envidias y festejó con grandes carcajadas este chiste, segun ellos, del jorobado.

—Entonces, terminó, mañana á esta misma hora nos juntaremos aquí, que ya traeré yo la llave fabricada y demas útiles que sean necesarios ahora me voy á trabajar por que el tiempo anda mas lijero que lo que uno piensa.

Parodi se retiró solo, quedando los demás ladrones dando fin á los medios frascos y comentando la intaligencia y audacia de aquel tipo para quien no habia dificultad insalvable tratándose de ilustrar sus uñas.

Vale lo que pesa, dijo Palma que habia cobrado gran cariño por el jorobado; hay que confesar que ninguno de nosotros seria capaz de combinar las cosas de una manera mas hábil y previsora.

Todos aquellos sátrapas apoyaron las palabras de Palma y se retiraron despues de haber escurreido de los frascos hasta la última gota de ginebra.

—Mañana á las ánimas, aquí, dijo Palma pues siempre hay que tomarse algun tiempo en los preparativos, y como tendremos que andar de á uno y de á dos, hemos de gastar algun tiempo en llegar al sitio que se nos señale.

—A las ánimas estaremos aquí, dijo cada uno de ellos, desgranándose por esas calles de Dios á seguir cada cual por separado el programa que se habia trazado para pasar aquella noche, programa que no es difícil suponer.

Aun les duraban los pesos producto de sus diferentes pungas; y como pensaban renovar los bien pronto, con intereses, se daban maravillosa maña para hacerlos volar en las casas de juego y otros centros de diversion.

Al dia siguiente pensaban dormir descansadamente hasta la hora de comer, para poder trabajar toda la noche sin que les diera sueño y sin que el trabajo les ocasionara la menor incomodidad.

El jorobado, entre tanto, debia emplear aquel dia en la confeccion de la llave y preparacion de una palanquita que le era de imprescindible necesidad para forzar la caja de fierro del otro escritorio.

Al primer toque de ánimas empezaron á llegar á la covacha los ladrones, y apenas el úl-

timo toque se habia perdido en el espacio, el célebre Parodi hacia su entrada con la cara mas jovial que pudo hallar en su repertorio.

Qué tal camarada? le preguntaron; nos parece por la expresion alegre de su cara, que la cosa pinta á las mil maravillas y que usted se vendrá unido de todo lo necesario.

—De todo, contestó Parodi alegremente, traigo aquí cuanta cosa podemos necesitar, incluso un cabo de vela, que estoy seguro ninguno de ustedes se ha acordado de traer, apesar de ser el instrumento mas necesario.

Y era cierto: tal confianza tenian aquellos bergantes en la prevision de Parodi, que ninguno de ellos se preocupaba de las cosas necesarias para cometer sus robos.

—De todos modos, decian, el jorobado las ha de traer, ¿para qué nos vamos á cargar de prendas que seguramente han de estar demás? Vamos confiados en la seguridad de que él piensa en todo.

—Pues lo que es desde hoy en adelante, dijo este en tono estudiantil, pienso cobrarles una parte de las utilidades por los trabajos que me tomo para todos; ustedes no tienen mas que ir á lo hecho, mientras que yo tengo que preparar la cosa y los elementos.

—Le levantaremos una suscripcion, dijo el negrito Gonzalez, y le pagaremos la coima para que no se queje; ¡valiente trabajo el hacer una llave! si yo fuera herrero la haria lo mismo.

—Parodi rió mucho de la salida de *catanga*, pues si era verdad que ellos esplotaban sus concimientos y trabajo, él pensaba esplotarlos en otras cosas, por ejemplo el valor de cada cual en caso de peligro, pues ya les habia notificado que en estos casos no debian contar con él.

—Yo lo mas que puedo hacer es irme á la iglesia y almorzarme unas docenas de rosarios en beneficio de la comunidad, para que Dios nos ayude; pero en caso del menor peligro, ya saben que yo me hago humo.

En estas conversaciones y dicharachos, unidos á unos cuantos tragos de ginebra que se echaron al pecho para criar coraje, dieron las doce de la noche, hora convenida para ponerse en camino.

—Bueno, dijo Parodi, ahora es preciso prestar atencion para que cada cual sepa lo que ha de hacer y no se turbe en perjuicio de los demás en el momento que sea mas necesaria la malicia.

Yo me voy con Palma, dijo, que es hábil y previsor, al escritorio del francés, donde entraremos al primer descuido del sereno; Gonzalez puede quedaren en la esquina de Piedad y San Martin, pues su color lo hará confundirse en la oscuridad.

Montovia y Gramarra, pueden pararse en la esquina de la Catedral, con Portete, mientras

Silva y Mattos dan vuelta la manzana para prevenir cualquier inconveniente, pues su aspecto de paquetes los hace menos sospechosos.

Los portugueses que se pagaban con estas pequeñeces, quedaron muy llenos de viento con el cumplimiento de Parodi, cumplimiento intencionado para que no fueran á poner algún inconveniente en el desempeño de su misión.

—Cuando nosotros entremos, continuó, y el sereno haya vuelto á su parada, Gonzalez puede entrar tambien, usando de todas las precauciones para no meter ruido alguno.

Así que el moreno desaparezca de la esquina, los tres que están parados delante de la Catedral, pueden caminar pausadamente y hablando con gran interés de cosas indiferentes y dejando oír el tema de su conversacion, que será, por ejemplo, de amores, colándose en seguida al escritorio, por lo que fuera necesario.

Mattos y Silva quedarán guardándonos las espaldas y en observacion del sereno para avisarnos cualquier contratiempo que pudiera suceder.

Cada vez que el sereno vuelva á la parada, uno de los dos rascará suavemente la puerta para hacérselo saber, pues lo mas importante es conocer la posicion de aquel.

Si hay alguna novedad seria, se compondrán el pecho delante de la puerta del escritorio y será esta la señal de «sálvese quien pueda», para escapar como mejor Dios nos ayude.

Convenidos todos estos puntos que Parodi esplicó claramente, este salió acompañado de Palma, recomendando que por lo menos debieran trascurrir cinco minutos antes que saliera el negro, y así todos los demás.

Aún no se habia movido el sereno á cantar la una de la mañana, cuando todos estaban en sus respectivos puestos, incluso Palma y Parodi que ya estaban dentro del escritorio.

Cuando el sereno pasó hacia la calle de Reconquista, cantando la una, el negrito se coló dentro del escritorio, y los tres de la esquina de Rivadavia, viendo que el negro no estaba en su puesto, se reunieron y entraron tambien, de manera que, cuando el sereno regresó á su parada, solo los dos portugueses quedaban en la calle, como dos enamorados que esperan ansiosos que se abra algun balcon ó ventanadonde decia aparecer alguna deidad.

Tan bien hacian su papel, que cuando cruzaron por delante del sereno, este les guiñó el ojo como quien dice: Lo que es esta noche, parece que la señorita tiene mucho sueño y no concurre á la cita.

Los dos portugueses dieron su rascada en la puerta y siguieron su camino.

Silva se habia posesionado de su papel de

tal modo, que ya creia efectivamente estar esperando una *menina*, hasta el punto de sentirse incómodo con la presencia de Mattos.

Véamos lo que hacian entretanto los que se habian apoderado del escritorio de D. Federico Massot.

Apenas entraron Palma y el jorobado, encendieron un cabo de vela y pasearon una ojeada por el escritorio.

No habian concluido de recorrer la pieza con aquella rápida mirada, cuando ambos volvieron la cabeza y se contemplaron con la espresion del placer mas íntimo pintado en el semblante.

Sobre la mesa del escritorio se veia una bolsita de brin que, por el bulto que hacia, debia contener una regular cantidad de monedas.

Ambos se acercaron á la bolsa que levantó Parodi con gran precaucion para que las monedas no hicieran ruido al chocarse.

La bolsa pesaria unas tres libras, lo que hizo exclamar al jorobado:—si esto es oro, podemos decir que hemos hecho la noche, por que alcanza para todos.

En ese momento entraba el negrito Gonzalez.

Parodi le mostró la bolsa, cuyo aspecto hizo relampaguear los negrisimos ojos del moreno, procediendo á abrirla inmediatamente para ver su contenido.

En la bolsita habia treinta y dos onzas de oro.

—*Non c'è male*, balbuceó Palma, recibiendo la bolsa de manos del jorobado que le decia: es preciso repartir entre tres el contenido, porque quien sabe lo que tendremos que llevar aún, y es preciso andar livianos.

En este momento entraron los otros tres compañeros que quedaron maravillados á la vista del oro, suponiendo en su inmensa codicia que fuera mayor cantidad que la mencionada.

Luego siguió el registro empezando por el gran escritorio cuyos cajones abrió el jorobado con maravillosa maestría, pero solo encontraron en ellos algunos patacones y una que otra libra esterlina.

El registro siguió en el pequeño escritorio del señor Massot, cuyos cajones abrió tambien Parodi como por arte de encantamiento.

Aquí la cosa tomo otro aspecto.

En el cajon del medio se veian muy acomodaditas varias pilas de onzas de oro, que contadas produjeron un total de ciento siete, y catorce cóndores, que los ladrones trémulos de codicia, repartieron en sus bolsillos, pues para dos ó tres el peso hubiera sido excesivo, no sabiendo lo que hallarian en el otro escritorio.

La casa de cambio de Massot quedaba totalmente limpia debiendo ocuparse los ladrones

en abrir el agujero que debía franquearlos el paso al otro escritorio.

Los rasquidos de la puerta habian sido dos solamente, lo que probaba que en la operacion solo habian gastado una hora, pues en aquella época los serenos solo se movian de su parada para cantar la hora y la media.

El jorobado sacó del bolsillo un corta fierro y un famoso pié de gato, reconoció el paraje mas débil del tabique golpeándolo con los nudillos de los dedos y se preparó á la obra.

Era necesario esperar á que los portugueses hicieran la tercer señal avisando que el sereno estaba en su puesto, pues la operacion del agujero, por mas delicadamente que se ejecutara, algun ruidito habia de producir.

Para los otros ladrones, con escepcion de Palma, aquel espectáculo tenia un gran interés—nunca habian visto al jorobado ejecutar un trabajo difícil, y ahora iban á juzgar por sí mismos su talento.

Apenas se dejó sentir en la puerta el rasguño convenido, Parodi se arrodilló delante del paraje que habia elegido, y empezó la operacion de agujerear el tabique.

Envolvió el cabo del corta fierro en su enorme pañuelo de naries y golpeándolo con la palma de la mano lo introdujo en la juntura de los ladrillos, cuyos cuatro lados recorrió introduciendo el instrumento, hasta que faltos del reboque que los unia, los ladrillos cayeron al suelo del otro lado, sin producir ruido alguno casi, pues ambos descansaban en el suelo y á la altura en la que puede tener un ladrillo.

—Bravo, bravo, murmuraron los ladrones con voz a penas perceptible.

El jorobado los miró sonriendo y siguió su operacion, esta vez valiéndose únicamente de sus dos manos largas y delgadas como las de un orangutan.

El jorobado fué arrancando ladrillo por ladrillo sin producir ningun ruido susceptible de ser escuchado en la calle, hasta que dejó un agujero por el cual podia pasar un hombre corpulento, y colándose él primero á la otra pieza.

Los demás ladrones le siguieron, maravillas de su destreza y rapidez.

En el otro escritorio no se notaba á la vista cosa alguna de valor, ni la mas pequeña moneda.

—Es claro, dijo Parodi—como estos tienen caja de fierro habrán guardado en ella todo cuanto tienen: vamos á ver de que habrá servido tan famosa precaucion.

Antes de dirigirse al mueble codiciado, el jorobado pasó una minuciosa revista por todos los cajones de los escritorios sin hallar cosa que valiera la pena.

—Pues vamos á lo gordo, vamos á lo gordo,

dijo, pues no debemos perder mucho tiempo aqui: el diablo es muy pícaro y suele meter la cola en donde no lo llaman, y como está rual conmigo, no quiero que me juegue una mala pasada.

El jorobado metió las manos á sus enormes bolsillos en busca de los instrumentos necesarios para abrir la caja, y palideció de pronto soltando una tremenda maldicion que hizo poner en cuidado á sus estimables cólegas.

—Sacramento, dijo cerrando los puños y sacudiéndose un par de cachetes—ahora si que hemos perdido el tiro á lo mejor y sin remedio de ninguna clase, puesto que ya no podemos robar aquí!

—Qué sucede? preguntó Palma acercándose á su sócio con marcado interés.

—Sucede *sangue dei santi!* replicó Parodi, que soy tan animal que he olvidado la palanquita hecha á propósito y el frasco de agua fuerte.

Palma miró con desaliento al jorobado que se habia quedado mordiéndose los puños, en la actitud mas desesperada. Por fin se le aproximó preguntándole:

—Pero habrá algun otro medio de abrirla con los instrumentos que tenemos aquí; qué diablo! la cosa no ha de ser tan difícil como para desesperarse de esa manera, sobre todo cuando eres tú el que operas.

—Imposible no seria, murmuró Parodi, si tuviera mas tiempo; pero para abrir esta caja con los instrumentos que tengo aquí necesitaria mucho mas tiempo del que disponemos y seria imposible dejar de meter ruido.

—Y qué remedio tenemos para reparar el olvido? preguntó Palma mirando la caja como si quisiera abrirla con los ojos.

—No hay mas que uno, replicó Parodi—llevarse la caja y forzarla con mas libertad; pero quién carga con ella?

Montovia que como los otros escuchaba en silencio aquel cambio de ideas, se aproximó á la caja y le tomó el peso, como consultándose á sí mismo si se la podia echar al hombro y cargar con ella.

—No hay que aflijirse, dijo, lo que es la caja la llevo yo al hombro porque no pesa gran cosa y yo soy fuerte—si acaso me canso Gramarra me ayudará y todo quedará remediado.

Al escuchar á Montovia, la fisonomia de Parodi volvió á tomar su expresion habitual, diciendo:

Pues no hay mas que hacer—al hombro la caja y vamos á romperla donde no podamos ser sorprendidos.

Ahora, y mientras hacemos pasar la caja al escritorio de Massot, es preciso que vaya Gonzalez á prevenir á los portugueses que suspendan la ronda por evitar cualquier des-

confianza y vengan á hacer la seña cuando los serenos se retiren.

Entonces envolvemos la caja en este poncho—y tomó uno pampa que estaba sobre una silla, y ya que Montovia se anima, la llevaremos á paraje seguro donde la abriremos sin dificultad.

Y mientras Gonzalez iba á cumplir su comision, el resto de los ladrones se puso á transportar la caja de un escritorio al otro, sin la menor dificultad, pues el agujero era cómodo y espacioso.

Cuando los portugueses hicieron la seña convenida, la caja estaba envuelta en el poncho y lista para marchar sobre los hercúleos hombros de Montovia, que habia hecho de su casaca una especie de almohadilla para no lastimárselos.

Todos salieron del escritorio despues que el jorobado lo revisó prolijamente. para no dejar otros rastros que los convenientes, á saber, que el robo no tuviera las apariencias de haber sido cometido por personas tan hábiles como los que hicieron los primeros robos ni tan torpes como el penúltimo, es decir, el del papel sellado, cuyos rastros desorientaron á la Policía de una manera habilísima, haciéndola marchar por distinto rumbo que el verdadero.

Uno de los rastros que el jorobado dejó en el escritorio de Massot fué un par de guantes de cabritilla que habia hecho comprar un mes antes, para servirse de ellos como en el caso presente.

Como aquella prenda era en esos tiempos poco comun, no era difícil que tanto la policía como las victimas, atribuyeran aquel robo á algun dandy amigo de la casa.

Y realmente, aquellos guantes intrigaron á la autoridad de tal manera, que fueron el punto de partida para las pesquisas que, á medida que avanzaban, se alejaban mas de los aures del robo.

Montovia se echó la caja al hombro ayudado por Palma y Gramarra, y marchó por la calle de Piedad hácia el oeste, procedido por Palma y Gramarra y escoltado por Portete Parodi y el negro Gonzalez, que tenian un aspecto mas vulgar y de trabajo.

Da Silva y Correa da Mattos, marchaban dos cuadras á retaguardia, por si acaso eran necesarios, aunque lo convenido era que en caso de apuro y á una seña del jorobado, soltarian la caja y se farián cada cual á la rapidez de sus piernas.

El punto á donde se dirijian eran los conocidos hornos de Bayo, gran descampado de solitarios alrededores, donde podrian trabajar sin miedo de ser vistos por ojo humano.

En aquellos tiempos y á consecuencia de los muchos robos que cometiera en el centro el jorobado y su gavilla, se habian organizado

patrullas de vecinos que recorrian los barrios mas apartados, armados hasta los dientes.

Si esto sucede á las barbas de la Policía, se decia, qué no harian estos bandidos en los barrios retirados?—y recorria cada patrulla las cuadras que le correspondian con sin igual celo.

Los serenos se retiraban al venir el día, y desde aquella hora hasta que la poblacion se ponía en movimiento, la ciudad quedaba completamente vendida y á disposicion de cualquier ladron audaz.

Esto habia calculado el jorobado, sacando por consecuencia que tenia sobrado tiempo para llegar á los hornos de Bayo mucho antes que la gente empezara á transitar por las calles.

Antes que Montovia llegara á la esquina de Florida, el jorobado echó á correr con una rapidez de que no se le hubiera creido capaz, dada la deformidad espantosa de sus piernas, apareciendo en la esquina de Esmeralda, antes que llegaran allí Palma y Gramarra, que abrian la marcha.

El jorobado venia cargado de verduras grandes, como ser coles y lechugas, para disimular la carga, pues los únicos viandantes de aquella hora eran los quinteros que iban ó venian de los mercados.

La disparada de Parodi, que algo sorprendió á sus compañeros, habia tenido por objeto proveerse de aquella verdura en el Mercado Viejo, para acomodarla en las junturas del poncho.

En la esquina de Suipacha se hizo el primer relevo. Gramarra cargó con la caja, mientras Montovia descansaba para estar en disposicion de relevar á su cólega.

Con tal arte habia acomodado Parodi las verduras, dejándolas asomar por las junturas del poncho, que el ojo mas travieso hubiera visto en los ladrones unos pobres verdaleros.

Al llegar á la esquina de Libertad, la comitiva tuvo un mal encuentro, pues se topó do manos á boca con una de las patrullas de que hablamos mas arriba, que se retiraban á sus alojamientos.

Eran estos unos ocho ó diez individuos, viejos en su mayor parte, que venian montados en mansísimos caballos y armados quien con un sable en la cintura, quien con una enorme pistola y quien con una chuza de sereno.

La primer impresion de los viejos fué de desconfianza, al ver la estraña catadura de los ladrones que, á aquella hora y mal dormidos, tenían una esprocion que desde una legua oía á robo.

—No serán ladrones, dijo uno de los viejos, que han hecho anoche algun tiro en el centro y se retiran aprovechando esta hora en que no hay serenos? vamos á detenerlos.

—No seas torpe, repuso otro, que no ves que son quinteros que se retiran de vuelta del

mercado? Mira, el atadazo de verdura que llevan y que sin duda no han vendido por careros.

—Tienes razon, añadió el primero que habia hablado—estoy tan asustado con esa misteriosa gavilla que ha aparecido, que se me figura ver un ladron en cada persona de mala fama.

—Ya se vé, objetó otro de los viejos, de cara verde y risueña—han robado en el papel sellado, á dos cuadras de la Policia, que nada tendria de extraño que á estas alturas lo atropellaran á uno y lo desnudaran.

Mientras este diálogo tenia lugar, la gavilla habia adelantado hasta la esquina de Uruguay, donde Montovia debia relevar á Gramarra que ya iba fatigado.

Allí se hizo rápidamente el relevo, y la procesion tomó directamente el camino de los hornos de Bayo, punto señalado como descanso y abertura de la caja, donde calculaban hallar una fortuna en billetes de banco, pues si es verdad que no sentian ruido de monedas de oro, en cambio notaban el movimiento de rollos de papel, que creian serian grandes paquetes de dinero en billetes.

Todavía estaban los viejos cambiando ideas y comentando los robos habidos en el centro, cuando llegaron allí los dos finchados portugueses que los saludaron con suma amabilidad.

—Mucho trabajo, eh? les dijo da Silva, estos diablos de ladrones tienen revuelta á media ciudad—por todas partes andan y en ninguna se les vé—dicen que anoche han habido nuevos robos?

—No hemos oido decir nada, contestó el viejo de las desconfianzas—lo que es los ladrones si caen por aquí pueden darse por muertos, porque les tengo unas ganas que ya me salgo de la vaina!

Ahora mismo, agregó, nos habiamos detenido porque desconfié de la catadura de aquellos prójimos que van allí, pero uno de mis compañeros me mostró que eran quinteros, sinó. . .

Y frunció la cara de una manera tan grotesca, elevando la mano como si amenazara á los que habian pasado, de un modo tan chusco, que los portugueses se pusieron á reir.

—Nosotros venimos de un baile, agregó Silva, y desde la calle de Florida esquina del mercado viejo, traemos por delante aquellos quinteros; deben ser pobres trabajadores.

—Y pueden felicitarse de ello, porque sinó los ataba á todos, concluyó el viejo, y despidiéndose afablemente de Mattos y Silva, picó su sotreta, Libertad derecho, hácia el sud.

Los portugueses siguieron el camino de los hornos, donde estaban seguros de hallar á sus compañeros, reconociendo apesar de su desmedida vanidad, que Parodi era un hombre de chispa é ingenio.

—Se le puede fiar con confianza el desempeño de una comision difícil, dijo Mattos—por mi parte confieso que me reconcilio con este diablo de jorobado, pues esta noche hemos ganado para el año.

Cuando los portugueses llegaron á los hornos, el jorobado y Palma, como mas entendidos, estaban en la operacion de descerrajar la caja, operacion no muy fácil dados los instrumentos de que disponian.

Era preciso de todo punto ganar tiempo, porque se hacia tarde y podia llegar allí gente que les sorprendiera en la mitad de la operacion, teniendo que abandonar la caja con la fortuna que suponian contenia.

El jorobado secundado por Palma se dió tal maña, que á los cinco minutos de trabajo firme, la puerta de la caja cedió á la presion del corta-fierro, abriéndose de golpe.

Con qué ansiedad tremenda aquellos ladronazos echaron entre la caja sus miradas codiciosas!

Con qué dilatadas pupilas midieron el volumen de diez ó doce paquetes que aparecieron en la caja!

—Ya murió esa maula! gritó el negrito Gonzalez, ha tenido mas vueltas que un sebo de tripa, pero al fin ha vomitado lo que le habian dado á guardar, ahora sí que vá de veras.

En un segundo fué vaciada la caja, y los ladrones se pusieron á revisar los paquetes, para tener la satisfaccion de ver si los billetes eran de poco ó mucho valor y si la cantidad total respondia á los cálculos.

De pronto se oyó una maldicion tremenda, y se vió al jorobado que, pálido como un cadáver y mas trémulo que un perlático, levantaba los puños al cielo, maldiciendo á *'tutti i Santi*.

—*Sangue di Bacco!* gritaba al mismo tiempo Palma, arrojando contra el suelo el paquete que habia tomado para revisar: *siamo rubati*.

Poco despues, todos los ladrones arrojaban contra el suelo sus respectivos paquetes, acompañando el golpe con una maldicion ó un terno mas ó menos estruendosos.

Y quedaron así un rato mirándose las descompuestas fisonomias en el colmo de la ira, sin atinar lo que debian hacer ante un contratempo con el que ciertamente no habian contado.

Los paquetes aquellos que supusieron ser de billetes de Banco, eran solo papeles que si para su dueño tenian un valor bastante sério, para ellos no representaban el de un peso papel.

Eran en su mayor parte recibos, letras á la vista y pagarés á plazos, que sumaban de tres á cuatrocientos mil pesos, pero que ellos no podian realizar sin grave riesgo.

—*Maledetto papa!* dijo por fin Parodi, esto



no nos sirve de nada, pues vamos á quemarlo, siquiera para que no aproveche á nadie—hemos jugado nuestra libertad en vano.

—Al divino boton, exclamó el negro Gonzalez—pero diga maestro—no podremos cobrar nosotros esos papeles si valen para uno valen para otro—supongo que un pagaré se tiene que pagar.

—Bruto replicó Parodi—presentar un documento de estos seria declararse autor del robo que mas tarde conocerán todos, y pedir que lo metan á la cárcel.

—No, caramba, dijo Gonzalez—entonces vamos á prenderle fuego para que de algun modo se embrome el dueño de los papeles, ya que nosotros no los podemos aprovechar.

Pocos minutos despues aquellos desalmados prendieron fuego á los papeles del cambista, escondiendo la caja entre los viejos hornos en donde fué hallada pocos dias despues.

Los ladrones, de á uno y de á dos, tomaron el camino de la covacha de la plaza del Retiro, para irse á repartir las onzas de D. Federico Massot, que aunque en buena cantidad, no llegaban á la décima parte de lo que creyeron agarrar.

—No hay cuidado, dijo Parodi, yo garanto que hemos de hacer mejores tiros que este, para cuyo efecto tengo ya marcada una joyeria que nos ha de resarcir todas la pérdidas.

Hoy descansaremos de la mala noche, continuó, mañana cada cual husmeará como Dios le ayude las medidas que haya tomado la policia, para ver lo que tengamos que hacer, y pasado mañana á la noche, nos juntamos aqui para comunicarnos las novedades que haya y ver si ha caido algun quehacer.

Los ladrones marcharon cada uno por su lado, á reposar aquel dia y á triunfar en la noche las monedas del Sr. Massot, satisfaciendo sus diversos instintos.

Qué sucedia entretanto en el departamento de policia y en los alrededores de los escritorios robados, cuyo ruinoso aspecto habia atraido una gran cantidad de curiosos?

Federico Massot, hombre activo y muy laborioso, venia á su escritorio á las diez de la mañana, hora que para el resto del comercio era un verdadero madrugon, pues las operaciones empezaban á medio dia.

Apenas metió la llave en la cerradura, conoció que allí habia andado gente, pues el jorobado dejó entre ella un pedazo de llave que puso maliciosamente para dejar aquella prueba de poca habilidad.

Massot empujó la puerta y á penas dió un paso en el interior del escritorio, quedó helado—el enorme agujero que comunicaba con el escritorio vecino, era una prueba irrecusable de que allí habian andado ladrones que debian

haberse llevado cuanta cosa de valor quedará en las dos piezas.

Lleno de zozobra abrió su escritorio donde dejara su oro la tarde anterior, pero lo halló completamente limpio—solo habia quedado como muestra un peso boliviano que tal vez los ladrones despreciaron.

Aquel era un terrible golpe para D. Federico Massot, pues aquel dia tenia que descontar un pagaré de sesenta y cinco mil pesos y no disponia de mas dinero que aquellas doscientas onzas.

En el acto se trasladó á la policia, donde, profundamente conmovido, manifestó lo que le habia sucedido, agregando que suponía que su vecino hubiera corrido igual suerte, por el gran agujero practicado en la pared divisoria.

El señor Cazon quedó anonadado; ya aquello pasaba todo limite, quedando la policia en el mas completo ridículo, pues los grandes robos se sucedian unos á otros, con pocos dias de intervalo y cada vez mas próximos al departamento.

El gefe hizo llamar á su despacho á todos los comisarios y agentes subalternos, á quienes manifestó que aquellos escándalos no podian seguir así, pues él mismo se veria obligado á renunciar á su puesto para no cargar con la vergüenza que pesaba sobre la policia, porque no era decoroso que en tanto robo como habia tenido lugar, los agentes no hubieran logrado ni siquiera obtener una sospecha que les guiara por camino seguro.

—Esto es vergonzoso, concluyó, y si la policia es impotente para dar con la gavilla que comete estos robos, yo no puedo permanecer un minuto mas al frente del departamento.

El mismo señor Cazon, terminada esta arenga, se fué al escritorio del señor Massot á ver por sus propios ojos el lastimoso estado en que quedaron los escritorios robados.

—Parece imposible, decia el señor Cazon mirando el agujero, que se haya podido hacer semejante obra durante la noche, sin que el sereno haya sentido, por lo menos, los golpes que habrán necesitado dar.

Y en el acto envió un vigilante á que condujera preso al Departamento al sereno que cuidaba esa manzana, porque por lo menos debia ser un cómplice en aquel robo.

En aquel momento se abrió el escritorio del lado y entró su dueño que ya sabia lo sucedido echando todo género de maldiciones contra los ladrones y contra la policia.

—Es claro que la policia debe ser cómplice en estos robos, decia con voz alterada por la ira, pues no se concibe que se haga un agujero de esta naturaleza y se saque á la calle una caja de fierro.

El señor Cazon franqueó el agujero y con palabras comedidas pidió al hombre aqual no

fuera avanzado en sus juicios, lanzando una acusacion tan terrible como aquella.

—Sospechando que alguna condescendencia, dijo, pueda haber tenido con los ladrones, el sereno que cuida esta manzana lo acabo de mandar prender y conducir al departamento para levantar la indagacion.

—Caballero, replicó el jóven, usted comprenderá que algun ruido se mete para practicar semejante agujero y que una caja de fierro no es una cajita de fósforos que se guarda en el bolsillo del chaleco.

Es lógico suponer que el sereno haya sentido el ruido y visto el bulto de la caja—yo no lo acuso, pero todas las apariencias están fatalmente en su contra, hasta el punto de poderse formular una seria acusacion.

—Llevarse una caja de fierro! pensó el señor Cazon—esto es el colmo de la audacia y un reto lanzado á la policia, cuya contestacion oemplar no tardarán en oír.

—Caballero, dijo el jóven, voy á dar aviso á las personas y bancos de quienes tenia letras y pagarés á la órden, para que no solamente no los abonen, sino que detengan al portador.

El señor Cazon quedó en la pieza contemplando el destrozo cometido por los ladrones, sin duda para sácar la caja de fierro donde suponian estaria lo mas gordo del negocio.

Los demás agentes seguian haciendo una pesquisa completamente infructuosa, pues ya se sabe en donde el jorobado ponía la mano, era para desorientar por completo á los agentes policiales, llevando su audacia hasta presentarse él mismo en el teatro de sus rapiñas.

Y ese dia, mientras el señor Cazon contemplaba el destrozo causado por aquellos malvados, Parodi, parado á medio metro de distancia hacia con Palma comentarios en alta voz referentes al robo.

—No vale la pena de ser honrado, decia, y trabajar sin descanso por hacerse una fortuna que aproveche á unos cuantos desalmados que así burlan la Policia.

—La Policia no está burlada, amiguito, respondió el señor Cazon, que oyó las palabras intencionadas del jorobado, cuyo aspecto de infeliz ahogó en sus lábios una buena reprimenda.

La Policia dará con los autores de este robo y yo, como gefe de ella, prometo á usted que han de pagar muy caro su delito, sin que les aproveche un solo peso de lo que han robado aquí.

—Usted perdone *Eccellenza*, dijo el jorobado, descubriéndose y haciéndose el ignorante, yo y mi compañero no sabíamos que estábamos delante del señor gefe de Policia.

—Pues ahora que lo saben, concluyó el señor Cazon, cuyo mal humor eran grandes, de-

jén de estar curioseando y haciendo torcidos comentarios y váyanse á su trabajo.

Los dos punguistas saludaron humildemente y se retiraron convencidos de que por el momento no tenian nada que temer, pues la Policia habia perdido la pista verdadera.

Los agentes de Policia se retiraron, pues, sin haber adelantado nada—este robo venia á quedar envuelto en el misterio de los anteriores y los perjudicados no tenian otro remedio que conformarse y tener paciencia.

De regreso al departamento, se procedió al interrogatorio del sereno preso, pero la declaracion de este no vino á hacer luz alguna en la pesquisa del robo—el agente nocturno no sabia ni habia visto nada.

Solo recordaba que de doce y media á dos ó dos y media de la madrugada, habia visto dos caballeros muy bien vestidos que anduvieron dando vuelta la manzana, pero que á esa hora él los vió retirarse hácia el oeste.

Y no tiene usted sospecha de que esperaran á alguien ó que fueran los bomberos que le habian puesto á usted los que estaban cometiendo el robo á aquella hora?—por qué no los detuvo usted?

—Cá, señor—replicó sonriendo el inocente sereno—si aquellos dos señores tan finos andaban en procura de una señorita del barrio y como no es prohibido robar cariños!...

El sereno fué castigado por falta de buena vigilancia, pues en realidad era el único cargo justo que podia hacérsela, y la policia tuvo que darse por satisfecha momentáneamente con las diligencias practicadas.

Dos dias despues, precisamente aquel en que se reunian los ladrones para concertar una nueva burla á la autoridad policial y á los bolsillos ajenos, dos carreros dieron cuenta de haber hallado en los hornos de Bayo una caja de fierro despedazada.

La policia se trasladó al sitio que estos indicaban, recogió la caja denunciada, constatando poco despues que era la que robaron por el agujero practicado en el escritorio de Massot.

Los comisarios tendieron sus redes por aquellos contornos, pero no pudieron sacar en limpio cosa alguna de provecho: ningun vecino habia visto hombres cargados con aquel mueble, ni siquiera tenian noticias del robo á que se hacia mencion.

Era, pues, inútil andar en mas averiguaciones; por el momento la policia debia contentarse con andar alerta, lo que no era poco, pues esta vez el jorobado pensaba hacerle una burla sangrienta que la iba á colocar en un ridículo inaguantable.

Con su teoria de cometer los robos cada vez mas á las barbas del gallo policial, la policia iba á jugar un triste rol.

Véamos la nueva combinacion.

## DOS POR NOCHE

Dos días después de los sucesos que acabamos de narrar, la grulla de jorobado sin faltar uno solo, se encontraba reunida en el covachón de la plaza del Retiro, festejando el chasco soberano que habían dado à la Policía, y haciendo el propósito de proceder esta vez con mayor cautela, pues el gallo policial debía estar con sangre en el ojo y no era bueno brindarle la ocasión.

Los ladrones estaban alegres; aunque mucho habían gastado del robo hecho à Massot, todavía les quedaba con que armar una buena parranda, visitando cada uno un par de amigas si era necesario.

El único que se lamentaba de no poseer un solo cobre, era el negrito Gonzalez, según decía, porque había tenido que hacer un gasto loco para contentar à su *rompedero de cabeza* que le había hecho un *pecho* de cinco mil latas.

—No te arriendo las ganancias con semejante *rompe-cabezas*, dijo Parodi, porque ellos irán à romper los bolsillos, que es la peor rotura que le pueden hacer à un hombre, porque la cabeza se compone y los bolsillos no.

Por eso yo uso bolsillos de hombre solo, agregó con gran sorna, como los cuartos que alquilan las patronas de Sitva, que no admiten en la casa mas mujeres que ellas.

Así, en mis bolsillos, las únicas mujeres que entran son mis manos, y no, porque no tienen polleras, que el día que yo pillara una mano mía con semejante traje, le privaba la entrada hasta en el bolsillo donde guardo los fósforos.

Los ladrones festejaron este chiste con sendas carcajadas y famosas bromas que dirijian à Gonzalez, incitándole à que enviara su *rompedero de cabezas* à todos los diablos, donde haría mayor falta.

—El compadre, dijo el negro señalando al jorobado, el compadre dice eso, porque demasiada rotura tiene él sobre los lomos y quien le va à hacer caso con semejantes alforjas—pero como todos no tenemos esa ventajita, ahí verán ustedes.

Los ladrones festejaron este nuevo chiste con sendos palmoteos, pero à Parodi no le hizo mucha gracia—aquella maldita joroba había sido causa de todas sus desventuras en materia de amor y no podía oír la nombrar sin sentir grandes iras.

Pero esta vez se contuvo porque ya hemos dicho que era sumamente cobarde y temía si provocaba un lance con el negro, perder to-

da la superioridad que su talento le había hecho adquirir sobre los demás.

Así es que creciéndose su rabia, contestó con la mayor dosis de pillería que halló a mano:

—Deja no mas, hermano, que mi joroba no se permite hacerme *pechos* de cinco mil latas, y el día que tal se permitiera haría con ella lo que te aconsejo hagas con tu *rompedero de cabeza* ó de bolsillos.

Este cambio de chuscadas había puesto à los ladrones del mejor humor posible, hasta el punto de hacerles olvidar el importante objeto de la reunión.

Palma, que era el mas positivo y menos amigo de bromas de este género, pues decían que en sus mocedades había deslomado de una garroteadura à su consorte, cortó la jarana diciendo:

—Todo está muy bueno, pero estamos haciendo demasiado ruido y además es preciso tratar nuestros asuntos; creo que Parodi tiene algo bueno que comunicarnos.

—Saliendo de su boca dijo el negro compadre, todo debe ser bueno, porque tiene un ingenio que ah! malaya lo tuviese yo para el amor.

Los ladrones se agruparon al rededor del jorobado, esperando su palabra como si fuera la del Mesías—Parodi pasó una lijera revista por la fisonomía de los bandidos y habló así:

—Ya que la policía ha desplegado una gran vigilancia, compañeros, es preciso dar cima, por lo menos, à un par de robos en una noche, para probarle que no puede nada contra nosotros.

—Opino que será mejor dar una pequeña tregua, dijo Palma—la policía ha de estar dada al infierno y ha de hacer uso de gran vigilancia para ver si nos puede atrapar y recuperar el crédito perdido.

—Mientras mayor sea la vigilancia, repuso Parodi, es mas fácil descuidarlos con planes sencillos y buscando aquello que pueda estar mas lejos de la imaginación de la policía.

Por ejemplo, continuó—lo mas vigilado han de ser las grandes casas de comercio, de 11 à 4 de la mañana que son las horas que los pobretes de los serenos dan su inútil servicio.

Pues entonces acometamos nuestras empresas antes de las diez de la noche ó después de las cuatro de la mañana, en casas de comercio de poca monta y la policía será burlada como las veces anteriores, pudiendo así reírnos de todas sus previsiones.

—No está mal pensado, replicó Palma que escuchaba atentamente, pero la empresa es un poco arriesgada—¿que demonio de hombre eres tú? dices que no tiene valor personal y te metes en semejantes pellejeras.

—Porque estoy seguro del resultado, y no hay valor ninguno de que hacer alarde cuando se pisa terreno seguro—y además, si he de hablar con franqueza, las empresas fáciles no tienen para mí encanto alguno, aunque el resultado sea brillante.

—Yo creo que el hombre tiene mas agallas que un dorado, dijo el negrito, y como yo no soy bagre ni vieja del agua, me gusta el plan y me animo á acompañar al maestro.

—Por falta de valor no ha de quedar, dijeron los portugueses, que donde vaya el mas pintado hemos de ir tambien nosotros, pues nos gustan conio á Parodi, las aventuras mas peligrosas.

—Ya que todos van, por qué no he de ir yo tambien? preguntó Montovia—no se ha de decir que á lo mejor nos hemos acobardado y nos han corrido con la actitud de los serenos.

—Por nosotros no quede, dijeron Portete y Gramarra, donde va Parodi vamos nosotros, sin averiguar siquiera lo que vá á hacer, ni si vá ó no á dar golpe á la misma Policia.

—Aquí el valor es lo de menos, dijo algo picado Palma—yo soy capaz de ir á robar el reloj al mismo gefe de Policia, de su bolsillo pero no tendria la seguridad absoluta de volver con él.

No está la monta en desafiar el peligro sinó en salir airoso y no dejarse agarrar como un chorlito, por eso discuto yo con Parodi, que bien sabe que no es el miedo lo que puede detenerme.

—Cierto dijo Parodi, satisfecho del triunfo que acababa de obtener—pero yo aseguro que en la empresa que voy á proponer no hay el menor peligro, y la prueba es que soy yo quien la propone y desempeña la parte principal.

—El plan, vamos á ver el plan, dijeron todos estrechándose mas contra el jorobado, para no perder una palabra.

—Señores, hélo aquí, dijo, este, tomando una entonacion ministerial.

—En la primera cuadra de la calle de la Defensa, es decir, entre Victoria y Potosí, hay una gran casa de comercio de unos ingleses, cuya casa se cierra á las seis de la tarde.

Como los señores serenos, que ahora van á andar con ochenta ojos cada uno, no van á sus paradas hasta las diez, tenemos por delante cuatro horas de tiempo, y en cuatro horas se puede robar toda la ciudad.

Yo sacaré un molde de la llave de la puerta de calle y de seis á siete de la noche, que es la hora en que la gente está comiendo, me

cuelo allí, abro la caja, y la limpio sin que lo sienta la tierra.

Yo estoy seguro de realizar este tiro de la manera que lo digo, pero es preciso que alguno de ustedes parta conmigo el peligro que voy corriendo, para la mejor realizacion de la empresa y no tener que estar pensando en guardarme la espalda.

Por ejemplo, mientras yo estoy adentro dando el golpe, Palma ó Montovia que son fuertes, quedará en la puerta, comprometido solemnemente á desmayar de un golpe á cualquiera que pretenda entrar, para que podamos salvarnos todos.

En la casa que digo hay mucho dinero y vale la pena de jugar una partida seria con la Policia, ganándosela, porque de otro modo la cosa careceria completamente de gracia.

—Yo no tengo inconveniente, dijo Palma, en quedarme á la puerta y cumplir la consigna, porque no seria este el primer cristiano á quien hubiese desmayado de un garrotazo, pero francamente, la hora me parece mal elegida, seria mejor mas tarde.

—Es un error lamentable, argumentó Parodi, mas tarde la vigilancia será grande y caeriamos como chorlitos á la primera intentona de meter la llave en la cerradura.

En esa cuadra solo viven personas de trabajo y la mayor parte de las casas allí situadas son de comercio que se cierran de cuatro á cinco de la tarde, no volviéndose á abrir hasta el otro dia.

El único riesgo que corremos es que mientras yo entre adentro, venga por una de aquellas casualidades posibles, alguno de los dependientes de la casa, pero este peligro lo evitará Palma ó Montovia, con un buen garrotazo aplicado entre las dos orejas.

Este audacisimo plan se discutió en todos sus detalles, y quedó aprobado calurosamente, tocando á Palma acompañar á Parodi en aquel robo, que iba á dejar en pañales al mismo Caco.

Esta es solo la mitad de mi plan, dijo el jorobado—la otra mitad varia de local, porque el fin y los medios son exactamente iguales—ahora al provecho puede ser menos, aunque tambien puede ser mas.

Realizando este plan, podemos descansar un mes de nuestras fatigas, tiempo que dejaremos á la policia para cansarse en sus inútiles pesquisas y en su mas inútil vigilancia.

Cuando ella haya perdido por completo nuestra pista y esté fatigada de hacer una vigilancia inútil, voy á dar cima á nuestra reputacion, cometiendo un robo á las doce del dia y frente á cualquier cuerpo de guardia.

Los ladrones quedaron asombrados de la seguridad con que hablaba Parodi, parecia que dispusiera de los acontecimientos, por el aplomo

mo con que trazaba sus planes, marcando las horas de su ejecucion.

—Vamos á ver la segunda parte del golpe primero, dijo Gonzalez, que estoy con espinas por conocerla—me parece que este va á ser el tiro mas famoso de todos y que vamos á tener de que divertirnos un mes largo—este hombre es el mismo diablo que se ha puesto una joroba postiza para que no lo conozcan,

—La segunda parte es esta, dijo el jorobado complacidosimo del elogio infernal que acababa de hacerle aquel negrilla cara de condenado:

Una cuadra mas para aquí de la casa de comercio que desbalijaremos á las 7, es decir, en la calle de Bolivar entre Victoria y Potosi, hay una relojeria, que aunque no muy lujosa, tiene un fuerte capital en relojes.

El dueño, que es un italiano bajito, se retira á eso de las diez de la noche, despues de cerrar su puerta con diez mil precauciones y pagar la copa al sereno de la esquina para que le vigile bien su casa.

Como en la esquina de Victoria está el centinela de la cárcel, el relojero no cree que pueda ser víctima de un robo, mucho mas dadas las precauciones que toma y la atencion oon que observará la casa el sereno.

Este relojero abre su puerta á las nueve de la mañana, de modo que, retirándose ahora los serenos á las cuatro y media, tenemos otras cuatro horas para realizar una importante fortuna en relojes.

Montovia me acompañará en este tiro, haciendo en la relojeria lo mismo que Palma habia hecho en la puerta de la casa de comercio—estar atento y desmayar de un golpe al que pretenda entrar, aunque sea el mismo dueño.

—Y estos dos robos se harán en la misma noche? preguntó da Silva—me parece mucho tentar al diablo, pues lo que no suceda en el primero puede suceder en el segundo—qué diablos!

—El que no esté conforme que avise, dijo Parodi, pues no es justo que esten en el reparto los que no han participado del peligro. Aquí no hay compromiso para todos, puesto que para realizar los dos tiros somos bastantes cuatro.

—Mi observacion no quiere decir que me oponga, objetó Silva—es una simple opinion que emito, que se puede tomar ó no en buena cuenta - ante todo pertenezco á la sociedad y no he de desertar en los momentos mas apurados.

—Nota importante! gritó Parodi, sin hacer caso á las palabras de Silva—el negrito Gonzalez, que es una buena pieza, tendrá un gran rol en la segunda parte de este programa.

—Venga mi parte, gritó el negro contertisimo, por Dios que la acepto con gusto por

que yo me muero por ver trabajar á Parodi, porque en la vida he visto uñas mas gauchitas que las suyas, cada uña es un parejero.

—Gonzalez, continuó Parodi debe proporcionarse una media docena de esos jarritos de lata con bombilla como esos que venden llenos de té ó café en el mercado, y una gran cafetera con calentador, á la que irá adherida la correspondiente canasta de masitas y tortas con azúcar.

Cuando nosotros demos vuelta la esquina de Potosi, separados por unas quince varas, Gonzalez se dirigirá al cuerpo de guardia de la cárcel y entretendrá á los soldados con sus masas y su café.

Para la mejor distraccion de los soldados, que generalmente son hombres inocentes en estas cosas, deberá hacer un gran gasto de charla, refiriéndoles algun asesinato, ó exena de baile y velorio, con ademanes que atraigan la atencion del centinela de la esquina.

Solo debia moverse de allí cuando Parodi saliera de la relojeria, salvo el caso en que lo echaran del cuerpo de guardia, cosa que no era muy dificil si el oficial era de mal génio.

Sin embargo, como aquella guardia la montaban soldados de guardia nacional, cuya disciplina no era entonces tan ríjida como ahora, habia que contar sobre seguro con que Gonzalez desempeñaria su comision á las mil maravillas.

Dadas todas estas esplicaciones y aceptado el plan con entusiasmo, el jorobado se retiró despues de darles cita para dentro de tres dias, pues aquel tiempo lo necesitaba forzosamente para la confeccion de las llaves y palancas de forzar cajas.

Antes de irse, Parodi hizo una observacion importante:

—Soy de opinion dijo, que pasado mañana mismo, Gonzalez concurra al cuerpo de guardia con su café—así el dia del golpe no llamará la atencion; mañana puede comprar sus útiles en cualquier hojalateria, útiles que, por supuesto, debe costear la sociedad—aquí está mi cuota, concluyó, sacando cien pesos del mas profundo bolsillo de unas calzonas que usaba, y alargándolos al negro.

Cada uno de los otros rateros contribuyó con una suma igual, y el negro Gonzalez se retiró de la casa de los acuerdos, para ponerse sobre tablas á proporcionarse lo que habia menester para su comercio improvisado.

Parodi se retiró en seguida, pidiendo á sus sócios le comunicaran cualquier novedad, pues él, ocupado en la confeccion de los instrumentos necesarios, no se moveria de su casa.

El cenáculo quedó en reunion un par de horas mas, discutiendo y ponderando el plan audacisimo de Parodi, cuya realizacion, despues de haberlo oido, parecia fácil.

—Sin embargo, dijo Palma, corremos un gran peligro, y con la prevención que hay en la policía, á la primer sospecha vamos á ser tomados y metidos á la jaula del gallo, de donde sabe Dios cuando saldremos.

No me esplico, continuó, cómo un hombre que asegura él mismo ser tan cobarde, puede meterse en tan serias y difíciles cosas, donde lo mas fácil es quedar empantanado.

—Parodi es un diablo muy previsor y muy hábil, dijo Montovia—yo lo conozco á fondo, y cuando él se mete en una cosa de estas, es porque tiene plena seguridad de salir airoso—con Parodi no ha podido ni la policía de Génova, que es una gran policía muy difícil de engañar.

Ya verán ustedes con que limpieza dá sus dos golpes y la maestria con que hace perder sus huellas á la autoridad—mientras mas difícil es el negocio mejor se desempeña.

—Sin embargo, volvió á decir Palma, confieso que esta vez tengo recelo y que voy á llevar un buen palo, para poder tender de un solo golpe al que nos sorprenda y tener tiempo de escapar.

—Lo mismo pienso hacer yo, dijo Montovia aunque el plan está bien combinado, y solamente una fatalidad puede hacerlo fracasar—apostaría mi parte á que todo sale bien.

Era tal la fé que tenia Montovia en Parodi y con tal valor lo ponderaba, que los otros ladrones sintieron como por encanto disipar hasta la mas remota desconfianza.

Los ladrones se retiraron del cenáculo frotándose las manos ante la perspectiva de aquella punja fenomenal ó *á la gorda*, como decia un lunfo de moderno.

Silva y Correa de Mattos, sobre todo, que estaban juntando plata para largarse á su tierra con una fortunita, salieron de allí mecidos por las mas risueñas ilusiones.

—Si este tiro es fatal, dijo el primero, nosotros no tenemos que temer nada, puesto que somos parte pasiva, y si nuestros compañeros caen presos, supongo que no nos han de vender.

—Es claro que no, repuso Mattos, pues nosotros les podíamos ayudar á escapar; pero si tal cosa sucediera, creo que me los voy á llantar crudos á todos ellos, con una salsa de tres millones de *diabos*.

Y soltó un terno tremendo acompañado de un ademan ridículo de perro feróz.

Los dos portugueses se separaron por fin, tomando cada uno de ellos el camino de su respectivo alojamiento.

Sigamos nosotros al negrito Gonzalez, que habia salido lleno de gozo á preparar sus trabajos para el mejor desempeño de la comision que se le habia confiado.

Esa noche no pudo hacer nada, pues á la

hora que salió no habia hojalateria abierta, pero al otro dia muy temprano empezó sus preparativos.

Apenas habia amanecido y ya el negrito Gonzalez andaba en el mercado fijándose como hacían la venta de té en jarro, las mazamoreras, y observando las *manguas* del oficio.

Para aprender mejor y estar al corriente de los precios, esa mañana se bebió una media docena de jarritos con su correspondiente copa, lo que lo volvió en extremo comunicativo.

Concluida la hora de concurrencia al mercado, Gonzalez se fué á recorrer las hojalaterias para proveerse de todo lo necesario á su nuevo oficio, á saber: jarritos, el gran tarro con canilla de bronce, seis copitas y un frasco de la gran ginebra marca la Llave.

Todavía la ginebra marca la Llave y la de Anastasio el Pollo preponderaban, pues no se habia inventado la hesperidina de Bagley ni se habia introducido el coñac de los gallitos, que derrotaron aquella bebida criolla.

Provisto de estos elementos, esperó al otro dia, en que debia hacer su debut, muy de madrugada, en el cuerpo de guardia de la cárcel para que el dia del golpe su presencia no llamara allí la atencion.

¡Con qué aire tan quiebra y cantor se fué Gonzalez al cuerpo de guardia, con su *mejunje* de té y ginebra, que debia caer entre los milicos como queso á los tallarines!

A penas llegó á la cárcel, ya los milicos se pusieron en gran alboroto á registrarse los bolsillos por ver si encontraban algun peso que, de puro compadre se hubiera quedado escondido entre las costuras.

Gonzalez, desde la esquina, venia blanqueando la mazamorra de sus dientes, á ver la íntima alegría con que el milicaje lo esperaba, revelando las mas famosas ganas de hacer la mañana.

—Ché, catinga—dijo uno, las madrugas hoy mas que la diana—á ver si alcanzas un jarro que se derrame de puro lleno, que hoy es el santo de mi estómago y lo quiero obsequiar.

—Si me fia, saltó un cabo, rascándose un lado de la cabeza, despues de empujar picarescamente el kepí con la punta de los dedos—si me fia un jarro de su té.... tamaño gusto no lo habré tenido nunca.

—No arruguen que no hay quien planche! gritó Gonzalez, riendo como si le hicieran cosquillas, ni se tomen tanta bola porque pueden dirse á los palos—yo no fio sino por un papel de á peso.

Negro y mezquino hacen yunta, gritó el trompa saliendo de la guardia—volcate acá con un jarro con copa, y aquí tenés dos pesos que me han quedado de puro aburridos en el forro del kepí.

Gonzalez abrió sus adminículos delante del

cuerpo de guardia y sirvió al trompa un jarro de té con su correspondiente copa de *ginebra*.

En el acto los milicos le hicieron rueda.

Los que tenían uno ó dos pesos iban recibiendo un jarro con ó sin copa, en medio de los dicharachos de los que no tenían ni siquiera la esperanza de que les fiaran un trago.

—No seas pijotero hermano, dijo uno de ellos, dando al moreno una palmadita en el hombro, hacé un favor á un pobre si querés que Dios te ayude—si me fiás un mate te lo pago al fin del mes.

—Aunque no sea mas que por contradecir á ese trompa que debía ser trompeta por mal hablado, voy á fiarle un jarro á cada uno, que me pagará cuando dé la vuelta, si no están tan cortados como hoy.

—Viva! y ha de ser con copa, vociferó uno de los milicos, cuya intencion de no pagar se veía hasta en la vicera del kopí, mas doblada que carta de amor.

—Sea con copa, dijo Gonzalez, y que no se diga que un diablo no les ha hecho el gusto.

—Que viva el catinga por buen gaucho y buen amigo! gritaron los milicos estirando la mano hácia el jarro que llenaba Gonzalez.

Mientras aquellos buenos soldados tomaban su mate y su copa, el negrito Gonzalez soltó la lengua y cinco minutos despues era gran camarada de aquellos buenos guardias nacionales.

En un momento les contó que él habia sido veterano y tambor de órdenes del general Oribe y se habia batido en el sitio de Montevideo, pero que ya era carabinero retirado y se habia metido de comerciante, que era mejor oficio.

Mucho reian los soldados al oír referir á Gonzalez ciertas travesuras de su juventud, narradas con toda aquella picardía sutil inherente á nuestro soldado, de manera que cuando se fué era tan amigo de los soldados, como si hubiera sido un antiguo camarada de penurias.

Habia fiado ocho jarritos de té con su correspondiente copa, lo que le aseguraba, por el momento, una buena acogida para el día siguiente.

La mitad del camino estaba andado: al otro día relevarian la guardia, pero pasaria á noticia de los que entraban de servicio que allí iba un moreno que fiaba mates y copas, cosa harto rara en semejantes tiempos.

Gonzalez iba muerto de gusto, porque esperaba que el jorobado le felicitaria por el famoso desempeño de su comision, que aunque no era muy difícil, se necesitaba cierta picardía y conocimiento del carácter de los soldados

Se fué á su casa donde depositó sus flamanetes útiles y se acostó á echar una larga siesta, pues el madrugon lo habia destroncado un tanto cuanto.

El jorobado, entre tanto, se ocupaba activamente de su parte, que era la confeccion de llaves maestras y palancas.

Aquella mañana se habia levantado muy temprano y se fué á la calle Defensa, donde en un minuto sacó el molde de la cerradura, en un pedazo de cera preparado al efecto; dió vuelta por la calle Potosí y vino á hacer la misma operacion en casa del relojero, si es que podia sustraerse á las miradas de los soldados del cuerpo de guardia en la cárcel.

Cuando el jorobado llegó á la relojería, Gonzalez estaba en lo mejor de su venta y de su charla, por lo que el jorobado pudo calcular el efecto que haria aquel moreno en la nueva guardia del día siguiente, que ya conocian de mentas al vendedor de té.

El centinela de la esquina de Victoria, deseoso que lo relevaran para ir á tomar parte en la jarana, daba el frente al medio de la guardia, por lo que el jorobado pudo maniobrar con toda comodidad y esmero.

En seguida se retiró muy satisfecho de haber elegido á Gonzalez para aquella comision, mucho mas difícil de lo que aquel se imaginaria, pues para esto se necesitaban dotes naturales.

Parodi estuvo todo el día trabajando con tanto ahinco, que á las cuatro de la tarde tenia sus útiles listos para operar en las dos casas que habia elegido para víctimas de sus garritas.

A las cuatro y media pasó la palabra á los otros sócios, y á las seis menos cuarto estaban todos reunidos en la covacha de los auerdos; esperando la hora de pegar el primer golpe.

Allí tomaron las últimas disposiciones hasta las seis y media, hora en que Parodi se preparó á salir con Palma.

Los demás debian esperar allí hasta las nueve—si á esa hora no estaban de vuelta, irian á informarse como quien no quiere la cosa, de lo que habia sucedido en la calle de la Defensa, porque seria señal de un descalabro.

—Yo no temo nada, porque mi plan es seguro, dijo Parodi.

Lo peor que puede sucedernos es no dar golpe por algun inconveniente, esto no vale la pena de incomodarse.

Los dos ladrones salieron tomados del brazo en direccion á la calle de Reconquista, que tomaron directamente hácia la plaza de la Victoria.

A aquella hora entre seis y media, y siete, la cuadra donde debian hacer el tiro estaba silenciosa y solitaria.

En las pocas casas de familia que en ella existian los habitantes estaban en la mesa.

—En las otras casas de negocio los dependientes leian el diario de la tarde á la media

luz de las lámparas, pues á aquella hora de poco tránsito, estos no encendian todas las luces.

—No hay que perder tiempo dijo Parodi á Palma: mucho ojo porque puede dar la casualidad que venga alguno y nos pesque adentro, y entonces adios nuestra fortuna pues iríamos á parar á la cárcel.

—No hay cuidado, repuso Palma, que el que venga á entrar aquí, lo desmayo yo de un garrotazo y ganamos en seguida la plaza de 25, luego el bajo, y tiene que ser buen perro el que nos ventee.

Parodi se fué directamente á la casa de comercio, metió la llave en la cerradura y con la misma naturalidad del que abre su propia casa, abrió la puerta y se coló dentro, cerrándola tras de sí, con pestillo solamente.

—Qué piés y qué manos! murmuró Palma—ni que fueran de terciopelo—indudablemente este diablo tiene mas valor del que él se sospecha—yo no me atreveria á entrar.

Parodi, entre tanto, á penas estuvo dentro de la tienda, encendió luz y se fué rectamente á la caja de fierro, que estaba en el rincon de la derecha de un pequeño escritorio.

Introdujo en su cerradura una especie de llave, que no era otra cosa que un pedazo de acero doblado en la punta, y en la juntura lateral de la puerta introdujo el extremo de una palanquita de acero.

Mientras hacia fuerza con la ganzúa de un lado al otro, forzaba la palanquita que se iba introduciendo insensiblemente y haciendo ceder la puerta.

Entregado á esta faena, su oído avezado no perdía el mas pequeño ruido que se produciera en la calle.

Cuando sentia pasos, se ponía en actitud de soplar la vela, y los movimientos de la ganzúa y la palanca eran mas pausados.

Así que los pasos se alejaban, volvía otra vez al trabajo con nuevo ardor, y como fastidiado de que la caja resistiera tanto tiempo á la presión de la palanca y los movimientos de la ganzúa.

Por fin esta mordió en el gran diente de la cerradura, y la mano de Parodi halló la resistencia consiguiente—forzó la palanca, echándole el peso del cuerpo, é imprimió toda la fuerza de sus músculos á la ganzúa.

Esta cedió de golpe, la palanca escapó y la caja quedó abierta á disposicion de aquel gran ladronazo, que dió un suspiro de satisfaccion y se enjugó el sudor que corría por su frente.

Su emocion era grande, pero no queria esperar á que se le pasara, como otras veces; habia perdido mucho tiempo y temia demorarse y echar á perder, por cinco minutos, todo el trabajo que habia tenido que hacer.

Empezó, pues, á sacar rápidamente de la

caja todos los billetes de banco que en ella habia, que eran muchos, y los repartió en sus diferentes bolsillos echándose el resto en el seno.

Habia dado con la nidada y aprovechaba de firme la ocasion.

Cuando en la caja solo quedaban papeles sin valor para él, pues eran documentos ó facturas, Parodi la cerró cuidadosamente y se guardó en la cintura los instrumentos con que la habia abierto.

Tomó el cabo de vela con que se habia alumbrado, y despues de limpiar la señal de sebo que este dejó sobre el escritorio, se encaminó á la puerta.

La calle estaba bulliciosa, pasaba gente con mas frecuencia, y de cuando en cuando se sentia el rodar de alguna volanta que entraba ó salía á la plaza Victoria.

En un momento que no se sintió próximo rumor de pisadas, el jorobado abrió rápidamente la puerta y se lanzó á la calle con cierta naturalidad, para no dar que desconfiar, por si acaso era visto, cerrando solamente con el pestillo.

Pasó como una sombra por el lado de Palma y torció la calle en direccion al bajo.

Palma lo siguió á grandes trancos, pues Parodi, con sus pequeñas piernas, marchaba con una rapidez de cincuenta segundos por cuadra.

Recien logró ponerse al lado, despues que cruzó la plaza diagonalmente y tomó la calle de 25 de Mayo en direccion al Retiro.

Tan conmovido y agitado iba, que no pudo responder á las varias preguntas que le dirigió su sócio.

—Qué tal ha ido? preguntaba este—has tropezado con algun inconveniente? no has podido abrir la caja?—responde, con mil diablos, que me vas haciendo entrar en cuidado.

Parodi, pálido como un cadáver, hacia señas con la mano para que Palma no lo apurara con sus preguntas, por lo que este creyó que el jorobado no habia podido hacer nada, y traía un cerote mayúsculo entre pecho y espalda.

Recien cuando llegaron á la esquina de Cuyo, Parodi se dejó caer en el cordón de la vereda, y abrió su enorme boca para dejar salir con franqueza la respiracion que lo ahogaba.

—Poder del diablo! exclamó, dando por fin un feroz resoplido, creo que nunca en mi vida he tenido un miedo tan grande como el que he sentido esta noche, creí que de puro susto me iba á desvanecer.

—Qué? preguntó Palma, de mal humor, porque presentia que se habia malogrado el golpe—habia alguno adentro y no has podido ni siquiera salir antes?



—No, replicó Parodi, no había nadie, el tiro se ha hecho con toda felicidad—pero yo no sé por qué á cada rato me parecía sentir sobre el cogote la mano de algun agente de policia.

—Vamos, vamos á casa, siguió diciendo agitado, porque hasta que no me vea allí no se me pasará el jabon, y además ya debe ser tarde y los compañeros talvez hayan salido á informarse.

—Con que todo ha ido bien y tienes miedo, pedazo de belitre? dijo Palma alegremente; pues yo creo que te burlas de mí, porque, francamente, no concibo el miedo despues de pasado el peligro.

—Ahí verás, replicó Parodi, emprendiendo un trote de huida por la calle 25 de Mayo, lo cierto es que de puro miedo se me está descomponiendo el estómago.

—Con tal que no se te descompongan las uñas, todo vá bien, contestó Palma y siguió el paso acelerado de su sócio.

Cuando el jorobado y Palma llegaron á la covacha, se encontraron con los demás compañeros álmarmados, que ya se preparaban á salir en busca de informes, pues ya las nueve habían pasado.

El jorobado entró rápidamente y se tendió sobre un catre desvencijado que servia al negro Gonzalez para dormir sus eternas trancas: estaba desfallecido de cansancio y de miedo.

Fué Palma el que los sacó de dudas, anunciándoles que todo habia salido bien y que Parodi habia dado su golpe á entera satisfaccion, probándoles que cuando él decia una cosa, habia que creer ó reventar.

Así que aquel hubo descansado un poco, empezó á sacar silenciosamente, de su seno y bolsillos, una gran cantidad de billetes de todos valores, que iba poniendo á su lado en un gran monton, con la mas profunda admiracion de sus cólegas.

—Y cómo cuánto habrá por todo? preguntó Portete, cuyos ojos parecia iban á saltar de sus órbitas—eso es mucha plata, compañero, por lo que veo que la caja estaba bien pro vista.

—Regular, regular, contestó Parodi, cuya respiracion estaba algo alterada todavia; contemos entre todos para concluir mas pronto, y así, saldremos de dudas, pues antes de amanecer yo debo ponerme de nuevo en campaña.

Todos los ladrones se apeñuzcaron alrededor del catre, contando los billetes con una avidez febril. Al verlos, parecia que cada uno se iba á quedar con la cantidad que contara, al era la rapidez con que movian las manos y los ojos.

Despues de largo rato, Parodi fué uniendo las cifras que cada ladron habia contado y

halló que su golpe habia dado, por resultado líquido, la honorable suma de ciento diez y ocho mil pesos.

Sobre tablas, hicieron el reparto del dinero, tocando á cada uno de los siete, la elegante suma de catorce mil pesos, pues los otro veinte quedaban para Parodi, como autor y ejecutor de aquel famoso plan.

El resto de la noche la pasaron charlando alegremente sobre la bulla que meteria aquel robo al dia siguiente y calculando los resultados del que, con la ayuda de Montovia y Gonzalez, debia efectuarse esa madrugada.

A eso de las tres de la mañana, Parodi y Montovia se largaron á esperar por los alrededores de la relojeria, la retirada de los serenos, que era el momento convenido:—Gonzalez se fué á preparar sus *titeres*, para estar á aquella hora en el cuerpo de guardia.

Apenas salian los serenos de la Policía, donde iban á dejar sus lanzas y linternas ya el negrito Gonzalez daba vuelta la esquina de Potosí, dirigiéndose á la cárcel, con gran algazara de los milicos, que lo esperaban batiendo palmas.

Despues de cambiar algunos dicharachos y compadradas, Gonzalez depositó en el suelo sus adminículos, y empezó con mil bromas sobre si fiaba ó no fiaba, porque su consigna era entretener á los soldados el mayor tiempo posible.

Parodi y Montovia aparecieron en la esquina y tendieron su mirada escudriñadora hácia el cuerpo de guardia.

Los soldados estaban entretenidísimos con Gonzalez, incluso el centinela que daba la espalda hácia aquel lado, por mirar lo que hacian sus compañeros con el negro de los mates, sobrenombre con que ya habian bautizado á Gonzalez.

—Bueno, dijo Parodi á Montovia, yo descanso en tí como anoche descansé en Palma, no hay que vacilar y tender en el suelo á cualquiera que quiera entrar aquí para tener tiempo de poner los bultos en salvo.

Se acercó á la puerta que abrió con gran facilidad y se coló á la relojeria como raton en una despensa bien provista.

Aquella operacion era mas sencilla que la de la noche anterior, en cuanto á que no habia caja de fierro que forzar, aunque era mas engorrosa bajo el punto de vista de que los relojes no son de tan fácil transporte como los billetes de banco.

Parodi, tratando de ganar el mayor tiempo posible, empezó á trasladar á sus bolsillos todos los relojes de oro que habia en los estantes y vidrieras, y cuando ya no le cupo uno mas, abrió los cajones del mostrador y de una pequeña mesa escritorio.

Allí encontró unos seis mil y pico de pesos

que se echó al seno y salió de la relojería rápido, pero cauteloso.

En la calle las casas se hallaban en el mismo estado que un cuarto de hora antes, que es el tiempo que tardaría.

Montovia no había sido visto por los soldados, cuyas carcajadas unidas á las del mal'dito negro, se sentían aun desde dentro de la relojería, que había mas de una cuadra de un punto á otro.

—Adentro queda muchísimo, que robar, dijo Parodi á Montovia, tal vez mas del doble de lo que yo traigo, pero ya no me cabe en los bolsillos ni un papel de á peso—entra tú mientras yo quedo de guardia y traes lo mas que puedas.

Montovia que había visto la facilidad con que el jorobado había entrado y salido, no tuvo el menor recelo, y se metió al interior de la relojería, mientras Parodi quedaba afuera asombrándose del ingenio del negro.

Montovia empezó á llenarse precipitadamente el seno y los bolsillos de cuanto reloj le caía á mano, volviendo como á los diez minutos, verdaderamente preñado de relojes.

Acto continuo cerraron la puerta, dieron vuelta nuevamente la calle Potosí y por el paseo de Julio, calle mas escusada, se dirigieron al covachon, caminando muy despacio para disimular la carga, y *soliviándose* los bolsillos del pantalon para que las costuras de este no fueran á deshacerse por el peso de la mercancía.

Gonzalez vió alejarse á sus compañeros, y se quedó aún como media hora entretenido con los milicos, para darles tiempo que llegaran á la cueva.

Calculando que aquellos estarían ya en salvo, el travieso moreno se despidió de los milicos, despues de haber *tanjado* en la puerta del cuerpo de guardia, los jarros de té y copas que había fiado.

Poco despues se hallaba reunido en el covachon con el resto de la gavilla que felicitaba ardentemente á Parodi por aquellos dos brillantísimos tiros, ejecutados con tanta limpieza y finura.

El catre donde la noche anterior habían contado los billetes de banco, producto de la primera operacion, estaba cubierto de relojes de oro y plata, de diferentes tamaños y valores, desde el reloj de señora, hasta el magnífico cronómetro de marino.

—Es preciso salir de aquí pronto, dijo Parodi, por lo que pueda suceder—mas seguro está cada uno en su casa, haciendo desaparecer de aquí este enjambre de marcadores de hora; al reparto y á volar.

Se hicieron partes iguales para todos, menos para Parodi y Gonzalez á quienes tocó un poco mas por el exco de trabajo que habían tenido,

y cada cual tomó el camino de su cueva privada.

—Es necesario para evitar una desgracia posible, observó Parodi, que por tres ó cuatro dias mas, Gonzalez concurra á la cárcel à vender su té y café; estos robos coincidirían con su aparición y desaparicion en aquellos parajes, y los lebreles de policia, aunque son muy tontos por lo visto, podrían echarse sobre su pista, por si acaso tenia realmente parte en aquel robo escandaloso, que iba á poner á la autoridad policial en el mas espantoso ridiculo.

—Para dentro de cuatro dias á las nueve de la noche, concluyó, todos nos reuniremos aquí, voy á ver si procuro algo de importancia para que no andemos de vagos, y concluiremos de desesperar á la autoridad.

Los ratuines, como se llamarían hoy aquellos cachafaces, se despidieron cordialmente para dentro de cuatro dias, y cada cual tomó el camino de su guarida llevando en el bolsillo una fortunita.

A las nueve de la mañana los alrededores de la Policia estaban agitadosísimos—los agentes entraban y salían precipitadamente al departamento, y en todas las casas se veía la expresion del mas cristiano asombro.

El dueño de la relojería, dando voces comunales, vociferaba en media calle que aquello era un escándalo inaudito, que su casa situada á una cuadra de la Policia, había sido robada á las barbas del sereno y en las narices de la guardia de la Cárcel.

El jefe de policia había hecho llamar al relojero pidiéndole que no metiera escándalo, que le prometía que sus agentes darían pronto con los ladrones, despojándolos de los relojes, que aun no habían realizado.

Pero aquel pobre comerciante, que quedaba positivamente en la calle no hacia caso de todas estas razones, y se lamentaba llorando de desesperacion y jurando que aquello era el colmo del escándalo.

Se mandó buscar al sereno, que recién se entregaba á las caricias de Morfeo, pero este juró y perjuro que durante la noche no había entrado alma viva á la relojería, que él vijilaba con esmero.

Y tal era su conviccion á este respecto, que llegó á asegurar que allí no podía haberse cometido robo alguno, y que si el relojero decia lo contrario, seria porque le convenia.

La policia mandó llamar al oficial de la guardia de la cárcel, pues podía ser muy bien que el robo lo hubieran cometido á la madrugada cuando los serenos se retiran, pero sus respuestas no hicieron luz.

—Casualmente, dijo este, á la madrugada estuvo un moreno que suele venir á vender mate, y desde esa hora, todos los soldados y yo hemos estado en la calle, pudiéndole ase-

gurar al señor jefe que no ha transitado por aquí mas gente que los que van y vienen al mercado, y de esto soy yo testigo, pues como dije antes, he estado en la puerta desde la madrugada.

La Policía estaba mas confundida aún que las otras veces.

¿Era aquel un robo positivo ó era simplemente un robo simulado por el relojero para salir de algun apuro, ó quedarse con alguna fuerte cantidad de relojes recibidos á consignacion?

El relojero destruyó por completo esta duda, exhibiendo los libros que acusaban un estado brillante de sus negocios y que probaban que todo el capital empleado en la casa era de su exclusiva propiedad.

—¿Qué interés puedo tener yo en robarme á mí mismo? preguntaba el desventurado, llorando como un recién nacido. Yo he sido víctima de un robo en que la Policía se hace cómplice si no obra con rapidez.

Los ladrones no son fantasmas, continuaba, hace tiempo que suceden robos valiosos á pocos pasos de la Policía, y todavía no se há aprehendido uno solo de sus autores, ni hay esperanzas de prenderlo.

El jefe de Policía envió uno de sus agentes á hacer la pesquisa en el terreno, aunque pocas esperanzas tenia de encontrar rastro alguno, como en todos los robos anteriores.

La puerta de calle no ofrecia la menor señal de violencia y lo mismo los cajones de donde sacaron el dinero—dinero que el jorobado se guardó para sí, sin decir una palabra á sus sócios; parecian haber sido abiertos con su propia llave.

Cómo hacer para dar con belitres que no dejaban tras sí el mas insignificante rastro?

Dada la cantidad de relojes que faltaban de las vidrieras, era indudable que el ladrón ó ladrones habian salido con algun gran bulto.

Cómo esplicarse entónces que hubieran pasado desapercibidos para el sereno y para los soldados del cuerpo de guardia?

Si aquel hubiera sido el único robo cometido en tales condiciones, era cosa de creer que el primero ó los últimos fueran cómplices.

—Tal vez los mismos soldados de la guardia sean los autores en quien tanto pensamos y nos devanamos los sesos por hallar, dijo el desesperado relojero.

—Cuidado amiguito, dijo el comisario que hacia la pesquisa, porque esas acusaciones suelen costar caras, y no hay que aventurarse en terrenos tan resbaladizos—recuerde usted su propia indignacion cuando el sereno manifestó que esto podria muy bien ser un falso robo.

—Y qué hacemos, por Dios, qué hacemos?—preguntó meciéndose los cabellos, yo me que-

do en la calle, completamente arruinado y privado de una fortuna que he levantado en quince años de trabajo diario.

—Paciencia, amigo mio, paciencia, repuso el comisario, pues todavia no hay que perder todas las esperanzas; la policia tiene medios seguros, y cuando menos se piensa, da con lo que quiere saber.

—Dios lo oiga á usted, concluyó aquel infeliz, dejándose caer sobre una silla á llorar de pura desesperacion.

El comisario, cumplida su comision, regresó al departamento, donde lo esperaba una novedad de mayor calibre.

Hacia unos dos minutos que el dueño de la casa de comercio de la calle de la Defensa daba cuenta en la comisaria de órdenes del robo de que habia sido víctima tambien la noche anterior.

—Han abierto la puerta de calle con llave maestra, han falseado la caja de fierro y me han robado la cantidad de ciento diez y ocho mil pesos que habia en ella.

La persona que me ha robado, agregaba debe estar al corriente de lo que sucede en mi casa, pues no han tocado mas mueble que la caja de fierro y solo han llevado el dinero, habiendo allí valores de mayor consideracion.

El jefe de Policía quedó anonadado con aquella nueva delacion: eran ya dos robos valiosísimos los que se habian cometido la noche anterior y no habia sobre sus autores la menor sospecha.

Se tomó la cabeza con ambas manos y meditó largamente: aquellos dos robos se habian cometido á una cuadra de la Policía—ya solo faltaba que vinieran á robar la tesoreria del mismo departamento.

Se mandó un oficial que se trasladara á la casa de comercio, aunque sabiendo de antemano que á nada nuevo se arribaria, pero si quiera se llenaban las formas.

La policia hizo todos los empeños imaginables por descubrir algun rastro, pues estaba comprometida su seriedad y su amor propio, pero todo fué inútil.

Las diligencias practicadas solo sirvieron para hacerle comprender que se las habia con una gavilla admirablemente organizada, y que contaba con ladrones finísimos y de rara habilidad.

Se redobló la vigilancia en las calles para impedir nuevos atentados, pero esta misma vigilancia no podia ser muy eficaz, dado el escaso número de empleados con que contaba aquella reparticion.

Aquellos dos robos quedaron así tan impunes como los anteriores.

Sigamos nosotros al jorobado y su gavilla, que siguió haciendo de las suyas.

## DONDE LAS DAN LAS TOMAN

Cuatro días después de estos famosos acontecimientos, la gavilla que capitaneaba Domingo Parodi, se reunía en la célebre covacha de la plaza del Retiro, á comentar los dos últimos robos que tanta algazara promovieron en el hotel del Gallo.

Los ladrones festejaban su triunfo de todos modos, cumplimentando y felicitando al jorobado por la habilísima manera con que había sabido engañar á la Policía, haciéndola tomar un falso camino.

—No hay que hacer, decía Parodi, cuando yo digo que un tiro es seguro, hemos de salir bien, salvo que el diablo se mezcle en la cosa, única persona que puede desbaratarme una empresa.

—Sostengo, añadía Palma, que el jorobado es el hombre más valiente que ha nacido de vientre de mujer, y que se hace el cobarde por pura conveniencia, pues si esto no fuera así, no se metería en los avisperos que se meto.

—Es, aseguraba Parodi, que yo no me meto sino en aquello que estoy plenamente seguro que me ha de ir bien, pues para hacerse echar una mano al cogote por cualquier sereno, no valdría la pena de incomodarse.

—Ahora los tiros se hacen más difíciles, dijo Mattos—la policía está muy sobre aviso y tiene que ser muy vivo el que la burle: además de la vigilancia de los serenos, todos los empleados de policía se han puesto en acecho y no se moverá una paja sin que la sientan sobre tablas.

—Pues ahora es más fácil que nunca hacer un robo, dijo Parodi, por aquello «del que más mira menos vé.» Mientras ellos se vuelven puros ojos, nosotros nos hacemos sombras y estoy seguro que no nos ven.

—Yo tengo una bolada, dijo Gonzalez, que había creado grandes humos desde su concurso al último robo, pero ha de ser un gran gaúcho el que la logre—es más peluda que un mono.

—Venga la bolada, contestó Parodi, que sin ser yo gaúcho, por más peluda que la pinten, ha de haber navaja con que afeitarla—yo me animo á todo, añadió sonriendo, por más difícil que parezca: para mí no hay nada imposible.

—Es que la cosa es amarga, insistió Gonzalez, y es lástima porque el resultado sería de mi flor—se trata de un millonario y de una caja de fierro que debe tener muchos miles de pesos, así al menos me lo han asegurado.

—Pues si es amarga no hay más que echarle azúcar y se endulzará, dijo Parodi. Vamos á ver la situación de la casa y de la caja, y trataremos de hacer un plan que nos dé buenos resultados.

En esta aventura vamos á suprimir los nombres propios, pues si narramos los robos del jorobado, no queremos levantar ciertos velos con que están cubiertos algunos de ellos, ni dar un mal rato á persona alguna.

La aventura es picante por sí sola, y el nombre de las personas á ella mezcladas no supone nada en su narración, pues se puede contar el milagro sin hacer aparecer el santo.

—Es el caso, dijo el negro Gonzalez, que yo tengo una novia que está de mucama en casa de don Luis F. . . con cuya novia tengo mucha confianza, hasta el punto de haberla dado palabra de casamiento.

Micaela, que así se llama mi novia, me quiere con locura, hasta el punto que haría todo cuanto yo le pidiera sin siquiera preguntarme el por qué, pues tiene en mi gran confianza.

—Ya lo creo! dijo filosóficamente Palma—mediante una palabra de casamiento, no hay cosa que no se obtenga de una mujer—pero una vez cumplida la palabra, no hay cosa que ella no pretenda obtener á su vez.

—Micaela me quiere mucho, dijo seriamente Gonzalez, hasta el punto de que por mí está dispuesta á salirse de lo de don Luis, donde gana un buen sueldo y está como un chiche.

—Basta de confidencias y al grano, dijeron los punguistas, porque hasta ahora no nos has dicho sino que en casa de un tal don Luis, tienes una novia que se llama Micaela.

—Bueno, repuso el moreno, sin disgustarse, la cosa es que don Luis es muy rico y que en su casa está la caja de fierro donde tiene siempre depositada una gran suma de dinero.

—Ahora cambia de aspecto la cosa, interrumpió el jorobado y empiezo á comprender algo. Supongo que Micaela no desdeñaría el prestarnos su importante cooperación en una empresa de esta clase.

—Al contrario, dijo Gonzalez—yo la he tanteado con malicia y le he tomado todos aquellos datos que puedan sernos de alguna utilidad, y estoy dispuesto á tomarle los que Parodi crea conveniente.

—Ante todo, dijo este, es preciso saber donde está situada la casa, después quienes viven en ella, cuales son sus costumbres, y donde está colocada la caja de fierro.

—Todo está andado, repuso Gonzalez—la casa está en la calle de Piedad entre Artes y Suipacha, en ella vive D. Luis, su mujer, un chiquito, mi novia y una cocinera, y la caja de fierro está en el dormitorio de la señora.

—Única cosa mala, dijo el jorobado—la policía ha de reconcentrar su atención en las casas de negocio del centro, donde hemos dado los últimos golpes de mano, sin fijarla en las casas de familia—pero la colocación de la caja me infunde algunos temores.

—Es que en el cuarto de la señora no duerme mas que ella, don Luis tiene su aposento en el segundo patio, y esto dá mayor facilidad al negocio.

—Un diablo! exclamó Parodi—basta una mujer sola para poner en conflicto á toda una manzana, y llevar la alarma hasta la misma policía—precisamente esto agrava la situación.

—Pero hombre, dijo Palma, tú que eres tan audaz y tan valiente para estas cosas, te acobardas ante una mujer, me parece que estás de humor ó quieres hacer la cosa mas difícil de lo que es.

—No hay tal, se apresuró á responder Parodi—yo no soy hombre de matar á nadie, y una mujer solamente muerta dejaria de gritar, mucho mas cuando le tocan á la plata—esto es lo que me acobarda.

—Es una lástima, dijo Gonzalez, pues me ha dicho Micaela que don Luis tiene en la caja mucha plata, y en la casa no hay ni siquiera un perro que ladre cuando entra gente estraña.

—Bueno, dijo el jorobado, despues de meditar un rato: yo mañana te daré un pedazo de cera para que Micaela lo oprima contra la cerradura de la caja y le averigues al mismo tiempo á que hora se acuesta la señora, y sobre todo, á que hora se retira don Luis á su casa, no sea el diablo que nosotros nos metamos adentro antes que él haya entrado.

Al fin se decidió, saltó al negro frotándose las manos—este vá á ser un tiro gefe, y sin peligro alguno.

Los ladrones se separaron, quedando Parodi en verse con Gonzalez al otro dia temprano, y reunirse todos á la noche en la covacha, donde este daría cuenta de lo que habia hecho.

A las 7 1/2 todos estaban reunidos y Gonzalez entregaba á Parodi el pedazo de cera con la cerradura de la caja impresa, dándole los siguientes datos:

—El señor y la señora se acuestan de once á doce de la noche, despues de haber tomado una taza de chocolate en compañía del niño Alejandro, que visita la casa con frecuencia.

Don Alejandro es un mozo como de 25 años, sobrino de D. Luis, á quien la señora quiere mucho y que come allí dos veces por semana á invitación de su tío.

Dice Micaela que ella cree que entre la señora y don Alejandro hay un cariño mas positivo y tierno que el que debe tener una tia casada por un sobrino soltero, pero esto no hace al caso.

—Quién sabe! quién sabe! pensó el jorobado, recordando aquella aventura amorosa que sorprendió al efectuar un robo—tal vez estos amores sirvan de buena conyuntura á nuestra empresa allá lo veremos.

—Quiere decir, preguntó Gonzalez que queda aceptado el golpe? Yo me alegro mucho, porque me ha dicho Micaela que ayer no mas guardó don Luis en la caja un gran rollo de dinero.

Aceptado, concluyó Parodi, pero pongo una condicion, y esta condicion es que han de influir con Micaela para que ella nos abra ó nos deje abierta la puerta de calle para ahorrarnos ese trabajo.

—Micaela hará todo lo que yo le mande, dijo Gonzalez, pues está deseando que nos casemos, y ya le he dicho yo que si salgo bien en esta, lo primero que hacemos es irnos á la iglesia á que nos eche la bendición el *flaire*.

—No hay mas que hablar entonces, dijo Parodi—tu me averigüas bien donde está situado el aposento de la señora y le dices á tu novia que mañana te deje la puerta de la calle solamente apretada para poder entrar.

—A las nueve de la noche nos vemos aquí mañana para hacer tiempo hasta las doce hora en que iremos á probar fortuna allí, aunque ya he dicho que no me gusta meterme con mujeres.

Mientras Gonzalez seducia á su ya seducida Dulcinea, Parodi daba sus últimas limadas á la llave de la caja de fierro, cuyo sistema habia conocido por el molde de la cerradura.

Cuando se juntaron en la covacha, ya todo estaba preparado—Micaela se habia comprometido á dejar á penas apretada la puerta de calle y habia mostrado á Gonzalez el aposento de la señora, que era la tercer pieza del primer patio.

A las doce de la noche, Parodi y Gonzalez se pusieron en marcha hácia la calle Piedad, mientras el resto de la gavilla quedaba en el covachon esperando el resultado.

—No conviene que váyamos mas de dos, habia dicho el jorobado, porque podriamos despertar sospechas y no hay nada pesado que traer; lo llevo á Gonzalez porque él conoce la casa, no porque lo necesite.

Mientras los dos rateros enfilaban la plaza del Retiro, los demás compañeros quedaban en la covacha emitiendo diversas opiniones sobre los buenos ó malos resultados de aquel robo, tan fácil al parecer.

—Cuando el jorobado acepta la cosa y no lleva mas compañero que Gonzalez, dijo Palma, es porque está perfectamente seguro del resultado favorable de la empresa y del ningun peligro que corre.

De otro modo, ya nos hubiera llevado á todos para apostarnos en distintas direcciones y tener segura la fuga por este medio.

El jorobado es muy ladino, concluyó, y nunca vá sinó á tiro seguro.

Pero parece que Parodi no habia de ser esa noche tan feliz como lo fuera en los robos anteriores. Debia tropezar con algun inconveniente que le hiciera perder el viaje y la noche.

Apenas pasaron la esquina de Suipacha, á tres ó cuatro varas de distancia uno del otro, notaron un bulto que estaba parado delante de la ventana, tan distraido que no los sintió llegar.

—Aventura amorosa tenemos, murmuró Parodi—este tonto me vá á pagar el tiempo que me hacen perder lo mismo que aquel otro célebre amante—yo les he de enseñar á tener amores en las casas que están bajo mi amparo.

Y los dos punguistas pasaron por delante de la ventana, detrás de cuya cortina se veia una figura de mujer, completamente dados á los diablos, sobre todo el jorobado que esclamaba:

—Para esto sirven los amores, para hacerle perder á uno el tiempo y la paciencia—cuanto daria porque á este imbécil le sucediera alguna desgracia que lo hiciera alejarse de aquí!

Y ambos se retiraron en la esquina de Cerito, esperando que el amoroso galan se despidiera y se largara de allí con viento fresco, para empezar ellos su provechosa operacion.

—Es Alejandro, el sobrino de don Luis, dijo Gonzalez—lo conozco porque ayer me lo mostró Micaela—Creo que la del lado de adentro no puede ser otra que la patrona—;Con razon me decia mi novia que aquí habia fango!

—Eso no nos importa, aunque de buena gana le daria un susto, dijo Parodi, lo que nos interesa es que se mande mudar pronto y despeje el campo, porque si tarda mucho no podremos hacer nada. Yo no sé si tardaré poco ó mucho en abrir la caja, y para ello necesito tiempo.

—Ahora no más se vá, dijo Gonzalez, él á su vez ha de tener miedo que lo pillen y no ha de prolongar mucho su visita y pelada de pava—valiente imbécil, siquiera le viniese un accidente!

Pero parece que el tal don Alejandro no pensaba moverse de allí en toda la noche—hablaba con un interés creciente y tenia entre las suyas, llenándola de caricias, la blanca y artística mano de su tia.

—Este es el primer encuentro y cita, dijo el jorobado—se conoce en lo almibarado de la conversacion y en lo mucho que acaricia la mano que le han prestado—este imbécil, si no lo despiden, va á permanecer aquí hasta que amanezca.

Y así sucedió en efecto, en vano Parodi y Gonzalez permanecieron allí toda la noche, dando vueltas y revueltas, el tal Alejandro no se separó de la ventana hasta que los primeros resplandores del alba empezaron á despejar el cielo.

Recien entonces se vió al jóven introducir por entre las rejas de la ventana su cara jovial, se sintió el rumor de un beso temeroso, y Alejandro se separó de la ventana cantando á media voz una amorosa endecha.

—Así te zumbe un garrote por las costillas, animal, murmuró Parodi cuando el jóven pasó por su lado, ya te daré yo amores que estorben mis negocios!—canta, canta que despues has de maldecir.

Y con un humor de todos los diablos, siguió en compañía de Gonzalez por la calle de la Piedad hasta San Martin y por esta hasta la covacha, donde esperaban los compañeros sin imaginarse el chasco que habian llevado.

—Quiere decir—agregó Gonzalez, que hemos gastado la noche en tenerle la caña á un tonto!

—No hay cuidado! replicó Parodi—ya me lo pagarán con réditos!

Ninguno de ellos se esperaba el resultado obtenido por Parodi, pues todos creian verlo llegar cargado de billetes de banco, estaban habituados á verle realizar todos los planes.

Cuando el jorobado narró la graciosísima aventura que le habia impedido llevar á cabo el golpe, los compañeros prorumpieron en sendas carcajadas y pullas sangrientas á D. Luis.

—Mientras uno le roba la mujer, dijo Palma, otro le saca la plata—y cáese uno!

—Esa es la vida, replicó Parodi—pero yo aseguro á fé de quien soy, que si fuera don Luis me felicitaria mucho del robo primero, sintiendo sobre manera el segundo.

Despues de mil dicharachos de todo género y calibre, los ladrones se separaron dándose cita para aquella noche á las nueve—todos estaban fatigadísimos y necesitaban reposar durante el dia para estar bien dispuestos á la noche.

El negrito Gonzalez quedó en prevenir á su novia que aquella noche tambien debia dejar abierta la puerta, conviniéndose en dar un buen susto al tal Alejandro si persistia en incomodarles.

Como habian convenido, á la noche se encontraron reunidos en el covachon donde permanecieron hasta las once, hora en que el jorobado y Gonzalez se fueron á realizar la aventura, llegando á la casa como á las doce.

El jorobado debía entrar á la casa, mientras Gonzalez quedaba en la puerta ó paseando por la vereda, para dar un buen jabon al amante, si venia con sus arrullos á entorpecerles la retirada.

El jorobado penetró al zaguan, donde permaneció largo rato haciendo tiempo para que los habitantes estuvieran bien entregados al reposo, sobre todo la patrona al lado de cuya cama tenia que practicar tan difícil operacion.

Como una precaucion que no podia dar sinó excelentes resultados, Parodi habia llevado una botellita de cloroformo y un puñado de hilas, con la cristiana intencion de aplicarlos á las narices de la señora, en caso que su sueño no fuera muy profundo y pudiera despertar con facilidad.

Estaba seguro de que la caja se abriria con la llave que llevaba, así es que el tiempo que tardaria en realizar el robo, debía ser corto.

La casa estaba sumida en un profundo silencio. Todos dormían como unos bienaventurados, lo que le hacia sospechar que don Alejandro no vendria aquella noche.

En el dormitorio de la señora habia luz, cosa que no le llamó la atencion, pues sabia que la mayor parte de las señoras usan lamparilla de dormir, así es que no puso en ello atencion, aunque al pasar por el patio, le pareció sentir rumor de voces.

Parodi recorrió por los patios la casa hasta el fondo, sin apercibir el menor ruido, lo que le confirmo en su creencia de que allí todos estaban entregados al reposo.

En seguida se vino á la pieza contigua al aposento de la señora, cuya puerta debía haber dejado también abierta la novia de Gonzalez, y por allí se metió mas sigilosamente que un gato.

Parodi entró al aposento no sin haber producido un ligero ruido con la puerta, que chilló algo al abrirla. En ese momento el sereno pasaba cantando la una de la madrugada.

Al entrar en el aposento Parodi sintió un ruido como de un cuerpo que caia al suelo y quedó vacilante en la puerta—poco despues, como el ruido no volviera á repetirse, se coló al aposento lo mas cautelosamente que le fué posible.

Aquel aposento estaba ricamente amueblado—al lado de la cama donde reposaba la señora, al parecer dulcemente, estaba la caja de fierro invitando á las garritas.

—Esta mujer duerme tranquilamente, pensó Parodi ¿cuál puede ser el ruido que he sentido? no te descuides Parodi que me parece que aquí hay gato encerrado.

Parodi se acercó á la cama y miró atentamente á la señora—su respiracion no le pareció muy natural, llamándole la atencion la intensa palidez que cubria su rostro.

—Hay que estar muy alerta, pensó Parodi—ó este sueño es fingido por alguna causa que no me esplico, ó se hace la dormida por el terror que le causa mi presencia aquí—de todos modo, estamos prevenidos,

Y sacó su llave maestra y su frasco de cloroformo, dispuesto á todo evento.

Despues de haberse echado al bolsillo varias alhajas que habia sobre una cómoda, sin dudar las que se sacó la señora para acostarse, se dirijió á la caja llave en mano, sin perder de vista á la dormida señora, por lo que pudiera suceder.

Parodi introdujo la llave y la hizo girar rápidamente—la puerta no hizo la menor resistencia y cedió como obedeciendo á su propia llave.

El jorobado introdujo la mirada en el interior de la caja, con una ávidez suprema, parecia que con la mirada quisiera sacar el dinero que hubiera.

Pero aquella mirada ávida en vez de brillar como en iguales situaciones, se apagó de pronto y el rátero quedó estático como si le hubieran dicho que la policia estaba á su espalda.

En la caja de fierro solo habia un billete de quinientos pesos, y otros cuantos de á peso y cinco, que entre todos no alcanzarian á sumar seiscientos humildes pesos.

Ya barbotaba una maldicion arrancada por el despecho, cuando sintió un cogotazo que le hizo meter la cabeza adentro de la caja, estropeándose las narices en la tabla divisoria.

—Jesús me valga, murmuró entre un quejido y un reniego, y dió vuelta la cara descompuesta por el terror, para ver quien le saludaba de aquella manera.

Un segundo cogotazo mas fuerte que el primero lo hizo caer contra la cama de la señora, que sofocó entre las cobijas un grito de espanto.

Parodi se rascó la cabeza y miró espantado hácia atrás, encontrándose con Alejandro que, á medio vestir, se preparaba á seguir menudeando sus cogotazos.

—Y yo que me metí bajo la cama creyendo que era don Luis, exclamó, toma ladronazo, toma, siguió sacudiéndole de lo fino—yo te enseñaré á robar cajas.

—Hola, hola, exclamó el jorobado, quejándose amargamente, si usted me pega mas grito, y nos pescarán á los dos, pues tan ladron soy yo como usted.

—Ah! bergante, dijo Alejandro, y todavia amenazas, pues sás, trás, y le sacudió dos trompis tan católicos que le hizo saltar la chocolata por ojos, narices y boca.

El jorobado no tuvo tiempo ni siquiera de rascarse los dos últimos cogotazos; y salió en retirada bajo una lluvia tal de patadas y sopapos que creyó perder la cabeza.

El tal don Alejandro habia tenido unos pu-

fos de acero y procedía como dueño de casa, mientras la señora sacaba la cabeza de entre las cobijas para decir á su amante:

—Despacio, por Dios, Alejandro, despacio que puede sentir Luis, pero Alejandro siguió acomodando sendos trompis al jorobado, hasta la misma puerta de calle donde le dió un empujón mayúsculo.

El jorobado fué á caer en los brazos del negrito Gonzalez, que habia acudido al ruido que hizo la puerta al abrirse, mezclado con el que producian los últimos trompis de Alejandro sobre la ya desmantelada joroba.

Era tal la tunda que habia recibido Parodi que se desplomó en los brazos del negro como un cuerpo muerto, sin poder pronunciar una palabra ni hacer el menor movimiento.

—A los diablos! pensó el negro cargando con Parodi y echando calle adelante para esquivar ser hallado por el sereno—cara ha costado la cosa—francamente no lo creí á don Luis capaz de una avería tan grande.

Si lo habrá muerto! seguía pensando, y yo andaré aquí con un cadáver al hombro! vamos á tantearlo, concluyó, porque si lo han muerto lo largo, no sea el diablo que vayan á creer que yo lo hice cantar.

Y soltó su carga sobre la vereda, haciendo en ella un reconocimiento prolijo, pero no halló ninguna herida y fractura capaz de haber producido la muerte.

El cuerpo del jorobado estaba caliente y se estremecía cuando el negro reconocía con su mano callosa y pesada, alguna parte donde los golpes habian sido mas récios.

La cara de Parodi presentaba un aspecto formidable—estaba llena de horribles moretones y cubierta por la sangre que le salía de las narices, sangre que se le habia coagulado dándole un aspecto infernal.

Los dos chorros de sangre que salían de sus narices, se habian quedado colgando de ellas, coagulados, como dos largas morcillas que hubieran puesto allí á propósito.

Sobre su cabeza se levantaba una especie de cordillera, con su Chimborazo y sus grandes picos, que marcaban la serie de golpes con que el puño de don Alejandro le habia recorrido el cráneo.

Cuando las manos del negrito tantearon aquellos promontorios, Parodi se estremeció de una manera poderosa, y dejó oír un quejido lastimero y prolongado.

—Vamos, vamos, dijo Gonzalez—lo que es esta vez no muere joroba—y se puso á reír ante el aspecto desmantelado de su compañero, no viendo en lo sucedido mas que un manteado con mano un poco pesada.

—Qué es eso, hermano? le gritó al oído parece que esta vez la cosa ha salido mal, eh?

Pero el jorobado apenas tuvo fuerza y áni-

mo para entreabrir los ojos y contestar con un quejido tan débil que parecia un suspiro.

En esto apareció el sereno dirigiendo la luz de su linterna hácia aquel rarísimo grupo.

—Mal negocio, pensó Gonzalez—si á este borrico se le ocurre enderezarnos á la tipa estamos amolados.

—¿Qué es eso? preguntó el guardian nocturno, que ha sucedido por aquí? le han asesinado amigo?

Los serenos de aquellos tiempos, como saben nuestros lectores, no tenian el ingenio muy despierto, y eran capaces de tomar una ventana por un cadáver.

—No amigo, dijo Gonzalez, lo que hay es que hemos andado de parranda con mi compañero, que no tiene la cabeza muy fuerte, se ha divertido y se ha pegado un golpe macuco.

Con la mona y algunos chichones que se ha hecho, ha quedado un poco pesado, pero con mi ayuda que, gracias á Dios estoy fresco, hemos de llegar bien hasta casa.

—Ea, que no sea cosa, replicó el sereno, y echó calle adelante, si acaso cuando yo de vuelta la manzana le echaré una manito hasta la otra parada, y así podrá marchar mas cómodo.

—No hay cuidado y gracias, contestó Gonzalez, estamos cerca de casa y ahora no más llegamos.

Si supiera quienes somos, pensó para sí, no nos habria de hacer tanto cumplimiento—á volar que hay chinchas!

Y ayudó á levantarse á Parodi á quien se el habia aclarado algo el sentido y empezaba á comprender la situacion difícil en que se hallaban colocados, por las sospechas que podian infundir á los serenos.

Dos hombres á aquellas horas en la calle, uno de ellos ensangrentado y sin poder caminar por sus piés, era como para despertar las sospechas del menos malicioso.

—Vamos á la cueva, murmuró débilmente, que yo haré lo posible para caminar, dijo á Gonzalez, es preciso evitar que nos encuentren los serenos y nos lleven á la tipa, donde se nos puede acumular todo lo atrasado.

—No hay cuidado, contestó este y le contó lo que acababa de sucederle con el sereno, que le habia ofrecido su compañía hasta la próxima parada.

Escolta de serenos no quiero yo ni en la hora de la muerte, contestó Parodi, y enfiló la calle algo mas aliviado de sus dolencias, como si temiera que se le pudieran echar encima los serenos.

—¿Pero qué diablos ha sucedido? preguntó Gonzalez con curiosidad, ¿quién te ha puesto en semejante estado?

—El diablo que me lleve! repuso el jorobado



por imbécil, porque ya debía haberme yo sospechado lo que allí iba á pasarme.

Una mujer no fia su dinero á ninguna caja, aunque sea de fierro, y un marido no lo pone á tiro de su mujer, ni aún guardado en caja de fierro.

Aquella caja no debía pues contener ni un centavo, salvo el caso de que su dueño la hubiera puesto allí en el dormitorio de su consorte, para que á la primera tentativa de robo la mujer alborotara toda la vecindad, y lo hiciera imposible.

Podia muy bien suceder que el marido hubiese colocado allí la caja para que algun ladrón piadoso le hiciera el servicio de dejarlo viudo, servicio que por cierto no lo hubiera hecho yo.

En el penúltimo de estos casos, yo llevaba cloroformo para hacer dormir á la mujer, y en el último, conociendo el tiro no le hubiera dado el gusto, pero todo me salió al revés.

—¿Pero qué diablos ha sucedido?

—Cuando lleguemos allá contaré todo—ahora vamos de prisa. Y siguieron marchando tan rápidamente como les era posible:

Así que llegaron á la covacha, el jorobado contó á sus compañeros lo que le habia sucedido; reclamando que sobre tablas le dieran una untura de sebo en sus asendereados matambres.

—No crean, dijo, que me han sacudido así no mas, á humo de paja, algo he mordido yo antes de la tunda, y por Dios que es plata bien ganada, pues aquel canalla sacudia como en alfombras sucias!

—Y qué piensas hacer ahora? preguntó Palma, porque lo que es tú, me parece que no te quedas sin revancha—ya estoy sintiendo lástima por ese pobrete de don Alejandro.

—Ese hijo de fraile me las pagará, contestó Parodi, sonriendo como un indio ante un asado de potro—por cada golpe que él me ha dado yo le haré sacudir cincuenta, amen de unos cuantos dias que pasará entre rejas.

Entre tanto Parodi sacaba de sus profundos bolsillos las alhajas que robó de sobre la cómoda, sin duda mientras Alejandro preparaba los puñetazos con que mas tarde lo bautizó.

Era ya muy entrado el dia cuando los pun-guistas se separaron, quedando en la covacha el jorobado, mal ferido de puntas de garrote, y el negrito Gonzalez como enfermero y médico.

Aquello no lo tomaba de nuevo; en su campaña con Oribe habia sido soldado de la enfermeria y sabia como se curaba una paliza, pues muchas veces habia tenido que atenderla en su propio cuero.

En un segundo fabricó un unguento que mas bien podia llamarse un adobo; pues á la par de la árnica, figuraban en él y por partes

iguales, ajos, vinagre, orégano y grasa de potro.

Mediane un par de fletaciones de este adobo, Parodi quedó muy aliviado y dispuesto á entrar al horno, pues parecia un gran lechón adobado.

Cuando los ladrones volvieron á juntarse, Parodi estaba completamente y sano dispuesto á entrar en campaña.

El deseo que tenia de vengarse de su apaleador, amortiguaba en algo el agudo dolor que aún sentia en los grandes chichones de su cabeza.

—Esta noche que estoy mas aliviado, les dije, concluiré de madurar mi plan y mañana lo llevaré á cabo, con gran sentimiento de los huesos de aquel truan, que juro han de quedar reducidos á pulenta.

Véamos ahora lo que pasó en casa de D. Luis:

Cuando Alejandro echó á la calle al jorobado, regresó al aposento de la esposa de don Luis, que estaba dominada por un terror verdadero ó fingido.

—Huye por Dios, que me pierdes—han metido mucha bulla y es fácil que Luis se haya despertado y venga á informarse de lo que sucede. No te demores un momento mas, y ven pasade mañana despues de media noche que yo te espero.

Alejandro recogió precipitadamente las piezas de su ropa, y se apretó el bonete, comprendiendo que las reflexiones que le hacia su amante erau justísimas.

Y ya era tiempo, porque don Luis habia sentido la bulla y se vestia precipitadamente para imponerse de lo que sucedia.

A penas cerraba Alejandro la puerta de la calle, don Luis abria la de su aposento y con una pistola en la mano se dirigia á paso gímástico al aposento de su consorte.

Esta estaba en el suelo, tendida á un costado de la caja de fierro, y desmayada con tal arte que el mismo Alejandro si la hubiese visto no se hubiera sospechado que aquel desmayo era fingido.

—Rita, Rita de mi alma! exclamó el buen marido soltando la pistola y corriendo en socorro de su esposa, ¿qué tienes? te han muerto alma mia?

Y con mil caricias trataba de levantar en peso á su consorte para colocarla sobre la cama.

Pero vano empeño! Rita pesaba todo lo que es capaz de pesar una buena moza que se hace la desmayada para sacarle el cuerpo á la lluvia de preguntas que puedan sobrevenir.

Viendo don Luis que todos sus esfuerzos eran infructuosos, se salió al patio y se puso á dar cada alarido que se oía de dos cuadras á la redonda.

En el acto acudieron todas los sirvientes, haciendo de ellos cabeza la novia de Gonzalez, quienes entron como un aluvion al aposento de la patrona.

Esa continuaba desmayada, á pesar de tres ó cuatro copas de agua que echaron en su rostro verdaderamente divino.

El desmayo de Rita duró mas de media hora, con gran desesperacion del cariñoso don Luis que se arrancaba los cabellos de pura desesperacion.

Cuando este la vió entreabrir los ojos, volvió á preguntarle precipitadamente que era lo que habia sucedido allí y por qué estaba en aquel estado.

Rita tendió los brazos hácia don Luis y como quien sale de un letargo, preguntó con acento apagado:

—No te han muerto, Luis mio? por ahí deben estar todavia: llama á los serenos porque yo tengo miedo, mucho miedo.

Y se cubrió el rostro con las manos como para ocultar su espanto, pero en realidad tal vez para ocultar la sonrisa que le retozaba en el cuerpo.

—Pero qué ha pasado vida mia? qué ha sucedido aquí? volvió á preguntar.

—Yo estaba durmiendo, cuando desperté á causa del ruido que metian en la caja de fierro. Miré allí creyendo que eras tú y me encontré con tres foragidos que estaban falseando la caja.

Di un grito y me quise lanzar de la cama, pero un negro atlético se me vino encima con un cuchillo y me quiso degollar; entonces se me anudó la voz en la garganta, no pude gritar y me caí desmayada—no sé lo que habrá sucedido.

Pero que registren la casa por Dios, porque los bandidos deben estar adentro, continuó—no pueden haberse ido muy lejos.

Don Luis volvió á recoger la pistola que habia arrojado al entrar, y se dispuso todo tembloroso á ir á registrar las piezas del primer patio, mientras mandó á los sirvientes que fueran á llamar los serenos.

Rita, apenas quedó sola, se puso á reir alegremente, felicitándose de haber salido tan bien parada á tan poca costa.

Don Luis por un lado y unos veinte serenos que acudieron al llamado de los sirvientes por otro, registraron minuciosamente la casa sin hallar un solo raton.

Solo encontraron un gemelo de camisa perteneciente á Alejandro, que atribuyeron á los ladrones y que uno de los serenos se permitió echarse al bolsillo.

Concluido el registro inútil, los serenos se retiraron á pesar de las protestas de Rita que aseguraba que algun ladron debía estar es-

condido debajo de alguna silla ó de algun banquito de piés.

D. Luis se dedicó á calmar el terror y agitacion de su consorte, hasta el dia, en que se vistió y salió á dar cuenta á la comisaria del robo que habia tenido lugar en su casa la noche anterior.

La comisaria hizo sus indagaciones, pero como el robo era pequeño, poco se ocuparon de él.

Rita pidió á don Luis que inmediatamente sacara la caja de su aposento, pues si aquella vez habia salido milagrosamente, á la segunda podrian degollarla.

Véamos el famoso plan de venganza que contra don Alejandro habia armado Parodi.

—Es indudable decia Parodi á sus compañeros, que aquel condenado es un amante feliz, dada la situacion maldecida en que me hallé al entrar á aquel aposento—Es lógico entonces saponer que el amante vuelva á imponerse de lo que ha sucedido despues de su partida, y arreglar las nuevas entrevistas amorosas que han de efectuar.

Una vez que Alejandro haya entrado, yo aseguraré la puerta por el lado de afuera, y aseguro á ustedes por mi nombre, que la exena de Perez se ha de repetir, pero con incidentes que nos han de hacer descalabrar de risa.

—No te descuides ni te dejes engeguecer por el deseo de vengarte, le observó Palma—es probable que con lo sucedido, don Luis dverma cerca de su mujer y esta no haga entrar á su amante.

—Entonces no habrá nada perdido, agregó Parodi, porque yo no voy á comprometer mi seguridad para nada.—Mi plan se reduce á rondar la casa, simplemente, y una vez que el pájaro esté dentro, entonces aseguro la puerta y ya verán ustedes como pongo el barrio en alboroto.

Es posible, añadia como saboreando ya su venganza, que don Luis haya pretendido dormir cerca de su mujer, pero ya se habrá encargado esta de hacerlo desistir de su empeño.

Cuando una mujer tiene un amante, ella se maneja de tal modo, que es capaz de hacerlo entrar pasando por sobre la misma cama de su marido, sin que se lo sospeche—táctica que la lleva á cometer tales resbalones, que apesar de la inocencia de estos maridos, llegan á descubrirlas y hacerlas pagar todas juntas—esto, por supuesto, cuando el marido tiene á bien hacerse el que no vé y dejar marchar las cosas al paladar de su esposa.

Mucho rieron los ladrones del modo de raciocinar de Parodi y la plena seguridad que tenia en que don Alejandro caeria como cualquier chingolo en la trampa que le habia preparado.

Parodi, sintiéndose completamente repuesto, gracias á las *flataciones* de Gonzalez, se levantó y dijo que se iba á su casa á arreglar el gancho con que habia de asegurar la puerta, para no perder la primera ocasion de vengarse.

—En cuanto al golpe que he errado, dijo al salir, yo lo repondré de una manera harto sonora.

En cuanto concluya mi venganza hemos de hacer un tiro frente á la Policia si es posible, y de doce á cuatro de la tarde.

—Y lo hará como lo dice, aseguró Gonzalez, porque este hombre, apesar de lo que aparenta, es mas guapo que las armas y mas astuto que un zorro.

—Lo que es el tal Alejandro, agregó Palma, no quisiera yo hallarme en su pellejo, porque este diablo vá á hacer con él una herejía atroz.

Serian las diez de la noche, cuando el jorobado llegó á la covacha, munido de todo lo necesario para llevar á cabo su venganza.

El cenáculo no se hallaba en número, porque los dos portugueses se habian retirado, bajo el pretexto de una conquista amorosa, y Portete y Montovia se habian ido á espiar una relojeria de un tal Berg, situada frente á la Universidad y á quien andaban *tendiendo la cama* para apoderarse de todos los relojes y algunas alhajas que se veian brillar en la vidriera.

Estaban, pues, solamente, Gramarra, Palma y el negro Gonzalez, esperando la vuelta de Parodi para disuadirlo de su empeño y demostrarle que su tiempo é imaginacion podia ocuparlos en cosas mas provechosas, por ejemplo, en dar golpe á la lujosa relojeria de Berg.

—Por qué no dejas eso á un lado? le dijo Palma—con hacer prender á aquel tonto no vamos á remediar nada de lo sucedido, y si perder inútilmente nuestro tiempo, pues es probable que ni hoy ni mañana, ni en mucho tiempo vaya aquel á casa de su amante, suponiendo que á causa del robo don Luis esté alerta.

—Al contrario, replicó Parodi, irá, é irá esta noche misma, pues no hay nada mas audaz y poco precavido que un amante joven cuando por único rival solo tiene á un marido inocente y enamorado de su mujer.

En cuanto á mi venganza, terminó, no la abandono por ninguna consideracion del mundo —yo he aguantado los puñetazos de aquel canalla, yo se lo que me han dolido y sé tambien que el único remedio que me curaria por completo, seria verlo en la misma situacion desventurada en que él me colocó la otra noche.

Cuando pase por mi lado lleno de cardenales, y pueda yo hacerle una mueca haciéndole

le comprender que soy el autor de su desventura, creo que me voy á desmayar de puro gusto!

Es preciso que cada moquete me lo pague recibiendo un buen garrotazo.

—Mira que los muchachos andan detrás de una buena bolada que tu venganza puede desbaratar por completo á causa del tiempo que se pierde; se trata de la lujosa relojeria de Berg, de cuya cerradura el compadre Montovia tiene el molde y la filiacion.

—No importa, insistió Parodi—esa la robaremos á las doce del dia y sin que nadie nos moleste yo no abandono por nada mi venganza. Sobre todo, para ella yo no pido el contingente de ustedes, porque me bastará solamente la ayuda de Gonzalez, si quiere, y la de este compañero que me acabo de fabricar—y mostró un ganchito doble, especie de barreta de fierro, cuyas puntas dobladas debian de colgar en dos argollitas que se tornillaban en cada hoja de la puerta, del lado de afuera, impidiendo que esta pudiera ser abierta por dentro.

—Con mil gustos te acompaño yo, dijo Gonzalez, siempre que me dés la leccion como la vez pasada—yo no sirvo para inventar las cosas, pero como soldado viejo, cuando me dan una consigna la cumpla al pié de la letra, y estoy seguro que no he de salir tan mal.

—Si es necesario te acompaño yo tambien, añadió Palma; que no se diga que te dejo enredado en un mal negocio—dime no más lo que hay que hacer.

—A la verdad, repuso Parodi, yo no te necesito, pero si quieres ir como si pasaras en aquel momento y cuando saquen á don Alejandro santiguarlo de un buen puñetazo, confieso que me darás un buen rato, porque tú tienes unos puños que dan envidia.

—Estoy dispuesto, dijo Palma, le encajaré un buen puñetazo en tu nombre, que vengará, te lo aseguro, todos los que él te ha sacudido.

El jorobado sonrió, reflejando en aquella sonrisa, todo el placer íntimo que le causaba la promesa de Palma, y se dispusieron á salir.

—Lo que es yo, dijo Gramarra, veo que no hago falta, me quedo, pues aquí á cuidar la cueva y tomar la copa mientras ustedes vienen que espero hemos de tener que reir cuando narren lo ocurrido.

Los tres ladrones salieron á tomar su colocacion por los alrededores de la casa de don Luis, para esperar la llegada del pájaro.

Tenian que rodear la manzana, sin hacerse sospechosos del sereno ni del mismo don Alejandro en caso que como se esperaba, viniera.

El jorobado, con su gancho listo, se colocó en la esquina misma de la casa de don Luis, mientras el negrito y Palma hacian la ronda

para estar listos à la primer señal, que debia ser un repiqueteo en el llamador de la puerta de calle.

El sereno, que por el robo sucedido ya tenia orden de vigilar la casa, notó la presencia del jorobado y se le acercó à interrogarlo.

—Dios lo guarde amigo, ¿qué hace aquí? le preguntó con sumo comedimiento y filiando al tipo, que le pareció un infeliz.

—Aquí me tiene amigo, respondió el jorobado, adoptando el aire mas inofensivo de su repertorio; por mas extraño que à usted le parezca, estoy espiando un ladron, y si usted quiere ayudarme, me parece imposible que pueda escapar.

—¿Y cómo diablos espera usted aquí ladrones? ¿Está al servicio de la Policía?

—Yo le diré, amigo, usted sabrá ya que se ha cometido un robo en casa de don Luis, que es un protector que me sacó de la miseria y à quien yo estoy sumamente reconocido.

Yo creo que conozco al ladron, y como tengo mis corazonadas, se me ha puesto que vá à volver esta noche y para pagar en algo todos los servicios que de ese hombre he recibido, me he colocado aquí para asegurar la puerta así que entre y dar parte à usted para que lo tome y lo conduzca al departamento.

Y el jorobado mostró al sereno el ganchito, diciéndole que con él pensaba asegurar las hojas de la puerta para impedir que el ladron las abriera interiormente y pudiera escapar como la vez anterior, à la accion de la auto ridad.

El sereno abrió desmesuradamente los ojos y miró al jorobado como una especie de sol. Su malicia lo habia deslumbrado.

—Es el caso, dijo ya como si tratara con un superior, e. el caso que el ladron no ha de volver temiendo que yo vigile la casa.

—No crea, agregó Parodi, ese debe ser ladron cebado, tal vez perteneciente à esa gavilla que ha cometido tanto robo impunemente, y volverá fiado en la falta de vigilancia que supone en ustedes.

Yo me voy à quedar por aquí haciéndome sombra, y usted sigue dando vuelta la manzana, como si nada hubiera sucedido.

Lo que él vea que usted no se fija en la cosa, entrará, porque tal vez esté en combinacion con alguno de adentro—y entónces yo con mi ganchito cierro la puerta y le doy parte à usted mientras por medio del llamador aviso à los de adentro para que no pueda saltar por los fondos, cosa que ha intentar así que vea que no puede abrir la puerta.

El sereno estaba cada vez mas admirado de la prevision de aquel bultito por el que no hubiera dado cuatro reales.

—Queda convenido, dijo, yo me voy à dar vuelta la manzana, como si tal cosa, y así que

caiga el pájaro usted me dá aviso—caramba! si hacemos esta pesca vamos à quedar perfectamente bien porque la policia se desespera con tanto robo como sucede, sin que hasta ahora se haya podido prender un solo ratero.

—Bueno, concluyó Parodi, aunque usted va venir al ladron, no se dé por entendido, por que puede disparar y como no hay pruebas, no podria hacérsele nada; hágase el que no lo vé para inspirarle confianza y que entre à la casa; yo me quedo aquí convertido en un regimiento de ojos que ven aún entre las tinieblas.

El sereno se alejó à recorrer la manzana y el jorobado se hizo sombra contra la pared, esperando que don Alejandro asomara.

Mas de hora y media transcurrió sin que apareciera ni un solo viandante por aquellas in mediaciones.

Serian las dos de la mañana, mas ó menos cuando se presentó un bulto en la esquina opuesta à la que espiaba el jorobado, que miró rápidamente à todas direcciones como si temiera que alguien pudiera observar su llegada.

Viendo que el sereno no estaba en su puesto y que por allí no aparecia persona alguna, el bulto se dirijió rápidamente hácia las ventanas de don Luis, cuyas puertas rascó suavemente con las uñas, como si hiciera una señal convenida de antemano.

La señora debja estar esperando à aquel bulto que debia ser don Alejandro, así es que la ventana se abrió inmediatamente y una persona que estaba dentro se puso à hablar con el recién llegado.

El corazon de Parodi latió precipitadamente. Aquí está mi hombre, pensó, y se corrió à la esquina opuesta, para impedir que el sereno regresara à su parada, haciendo huir à don Alejandro, pues otro no podia ser aquel bulto.

Previno al sereno que no se moviera de allí porque el pájaro rondaba la trampa, y regresó precipitadamente à su puesto de observacion.

En aquel momento el hombre metia una mano por la reja de la ventana, recibiendo un objeto que le daba la persona que estaba del lado de adentro, y se retiraba mirando en todas direcciones.

—Debe ser la llave de la puerta y vá à entrar, pensó el jorobado, acariciando el gancho que debia encerrar à D. Alejandro, inocente de la trama infernal que se fraguaba contra él.

Palma y Gonzalez habian visto como el jorobado al bulto que llegó à la ventana, pero no se movieron de su puesto para no ahuyentarlo y hacer malograr el golpe.

El bulto viendo que nadie aparecia enfiló à la puerta, introdujo la llave en la cerradura y desapareció por el zaguán cerrando tras si.

Inmediatamente el jorobado se desprendió de su acchadero y en dos saltos estuvo delante de la puerta de D. Luis.

En el acto se puso á tornillar las dos argollas, y cuando estas estuvieron listas, introdujo el gancho-barrita que debía impedir abrirla.

¡Qué espresion tan diabólica iluminó aquella cara de condenado, cuando una vez colocada la barrita se prendió del llamador y empezó á tocar arrebatol!

Con qué fuerza descomunal redoblaba los golpes, amenizándolos con sendos puntapiés y alaridos verdaderamente salvajes!

—Ahora me dirás que tal gusto tienen las trompadas y garrotazos que yo hago pegar! chillaba mientras se le dormia á la puerta como quien repica en campanas —ya verás maldito lo que te va á suceder.

El jorobado redoblaba sus repiques de un modo espantoso, cuando aparecieron de un lado el sereno y del otro Palma y Gonzalez preguntando que sucedia y si podian ser útiles en algo.

—Ya lo creo que sí, chilló el jorobado con todas sus fuerzas, como que aquí están los ladrones de mi protector don Luis, que han entrado á efectuar un nuevo robo como el que llevaron á cabo la otra noche.

El sereno se puso á tocar el pito precipitadamente, pidiendo auxilio, y empezó á reunirse allí un gran número de personas.

Entre tanto en el interior de la casa se sentia un escándalo tremendo.

Se oian grandes alaridos de mujer que imploraban piedad y pedian á D. Luis que no se pusiera en situacion de que lo mataran y grandes juramentos lanzados por este sin duda, pues decia:

—Deja, deja, que lo mate Rita mia á este gran miserable, que para no ser descubierto ha podido muy bien matarte á tí —*hacete á un lado que le voy á hacer fuego!*

Un hombre sacudia la puerta de la calle maldiciendo del cielo y del infierno y amenazando de muerte á los que la sostenian del lado de la calle.

—Todavía no, señor ladron, dijo el jorobado, cuando haya mas serenos para sacudirle á vd. los lomos como se merece.

Y la algazara crecia y la gente seguia agrupándose en frente á la puerta, ávida de presenciar la prision de los cacos.

Por fin el jorobado, cuando vió que siete serenos se hallaban lanza en ristre delante de la puerta, sacó la barrita y se hizo á un lado, escabulléndose entre la muchedumbre para que D. Alejandro no fuera á reconocerlo y decir alguna cosa que pudiera comprometerle.

Quitado el gancho se abrió la puerta y apareció en ella D. Alejandro, pálido como un

cáda-ver, que miró aquella oleada de gente buscando un claro por donde poder huir.

Pero allí estaban las chuzas de los serenos, quienes le intimaron se diese á preso, pues sino lo *trincarian* como un *marrano*.

En el fondo del zaguan se veia una excena traji-cómica.

Don Luis con una pistola en la mano, estaba sugeto por Rita que le impedia hacer fuego, á pretexto de que podian matarlo.

El fondo de este cuadro ridiculo lo formaba un aluvion de sirvientes de ambos sexos, que gritaban en todos los tonos y diapasones.

Don Alejandro intentó forzar la línea de los serenos, pero á penas dió un paso en ese sentido fué *trincado por los pelos* y amarrado con correas como si se hubiera tratado de un enemigo formidable.

Apenas pudo hacer un débil esfuerzo para resistir, porque en cuanto salvó el dintel de la puerta, Palma que estaba al lado del primer sereno, le sacudió tal sopapo, que lo dejó sin sentido.

Ahora si que estoy completamente contento, pensó Parodi y tomó á trote de raton viejo el camino de la cueva.

Véamos que habia sucedido en el interior de la casa de D. Luis, cuando el jorobado empezó sus repiques.

Rita, despues que se recogió D. Luis en su cuarto, para lo cual tuvo que echarle unos diez y siete discursos, se vino á la sala á esperar á su amante para darle la llave de la puerta de calle, pues tenia mucho que hablar con él.

D. Luis estaba receloso, su esposa habia tenido que hacer uso de toda su dialéctica para convencerlo de que podia irse á dormir á su aposento pues ella no corria peligro alguno, pero tal vez las noches siguientes no podria conseguirse lo mismo.

Era preciso cambiar la manera de seguir viéndose, en completa seguridad de no ser pillados y no podia hablar de cosas tan estensas en la ventana, pues á causa de la narracion que hizo D. Luis en la comisaria, la casa estaria vijilada y el sereno podria reducirlo á prision y saberse que estaba conversando con ella.

Rita, pues, esperaba á su amante llena de ansiedad, pues tenia miedo que al menor ruido to pudiese venir don Luis y sorprenderla allí poniéndola en verdaderas figurillas para poderle dar una respuesta satisfactoria, aunque e la podria decirle, por lo pronto, que habia sentido rumor en la ventana y habia venido á ver que era lo que producía este rumor.

Así estuvo, como dicen las señoras, con el corazon en la boca, hasta que sintió rascar la

ventana, de la manera convenida por su amante.

Abrió precipitadamente y le alcanzó la llave, al mismo tiempo que le decía:

—No entres sino despues de estar seguro y que nadie te vea, y anda con mucha cautela en el interior, porque Luis puede estar despierto y acudir al menor ruido.

Con la entrada de Alejandro, Rita quedaba espuesta al mas serio de los peligros, ser pillada por su esposo, pero ya hemos dicho que no hay nada mas valiente que una mujer que se ha colocado en tal situacion.

No tiene razon alguna que la pueda disculpar, comete un crimen que no puede reportarle beneficio alguno, atenta contra su hogar, contra su nombre, contra sus propias conveniencias particulares, desafía la muerte misma, y sin embargo rueda al precipicio por el extraño placer de tomar con peligro lo que en su casa tiene sin incomodarse.

Estraña aberracion en la razon de una mujer, tan clara, sobre todo en aquellas cosas que atañen esclusivamente á su corazon.

Una mujer que es capaz, por ejemplo, de todos los sacrificios imaginables por conservar la vida y el nombre de un hijo, no es capaz muchas veces, de cumplir con su simple deber por conservar la vida y el nombre de su esposo, que representa la de sus hijos y la suya propia.

En este caso, la mujer no obedece ni á la razon ni al instinto, que le muestra forzosa mente su propia conveniencia.

Alejandro abrió la puerta y entró, segun lo vió el jorobado, que esperaba esto solo para hacerle caer definitivamente en la trampa que le habia preparado.

Rita, que lo esperaba en el zaguan, lo recibió presurosa haciéndole entrar por la sala.

—Pronto, le dijo, vamos á mi aposento donde estaremos mas tranquilos—si por casualidad ocurriera algo, aquel es paraje mas seguro para esconderse, pues mientras tu te salvas yo trataría de dirigir á Luis á las piezas interiores, diciéndole que allí se habia producido el ruido.

Rita y Alejandro, tomados del brazo y haciéndose mil caricias con la mirada, se dirigieron al aposento, donde además de adoptar las medidas tendentes á verse con seguridad en lo sucesivo, se prometian, por lo menos un buen cuarto de hora de amorosa y tierna plática.

Pero el diablo, ó lo que es lo mismo, el jorobado, se habia propuesto turbar aquella noche el coloquio de amor, cuyo final ya conocen ustedes.

Apenas habian tomado asiento y comenzado el primer arrullo en tono de *vida mia*, cuando Parodi hizo su primer repique en la puerta,

acompañado de las voces de auxilio! ladrones! —favor favor, serenos!

Don Alejandro se levantó como movido por un toque eléctrico—estaba pálido y conmovido como si aquel repique del llamador hubiera sido un redoble de muerte.

Rita abrió desmesuradamente los ojos y miró á su amante como si de sus labios esperara la decision de su suerte.

El repique entretanto crecia y ya se sentía el tumulto, en la calle, de la gente que, atraída por él, se iba aglomerando delante de la puerta.

Don Alejandro salió de pronto de la atonia en que lo habia sumido el primer repique del llamador.

Habia sentido pasos en el segundo patio, pasos que indicaban la presencia de don Luis y era preciso ponerse en salvo sin perder un solo momento, sopena de correr el riesgo de ser descubierto.

—Por la sala, por la sala por Dios, Alejandro de mi alma, que estoy perdida, gritó Rita precipitándose á la puerta para impedir la entrada de su esposo al aposento, antes que el amante se pusiera en salvo.

Don Alejandro salió precipitadamente del aposento y se dirigió al zaguan y de allí á la calle—pero los repetidos golpes y repiques le hicieron perder completamente la cabeza.

—Estoy perdido, pensó, puesto que me han tomado la salida, y el promotor de todo esto no puede haber sido otro que aquel ladron de la otra noche, autor ahora de mi desgracia.

Don Luis forcejeaba con su consorte por venir á las habitaciones de la calle, pero esta lo detenía diciéndole:

—No vayas Luis mio son los ladrones, son muchos y te van á matar—deja que entren los serenos!

Forcejeando y argumentando, don Luis habia conseguido ganar terreno y llegar hasta la natesalitz, de donde se sentian claramente las voces de la calle.

Fué entonces que don Alejandro se puso á sacudir la puerta con toda la fuerza de sus músculos, pero inútilmente—la barreta que habia puesto el jorobado estaba colocada de un modo tan estratégico, que era imposible hacerla ceder.

Ya Rita luchando con don Luis y seguidos de los criados habian llegado al zaguan, cuando se abrió la puerta, apareciendo en su dintel los serenos que amarraron al pobre amante para conducirlo á la *capacha*.

Al reflejo de las linternas, don Luis reconoció á Alejandro, ouyas pretensiones por su consorte conocia de tiempo atrás, creyendo que ya habian terminado con su casamiento.

Al reconocer á su rival de otros tiempos comprendió que allí se trataba de algo mas

que de un robo de dinero y miró á su esposa en momentos en que esta, comprendiendo la tormenta que cubría el corazón de su marido, caía desmayada, por supuesto, de manera bastante hábil para no romperse la cabeza en las piedras del zaguan.

Don Luis devoró sus dudas y disimulando todo lo que le fué posible, pues comprendía que cualquier manifestacion suya solo serviría para atraer sobre ellos el mas descomunal ridículo, se hizo ayudar por los sirvientes para transportar á la señora á su aposento.

El desmayo de Rita, como todo desmayo finjido, era pertinaz y rebelde al agua de colonia y éter, conque se quiso hacer pasar.

Don Luis no se sospechaba que aquel desmayo podía ser finjido, porque la duda que lo asaltó le hacia pensar que Rita tenia realmente razon sobrada para desmayarse, así es que se fué á su aposento, se vistió y salió personalmente en busca de un médico.

Cuando Rita pudo colegir por la conversacion de las sirvientas que la rodeaban que su esposo habia salido, empezó á volver suavemente de su desmayo, preparando en su imaginacion riquisima la manera de disipar las dudas que debian haber asaltado á su esposo al reconocer á Alejandro.

Rita habia sido pretendida por aquellos dos hombres, tres años antes; se habia casado con don Luis, á causa de su mejor posicion pecuniaria, pero su corazón se habia inclinado siempre á Alejandro.

Don Luis habia tenido sus celos al principio, pero como dejara de ver á su rival, durante mucho tiempo, sus celos se habian desvanecido hasta el punto de olvidar por completo á aquel antiguo rival, que por su parte se habia ocupado de una manera harto hábil en minar el corazón de su esposa, inocente entonces.

Rita, mientras las sirvientas la acosaban con ofertas de té, agua de colonia, etcétera, habia hecho su plan de engañar nuevamente á su esposo.

Aquel miserable, á quien ella tambien reconoció á la luz de las lanternas, debia haber ido allí guiando á los ladrones de dinero, con la intencion infernal de cometer un rapto en su persona—y que al emprender tan diabólico plan ella se habia desmayado de terror al ver el peligro espantoso á que acababa de escapar.

Este era el discurso que preparaba la astuta Rita, para desvanecer las sospechas de su marido, mientras este andaba en busca de médico.

Don Luis regresó sin haber dado con ninguno—á esas horas de la noche es muy difícil ó mejor dicho imposible dar con un médico, pues el que está en su casa tiene buen cuida-

do, antes de recogerse, de prevenir al portero que no está en casa.

El pobre venia pálido y conmovido—las dudas que lo asaltaban en aquellos momentos echaban por tierra su felicidad de tres años de labor y cariño, y el desplome de estas cosas no se puede mirar de una manera serena, por frio que se tenga el corazón.

Don Luis experimentó algun consuelo al entrar á su casa y ver que Rita habia vuelto de su desmayo.

Esta, así que lo vió entrar se le prendió del cuello, echándole el discurso que nuestros lectores conocen, adornado con diversos suspiros, exclamaciones y lágrimas.

—Quiera Dios que esto sea así, pensó don Luis, y se retiró á su aposento á poner en orden sus ideas, pues conocia que su razon empezaba á flaquear.

La mujer tiene un don especial para perturbar las ideas mas arraigadas, ó mejor dicho, el hombre enamorado vacila ante la menor palabra pronunciada por la mujer, objeto de aquel amor.

Don Luis, al ver á Alejandro, habia sentido afluir á su corazón una ráfaga de celos, que le habia hecho dudar de todo, pero al escuchar las palabras de Rita habia dudado, inclinándose á creer en la inocencia de esta y en una trama infernal urdida por el amante despechado, deseoso de vengarse de su rival feliz, robándole la paz del hogar y manchando su nombre.

¿Seria ó no culpable Rita? Esto es lo que él se proponia saber dentro de poco.

Rita, entretanto, se vistió, se dió una mano de polvos y demas adminículos de hermosearse y se fué al aposento de su esposo, á convencerlo, si no lo estaba ya, de la verdad de lo que le dijera momentos antes.

Don Luis escuchó á su consorte, la vió tan bella, su palabra era tan dulce, sus lágrimas tan desconsoladoras, que se rindió á discrecion comulgó con aquella rueda de carreta tucumana y se asombró inocentemente del inicuo plan de Alejandro.

Este habia sido conducido al departamento general de policia, no solo como el ladron de la casa de don Luis, sino como uno de los miembros mas influyentes ó tal vez el capitaz de la famosa gavilla que la policia perseguia de tanto tiempo atrás.

Su estado era bastante lastimoso: el puñetazo que le aplicó Palma lo habia atontado y una paliza que se permitieron acomodarle los serenos, mientras lo conducian á la Policia, le habian motido los huesos por completo: estaba desconocido.

Su rostro, mortalmente pálido, estaba súcio por la sangre que habia salido de sus narices y de una herida que los palos de los noctur-

nos guardianes le habían inferido en la cabeza.

Fué depositado en el cuerpo de guardia, después que lo aseguraron bien, hasta el día siguiente en que lo presentarían al jefe.

La Policía estaba de verdadero regocijo: creían haber tomado al capitán de la gavilla de ladrones que tantos malos ratos les diera y ya se hacían sendos comentarios sobre el premio que darían al sereno autor de aquella importantísima captura, pues por las declaraciones del presunto capitán, se proponían dar con la guarida de los demás ladrones, pues una vez que este fuera apretado en regla, cantarían como un mirlo.

A eso de las nueve de la mañana empezaron á llegar á la policía los comisarios y empleados superiores, que recibían con verdadero júbilo la noticia de haber sido preso el capitán de la gavilla de ladrones.

Todos entraban al cuerpo de guardia á verlo, asombrándose de su porte distinguido, y de su traje que revelaba todo menos ser el de un ladrón.

Don Alejandro estaba impresionado y conmovido por la situación excepcional en que se hallaba colocado, situación que lo ponía en esta diyuntiva formidable: ó pasaba por un ladrón jefe de gavilla, ó ponía en conocimiento de personas estrañas el secreto de sus amores con la esposa de D. Luis.

Era tal la situación de su espíritu, que no sentía el dolor de los garrotazos y el puñetazo de Palma—solo atinaba á cubrirse el rostro avergonzado, cuando algun curioso enfilaba la nariz á la puerta haciendo esta pregunta:

—¿Dónde está el capitán de ladrones?

Cuando el jefe de policía vino, don Alejandro fué llevado á su presencia, después de haberle hecho la relación de lo que había pasado en la noche anterior.

El jefe de policía no podía comprender que una persona de aspecto tan fino y distinguido pudiera ser lo que se le decía—un vago presentimiento ahogó en sus labios las severas palabras que iba á pronunciar preguntando suavemente.

—Usted ha sido preso anoche en el interior de la casa de D. Luis—qué hacía usted á tales horas en una casa que no era la suya?

D. Alejandro vaciló un momento, evitó encontrarse con la mirada del jefe de policía y varios comisarios que presenciaban el interrogatorio y repuso:

—Es cierto que he sido preso en el interior de la casa de don Luis, pero yo no hacía allí nada malo.

—¿Y cómo explica usted entonces su presencia en aquella casa y á horas tan avanzadas?

Don Alejandro reflexionó un momento, su

fisionomía se despejó como si hubiera dado con la resolución del problema, y contestó mirando esta vez de frente á la persona, que le interrogaba:

—Pasaba por allí con uno de mis amigos, persona por demás bromista, en momentos en que la puerta de calle de esa casa estaba abierta.

Mi amigo, sin calcular las consecuencias que podía tener la broma que me daba, me empujó dentro de la casa y cerró la puerta. En seguida sé puso á dar voces de auxilio y á golpear la puerta, acudieron los de la casa, y los serenos y fui reducido á prisión.

—Sin embargo, repuso el jefe, el sereno asegura que ha estado observando á usted, qué usted venía solo, que ha abierto la puerta y ha entrado, que un sirviente de don Luis que estaba también en acecho lo ha visto y ha sido quien ha dado las voces de alarma, y que ese sirviente asegura ser usted mismo el autor del robo que en esa casa se cometió la otra noche.

—El sirviente puede decir lo que quiera, contestó el joven, rojo de vergüenza—pero entre su palabra y la de un caballero no hay que vacilar.

—Convengo en ello, joven, pero está también la declaración del agente de policía, que es una declaración que lo compromete mucho á usted.

—Yo soy una persona bastante conocida, y el señor jefe puede informarse si puedo ser confundido con un ladrón.

—La policía se informará, concluyó el jefe, haciendo conducir al joven al cuerpo de guardia, donde debía permanecer incomunicado.

Su declaración era hábil—la policía obtendría buenos informes de su persona; conocida su prisión sus numerosos amigos vendrían á empeñarse y garantizar el error, pero había una dificultad que vencer: ¿cómo podría presentar al amigo que lo empujó dentro la casa?

La Policía tomó sus informes, y resultó lo que el joven había previsto: no solo los dieron magníficos, sino que numerosos amigos fueron al departamento á convencer al jefe del lamentable error en que estaba.

Todo puede ser, respondía el jefe, pero el sereno asegura haberlo visto entrar positivamente, y en estos casos, la declaración de un agente de la autoridad es una pieza que no se puede destruir sino con pruebas irrecusables que hasta ahora no ha presentado el detenido.

Don Alejandro fué llamado á un nuevo interrogatorio, en el que ratificó la narración que había hecho el día anterior, pero al preguntarle quien era el amigo que lo empujó dentro de la casa, se turbó algo y dió un nombre cuyo dueño la policía no pudo ha-



llar, pues el joven dijo haber olvidado el domicilio de este.

Esa era la dificultad en que el mismo don Alejandro se habia colocado, dificultad insuperable por el momento.

Dos dias duró su incomunicacion, y dos dias las indagaciones que hizo la policia para dar con el amigo bromista, pero este no pareció.

Las incomunicaciones de entonces no eran tan rigurosas como las que se practican actualmente; así es que mediante unos cincuenta pesos que Alejandro alumbró á uno de sus guardianes, hizo llegar á manos de un amigo una carta, con la copia de su declaracion y poniéndose de acuerdo en los menores detalles de su fábula.

Poco despues se presentaba en la Policia el amigo, diciendo ser él el autor de una broma que sabia haber tenido malas consecuencias para su amigo, y añadiendo que no se habia presentado antes, porque esa madrugada tenia que ausentarse á Moron, y no creia que su broma pudiera haber sido tomada de la manera que lo hizo la Policia.

Alejandro fué sometido á un nuevo interrogatorio en que espuso que, si no habia dicho el nombre del amigo era porque temia que la Policia fuera á hacerlo responsable de una broma pesada pero inocente y que si su amigo no se hubiera presentado, él hubiera continuado ocultando su nombre.

Se mandó llamar á don Luis, quien antes de venir tuvo una conferencia con su esposa.

—No vayas á decir una palabra sobre ese hombre dijo esta, porque podrias comprometer tu honor y el mio—creo suficiente que digas

que acudiste á los golpes en la puerta de la calle y te encontraste con ese miserable que pugnaba por salir.

De este modo, sin saberlo, Rita hacia que don Luis corroborase en parte la relacion hecha por Alejandro y su amigo.

Don Luis estuvo en la Policia y espuso mas ó menos lo que acabamos de decir, añadiendo que no sabia ni podia suponer los designios con que aquel hombre hubiera entrado á su casa.

Quedaba en pie la declaracion del sereno, que aseguraba que el preso no podia haber entrado empujado por persona alguna, porque él lo habia visto venir solo, como el sirviente de don Luis, y que aún estaban en la puerta clavadas las argollitas con que aquel sirviente colocó la barrita de acero que impidió que el ladrón pudiera salvarse volviendo á abrir la puerta.

El sereno veia perder la gratificacion que habia soñado le darian por tan importante captura y hacia todo esfuerzo por probar la verdad de lo sucedido.

Se buscó al sirviente que habia tomado parte en la captura, pero este no pareció para apoyar la declaracion del sereno.

Los amigos de Alejandro se valieron de esto mismo, diciendo que aquel sirviente era una invencion del sereno para apoyar su mentira, y fué forzoso poner en libertad á don Alejandro á quien se dió todo género de explicaciones y se le pidieron mil disculpas por la grave acusacion que se hizo pesar sobre él.

De este modo terminó esta aventura, una de las mas peregrinas en la vida de Parodi.

## UN ROBO MAESTRO

El jobado, una vez que vió acoger á D. Alejandro, regresó á la cueva, donde se festejó en grande aquella aventura por la cual Parodi venia á quedar vengado de los puñetazos recibidos.

Pocos momentos despues, llegaron Palma y Gonzalez riendo como unos locos y refiriendo de la manera asendereada con que los serenos habian conducido á aquel pobrete al hotel del Gallo.

Haciendo grandes libaciones á Baco y comentando del modo mas alegre la travesura de Parodi, pasaron hasta la madrugada, hora en que se encontró reunida toda la gavilla.

Montovia y Portote tenian grandes novedades que comunicar al cenáculo, á propósito de la relojeria de Berg que estaban filiendo desde

muchos dias atrás, para dar todos los detalles de la cosa á Parodi, y pedirle que dirijiera aquel robo, destinado á meter gran bulla, á causa de la manera con que sería necesario efectuarlo.

La relojeria de Berg, ya lo hemos dicho, era un lujoso taller situado frente á la Universidad, que presentaba muchas facilidades para un buen golpe de mano.

Todos los relojes y alhajas ricas estaban á la vista—Berg no tenia dependiente en aquellos dias y dejaba la relojeria sola en las horas que se retiraba á comer y á almorzar.

Habia un inconveniente sério, y es que frente á la relojeria, donde es hoy la Universidad, estaba el batallon de Echenagucia, cuya guardia estaba colocada en el saguan

y el centinela en el medio de la calle, de modo que era imposible entrar ó salir al taller, sin ser vistos por los soldados de la guardia.

Berg dormía en la relojería, á causa de los últimos robos que habían tenido lugar—era hombre decidido á defender su negocio y la guardia del batallón Echenagucia acudiría al primer llamado de auxilio.

Montovia había explorado bien el terreno, sabía las horas en que Berg se ausentaba á comer y por pronta maniobra, para tener eso adelantado, había sacado el molde de la cerradura en un pedazo de cera.

Cuando Berg salía, cerraba simplemente la puerta, sin colocar los postigos que cubren las vidrieras, porque su tardanza no era muy larga.

Todos estos datos los comunicó Montovia á Parodi, quien los escuchó atentamente, sin decir una palabra ni dar la menor señal de alegría.

—Me parece, dijo Palma, que este negocio es algo difícil y que su producto no valdrá la pena de comprometerse tan seriamente.

—Es, añadió Montovia, que por la noche me parece casi imposible poder dar allí un golpe provechoso y seguro. Al frente está aquella maldita guardia, y en la esquina, como una yapa, está el sereno, que ronda sin descanso la manzana.

—Pues si el golpe no se puede dar de noche, lo daremos de día, que al fin y al cabo viene á ser lo mismo, dijo Parodi sonriendo: me he propuesto desesperar á la policía y si hasta hoy hemos dado nuestros golpes de noche, ahora los daremos de día y vendrá á ser lo mismo para nosotros.

Los ladrones abrieron tamaño boca ante las palabras del jorobado—sabían prácticamente que era un hombre audaz, infinitamente audaz, pero no se figuraban que fuese capaz de robar á las doce del día, frente á un cuerpo de guardia y en una calle tan pasajera como aquella.

—Si ha robado de día burlando al cuerpo de guardia de la cárcel, argumentó el negro, robará también la relojería de ese Berg, qué diablo!

—Y tú me has de ayudar porque eres pierna para estas empresas, agregó Parodi y lo que yo voy á hacer es de un sencillo espeidente. A pesar del batallón Echenagucia, del sereno y de todos los diablos, yo he de dar golpe en la relojería y no hemos de dejar allí ni los estuches vacíos.

Ahora, agregó, estoy rendido de sueño y de cansancio y necesito descansar, pues un golpe así no se organiza sinó teniendo la cabeza fresca.

Los ladrones se separaron dándose cita para

el otro día, pues Parodi pensaba dormir hasta la noche y esta la tenía destinada para dar una vueltecita por la relojería y el cuartel, informándose de paso sobre lo que hubiera sucedido á don Alejandro, pues no estaba contento con los golpes que aquel hubiera recibido—deseaba verlo preso y condenado por ladrón.

Es general que los hombres mas cobardes son los mas feroces cuando pueden ejercer sus venganzas seguros contra todo peligro.

Así Parodi, en la seguridad de que á nada se esponía, deseaba ardientemente ver comprometido y degradado á aquel jóven, cuyo crimen consistía en haberle dado unos cuantos puñetazos, algo serios en verdad, pero que estaban suficientemente pagos con los golpes que llevó.

Después que descansó todo el día durmiendo como un lirón, Parodi comió mejor que un canónigo y salió á hacer un paseo por los alrededores de la Universidad, se detuvo ante las vidrieras de la relojería, como cualquier curioso, y empezó á tomar sus apuntes mentales, apreciando los valores que en ella existían.

Las vidrieras estaban bien surtidas de riquísimos relojes y cadenas y en el mostrador de cristales había joyas de mucho valor.

El jorobado echó sus cuentas y vió que un tiro en aquella casa de negocio no era cosa despreciable, mucho mas haciéndolo como él pensaba, á no dejar allí ni el mas humilde estuche.

Después que calculó el monto de los valores y apreció el soberbio golpe de vista que ofrecía la relojería, el jorobado se puso á examinar prolijamente la manera mas fácil de entrar y salir y el sistema de cerrar la puerta.

Por los fierros y agujeros que vió en la puerta, sospechó que esta se cerraba por el lado de adentro con alguna barra de fierro, sospecha que pudo ver confirmada por la misma barra de fierro que estaba recostada al lado de la puerta.

—Malo, pensó el jorobado—para abrir esta puerta se requiere el empleo de instrumentos que no se pueden aplicar tan á las barbas de un cuerpo de guardia—me parece que Montovia tiene razon y que aquí de noche no se podría hacer nada.

A medida que iba tropezando con dificultades, el amor propio del jorobado se iba picando hasta el punto de empeñarse en cometer el robo, aunque el resultado no hubiera sido tan pingüe como parecía.

Parodi observó la cerradura, cuyo mecanismo era algo complicado, aunque para él, cerrajero habilísimo no ofrecía dificultad alguna.

Esta se cerraba con doble vuelta, pero mediante el molde que ya había sacado Montovia se podría hacer pronto una llava que la abriera sin el menor obstáculo.

Meditando sobre la mejor manera de dar este golpe, Parodi se largó por los lados de la Policía à ver si podia ventear algo sobre la prision de don Alejandro, y atando los cabos sueltos pudo sacar en limpio que el jóven permanecia preso todavia por no haber podido demostrar aún su inocencia, cosa harto difícil, pues todos estaban convencidos que él era el capitán de la famosa gavilla que tenia en sérios apuros á los agentes de Policía.

Con estas noticias y profundamente refocilado, el jorobado tomó la direccion de la covacha rumiando su plan de robo á la relojeria de Berg, cuyas existencias podian ya considerarse en su poder, pues él difícilmente echaba la vista encima de algo sin que sus manos lo secundaran de una manera rápida y eficaz.

Cuando llegó, la gavilla estaba en plena sesion, discutiendo diversos planes de ataque á la relojeria, que era el pensamiento de todos.

—Señores, dijo, no hay que apurarse; respondiendo del robo de la relojeria, pero para que la cosa salga bien y no nos esponamos al menor peligro, es preciso esperar por lo menos un par de dias, que es lo que yo necesito para arreglar ciertos detalles de los que no se puede prescindir.

—Yo he dicho, saltó el gran da Silva, que la manera mas fácil de hacer la cosa, es atacar unos el cuerpo de guardia, mientras los otros limpian la relojeria de todos los relojes y alhajas que haya en ella.

—Imposible—replicó Parodi—la puerta está muy bien cerrada por dentro, y mientras unos se batian con los soldados, los otros no podrian ni siquiera abrir la puerta—esto sin contar con que alguno podria quedar preso, lo que seria un grave inconveniente.

—Es lo mismo que yo he dicho, repuso prontamente el negrito Gonzalez—yo no le tengo miedo al plan del amigo Silva, pero me parece una barbaridad, pues es esponernos á caer en las garras de la policia sin haber podido sacar ni siquiera un solo reloj.

—Este robo se debe llevar á cabo por medio de la astucia, y en esto Parodi es maestro, dijo Palma, vamos á oír su opinion que es la mas importante y que desde ya acepto, pues ha empezado por declarar que él responde del robo—que hable pues Parodi y así economizaremos un tiempo que estamos gastando en inútiles discusiones.

Parodi habia estado escuchando la manifestacion de todas estas opiniones con suma complacencia, pues seria por ellas que su plan iba á caer entre sus sócios como una bomba—así es que cuando Palma terminó de hablar, tomó la actitud de un consejero de estado y dijo con acento cómico:

—El golpe es fácil, compañeros, y si se

observan todas mis prevenciones, respondió de que su éxito será como el de los anteriores tiros.

—Ya sabes, dijo Palma, que todas tus instrucciones se obedecen al pié de la letra—en eso, pues, no tienes que contar con el menor inconveniente.

—Habla que te escuchamos, dijeron todos á una voz.

El jorobado sonrió con una complacencia infernal y reveló su plan de la siguiente manera:

—El golpe tiene que darse á las once de la mañana, ó á las seis de la tarde, es decir, cuando el dueño de la relojeria se vá á almorzar ó comer.

Los ladrones abrieron los ojos desmesuradamente y dejaron sentir un murmullo de asombro y de incredulidad.

—A otra hora seria imposible, siguió diciendo Parodi, y no lo tentaria yo—he visto que la puerta se asegura de noche de un modo que no podria abrirse sin gran trabajo, trabajo que no se podria emprender frente á un batallón de curiosos, como son aquellos soldados; esto, por supuesto, sin contar con que el relojero duerme adentro y tiene aspecto de ser hombre bravo y resuelto.

—Y cómo diablos puedes tú encontrar la cosa mas fácil y menos peligrosa de dia que de noche? preguntó Correa de Mattos, que era el mas incrédulo de todos—espícanos esto con claridad, porque francamente yo no lo entiendo.

—Nada mas sencillo, repuso Parodi—en primer lugar, mañana temprano puede ir Gonzalez al cuartel, en traje de changador, dá gran conversacion á los soldados, y les hace saber, como quien no quiere la cosa, que él y otro compañero están encargados de hacer la mudanza de la relojeria, que se traslada á la calle de Bolivar.

Como la mudanza de una relojeria no es una cosa del otro mundo, los soldados no se fijarán en ello, y cuando vean que efectivamente se hace la mudanza, no lo estrañarán porque estarán prevenidos de antemano.

Si acaso no le creen, puede echar la cosa á broma y retirarse sin haber dado nada á entender, puesto que todavia no se habrá hecho nada.

Mientras Gonzalez conversa con los soldados, nosotros podemos estar en observacion de la relojeria, para esperar que el relojero salga á comer ó almorzar, según la hora que convenamos, y cuando este salga yo me pongo en su seguimiento, con el objeto de hacerlo demorar en la calle lo mas posible, de la manera que se me ocurra mas á propósito.

Con nosotros vendrá Palma en traje de changador, como Gonzalez, que será su compañero

de mudanza, y que irá en su busca así que yo y el relojero nos perdamos de vista.

—Entonces Silva, bien vestido, puede abrir la relojería y efectuar tranquilamente la mudanza, haciendo un poco de bulla para que los soldados del batallón Echenagucia vean que no se hace el menor misterio de la cosa.

Los otros pueden esperar en la esquina del mercado para cualquier evento, y marcharse con los compañeros así que carguen los relojes y demás alhajas—teniendo cuidado Palma y Gonzalez de cargarlo todo, si es posible, pues no se hará mas que un viaje.

Yo me iré con el relojero por dos razones—primera para impedirle por todos los medios á mi alcance, que regrese en caso que se le hubiera olvidado algo y quisiera volverse, como no es difícil que suceda, y segunda para hacerlo perder de la misma manera media hora mas, despues que concluya de comer y quiera regresar.

Yo tomo esta tarea á mi cargo, porque es la mas difícil y tan peligrosa como las otras, pero si alguno se cree mas competente que yo, puede tomarla que para mi será lo mismo.

A mas de esto, el jorobado tenia una razon mas poderosa para ponerse fuera del alcance del ojo policial—ya se habia hecho notar por un sereno en la aventura de D. Alejandro, y como su catadura era inconfundible, no dejaba de ser espuesto hacerse ver por los soldados de aquel batallón, pues las señas que estos dieran podian coincidir con las que habia dado el sereno, y eran ya dos aventuras de robo en que se hallaria complicado.

—Ahora, concluyó Parodi, pueden ustedes discutir mi plan y aceptarlo, si les parece bueno, ó proponer algunas modificaciones razonables.

—Por mi parte, dijo Palma, encuentro el plan de Parodi magnífico y lo acepto en todos sus puntos—todo está perfectamente calculado.

—Además de que, agregé joroba, siendo de dia, tenemos la retirada franca, pues no contamos con el inconveniente de lo serenos.

—Así me gusta, dijo el negrito Gonzalez, y corre de mi cuenta engañar al milicaje—ni siquiera me van á cecar la intencion porque francamente, para estas cosas me pinto solo—no tengo ni esto de miedo—é hizo sonar entre sus blanquísimos dientes, la enlutada uña de su dedo pulgar.

El único que medio vaciló fué Silva, pero tuvo que ceder ante esta justa reflexion de Palma:

—Nadie te obliga á aceptar, puedes pasar tu comision á Correa de Mattos, que tiene tam bien buena estampa, pero en este caso se te disminuirá tu parte, pues no es justo que los demás se espongan y tú saques el cuerpo.

—Yo no he sacado el cuerpo, replicó prontamente Silva—estoy dispuesto y muy contento.

—Entonces, dijo Parodi, á descansar y mañana á la madrugada nos encontraremos todos aquí—Gonzalez y Palma traerán ya su traje de changadores.

Todos se retiraren, no quedando en la cueva mas que Portete y Gramarra, que eran dos insignes haraganes, que, segun decian, para ir y volver tan pronto, no vale la pena de movernos de aquí.

A las seis de la mañana todos se hallaban en el covachon, listos para ponerse en campaña así que lo dispusiera Parodi.

Gonzalez y Palma venian con un mugriento traje de changadores, cuyas insignias consistian en el lienzo tradicional y una especie de boneto ó montera, pues en aquellos tiempos la gorra de vasco no era tan general.

El portugués da Silva vania convenientemente vestido con su leva de los dias dominicos y gran galera—parecia un personaje.

Parodi con su eterna figurilla de sátiro traia la llave recientemente construida que les habia de franquear la puerta de la relojería.

—Me parece, compañeros, dijo, que no debemos perder tiempo y que el golpe, ya que se ha de dar, se dé por la mañana y no á la tarde; si ustedes están conformes, vamos tomando las disposiciones convenientes, porque no se puede perder tiempo.

—Para mí, replicó Palma, me es completamente indiferente que sea por la mañana ó á la tarde, pero como tú dices que es mejor que sea por la mañana, acepto desde ya, porque tú sabes donde te apreta el zapato y no eres novicio en estas cosas.

—Entonces, terminó Parodi, que Gonzalez se ponga ya en campaña: él sabe lo que tiene que hacer y no hay que hacerle observacion alguna, pues él es práctico en todas estas cosas ya debutó en el cuerpo de guardia de la cárcel y se ha portado bien.

—Ya estoy listo, dijo el negro—me compro un peso de pan y media vara de butifarra, y mientras almuerzo lleno mi comision que no habrá mas que pedir.

El negro salió del covachon en direccien al mercado, mientras el resto de la gavilla quedaba en acecho hasta las nueve de la mañana.

El relojero salia á almorzar á las once, y tenian tiempo de hacerlo ellos tranquilamente dar la última mano al famosísimo plan.

Sigamos á Gonzalez que se entró al almacén de la esquina é hizo su provision de pan y se largó con elia al mercado donde compró la butifarra.

Munido de estos elementos se dirigió al

cuartel de Echenagucia, donde estaban los milicos tomando su mate con galleta.

—Que hace hermano tan de madrugada—preguntó uno de los soldados á Gonzalez—temprano le ha amanecido á su estómago que lo está consolando.

—Es que tengo asegurado. mi dia con una buena changa, replicó el negro, y me estoy regalando mientras llega la hora á que estamos citados yo y otro compañero gringo con quien vamos á mudar al *musiú* de enfrente.

—Qué se muda el relojero? preguntó el soldado—pues se embomó el mayor que siempre andaba mandando averiguar la hora que era.

—Se muda á la calle de Bolivar, replicó el negro, luego á las once, y como pague bien la mudanza, pienso pasar dos dias de vago.

—Si estará seguro de tí el relojero! replicó el milico, que te va á fiar relojes para mudar, probablemente en cajones.

—Es porque me conoce desde hace mucho tiempo, contestó el negro, desde que yo servia en Montevideo—la mudanza la vamos á hacer en atados, y por eso es que estoy encargado de vigilar al gringo que me va á ayudar. Además, el hermano del patron es el encargado de hacer la mudanza, pues el relojero se va á quedar en la casa nueva á esperar los objetos para irlos colocando en su lugar.

—No seas tragaldabas, moreno, dijo el cabo de guardia—alcanzá una rebanada de esa longaniza, porque si comes tú solo te va á hacer daño.

—No le hace, dijo el negro, voy á buscar una vara mas para invitar á los amigos, el dia es bueno y bien puedo hacer este desfalco.

El moreno se fué al mercado y volvió blandiendo una vara de aquella butifarra que por desgracia no se elabora ya.

Algunos milicos se agruparon al rededor del moreno y principió un pintoresco almuerzo, salpicado con ocurrentes dicharachos y cuentos graciosísimos de que Gonzalez tenia un repertorio intermizable.

Dos horas despues, los milicos y el negro eran los mejores amigos de este mundo—Gonzalez habia hecho un viajecito al almacén trayendo un par de cuartas de vino carlon, con el que rociaron largamente la butifarra y la plática.

A eso de las diez de la mañana avistó al jorobado que parado en la esquina opuesta, lo observaba atentamente.

Silva y Palma no se veian en ninguna direccion, pero no debian estar lejos pues la hora del golpe se acercaba insensiblemente.

—Y á que hora vá á ser la mudanza? preguntó el soldado con quien Gonzalez habia hecho relacion mas estrecha —chasco seria que el *musiú* fuera á llamar otros changadores,

y te quedaras sin la changa despues del gasto hecho.

—No, el patron no tiene hombre de mas confianza que yo—para que la mudanza empiece es preciso que él se vaya á la otra casa á esperar los relojes y venga el hermano con el otro peon, que es el encargado de entregarnos las prendas—sin eso no podemos hacer nada.

—Ah! hijito! dijo un soldado que tenia cara de muerto de hambre—á malaya tuvieras todas las mañanas una changa como esta en la vecindad—de este modo sacaríamos la tripa de mal año, porque la racion anda escasona.

Con un poco mas de plática y broma pasó una hora mas y se vió al relojero que hacia sus aprestos para retirarse á almorzar.

El moreno que era tan audaz como el mismo Parodi, estuvo en la puerta del cuartel y cuando Berg cerró la puerta y se alejó, se tocó el bonete ó montera, saludándolo atentamente, saludo á que contestó el relojero, creyendo inocentemente que seria un peon conocido.

—Ahora, dijo á los soldados, en cuanto venga el niño con el otro changador, principiaremos la mudanza—con que á volar que hay chinches.

Apenas Berg salió de la relojeria se vió al jorobado que con su eterno trote de raton viejo, se ponía en su seguimiento á dos varas de distancia y como quien busca un número en la acera de enfrente.

Dos ó tres minutos mas tarde se vió dar vuelta por el mercado á Palma delante de quien marchaba el arrogante da Silva, contoneándose como un potentado á quien todo el mundo debe rendir pleno homenaje.

—Adios compañeros, tal vez esto lo termine hoy y volveré mañana, dijo Gonzalez saltando al medio de la calle y dirigiéndose á Silva gorra en mano, quien se encaminó á la puerta de la relojeria y la abrió con la misma naturalidad que si hubiera sido su dueño.

Gonzalez y Palma lo siguieron con la circunspeccion de dos changadores respetuosos que sirven á un marchante que paga bien.

Parodi se fué, como hemos dicho, en seguimiento de Berg, que tomó la calle de Moreno y se dirijió á una fonda que habia en la calle de la Esmeralda entre Cuyo y Cangallo.

Allí entró y se puso á almorzar.

El jorobado entró tambien y pidió de almorzar con toda tranquilidad, pues su principal objeto era hacer tiempo, esperando que el relojero terminara, para hacerle perder una media hora mas.

Berg tardaria mas ó menos una hora en almorzar, y cuando pidió el café, Parodi pagó su cuenta para estar listo.

Quando el relojero terminó el café, tomó su sombrero y se dispuso á salir, pero al pasar

por la mesa donde almorzaba el jorobado, este se levantó y con palabras corteses y comedidas le pidió tuviese la bondad de oírle una palabra.

Berg miró con extrañeza á aquel tipo y pareciéndole que era uno de tantos judíos que comercian en alhajas, se sentó á la mesa y le indicó que podía hablar.

El jorobado principió invitando con un café al relojero, que no lo rehusó vista la manera finísima con que le fué ofrecido.

—Yo me he permitido detener á usted, dijo Parodi, porque me suelo ocupar de negociar en relojes y joyas—tengo un hermano que vá y viene á Europa trayendo alhajas que introduce por contrabando y que puede dar á precios muy acomodados, y como usted tiene relojería, creo no sería difícil entráramos en un negocio conveniente para los tres.

Berg, antes que todo era negociante, la propuesta de Parodi no le pareció mala al primer golpe de vista y se dispuso á oír proposiciones.

—Tengo la casa sola, dijo, y no puedo demorarme mucho, así es que le ruego sea conciso—pudiéndonos entender desde luego.

—Es que yo esta tarde me voy á Montevideo á esperar á mi hermano y desearía cerrar trato antes de marchar, siempre que á usted convenga el negocio.

—Pues ya puede usted ir hablando amigo, que si la cosa me conviene poco he de tardar en aceptarla, ó rechazarla en caso contrario.

El jorobado sacó de sus bolsillos un par de relojes de oro flamantes y varias alhajas de las que tenía reservadas, y enseñando todo á Berg le dijo:

—Mi hermano trae una cantidad de estas alhajas y una partida como de quinientos relojes de esta clase, que estarán aquí, á mas tardar, dentro de cuatro dias.

—Bueno, pero yo necesito ante todo conocer los precios, pues de lo contrario me sería imposible poder dar una contestacion cualquiera.

El jorobado habia tenido buen cuidado de informarse de los precios de los objetos que ofrecia en venta, para no cometer un desatino que le acarreará una negativa categórica si el precio era exesivo, ó engendrar una desconfianza de que los objetos fueran robados, en caso de que el precio que pedia fuese muy barato.

Se colocó en un razonable término medio, pidiendo un precio que no fuera tan bajo que despertara las sospechas del relojero, pero bastante acomodado para inspirar su coicia mercantil y hacerle perder algun tiempo en el trato, que era todo el objeto que se proponia.

Berg tragó inocentemente el anzuelo é hizo sus proposiciones sobre los plazos á que se

debía efectuar el pago, que el jorobado rechazó, alegando plañideramente que si pedia un plazo tan reducido, era precisamente para que le hiciera el pago al contado, porque necesitaba dinero para entrar en otras especulaciones y enviar á su hermano por un nuevo cargamento de alhajas y otros artículos.

Berg cerró trato al contado, pues el negocio le parecia brillante y se dispuso á salir, recomendando á Parodi lo fuese á ver á la noche para estender los documentos que impedirían echarse atrás del trato, tanto al vendedor como al comprador.

Una hora escasa que habia tardado en almorzar y una hora larga que empleó en sus arreglos con Parodi, hacian un total de dos horas que habia perdido lastimosamente, tiempo que habian tenido los otros punguistas para limpiar cómodamente la relojería.

Parodi acompañó á Berg todavia un par de cuadras, despidiéndose de él, no hasta la noche, porque aquella tarde salia para Montevideo á encontrar á un hermano, pero sí hasta dentro de un par de horas que iria á cambiar los documentos del caso.

Berg tomó el camino de la relojería frotándose las manos—habia hecho un buen negocio en el que calculaba por lo menos ganarse unos ochenta ó cien mil pesos «limpios de polvo y paja» pero bien pronto su alegría se cambió en la mas desesperante zozobra.

Apenas introdujo la llave en la cerradura, se fijó en que los escapates estaban limpios, pareciéndole que en el mostrador sucedia otro tanto.

¿Seria aquello una broma de algun amigo ó realmente habia sido víctima de un gran robo?

La imagen de aquel hombrecito que le habia hecho perder una hora con la oferta del contrabando, cruzó por su imaginacion atribulada, pero bien pronto desechó su sopecha, pues recordó aquella cara inofensiva y aquella humilde catadura que bien podria parecer la de un judío, pero nunca la de un ladrón.

Lleno de ansiedad y deseando salir pronto de aquella situacion desesperante, abrió la puerta y de un salto estuvo en el medio de la relojería.

La pieza estaba tan limpia como los escapates y el mostrador: le habian llevado hasta los relojes á medio armar que tenia componiendo.

Berg palideció y sintió que sus piernas flaqueaban, teniendo que agarrarse del mostrador para no venir al suelo.

¿Cómo habian podido efectuar aquel robo, á semejante hora y frente por frente á un cuartel cuya puerta estaba á todas horas llena de soldados?

Berg no era un avaro, ni un hombre cuyo

espíritu pudiera quebrarse por la pérdida de un poco de dinero—pero aquel robo lo desesperaba hondamente porque importaba la pérdida de toda su fortuna y de su crédito, cosa mucho mas difícil de recuperar.

Pero quién podia ser el ladrón que hubiera intentado un golpe tan audaz?

Solo los mismos soldados del batallón Echezagucia podian haber sido capaces de llevarlo á cabo con tan buen éxito, pues de otro modo ellos mismos hubieran visto y detenido á cualquier persona que se hubiera llevado sus alhajas de aquella manera tan escandalosa.

El relojero salió á la calle y en dos saltos la atravesó, metiéndose en el interior del cuartel, á riesgo de llevarse por delante un grupo de soldados.

Era tal su aspecto, tal el espanto pintado en todas sus facciones, que el oficial de guardia se le aproximó con toda precaucion, creyendo se hubiera vuelto loco, pues solamente así podia esplicarse su inusitada aparicion en el cuartel, y la rara manera con que miró á todos lados.

—Señor oficial, señor oficial, preguntó con palabras á penas inteligibles ¿no ha visto por casualidad á los ladrones? no los han detenido ustedes? ó por desgracia han logrado tambien burlar la vigilancia del cuartel? seria una cosa espantosa porque quedo en la calle.

—Pero qué ladrones, amigo mio? cálmese usted un poco que tal vez su agitacion le hace exagerar las cosas, dijo el oficial, creyendo que Berg se hallaba bajo la accion de un ataque de delirio—síntese amigo mio y espíque claramente lo que le pasa.

—Lo que me pasa, replicó Berg creciendo en desesperacion porque la respuesta del oficial le probaba que no sabian lo que habia pasado, lo que me pasa es que me acaban de robar la relojeria y que es imposible que ustedes no hayan visto sacar los objetos que deben haber llevado en bolsas, porque no han dejado ni un alfiler.

—Nosotros no sabemos nada, contestó el oficial, ni sabemos que en la relojeria haya estado nadie mas que su hermano y los dos peones de la mudanza que usted mandó.

—Qué mudanza ni que hermano? contestó el relojero ya fuera de sí—yo no tengo hermano ni he pensado mudarme á ninguna parte.

El oficial abrió tamaña boca, empezando á comprender que todo habia sido una treta de los ladrones para descuidarlos y dar el golpe á mansalva.

—El inglés debe estar loco ó ha almorzado fuerte, dijo uno de los milicos, pues yo mismo lo he visto saludar al negrito que estuvo hoy aquí.

¿Pero qué negrito es ese? preguntó Berg que habia oido la duda del soldado—cuando yo

sali á almorzar he visto realmente que me saludó un moreno que estaba en la puerta del cuartel, á cuyo saludo contesté como hubiera hecho cualquiera, pero no lo conozco ni lo he visto nunca.

Entonces el oficial contó al relojero lo que allí habia sucedido aquella mañana; y como el negrito habia dicho que estaba contratado con otro compañero para mudar la relojeria á la calle de Bolívar y cuya mudanza efectuaron de una manera bastante original, pues hicieron tomar parte en ella á los mismos soldados del cuerpo.

Cuando Berg seguido por Parodi dobló la calle, Silva abrió la relojeria y entró seguido de Palma y Gonzalez, quienes inmediatamente se pusieron á embolsar cuanto habia, cargando Gonzalez con dos bolsas donde cabian cómodamente todos los relojes y alhajas existentes en los muebles.

La operacion habia sido tan rápida, que á penas tardaron veinte minutos en llevarla á cabo.

Gonzalez se echó al hombro las bolsas y salió en direccion á la calle de Bolívar en medio de los dicharachos y bromas de los soldados que le recomendaban no se le fuese á pegar algo, ni diera un trompezon que le hiciera perder alguno de los relojes que llevaba.

—No hay cuidado, replicaba Gonzalez riendo, lo que yo llevo es imposible trasportarlo mejor—ustedes hablan de pura *invidia* no mas.

Silva y Palma quedaban en la relojeria, estasiados en la contemplacion de una caja de fierro que estaba en un rincon—Palma, que tenia unas espaldas de hércules, se animaba á cargar con la caja, pero era necesario desmenuarla del pié, y para esto necesitaban la ayuda de dos hombres mas, pues ellos á penas podian moverla.

No se atrevian á forzarla, porque esto hubiera sido despertar la sospecha de los soldados que estaban mirando hacer la mudanza, y retirarse dejando la caja que tal vez encerraba la mejor presa, hubiera sido una tontera imperdonable, que Parodi habria condenado con amargas y justas sátiras.

No se podia perder tiempo en decidirse, porque el relojero, si bien tardaria entretenido por Parodi, podia tambien llegar de un momento á otro y tener ellos que ponerse en salvo á uñas de buen rocin, dejando la caja.

Ademas era preciso calcular que cuando el relojero volviera, llevaran ellos por lo menos unas ocho cuadras de delantera.

—No hay que vacilar, dijo Palma—á grandes males grandes remedios y es preciso tentar la suerte—de todos modos para disparar siempre tendremos tiempo.

En seguida salió á la calle y dijo á los soldados que curioseaban la mudanza.

—Si dos de ustedes quieren cambiar diez pesotes, vengan á echar una manito que necesitamos para cargar la caja que es pesadona.

En el acto cuatro ó seis soldados acudieron á la relojería y antes que Palma tuviera tiempo de explicar la cosa, ya la caja, desprendida de su pié, estaba sobre sus hombres, observando con placer que no era tan pesada como le pareció al principio, lo que significaba que sin hacer un gran esfuerzo podría caminar con ella, á paso de trote, hasta la covacha.

Palma dijo á Silva que le hiciera el servicio de entregar á los soldados los diez pesos prometidos y salió prontamente á la calle.

El portugués, con gran prosopopeya, sacó veinte macuquinos que entregó á los soldados y se largó tambier con toda calma despues de cerrar la puerta y decir á los soldados.

—Si vuelve mi hermano háganme el favor de decirle que no falta que mudar mas que el mostrador y las vidrieras.

En seguida tomó la direccion que habia llevado Palma, por la calle Potosí hasta Bolívar, por donde seguian hasta la cueva.

Cuando Berg oyó toda esta relacion, la silueta del jorobado volvió á cruzar su pensamiento—su encuentro con el tan casual y en una fonda, coincidia con la visita al cuartel de aquel negro changador.

¿Porqué aquel jorobado no lo habia ido á buscar á la relojería, como era lójico suponer, y habia ido á hacerle perder tiempo mientras le saqueaban la casa?

El relojero se tomó la cabeza con ambas manos y se fué á la Policia á dar cuenta de lo que acababa de sucederle, aunque con pocas esperanzas de poder recuperar una sola de las prendas. Los ladrones habian sido hábiles é indudablemente eran los mismos ó parte de los que habian estado asolando la ciudad y poniendo en verdaderos aprietos á la Policia, cuyos agentes no habian podido apresar á ninguno de allos.

La noticia llevada por Berg cayó como una bomba en las oficinas del departamento: aquello era intolerable.

Si la gavilla en cuestion se atrevia á hacer sus tiros en mitad del dia y frente á un cuartel ocupado por tropa, no seria estraño que al dia siguiente vinieran á pegar golpe á la misma oficina de depósitos de la Policia, sacándole al jefe mismo el reloj del bolsillo.

Los datos que llevaba Berg eran tan novelescos que la Policia no se decidia á darles crédito, pues ellos demostraban que la tal gavilla era no solo muy hábil, sinó que disponia de mejores elementos que los agentes de seguridad.

Un comisario se trasladó en el acto á hablar con el mismo oficial de la guardia á que Berg se referia, creyendo que lo que este habia

manifestado, fuera una exajeracion de su estado nervioso—pero todo era cierto—los ladrones habian procedido de la misma manera que indicó el relojero.

El comisario se trasladó á la relojería, donde pudo corroborar con sus propios ojos lo que habia dicho Berg, á saber: que solo faltaban que mudar el mostrador y las vidrieras—todo lo demás lo habian llevado.

La Policia, como en las veces anteriores, se tiró á muerta, convencida que nada podria hacer contra gente que tomaba tan hábiles precauciones.

Se desprendieron agentes en todas direcciones para ver si se podria dar con los ratos que, cargados, no habrian podido ir muy lejos, pero no les pudieron atisbar ni el bulto; los ladrones se habian hecho lo que hoy se llama dineros públicos.

Era preciso tomar alguna medida seria porque la Policia estaba quedando en un ridículo espantoso, ó renunciaba su jefe ó se echaba el resto en la aprehension de aquellos truanes.

Pero todos los esfuerzos fueron inútiles, en vano salieron en comision todos los empleados, en vano se desplegó una actividad increíble, todo fué inútil—parecia que la tierra se los habia tragado.

Berg habia referido su entrevista con aquel pequeño jorobado, cuyas señas coincidian perfectamente con las que diera el sereno, de aquel comedido mucamo de don Luis y las que diera don Federico Massot del prójimo que estuvo á cambiar monedas en su escritorio, el dia antes de eometerse el robo de que fué víctima él y su vecino.

La policia recomendó entonces á todos sus agentes la prision de este individuo, cuya filiacion les dió por escrito.

Con este motivo se podian ver esa noche en las crujiás del departamento, mas de cuarenta jorobados presos que pedian su libertad por cuanto santo habia en el cielo, pero se les sometió á un interrogatorio penoso, por el cual obtuvieron su libertad las dos terceras partes, quedando una de ellas como sospechosa.

Pero inútilmente se mortificó á aquellos desgraciados, durante mas ó menos dias, pues todos ellos fueron probando irrecusablemente que eran honrados vivientes y que á la hora que el relojero decia haber tenido su entrevista con el jorobado ladron, ellos estaban en tal ó cual parte.

La prision de jorobados tomó tal cuerpo y se desparramó de tal manera por la ciudad, que un oficial cigarrero jorobado que tenia en su cigarrería el alcalde Salaberry, se negó redondamente á ir á comprar una cuarta de aceite para hacer la comida.

No bastaron á convencerle las graciosísimas



razones que sobre su joroba le echó el alcalde, y aseguró que por nada de este mundo iría en busca del aceite.

De poco le valió su negativa, pues un oficial de policia que entró á lo de Salaberry á comprar cigarros, le echó el guanté y lo condujo al departamento, apesar de sus descomunales grios y protestas y las farsas y chacotas del diablo de Salaberry que decia al oficial.

—Llévelo no mas, llévelo no mas *camará*, que yo ya me estaba maliciando que este *chaval* no podia ser cosa buena, porque jorobao y cojo no hay nada bueno.

El pobre jorobado, maldiciendo de Dios y de su patron, marchó á la policia, donde se le puso incommunicado por las palabras comprometedoras del alcalde, pero este fué mas tarde al departamento y consiguió su libertad, demostrando que era una persona inocente, tan honrado como tímido, y de quien él salia garante en toda forma.

El jorobado fué puesto en libertad, pero no perdonó nunca á Salaberry el jabon que le habia hecho pasar con su maldita chacota.

Véamos un poco que habia sido de Parodi, Palma y los demas punguistas que tomaron parte en este robo, el mas famoso de todos.

Parodi, así que soltó á Berg, se dirigió á la cueva con toda la agilidad que pudo encontrar en los músculos de sus monstruosas piernas, llegando al covachon con una lengua mas afuera de la que podia permitirse ostentar un perro que hubierra corrido un par de leguas.

Su agitacion no dependia solamente de la marcha que habia hecho, marcha bastante penosa por su despareja catadura, sino á causa de la ansiedad que le dominaba.

Habian tenido sus compañeros el suficiente tiempo para limpiar la relojeria, ó se habian demorado en alguna pequeñez que les hiciera caer en las manos de los soldados del cuartel?

Aunque tenia sobrada fé en Palma, desconfiaba de que las grotescas pretensiones de Silva, lo hubieran hecho cometer una imprudencia irreparable que los hiciera malograr aquel golpe sublime.

Cuando Parodi llegó á la cueva, la puerta estaba cerrada, lo que le hizo una impresion diabólica.

Aquella puerta cerrada no podia significar otra cosa que haber sido sorprendidos los compañeros en casa de Berg y que el resto se habria dispersado, no concurriendo al punto de reunion por temor de una visita policial, muy probable, si los compañeros habian caido presos.

Con el corazon en la boca, como dicen las señoras para pintar la mayor ansiedad, el jorobado dió á la puerta unos cuantos golpes débiles y recatados, para que no fueran á llamar la atencion de los pocos transeuntes que por

allí habia, aplicando su oido esperto á la hendidija de la puerta para sentir si adentro habia gente.

No se oyó el menor rumor, pero el oido finísimo de Parodi percibió un ligero roce hecho en la hoja derecha de la puerta, que era una señal convenida y equivalente á preguntar ¿quién anda ahí?

Un golpe de alegria hizo afluir toda la sangre al corazon de Parodi, para quien esa seña, además de la pregunta, significaba que todo habia marchado bien.

Tan grande fué su emocion que se quedó como tonto sin responder á la señal, siendo necesario que la hicieran de nuevo para que se decidiera á llevar una mano temblorosa á la hoja izquierda de la puerta, y dar su nombre por medio de una combinacion de golpes y arañazos.

Acto continuo se abrió la puerta: Parodi entró rápidamente y se encontró con la pieza materialmente alfombrada de relojes y otras alhajas.

Con qué mirada amorosa acarició aquellos objetos que representaban una fortuna y un golpe de muerte dado á la Policia que tan sin razon odiaba!

El jorobado hubo de desmayarse de alegria al contemplar en la covacha la caja de fierro con que no contaba, porque no figuraba en el inventario mental que hizo de las existencias de la relojeria, en la lijera visual que echó por los escaparates la noche de su observacion.

—Conozco en este rasgo de audacia y de habilidad á Palma, dijo alegremente y se acercó al gigante, golpeándole suavemente las descomunales espaldas.

—Hemos tenido la idea con Silva al mismo tiempo, respondió Palma humildemente, lo único que he hecho yo ha sido hacerme echar una manito con los soldados para cargarla, porque aunque no era muy pesada que digamos, estaba tan bien unida al pié que nosotros dos no la hubiéramos podido arrancar.

—*Ah! figlio d'un prete!* gritó el jorobado dando esta vez una canchada al coloso, para lo cual tuvo que saltar media vara—por esa travesura te adjudico sin vacilar el mejor reloj de los que me toquen en el reparto—esa idea no la podia haber tenido sino yo y á falta mia no creí se le hubiera ocurrido á nadie—veo que tienes ingenio y que dentro de poco podremos hacer una yunta que ni veinte policias han de poder con ella.

En un segundo, el jorobado sacó de sus enormes bolsillos los útiles de que siempre andaba acompañado y violentó la caja como si hubiera sido un sencillo cajon de vino de Burdeos en manos de un borrachon á dieta.

El júbilo de aquellos grandes ladronazos

fué inmenso al ver que la caja contenia unos cincuenta y cinco mil pesos en buenos billetes de banco y varias letras y obligaciones á las que pegaron fuego sobre tablas para que alguno de ellos no fuera á tentarse y hacerse tomar por la policia á causa de unos miserables pesos mas ó menos, cuando se trataba de un negocio tan soberbio.

Se procedió en seguida al reparto de las alhajas y dinero; cada cual embolsó su parte donde pudo buenamente y se dispusieron á salir para llevarla á lugar seguro.

—Nadie se mueve de aquí, exclamó precipitadamente Parodi, sobre todo los que hemos manejado este negocio—todos hemos dejado nuestro rostro y nuestras señas, entre los ojos de los soldados del cuerpo, los que desalojaron la relojería, y yo entre los del relojero que habrá dado mi filiacion exacta y que ya nos andarán buscando.

—Tiene razon, agregó el negrito Gonzalez, que se habia convertido en un éco del jorobado—lo que es yo no me muevo de aquí hasta la noche en que me haré sombra y ganaré la casa de mi rompedero de cabeza, donde estoy mas seguro que un peludo en su cueva, pues no me van á hallar ni con perros.

Palma y Silva apoyaron el parecer de Parodi, pues los soldados los habian estado viendo mucho tiempo y podian haber dado tales señas, que los tomaran en cuanto salieran á la calle—optaron por quedarse allí un par de dias, hasta que pasaran las primeras diligencias de la autoridad y eso por supuesto, despues de haber estudiado bien los fondos de la casa para procurarse una buena salida en caso que descubrieran la covacha é intentaran entrar á viva fuerza.

Quedó, pues, arreglado que Parodi, Palma, Silva y el negrito Gonzalez, quedarían en la covacha, mientras los otros compañeros iban por distintos rumbos á tomar lenguas de lo que habia sucedido, comunicándolo á los que quedaban en la covacha, para adoptar medidas en caso de peligro y de persecucion.

Montovia, que era el mas listo, fué el primero que se movió, saliendo á la calle á poner á salvo su parte en la punca, que era de bastante importancia.

Poco despues, y á intervalos de diez minutos entre uno y otro, fueron saliendo Gramarra, Portete y el famoso José Correa de Mattos, que juraba por un millon de legiones de diabos que no habia policia capaz de reducirlo á prision, porque él estaba protegido por todas esas legiones de diabos que invocaba.

—Y para que ustedes no se rian, sñadia alegremente al ver las carcajadas con que sus palabras eran acogidas por aquel original auditorio—yo soy tan amigo del diabo que «cuando en voime in bora, ú diabo chora».

Quando los punguistas hubieron salido y solo quedaron en la covacha los cuatro autores de aquella punca, el jorobado se entregó á un descomunal regocijo.

—Ahora, les dijo, aunque toda la policia de Buenos Aires ande en mi seguimiento, ayudada por la Policia de Montevideo, juro que nuestro próximo golpe ha de ser el negocio mas importante que haya en Buenos Aires, y que no me he de detener en las rapiñas hasta no haber dado un buen golpe al mismo Banco de la Provincia.

Era tal el ascendiente que habia tomado el jorobado sobre sus compañeros que sus últimos tiros, que estos no dudaron que haria lo que decia hasta el punto que ya se figuraban verse eligiendo en las cajas de banco los mas mordidos paquetes y los billetes de mas valor, dejando los chicos porque hacian mucho bulto.

—Voy á necesitar un poco de reposo, añadia Parodi, porque siento los pulmones muy doloridos y no quiero contraer una afeccion que dé conmigo en el cementerio.

Y era verdad, hacia como un par de meses que el jorobado sentia un dolor á los pulmones y una tosecita que no lo tenian muy tranquilo que digamos, á causa de las parrandas que solia tener, tan á ocultas de sus compañeros, que estos lo creian un santo anacoreta.

Parodi, viéndose dueño de grandes cantidades de dinero, producto de sus repetidos robos, compraba á peso de oro el amor que no podia inspirar, amor que se desbordaba de todo su ser y que nunca habia logrado ver correspondido sinó por medio del dinero que derramaba á manos llenas.

Buscando mitigar su sed de amor, habia hecho relacion con una especie de mulatilla del barrio del alto, que á cambio de un par de caricias bien fingidas, vaciaba sus bolsillos sin encontrar en su monstruoso amante la menor resistencia.

La mulatilla tenia una porcion de amigas que vivian de los dineros de Parodi, dándose una vida espléndida, pues cada noche que él iba á casa de la mujerzuela, esta juntaba todas sus amigas, á quienes se obsequiaba con una abundante cena salpicada de exelentes vinos.

El jorobado gozaba con esto inmensamente, se quedaba estasiado con la contemplacion de su amante y se entregaba á toda clase de excesos brutales que iban minando poco á poco su salud delicada y destrozando sus pulmones enfermizos, que ya habian contraido un principio de tuberculosis.

En estas noches el jorobado empezaba por comer de una manera brutal y concluia bebiendo de tal modo, que quedaba allí tendido como muerto, dias enteros, víctima de la embriaguez mas espantosa.

Mientras el jorobado estaba así como un cádaver víctima del alcohol, en casa de la mulatilla seguía la bacanal en un crescendo salvaje—las botellas se vaciaban con una rapidez vertiginosa, y al fin de la noche no era Parodi solamente el borracho, pues á su lado se podía ver á su amante tan borracha como él.

A causa de estas orgias, el jorobado había ido poniéndose amarillento y apergaminado cuyo aspecto en mas de una ocasion llamó la atención de sus compañeros.

Varias veces lo habían interrogado indagando la causa de aquel color enfermizo pero él había esquivado siempre las preguntas atribuyendo su estado á las malas noches, pues decía que cuando no las pasaba en los golpes que juntos daban, las pasaba confeccionando los instrumentos necesarios.

—Si estás delicado de salud, le dijo Palma, debes descansar algunos dias, que nosotros lo iremos pasando de cualquier modo, pues peor será que te enfermes y tengas que guardar cama por mucho tiempo—mira que uno sabe cuando cae á la cama, pero no cuando se vá á levantar.

—Hace tiempo que he pensado en darme algun descanso, respondió, Parodi y ahora estoy decidido á hacerlo, porque mi salud lo reclama de un modo imperioso y veo que si me dejaso andar no he de poder acompañarlos mucho tiempo, porque ya me suelen acometer serios ataques de fatiga.

—Ahora que hemos hecho este tiro es la ocasion de hacerlo, insistió Palma puedes irte á un pueblo de campo donde pasarás un mes tranquilo, libre de cuidados.

—Eso es lo que voy á hacer, respondió el jorobado, pero tengo que realizar otro golpe en dinero, porque sería muy peligroso ponerme á realizar de golpe las alhajas que poseo—la Policía ha abierto mucho el ojo, y aunque sus agentes son medio tontos, no es bueno descuidarse mucho ni entregarse por completo á la casualidad.

El jorobado tenía con que irse, y no necesitaba, como decía, dar un nuevo golpe, otra era la razon que lo detenía para hacer su viaje.

Cuando comunicó á su amante la necesidad de reponer su salud, mediante un mes de campo, esta se opuso de una manera enérgica y decidida. Creía que aquel era un pretexto que tomaba el jorobado para abandonarla, y como la pérdida de aquel amante era la pérdida de su fortuna, no quiso consentir en ello de ninguna manera—lo retó asperamente, y como último recurso se puso á llorar.

Parodi se sintió vencido y empezó á batirse en retirada, aunque esponiendo razones de las mas convincentes que pudo hallar en su rica imaginacion. La mulatilla empezó á compren-

der que su amante necesitaba realmente aquel reposo, y tranzó la cuestion de esta hábil manera.

—Ya comprendes, le dijo, que yo te amo sinceramente y que jamás podría aceptar los galanteos de otro hombre, aunque quedará entregada á la mas espantosa miseria: no me opongo á tu viaje, pero es preciso que me dejes una suma suficiente para no carecer de nada mientras dure tu ausencia.

El jorobado dió un beso nauseabundo á la pérdida mulatita y aceptó lleno de gozo la propuesta que tanto halagaba su amor.

Esta era la razon que tenía para no poner en ejecucion su plan, antes de haber dado un golpe que le dejará libre una suma suficiente para su amante.

¿Cómo un hombre tan vivo é ingenioso podía haber caído en un lazo tan grosero, que no hubiera engañado un minuto al hombre mas mulata?

Misterios del corazon, esplicables en un ser que como Parodi sufría una sed infinita de amor, sin haber encontrado mas que una paliza, donde creyó hallar una caricia ó una palabra de tierno consuelo.

—Pues te ayudaremos como hasta hoy, dijo Palma, cediéndote nuestra parte si fuera preciso, pues en un mes de descanso tu puedes dear grandes golpes.

—Sentodejarlos, aunque temporalmente pues no he nacido para la vida sedentaria, yo no puedo vivir sin un trabajo continuo, pero siento que mis pulmones me dan la voz de alarma y no me quiero dejar ganar por un principio de tisis que pudiera serme fatal—yo no quiero morir.

Y en el tono de espanto con que el jorobado pronunció estas palabras, se veía realmente el miedo tremendo que le inspiraba la idea de la muerte.

En lo mejor de esta charla estaban, cuando apareció Montovia, que era el primero que había salido y el primero que volvía, portador de noticias graciosísimas.

No queda en la ciudad, dijo al entrar, ni un solo jorobado que no esté preso, ni se encuentra para remedio un solo negro changador que no haya sido conducido á la cafúa, creyendo dar por este medio con el negro y el jorobado complicados en el negocio de la rejería mudada.

—Sacramento! gritó Parodi, echándose fuera del catre donde estaba sentado—hablas con seriedad, Montovia amigo, ó nos haces una broma pesada?

—Hablo con la mayor seriedad de este mundo, contestó Montovia, la policia ha reducido á prision á todos los jorobados conocidos, y á cuanto negro changador ha encontrado en las esquinas y transitando en la calle—

lo puedo garantir, pues paseándome por la plaza de la Victoria, frente á la policia he visto entrar en el espacio de una hora, mas de quince jorobados y unos cuarenta morenos changadores.

—El maldito relojero ha dado mis señas, dijo Parodi palideciendo, yo debia haberme desfigurando la cara sospechando lo que iba á suceder, pero ya es tarde.

—Lo que es ahora, no me muevo de aquí hasta que los jorobados no tengan puerta franca.

—Pa los pabos! gritó á su vez el negrito Gonzalez—de aquí no me sacan ni con palabra de casamiento—ah! milicos trompudos! ni que les hubieran pagado!

En seguida de Montovia empezaron á caer los otros punguistas, todos con la misma noticia, á saber, que cuanto jorobado se hallaba en la calle era conducido al hotel del Gallo donde se le comunicaba y se le tomaba declaracion.

Todos ellos eran careados con el relojero Berg, quien los reconocia, y cada vez mas entristecido exclamaba: no es este, no es este— el otro estará ya en Montevideo, pues él mismo me dijo que á la tarde se embarcaba, y poco le ha faltado para avisarme que á aquella hora me estaban robando.

La policia tomó informe de las agencias de vappres, pero en el que habia salido ese dia no habia tomado pasaje ninguna de las personas cuya filiacion se daba—era, pues, indudable que los ladrones no habian salido de la ciudad, y la prision de jorobados y negros era cada vez mayor.

Los cuatro que habian tomado parte en el robo de la relojeria y cuyas filiaciones tenia indudablemente la Policia, resolvieron permanecer en la covacha los ocho ó diez dias que durara la persecucion, encargando á los otros que trajeran las provisiones necesarias para pasar esos dias.

La Policia de aquellos tiempo tenia muchos puntos de contacto con la actual.

Por ejemplo en los primeros dias de un suceso ruidoso, como los robos de Parodi, todo era ocuparse en la persecucion de sus autores y en tomar medidas tendentes á apresarlos, pero una vez que pasaba este primer fuego ya nadie se acordaba de la cosa y todo venia á quedar en su primitivo estado.

Por esto Parodi, que conocia ese defecto, se tomaba ocho ó diez dias para dejar pasar el entusiasmo de los primeros momentos y salir cuando pudiera pasar delante mismo de la policia sin que nadie le dijera nada, por haber olvidado su última hazaña.

Entre tanto emplearia aquellos ocho dias en idear algun golpe maestro que lo pusiera

á salvo de las exigencias de su tiernísima amante.

Muchos tiros venian á su magin en aquel momento, pero como no podia salir á la calle, ni siquiera enviar á Palma, en cuya habilidad tenia mas confianza, porque se hallaba tan expuesto como él, le era imposible tomar los datos necesarios y moldes de las casas apuntadas.

—Es preciso conformarse con ocho dias de inaccion, dijo Parodi, puesto que no hay otro remedio por ahora, pero asi que podamos salir, yo prometo que hemos de dar un golpe que ha de hacer perdon la chaveta á ese gefe de policia que se ha atrevido á tantearnos el bulto sin pedir permiso.

—Como yo he andado disfrazado de changador, dijo Palma, y solo me han visto bien los soldados que me ayudaron á cargar la caja, puedo intentar una salida con mi verdadero traje y observar de lejos lo que suceda, por supuesto con muy buen cuidado de no pasar por el cuartel.

—Nada de tonteras, dijo Parodi, ninguno de los que hemos andado en la cosa debe moverse de aquí, porque seria al punto preso, y como por el hilo se saca el ovillo, no seria muy dificil que dieran con la guarida de todos y entonces adios proyectos de riqueza.

Quedo, pues, convenido que los que tomaron parte activa en el desplume de la relojeria, permanecerian en la cueva y los demás se ocuparían en tomar lenguas de lo que sucedia por las regiones policiales, cuidándose al mismo tiempo de traer provisiones para los que quedaban.

Esa noche los punguistas tuvieron una verdadera cena, en la especie de covachon que constituia los fondos de la casa que les servia de guarida.

Se bebió por alto en grande y se brindó á la salud del jorobado, con tan buena sed, que las cabezas empezaron á ponerse un poco pesadas, y á eso de las dos de la mañana algunos de los punguistas daban cuatro riendas á la mas pintoresca mona que haya montado ginete humano.

El jorobado comprendiendo que si todos alzaban preces al dios Baco, podia producirse un escándalo que echara á perder todo lo ganado, no solo no bebió con exeso para conservar fresca su cabeza, sino que pidió á Palma hiciese lo mismo para contener cualquier desman alcohólico de los compañeros, que ya principiaban á querer jugar á la *morra* y á la *biscambiggia*, con sendas protestas de Silva que decia que aquello era un escándalo.

El jorobado tenia otro motivo mas poderoso para no beber comprendia que el alcohol le hacia un daño terrible, y los últimos vómitos de sangre que habia tenido lo habian asusta-

do de una manera seria, pues à nada tenia mas miedo que à la muerte.

Ante la mas remota probabilidad de perder el pellejo, Parodi se hubiera entregado preso cincuenta veces al primer sereno de la esquina.

Solo su infernal amante podia hacerlo beber y embriagar, para vaciar sus bolsillos, pero felizmente estaba muy lejos de ella, lo que importaba decir que era dueño de su voluntad, cosa que no le sucedia estando cerca de aquella mujer infernal, que lo manejaba con la mirada y con la misma facilidad que esos organeros que andan con un mono pruebista à quien manejan con el movimiento de las pestañas.

Menos Parodi y Palma, todos los demás pinguistas fueron cayendo mas tras otros, victimas de las valientes botellas de caña y ginebra que les llevaron los que tenian puerta franca.

Los mismos portugueses Silva y Correa de Mattos, cayeron victimas de una mona grave y aristocrática, que hacia un contraste especial con el alegre peludo que habia tomado el negro Gonzalez, veterano corrido en esta clase de monas y aventuras de hacha y tiza.

Así se pasó aquella noche endiablada, en medio de la mayor zozobra para los que no dormian y de la mayor tranquilidad para los que estaban entregados à las amorosas caricias del vacilante Baco.

## CRECEN LAS UNAS

Diez dias pasó la gavilla sin moverse de la cueva y dedicados unos à permanecer allí escondidos y los otros à traer provisiones para los que no podian salir à la calle, filiados por la policia.

La prision de changadores negros y de jorobados de todas menas y pelajes habia cesado por completo, con gran alegria de Parodi que podria salir à la calle, aunque con algun recato y ver à su amante, despues de tanta ausencia.

Aquellos dias que habia permanecido en la covacha, respirando por todo ambiente el humo de los pitos de sus compañeros y esas emanaciones peculiares de los cuartos donde se alojan borrachos, habian empeorado su salud.

Habia tenido tres pequeños vómitos de sangre que lo tenian en un estado de desesperacion lamentable.

El jorobado era sumamente cobarde, ya lo hemos dicho, tenia un terror pánico à la muerte, y temia con razon que si continuaba mucho tiempo mas así iba à dar al traste con su pellejo.

Su primera operacion fué mandar comprar un rosario, y en medio de las jironicas burlas de sus socios, se entregaba à ponerse bien con Dios, murmurando un eterno rezo que provocaba la hilaridad de los bandidos.

Era cosa de ver el contraste que hacia el jorobado rezando, mientras Portete, Gramarra y Montovia jugaban desafortadamente una partida de morra, los dos portugueses y el negro se entregaban à una eterna chacota y Palma soltaba cada bestemnia que hacia temblar la casa.

—Es imposible seguir así, decia, no hacemos

nada, nos vamos à arruinar y es una vergüenza que porque cuatro fantasmones de vigilantes nos puedan echar el guante, permanezcamos aquí como ratones en trampa.

—¿Y qué vamos à hacer? replicaba temblando el jorobado, es una gran tontera esponerse à que à uno le echen el guante despues de haber tenido tanto trabajo en ocultarse, y todo por no tener un poco mas de paciencia.

—Es que la paciencia se acaba, qué diablo! decia Palma y yo no he nacido para estar encerrado—ya está bueno de ocultarse y de permanecer en inaccion—lo que es yo, desde hoy salgo à la calle, porque no tengo miedo.

—Pues lo que es yo, pensó Parodi, desde mañana gano la casa de mi china, de donde no saldré hasta no estar bien seguro de que no me ha de suceder nada:—este tonto se va à hacer cazar y si lo apuran mucho no será extraño que cante de plano y de puro miedo nos venda à todos—asi es que mas seguro estoy en mi guarida.

Aquella tarde se fué Palma à tomar lenguas, regresando al dia siguiente muy lleno de novedades que comunicó à sus compañeros de encierro, comunicándoles que ya podian salir à la calle.

La Policia habia hecho las de siempre; se habia cansado en sus pesquisas y habia dado la cosa por concluida.

El único que iba de cuando en cuando al departamento à obtener noticias y apurar la cosa, era el relojero Berg que se afijia à medida que perdía todà esperanza, y que encontraba siempre esta respuesta:

—Amigo mio, aún no se ha podido descu-

brir nada, pero tenga paciencia, la policia está sobre el rastro.

—No volveré mas, dijo el relojero la última vez—está visto que mi causa es causa perdida y que encontrarán tanto á los ladrones como yo á San Pedro por la calle—me conformaré y empezaré á trabajar de nuevo.

Palma tenia una relacion en la policia, que lo informaba de todo lo que pasaba, ignorando ó sabiendo que Palma era amigo de lo ageno—este fué el que le dijo que, respecto al robo de la relojeria no tenian ninguna orden—que la cosa habia sido dejada de mano y que, por el momento no querian ocuparse de ella.

Cuando los rateros supieron por boca de Palma todas estas novedades, resolvieron salir, aunque con algun secreto, encontrando muy justas las observaciones que les hizo Parodi, sobre todo para volver á entrar á la cueva, accion que no debian dejarse sorprender ni por el mas íntimo amigo.

—¿Quién les dice á ustedes que la Policia no obra de una manera sagaz—retirando á los agentes toda orden en contra nuestra, para que vivamos confiados mientras se nos observa sin que nosotros podamos siquiera sospecharlo?

—No seria extraño, añadió, que alguno de nosotros esté vijilado, y que se observe mañosamente donde se mete para ser sorprendido junto con los demás compañeros á quienes se quiere cazar?

—Mucho cuidado pues, al entrar y salir de la cueva, termino, observen bien los alrededores antes de hacerlo y no les sucederá nada—entre tanto yo me voy á reposar unos cuatro ó cinco dias, que harto lo necesito y podemos juntarnos aquí el domingo á la noche, que mientras yo me reposo tendré en actividad mi pensamiento, para que en un solo tiro podamos recuperar el tiempo perdido aquí inútilmente, sin provecho de ninguna clase.

Aquel dia cada cual abandonó la cueva, siendo Parodi el último en salir, ya muy avanzada la noche—despues de comprometerse todos á estar presentes el domingo á las ocho ó nueve de la noche, caso que no les sucediera algo.

Cuando el jorobado se encontró en la calle respiró con un placer incalculable el fresco ambiente de la noche y se dirijió con un paso rapidísimo hácia la morada de la dama de sus deschavetados pensamientos y digo deschavetados pues solo habiendo perdido el juicio se puede pensar en un amor real y positivo con semejante figura, en tiempos que vemos á los mejores parecidos engañados como unos inocentes.

Era curioso ver como andaba Parodi, recatándose hasta de sus propios ojos.

Caminaba pegado á la pared, tratando de confundirse con su propia sombra, y cuando

algun transeunte fijaba en él casualmente la mirada, se retorcia haciendo el menor bulto que podia y disimulando la joroba bajo los pliegues de una capa raída, pues no habia perdido la costumbre de hacerse el pobre necesitado.

El jorobado iba tan asustado, porque consigo llevaba la parte que le habia tocado en el robo de los relojes, cuerpo de delito capaz de dar en tierra con sus mas hábiles respuestas en caso de ser reducido á prision.

Entro un millon de sustos á cual mas morrudo, llegó por fin á su casa oficial—un altillo de su titulada herreria, donde escondió los relojes y alhajas que llevaba y sacó unos cinco mil pesos, pues en casa de su *rompedero de jorobas* no le era permitido presentarse con las manos vacias, mucho mas despues de una ausencia tan larga, que iba á costarle una media docena de moquetes que sufriria con tierna resignacion, aminorándolos con dinero.

La maritornes que se habia apoderado del espíritu de este satanás era tal, que como lo hemos dicho, lo gobernaba con el movimiento de los ojos, pero de una manera habilísima y que le daba grandes resultados monetarios.

Si el jorobado le llevaba poco dinero, por ejemplo, ella lloraba diciéndole que no le llevaba bastante, porque todo le era poco para darlo á las otras mugeres con quienes andaba.

Parodi entónces, para consolar á su amante y probarle lo contrario de lo que decia, le daba mas dinero y cesaban las quejas mediante una media docena de cariños que el pobre jorobado recibia con la boca hecha agua.

La cuestion era sacarle el quilo, cosa facilísima con el temperamento que habia adoptado.

Sin llegarle la camisa al cuerpo y munido de sus cinco mil pesos, el jorobado se lanzó á casa de su amante.

Esta estaba sola en aquel momento y se hizo la que no vió á Parodi que entró humildemente y con ademan sumamente contrito—sabiendo de antemano lo que iba á sucederle y las recriminaciones de que iba á ser el blanco, por lo menos durante un par de horas.

—Cómo estás, hermosa mia? preguntó cariñosamente; me parece que hace un siglo que no te veo y vengo á pasar unos dias contigo.

—Mucho que le importa á usted de mí, contestó la mujerzuela haciéndose la interesante—despues que andan con otras en mil parrandas, vienen aquí á mentir amores como si una fuera tonta para tragarse todas las mentiras que quieren inventar!

—Hija mia, contestó Parodi, tratando de hacer á su amante un cariño que esta rechazó muy indignada—estaba muy enfermo, ya sabes que mi estado es grave, y además no

he podido salir á la calle en estos dias, de miedo que me echaran el guante.

—Qué te han de echar el guante á tí que eres mas vivo que todos juntos?—es que has andado con otras mujeres que te gustan mas que yo, y no te has acordado de mi hasta que te has aburrido de ellas—y se puso á gimotear como cualquier mujer que desea ser creida.

—Pero hija mia, contestó el jorobado empezando á aflijirse al ver las geremiadas de la dama de sus pensamientos—en qué mujeres quieres que ande, yo que no pienso mas que en tí y que si no fuera por algun quehacer que tengo no me separaria de tu lado.

—Mentira, eso me lo dices para que no me disguste: tú tienes otra mujer á quien quieres mas que á mí y á quien das todo el dinero que tienes, mientras yo paso todo género de necesidades—¡j, j, j,—y la muchacha subió su lloro un medio tono.

—Aquí tienes dinero, hija mia—y el jorobado peló los cinco mil pesos que puso en manos de la maritornes con suma delicadeza—te juro que no he venido antes porque no he podido salir á la calle, á consecuencia de que la Policía me seguia la pista tenazmente.

La amante del jorobado oprimió el dinero con un placer nervioso pero subió dos tonos mas el diapason de sus llantos, que iban tomando ya todo el carácter de una gritería, gritería en que generalmente terminaban aquellas comedias con que tenia fuera de sí al pobre de Parodi.

Estas exenas, á pesar de su carácter mortificante, gustaban enormemente al jorobado, porque creia que ellas eran motivadas por los grandes celos que sentia su amante, al suponerlo entregado á otro género de amores que los que ella le brindara.

Sentia con esto su amor propio fuertemente halagado y aflojaba la mosca sin sentirlo, á pesar de ser un miserete tan famosísimo.

Esto era lo que queria la traviesa muchacha y era este el blanco á donde iban dirigidos sus lloriqueos y gritos de desesperacion y celos.

—Bueno, dijo por fin guardando el dinero y levantando hasta los de Parodi sus ojos tentadores preñados en lágrimas—por esta vez te perdono, pero mira, si alguna vez llegas á engañarme y hacerme traicion, guárdate de mí porque te mato, Parodi.

Y como un adelanto de lo que decia tomó al jorobado de las mechas y le aplicó tres ó cuatro cogotazos que le hicieron dar tres ó cuatro grandes gritos.

—Bueno, hija mia, pero espera á que te engañe, dijo untándose un poco de saliva en los tres ó cuatro chichones que aquellos cogotazos levantaron sobre su cabeza de Cuasimodo

—nadie pega adelantado y todavia yo no te he engañado ni pienso hacerlo.

—Librete Dios solo de pensarlo, porque á pesar de lo que yo te amo, seria capaz de envenenarte—tú no sabes lo que es una muger celosa.

Parodi, pues, estaba dominado no solo por el amor que sentia hácia aquella mujer, sino por el gran miedo que ésta habia sabido inspirarle—creia en la posibilidad de que otra mujer lo amara y temblaba cristianamente al recordar las amenazas de su amante.

Esta exena duró proximamente una media hora, hasta que la astuta sílfide finjiendo interesarse en la salud de aquel cándido, le preguntó qué era lo que le habia pasado y por qué habia tenido que andar huyendo el bulto á las persecuciones de la Policía tanto tiempo.

Parodi, que para ciertas cosas no se hubiera confiado á su propio confesor, inventó una historieta para explicar la sacada de cuerpo á la Policía, y trató de enternecer el corazon de su amante, exajerando todo lo posible el delicado estado de su salud.

—Además de la broma de tener que estar escondido estos diez dias dijo, me han acometido estos cinco vómitos de sangre, tan violento el último, que creí que me llegaba mi hora final—no te puedes figurar la desesperacion que he sentido al pensar que moria lejos de tí.

—Pobre Domingo! finjió aquella endiablada mujer, es preciso que te cuides mucho, pues yo no quiero que te agarren.

—En eso pienso, mi querida, voy á ver si hago algun negocio que me proporcione algun alivio para poder dejarte un poco de dinero, y me voy al campo donde estoy seguro que algo he de aliviarme—dicen que el pueblo de Lujan sienta muy bien á los tísicos.

—Cuanto antes mejor—querido—ya sabes que yo no soy muy exigente—con tal que me dejes como para vivir sin faltar á tu amor, no tienes que preocuparte por nada mas, que yo haré mis economías para no serte tan gravosa—ya sabes cuanto te quiero mi pobre Domingo.

—En estos dias pienso realizar un negocio que me permita desprenderme de una buena suma, dijo el jorobado, y entonces hemos de arreglarlo todo á medida de nuestros deseos, tu quedarás bien y yo estaré tranquilo sabiendo que nada puede faltarte, porque te he de dejar bastante.

—Ahora, para que todo no sean tristezas, concluyó diciendo la muchacha, yo voy á mandar buscar unas amigas con eso comemos alegremente y se te pasan esos pensamientos tristes que te asaltan tan sin motivo—vas á ver qué bien vamos á pasar la noche.

Parodi hubiera preferido eliminar hasta las amigas, porque deseaba quedarse solo en com-

pañía de su amante, pero no se atrevió á contradecir á ésta y otorgó con un silencio la indicacion á la bacanal, que era lo que su amante entendia por cena.

Las amigas de Nemesia, que así se llamaba ésta, fueron invitadas, y bien pronto el jorobado se vió rodeado por una media docena de aquellas, que lo cumplimentaban y le dirijian toda clase de cariñosas saludos, sabiendo que era el pagano de aquellas orgias.

El jorobado sentia tentaciones de echarlas al infierno á todas ellas, pero comprendia que aquello era provocar las iras de Nemesia y sonreia á su pesar retribuyendo los cumplimientos de cocina que le dirijian, con una ironia que el buen jorobado comprendia.

Para aquellas mujeres, máquinas de gastar dinero, el pobre monstruo no era mas que un títere que les hacia un efecto de cosquillas, pero tenian presente que era la mina de donde salian aquellas cenas, y disimulaban la cosa de la mejor manera posible.

La cona principió como las anteriores en medio de las alegres carcajadas de Nemesia y sus amigas y la mayor circunspeccion por parte del jorobado que, sentado frente á su amante la devoraba con los ojos haciéndose cada ilusion como un templo.

Parodi rechazó galantemente algunas copas de vino con que lo obsequiaban sus vecinas de mesa, á pretexto de que estaba enfermo y que el vino le traia sérios trastornos, pero no se atrevió á hacer lo mismo con una copa que le ofreció Nemesia.

Sabia que le iba á hacer daño, habia concluido por tomar horror á la bebida, pero como rehusar una copa que le ofrecia su hermosa amante?

Parodi se echó al pecho aquella copa y como el beber es aún peor que el rascar y el comer, á esa se siguió otra, y á la otra, media docena mas.

Las mugeres bebian copa tras copa, con un placer que se revelaba en la manera formidable con que hacian chasquear su lengua contra el paladar.

Como el jorobado habia cedido á la invitacion de Nemesia, fué necesario que cediese tambien á la de las demás mugeres; de manera que, á la mitad de la cena, sus ojos se habian entrecerrado ya y empezaba á tomar parte en la conversacion general, lo que era señal de un principio de embriaguez.

Nemesia guiñaba el ojo á sus compañeras y estas pasaban al jorobado sendas copas, haciéndolo brindar por la duracion de sus amores.

¿Cómo resistir á semejante invitacion, sobre todo, en presencia de la misma Nemesia que levantaba su copa como para chócarla con la suya?

El jorobado bebió como un tudesco, bebió hasta que pudo llevar una copa á los labios y hacer desaparecer el contenido en su monstruoso gáznate.

En seguida apoyó pesadamente la joroba en el respaldo de la silla y cayó de espaldas produciendo un ruido infernal.

Una alegre carcajada lanzada por todas aquellas satanases, saludó la caída de Parodi que era el principio de la mas feróz saturnal.

Entre todas ellas abrieron, ayudadas del cabo de una cuchara la boca de Parodi, y le hicieron tragar media botella de cognac, para tener la plena seguridad de que aquella mona duraria hasta el dia siguiente á horas muy avanzadas.

Luego Nemesia registró todos sus bolsillos en los que solo halló unos quinientos pesos y lo llevaron á una pieza interior donde lo acostaron en el mullido suelo, enviando despues á buscar unos cuantos invitados que dieran animacion á la fiesta que principiaba recién.

Los invitados cayeron trayendo guitarras, acordeones y bocas como esponjitas instrumentos todos de primera necesidad para aquella fiesta.

Se pasó alegremente la noche hasta al amanecer en que el sol sorprendió á bailarines y bailarinas, en el mas lastimoso estado de embriaguez que pueda imaginarse—cada humanidad de aquellas era un verdadero cubo cargado de toda clase de bebidas.

Unos quedaron alli á dormir la tranca, mientras los mas avezados á este género de aventuras se lavaban la cabeza y se retiraban á sus casas.

Nemesia, cuyo peludo no iba en zaga al del jorobado, quedó á su lado tan inmóvil, que era difícil saber si aquel cuerpo era el de un muerto ó el de un vivo—aquella mona de los dos amantes duró la friolera de 26 horas que tardaron en despertar, algo aliviados de la cabeza.

Cuando despertaron sintieron la imperiosa necesidad de beber agua, porque con la tranca pasada tenian la boca seca.

—Házme dar un jarro de agua, querida mia, dijo Parodi con la voz entorpecida todavia—me muero de sed y tengo la boca como fuego.

—Agua? preguntó Nemesia—y quién toma agua habiendo vino? yo tambien tengo seca la boca, pero voy á tomar vino.

—Diógenes, Diógenes, siguió, dando grandes voces—trae un botellon de vino que tengo una sed de todos los infiernos—pronto, pronto!

—Pocos momentos despues entró al aposento una negrilla como de veinte años, trayendo un enorme botellon de vino y un vaso.

Parodi quiso protestar, asegurando que en



su estado actual aquel vino seria un veneno, pero á una señal imperiosa de Nemesia no tuvo mas remedio que tomar el vaso de vino y llevarlo á la boca—y era tal la sed que sentia, que detrás de aquel vaso se echó al coleteo unos dos ó tres mas, haciendo sonar la lengua al paladar como esos grandes borrachones cuyo primer placer en esta vida es un vaso de alcohol, á que saludan siempre con un sonoro chasquido de lengua.

—No te dije yo que no hay nada mejor que el vino? preguntó Nemesia despues de mojarse la garganta con una buena racion—el vino quita la sed mejor que el agua y no hace daño como el agua fria, que cae en el estómago caliente por la tranca anterior—bebe mas, bebe mas Domingo y verás que gusto te dá y como te vigoriza y te entona—bebe, bebe hijo mio.

Y el jorobado que primero bebia por temor de disgustar á Nemesia, seguia bebiendo ahora como una mula, acompañado, por supuesto de su compañera, que no hacia sino llenar y vaciar el vaso con una rapidez asombrosa.

Concluido aquel enorme botellon, Nemesia pidió á la negrilla que trajera otro, pedido que fué obedecido inmediatamente.

Tal era la sed de estos originales amantes y tal su aficion á empinar el codo, que al segundo botellon le sucedió un tercero, y si el cuarto no vino á llenar su turno, fué porque Nemesia y Domingo cayeron postrados por los humos de la pasada tranca y los vapores de la que acababan de tomar con el honesto pretexto de amortiguar la sed que ellos aseguraban ser espantosa.

Aquella segunda turca no fué tan famosa como la primera, pues solo les duró hasta la entrada de la noche, hora en que despertaron con un hambre formidable, pues hacia ya como unas treinta y tantas horas que no tomaban alimento alguno.

—Yo quiero comer porque estoy desfallecido dijo Parodi, y en seguida irme porque tengo que realizar el negocio de que to hablé.

—Vamos á comer, respondió Nemesia, puesto que yo tambien tengo hambre, pero no te vayas hasta mañana, que ya tendrás tiempo de concluir lo que traes entre manos—tú mismo dices que no por mucho madrugar amanece mas temprano.

Parodi hubo de conformarse ante esta nueva exigencia, pues cerca de su amante ya sabemos que no tenia voluntad propia.

Aquella comida se prolongó no poco, á la casa vinieron algunas de las amigas de Nemesia á quienes ya se habia pasado la mona, y se armó un nuevo bochinche que por las proporciones que tomaba amenazaba ser la segunda edicion del anterior.

El jorobado tuvo un nuevo vómito de san

gre que concluyó de aterrorizarlo, declarando que él ya no bebia ni una gota mas.

Era cosa de ver la monstruosa fisonomía de aquel ser infernal, trastornada por los estragos de las últimas monas y descompuesta por el mas temeroso espanto.

Los ojos inyectados de sangre y dilatados por el espanto, se entreveian apenas al través de sus mechas cerdudas y enmarañadas que le cubrian la frente por completo, dándole una expresion aterrante.

Todo su cuerpo temblaba como el de un alcoholista, y de su boca entreabierta salia un aliento nauseabundo que descomponia todo el aire de la habitacion, obligando á los presentes á taparse las narices con los dedos á falta de otra cosa.

Las mugeres que asistian á aquella exena, ya no se reian, aterradas con el aspecto de aquel mónstruo humano.

Nemesia, mas habituada sin duda á la fisonomía de Parodi, soltaba de cuando en cuando una carcajada, preguntando á Domingo que si tenia miedo de morirse, que de aquel modo se le habia descompuesto la fisonomía al extremo de parecer un cadáver.

No te asustes, vida mia, continuaba, que todavia no ha llegado tu hora de cantar para el carnero—no te asustes que Dios me tiene consideracion y no me ha de dejar viudita tan pronto, cuando mas te necesito—consuélate y no seas mulita y echa otra copita de vino para que estés mas alegre y que te concluya de quitar el jabon.

Con esto las otras mugeres se echaron á reir y la exena tomó un aspecto mas alegre, aunque el jorobado no abandonó su actitud aterrada.

—Hija mia, dijo, yo me voy—ya sabes que tengo que hacer y que no puedo demorarme mas aqui—dentro de uno ó dos dias, volveré y te traeré lo que sabes, pues yo pienso retirarme á respirar el aire puro aunque solo sea por una semana, ya ves que mi enfermedad avanza y que estoy espuesto á agravarme de manera á quedar postrado en cama sin poder hacer nada.

Bueno, hijo mio, respondió Nemesia, no tardes, pues ya sabes que cuando te demoras yo sufro mucho creyendo que estás entretenido con otras mugeres—conque vuelve pronto que ya sabes que aquí te espera un corazon que te quiere inmensamente.

Quando Nemesia decia esto, las demas mugeres no podian contener la risa, al ver la seriedad con que Parodi acojia aquella burla, sin comprender que la tal su amante se burlaba de él de una manera que hubiera hecho abrir los ojos al mas inocente.

—Tienes valor, preguntó una de ellas, cuando el jorobado hubo salido—¿tienes valor de esponerte á perder una fortuna como la

que tienes? mira que un dia se vá á apercibir de la cosa y se vá á mandar mudar y quien vá á perder con esto eres tú.

—Qué esperanza! replicó Nemesia, empuñando una copa llena—es tan imbécil como horroroso y aunque me ria en su cara no lo ha de comprender—está enamorado de mí con toda su joroba, y aunque lo eche ha de volver á pedirme perdon.

Y la jarana siguió en un infernal crescendo, hasta hacer triunfar los cinco mil pesotes que habia dejado Parodi, en la seguridad de que una vez concluidos ya vendrian otros á reemplazarlos.

La mona que se siguió fué tan espantosa, que la Policia tuvo que intervenir aquella noche para hacer cesar el escándalo.

El jorobado salió medio loco de aquella casa y tomó el camino de su domicilio oficial para calmar en algo el volcan que ardia en su cerebro y coordinar sus ideas para el próximo golpe que debia de dar, antes de ausentarse al campo.

Era viérnes y el domingo tenia reunion en la covacha con los demás compañeros—no habia, pues, tiempo que perder.

Recatándose siempre lo mas posible. llegó á la herreria y se metió como un cohete cerrando tras sí la puerta.

Allí en su herreria, Parodi se puso á reflexionar sobre la dura situacion en que lo habian colocado su enfermedad y el amor á Nemesia.

Su enfermedad le obligaba á ausentarse al campo cuanto antes, pues en su estado actual era de temerse lo acometiera una tisis aguda, y por otro lado el amor á Nemesia lo retenia en el pueblo forzosamente—necesitaba dejarla dinero, mucho dinero, y para esto tenia que efectuar algun tiro de gran provecho, porque aunque tenia en su poder grandes valores en alhajas, no podia proceder á la venta de estas sin gran peligro para su libertad, sobre todo en aquellos tiempos en que la Policia se habia dedicado á perseguir jorobados, teniendo su filiacion.

Ademas de necesitar dinero para dejarle á Nemesia, lo necesitaba para él mismo, pues á cualquier parte que fuera precisaba recursos, mucho mas siendo un pueblo de campaña la residencia que habia elegido, donde no podria entregarse á su profesion habitual.

El jorobado se fué á sus famosos escondites y buscó con avidez entre todo lo que poseia, pero solo pudo reunir la suma de nueve mil quinientos pesos, producto de una venta de alhajas que habia hecho el mes anterior, para salir de un apuro en que lo puso Nemesia.

—Esto para ella es un suspiro, pensó—esta diablo de Nemesia es muy gastadora y para ella solamente sería preciso trabajar sin descanso—caramba, yo no sabia que un amor

fuese carga tan pesada, sino creo que no me meto á tenerlo, aun que me quiere tanto la pobre, que por mí sería capaz de llegar á cualquier sacrificio—siquiera siempre es una ventaja tener uno quien lo quiera con tanta pasion.

Y una lágrima temblorosa surcó aquellas monstraosas facciones, yendo á perderse en su barba de puerco espin, que de mirarla solo, pinchaba.

En seguida volvió la frente sobre su mano descomunal, especie de guante de jugar á la pelota y quedó abismado en un horrible pensamiento.

Quando alzó la cabeza habia reunido en su pensamiento todas las ricas joyerias y casas de comercio cuyo capital fuera mas ó menos tentador, pero en todas ellas habia alguna dificultad insuperable para él en aquellos dias en que no podia andar por la calle.

Estuvo dando vuelta en su imaginacion la manera de corregir su jiba, pero no pudo llegar á un resultado positivo—solo pudo resolver el problema de disimularlo un poco, pero esto no era bastante—era preciso suprimirla del todo.

Las joyerias de la Natta, situada en la calle de Victoria entre Perú y Bolivar y la de Fasel, situada en la esquina donde hoy está establecida la armeria de Juan Lopez, habian fijado su atencion muchas veces, pero necesitaba estudiar bien su interior para arriesgarse á dar en ellas un golpe de mano, y esto era difícil por el momento, como todo aquello que dependiera de salir á la calle.

—Pues no me caliento mas la cabeza por ahora, concluyó—tal vez Palma pueda hacer en ellas algun útil estudio, y quizá alguno de los otros compañeros tenga alguna idea luminosa que nos salve de esta critica situacion—esperemos á pasado mañana.

Y resuelto á esperar hasta el domingo, se acostó en un catre colocado en un artillo de la herreria y se quedó profundamente dormido en un sueño reparador de las dos grandes monas pasadas, y del estado de espantosa excitacion en que estaban sus nervios conmovidos por el vino y por la falta de un sueño tranquilo, puesto que él solo habia dormido en lo de Nemesia un sueño forzado por el vino que bebiera con tanto exeso.

Poco despues dormia de tal manera, que solo hubiera podido despertarlo un *dese á preso* pronunciado por un gallo policial.

El jorobado despertó despues de muchas horas de dormir, con los ojos enrojecidos y un humor de todos los demonios—La situacion en que estaba colocado lo mortificaba nuevamente, pues estaba privado de salir de dia á la calle; la peor de las calamidades que pudiera sucederle.

Resolvió tener paciencia hasta donde le fuera posible, y esperó llegara la noche, hora en que salió á comprar algunos comestibles, porque empezaba á sentir hambre y como cuando la barriga está llena el corazón no está triste, Parodi se alegró un tanto cuanto y esperó al domingo.

Á las nueve de la noche y tomando mil precauciones, pues todas le parecían pocas, se largó á la coracha, donde ya lo esperaban todos menos Palma, que según dijeron andaba *richando* un registro de géneros de la calle Defensa, donde creían se podía hacer algo, según los datos que había traído el portugués da Silva, asegurando que allí había tela para dar un golpe extra fino.

—Si Palma anda ocupado en el negocio, no hay mas que dejarlo, dijo Parodi, y ustedes ¿qué me cuentan de nuevo en tanto día que no nos vemos?

—Lo que yo sé, replicó Gonzalez siempre riendo, es que parece que ya han dejado en paz á los negros changadores, y que yo he adoptado este traje por pura precaucion, con el que me he dado un corte por delante de la policia sin que nadie me haya dicho media palabra.

En efecto, Gonzalez estaba vestido con una especie de traje de soldado rebajado, que consistía en un viejo kepi, un chiripá de paño menos usado que el kepi y un chaqueton que, en sus buenos tiempos debió haber sido una prenda de lujo, pero que ahora tenia mas manchas que remiendos y mas remiendos que puntadas, lo que acusaba, por lo menos unos diez años de servicios.

—Indudablemente que con semejante vestimenta no han de conocerte, dijo Parodi—Ah! si yo pudiera disfrazarme tambien! y lanzó un largo suspiro.

—Dificil es la cosa con semejante joroba, respondió Gonzalez, pero algo se puede hacer en la cara para hacer perder la pista al mismo relojero—los jorobados son muchos, qué diablo! y demasiado lo sabe la Policia, que ha aprehendido á tantos por sospecha.

Aunque le mortificaba mucho entrar en una conversacion donde figuraba su joroba, Parodi se sonrió y preguntó á Gonzalez si él podía desfigurarle un poco la cara, de manera que no lo conociera el mismo relojero si lo hallaba en la calle.

—Yo puedo hacer muchas cosas buenas tratándose de cerraduras, añadió, pero francamente de estas cosas no entiendo nada.

—Pues la habilidad que á mi me falta para manejar cerraduras, dijo Gonzalez, me sobra para disfrazar á un cristiano—ya verás como yo te arreglo de manera que si te vé tu mamá te pregunte quien eres—para esto me pinto

solo—ahora voy á traer los útiles y en seguida verás.

El negrito Gonzalez salió en el acto á buscar sus útiles de *toilette*, que consistían en una navaja como para desollar botas de potro y un peine que bien podía desempeñar las veces de un rayador de cráneos, tal era el estado de sus afiladísimos dientes.

Parodi, consoladísimo ante la perspectiva de que podría salir á la calle sin correr el riesgo de que lo apretara un agente de policia, sintió que se levantaba de su espíritu un enorme peso—rió mucho, cosa que no hacia desde una semana atrás y pidió á da Silva algunos datos sobre el registro que habia ido á observar Palma, y si merecia la pena de arriesgarse á ser pescado por los serenos.

—Ya lo creo que sí, con mil legiones de diablos, dijo el portugués, que se daba una profunda importancia por haber indicado la casa donde se podia llevar á cabo un buen golpe de mano—es una casa de gran fortuna donde se puede dar golpe como para descansar un mes.

Es una gran casa de comercio, continuó, que tiene una gran caja de fierro donde suele haber depositada alguna fuerte suma de dinero. Además, en géneros solamente, hay allí una verdadera fortuna, pues los estantes son muchos y todos llenos de piezas de ricos géneros de seda.

—No me conviene mucho un negocio en géneros, observó Parodi, porque el transporte es muy trabajos y visible, y además la venta de ellos ofreceria mil dificultades con poco provecho, pues por mucho que valga una pieza de género, no alcanzará á la venta de un reloj, por ejemplo.

Hay que ver donde está situado el registro, para apreciar la facilidad que ofrece el transporte.

—La casa es de propiedad de don Joaquin Vallet y compañía, replicó el portugués mal humorado, pues creia que su noticia habria sido recibida por Parodi con verdadero alborozo, y está situada agregó, en la calle de la Defensa entre Victoria y Potosí.

—Peor que peor, dijo Parodi, en esa cuadra hemos ya dado un golpe, y de allí no se podria salir cargado con muchos efectos, porque á esa altura están las cuadras muy vigiladas por su inmediacion á la Policia y guardia de la cárcel.

—¿Y no dices tu que eres capaz de robar en la misma Policia? por qué tienes miedo entonces de robar á dos cuadras de distancia?

—Yo no tengo miedo, contestó Parodi algo picado—si fueran relojes ó dinero, soy capaz de robarlos á las doce del día, como ya lo he probado—pero géneros es un trabajo casi inútil, porque abultan mucho y su valor es poco

relativamente—sin embargo, añadió—yo ayudaré á este robo, aunque no tome en él parte activa, pues ustedes saben que mi salud está muy delicada y no puedo cargar pesos.

—Abre la puerta, respondió da Silva, que nosotros nos encargaremos de transportar los géneros y aún de hacer la venta también—*qué diablo!*

—Veremos lo que dice Palma, concluyó el jorobado, y según eso procederemos, para que no se crea que soy yo quien pone dificultades—él es vivo y sabe lo que se hace—ya verán ustedes como es de mi misma opinión á este respecto—nada se pierde con esperarlo, pues ahora no mas viene sabiendo que lo esperamos aquí todos.

En efecto, pocos momentos después entró Palma, trayendo una cara bastante satisfecha lo que indicaba, ó que el golpe era bueno, ó que había encontrado otra cosa mejor que la indicada por Silva.

—¿Qué diablos te tiene de tan buen humor? preguntaron todos á un tiempo á Palma, cuya fisonomía expresaba realmente una alegría inmensa.

—Dos buenas novedades, contestó el pun-guista, una sobre el robo de que ya les habrá informado Silva y otra que acabo de pispar mientras venia, robo que puede ser mas importante de lo que parece y del que espero dará su opinión Parody, así que escuche los detalles que traigo, que son buenos.

—Siendo dos las novedades que traes, empezemos por su orden y una después de la otra que es la mejor manera para no confundirse.

—Pues empiezo á vomitarlas, concluyó Palma, sentándose en el suelo sobre un poncho y dando un espresivo beso á la botella de ginebra que había colocado entre sus piernas Montovia, aficionadísimo á esta bebida hasta el extremo de poder hacer la competencia al mismo negrito Gonzalez.

—Empezaré por el proyecto de Silva, dijo después de limpiarse los labios con el revés de la mano y mirando al portugués que se puso rojo de orgullo al ver que iba á discutirse su idea á que él había estado dando tanto bombo y sosteniéndola contra las observaciones justas del gran Parodi, á quien todos respetaban acatando como un fallo inapelable su menor palabra.

—He estado observando el registro de Joaquin Vallet y el tiro me parece fácil y difícil. Es fácil, siguió diciendo, porque parece que la puerta no ofrece dificultad alguna y la cerradura es sencilla según el molde que he sacado y que aquí está, pero es difícil porque allí no hay mas que piezas de género y no es muy seguro andar por esas calles con grandes bultos al hombro.

—Que te dije yo! exclamó Parodi mostrando

al sonreír sus agudos colmillos amarillentos y mirando al portugués que puso mal gesto—ni merece la pena perder el tiempo en tiros difíciles y espuestos cuando se puede aprovechar en otros mejores pero sigamos escuchando á Palma.

—En el lado derecho del gran almacén que forma el registro, hay un tabique cuadrado que forma una especie de oficina donde están los libros y demás útiles de escritorio y una caja de fierro sencilla que no creo que ofrezca grandes dificultades para abrirla—allí me sospecho que pueda haber algun dinero.

Ahora soy de opinion que el tiro puede tentarse por si hay algo en la caja, pues los géneros ofrecen la dificultad de cargarlos y como para que el tiro produjese un buen total sería preciso sacar muchas piezas, creo que la cosa es peligrosísima y que es arriesgado tentarla.

El portugués quedó desencantado después del discurso de Palma, porque opinando en contra los dos miembros mas influyentes de la gavilla, los demás no harian fuerza alguna, para apoyar su opinion que bien poco valia en contraposición de la de aquellos dos sátrapas.

—La cosa se puede tentar, añadió ya batiéndose en retirada, por si acaso la caja contiene algo de provecho, cargando de paso con las piezas de género mas rico, como por ejemplo, el terciopelo y el gró que tiene buen precio y fácil salida y no abulta tanto como los demás géneros de menos valor.

—No me opongo á ello, contestó el jorobado, pues no es difícil que la caja contenga una suma que valga la pena de dar el golpe—á ver el molde, Palma.

Este pasó al jorobado el molde que sacó en la cerradura de la puerta de calle y Parodi lo estuvo observando con gran atención en sus menores detalles.

—No está mal sacado dijo, y la llave es de fácil ejecucion—si Gonzalez me disfraza bien, yo mismo voy á dar una vuelta por el registro, y concertaremos el tiro para el próximo sábado, que me parece habrá mas dinero en caja, pues es el día en que se hacen las cobranzas.

Ahora, concluyó, y si les parece, vamos á ver cual es el otro tiro que Palma ha pescado, que me parece ha de ser bueno, por la cara que traía.

Ante todo, dijo este, quiero saber que disfráz es ese de que habla Parodi, pues que yo sepa me parece que todavía estamos muy lejos del carnaval.

—Es que como andan persiguiendo á los que tenemos ese defecto, dijo el jorobado señalando con disjusto el promontorio de su joroba, y el maldito relojero me ha fliado bien, he pedido á Gonzalez, que dice es vaqueano,

me disfrace un poco para poder salir á la calle, sin peligro.

Mucho rió Palma al imponerse de los temores de su sócio y al pensar en el disfraz que podia hacer Gonzalez, pasando, despues que se hubo calmado un poco su risa á dar la explicacion del segundo tiro que habia ideado viniendo de vuelta de observar el registro.

—Ustedes recordarán la joyeria de Lanatta, de que otras veces nos hemos ocupado, que es esa rica joyeria de la calle de la Victoria al llegar á Bolivar.

—Ya lo creo que recordamos, dijeron casi á un tiempo los punguistas, con la voz ajitada por la codicia y aproximándose mas á Palma para no perder una sola palabra de lo que iba á decir—es una joyeria en cuyas vidrieras hay muchos brillantes y relojes de oro de mucho precio.

—La misma, respondió Palma, cuyo dueño es un poco cargado de hombros, y guiñó el ojo en direccion á Parodi, que recibió la brenna con gesto de vinagre—y que ofrece esta buena coincidencia para que nuestro compaño pueda hacer algo bueno y gracioso, por la semejanza.

Los ladrones rieron mucho de la sátira, por el gesto de Parodi al escucharla, que demostraba cuanto le mortificaba su defecto físico.

—No es muy seguro el tiro, observó da Silva, que estaba con vinagre en el ojo por las observaciones que habian hecho á su proyecto de robo—en esa cuadra hay mucha vijilancia por parte de los serenos, y además en la esquina está el centinela que hace la guardia de la cárcel.

—Razon demás, para tentar el golpe, dijo Parodi, porque aunque es peligroso y es preciso obrar con mucho tino, sus resultados serán de primer órden.

—Pero siempre habrá que hacer una carga abultada, volvió á objetar el portugués y existe entonces el mismo ó mayor peligro que en el robo de los géneros del registro.

—No seas nécio, interrumpió Palma, una joyeria la podemos mudar íntegra en nuestros bolsillos, mucho mas cuando se trata de brillantes en que, el valor de uno solo de ellos equivale á lo que te darian por ochocientas piezas de los géneros que hay en el registro de Vallet—si dices lo contrario es porque eres un terco, y sobre todo si la cosa no te parece buena, eres libre de no tomar parte en ella, que ya te arrepentirás de haber obrado así—¿Qué dices, Parodi.

—Yo no lo digo por no tomar parte, respondió da Silva viniéndose á las buenas, como siempre que le decian lo mismo, sinó por el riesgo de todos; siempre andas tú echando todo á la tremenda como si no necesitaras para nada

de los demás, pero recuerda que la relojeria la robé yo, se puede decir.

—Yo digo, indicó el jorobado, que no hay necesidad que hayan disgustos entre nosotros, pues todos somos útiles á la sociedad en el desempeño de su mision encomendada, como digo que un tiro feliz en lo de Lanatta es una cosa de gran importancia, pues esa joyeria es muy rica.

—Pues vamos á ver como compones el plan agregó Palma, que para eso tú te pintas solo. Hé aquí el complemento de los datos que he recogido:

Nuestro candidato Lanatta es un hombre chico y cargado de hombros, como ya lo he dicho, y esto es importante: no duerme en la joyeria, de donde se retira á su casa cuando cierra y no vuelve hasta el otro dia; los domingos no abre la joyeria.

Esto quiere decir, repuso Parodi, que la joyeria permanece sola los dias de fiesta, y que un tiro llevado á cabo un sábado á la noche, por ejemplo, no puede ser descubierto hasta el lunes por la mañana, en que recién abrirán la joyeria—magnífico, magnífico, y se frotó las manos.

Este golpe debe meditarse con gran calma, añadió, para que no se eche á perder—yo lo meditaré despacio y se los comunicaré mañana ó pasado, cuando volvamos á reunirnos—un detalle insignificante podria echarlo á perder y seria una gran lástima.

Como te parezca, dijo Palma, ya sabes que eres el director de todo y que no se hará nada que no lo hayas tu indicado—piénsalo pues bien.

—La única dificultad que hay, es que ya se sabe que un jorobado anda mezclado en todo esto y que no podré como antes tomar ciertos datos por mi mismo y sacar el molde de las cerraduras, porque mi presencia en cualquier sitio sería dar la voz de alarma y esponerme á ser preso sin siquiera haber comenzado nada, —Palma pues, como mas hábil, será el encargado de sacar moldes y hacer ciertas investigaciones.

—Conforme con todo, replicó Palma, yo no soy perezoso y sobre todo por ahora no hay otro remedio y es preciso facilitar todo.

En esto entró el negrito Gonzalez, y sabiendo de lo que se trataba, puso sobre un catre los útiles que traía para disfrazar á Parodi y dijo alegremente:

—En capilla el gringo Lanatta! va á quedar su joyeria *pi r* que si hubiera entrado á ella Calficurá, que era el indio mas temido de aquellos tiempos.

—Quiere decir que tú tienes confianza en que todo nos saldrá bien? preguntó Palma al moreno, que estaba alegrísimo ante la perspectiva de un robo.

-Ya lo creo que sí, contestó este, donde se mete mi hermano Parodi todo tiene que marchar de mi flor porque él para la uña, es más fino que una madama—á lo que se meta mi hermano Domingo, me meto yo de cabeza, porque está visto que todo le sale bien, hasta los *resfalones*.

La alegría del negro era motivada porque los robos para él tenían dos atractivos—el del botín, que era el principal, y el trabajo que precedía al tiro, trabajo que él tomaba como una diversion sin fijar su atencion ni importársele nada de los peligros á que se esponía.

Así es en general la gente de nuestro pueblo; hacen una diversion del hábito de las cosas, hasta el extremo de que no hay diversion igual para un soldado nuestro, que el día de la fatiga y de la batalla, hasta el extremo de correr á ocupar su puesto de muerte en las filas con el mismo placer y apresuramiento que si se tratara de ir á ocupar un buen asiento de teatro en noche de brillante funcion.

Para el negrito Gonzalez no habia placer igual al de hallarse espuesto á ser tomado por la policia, mientras él trataba de engañar á los agentes para que Parodi llevara á cabo un buen tiro, como en los robos de la relojería de la calle de Bolivar y el del joyero Berg.

Por eso cuando se impuso que se trataba de nuevos tiros, redobló su alegría y preguntó al jorobado si en ellos le iban á dar una buena comision.

—Ya lo creo que sí, le contestó Parodi, como que me parece que ha de haber soldados que engañar y soldados que entretener si se dá el golpe á Lanatta.

—Pues vamos á ver que tal soy yo para disfrazar un cristiano, dijo, y empezó á sacar sus útiles, que eran la famosa navaja de que ya hemos hablado y un pan de jabon negro del que se hacia en aquellos buenos tiempos y que ya se ha perdido como tantas otras cosas criollas que ha hecho emigrar la civilizacion. La única muestra que de ellos vá quedando y que pronto desaparecerá tambien, es el pastelero *tá tapao*.

—Lo que es yo no me voy hasta que Gonzalez no me arregle, dijo Parodi; ustedes pueden irse que son ya las doce de la noche; pasado mañana á la hora de siempre nos juntaremos aquí, que yo traeré ya hechos los planes de ataque al registro de Vallet y á la joyeria de Lanatta—de este último Palma puede traer el molde de la cerradura y la situacion de los muebles y la caja, porque es de suponerse que el joyero antes de irse, todas las noches, deje encerrados en ellas las alhajas de mas valor; es bueno que te fijes en el sistema de la caja sobre todo.

Los punguistas dijeron que no se irian hasta no ver el disfraz de Parodi, para dar su opinion, y Gonzalez, con una gravedad irónica empezó la operacion con tal habilidad, que parecia que nunca habia hecho otra cosa que afeitarse cristiano.

—Esto es, dijo al ver la admiracion que despertaba en sus compañeras la manera hábil con que manejaba la navaja—esto es porque antes de ser yo asistente del general Oribe, fui cabo barbero de un batallon, lo que hizo que el General me sacara de asistente—ahora verán si soy hábil! dijo, y asentó elegantemente la navaja en la palma de la mano, despues de hacerle una pasada en el contrafuerte del botín.

En seguida se puso á hacer funcionar el jabon negro y sobre el la navaja, con tal arte, que pocos minutos despues solo quedaba en la cara del jorobado, un bigote y una pera tan marciales que le daban el bravo aspecto de sargento de primer orden.

En seguida hizo funcionar la tijera con famoso gardo y tal práctica, que de Domingo Parodi no quedó más que la monstruosa estampa.

La fisonomia tenia un aspecto marcial, pero mucho mas espantoso que habitualmente—su bigote eran cuatro cerdas colocadas á cada estremidad de la boca y su *pera* uno de esos pinceles que usan los doradores para levantar las láminas de dorado.

Una estruendosa carcajada acoció aquella transformacion descomunal—el negrito Gonzalez sacó del seno un cachito de espejo y el mismo Parodi pudo contemplar por sí mismo su monstruosa fealdad y su perfecto disfraz que llegaba hasta hacerle dudar á él mismo si era ó no el jorobado.

—Ahora si que salgo yo á la calle en la seguridad de que si yo mismo digo á Berg que soy el del negocio del contrabando, me sacude un trompis creyendo que me burlo de él—no me sospechaba que este diablo de Gonzalez fuera capaz de hacer una cosa tan en regla, cambiándome la cara por completo.

Despues que se concluyeron las felicitaciones y los asombros de todo género, la reunion se deshizo preparándose cada cual á marchar por su rumbo.

—Ahora, dijo Parodi, ya puedo ver ciertas cosas por mí mismo, teniendo mayor seguridad en los tiros que emprenderemos; pasado mañana nos juntamos aquí, que yo traeré los planos de ambos golpes y las llaves del registro de Vallet, cuya construccion empezaré esta misma noche.

Los punguistas se retiraron con el recato de siempre, apesar de la hora avanzada, quedando en el covachon Domingo Parodi y el negrito Gonzalez.

—Te parece que con este cambio de cara podrá conocerme alguno? preguntó el primero, desconfiando aún de su famoso disfraz.

—Si te viera tu misma madre, respondió el segundo, te conocería tanto como mi abuela la tuerta, si pudiera resucitar la pobre vieja y mirarte.

Pues con esta seguridad me animo á salir, replicó el jorobado, aunque voy en tu compañía, que también estás muy vigilado por la policía.

—Sí, pero yo estoy perseguido disfrazado de changador, repuso el negro, y ahora ando con mi traje de milico que es mas respetable que otro cualquiera.

—Entonces, si tanta confianza tienes, concluyó Parodi tomándose de su brazo, marchemos no mas que ya no le tengo miedo á todos los serenos juntos.

El jorobado y el negro salieron del covachon tomados del brazo, formando la pareja mas chusca y ridícula que hayan visto ojos humanos.

El jorobado, empuinado en la punta de los pies y con la cabeza erguida, trataba de disimular bajo los pliegues de su tradicional capa, el Chimborazo de sus espaldas, pero por mas esfuerzos que hacia, no lograba sinó provocar la hilaridad del travieso moreno que le decia:

—No seas tonto y déja en paz tu joroba. que jorobados hay muchos y no es por ahí por donde te han de descubrir, sinó por la cara que ya no tienes.

El jorobado llegó á su cuartucho de la herrería donde se metió con Gonzalez—allí echaron la última copita, y se despidió este último quedando en encontrarse con Domingo y los demás compañeros, en la covacha de las reuniones, el día y hora que habia indicada Parodi para mostrar los planes.

Apenas hubo salido el negro, el jorobado sacó el molde que le habia entregado Palma y se puso á construir la llave que le habia de abrir el registro de Vallet.

—Se me ocurre hacer una tirada á estos pillos, pensó, echando en una copita un poco de caña de durazno, bebida que le agradaba muchísimo.

—Pero no es cosa muy fácil de hacer que digamos, volvió á pensar, echándose al buche un buen trago de la caña aquella—entre estos pelandunes está Palma, que no es pájaro muy fácil de pelar—si fueran los otros solos no habria riesgo alguno, pero Palma es muy diablo y no hay que fiarse de él.

Parodi sacó una llave vieja y se puso á moificarla con arreglo al molde que le diera Palma, pero sin dejar de meditar en la tirada que pensaba.

Tomó un nuevo trago de caña, y volvió á pensar de este otro modo:

—An'ando con maña, tal vez se podría engañar al mismo Palma, y puedo hacer participe de la cosa al negro Gonzalez, para que en caso de necesidad pueda atestiguar que estuvo conmigo á la hora necesaria.

El jorobado pensaba nada menos que soplar la dama á sus compañeros, en el robo del registro, llevándose él lo que contuviera la caja, y dejando para ellos los géneros, que era lo difícil de transportar y en lo que él no pensaba mezclarse por las dificultades que ofrecía su venta.

Decidido á esto, se recogió á una hora bastante avanzada, sin haber concluido la llave, pues muchas veces habia interrumpido su trabajo para meditar no solo en la tirada que tenia entre manos, sinó tambien en la mejor manera de llevar á cabo aquellos dos robos, sobre todo el de Lanatta.

Al otro día Parodi se levantó un poco tarde, entregándose sobre tablas al trabajo de la llave y á dar en su pensamiento los últimos toques á los planos del robo.

—Pues señor, pensó, yo haré mi tiro á eso de las once de la noche, diciendo á los demás que el golpe es á la madrugada, y como yo habré ya desbalijado la caja, se encontrarán con que solo hay géneros que robar—yo me escuso con el pretexto de que no puedo cargar peso alguno, y ellos quedan encargados, si quieren, de hacer el transporte.

Esto es lo mejor, concluyó, y mas que vivos han de ser si se sospechan la cosa, mucho mas pudiendo yo probar que la noche anterior he anñado con el negro.

A las doce del día Parodi concluyó la llave y una ganzúa con palanquita que preparó para visitar la caja de fierro, de manera de no dejar el menor rastro, ni aun para los espermentados ojos del mismo Palma, en caso que este quisiera revisar la caja, si se sospechaba la tirada que les habia hecho.

Parodi salió á la calle en busca de algunos comestibles, regresando á su casa verdaderamente asombrado—ni el mismo bodegonero donde comia con frecuencia ó le llevaba á su casa lo necesario, habia podido reconocerle bajo el disfraz que le habia hecho Gonzalez—Cómo podria conocerlo por una simple filiacion quien nunca lo hubiera visto?

—Pues señor, dijo entre sí, bien merece el negro Gonzalez que lo haga participe de mi doble juego!

El jorobado despues que comió durmió una siesta soberana, despues de la cual se echó galanamente á la calle para dar un golpe de ojo en las dos casas amenazadas.

Era entre dos luces, de manera que no po-

dia ser reconocido, ni aun sospechado por alma viviente.

—Sacramento! exclamó al pasar por la joyeria de Lanatta, que estuvo mirando largo rato desde la acera de enfrente—he aquí un golpe despues del cual podemos echarnos á muertos—salvo que se presente algun otro por el estilo, que entonces, que diablo! no hay descanso posible y miró de rabo de ojo hácia la joyeria de Tasguel, en la esquina.

Cuando hubo contemplado á su placer las riquezas espuestas en la vidriera y figurárase las ya en sus bolsillos, Parodi fué á observar el registro y regresó á la herreria mecido por las mas gratas ilusiones de rapiña, imaginándose que caminaba llevando sus bolsillos llenos de piedras preciosas.

El jorobado se recojió temprano aquella noche, pues no tenia nada que hacer, durmiéndose de un tiron, como se dice, hasta el otro dia temprano.

Se levantó, se acicaló lo mejor que pudo y se largó á la calle á dar una vuelta por las casas señaladas para ser entregadas á su avaricia insaciable.

Parodi tuvo un mal enuentro, que le sirvió para corroborarle en su magnifico disfraz.

Al dar vuelta la esquina de Bolivar y Victoria, tropezó con el mismo relojero Berg, cuyo encuentro le dejó helado de espanto, sin atinar á decidir si se ponía en fuga ó seguía su camino tranquilamente.

Berg miró con insistencia al jorobado, como si quisiera reconocerlo, pero sin duda se convenció de que se habia equivocado, porque siguió su camino despues de hacer un ligero movimiento con la cabeza, que equivalia á decir: usted perdone, amigo mio, he sufrido una equivocacion.

Cuando se hubo disipado un poco el jabon que este encuentro le hizo experimentar, Parodi enfiló á su herreria, á gran paso, temiendo que Berg fuera á reunir mejor sus recuerdos y lo hiciera prender con el primer vigi-lante que hallara al paso ó lo acogotara él mismo á falta de vigilante.

Allí se estuvo metido hasta la noche, en que salió para dirigirse á la covacha, donde celebraban tan importante reunion, en que se trataban dos robos.

A su llegada los punguistas le hicieron una gran farsa á propósito de su disfraz, negándole la entrada porque no lo conocian ni sabian quien era.

Esta pluma no es del pájaro! gritó alegremente el negrito Gonzalez, dándole con la puerta en los hocicos, como si se hubiera tratado de un polizonte.

Pocas bromas que estoy en la calle, dijo Parodi algo asustado—adentro admito todo

género de chacotas pero en la calle no me convienen vamos!

—Acabaras de hablar! dijo Palma abriendo la puerta—quién diablos va á conocerte con esa facha que es como para hacer cosquillas!—entra hombre, entra.

Recien cuando se vió adentro Parodi, se le pasó el susto, refiriendo á sus compañeros lo que le habia sucedido aquel dia con el relojero Berg.

—No te dije yo que ni tu madre te habia de conocer? exclamó el negro—si es de balde yo sé hacer pocas cosas, pero las que hago son buenas.

Concluidas las bromas, empezaron á tratar los negocios que traian entre manos—Palma entregó el molde de la cerradura de la joyeria y dió un minucioso informe sobre la caja de fierro, tan exacto, que parecia hubiese sido el fabricante—en seguida el gran Parodi tomó la palabra y dijo:

—Tengo ya concluidos los instrumentos que hemos de emplear en el registro de Vallet, cuyo golpe soy de opinion lo demos el domingo de madrugada: primero porque en dia domingo nadie viene á sus casas de negocio, segundo, porque en dia sábado es cuando se aglomera mas dinero en las cajas de fierro.

En cuanto á Lanatta podemos darle golpe el lunes, porque dos robos seguidos no es fácil se cometan y porque el lunes es el dia menos aparente para robar.

—Aprobado en general por mi parte, dijo Palma, pues acepto con anticipacion todo cuanto digas—cuál es el plan que has formado para el primero?

—Este: yo y Palma entramos primero y visitamos la caja, llevándonos lo que haya—en seguida vienen los demás y cargan los géneros que quieran, no tomando yo en esto participacion, porque como ustedes saben, no puedo cargar nada, y porque francamente, por géneros de tan poco valor no me espongo á ser preso.

En cuanto al negocio de Lanatta no digo nada, porque es cosa mas seria y necesita meditarse con mas calma y mas tiempo.

El negocio del registro se puede hacer sin grandes precauciones—hace tiempo que no trabajamos y la Policia está descuidada—esperaremos la hora en que se retiran los serenos y tendremos por lo menos dos horas á nuestra disposicion, tiempo mas que suficiente para hacer aquel tiro.

Convenidos en reunirse el sábado á las doce de la noche para acometer aquella empresa y tomar disposiciones sobre el golpe á Lanatta que debia efectuarse el lunes, los punguistas se retiraron muy alegres con la perspectiva magnifica que tenian por delante, para el fin de la semana.

El jorobado al salir dijo al negro que lo



acompañara, para poder hablar con él libremente y comunicarle su famoso plan de doble punga.

Gonzalez escuchó maravillado la idea de Parodi, encontrándola magnífica y prometiendo ayudarlo en todo lo que él dependiera.

—Y crees tú que se la podremos pegar á Palma que es hombre vivo y de experiencia?

Tú eres capaz, contestó Gonzalez, de pegársela al mismo diablo.

—Si yo me animo á la cosa es porque tú la dirijes y partes la responsabilidad, pues lo que es yo solo no me animaría á tanto porque no me da el naípe.

—Entonces el sábado haremos el tiro—á eso de las nueve nos ponemos en campaña, de modo que á la hora de concurrir al covachon, las once de la noche, ya habremos dado nuestro golpe y dejado bien escondido el dinero que hayamos encontrado en la caja de fierro del pobre Vallet.

—El que va á rabiarse, dijo el negro, es el portugués, que anda siempre dándose importancia y que cree que este tiro nos va á hacer millonarios.

—Pues que rabie no más, dijo Parodi, y que aprenda á no meterse á tonto: de todos modos ya tienen como desquitarse con el golpe de Lanatta.

—Pobre Lanatta, concluyó el negro, ya se hace que lo veo tirándose de las mechas y poniendo el grito en el cabildo para que encuentren los ladrones.

—Que nos echen un cazador, terminó Parodi acompañando á Gonzalez hasta la puerta—una vez que tengamos el robo *in ta staca*.

Así se separaron los dos truanes, dándose cita para el sábado á las 9 de la noche, en que debían ir juntos á visitar la caja de D. Joaquin Vallet.

El sábado á aquella hora, vino el negro en busca del jorobado, quien salió provisto de la ganza y demás útiles necesarios para la empresa.

Con gran recato y despues de haber dado una manito al disfraz, afeitando la barba que habia crecido, se largaron á la calle de la Defensa.

Eran las nueve y media de la noche, hora en que los negocios empezaban á cerrarse y en que todavia los serenos no habian concurrido á sus paradas.

Como si estuviera seguro del éxito y no temiera agresion alguna, Parodi se encaminó al registro, abrió la puerta y entró seguido del negro Gonzalez que estaba asombrado.

Sin la menor vacilacion y sin perder tiempo Parodi se acercó á la caja y la abrió con la misma facilidad que si hubiera llevado las llaves.

La caja contenia unos veinte y siete mil pesos, y varios pagarés y letras de cambio que

Parodi abandonó, echándose al bolsillo veinte mil pesos solamente.

—¿Y para que dentre dejas esos siete mil pesotes? preguntó Gonzalez asombrado de la pulcritud de Parodi no seria mucho mejor que lleváramos todo?

—Es preciso dejar algo para que no desconfíen los otros, repuso Parodi—si llevamos todo pueden maliciar que aquí he andado yo, y esos siete mil pesos servirán, de todos modos, para taparles la boca á cualquier observacion que quisieran hacer en ese sentido—es claro que habiendo andado yo aquí primero, no me han de suponer tan inocente para haber dejado nada menos que siete mil pesos, para que los llevaran ellos, sin el menor trabajo.

Parodi se echó alegremente al bolsillo los veinte mil pesos, cerró nuevamente la caja y se alejó de allí en compañía del negro, que reia como un condenado al ver la gran tirada que hacian á sus compañeros, y la felicidad que habian tenido de no ser sentidos ni incomodados por alma viviente.

Llegaron á la herreria donde se repartieron los veinte mil, y se dispusieron á concurrir á la covacha, cuando el jorobado no pudo menos de manifestar su asombro.

Gonzalez, mientras él se ocupaba en desbarrillar la caja, se habia acomodado en la cintura dos piezas de magnífico terciopelo, una de las cuales ofreció á Parodi galantemente.

—Pues te felicito por la finura, dijo este—pero á qué diablos has traído una cosa de tan difícil salida, y cuyo valor no responde al trabajo de venderla?

—Cuando uno tiene mujer, contestó Gonzalez guiñando un ojo, debe pensar de cuando en cuando en algo para ella—de este modo siempre se la tiene contenta.

—Pues aunque yo no tengo mujer, observó Parodi tomando la pieza que el negro le alargaba, la guardaré para cuando la tenga, y vamos que ya es bastante tarde.

Los dos salieron á gran prisa, pues eran ya mas de las diez y media y la cita en la covacha era para las once en punto y siempre era práctica concurrir media hora antes de la fijada.

Quando llegaron á la cueva eran las once de la noche, y los demás pungruetas esperaban con impaciencia la llegada del jefe.

Parodi antes de entrar, dijo al negro que esperara un poco y entrara despues, que él diria que lo habia visto en el almacén, comprando cigarros y ginebra.

—Siempre borrachon, observó Palma, al oír lo que decia Parodi; este negro maldito no tiene sesos, y por puro borracho lo van á prender el dia menos pensado.

—Para que me prendan á mí es preciso que á vos te ajucilen, dijo el negro entonado; me

gusta la caja como á cualquiera, pero quiero mas á mi pellejo.

Reunidos todos, saludaron con un beso por barba el frasco de ginebra que habia traído el negro y se pusieron á cambiar ideas sobre el robo á Lanatta, mientras llegaba la madrugada, hora que habian fijado para dar el golpe en el registro de Vallet, ya visitado por Parodi y Gonzalez que habian hecho *gran liga*.

—Si he de decir verdad, todavia no he hecho plano para el negocio de Lanatta, pero tengo una inspiracion inexplicable de que nos ha de ir bien, renuso el jorobado.

Aquí tengo la llave de la joyeria y útiles para abrir la caja, puesto que el tiro se ha de hacer el lunes de madrugada, ó el domingo á la noche antes que la Policia pueda tener conocimiento del negocio de Vallet, desde que el registro no lo han de abrir hasta el mismo lunes, de ocho á nueve de la mañana.

—Opino que es mejor acometer la empresa de noche, y en cuanto se retire Lanatta, dijo Palma, así obraremos con mayor seguridad.

—Sea entonces mañana á la noche, contestó el jorobado así estaremos libres el lunes, para escondernos en caso de gran necesidad.

Llegada la hora convenida, todos salieron dirigiéndose por distintos rumbos á la esquina de Potosí y Defensa que era el punto de reunion á la madrugada.

En cuanto empezó á aclarar y los serenos principiaron á abandonar sus paradas para dirigirse á la Policia, Parodi, Palma y Montovia, se aproximaron al registro de Vallet.

Los tres penetraron al interior de la casa mientras al resto de los pinguistas, aleccionados de antemano y encabezados por el negro, esperaban en las dos bocacalles.

El jorobado se fué directamente á la caja, cuya cerradura empezó á forzar con aparente trabajo, para alejar toda sospecha posible del espíritu de Palma, que presenciaba la operacion estrañando sobre manera que aquella caja vulgar diera tanto trabajo.

—Es el diablo, dijo Palma, yo no me sospechaba tal resistencia.

Y esto me dá mala espina, añadió, porque he observado que los robos mas laboriosos han sido los que peor resultado han dado en beneficios—¿qué diablos tiene esta caja?

Como Palma se aproximara demasiado para dar su opinion respecto á las dificultades que notaba, Parodi se dió maña y empezó á trabajar en regla.

Un cuarto de hora despues de un rudo aun que finjido trabajo, la caja se abrió dejando ver una gran cantidad de papeles, pero muy pocos billetes de banco.

—No dije yo! exclamó Parodi, finjendo un despecho que estaba lejos de sentir—si hay

aquí veinte mil pesos ya nos podemos dar por bien servidos—cuenta, Palma.

Y mientras el astuto ratero se enjugaba un sudor tan fingido como el trabajo que tuvo para abrir la caja, Palma se puso á contar el dinero con creciente afeite.

—Siete mil pesos, exclamó despues de algunos minutos—que pobretes del infierno serán estos, que en un sábado á la noche á penas tienen siete mil pesos—vaya una suma!

—Si es de balde! repuso joroba—cuando á mi se me pone una cosa sale como de encargue—con razon no le tenia yo apego á este tiro, por improductivo y espuesto—algo me decia interiormente que á penas ibamos á encontrar algunos géneros de mala muerte, cuya conduccion no valdria la pena de esponerse á ser pescados!

—Pero á falta de pan buenas son tortas, como dice el negro Gonzalez, y ya que no hay plata, apelaremos á los géneros, que algo es algo, para que el viaje no sea de balde.

—Ustedes pueden cargar con el registro entero, si les parece, contestó el jorobado lo que es yo, por unas malas piezas de género no me espongo á que me acogoten—yo me voy ahora á la cueva donde los espero, pues allí hemos de pasar el dia si es que á la noche hemos de dar el golpe en lo de Lanatta—á la salida avisaré á los compañeros.

—Pues ya que vés á la cueva, dijo Palma, llevate estos siete mil pesos y puedes entretenerte en hacer las partes de todos para ahorrar ese trabajo—nosotros ya vamos.

El jorobado, tomó el dinero y enfiló á la puerta, pues habia transcurrido ya cerca de media hora, y dentro de poco empezaria á circular gente por la calle.

Así que llegó á la esquina previno á los demás compañeros que adentro los esperaban Palma y Montovia para conducir algunos géneros pues el dinero hallado en la caja apenas habia alcanzado á siete mil pesos lo que es yo no solo me voy sinó que no le aconsejo á ninguno de ustedes que se quede al peligroso negocio de los géneros.

—Pues si tú te vas me voy yo tambien, dijo el negro Gonzalez, tengo gran fé en tus provisiones, y sobre todo quiero correr tu suerte que será la mas segura de todas, á donde tú vayas voy yo, pues cuando te apretas el gorro tus razones tendrás y no han de ser á humo de paja—ea pues, en viaje, que ya se está haciendo muy tarde y pueden venir.

Correa da Mattos fué de la misma opinion que el negro Gonzalez no estn los tiempos para vender géneros y yo tambien sigo la suerte de los dos compañeros que se van.

Da Silva no las tenia todas consigo; hubiera deseado hacer como Mattos y el negro, pero como él habia sido el de la idea para acome-

ter aquella empresa, tuvo vergüenza y se quedó.

—Ea... hasta luego que esperamos en la covacha, dijo el jorobado, y seguido de sus dos compañeros tomó el camino del Retiro á paso rápido y recatado; los otros entraron al registro.

Cuando Parodi llegó á la covacha con los dos compañeros, se puso á hacer la crítica de aquel golpe malhadado, condenando la ambición estúpida de los que habian quedado.

—Por unas cuantas miserables piezas de género, que entre todas no van á sumar otros siete mil pesos, dijo, se van á esponer á que los agarren y descubran el robo, inutilizando el trabajo que teníamos en vista para esta noche, cuyo resultado debía ser fabuloso, vistas las riquezas que habia espuestas en las vidrieras de Lanatta.

Correa de Mattos y Gonzalez quedaron profundamente convencidos ante el justo discurso de Parodi. Era efectivamente una estupidéz esponerse á perder una fortuna segura que les brindaba la joyería, por una piltrafa de géneros que de ningun modo podia compararse al trabajo de conducirlos al covachon y al de venderlos.

Temerosos de que fuera á sucederles algun fracaso que echara por tierra el trabajo proyectado para aquella noche, los punguistas mataron el tiempo haciendo el *escrutinio* de los siete mil pesos, que dió por resultado un onciente de ochocientos setenta y cinco pesos por barba, que separaron en pequeños paquetes.

Habian transcurrido á penas tres cuartos de hora, cuando empezaron á entrar los punguistas cargados con piezas de terciopelo y gró de la clase mas rica que hallaron.

Los primeros en llegar fueron Montovia y Gramarra, cada uno de los cuales venia cargado con ocho piezas, acomodadas en la cintura, entre el seno y al hombro.

—Y los demás? preguntó Parodi—son muy capaces de haberse quedado allí cargándose bien, para no poder disparar libremente en caso de ser pillados ah! estúpidos!

—Los otros vienen en camino, con regular provision, repuso Montovia soltando su carga al suelo—el único que queda es Palma, para cerrar bien la puerta del registro y que no quede el menor rastro—me ha encargado te diga que no tengas cuidado alguno, que todo ha andado bien y que no quedarán indicios—que él ya viene.

Poco despues fueron cayendo uno despues del otro, y mas ó menos cargados, el resto de los punguistas, contentos con la presa de géneros que habian hecho á tan poca costa.

El último que llegó, sin carga alguna y con un susto de todos los diablos, fué el portugués

da Silva, instigador de aquel tiro. Era tal la cara que traia, que los punguistas prorumpieron en una alegre carcajada, preguntando el negro Gonzalez:

—Que es eso, mi amigo, que le ha sucedido que viene tan jabonado?

—Lo que me ha sucedido, respondió Silva respirando como un fuelle de herreria, es que si no ando tan ligero me echan el guante, he tenido que soltar la carga que ha entretenido en algo al maldito vigilante y me he salvado con una velocidad que agradezco á mis piernas—luego les voy á pagar una copa de vino.

—No es lícito alegrarse de las desgracias ajenas, repuso sentenciosamente Parodi; pero tú merecias que nos alegráramos de tu percañe, porque no has querido hacer caso de las mas razonables prevenciones que se te hicieron y casi has comprometido el golpe de esta noche y la seguridad de todos nosotros, por tu ambicion—Vamos á ver; qué has ganado con tu famoso robo de géneros? y suponiendo que hubieras traído tu parte—qué gran cosa te hubieras echado al bolsillo? quinientos pesos?

En esto llegó Palma trayendo la noticia de que todo quedaba en perfecto orden y que no habia ocurrido el menor incidente que pudiera contrariarlos.

—Todo sea por Dios dijo el jorobado—confieso ingénuamente que no las tenia todas conmigo y que desconfiaba tenerme que esconder de nuevo por temor de que, presos ustedes la Policia se lanzara en nuestra persecucion, invadiendo nuestras guaridas y pretendiendo echar el guante á los que quedáramos.

—No hay que temer nada, repuso Palma—el acarreo de los pocos géneros que se han sacado, se ha hecho en el mayor orden—cuando yo he venido ya caminaba por la calle bastante gente, pero nadie ha visto nada—por eso llevo con las manos limpias sin atreverme á truer nada conmigo.

—Entónces, dijo Parodi, no habrá mas que esperar á la noche—daremos nuestro golpe en lo de Lanatta y veremos como salimos para completarlo en lo de Fasquel, pues ya que nos hemos metido á trabajar en grande es preciso aprovechar el asombro que producirá la limpieza en lo de Lanatta.

Por lo pronto, concluyó, aquí están los siete mil, divididos en ocho paquetes de ochocientos setenta y cinco cada uno—tomo el mio y ahí quedan los siete restantes, uno para cada uno.

Cada uno de los punguistas tomó el que le correspondia, y con esta entrada de nueva municion y la perspectiva de aquella noche, la alegría mas íntima se pronunció en todos los semblantes.

—Viva! gritó el negro Gonzalez, que era el mas alegre de todos, á causa de la reserva de diez mil pesotes que tenia en sitio seguro —como aquí hemos de pasar el dia, propongo que hagamos una vaca para traer comestibles pues no hemos de estar en ayunas hasta la noche.

Cada pinguista echó mano al bolsillo y entregó al negro el pico de los setenta y cinco pesos que le habia tocado en parte, con cuya respetable suma salió éste á la calle á traer las provisiones que habian de servirles para pasar aquel dia comiendo y bebiendolo mejor y mas alegremente que les fuera posible.

El negro regresó con una gran canasta de provisiones finas, y dos damajuanas de vino de la mejor clase que le fué posible encontrar, sin faltar, por supuesto la tradicional botella de ginebra, sin lo cual no habia entre ellos alegria posible, pues todos eran *chupistas* de primera fuerza.

Cada cual estendió en el suelo un pañuelo mas ó menos mugriento, y dieron principio al almuerzo, con una avidez digna de individuos que habian pasado la noche en claro sin haber tomado ni un mal mate.

No se habló por el momento del negocio de Lanatta, ni de otro por el estilo.

Las conversaciones amorosas fueron el tema de la conversacion, recayendo todas las bromas sobre Parodi, quien, algo picado por el priorato, refirió con sus pelos y señales la famosa aventura del barrio de la Marina en Génova, aventura que ya conocen ustedes en su menor de alle.

A pesar de los vapores del vino, el jorobado no habló ni una sola palabra de Nemesia —tema con razon, una tempestad de sátiras y pullas.

Concluido aquel banquete, puede decirse, unos se entregaron á hacer comentarios sobre la aventura de aquella noche, cuyo plan aún no les habia confiado Parodi, mientras otros se tendian muellemente sobre las baldosas, á dormir la siesta mas *roncadora* que se haya dormido nunca.

El jorobado se recostó en un rincon y se puso á dormir tranquilamente, pensando en su plan de aquella noche, que sin duda aún no habia resuelto.

A eso de las seis de la tarde, el negro Gonzalez fué el primero en estar de pié, se despeperó de una manera ruidosa, y se puso á despertar á los que aun estaban entregados al sueño mas profundo.

—Dejemos que amanezca bien, dijo Parodi, y nos pondremos en campaña—he aquí lo que se vá á hacer.

Yo con Palma vamos á dar unos vistazos por la joyeria, esperando que se retire el joyero—en cuanto este salga lo dejamos, caminar unas

cuantas cuadras, como para darle tiempo á que se aleje—en seguida damos la vuelta por la manzana, y como el joyero usa capa, paso yo arrebujaado en la mia, y al encontrarme con el sereno digo algo alusivo como si fuera Lanatta y me lamentaré de tenerme que volver.

Luego abrimos la joyeria y entramos reueltamente. Al rato puede pasar Montovia, y como yo encenderé luz, el sereno no desconfiará; así hacemos el tiro en regla.

En él jugamos el todo por el todo, pero la cosa vale la pena y además tengo buena espina.

—Convenido, y no hay mas que observar, dijo Palma, esperemos á que oscurezca y nos marchamos en compañía.

Aceptado el plan por todos, apenas hubo oscurecido se lanzaron á la calle y tomaron sus posiciones cerca de la joyeria.

Palma y Parodi se pusieron á espíar á Lanatta, desde la calle Perú, haciéndose los que mantenian una interesante conversacion.

Como era domingo, las casas de negocio, y principalmente las joyerias, se cerraban de nueve á nueve y media de la noche. A esa hora Lanatta empezó á colocar las puertas de los escaparates, y quince minutos despues cerraba por completo la joyeria y se retiraba á su casa, embozado en una capa.

La ganamos, dijo á Palma el jorobado, todavia los serenos no han concurrido á sus paradas y el tiro es de mas fácil ejecucion.

Mientras yo abro la joyeria puedes ir tú en busca de Portete y el negro para que carguen lo que puedan y andar con mas rapidez.

Los serenos ocupaban sus paradas de diez á diez y media de la noche, lo que dejaba á disposicion de Parodi una media hora libre.

Cuando este calculó que Lanatta habia andado unas seis ú ocho cuadras, abrió la joyeria y encendió luz dejando entreabierta la puerta para no dar á desconfiar á los que por allí pasaran—En seguida, para aherrar tiempo, se puso sobre tablas á abrir la caja de fierro, mientras volvia Palma y los compañeros á cargar con lo que hubiera de mas valioso, en alhajas y piedras.

Hacia solo un par de minutos que el jorobado trabajaba con el mayor éxito, cuando se abrió y se cerró de golpe la puerta, dando paso á cuatro hombres—cuya presencia hizo estremecer de miedo á Parodi.

—No te asustes, sacramento, que somos nosotros, dijo Palma—y gracias á Dios no tenemos cara ni condiciones de agentes policiales.

—Pronto, pronto, dijo Parodi—no perdamos tiempo que nos vá en ello el éxito—mientras yo abro la caja, que es donde estará la gorda, tu puedes ir entregando á esos los objetos de mas valor, para que se vayan retirando es bueno que solo lleven lo que les quepa en el

seno y los bolsillos, pues el menor bulto podia despertar las sospechas del sereno menos deshablado.

—A la obra, pues, respondió Palma, y empezó á cargar el negrito Gonzalez con las alhajas mas ricas que se ofrecian á su vista.

El negro se retiró, y lo siguió en turno Montovia y así sucesivamente hasta que en la joyeria solo quedaron aquellos dos grandes truanes.

—Ya está esto, dijo Parodi con voz temblorosa y conmovida, mientras abria la caja con mano nerviosa—pronto Palma, que el tiempo vuela y tal vez ese maldito sereno haya desconfiado algo y nos esté aprehendiendo á medida que salimos—yo tengo un miedo espantoso.

Palma se precipitó á la caja y empezó á echar en sus bolsillos el dinero y alhajas que estaban sueltas—entre tanto Parodi desocupaba los estuches en su seno, estuches que contenian brillantes en su mayor parte y alhajas de mucho precio.

En cinco minutos aquella caja estuvo desahijada de cuanto contenia, procediendo los punguistas á dejar las cosas mas ó ménos en su órden anterior, pues tenian gran prisa en retirarse y con razon, pues la menor casualidad podia ponerlos en peligro de ser presos.

Recojidos los instrumentos de que se habian servido para el robo, Palma abrió la puerta y Parodi apagó las luces saliendo en seguida y cerrando la puerta con sumo cuidado, como si temiera echar la llave en falso.

En ese momento pasaba el sereno por la joyeria cantando las once de la noche.

El jorobado, que en las grandes situaciones conservaba toda su sangre fria, saludó cortesmente al nocturno guardian, añadiendo:

—Como los ladrones no se paran ahora en medios, toda precaucion es poca, siempre desconfia uno de haber cerrado bien la puerta.

Al salir habia tenido buen cuidado de embosarse en la capa, de manera que el sereno ni siquiera se fijó en qué viclo lo hablaba, contestando:

—Lo que es por aquí, no hay cuidado, tenemos los ojos tan abiertos, que no han de rubarse ni el polvu.

Palma se dió vuelta para ocultar la risa que retozaba en su semblante, mientras Parodi, habiendo concluido de cerrar la puerta, se tomaba de su brazo, dirijiéndose tranquilamente hácia la calle de Maypú.

Ambos caminaban con gran embarazo, no solo por el peso de las alhajas que llevaban, cuanto porque estas no hicieran ruido al chocar entre sí.

—Es preciso apresurarse, dijo entonces Parodi, en llegar á la cueva, para mandar á uno de los que estén allí que provenga á los que por aquí esperan que pueden retirarse, no sea

el diablo que los vayan á prender, y por salvarse, alguno de ellos cante de plano.

Los dos bergantes tomaron la calle de Maypú y llegaron tranquilamente á la covacha, de donde enviaron á Gonzalez para que dijera á los demás punguistas que podian retirarse pues todo estaba hecho, y la joyeria se habia mudado á la plaza del Retiro.

Grande fué la sorpresa de estos al saber que tan pronto se habia llevado á cabo un negocio que ofrecia tantas dificultades.

Cada uno tomó diferente calle, trasladándose como un relámpago á la covacha para estar presentes al reparto, no fuera el diablo que Palma y Parodi fueran á apropiarse mas de lo que en buena ley les correspondia como principales autores del robo.

El reparto se hizo en paz y buena armonia, quedando Palma y Parodi con una buena cantidad mas, que les correspondia de hecho.

Hecho esto, todos fueron desfilando á sus respectivos mechinales, con su parte de botin, quedando en reunirse el sábado siguiente, para tratar sobre el golpe de Fasquel, que debia ser el que pusiera punto final, por el momento, á aquella serie de pungas.

Grande fué la sorpresa de la policia, al conocer el lunes por la mañana, los dos robos que habian tenido lugar la noche antes—no tanto el de Vallet, que quedaba completamente oscurecido por la famosa punga del joyero Lanatta, que estaba como loco.

Se habian hecho todas las averiguaciones posibles, la policia habia hecho la pesquisa mas minuciosa, sin poder hallar un rastro positivo, por el cual pudieran dar con la guarida de aquellos malvados, que parecian haberse propuesto á no dejar negocio libre.

Habia un dato que alguna luz venia á proyectar sobre aquellos misteriosos ladrones, pere que en realidad no los ponía en descubierto.

El sereno que cuida aquella manzana, interrogado por la autoridad, dijo que él garantia con su cabeza que despues de las once de la noche, hora en que se retiró Lanatta, no se habia acercado persona alguna á la puerta de la joyeria, declaracion que confirmó el centinela de la guardia de la cárcel que á aquella hora habia estado de faccion en la esquina de Victoria y Bolivar.

Aquí Lanatta se indignó, acusando de complicidad en el robo, tanto al inocente sereno como al centinela que lo apoyaba.

—Yo me he retirado á las nueve y media, decia, y no es cierto que haya saludado al sereno ni le haya dicho la menor palabra.

El diálogo que entre ambos tuvo lugar, fué magnífico, pues estando convencidos ser verdad lo que manifestaban, ambos se culpaban de complicidad, alegando el sereno que sus

razones tendría el joyero para hacerse el robado, puesto que negaba haber cerrado la puerta á las once de la noche y haber hablado con él antes de retirarse con su compañero.

—Pero bandito de Dios, decía el comisario al sereno—tú habrás hablado con los ladrones creyendo hablar con el señor, puesto que él asegura haber cerrado á las nueve y media y haberse retirado solo y no acompañado de otro individuo como tú dices.

—Y qué, respondía el empecinado sereno—no conozco yo el habla del señor, y su modo de andar y de cerrar la puerta?

—Pues no hay mas—has confundido al ladrón con el robado, y te has dejado engañar como un chiquilin de escuela.

—Todú puede ser, concluyó el gañan, pero á mí no me la tiene de pejare nadie—ese hombre se hace el robado.

La Policía siguió en sus pesquisas y averiguaciones, pero solo pudo llegar á este resultado—saber que los ladrones habian sido dos.

El sereno fué el pavo de la boda, como se dice, pues fué destituido para que no volviera á incurrir en otra falta ó desendeo.

El robo de Vallet era tan insignificante al lado del otro, que la policia lo dejó de mano, dedicada esclusivamente á hacer sus pesquisas en la joyeria, que era por otra parte donde algun dato habia sacado, aunque este no significaba nada.

Los punguistas entre tanto se ocupaban en liquidar el producto de aquel robo.

El sereno que reemplazó al destituido, se preparó á hacer una vigilancia sin descanso, para no incurrir en alguna inocentada por el estilo.

## AL MEJOR CAZADOR SE LE VA LA LIEBRE

El jorobado liquidó cuantas alhajas pudo, liquidacion que unida á los diez mil pesos que le tocaron en el robo de Vallet, le dió un resultado de ochenta mil pesos, que venian á salvarlo de sus apuros con Nemesia, que era el único obstáculo que lo retenia en la ciudad.

Su salud decaía dia á dia y necesitaba imperiosamente salir al campo, segun la indicacion de un médico que fué á consultar.

—Ahora, con estos ochenta mil pesos, pensaba Parodi, queda conforme mi Nemesia, pues con ellos bien podrá pasar un par de meses, y con otros pesitos que yo pueda reunir, tengo como vivir tranquilamente en Lujan, que es donde pienso irme á residir.

De este modo recupero algo de mi salud, continuó, y vuelvo ágil y listo para emprender nuevos tiros—qué diablos! dentro de dos meses han de haber joyerias mejores que las de Lanatta y Fasquel, que ya doy por robada, y en último caso ahí está el Banco de la Provincia, que no me he morir sin hacerle una visita como Dios manda, y solo, que este golpe no lo quiero partir con nadie, pues él me proporcionará mi vuelta á Europa.

En dos meses mas, seguía pensando, ya mis compañeros no se acordarán de mí, porque andarán cada cual por su lado, ó habrán caído ya en alguna trampa que les tenderá la Policía y que ellos no tienen bastante malicia para evitar, engolosinados con los golpes pasados.

Pensando así el jorobado, fué repartiendo en sus bolsillos el dinero que habia reunido

sobre la cama, y á penas oscureció se largó á casa de Nemesia, temblando por la raspa que iba á caerle, aunque pensaba que se disiparía al recibir el dinero que le llevaba.

Cuando llegó á casa de Nemesia, encontró á esta disponiéndose á sentarse á la mesa en compañía de dos inseparables amigas, de aquellas que no la abandonaban mientras duraban los pesejos confiscados en los bolsillos del inocente Domingo Parodi.

Su aparicion fué saludada con hurras formidables, pues ella importaba la traída de un nuevo contingente de macuquinos, que no podia caer en momentos mas oportunos, pues aquella tarde Nemesia habia allanado todos sus bolsillos, buscando algun sobrante de cincuenta pesos con que proporcionarse un poco de buen vino, única cosa que faltaba en aquella especie de comilona.

—Aunque eres un ingrato que te pasas los dias sin venir á saber si estoy muerta ó viva, dijo Nemesia tomando á Domingo por los hombros y mirándolo cariñosamente, yo te perdono porque vienes en un momento en que no tenia ni un centavo para vino.

Ante la caricia de los ojos de Nemesia, el jorobado olvidó todos sus malos tragos anteriores, y echó maquinalmente la mano al bolsillo del chaleco, donde habia puesto diez mil pesos, que entregó á su amante, quien dejó de mirar á Parodi por mirar al dinero.

—En el acto, dijo esta á sus amigas, una á invitar á Teófila y Gavina y Pancha, y otra á comprar lo demás que haga falta—aquí hay

dinero, gracias á mi querido Domingo que lleva su amor hasta no dejarme carecer de la menor ocurrencia que pueda tener.

—Por supuesto, pobrecito mio, dijo dirigiéndose á este, que tú comerás conmigo—como te sientes de salud? me pareces menos pálido.

—Así, así, respondió el jorobado, que se derretía ante las palabras de la traviesa maritornes—te acompañaré á comer, pero te suplico que no me hagas tomar vino, porque me ha asegurado el médico que la bebida ha de concluir con mi existencia.

—Cómo te figuras angel mio que yo voy á contribuir á agravarte?—come conmigo que te garanto que una copita no te ha de hacer mal.

El médico se habrá referido á las bebidas fuertes que sueles tomar, pero el vino rico no hace mal á nadie—no tengas recelo.

Al oír tales cariños, el jorobado encontraba estrecho su pellejo para contener su joroba—no estaba habituado á aquellos tratamientos y Nemesia tenia el tino especial de ponerse á Parodi en el bolsillo y hacer de él todo cuanto queria.

Por otra parte ella habia oido que Parodi debia tener consigo mas dinero y se preparaba á sacárselo de la manera mas hábil.

—Yo comeré aquí, concluyó el jorobado, pero es preciso que trates de despachar temprano á las visitas porque tenemos que hablar respecto á mi viaje que he de hacer lo mas pronto posible, por supuesto, dejándote lo que habiamos convenido para que pases estos dos meses.

—En cuanto comamos se irán, respondió Nemesia, corroborando por esto su sospecha de que Parodi llevaba dinero consigo, decidiendo embriagarlo para apoderarse de él en cuanto quedara como muerto, segun costumbre de cada vez que allí comia.

Los dos originales amantes estuvieron conversando un gran rato, hasta que entraron Teófila, Gavina y demás sanguijuelas, armando una algarabía verdaderamente infernal, al olor de la buena bebida y mejores brindis.

Desde que el jorobado estaba allí, calculaban por lo menos pasar unos tres dias de su premo jaleo, baile y comilonas.

Todas ellas saludaron á Parodi con palabras comedidas, asegurándole que Nemesia habia estado tristísima con su ausencia de tantos dias, pues como sabia que se hallaba enfermo, se sobresaltaba mucho pensando en que tal vez se habia agravado su dolencia.

Parodi estaba en sus anchas; recibia aquellos cariñosos saludos, y aseguraba que solo el mucho quehacer que habia tenido era causa de haber estado tanto dia sin venir á ver á su querida Nemesia y que no habia mandado á saber de ella, porque no queria confiar á

persona alguna sus amores, y aquella guarida secreta que tenia para su descanso.

A eso de las once de la noche una vieja morena que servia á Nemesia vino á avisar que la comida estaba en la mesa, noticia que hizo levantar de sus asientos á aquellas infernales mujeres, como si las hubiese movido un golpe de electricidad.

—A comer, á comer—gritó alegremente Nemesia, y tomándose del brazo del jorobado, rompió su marcha al comedor que ya habia sido invadido por sus amigas y alguno que otro amigo que creia que ya estarían en los postes y próximos á bailar.

La comida empezó con esa alegría peculiar á toda comida por el estilo: las mujeres retozaban como gatos chicos, y dirijian todas sus bromas amorosas al tierno jorobado, que ocupaba al lado de Nemesia, el lugar de preferencia en la mesa.

El recibia las bromas alegremente, miraba con una ternura monstruosa á su amante y engullia como un Heliogábalo, sin dar el menor descanso á sus mandíbulas descomunales, que movia con una ligereza portentosa.

Después de los primeros plazos, los invitados empezaron á beber, negándose Parodi, como siempre, á probar una sola gota de vino.

—Vamos, Domingo mio, dijo Nemesia, piensa que vamos á estar dos meses sin vernos y que una copa de buen vino no hace mal.

Y mientras esto decia ofrecia á Parodi una gran copa de vino, agregando:—bébela á mi salud, hombre, que te vá á sentar bien.

El jorobado no tuvo fuerza para resistirse—tomó la copa y después de chocarla con la de todos se la echó al colete.

—A tu salud, cara mia; dijo poniendo la copa sobre la mesa, con tal fuerza, que le hizo pedazos el pié.

Una ruidosa carcajada mezclada á estruendosos vivas, saludó la rotura de la copa, felicitando á joroba por la pasión con que bebiera.

—Así debe ser un hombre exclamó Teófila, empuñando una nueva copa—por su mujer—no hay nada que no se haga.

A tu salud, mi amigo, y que cuando vuelvas de tu viaje podamos saludarte con la misma alegría que lo hacemos ahora.

El jorobado no pudo resistirse á tan galante brindis, y tomando otra copa que le alargaba Nemesia, se la echó á su gran gañote con el mismo desembarazo que la primera, diciendo en seguida á Nemesia—por ti, aunque después crepe.

La comida siguió con creciente algazara—Teófila habia hecho tales libaciones á Baco, con diferentes pretextos, que á media comida tenia ya los ojos completamente vidriosos, indicando su proximidad al estado de pleno pe-

Al jorobado no habia ya que invitarlo—habia tomado el gusto al vino, y cediendo á su influencia ya bebia por su cuenta.

Este era el momento que esperaba Nemesia—en cuanto vió que Parodi bebia por sí solo empezó á llenarle disimuladamente la copa, teniendo buen cuidado de mezclar en ella, vinos espirituosos con la mayor cantidad de coñac posible.

Parodi ya habia llegado á equivocar la servileta, limpiándose la boca con el cuchillo y pinchando la comida con un pucho de cigarrillo negro que dormia una eterna siesta tras de su oreja derecha.

Las ninflas invitadas reian estrepitosamente, disputándose el derecho de chocar su copa con la de Parodi, cuya expresion de idiotismo acusaba la mona en que habia empezado á cabalgar, con gran alegria de la descomunal Nemesia.

Los postres empezaron y comellos los vinos generosos, el anís y el espantable licor de rosa, bautizado con aguardiente de papas, que era entonces, como es hoy, el licor infaltable en estas comidas de *medio pelo*.

Entre Gavina y Nemesia prepararon una copa con todas estas bobidas mezcladas, que sirvieron á Parodi como un plus café.

Este, que no sabia ya lo que hacia y que bebia maquinalmente, se echó á pecho aquella copa de brevaje dando las gracias y proponiendo á Teófila, que estaba profundamente dormida, aun partida de *morra*.

Poco despues de esto, el respaldo de la silla en que estaba sentado Parodi se rompió, dando con su cuerpo en tierra, y quedó inmóvil.

Fué trasportado inmediatamente al aposento de Nemesia, donde quedó profundamente dormido y el baile principió con el estruendo de seis guitarras y tres acordeones.

Antes de venir á hacer los honores de la fiesta, Nemesia entrecabrió la boca de Parodi, ayudada del cabo de una cuchara, y le hizo tragar media cuarta mas de aguardiente puro.

Con esto estaba segura que no despertaria en todo el dia, y decimos todo el dia, por que eran ya las cuatro de la mañana.

Nemesia dió un paseo por la sala, bailó una *varsoviciana*, para cumplir con los invitados y regresó á su aposento, segun dijo á acomodar á Domingo para que pasara el dia lo mejor que fuera posible.

El acomodo fué que desnudó al pobre mentecato y dejándolo en la cama, le limpió los bolsillos de tal manera, que á penas le dejó cincuenta pesos.

Nemesia, que ya se habia asombrado al ver el volumen de los billetes de banco, se puso lívida de emocion al contar la suma de setenta mil pesos.

Nunca habia tenido en su poder tanto di-

nero junto, y al oprimir aquella cantidad entre sus manos, se sentia presa de intenso vértigo.

Cuando la emocion le hubo pasado un poco Nemesia se dirigió á una caja de fierro que le habia regalado el mismo Parodi, y encerró los pesos, no sin mirar antes la cara de su amante, pues le parecia que aquel sueño era finjido, que podia despertar y quitarle aquel dinero.

Asegurada de que el jorobado estaba borracho hasta mas no poder, volvió á la sala pretestando un dolor de cabeza tan fuerte, que se veia obligada á ganar la cama.

De este modo deshacia la reunion y se quedaba libre para poder tomar una determinacion sobre lo que haria.

Los invitados que estaban en estado de moverse, echaron su última copa y se despidieron hasta el dia siguiente en que seguiria el jaleo.

Teófila y Gavina dormian profundamente su mona, sobre el sofá de la sala; fué preciso dejarlas seguir su sueño pues no podian moverse.

Nemesia, cuando fué á registrar al jorobado estaba algo pesada de la cabeza, pero fué tal la emocion que experimentó al verse dueña de aquellos setenta mil pesos, que quedó tan fresca como si solo hubiera bebido agua durante la comida.

Mandó acostar á la gente de servicio que aun estaba en pié y se encerró en su aposento, reflexionando sobre la medida que debia adoptar para asegurar aquel dinero antes que se recordara Parodi.

Yo puedo mandarme mudar con el dinero, pensaba sacándolo de la caja, pero pierdo el *marchante* y me confieso culpable.

Parodi es muy pejarro, volvía á pensar, y será muy difícil hacerle creer que no he sido yo quien se lo ha sacado; pero, concluía, válida del amor que me tiene puedo engañarlo, y hacerme la robada yo misma, para de esta manera sacarle mas dinero antes del viaje.

Persuadida de que esto era lo que mas le convenia, acomodó el dinero en una tira de género, á manera de cinturón, y se lo ató á la cintura, bajo la ropa, pues se preparaba á registrar la casa, acompañada de Parodi, así que este se despertara. En seguida se echó sobre la cama, á su lado, pero no pudo conciliar el sueño—aquel dinero hacia en su cintura una eterna cosquilla.

El jorobado se despertó á eso de las ocho de la noche y recordó á Nemesia preguntándole por qué no se habia desnudado.

—Me dolía tanto la cabeza, repuso esta, que no he tenido fuerzas para quitarme la ropa—ahora me siento bien porque he dormido de un solo sueño, que es muy gran remedio para todo—tan rendida he caído á la cama, que



me dormí en el acto, á pesar de la bulla que me hizo los que se han quedado bailando - voy á ver si se han ido ó se han quedado á dormir en casa.

Hizo el ademan de levantarse, pero Parodi la retuvo diciéndola:—como yo me voy al campo, probablemente el domingo, te he traído unos ochenta mil pesos, único dinero que poseía, para que tengas con que pasarlo bien el tiempo que yo tardé en volver - dos meses tal vez.

—¡Jesús! hijo! exclamó Nemesia haciéndose la sorprendida, con la mitad era bastante á que me has traído tanto dinero?

—La plata nunca está demás, mi querida, y mas vale que sobre y no que falte—quien sabe lo que puede suceder en estos dos meses.

Nemesia se levantó en el acto, y Parodi se echó mano á sus ropas para hacer lo mismo—pero á penas se puso el pantalón, dió un grito y quedó estático, como si se hubiera dado un golpe en plena nuca—¿qué significa esto, *Madonna beataletta?* añadió en voz llorosa.

—¿Qué te pasa hijo mío? preguntó Nemesia precipitadamente—te has agravado? sientes algo? vuélvete á acostar, querido Domingo.

—Lo que me pasa, contestó Parodi mirando á Nemesia con cierta amargura, es que me han sacado el dinero de los bolsillos - todo el dinero.

—No puede ser—contestó ella muy asombrada—quién va á entrar aquí á cometer un robo?—las muchachas no son capaces de semejante cosa - es que tal vez tienes pesada la cabeza y no recuerdas donde has guardado el dinero—tal vez lo habrás dejado en tu casa.

—Te digo que me han robado—insistió Parodi creyendo en amargura y me han robado á no dejarme ni un solo peso.

Nemesia, que no hacía mal su papel de asustada, se puso á hacerse la que buscaba por todas partes, pero como era natural, la mesca no parecía.

—Maldición! exclamó de repente, cerrando los puños y mirando amenazadora á Parodi, el dinero que tu me distes anoche no está tampoco aquí donde yo lo dejé—¿no será esta una farsa que tu haces para pasar por generoso sin haberme dado un medio?—cuidado, cuidado Parodi por que despues te arrepentirás—vuélveme mi dinero y no des esas bromas que son de muy mal gusto y peores consecuencias.

El jorobado empezó á dudar; habia creído al principio que Nemesia lo habia desplumado, pero era tan bien fingida la indignacion de esta, que creyó realmente que alguno de los invitados, aprovechando su sueño, los habian registrado y robado todo el dinero.

—Hija mia, cálmate y reflexiona un poco—cómo diablos me voy á robar yo mismo y ro-

barla á tí, que es peor que robarme á mí mismo?

Nemesia observó que su táctica daba buen resultado, y como siempre ha sido hábito mujerial hacer primero el cargo para no recibirlo, insistió en la cosa, tratando á Parodi con gran aspereza y fingiendo la mayor indignacion, por un proceder tan infame.

—Vuélveme el dinero, agregó, vuélveme el dinero, pues semejante proceder es miserable y francamente yo no lo merezco—y cambiando de táctica se echó á llorar con grandes gihoteos y demás accesorios indispensables á los llantos fingidos con que una mujer quiere desarmar á un hombre.

Parodi, convencidísimo de que Nemesia no era—la del tiro, quiso consolarla y asegurarle que él le traeria mas dinero, pero Nemesia concluyó diciéndole que no solo le habia quitado su dinero, sino que habia pretendido hacer creer que en su casa le habian robado.

Tocó ahora el turno al jorobado de justificarse, diciendo á Nemesia que era preciso hacer diligencias para que apareciera aquel dinero.

Pero fué tal el escándalo que esta armó, tratándolo de falso, etc., que el jorobado tuvo que renunciar á toda tentativa de recuperar lo perdido, confesando á Nemesia que todo habia sido una broma, y que él le traeria pronto aquel dinero, no habiendo por qué afijirse.

Mediante esta confesion, la astuta mujer no tuvo inconveniente en hacer las paces, prodigando á Parodi algunas caricias, y haciéndole formal recomendacion de que con ella no empleara semejantes bromas, pues ellas serian causa de que le perdiera todo el cariño.

En sus ratos de buen humor, el mismo Parodi ha referido esta aventura á los estudiantes que rodeaban su cama en el hospital, confesando que fué tan maestra aquella tirada, que él al mucho tiempo y por una casualidad, descubrió la verdad de la cosa.

Parodi comió allí malamente, porque no tenían dinero, y á horas avanzadas de la noche salió y se fué en busca del negrito Gonzalez, porque necesitaba que le hiciera una retocada en su disfraz, pues ya le habia crecido algo la barba y el pelo.

El negro estaba durmiendo los restos de una tranca, pero como habia tomado gran *aficion* al jorobado, se levantó inmediatamente y se puso en el acto á la obra con tal maestria, que Parodi quedó aun mejor disfrazado que la vez primera, lo que pudo apreciar en una *yapa* de espejo que, como pieza de gran lujo, tenia el negro en la especie no ya de covacha pero si de pesbre en que habitaba.

El jorobado se dirigió á su herreria, donde empezó á lamentarse tristemente de la punga maestra de que habia sido víctima.

—Esta no puede ser otra que la borrachona de Teófila, pensaba—pero quién le dice nada à Nemesia, si se pone como una furia?

Como para perder ochenta mil pesos están los tiempos! añadia con desesperacion—yo me animaria á descubrir el robo en un momento, pero como aquella terca se ha empeñado en creer que es broma mia, no hay medio posible de hacer nada.

Todo aquel día lo pasó sin acostarse, meditando en aquella pérdida que lo obligaba á cometer otra punja, ó liquidar el resto de las alhajas de Lanatta, pues no le era posible ausentarse sin dejar dinero á Nemesia, so pena de quebrar con ella definitivamente.

Y esto era materialmente imposible para el jorobado, cuyo espíritu estaba dominado por aquella mujer á quien amada con todos sus sentidos.

El jorobado resolvió entretener los dias que lo separaban del sábado, estudiando la situacion de la joyeria de Fasquel, donde iba á ejercer su última punja.

Por la mañana muy temprano, se ponía en observacion de la casa, para ver á que hora abrian la puerta y quien la abria, y á la noche, á la hora de cerrarse los negocios, volvía á su acechadero para estar bien al cabo de lo que el joyero hacia antes de cerrar la puerta, y donde iba á dormir.

Fasquel vivia en compañía de su familia, en el mismo edificio donde tenia establecida la joyeria—esta se comunicaba con sus piezas y las de su familia, de modo que Fasquel no salia nunca á la calle, sino para alguna operacion que requiriese forzosamente su presencia.

En una de estas salidas el jorobado amoldó la cerradura en un pedazo de cera, [pero habia una dificultad seria que vencer, y era que la puerta de la joyeria se cerraba por el interior con un grueso barrote de fierro, que no se podria romper sin gran trabajo y dedicándole bastante tiempo.

La gran cuestion era, pues, resolver el medio de limar ó romper aquel barrote, sin lo cual todo era completamente imposible.

Si la joyeria hubiera estado establecida en un sitio menos espectable, esto no hubiera sido una dificultad mayor, pero en la esquina de Perú y Victoria la cosa cambiaba de especie, porque á mas de la vigilancia del sereno que tenia su parada en la misma esquina, estaba el centinela de la cárcel.

—Será preciso entretener al sereno con cualquier pretexto, pensó Parodi—de otro modo, no hay posibilidad de dar el golpe sin esponerse mucho.

Decidido á llevar á cabo la cosa de esta manera, el jorobado se fué á su herreria y empezó á preparar la llave que le debia abrir la puerta y una lima finísima y de cierta con-

sistencia, para poder limar y romper el barrote de fierro, único obstáculo que se le ofrecia.

Los dias que pasaron hasta el sábado los amenizó el jorobado haciendo dos visitas à Nemesia à quien como prendas de amor, llevó de regalo dos magnificas sortijas y un reloj de las alhajas robadas en casa de Lanatta.

—Si Dios me ayuda en esta empresa, le habia dicho, no te digo ochenta sino cien mil pesos, para que puedas vivir en mi ausencia como una verdadera reina.

—Anda no mas, tonto, pensaba Nemesia al escucharlo—que con eso y los setenta mil que yo tengo, me compraré una casita y unos mueblejos con que pasar el resto de mi vida. Llegado el sábado, Parodi se trasladó á la covacha, donde lo esperaban ya reunidos alegremente, todos los miembros de la honorable gavilla.

—Aquí están los instrumentos que han de servirnos, dijo Parodi á penas entró, pelando de sus profundos bolsillos la llave, la lima y un frasquito de agua fuerte—pero este golpe es el que mayores dificultades nos ofrece, de todos los que hemos llevado á buen fin y remate—y refirió á sus compañeros como aquella manzana estaba vigiladísima y como Fasquel cerraba su puerta con una gruesa barra de fierro.

—Y qué es lo que tu piensas hacer? preguntó Palma—como diablos vas á allanar todas esas dificultades insuperables de que hablas?

—De esta manera, contestó Parodi, tomando una actitud reposada.—Es preciso que dos de ustedes armen un escándalo en la esquina de Victoria y Bolívar, para que allí concurra el sereno que tiene su parada en la esquina de la joyeria—se dejan llevar presos fingiéndose muy ebrios para que pierdan mas tiempo en cargarlos, prision que nada significa, porque mediante cien pesos de multa saldrán en libertad. Mientras ustedes arman el escándalo yo, Palma y algun otro, nos ponemos á limar el barrote, con todo afan, de manera que cuando el sereno regrese á su parada nosotros estemos ya dentro de la joyeria—Allí podemos estar tranquilamente y sin meter ruido, hasta la madrugada, en que saldremos cargados con nuestra presa.

Es preciso que los que armen el escándalo lo hagan durar un poco, pues si cuando el sereno regrese no estamos dentro de la joyeria, se pierde el tiro, porque mañana al abrir la puerta, se apercibirá Fasquel que el barrote está medio limado.

Durante la noche vamos á tener que hacer la operacion al tanteo; porque no seria prudente encender luz, que se vé por las hendidias de la puerta—asi que amanezca tendremos

tiempo de hacer limpieza general y salir á la calle cerrando bien la puerta.

Como mañana es domingo, no abrirán la joyería y solo el lunes se descubrirá el robo, teniendo tiempo de estar yo en Lujan y ustedes en su escondite.

Cuando Parodi concluyó, los punguistas quedaron meditando un largo rato, pues el golpe era mas difícil de lo que parecia al principio.

—El tiro es arriesgado, exclamó Palma, porque vamos á estar encerrados gran parte de la noche y espuestos á que, por el menor ruido se nos tome el olor y nos pezquen como ratones en trampa, pero los resultados serán tan famosos, que bien vale la pena de esponerse á cualquier peligro.

Solo propongo una modificacion, concluyó, y es que en vez de tres entremos cinco, porque así seremos mas para llevar tanta cosa como hay allí.

—Pues entremos cinco, convino Parodi, que al fin y al cabo podremos acarrear mas cosas, —ahora, propongo que los que han de armar el escándalo sean el negro Gonzalez y Montovia, que me parecen mas aparentes—en su prision no hay el menor peligro, y por lo pronto aseguran hacer constar de una manera indudable, si se descubriera la cosa que ellos no pueden haber tenido la menor participacion en ella.

—Yo aceptaria gustoso la comision, como he aceptado las demás que se me han dado—pero hay un inconveniente que ustedes han de hallar justo.

Tengo mis desconfianzas que los soldados de la guardia vayan á reconocer en el negro del escándalo al negro de los jarros de té y descubriese el pastel.

—La observacion de Gonzalez es muy justa, dijo Parodi apoyado por Palma—me parece que en vez de él puede ir Portete, ó el quequiera.

Montovia y Portete aceptaron la comision, era la menos peligrosa de todas, la mas descansada y participaban del robo por partes iguales.

Allanada esta dificultad, los ladrones se pusieron en marcha, como siempre, por distintas direcciones.

Eran las doce de la noche.

Las calles estaban solas, y en la noche oscurisima solo se veia el resplandor de las linternas de los serenos.

Los pocos espectáculos que habian en aquellos tiempos habian concluido, y solo se veia de cuando en cuando, algun calavera que salia de algun fondin, munido de su peso de salchichon y una caja de sardina, para comer en compañía de su novia ó consorte.

Los ladrones de á dos en dos, se dirijieron á los alrededores de la joyería de Fasquel, donde debian entrar así que Parodi abriese la puerta.

Montovia y Portete se fueron por la calle de Bolivar y entraron en un boliche que habia en la esquina de Potosí, donde, para mejor hacer su papel, se pusieron á tomar la copa, y á discutir sobre amores, á pesar de las prevenciones del almacenero, que les notificaba á cada momento que ya queria cerrar la puerta.

Montovia y Portete seguian bebiendo y se resistian á salir, haciéndose los que ya estaban muy ébrios.

El jorobado y Palma daban vuelta la manzana esperando el primer grito que pusiera en alarma al sereno, obligándolo á abandonar su puesto y descuidar la vigilancia de la manzana.

El negrito Gonzalez y los dos portugueses se habian situado en la esquina de Rivadavia y en la esquina de Maipú y Victoria se hallaba el resto de la gavilla, dispuesta á acudir á la joyería en primera oportunidad.

## EL ÚLTIMO ROBO

Acababa de dar la una de la mañana, cuando se sintieron grandes gritos del lado de la plaza: una voz pedia auxilio, mientras otra lanzaba las mas terribles blasfemias, todo esto unido á grandes golpes de puertas que se cerraban.

Era que el dueño del almacen donde bebian Montovia y Portete, habia concluido por echarlos á la calle dándoles con la puerta en las narices, pues los pesados marchantes insistian en querer entrar nuevamente á la pulperia y seguir mamándose.

Al rumor de este gran bochinche, el sereno enarboló su linterna, blandió su lanza y se lanzó como una exhalacion hácia el lado de la plaza, pensando sin duda que aquella algaraza la estarían armando algunos ladrones tomados infraganti.

Este era el momento que esperaban Parodi y Palma para lanzarse sobre la joyería y forzar la puerta antes que regresara el sereno.

Mientras Palma ponía en juego la famosa palanca del jorobado, introduciéndola por debajo de la puerta y oprimiendo su otra estre-

midad con el pié, este había introducido su lima en las junturas de la puerta y limaba á gran prisa el barrote de fierro.

El escándalo entre tanto había tomado grandes proporciones—por todas las calles se veían oscilar las linternas de los serenos que acudían presurosos al llamado del pito que, con gran desesperación tocaban los que ya habían llegado al lugar del bochincho.

Hacia mas ó menos un cuarto de hora que el escándalo se había iniciado, cuando la puerta de la joyería de Fasquel, cediendo á la presión de la palanca, salía de sus visagras, concluyendo de romper el barrote ya limado en uno de sus estrenos.

Lo mas difícil estaba ya hecho.

Si el jorobado limaba al otro extremo de la barra, se esponía á perder diez minutos mas, y á que la barra, cayendo á falta de punto de apoyo, produjera un ruido de todos los diablos despertando á Fasquel que, como se sabe, dormía al lado.

Lo mas sencillo era aplicar la palanca al otro extremo de la puerta, para hacerla resbalar sobre la barra, forzando el extremo donde esta había sido limada.

Ayudado por Palma, el jorobado se puso á la obra, con tan buena mente, que dos minutos despues la puerta estaba entreabierta hasta dejar libre una entrada bastante cómoda, por la que se colaron inmediatamente los dos ladrones.

Así que los demás compañeros vieron desaparecer á estos en el interior de la joyería, se aproximaron á paso de trote y se colaron precipitadamente, acomodando en seguida la puerta, de manera que á su regreso no pudiera el sereno apercibirse de nada.

Hecho esto, empezaron á orientarse tanteando los objetos en la oscuridad, con gran cuidado de no hacer el menor ruido.

Hacia mas de veinte minutos que estaban ya dentro, acomodando en sus bolsillos las joyas que estaban en el mostrador, cuando sintieron que el sereno regresaba á su parada, conversando con uno de los tantos curiosos que habían ocurrido al escándalo.

—Pero por qué se tiraban al suelo? preguntaba el curioso, resistiéndose de aquella manera á obedecer la orden que ustedes les daban?

—¿Qué se yo—respondía el sereno—estaban tan borrachos, que yo creo que no caminaban porque no podían mover una pierna.

—Trabajo nos han dado!—que genta tan testaruda! válgame Dios! si parece que les hubieran pagado para hacerse arrastar en la vereda!

—Así son estos diablos cuando se maman—concluyó el sereno—le hacen perder á uno mas de una hora y la paciencia, y por fin de fies-

ta hay que cargarlos y echárselos al hombro, porque es vana esperanza pensar que ellos han de ir por su voluntad.

—Por lo visto, observó Parodi en voz baja, los compañeros han cumplido bien con su cometido, han ganado la parte que les toque.

Y como en el mostrador no quedara ya mas que pasar á sus bolsillos, los punguistas esperaron sentándose en el suelo que empezara á amanecer, para proceder á la limpieza total de la joyería, pues no pensaban dejar allí la menor cosa de algun valor.

A penas empezaron á entrar por las rendijas de las puertas los primeros albores de la mañana, los rateros se pusieron á vaciar los estantes, mientras Palma y Parodi, lo mas silenciosamente que les era posible, trataban de violentar la caja de fierro, lo que consiguieron despues de grandes esfuerzos, á los pocos momentos de trabajo, sacando con gran presteza todo cuanto contenía la caja, que eran riquísimas alhajas, y una suma de dinero bastante respetable, producto de la cobranza que aquel sábado hiciera el señor Fasquel.

Quando el jorobado sintió el pito de los serenos que tocaba reunión para retirarse á la Policía, se acercó á Palma preguntando:

—Se parrió?

—Quisá—replicó éste encojiéndose de hombros y pegando su oído á una de las hojas de la puerta.

—Creo que ya se han ido, agregó, despegándose de la puerta, y que podemos desfilir hasta la cueva, antes que se haga mas tarde.

—Entónces, dijo el jorobado, yo me voy porque á causa de mis piernas soy el que mas lentamente camino, ustedes van saliendo sin precipitación, y el último que salga será el en cargado de asegurar la puerta, de manera que no se aperciban de la cosa—el joyero no abre la casa los dias de fiesta, y tenemos asegurado hasta mañana lunes, para ponernos lejos del alcance de la Policía.

El jorobado se largó tan ligero como pudo, siguiéndolo los demás rasgas con toda felicidad, pero no hicieron la retirada tan en orden como lo recomendara Parodi, pues Palma, que fué el último en salir, aseguró tan mal la puerta, que dejó una gran rendija.

Esta fué la causa de que los empleados de policia se pusieran en campaña dando por fin con la famosa gavilla.

Hé aquí como el señor Clavel, empleado de policia en aquella época, narraba el descubrimiento de esta gavilla de ladrones:

En una mañana de los últimos dias del mes de Junio, apareció robada la joyería de don Luis Fasquel, situada en la calle Victoria al llegar á la esquina de Perú.

La casa era una de las mejores de esa épo-

ca en cuanto á capital, y el robo habia sido total: no quedó en las vidrieras mas que el polvo.

Habiendo sido hecho el robo en la madrugada de un dia domingo, tal vez hubiese pasado inapercibido hasta el dia siguiente, porque el señor Fasquel tenia la costumbre de no abrir la joyería los dias de fiesta, pero un descuido de los ladrones, hizo que una de las hojas de la puerta, que habia sido forzada con un buen instrumento, quedase fuera de su lugar y empujada despues por algun curioso, hicieron conocer á cuantos pasaban que allí se habia practicado un robo.

En el momento circuló la noticia por toda la ciudad, no solo por la magnitud del robo, sino porque el señor Fasquel era generalmente querido, y mas que todo, por el escándalo de efectuarse el robo á doscientas varas de la Policia.

A las nueve de la mañana de ese dia, don Pastor Obligado, gobernador de la provincia y don Ireneo Portela, su ministro de gobierno atraidos por la curiosidad, fueron á la joyeria de Fasquel y se hallaban contemplando la desgracia del dueño de aquella casa, al que despues de 30 años de trabajo honrado y laborioso, la codicia de unos malvados le arrebataban su fortuna en una hora.

Pasaba á ese tiempo el oficial 1º de Policia que venia de conferenciar con el gefe acerca de las medidas que debian tomar para el descubrimiento del robo y llamándole el señor Obligado le dijo:

—¿Qué le parece, señor oficial 1º de Policia, lo que pasa á una cnadra de ese departamento?

—¿Que es un escándalo, señor!

—¿Y por qué la Policia no pone remedio?

—Porque no tiene elementos, señor, la Policia necesita hombres y dinero y no tiene ni una ni otra cosa; sin embargo, en este robo hay una especialidad, que va á poner á la Policia en camino de descubrir á sus autores y le prometo al señor gobernador, que si dentro de tres dias no se han descubierto la mayor parte de los empleados renunciaremos por creernos incompetentes.

Dos horas despues, todos los empleados se hallaban en el despacho del gefe y eran exhortados á ponerse en campaña.

Les refirió el oficial 1º las palabras cambiadas con el señor gobernador y la promesa que acababa de hacerle y que por su parte estaba dispuesto á cumplir y aprovechando el espíritu de compañerismo que habia entre los empleados cuando se trataba de cumplir sus deberes oficiales, se separaron despues de combinar el plan que debian adoptar y prometiéndose no descansar hasta conseguir su objeto.

Mientras los empleados salian á practicar

sus operaciones en diferentes puntos de la ciudad, el oficial 1º quedaba en la Policia para ocuparse de interrogar á los individuos que aquellos le remitieran y transmitirles las instrucciones que de sus interrogatorios resultasen necesarias.

A la una de la noche, habia en la crujía de la Policia 30 presos y 27 incomunicados en varios sitios de la misma, total 57 presos que concluidas las diligencias que se practicaban solo 3 fueron puestos en libertad por no resultar cargos justificados contra ellos.

Los demas eran ladrones de mayor ó menor importancia, habiéndose encontrado una gran cantidad de efectos robados en varias casas y de que la Policia tenia conocimiento.

Entre los objetos encontrados, fué hallado un baston de caña de la India con cabo de marfil que desapareció entre los objetos robados en la roperia esquina de Reconquista y Piedad y que se conocia por tener el nombre del dueño grabado en el puño.

La Policia, en las minuciosas investigaciones que habia hecho de tres meses á esa parte, habia adquirido la conviccion de que habia una gavilla de ladrones organizada y cuando tenia noticia de un nuevo robo, casi podia asegurar si era hecho ó no, por esa gavilla y en ese número contaba el de la roperia calle de Reconquista y el de la joyeria de Fasquel.

Así es que, al encontrar el baston en poder de uno de los ladrones que tenia presos, contaba ya con que tenia la gavilla ó parte de ella en su poder; sin embargo, sus diligencias le daban resultado negativo.

Al dia siguiente y cuando los empleados en comision, parecia que no tenian á donde dirigirse para seguir sus pesquisas y viendo que de los tres dias en que el oficial 1º habia tenido la audacia de prometer que se descubrirían los autores del robo de Fasquel, solo faltaban dos, la Policia trató de exitar el amor propio de los empleados.

Al efecto nombró en comision permanente á los comisarios D. Nicolás Arnaud de la 1ª sección, D. Carlos Eizaga de la 2ª y D. José M. Pizarro de la 3ª, para que se ocuparan esclusivamente de descubrir el robo de la joyeria de Fasquel, exonerándolos de todas las obligaciones que tenian en sus respectivas secciones.

Los nombrados recibieron su nombramiento como una distincion honorífica, y sin embargo que eran los empleados mas inteligentes y activos y que sin ese nombramiento hubieran cumplido con su deber, eso les obligó á hacer esfuerzos sobrehumanos para ver de corresponder á la distincion que se hacia de ellos.

Los demas empleados que no habian recibido esa distincion, se esforzaban tambien por

ver si conseguian descubrir á los ladrones, para probar con ello que habian hecho mas, que los que habian obtenido un nombramiento especial.

Este antagonismo, beneficiaba el servicio público.

En el departamento policial se organizaba una pequeña policia secreta cuyas atribuciones no pasaban de buscar ladrones.

Así pasó el segundo dia y nada se adelantaba.

El miércoles, dia que espiraba el plazo fatal en que los principales empleados de policia debian hacer su renuncia por declararse impotentes para descubrir la gavilla de ladrones; á la una de la tarde se presenta en el departamento uno de los individuos de la policia secreta y da el aviso de que en una platería situada en la calle Rivadavia entre las de Solís y Entre-Ríos, se habia presentado un italiano pretendiendo que le comprasen unas alhajas para chafalonía, y entre ellas iba una con piedras finas que el vendedor no sabia estimar; que la dueña de la platería le pidió que volviera á las 4 de la tarde que estaria su esposo y se las pagaria bien; que el italiano le prometió volver sin falta.

En el acto se llama al comisario de la seccion 8<sup>a</sup> D. Manuel A. Pividal que tenia su comisaria á la otra cuadra de la platería indicada y se le dan las instrucciones convenientes para la captura del vendedor de alhajas.

El comisario se pone de acuerdo con el platero y luego que el vendedor se presentó y sacó su mercancia, le fué esta secuestrada y tomado preso.

De allí lo condujo á su oficina, hizo un parte remitiéndolo y manifestando que antes de sacar las alhajas, habia pedido al platero que lo llevase á un parage oculto, por que el tenia vergüenza de que creyeran que era mercachiffe.

Pone las alhajas dentro del oficio y rotulado al jefe de policia, se lo dá á un vigilante de á caballo y hace montar al preso, en ancas del pátrio que cabalgaba y lo dirige á la policia.

El oficial 1<sup>o</sup> que esperaba con ansia el resultado de la comision confiada al comisario Pividal y que ya tenia noticia de que era favorable siente un placer inmenso al ver llegar al vigilante con un hombre preso, que ya supone ser el vendedor de alhajas y se ratifica cuando le dice el vigilante:

—Este hombre lo manda el comisario de la seccion 8<sup>a</sup> por encontrarlo vendiendo las alhajas que habian dentro del parte.

Vá á sacar el oficio y no lo encuentra, se le habia caido del bolsillo del pantalon.

Habia perdido el cuerpo del delito, el hilo que debia conducir al descubrimiento del crimen.

Quedó preso el vigilante y se le hizo saber al comisario lo que ocurría al mismo tiempo que se mandaba buscar el oficio en todo el trayecto recorrido.

Habian pasado como diez minutos cuando se presenta en la Policia un señor Cajaravilla que tenia barbería en la calle Rivadavia, frente á la plaza Lorea, manifestando que al atravesar la calle, en el barro, habia encontrado un oficio rotulado al señor jefe de Policia y se presentaba con el objeto de entregarlo; era el que contenia las alhajas.

Inmediatamente se llama al señor Fasquel, se le ponen de manifiesto, y declara que todas ellas le pertenecen y justifica su dicho con dos cadenas que se hallan comprendidas en la lista de lo que habian robado y que se conocian por su forma especial.

En esa época la Policia ocupaba para declaraciones el gran salon que hoy ocupa la municipalidad, con frente á la plaza.

Allí fué conducido el vendedor de alhajas y el oficial 1<sup>o</sup> que debia interrogarlo.

Lleva las alhajas que habia pretendido vender y abre el interrogatorio preguntándole por su nombre, edad, patria y profesion.

El reo declaró llamarse Antonio Palma, de nacionalidad italiano, de 45 años y de profesion carpintero.

Interrogado sobre el motivo de ser preso, dijo que por haber pretendido vender unas alhajas que habia comprado en veinte pesos á un negro que no conocia y que aquel se las ofreció en venta, cerca de la plaza de Lorea.

Inútil fué emplear cuanto recurso aconseja la esperiencia para esos casos; se encerró en una negativa absoluta.

La situacion en que la autoridad se encontraba en esos momentos era muy delicada; se habia adquirido el convencimiento íntimo de que Palma era uno de los ladrones ó cuando menos su cómplice, por consiguiente él era el poseedor del secreto que podia poner á la Policia en camino de salvar á la sociedad, de esa plaga que amenazaba devorarla y no era posible perder la oportunidad.

Tampoco podia demorarse el descubrimiento, por que en el acto que se hiciera pública la prision de Palma, los demas compañeros se ocultarian.

Se hacia necesario descubrir el secreto y proceder en la misma noche á la prision de todos los cómplices, pero ¿cómo arrancarle á Palma una confesion tal, cuando se obstinaba en negar su participacion?

Esto era lo esencial.

Dicen que San Bernardo fué un gran perseguidor de ladrones y para sus investigaciones empleaba una receta de que se hizo uso con Palma y á los cinco minutos el hombre estaba tan convencido del deber en que estaba

de decir la verdad de cuanto supiera, que acompañó su promesa con las siguientes palabras:

Si la policía toma presos á todos los que yo nombre, pueden los habitantes de esta ciudad, dormir con las puertas abiertas, seguros de que no habrá quien les robe.

Inmediatamente continuó el interrogatorio en la forma siguiente empezando por donde convenia en esos momentos para aprovechar el tiempo.

—¿Quiénes robaron la joyeria de Fasquel el sábado último?

—Justiniano Silva, Angel Gramarra, Joaquin Correa Mattos, Santiago Montovia, el negro Gonzalez, Parodi y yo.

—¿Dónde se encuentran los objetos robados en esa casa?

—En poder de sus dueños, pues en la misma mañana del domingo, nos hicimos religiosamente el reparto.

—¿Sabes el paradero de los individuos que acabas de nombrar?

—De todos—Aquí se suspendió el interrogatorio.

Entonces dio el domicilio de todos sus cómplices.

Inmediatamente, dos de los comisarios que fueron nombrados en comision partian en un carruaje acompañados de Palma y se dirijian á la calle San Martín al domicilio de las señoras de Lacasa donde alquilaba un cuarto Justiniano Silva.

Como era natural, este aparentaba una gran dosis de honradez y de regularidad en sus costumbres, no saliendo sino muy pocas veces en el dia y retirándose á una hora conveniente por la noche. Lo mas distante que la familia que lo alojaba podia tener con tales antecedentes, era el que su huésped fuese un discípulo de CAO.

Cuando se generalizó la voz de haber sido robado el Sr. Fasquel, la familia á que nos referimos se manifestó escandalizada del hecho, y viendo salir á Silva de su cuarto tuvo con él el siguiente diálogo. Eran las 7 de la noche.

—¿Qué le parece á V. lo que acabamos de saber, Sr. Silva? El sábado por la noche ha sido robada completamente la joyeria de Fasquel.

—Es posible! contestó Silva con sorpresa. ¿Y quién es ese Fasquel?

—Es un joyero honrado y cargado de familia que tiene su tienda en la calle Victoria.

—¿Qué iniquidad! qué escándalo! agregó da Silva, y no se ha podido averiguar algo sobre ese hecho tan infame?

—No sabemos; pero la Policía hace esfuerzos por descubrir á sus autores.

—¡Ojalá que los aseguren! porque al paso que vamos no ha de ser posible andar por la

calle á las 8 de la noche, y para los que vivimos lejos, ese peligro es todavia mayor.

Acababa de decir esto, da Silva, cuando tocaron la puerta de calle.

Dos de las niñas de la casa se apresuraron abrir.

Silva, que hacia el galan y que tal vez era movido por un presentimiento secreto, se dirigió hácia ellas, diciéndolas:

—Permítanme, *meninas*, que las acompañe, no sean algunos ladrones y las sorprendan.

Abierta la puerta, se presentó un hombre encapado seguíde de dos mas.

—Buenas noches, dijo el de la capa.

—¿Qué queria V. señor? preguntaron las señoras:

—Pasar adelante.

—¿A quién busca usted?

—Al señor, que es un ladrón, dijo el encapado dirijiéndose á Silva y tomándolo por los brazos.

—*Muito obrigado*, concluyó el audaz portugués, viéndose ya perdido, y se entregó á discrecion.

Los otros que lo seguian eran dos jendarmes, que se apoderaron inmediatamente da Silva. El encapado era un comisario de Policía.

La sorpresa da Silva no fué menos que la estupefaccion de sus huéspedes que casi se caen muertas al oír decir que su inquilino era uno de los ladrones de *ganza*.

A las 7 y 1/2 de la noche entregaban en la Policía al preso Justiniano Silva y toda la parte de alhajas que le cupo en el botín, y partian nuevamente, siempre acompañados de Palma, en busca de Montovia y Gramarra que vivian en un corralon de mal aspecto, situado en la calle de Chile entre Piedras y Chacabuco.

Llegados allí, hicieron entrar á Palma que seguíde de los Comisarios se dirijió al cuarto de Montovia donde los dos jugaban una interesantísima partida de morra.

Les causó gran sorpresa el oír decir á Palma: compañeros, estamos descubiertos y estos señores comisarios vienen á buscar las alhajas que ustedes tienen.

En el momento no pudieron hablar una palabra, tal fué el jabon que esperimentaron, pero luego que volvieron de su sorpresa quisieron negar su participacion en el negocio de alhajas de que se trataba.

Todo fué inútil, entregaron el botín y siguieron á los comisarios.

A las 8 1/2 de la noche entraba en la Policía este nuevo contingente.

En la oficina del oficial 1° se hallaba el señor Fasquel revisando las alhajas tomadas y tenia que ver el semblante de este hombre al ponérselo delante tres de los individuos

que dias antes le habian arrebatado la fortuna adquirida con tantos años de trabajo.

Inmediatamente circuló la noticia del descubrimiento del robo de Fasquel y la Policia se llenó de curiosos á ver los ladrones y los objetos que se les tomaban.

Hasta el gobernador de la provincia que recordó la promesa de los tres dias, fué á felicitar á los empleados por el feliz resultado de sus trabajos.

La Policia entónces estaba en movimiento continuo y los tres comisarios nombrados en comision, ya fuesen juntos ó separados, eran seguidos de muchas personas que al verlos en la calle creian que iban en busca de algun ladrón ó de objetos robados.

De los que robaron al señor Fasquel ya estaban cuatro asegurados y cada uno de los tres últimos ya habia hecho ingresar en caja su parte de capital.

Faltaba tomar á Joaquin Correa Mattos, Portete, el jorobado, Gonzalez y recoger la parte de Palma que se creia segura desde que él, lo estaba y era necesario tener á este contento para que siguiera prestando su decidida voluntad en favor de las pesquisas que se hacian.

Con ese motivo se le alojó solo en un buen cuarto, con buena cama y se le trajo una buena comida del Hotel de D. German, que era entónces, como quien hoy dice el café de Filip ó la Crêmerie.

Acabada la comida en la que bebió largo, (11 de la noche) salian nuevamente para dirigirse á un corralon en la plaza del Refiuro, donde vivia Joaquin Correa Mattos, pero no fué encontrado en su cuarto.

Habia salido á refrescar la garganta á un almacén inmediato donde fué encontrado y conducido á su cuarto!

Era tal el susto de Mattos, que á penas se lo intimaron, hizo entrega de la parte de botín que tenia en su poder.

En seguida se dirigieron al domicilio de Palma.

El ladronazo vivia en un corralon cerca de las Monjas Catalinas.

Allí Palma entró á sacar las alhajas que tenia enterradas bajo de su cama, pero ¿cuál se ria su sorpresa al encontrarse robado?

Dos compañeros de casa, que habitaban en un cuarto inmediato al suyo, en el mismo corralon y que probablemente conocian el honesto oficio de su vecino, al saber que estaba preso, le robaron las alhajas y desaparecieron.

Palma se deshacia en disculpas, para que no fuese á creerse que el habia hecho desaparecer las alhajas, y contribuyó eficazmente con sus noticias á descubrir el paradero de los

que acordándose que el que roba á un ladrón, tiene cien dias de perdón, habian desaparecido con lo que Palma habia enterrado en su cuarto, y á los dos dias fueron encontrados trabajando de peones en una obra de albañileria en San José de Flores.

Allí encontraron tambien las alhajas que habian enterrado en un cajon de lata bajo de una pila de ladrillos.

Con esto se acabó de recuperar gran parte de lo robado al señor Fasquel, salvo algunas cosas de poca importancia.

Ahora habia que ocuparse de la prision de los otros de la gavilla y que Palma debia acompañar á tomar, que eran José Portete, Lorenzo Gonzalez y Domingo Parodi, en cuyo poder se hallaban las alhajas de mas valor, pues el mejor aparte era siempre el que este tomaba.

Los dos primeros fueron tomados con poca dificultad y se reunieron en la Policia á sus compañeros de oficio.

El negro Gonzalez, cuando lo prendieron, estaba un poco alumbrado, á consecuencia de la comida que hiciera aquel dia, largamente rociada con sendas cuartas de aquel famoso vinillo carlon que se vendia en aquellos tiempos.

Cuando supo que Palma los habia vendido, se entregó sin hacer resistencia.

Lo que es á Domingo Parodi no se le pudo dar palmada.

La Policia, guiada siempre por Palma, ocupó la herreria, pero por mas que buscó y registró solo pudo encontrar algunos moldes de que se habia servido para fabricar sus eficaces llaves, y un pié de gato, instrumento que ya conocen nuestros lectores.

Pero lo que es Parodi, dinero ó alhajas, sabe Dios á donde habia ido á parar.

A los diez ó doce dias, Palma ofreció dar con el escondite de Parodi, si le prometian seriamente ponerlo en libertad.

Por prometer nada se perdía, así es que se dieron á Palma todo género de seguridades con tal que ayudase á la prision del famoso Parodi, en cuyo poder debian aún hallarse gran parte de todos los robos cometidos, pues segun la declaracion de los punguistas, el jorobado era muy tacaño, y gastando poco en su vida, no podia haber realizado sino una milésima parte de lo que le habia tocado en todas las pungas, inclusa la de Fasquel, cuya mejor parte guardó.

Véamos lo que habia sido del jorobado, en el mes largo que transcurrió desde el robo á Fasquel y el dia en que el gallo policial le echó el guante.



## AL HOTEL DEL GALLO

Parodi, una vez hecho el tiro, se lanzó á buen paso á la covacha á recoger su parte de alhajas y de dinero, pues en la caja de fierro habia una regular sumeja que partió con Palma por partes iguales, pues los demás de la gavilla, ocupados en rellenar e los bolsillos de alhajas, no echaron de ver que los dos truanes escondian con presteza los billetes de banco.

Una vez que se partieron el producto del robo, el jorobado enfiló con su parte á la herreria, hizo un gran paquete de las otras alhajas que allí guardaba, y se fué á lo de un relojero Mackortí, quien se las convirtió en dinero, dándole, como era natural, la quinta parte de lo que aquello valia.

Este relojero fué buscado despues por la Policia, pero inútilmente, pues el mismo dia que realizó este negocio fabuloso, se apretó el bonete para Montovideo, donde estableció una espléndida joyeria.

Parodi se hizo por este medio de un capitulito como de ciento cincuenta mil pesos, que dividió en dos partes, una para dejar á su estimable Nemesia y otra para atender á los gastos que en Lujan le ocasionaria su estadia y enfermedad, que se agravaba por momentos, amenazando hacerle toser hasta su último pedazo de pulmon.

Como Parodi fué el primero en retirarse de lo de Fasquel, no tenia mucha confianza en la manera como habia dejado Palma las cosas, desconfianza que lo hacian temer un cataclismo para la gavilla. De aquí nacia el apuro que tenia en arreglar sus cosas y ponerse en camino cuanto antes.

A la tarde del domingo, y ya sabiendo que la policia habia descubierto el robo, el jorobado se fué á casa de Nemesia á despedirse y dejarle el dinero que para ella llevaba, envuelto en uno de aquellos tradicionales pañuelos de seda de la india, conocido por de *huevos revueltos con tomates*.

En cuanto Nemesia vió llegar al jorobado, se imaginó una de aquellas comilonas que remataban en un saqueo dado á los bolsillos de su amante, y lo recibió llenándolo de caricias y palabras amorosas, gritando á la negra que preparara bien la comida.

—No como aquí, no como aquí, se apresuró á decir Domingo, cuya palidez alarmó á Nemesia, que creyó tal vez lo vinieran persiguiendo, y fuera un compromiso para ella si llegaban á echarle el guante en su casa.

—Y por qué no comes aquí? preguntó precipitadamente—y por qué vienes tan pálido? acaso se ha agravado tu enfermedad ó es que

te viene persiguiendo la policia?—responde pronto.

—Ni una ni otra cosa, replicó, Parodi—no como aquí porque quiero ponerme en camino cuanto antes, porque me siepto ya muy enfermo y quiero sacarle el cuerpo á la policia—he venido simplemente á despedirme de tí y dejarte el dinero que te ofrecí para que no carezcas de nada mientras dure mi ausencia—y estiró el envoltorio de dinero que Nemesia recibió toda conmovida, en apariencia.

—Pero quédate solo á comer, insistió, y la hora que en ello emplees te servirá de descanso mira que no por mucho madrugar amanece mas temprano, y de todos modos á estas horas no te has de poner en camino para emprender un viaje tan largo y penoso.

—Al contrario, ahora mismo me voy—tal vez en este momento me andan buscando, y dentro de una hora no podré andar en la calle, sin gran riesgo de caer entre las manos de un empleado de policia, que han de andar como diablos en mi persecucion.

—¿Pero te han pillado, que tan asustado estás? y si te han pillado como diablos has podido venir hasta aquí y te atreves á salir á la calle?

—No me han pillado en nada, pero pueden haber pillado á Palma y como á este yo no le tengo ninguna confianza, es muy capaz de haber dicho donde vivo, para que me agarren—por eso yo me he venido aquí donde nadie se sospecha que vengo á pasar el rato.

—Pues si nadie puede sospecharse que aquí estás, quédate á comer y á dormir, y mañana á la madrugada te pones en camino.

—No puedo, y ademas quiero ganar tiempo—la galera para Lujan sale mañana á la madrugada, y yo quiero ver si la tomo lejos de aquí, para que nadie me vea embarcar—si yo puedo llegar á Flores esta noche, la tomo como pasajero de aquel pueblito, y ni el mayoral ni alguno de los peones, podrá ver en mi otra cosa que un pobre diablo que viaja desde San José de Flores á Lujan.

Nemesia, á pesar de esta consideracion, insistió en que Parodi se quedara, pues habia concebido el proyecto de limpiarle los pesos que indudablemente debia llevar consigo, para pasar aquellos dos meses en un pueblo de campo, donde no podia contar con el menor recurso.

—En resumidas cuentas, decia, tú supones que te buscan, y esto es todo. Pero puedes ser que ni hayan tomado á Palma, ni este haya soñado en venderte; tú tienes un cerote de mi flor, y éste es el origen de la premura que

tienes para apretarte el bonete: no tengas cuidado y quédate á comer, y ya verás como no ha sucedido nada; mira que el miedo es el peor consejero y despues puede pesarte lo que hagas bajo su influencia.

—Cuando yo me apuro así, mis razones tendré, replicó el jorobado, y no insistas mas porque quedarme seria esponerme á que me metieran á la tipsa.

Nemesia, que no podia abandonar á dos tirones la perspectiva de una visita provechosa á los bolsillos del jorobado, insistió de auevo, poniendo en juego todos los recursos á su alcance; pero todo fué en vano, el jorobado se mantuvo inflexible en apretarse el gorro y no hubo forma de hacerlo desistir de su empeño.

Estuvo un par de horas en compañía de su amante, haciéndola mil promesas para cuando volviera á trabajar por su cuenta, desligado de sus antiguos compañeros, y á eso de las diez de la noche salió de allí para dirigirse á Flores, llorando como un recién nacido.

Su separacion de Nemesia le habia costado mas que separarse de la enorme suma que le habia dejado.

Esta es la prueba mas elocuente que podia dar de su amor por aquella desastrada que, como es natural, solo tenia á Parodi por su bufon, y una inagotable mina de dinero que explotaba sin descanso.

Despues de mil besos y lloriqueos, salpicados con sus correspondientes suspiros y pucherros, el jorobado se dirigió á la calle de Rivadavia, y por esta se puso á marchar á buen paso hácia San José de Flores.

Evitando el lo posible el ser visto y huyendo de los mortecinos faroles de aceite que alumbraban la calle como una yapa de vela de baño, el jorobado parecia una sombra que se deslizara á lo largo de la calle.

A cada momento daba vuelta sobresaltado, creyendo que alguien le ponía una mano sobre la espalda y daba sendas tendidas esquivando el bulto al foco de luz de las linternas de los serenos.

Recien cuando hubo pasado la Plaza 11 de Setiembre, que era el último punto á donde alcanzaba la vigilancia de la policia, respiró con franqueza y se detuvo á tomar algun descanso, pues su marcha hasta ese paraje, dada la construccion monstruosa de sus piernas, habia sido una verdadera pica en Flandes, que lo dejó completamente estenuado.

Descansó un momento, y emprendió despues su camino, pero mas lentamente y de una manera bastante dolorida.

Por el camino, mas adelante de lo que hoy es estacion del tramway, Parodi halló abierta una pulperia de campaña, donde entró y pudo darse un descanso de mas de media hora, fortaleciendo su estómago con un par

de copas de caña, que le dieron ánimo para seguir su especie de peregrinacion.

A las tres de la mañana el jorobado llegaba á Flores, y se sentaba en un *pozo* de lo que hoy es plaza, para esperar á que amaneciera y poder averiguar donde era la agencia de la galera que pasaba para Lujan.

Allí estuvo haciendo tiempo y reflexionando sobre su situacion, hasta ya muy entrada la mañana, hora en que empezaron á abrirse algunas casas de negocio, donde podrian proporcionarle los datos que necesitaba, y que pidió con gran recato.

En una especie de fondin de vascos, estacion de lecheros y gente de tránsito diario á la ciudad, supo que la galera llegaba á Flores á las ocho y media de la mañana, siguiendo viaje á las nueve, hora en que ya almorzado y listo, se halló en la puerta de la agencia esperando el atroz vehiculo.

A penas llegó este, el jorobado ganó el interior, siguiendo viaje para la Villa de Lujan, ya libre, segun creyó, de caer en las garritas de la Policia.

En la galera iban dos pasajeros para Moron, desde cuyo punto Parodi siguió de viaje solo, en conversacion con el mayoral que, mas conversador que un peluquero francés, soltó la lengua refiriendo á su pasajero el robo escandaloso de que habia sido víctima el joyero Fasquel, á una cuadra del departamento de policia.

—Y no han descubierto á los ladrones? preguntó joroba tratando de disimular su turbacion — no se sabe quienes sean?

—Qué han de descubrir! repuso el mayoral — esa es una gavilla que no la toman ni con perros de caza es gente vaqueanaza para la uña.

El jorobado se tranquilizó por completo con semejantes noticias—de taciturno y reflexivo se volvió un charlatan de primer orden trenzándose en gran charla, no solo con el mayoral, sinó con el peon tranquero de la galera, que era uno de aquellos compadrones de hacha y tiza.

Dijo que el era jardinero en Flores pero que se hallaba muy enfermo y que el médico de la casa donde estaba conchavado le habia aconsejado que saliera á tomar los aires de Lujan, que le habian de sentar bien.

Su facha de infeliz, y la continua tos con éspitos de sangre, que el truan forzaba para inspirar mas lástima, interesaron al buen mayoral, que le prometió recomendarlo en Lujan á una casa de familia que él conocia, personas muy caritativas, que estaba seguro le darian hospedaje sin interés alguno, y por el placer de hacer bien.

—Yo tengo hechas algunas economias, añadió Parodi, pues mis patrones en Flores me

querian mucho y no me dejaban carecer de nada, así es que he podido ir reuniendo mi sueldo á parte—espero, pues, en Dios que tendré bastante para pasarlo sin necesidades hasta mi restablecimiento, si es que no dejo allí los huesos, que será lo mas probable, visto el estado en que me hallo.

—No se afija, amigo, que no me parece la cosa tan grave, terminó el mayoral, interesándose mas aún en aquel pobre diablo. Los aires de Lujan son buenos y allí se ha de restablecer, ya verá.

En estas y otras conversaciones pasaron todo aquel dia y parte del siguiente, en que la galera llegó al término de su viage y de la que salió el jorobado ayudado del mayoral, pues para inspirar mas lástima, le habia dado por finjar un estado de infinita postracion.

El mayoral cumpliendo lo que habia prometido, lo llevó á casa de unos parientes, donde fué alojado, gracias á las recomendaciones de aquel.

Parodi se metió en el corazon de aquella familia, con la fineza y arte que le eran características, hasta el punto de que al otro dia lo tenían por un santo; así empezó á hacer una vida de santo anacoreta.

Haciéndose el muy pobre y que apenas tenia las economías de unos cuantos meses de trabajo, gastaba algun dinerito en comer, segun decia, para no ser gravoso á la familia—hacia sus regalitos á los chicos de la casa y asistia á misa los domingos.

El jorobado empezó á hacerse popular en Lujan, al extremo de que todos los vecinos venian á la casa en que se alojaba, á escuchar las historietas que referia, para entretener á los chiquilines y á los buenos viejos que le rodeaban.

Difícilmente, en tan corto tiempo, se podia adquirir una fama de mas santo.

Lo que es en Lujan, no habia como ejercer sus habilidades, pues la casa de negocio mas rica solo tendria un capital de dos ó tres mil pesos moneda corriente.

Convencido de esto, se dedicó á adoptar su papel de infeliz y aceptar humildemente las limosnas que le hacian todos, penetrados de su infelicidad.

Habian pasado ya quince dias sin que nadie le molestara, por lo que ya Parodi se creia seguro de no ser perseguido por la autoridad policial.

—Si acaso han aprehendido á alguno de los compañeros, este habrá tenido el tino de no confesar cosa alguna, por la cuenta que le tiene—pensaba Parodi—habrán descubierto el robo, como ha sucedido otras veces, se habrán dado de calabazadas huscando á los ladrones, y á esta fecha se habrán ya llamado á silen-

cio, convencidos de que no han de dar con nosotros.

El jorobado tenia confianza en que, presos sus cómplices, no habian de confesar nada, ni delatar su guarida—pero no tenia la misma confianza en Palma, del cual creia positivamente que á las primeras de cambio lo habia de vender como á un Cristo.

—Dentro de mes y medio, agregaba allá en su mejin, regreso á Buenos Aires, y solo por mi exclusiva cuenta, hago mi gran tiro al Banco de la Provincia.

Y al acariciar este tiro, la enfermiza fisionomía del jorobado se iluminaba, y se restregaba las manos figurándose que ya habia entrado á aquel establecimiento, y que se daba un gran corte entre los fajos de billetes, haciendo pasar á sus bolsillos los mas morrudos y abultados.

Para él, el tiro al Banco era una cosa hecha é inevitable—solo era cuestion de tiempo, pues en Lujan ya confeccionaba sus planes, para dar el golpe apenas llegara á la ciudad.

Entre tanto seguia haciendo el papel de infeliz, recibiendo los pesitos que le llevaban de limosna, y dando á su vez limosna á beneficio del templo.

Como hacia una vida regular y se habia privado absolutamente de toda bebida alcohólica el estado de su salud habia mejorado notablemente.

No tosia con tanta frecuencia, y euando lo hacia no arrojaba tanta sangre como á su llegada.

Los aires de Lujan y la vida tranquila lo entonaban poco á poco.

Fué en estos momentos que el pilastre de Palma prometió á los comisarios que hacian la pesquisa, que los iba á llevar donde estaba el jorobado.

Juntando sus recuerdos y lo que habia oido decir á Parodi en sus últimos dias, Palma aseguró que el jorobado debia encontrarse en la Villa de Lujan, convaleciendo de su enfermedad, que le iba postrando poco á poco, y para huir el bulto á la autoridad policial, cuya persecucion empezaba á hacerse sentir.

Acompañado de dos vigilantes, un comisario y un escribiente, Palma se trasladó á Lujan, una mañana del mes de Agosto.

A su llegada, disfrazado lo mejor que pudiera, saldria á pasear por las calles del poblito, y apenas viera á Parodi, husmearia su domicilio, dando cuenta al comisario que, á su vez, tendria muy buen cuidado de vigilar á Palma, pues el pájaro no era muy de confiarse, y no seria extraño que en la primer oportunidad tomara el vuelo hácia puntos mas bonancibles.

—El jorobado tiene la nariz muy larga, habia dicho Palma, y huele muy lejos—tengo

que hacermos humo para que el jorobado no me huela y se vaya á esconder, pues si llega á sospecharnos, no lo encontramos ni con galgos—se pierde para siempre.

Convenido en la manera sigilosa con que habian de hacer la pesquisa, Palma se echó á la calle y empezó á tomar lenguas de la manera mas eficaz.

No tardó mucho en saber que el jorobado se hallaba en Lujan, desde hacia mas de uñes, haciéndose indicar la casa donde se albergaba.

Conocido esto, Palma se fué al punto donde esperaba el comisario, y lo puso al corriente de todo.

—No hay que perder tiempo, repuso el agente, porque se trata de un pino que se nos puede hacer humo entre las manos—Ahora mismo nos vamos á tomar las salidas de la casa, y entramos los dos á prender á aquel gran bribon!

Inmediatamente salieron en direccion al alojamiento del jorobado, delante del cual se presentaron de golpe y zumbido, cuando éste se preparaba á comer.

Grande fué la sorpresa de Parodi al oír al agente de policia que lo intimaba se diera á preso, pero mucho mayor fué su terror al ver á este acompañoado de Palma, terror que se convirtió en verdadero pánico al sentir que este le decia:

—Es inútil, hermanito, ya todos hemos cantado, todos estamos en la cafúa y toda negativa solo serviria para empeorar la cosa; date á preso, hermanito, y consuélate que de todos modos algun dia habia de suceder esto—no te parece?

Largo rato estuvo el jorobado sin atinar á contestar una sola palabra.

Sus ojos, terriblemente dilatados, vagaban de Palma al comisario y de este á los dueños de casa, sin atinar con una sola palabra de disculpa ó rectificacion.

—Señores, dije el comisario dirijiéndose á los que rodeaban al jorobado—este hombre es un criminal autor de una cantidad de robos escandalosos, y yo vengo á aprehenderlo acompañoado de este su cómplice, que lo conoce y lo delata.

—Ese hombre es un miserable calumniador! vociferó Parodi, saliendo del terror que le paralizara la lengua—yo nunca lo he visto ni lo conozco.

—No me niegues, hermanito, agregó Palma sardónicamente, porque la cosa no tiene remedio—y no te han de creer lo que digas—todos hemos cantado.

—Miserable calumniador—prosiguió Parodi—señor comisario—yo soy un hombre honrado y estoy al abrigo de la justicia—dígame sinó esta buena gente.

—Un clamoreo infernal se levantó entonces en favor del jorobado—todos insultaban á Palma y aseguraban al comisario que aquello debia ser una calumnia ruin y miserable, porque ese hombre era un buen cristiano, cuya conducta piadosa y humanitaria lo hacian respetable.

—Podria ser todo esto, repuso el comisario, pero como sobre él pesan acusaciones tremendas yo tengo que llevarlo preso en cumplimiento de mi deber.

El comisario mandó buscar un herrero para que le pusiera una barra de grillos, y preparar un caballo para emprender viaje esa misma tarde.

Aqui el clamoreo se hizo infernal—el jorobado lloraba como un recién nacido, increpando á Palma la infamia que cometia con su calumnia, mientras los vecinos mas influyentes iban en busca del cura y otras personas de respeto para que se opusieran á aquel horrible atentado.

—No seas necio que la cosa no tiene cura y con llorar no vés á sacar nada, dijo Palma con todo cinismo—alégrate hermanito que al fin y al cabo vamos á hacer el viaje juntos, y entretenidos charlando de nuestras aventuras felices y maldiciendo este tiro desgraciado á lo de Fasquel.

Todos los empeños fueron inútiles; el comisario declaró terminantemente que se llevaba á Parodi, y entónces los vecinos condolidos de aquella victima inocente, para ahorrarle el penoso viaje en un mal caballo, levantaron una suscripcion para costearle una volante que lo condujera hasta el departamento de policia, ahorrándole al mismo tiempo la vergüenza á que, yendo á caballo iba espuesto.

Durante todo el viaje, el jorobado tuvo que soportar todas las sátiras y chanzonetas que le dirijia Palma, contentándose con decirle siempre que era un miserable columniador á quien confundiria á su tiempo con irrecusables pruebas de su inocencia y de que nunca lo conoció.

El comisario, que sabia las declaraciones de los otros cómplices, se asombraba del cinismo de aquella especie de mostrenco, que hablaba con la misma serenidad é indignacion que podia sentir un hombre honrado, al verse calumniar por un pillo de la grotesca estampa de Palma.

El jorobado empleó el gran recurso de las lágrimas, mientras creyó que podia ablandari al agente de policia, pero cuando se hubo convencido que la cosa no tenia remedio y que iba á ser conducido á la cárcel, cambió de táctica, y con la mayor frescura se puso á hablar de cosas indiferentes para todos.

Palma seguia con su sátiras cada vez mas mordaces y pesadas, y que sin embargo no lo

graban sacar à Parodi mas que esta sola palabra:

**Calumniador!**

Así llegaron à Buenos Aires, escoltados por los dos milicos, hasta que el coche se detuvo en la puerta de la Policía, donde Parodi era esperado por la mayor ansiedad, no solo por los empleados del departamento, sinó por muchísimos curiosos que esperaban su llegada.

Bajó nuestro hombre con la mayor serenidad y un aire perfecto de indiferencia.

Su primer diálogo lo tuvo en la oficina del comisario de órdenes, donde se hallaban depositadas las dos cajas de fierro robadas por él, una de las cuales estaba hecha pedazos. Sobre esta última se le mandó sentar.

Rodeábanle muchos comisarios y otras personas.

¿Conoce usted la caja sobre que está sentado? preguntó el comisario.

—No señor; nunca la he visto, replicó Parodi con indiferencia.

—¿Y aquella otra?

—Tampoco sé de quien es.

—¿No tiene usted noticia de quienes las hayan robado? insistió el agente.

—No entiendo lo que se me pregunta.

Ya lo entenderá usted mas tarde, concluyó el comisario de una manera amenazadora.

El segundo diálogo tuvo lugar ante los comisarios encargados del proceso.

Vanos fueron los esfuerzos hechos por estos para obligarlo á confesar; el jorobado se defendió con la última impavidez, sin duda por que no creia en la prision de todos sus cómplices.

La comision de policia tuvo entonces una idea feliz: antes de darle tiempo de reflexionar y combinar su plan de campaña, hizo comparecer á todos los prosos, y á su cabeza Antonio Palma.

El buen capitán se hallaba cómoda y groseramente sentado, ni mas ni menos que como aparece en el retrato que publicamos, tenia uno de sus piés calzado sobre un barrote de la silla, uno de sus brazos cabalgando sobre su espalda, y con el sombrero tapaba su rodilla izquierda.

Cuando Parodi vió desfilar delante de sí á toda aquella cáfila de perdularios, fué gradualmente perdiendo la serenidad.

Sus facciones se demudaron y sus ojos y su boca se contrajeron de una manera que expresaban su aturdimiento y desesperacion. Cualquiera hubiera comprendido en su ademán desesperado, esta exclamacion: «Todo está perdido; la era de latrocinios ha terminado en Buenos Aires».

Por espacio de algunos segundos reinó en la sala del juzgado el mas completo silencio; ninguno de los ladrones se atrevia à inter-

rumpirlo: la presencia del jorobado parecia helarles la sangre: todos permanecian mudos.

El mas atrevido fué Palma, con quien sostuvo poco mas ó menos este diálogo:

—Te acuerdas del robo que perpetraste en la casa de comercio sita en la calle de la Merced, al lado del templo protestante?

—No tengo noticia de él, contestó Parodi sin inmutarse.

—¿Y del que hicistes á D. Carlos Lanatta?

—Eres un impostor.

—¿Y del que practicastes á tu paisano Alegro, en compañía de Montovia, en Montevideo?

—Mentís; porco de un calumniador, replicó el jorobado.

—¿Y del que hiciste à unos estrangeros en la calle de Representantes?

—Yo te repito que mentís y que sos un calumniador, volvió á decir Parodi con alguna agitacion.

Palma no pudo contenerse, y tomando una actitud desesperada, le dijo:

—Miserable! ladron! Vos sos el que mentís! Vos el que debes subir á una horca. Por vos me veo arrastrando una barra de grillos, cuando no ha mucho vivia de mi industria, tranquilo y considerado. Señor juez, este hombre es el instigador de todos los robos.

Cuando concluyó Palma, uno por uno todos los ladrones lo acusaron á su vez.

El jorobado no pudo resistir á este coro de acusaciones, y tuvo que confesar cuanto se decia contra él.

Entre las declaraciones dadas contra él se halla la siguiente, que por ser la mas notable creemos oportuno transcribir:

—Decid cuanto sepais acerca de los robos hechos por Domingo Parodi, dijo el juez à los ladrones.

—Despues de los robos que ya se han mencionado, respondió da Silva, recuerdo que Parodi me invitó á robar en el registro de don José Vallet y Ca, calle Defensa, habiendo quedado acordado que daríamos el golpe al amanecer; pero habiéndose anticipado Parodi, ejecutó el robo por sí solo, entrando en el registro á las once de la noche, estrayendo una porcion de efectos.

El negro Gonzalez, añadió, por quien sabemos esto, fué el que acompañó á Parodi en esta iniquidad.

Interrogado Gonzalez corroboró todo lo que Silva habia dicho.

Tambien recuerdo que hace como dos años, añadió, que Domingo Parodi robó á D. Federico Massot, ciento y tantas onzas de oro, abriéndole la puerta de su oficina de cambio.

Con estas declaraciones y la del acusado, fué remitido á la cárcel.

Una vez en ella, Parodi se entregó á la mayor desesperacion.

El dinero que habia llevado á Lujan, por exeso de precaucion, lo habia cosido en una faja que se enrolló á la cintura, logrando así hacerlo escapar á los primeros registros que hicieron en sus bolsillos, en donde solo hallaron unos miserables pesejos que no alcanzaban á doscientos.

Pero el carcelero en cuyas manos cayó, antes de encerrarlo en el calabozo que le habian destinado, hizo en él un registro tan minucioso, que bien pronto dió con la *hueva*, de que lo despojó, entregándola al comisario sumariante, por supuesto, despues de haberla alivianado de algunos pesos, con que premió su sagacidad y buen olfato, á cuyas condiciones debia la presa.

Este fué un golpe de maza para el jorobado, que se puso á llorar amargamente, pues privado de libertad y sin un solo centavo, seria para él una obra imposible de llevar á cabo, el evadirse de su prision, que creia incespugnante y á estilo de los presidios europeos.

Aquella noche la pasó entregado á la mas honda desesperacion, pensando en su *Nemesis*, á quien no veria mas.

Habia confesado en un momento de debili-

dad todos los cargos que le hicieron sus cómplices, y ya era tarde para negar.

Al otro dia, lo primero que hizo Parodi fué examinar su prision, experimentando un gran consuelo al ver que el calabozo donde estaba era una simple pieza de la que le seria muy facil evadirse, con un poco de audacia y cautela.

La Policia era en aquellos tiempos una especie de conventillo, de donde se escapaban los presos continuamente, sin bastar para evitar esas evasiones, la poca vigilancia que habia en el interior del departamento.

Al apreciar estas facilidades, Parodi se consoló un tanto cuanto, y su fisionomia se despojó por completo.

- No se ha perdido todo, que diablo! esclamó con una sonrisa infernal—allá veremos como dejaremos esta cueva.

Y envolviéndose en su poncho pátrio que le dieron en Lujan, los buenos viejos que le hospedaban, se tendió con ánimo de echar una buena siesta, rendido como estaba por el viaje y la mala noche.

Poco despues roncaba como un bien aventurado.

## PROYECTO DE EVASION

Cuando el jorobado despertó, estaba completamente tranquilo—su espíritu habia reaccionado y se conformaba con su nueva situacion, que duraria poco, pues la cerradura de la puerta y la poca seguridad de las paredes no resistirian á su primer tentativa.

Poco le preocupaban las sentencias de los jueces y las condenas que pudieran pesar sobre él, puesto que de él pendia únicamente su libertad, tan pronto como la oportunidad se presentara.

Palma habia prevenido á los comisarios que, para Parodi no habia cerradura segura, y que si no tenian una estricta vijilancia, el preso escaparia cuando menos lo pensaran, así es que los llaveros y demas empleados de los calabozos tenian orden de vigilar constantemente al jorobado, entrando á su cuarto, á cada momento y dar cuenta de la primer novedad que notaran, tanto en la cerradura como en las paredes ó en los fierros de la ventana.

Parodi se apercibió de que estaba vigiladísimo, pero pensó que aquello no podria durar mucho, pues los carceleros se habian de aburrir bien pronto.

Así pasaron muchos dias, durante los cuales

se le tomaron varias otras declaraciones, instruyéndose la causa con una rara rapidez, pues nuestros tribunales no han brillado nunca por la actividad, y mucho menos en aquellos tiempos en que no habia tantos tribunales y tantos jueces como hoy dia para atender las causas.

La prision del jorobado habia metido gran bulla en la poblacion, hasta el extremo de que la reja de la pieza donde estaba este, estaba concurridísima de los curiosos que, renovándose sin descanso iban á contemplar la *facha* de aquel ladrón que habia desbalijado á medio Buenos Aires.

El jorobado daba tranquilamente la espalda á la reja, respondiéndole con alguna que otra insolencia á las sátiras y pullas que le lanzaban los curiosos.

Esto dió márgen á que algunos de estos tiraran al jorobado con cáscaras de naranja, y que este subiera el diapason de su voz aguda, respondiéndole siempre con palabras cada vez mas insolentes.

Y tales escándalos se armaron entre el preso y los curiosos, que fué necesario prohibir que viniera jente á la reja.

Entre alguno que otro curioso que *caia* á conocer al punguista, vino uno de los antiguos

dependientes que tuvo este en la herrería, dependiente que le había cobrado gran cariño por la finida bondad que había usado siempre con él.

Parodi se manejó de modo que, sin que el carcelero se apercebiera, su antiguo dependiente le trajera un pedacito de papel y un lápiz que necesitaba para escribir.

En posesión de estas prendas, escribió una carta á su adorada Nemesia, en la que le pintaba á grandes rasgos su situación, suplicándole le mandara unos mil pesos que necesitaba para procurarse los medios de fugarse de la cárcel.

El muchachon aunque con un poco de recelo aceptó el encargo, pues su antiguo patron tuvo buen cuidado de ofrecerle una réjia propina, por supuesto, ocultándole el contenido de la carta, para que, por miedo, no fuera á llevarla á su destino.

Esperando la respuesta, que no dudaba fuera la remision del dinero que pedia, el jorobado se echó tranquilamente en el suelo y se puso á cantar una *barcarola*.

Pero estaba de Dios ó del diablo que aquella desgracia, como todas, no viniese sola—empezaba para él la época de los contratiempos y de las calamidades de todo género.

Su antiguo dependiente volvió, pero trayéndole una respuesta que lo sumió en la mayer desesperacion.

Nemesia se había mudado, y según le dijo el almacenero de la esquina, de quien tomó lenguas, se había ido á Montevideo hacia cosa de un mes.

El hecho de haberse mudado Nemesia, no lo había sorprendido, porque era la cosa mas natural del mundo, pero habiéndose ido á Montevideo, un mes atrás, era prueba de que huía de él, con ánimo de no volverlo á ver en la vida.

Parodi recordó entónces la suma de dinero que le había sido robada en casa de su amante, sospechó la verdad de la cosa y apeló á su gran recurso—llorar como un recién nacido, con tal desesperacion y tal sentimiento, que el mismo carcelero se sintió conmovido hasta el extremo de preguntarle en que podía servirle.

El muchacho se despidió bajo la formal promesa de volver á verlo y Parodi quedó entregado á la desesperacion mas conmovedora.

Abandonado de todos, hasta de su amante, no tenia á quien recurrir para ser socorrido con algun dinero, y su evasion se hacia un poco mas difícil de lo que pensó primeramente.

—Ah! maldito! exclamaba pensando en Palma—é! es el autor de todas mis desgracias, pero ya me las pagará, pues yo no he nacido para morir en una cárcel.

Con sus lágrimas é hipocresias había logrado ablandar un poco al carcelero, que solia invitarlo de vez en cuando con un cigarro, y le facilitaba los diarios en que los cronistas se ocupaban de él, narrando sus robos y agregándoles una buena dosis de *canard*, con que entretenian á sus inocentes lectores.

Por este medio supo como se había descubierto el robo de la joyería de Fasquel, y como el miserable Palma lo había vendido, despues de vender á todos sus compañeros.

Convencido de que no tenia que esperar nada de nadie, sino uno que otro favor que le hiciera su antiguo dependiente, se dedicó á estudiar, de la mejor manera que le fué posible, el modo con que estaban vigilados los presos y como podria manejarse en caso que pudiera salir de su estrechísimo calabozo.

Haciéndose conducir al patio diariamente, y mirando sin cesar por la ventana, tomó todos los datos que necesitaba y organizó su plan de evasion.

Intentar abrir un agujero en las paredes, ó limar los fierros de la ventana, era cosa imposible, porque carecia de instrumentos y porque, aunque los hubiera tenido, la operacion podia ser sorprendida por su carcelero, que, á pesar de una bondad natural que le caracterizaba, era un tuno de grandes alcances.

Viendo que no hacia ninguna tentativa, y que se había resignado á su suerte, según lo manifestó á su guardian, la vigilancia había disminuido hasta el extremo que de noche no lo molestaban ya abriendo la puerta y mirando al interior del calabozo, como temerosos de que se les hubiese escapado.

En sus salidas al patio y á la cruzía se proporcionó una carta de baraja gruesa, con la cual suplió admirablemente la falta de cera para tomar el molde de la cerradura que era de aquellas añejísimas de enorme llave, que solo se ven ya como cosa rara en alguna puerta de carboneria de campaña.

Con aquella carta y ayudado de un cortaplumas, no solo hizo la boca-llave de la puerta con asombrosa perfeccion, sino que hizo una llave de carton, tal cual se necesitaria para abrir la cerradura que acababa de copiar.

Ambas cosas las entregó á su antiguo dependiente, que ya solo iba á verlo los dias de fiesta, porque había encontrado una buena colocacion en otra herrería.

Al principio este se resistió tenazmente á hacer lo que el jorobado le pedia, pero este manejó la lengua de tal modo y tales argumentos le hizo, que prometió fabricar él mismo la llave, según el molde y la explicacion verbal que se le hacia.

Así que el jorobado vió partir á su dependiente, se creyó en libertad, pues una vez en posesion de la llave, abriria su puerta y sal-

dria tranquilamente, una noche que la vigilancia fuese menos severa, confundíendose entre los serenos que á las diez de la noche iban á buscar su linterna y su tradicional lanza.

Era tal la alegría que manifestaba, que el mismo carcelero le preguntó á que se debía aquel cambio tan repentino que lo había puesto tan alegre de la noche á la mañana.

—Estoy alegre, le dijo Parodi, porque estoy convencido que nada he de sacar dejándome ganar por la tristeza—los jueces han de ir viendo poco á poco que todas son calumnias de ese gran ladrón de Palma, que el infierno confunda, y que yo no soy tan criminal como aquel ha querido hacer creer, sin duda para salvarse.

—Vale más así, replicó aquel—y quiera Dios que lo absuelvan los jueces, porque yo no me se alegrar del mal del prójimo y mucho menos de los que son inocentes.

La alegría de Parodi duró los ocho días que transcurrieron desde el momento en que su antiguo dependiente llevó los moldes hasta el domingo en que debía traer las llaves que lo pondrían en libertad.

Cuando llegó este día, el jorobado tuvo que hacer grandes esfuerzos para contener las manifestaciones de esta alegría inmensa, pues sería la imperiosa necesidad de saltar y ponerse á cantar á gritos, cosa que indudablemente hubiera llamado la atención de sus guardianes.

A penas á eso de las doce del día vio llegar á su antiguo dependiente, se tendió en la tarima que le habían dado como cama, finjiéndose el enfermo, pues tenía miedo de echarlo todo á perder con alguna imprudencia que le hiciera cometer la alegría que retozaba en todo su monstruoso individuo.

Pero estaba de Dios que aquella alegría no había de durar mucho tiempo!

A penas se apoderó de la llave que *barajó* en una mirada de supremo goce, vió un defecto que esta tenía, defecto que hacía imposible el poder abrir la puerta, y que él no podía subsanar por falta de un instrumento á propósito.

—Ah! chambón! exclamó en un arrebató de cólera—he aquí ocho días perdidos por una tontería que yo remediaría en ocho segundos—¡o tienes perdón de Dios ni del mismo demonio!

El pobre mozo miró azorado la llave, y se convenció de la razón que asistía á Parodi para recriminarlo—había olvidado de limar una parte de la llave, que hacía imposible pudiese penetrar esta en la cerradura, á pesar de todos los esfuerzos que hiciera un hombre tan práctico como su antiguo patrón.

Pidió humildemente un millón de disculpas

y prometió traer la llave el próximo domingo, con la corrección que le había indicado maese Parodi.

—No es nada el error, dijo este tristemente—es que se van á perder ocho días, y en este tiempo se les puede ocurrir cambiarme de calabozo y ser la llave inútil.

—Dios no lo ha de querer, dijo tristemente el muchacho, para que yo me vea libre del remordimiento de verlo preso por una imperdonable chambonada mía.

Cuando este se hubo ido, el jorobado tuvo que seguir frigiéndose enfermo, para disimular al carcelero la mala impresión que le había causado el inesperado contraste de la llave—mala impresión causada por un vago presentimiento que tenía, de que, en la segunda tentativa, la llave no llegaría á su poder.

La vigilancia que se ejercía con él sabía llegar hasta registrar á las personas que se acercaban á la reja, requisito que llenarían con mas motivo en un antiguo dependiente, pues era la única persona amiga que lo visitaba.

—Es necesario que traigas la llave en el bolsillo, como si fuera la de tu casa, le dijo el jorobado antes de despedirse, borrando con cuidado el aspecto de nueva que pueda tener para si te la pillan y observan algo, puedas decir que es la del taller donde trabajas.

Aquellos ocho días los pasó el jorobado en una zozobra incalculable.

Le parecía que el domingo no llegaría nunca y al mismo tiempo deseaba que pasara lentamente el tiempo, para que no se cumpliera su triste presentimiento.

En medio de estas agitaciones y lucha de deseos encontrados, llegó por fin el domingo tan deseado y tan temido.

El dependiente llegó á la reja á eso de las doce del día, pareciéndole á Parodi que estaba algo pálido y conmovido.

Le habrán encontrado la llave y se la habrán quitado, pensó con desesperación.

Como él había confesado todas sus culpas y la causa estaba bastante adelantada, no había objeto en tenerlo en incomunicación con aquella su única visita, así es que el carcelero le abrió la puerta notificándole que podría permanecer allí hasta las dos de la tarde, hora fijada para aquella clase de visitas.

Cuando los dos quedaron solos, Parodi no se atrevió á preguntarle por la llave, tenía miedo que le contestara que se la habían quitado; pero su alegría no conoció límites cuando vió que su antiguo dependiente sacaba del bolsillo una llave y se la entregaba rápidamente.

—Está lista para funcionar? preguntó echándosela al seno y sin atreverse á mirarla.

—He limado lo que usted me dijo, respon-



dió el dependiente, y la he probado en el molde de carta de baraja que usted me dió— está perfectamente bien.

Era tan grande la turbacion de ambos, que no vieron que el molde en cuestion lo habia volteado el machacho al sacar la llave y que podia ser visto por el carcelero, echándose todo á perder.

Estuvieron hablando en voz baja y conviniendo el punto donde habian de verse así que saliera de la cárcel, hasta las dos de la tarde, hora á que vino el carcelero á prevenirles que por ese domingo la visita habia terminado.

Al salir, el carcelero vió en el suelo el pedazo de baraja en que estaba copiada la boca llave y conociendo que esta pertenecia á la puerta del calabozo de Parodi, lo levantó escondiéndolo en la mano, sin que aquel lo viera.

Inmediatamente despues de cerrar la puerta el llavero fué en busca del comisario sumariante á quien refirió lo que acababa de hallar en el calabozo del famoso ladron, añadiendo que tenia la certeza que aquel era el molde de la cerradura, sacado indudablemente para hacer una llave.

Se confrontó prolijamente el molde de carta con la llave del calabozo, y resultó plenamente confirmada la sospecha que habia tenido el llavero.

Aquel molde habia sido sacado en la cerradura del calabozo, para hacer una llave igual y evadirse por este medio sencillísimo.

Pero de quién podia valerse el preso para mandar fabricar la llave?

No era muy difícil averiguarlo, sabiendo que la única persona que lo visitaba era el mocito que estuvo aquel dia, y á quien seguramente se le habia caido el molde del bolsillo.

El comisario dió orden que se vigilara al jorobado de manera que este no lo supiera y que se redujera á prision su visitante, en cuanto asomase las narices por la Policía, pues, perdido el molde era seguro que vendria á buscar otro, si es que la llave no estaba ya en poder de Parodi.

El llavero, sin dar á entender en lo mas mínimo que estaba sobre aviso, se puso á acechar el calabozo de joroba, desde un punto del cual este no pudiera verlo.

Parodi, ya dueño de la llave, espiaba á su vez la ocasion mas propicia para ponerse en fuga, tomando todas las precauciones que le pudiera sujerir su aguzado ingenio, para que el gallo policial no pudiera echarle las puas y volverlo á conducir á aquella pocilga, donde moria de fastidio y de dolor al pulmon, pues su enfermedad se habia agravado.

A los dos dias de tener la llave en su po-

der y viendo que su carcelero no lo vigilaba ni lo veia mas que para llevarle el *ranch*, resolvió dar el golpe.

El dia estaba nublado, habia llovido toda la noche anterior, de modo que el tiempo venia en su ayuda y la ocasion no se podia presentar mejor.

Haciéndose el muy indiferente esperó la noche, á horas en que los patios se llenaban de los serenos que venian en busca de sus linternas y armas, produciendo una confusion muy favorable á sus planes.

Pero el desgraciado no contaba con su constante carcelero que lo acechaba con mas paciencia y cautela que un gato, á la puerta de cueva de ratones.

Sin embargo, como habian transcurrido dos dias sin que el jorobado hiciera la menor tentativa, el carcelero habia empezado á creer que todavia Parodi no tendria la llave, siendo estar la causa de su inaccion.

Apesar de esto, no se movia de su acechadero.

A eso de las diez de la noche, y cuando los patios estaban llenos de serenos, el llavero notó que Parodi se aproximaba á la puerta, accion que pudo ver al través de una reja de fierro que tenia la puerta á la altura de la cerradura.

Apenas vió el movimiento del preso, se preparó á la caza, poniéndose en actitud de saltar para no perder ni un segundo.

El jorobado estuvo observando por un par de minutos el movimiento de los serenos y cuando creyó que el mometo aparente habia llegado, abrió la puerta cautelosamente, salió del calabozo y la volvió á cerrar echándose la llave al bolsillo.

Los patios de la policia estaban entónces tan bien alumbrados como el resto de la ciudad— aún no habia gas, y el alumbrado se limitaba á unos cuantos faroles de aceite, bastante nulos por cierto, faroles que estaban velados por la intensa niebla que reinaba en ese momento.

Ni que hubiese mandado yo á Dios que me hiciera de encargue semejante noche, pensó el jorobado, deslizándose como una sombra por entre los grupos de serenos que charlaban alegremente en el segundo patio.

—Ahora me hago humo para Montevideo, agregó y que me busquen mil policias juntas.

Y rascándose la nuca con una alegría cómica, enfiló al zaguan que divide los dos patios caminando con tal suavidad, que no era apercebido ni aún por las personas á cuyo lado pasaba.

Pero apenas habia andado dos pasos por el oscuro zaguan, el jorobado lanzó un grito de terror y se puso á tambalar como un azogado.

Habia sentido una nerviosa mano que le oprimia el gañoto, mientras un puño formida-

ble caía sobre su joroba con una fuerza de veinte mazazos.

—Socorro! no me maten por Dios, gritó en el colmo del terror—yo no quiero escaparme sinó dar un simple paseo por los patios, por que estoy entumido.

—Entumido, bergante, repuso el carcelero sacudiéndole del gañote como si quisiera ahorcarlo—ahora yo voy á pasear un garrote por tus costillas para desentumirte los músculos, que harto lo necesitan—miren que pegote para dármele á mí! yo te voy á enseñar ladronazo como se sale sin permiso mio!

Y sin mas ni mas, empezó á sacudir á Parodi una tunda de puñetazos, que lo hacian gritar como catorce lechones embolsados.

A los gritos del jorobado y las imprecaciones y puñetazos del carcelero, toda la policia se puso en movimiento, armándose entre empleados, presos y serenos, una batahola verdaderamente infernal.

Los empleados comentaban el hecho, los serenos reian como unos descosidos y los presos ahullaban con un fragor espantoso, vociferando todo género de insolencias é incitando al carcelero para que siguiera puñeteando al preso.

La voz de que habia sido preso el jorobado en momentos que huia, corrió en un instante por todas las crujiás, sublevando la indignacion de sus compañeros de gavilla, cuyas voces dominaban la algazara general, pidiendo ahorcaran á Parodi para que no volviera á escaparse.

Astuto, infinitamente astuto, el jorobado se echó á muerto cuando hubo recibido cuatro ó seis puñetazos y dejó de gritar, por cuya razon el carcelero, que sabia tenia la mano muy pesada, temiendo haberlo desmayado, lo dejó de golpear.

La algarabia y el escándalo seguian en un crescendo famoso, hasta el punto que tuvo que venir al patio el comisario de órdenes, á imponer silencio á los empleados y serenos.

Lo que es los presos siguieron en la baca-

nal, hasta que dos ó tres llaveros, armados de garrote, entraron á las crujiás sacudiendo á todos vientos.

Esto fué el remedio mas santo para que aquellos pillos guardaran un silencio de muerte. Apaciguado aquel infierno, el comisario de órdenes, acompañado del llavero, condujeron al jorobado al calabozo que pretendió abandonar tan desgraciadamente y practicaron en sus bolsillos un prolijo registro, que dió por resultado hallar la llave de que se habia valido para abrir la puerta.

Pretendieron interrogarle para que declarase como habia obtenido aquella llave, pero tuvieron que renunciar á tal propósito, porque el jorobado no abria la boca sinó para quejarse amargamente de los golpes que le habian sacudido.

Fué preciso interrumpir el interrogatorio hasta el dia siguiente.

Al otro dia se procedió á interrogar á Domingo Parodi sobre su frustrada evasion, y apretado con cierta habilidad, confesó de plano como habia obtenido la llave por medio de su antiguo dependiente.

Se agregaron al sumario, como cuerpos de delito, los moldes y llaves tomadas, y se llevó todo al juez del crimen para que se sirviese agregarlos al sumario general.

Desde aquel dia, temiendo una nueva evasion que pudiera darle mejores resultados, se multiplicó de tal modo la vigilancia, que el jorobado pasaba su vida completamente bajo la mirada del gallo policial, que no lo abandonaba un segundo, llegando al extremo de que, por el momento, abandonó toda idea de fuga, convencido que era imposible.

Siendo un preso tan difícil de guardar, el jefe de Policia pidió al juez de la causa activara esta lo mas posible, para verse libre de semejante pájaro.

El jorobado, pues, se resignó y esperó lo mas tranquilamente que pudo el fallo de la justicia, para segun éste tomar las mejores medidas que se le ocurrieran.

## UN CASAMIENTO DE PELIGRO Y UNA SENTENCIA DE MUERTE

La causa del jorobado habia caido entre las manos del tremendo juez doctor Medina quien la proseguia con fabulosa actividad, deseando se terminara lo mas pronto posible.

Ya estaba por pronunciarse la sentencia, cuando fué preciso agregar á la voluminosa causa, el nuevo proceso instruido con motivo

de la tentativa de evasion en que habia sido sorprendido infraganti Parodi.

Esto hizo que la causa se activara en la marcha.

Una de aquellas noches en que el jorobado reosaba bajo la mirada del protector gallo po.icial, le fueron á prevenir que estuviera

listo, pues se le iba á tomar la confesion para dictar su sentencia inapelable.

—El jorobado manifestó que estaba impuesto, á pesar que no tenia que confesarse de nada, puesto que ya habia declarado todo cuanto sabia y confesado lo que habia hecho con las diferentes pungas, y robos mayores de que le acusaron sus compañeros.

El juez de la causa envió á buscar al honorable doctor don Manuel H. Langenheim, practicante entónces de derecho para que fuese padrino de confesion.

El doctor Langenheim debia contraer matrimonio aquella misma noche con la que es hoy su esposa, asi es que poca gracia le hizo la noticia que se le daba.

Sin embargo, concluyó de vestirse y se trasladó á la cárcel donde ya lo estaban esperando, dejando á la novia, padrinos é invitados, esperándolo para llevar á cabo el casamiento.

Una confesion del jorobado no era cosa que concluyera en una ni en dos horas.

Parodi era travieso por naturaleza, y aunque no fuera mas que para hacer perder tiempo á su juez y padrino, demoraba las respuestas con mil evasivas y gracejos de todo género.

El Dr. Langenheim estaba en espinas, como se puede calcular fácilmente—y en no menos espinas deberia estar la familia, novia y padrinos de boda.

Ninguno sabia donde estaba el novio, no podian explicarse su tardanza y ya alguno que otro chusco empezaba á hacer correr la voz de que el novio se habia arrepentido á última hora, pues así no mas no se resuelve un mortal á echarse al hombro la cruz del matrimonio.

A las diez y media de la noche ya la novia habia empezado á lagrimar, y el futuro suegro á poner una cara de todos los diablos—aquella tardanza empezaba á no tener explicacion.

En vano salieron emisarios en busca del novio, todos ellos regresaron diciendo que no lo habian podido encontrar por ninguna parte.

A las once de la noche el cura hizo presente que aquello le parecia una burla y que no podia esperar mas porque era inútil.

Entónces empezaron á llover sobre el doctor Langenheim todo género de condenaciones, pues su conducta, realmente, no tenia perdon de Dios.

La novia lloraba amargamente, suplicando al cura quisiera esperar media hora mas, pues tenia fé en su prometido y aquella tardanza no podia ser ni intencional ni calculada por él.

El cura consintió en aquel pedido y los rumores se desataron en todos los corrillos,

comentando aquella tardanza que oia á ruptura de casamiento.

El jóven Langenheim que calculaba lo que debia estar pasando en casa de su novia, á quien no habia prevenido nada, pues creyó desocuparse pronto, echaba al jorobado cada maldicion que, á cumplirse, el pedazo mas chico de su joroba habria abultado tanto como la cabeza de un alfiler.

El truan de Parodi conocia en el semblante del jóven, la impaciencia que le dominaba, y por lo mismo demoraba mas sus respuestas, haciéndose preguntar las cosas tres ó cuatro veces y tomándose largos intervalos para reflexionar.

Si Langenheim hubiera podido sacudirle con el espediente por la joroba y salir matando hasta la casa de su novia, lo habria hecho de mil amores, pero allí estaba el juez, y el practicante tenia que guardar todo género de consideraciones.

Por fin á las once y media terminó aquella confesion maldita, y el jóven pudo trasladarse á casa de su novia, tomiendo una exena desagradable.

—Es natural que se hayan aburrido de esperarme, pensaba, y se hayan retirado pensando que soy un sátrapa calavera.

Y doblaba la lijereza de sus piernas con tal ahinco, que pocos minutos despues llegaba á casa de su futura, en momentos en que se retiraba el cura acompañado de varias personas.

En el semblante de estos pudo ver el jóven el grave disgusto que habia producido su inesplicable tardanza.

Suplicó á estos quisieran tener la bondad de regresar á la casa, donde esplicó orevemento el motivo de su demora, casándose en seguida.

La explicacion dada por el jóven, dispip por completo la mala impresion que causara su tardanza, reinando en seguida una cordial alegria.

Mucho se comentó, en medio de la mayor alegria, aquella aventura inesperada, hasta el punto de hacer esclamar á la esposa ya de Langenheim:

—Caramba, aún despues de preso, este diablo de jorobado casi me ha robado mi novio!

Por lo menos, Parodi le habia robado cuatro horas de felicidad.

Entre tanto, Parodi habia quedado convencido de que, dentro de dos ó tres dias seria dictada su sentencia, que, segun lo que oyó decir al juez, no debia ser muy agradable que digamos.

Efectivamente, tres dias despues leian á Domingo Parodi la formidable sentencia que vá á continuacion, cuya lectura le produjo tal cerote, que estuvo una semana gravemente enfermo.

**Há aquí aquella sentencia aterrante:**

**SENTENCIA DEL JUZGADO DE 1ª INSTANCIA**

En la causa criminal seguida de oficio contra Antonio Palma, Justiniano da Silva, Domingo Parodi, José Olivera, Joaquín Correa de Matos, Lorenzo Gonzalez, Angel Gramarra, José Portete, y Santiago Montovia (a) Granuja por hurtos ocultos y calificados.

**CONSIDERANDO:**

1º Que por el auto acordado 19 tit. 11 Lib. 8 R. hasta para la justificación del delito de hurto, é imposición de su pena, un testigo aunque sea el robado, ó cómplice confeso de sí, concurriendo otros dos indicios ó argumentos graves que conspiren al mismo fin, y persuadan á la prudente racional credulidad de ser el acusado delincuente: siendo además doctrina de muchos criminalistas, que en los delitos ocultos, clandestinos, privilegiados y de difícil prueba, son idóneos los testigos inhábiles, cuyos caracteres indisputablemente se encuentran en el hurto encubierto y su receptación (el señor Mathou de Re criminali Controv. 76 números 26 y 29 Jul. Clarus in pract. lib. 5 § Fin. Quest. 24 n. 19 Farinacius Quest. 62, números 28 33 y 60 - Anton. Gomez vario Resol. tom. 3 cap. 12 n. 21 et adiciones n. 22 Vilanova tom. 2 obs. 10. Cap. 4 n. 105. y tom. 3. obs. 11. Cap. 14 n. 3.) con la circunstancia de ser esta mas difícil de averiguarse que la comisión principal (Vilanova tom. 1. obs. 7. punt. 1 n. 38), y bastando por otra parte la prueba conjetural, cuando es bien demostrativa, para la imposición de la pena del delito, según la práctica constante de nuestro foro, y la exposición de los autores (el señor Larrea, allegat. 96 números 10, 12, 13, y 14.: Vilanova tom. 2 obs. 10 Cap. 4. n. 187.: Escriche diccionario verb. indicio) mereciendo especial mención el siguiente periodo de Sanponti y Barra, Marti de Eixala y Ferrer y Subirana, nuevos anotadores y comentadores de las Partidas. «En los Tribunales, ora se hable de hurtos ó de otro delito, siempre es de gran mérito la declaración del cómplice confeso de sí, y más, al agravar á otro, «no por esto se le disculpa ó defiende, observándose esta práctica á pesar de la disposición contraria de la Ley 21. Tit. 15 P. 3.»

2º Que consta el cuerpo del delito por el hallazgo de gran parte de las cosas hurtadas en poder de los reos, y de los instrumentos que empleaban, según lo acredita el proceso: al mismo tiempo que estas circunstancias calificativas y agravantes—fracturas exteriores é interiores hechas en edificios ó lugares habitados, hurtos ejecutados de noche, con gonzúa ó llave falsa, grandes ó de mucha entidad:

3º Que los encausados por hurtos calificados, se hallan confesos, lo que, con arreglo á las Leyes 2 tit. 13 P. 3 y 15 tit. 1 P. 7, dá por sí solo la prueba de sus delitos, de modo que ya se les haya de imponer las penas correspondientes: cuya confesión legítima se halla corroborada por las declaraciones recíprocas de los mismos acusados, y el encuentro que se les ha hecho de cosas hurtadas, é instrumentos de que se servían, tocando á todos igual responsabilidad, por que en el delito cometido por varios, cada uno es solidario de la totalidad (L. 20 tit. 14 P. 7ª. ; Carleval de Ju. tit. 1. disp. 5. n. 20.: Vilanova. tom. 1. obs. 7. cap. 1.

n. 14 tom. 2. obs. 10. cap. 7. punt. 1 n. 11. y tom. 3. obs. 11. cap. 14. n. 4).

4º Que los encubridores ó receptadores, se encuentran convictos por las deposiciones de los reos principales, por sus propios hechos y por los indicios vehementes ó argumentos graves que las apoyan, á la par á veces de algunos testimonios de personas extrañas á la causa: siendo indudable que en aquella calificación jurídica entran los que ocultan la cosa hurtada ó la compran á sabiendas de serlo, cuyos encubridores y receptadores son en cierto modo cómplices en el delito, (Anton. Gomez, tom. 3, var. cap. 5., n. 16. El señor Lardizabal, discurso sobre las penas, cap. 4, § 2. n. 4º. Vilanova, tom. 1. obs. 7, cap. 1, n. 88. Febrero, por Tapia, tom. 7. Jui. crim. tít. 1. cap. 1. n. 36), mereciendo notarse que entre las presunciones figuran, en los unos, el hecho material de la ocultación de la cosa, aún recibida de hombres que por su clase no debían dejar de parecer sospechosos, teniéndola muy especialmente en momentos en que toda la sociedad se ocupaba de los hurtos acaecidos de la misma clase de artículos—y en los otros—la compra de estos en esas circunstancias á tales individuos por bajísimos precios, (Anton. Gomez loc. cit. tít.: Vilanova tom. 3 obs. 11. cap. 14. n. 4) concurriendo á sus ruines habitaciones para examinar los objetos, siendo increíble que ese conjunto no les infundiese la mas poderosa sospecha:

5º Que por las leyes, el hurto calificado tiene pena de muerte. La ley 6. tít. 5. lib. 4. F. R. dice: «Todo home que foradere casa... por furtar, muera por ello». La ley 74 del Estilo, espresa: «En el título de las penas, sobre la ley que comienza: Todo home que por foredare casa, muera por ello. Y ese mismo ha de morir» si abriere la puerta con llave, ó en otra manera, ó si descerrajare arca... debe morir por ello, por justicia». La ley 18. tít. 14, P. 7. ordena: «Fuera ende... si fuesen ladrones que oviesen entrado por fuerza en las casas, ó en los lugares de otro, para robar con armas ó sin armas... Cualquiera desto sobredichos, á quien fuese probado que hizo furto en alguna destas maneras, deve morir por ende él: é quantos dieren ayuda ó consejo á tales ladrones para hacer el furto... deven aver aquella mesma pena» La ley 7. tít. 11. lib. 8. R. G. se refiere á estas leyes preexistentes, reiterándolas cuando dispone: «en los hurtos qualificados... y fuerzas y otros delitos, semejantes ó mayores, los delinquentes sean castigados conforme á las leyes de nuestros Reinos». El auto acordado 19. tít. 11. lib. 8. R., dado para la Corte y cinco leguas de su rastro y distrito, porque «como fuente de la justicia debe ser segura á todos los que vieren ó residan en olla, entendiéndose por la Corte lo que llamamos *Capital de Estado*, hace extensiva á los hurtos simples la pena de muerte, por estas palabras: «que á cualquiera persona, que teniendo 17 años cumplidos, dentro de la Corte y en las cinco leguas de su rastro y distrito, le fuere probado haber robado á otro, ya sea entrando en las casas ó acometiéndole en las calles y caminos, ya con armas ó sin ellas, solo ó acompañado, y aunque no se siga herida ó muerte en la ejecución del delito, se le deba imponer pena capital... que todas las personas que dieran auxilio cooperativo á tan grave y escandaloso delito, sean condenados en la misma pena ordinaria de

muerte, como cómplices y perpetradores de su enormidad», siendo de notar que este auto fué motivado por los hurtos y violencias que se reiteraban á consecuencia de la benignidad con que se había practicado «lo prevenido por otras leyes anteriores del Reino, que codignamente imponen la mayor pena para su castigo y escarmiento»: lo que importa un nuevo reconocimiento de las mencionadas leyes generales, que caastigan con la muerte el hurto calificado, ó una alusión semejante á la de la citada ley 17; y sin embargo de que por la ley 6, tít. 14, lib. 12, Nov. Rec. volvió á admitirse en los hurtos de la Corte, la division comun entre simples y calificados, que aquel auto había estinguido, se le dejó en vigencia en cuanto á los segundos, mandándose sólo «que las penas de los hurtos simples, sean arbitrarias», es decir, quedó en la Corte la pena de muerte, existente en todo el Reino, para el hurto calificado. Por decreto de 22 de febrero de 1765, se excluía la pena capital en el caso de no llegar el hurto calificado á 50 pesos: pero de ahí, arriba, se reproduce que «los que cometieren en las casas, forzando puertas, cofres. . . de manera que haya violencia, se castiguen con la pena de muerte!» concluyendo con la espresion de que sus disposiciones son para todos estos Reinos, porque entiendo que merece igual atencion la seguridad pública de las provincias que la de la Corte». Y por último, en el artículo 2 de la órden de 31 de agosto de 1772, se restableció la pena de muerte para esos hurtos calificados menores de cincuenta pesos, disponiéndose «que siempre que se hiciese fractura de puerta, ventana, pared, techo ó suelo, cofre, papelera, falseos de llaves, violencia ó uso de armas, aunque no llegue á verificarse el hurto, se imponga la pena de muerte»:

6<sup>o</sup> Que los encubridores y receptadores por la ley 19, tít. 34, P. 7. y la ley 9 tít. 11 lib. 8. R. D. tienen la misma pena de los ladrones; pero por el citado auto para la Corte ó capital, limitado ya el hurto calificado «incurren en la pena de doscientos azotes y diez años de galeras»:

7<sup>o</sup> Que no obstante estas disposiciones legales, que en los hurtos calificados, establecen la pena de los ladrones, y de los encubridores ó receptadores, no puede prescindirse de la verdad que enmierran estas palabras de Escriche Diccionario verb Hurto calificado: «Las leyes prodigan como vemos visto, la pena de muerte por el hurto calificado; pero en la práctica se mira con suma escrupulosidad esta pena, y por lo regular no se impone por el hurto, sino en algunos casos de extraordinaria gravedad» siendo esto tambien lo que se enseña en nuestra Universidad, como puede verse en el doctor Alvarez que le sirve de testo, lib. 4. tít. 1. art. 3 ó sea pág 504 n. 1180: prosiguiendo así Escriche, en conformidad al espíritu del referido auto acordado: «La receptacion ó encubrimiento, no suelen castigarse sino con penas menos graves, que las que se imponen al delito principal». Y si bien se está en semejante caso, desde que no se trata del comun de hurtos hechos

ocasional y aisladamente, sino del extraordinario de una cuadrilla de hombres puestos en contacto por el hurto, y para el hurto, dedicados de tal manera á él que desde años atrás lo han ejercitado contra distintas casas de esta capital, llegando á producir una alarma que tenia en zozobra á toda la sociedad, por cuya extraordinaria gravedad, la Exlentísima Cámara de Justicia, sin darse por satisfecha con el acuerdo del 3 de Julio de 1823 para la celeridad de esta clase de juicios, tuvo á bien agregar el mandato directo de que se procediese con preferencia á toda otra causa, aun abreviando los términos, en el conocimiento y resolucion de la presente, (f. 34 vuelta P. 1): pero siendo un principio inconcuso, que á cada reo ha de darse pena condigna, de modo que, aunque sean muchos incursores en una propia transgresion no ha de tratarse á todos igualmente. (Vilanova t.m. 2. obs. 10. cap. 7. punt. 1. n. 11), aquella última pena debe limitarse á las que resultan en el rol mas trascendental, y aun como cabezas, arrastrando á los otros y dándoles direccion, por todo lo que tienen sin duda el grado supremo de criminalidad:

Por todas estas consideraciones, y valorando las diversas circunstancias que deben tenerse presentes en la graduacion de las penas.

FALLO que debo condenar como condeno — á Antonio Palma, Justiniano da Silva y Domingo Paroli, á la pena ordinaria de muerte, que se ejecutará en la plaza de 25 de Mayo, el dia y hora de la mañana que el P. Ejecutivo se sirviere designar — á Joaquin Correa de Matos á 9 años de presidio á la cadena, con destino á los trabajos públicos, en el lugar seguro que el mismo P. Ejecutivo señalare, á cuya disposicion será puesto — de igual modo. Lorenzo Gonzalez, á cinco años; á Angel Gramara á nueve años — á José Portete á cinco años — á Santiago Montovia (a) Granuja á tres años; debiendo todos estos presenciar la ejecucion de los tres primeros, y de mancomunum et insolidum con ellos, restituir lo hurtado, ó su estimacion a mas alto precio que pudiera valer, desde el día del hurto hasta el que se le demandare, con los frutos ó utilidades que hubiera producido, ó podido producir á su dueño, daños y perjuicios que se le hubieren seguido y págúense los costos y costas, procesales y personales, por la totalidad de los reos, mancomunada y solidariamente.

Y por esta mi sentencia, que con oficio será elevada en prévia consulta á la exlentísima Cámara de Justicia, caso de no ser apelada dentro de dos horas, definitivamente juzgando, así lo pronuncio, mando y firmo, en la capital del Estado de Buenos Aires, á diez y seis de Octubre de mil ochocientos cincuenta y cuatro.

*Angel Medina.*

Pronunció y firmó la anterior sentencia definitiva el señor juez de primera instancia en lo criminal Dr. D. Angel Medina, en Buenos Aires á diez y seis de Octubre de mil ochocientos cincuenta y cuatro, de que doy fé—

*Alejandro Araujo.*

## NO POR MUCHO MADRUGAR AMANECE MAS TEMPRANO

Al conocer esta sentencia el jorobado creyó morir de miedo.

No comprendía como por simples robos se podía condenar á muerte y sostuvo al llavero que este era un país de verdaderos salvajes, que no respetaban la vida de los extranjeros.

El jabon le produjo una enfermedad que lo tuvo mas de quince dias postrado en su tarima, de la cual saltaba á cada momento horrorizado, creyendo que lo venian á buscar para fusilarlo.

Durante estos quince dias Parodi enflaqueció horriblemente, hasta el extremo de parecer una sombra. Los ojos se habian saltado de las órbitas y parecia mas bien un desenterrado que un candidato á defuncion.

Cuando dormia era presa de horribles pesadillas y estando despierto no hacia otra cosa que llorar amargamente, lamentando la suerte desgraciada que á tal extremo lo habia reducido.

Parodi empezó á comprender, á medida que se le pasaba el jabon, que si él no hacia algo en defensa de su pescuezo, el fallo tremendo del juez Medina podia cumplirse, é hizo llamar varios abogados para que se prestaran á defenderlo en segunda instancia, apelando de su fallo que él se permitia clasificar de salvaje.

—Quién sabe! solia pensar—á mi me protege el diablo, y todavia he de verme libre, para poderme vengar de Palma y buscar á Nemesia, la eterna pesadilla de mi corazon.

Tanto hizo Parodi, tanto lloró y tanto replicó, hasta que al fin encontró un buen abogado que lo defendiera, apelando de la sentencia dictada.

La defensa era habilísima—se habia dado vuelta las cosas de tal modo, que el jorobado venia á aparecer como una víctima inocente de las calumnias de los otros ladrones.

El habia confesado todas las acusaciones que se habian hecho en su contra, para salvar á Antonio Palma, su íntimo amigo, pero viendo que no podia salvarlo, negaba todo lo que antes habia confesado.

Milagro seria que con tan famosa defensa no fuera absuelto de toda culpa y puesto inmediatamente en libertad, por no hallarse cargos contra él.

Contentísimo con las esperanzas bien fundadas que le diera su defensor, su semblante fué animándose poco á poco, y desapareciendo de él la expresion de terror que lo hacia asemejarse al de un cadáver.

El jorobado meditaba largamente sobre su situacion, y se prometia tomar tambien un desquite del juez Medina, que se habia mostrado tan enemigo de la integridad de su gañote.

Tambien caerás bajo mis uñas, se decia, y te he de hacer pagar por lo menos, cien pesos por cada línea de tan bárbara sentencia—ya verán quien es Parodi y lo que puede este pobre jorobado.

Entre tanto la defensa se habia presentado, con tan buena suerte, que dos dias despues la sentencia era modificada del modo siguiente:

*Vistos:* Considerando 1º que los hechos consignados en la sentencia apelada de fojas setenta y uno cuerpo segundo, constan del proceso—2º que los fundamentos de la misma son en general ajustados al mérito legal de ellos.

Pero considerando ademas, respecto á los ladrones.—

Que Antonio Palma, aunque es acreedor á la pena ordinaria de muerte militan en su favor circunstancias especialísimas para que se le conmute aquella en otra menor, siempre que esto pueda hacerse sin perjuicio de la causa pública, como en efecto puede hacerse:

Porque 1º segun lo espresado en su nota de fojas setenta y ocho los Comisarios de Policia, encargados por esta de las primeras indagaciones para descubrir los autores de los hurtos que tenian en tanta zozobra á la poblacion, nada hubieran podido conseguir sin las revelaciones del acusado, las cuales fueron hechas en virtud de las promesas que aquellos funcionarios públicos le hicieron de que ellas le valdrian al menos la atenuacion de la pena; puesto que dicen en esa nota «A él exclusivamente se le debe el descubrimiento de los robos, la prision de los ladrones y las confesiones de estos, que, á su presencia, tenian que abandonar el sistema de denegacion que todos empezaban á abrazar—Pero estas revelaciones, señor, no fueron gratuitas; esas revelaciones se debieron únicamente á la promesa formal que la comision le hizo de que las haria llegar al conocimiento de la autoridad en un modo favorable á sus procedimientos, por cuyo medio tal vez obtendria sinó la conmutacion de la pena, al menos la atenuacion de ella» lo cual ratifica el Jefe de Policia en la suya de fojas setenta y nueve;

2º Que además de las mencionadas revelaciones, cooperó personalmente á la captura de sus cómplices, segun consta de la espresada nota de los comisarios de policia; 3º porque la alarma que los reiterados hurtos habian infundido en la poblacion, desapareció inmediatamente con la captura de sus ejecutores y recuperacion en gran parte, de las especies robadas, cuyo resultado, de tan grande interés para el sosiego de las familias en las horas destinadas al descanso, se debió, co-

mo lo impone el departamento de policía, exclusivamente á las revelaciones y cooperación del acusado Palma; 4<sup>o</sup> porque la ley octava, título once, libro octavo de la recopilación castellana, permite que los tribunales puedan conmutar, en los delitos de hurto calificado, la pena de muerte; y aún cuando tal facultad parece derogada por la ley trece, título veinte y cuatro, libro octavo, esta ley tiene una aplicación especial y local, como lo dice su epígrafe, y lo comprueba el espíritu que domina en el cuerpo de ella; y por lo tanto, solo debe considerarse derogatoria de la primera en cuanto comprende á los casos sobre que ella dispone, y en los que no se encuentran los procesados en esta causa.—Por estas consideraciones, y en uso de las facultades otorgadas por dicha ley, se revoca la sentencia apelada, en cuanto le impone la pena ordinaria de muerte, la cual se conmuta en la de destino á trabajos públicos, por el término de cinco años, debiendo sufrir su condena en lugar separado de sus cómplices.

Que Justiniano da Silva ha sido perpetrador de siete hurtos, casi todos nocturnos, con efracción y otras circunstancias agravantes como la diligencia que ponía en accechar á los dueños de las casas que había resuelto robar, la hora que elegía para la ejecución del crimen, los instrumentos que mandaba con anticipación fabricar; que además ha sido cófidente de ladrones en otros hurtos, á que no asistió por circunstancias ajenas de su voluntad; todo lo cual prueba ser él uno de los principales autores de los hurtos que tuvieron á esta ciudad por muchos meses en consternación y sobresalto; que de este malestar público es responsable da Silva por las maniobras que como principal director de ellos aconsejaba á sus cómplices de hurto para no ser descubiertos: que finalmente da Silva es un hombre de malos antecedentes, pues que durante su residencia en la ciudad de Montevideo, estuvo preso en la cárcel por haber sido sorprendido en los momentos en que asaltaba una casa de familia, todo lo cual resulta justificado del proceso. Por todo, y por otros fundamentos de hecho y de derecho contenidos á su respecto en la sentencia apelada, se confirma esta—

Que Domingo Parodi (a) el forzado, solo ha sido ejecutor, ocupando un rol secundario, meramente en dos hurtos: que las acusaciones que sobre él han descargado sus cómplices para hacerlo aparecer como fabricante de llaves falsas, cófidente de ladrones en otros hurtos no probados: que en los dos hurtos de que se ha confesado ejecutor, no hay efracción de puerta, ni está probado que tuviese parte en las circunstancias que los agravan, y aun cuando también lo acusen sus cómplices de haber estado preso en la ciudad de Montevideo, tal acusación tampoco le ha sido probada. Por estos fundamentos, se revoca la sentencia apelada que lo condena á la pena de muerte y se le condena á cinco años de trabajos públicos; pero teniendo en consideración el defecto físico del procesado y usando del arbitrio judicial, se le destina á cinco años de servicios de Cárcel.

Que en cuanto á Joaquín Correa de Mattos y Ángel Gramarra, se confirma de un modo absoluto por sus fundamentos la sentencia apelada.

También se confirma por los mismos fundamentos en cuanto á Lorenzo González, José Portete (a) Pepin y Santiago Montevía (a) Granuja con

las modificaciones siguientes: González será destinado por nueve años á trabajos públicos; y Portete y Montevía sufrirán igual pena por cinco años.

Así se confirma en cuanto manda que los referidos ocho procesados, asistan á presenciar la ejecución, hoy únicamente de Justiniano da Silva, y en cuanto los condena á restituir de mancomunum et insolidum lo hurtado ó su estimación al mas alto precio que pudiera valer desde el día del hurto hasta el en que se les demandase, con los frutos ó utilidades que hubiera producido ó podido producir á su dueño, daños y perjuicios que se les hubiesen seguido, con declaración de que el juez de la causa debe proceder á formar en rebeldía contra Constantino César, Zapa y demás ausentes que resultan indicados en este proceso.

Se declara por último, que el tiempo de las condenas se contará desde la fecha de las respectivas prisiones.

Considerando respecto á los receptadores:

Que Santiago Marini, hizo escavaciones en su propia casa y en la de Francisco Cambiaso para ocultar las alhajas que le habia entregado Palma; operaciones que prueban hasta la evidencia el conocimiento que tenia Marini de que esas especies eran robadas y también la malicia con que pretendia ocultarlas; por cuyas circunstancias que manifiestan ánimo deliberado en el delito de ocultación de especies robadas y demás fundamentos de la sentencia apelada, se confirma esta, aumentando á dos años la condena á prisión en la cárcel pública.

Que Alejandro Tunini, aunque niega el conocimiento de que las alhajas que se encontraron en su poder, y le fueron entregadas por Justiniano da Silva, fuesen robadas, resultan sin embargo de su propia confesión, indicios de que él á lo menos debia sospechar el mal origen de aquellas alhajas; pero teniendo en consideración el tiempo de prisión que ha sufrido y las recomendaciones que de su patriotismo hace el coronel D. Silvino Olivieri, fojas treinta y cinco utilizado en servicio del país en la Legion Valiente, se revoca la sentencia apelada, dándose por compurgada su culpa con la detención que ha sufrido, y póngasele en libertad.

Que á Francisco Cambiaso no se le ha probado que hubiese sido sabedor del entierro que en su casa habia hecho Santiago Marini, resultando de las mismas declaraciones de este y de otras personas, presunciones acerca de su inocencia por cuyas razones se le absuelve definitivamente de toda culpa y cargo.

Considerando respecto á los compradores de las especies hurtadas:

Que José Balarino es acusado por Antonio Palma y Justiniano da Silva, de haber comprado á sabiendas efectos sustraídos de la ropería «Nueva Fortuna» y de haber entrado en trato con ellos para comprarles alhajas hurtadas de la relojería frente á las Cámaras Legislativas: Que los dos últimos y Lorenzo González lo acusan también de que inmediatamente después del robo de la joyería de Fasquel, asistió á casa da Silva, inspeccionó todos los artículos de aquel robo, con la mira de comprarlos, sabiendo que eran hurtados á Fasquel; y que no habiendo en ese día cerrado trato, estuvo al siguiente en casa de Palma para tratar por una parte menor de las alhajas hurtadas:

Que la excepción opuesta por Balarino en su in-

dagatoria de que cuando se avistó con Palma y otro para cerrar el trato de los artículos hurtados, era bajo la creencia de que estos procedían de un quebrado, amigo de Palma, es de todo punto inverosímil; porque no podía ocultársele la alarma que esos hurtos habían ocasionado entonces en la población; de donde era natural sospecharse al menos entendido, que esos artículos, que se le ofrecían en venta, podrían proceder de aquel criminal origen, tanto más cuanto que la situación de su tienda de zapatos, entre las calles de San Martín y Cuyo, lo ponía, por su posición central, y por su proximidad á algunas de las casas asaltadas, en la imposibilidad moral de ignorar la existencia de esos hechos criminosos, cuando no había aún en los parajes menos centrales, persona que los ignorase, y cuando se transmitían de boca en boca—en las plazas, en las calles y en todos los lugares públicos por las personas mas vulgares:

Que aún cuando Balarino niega en su favor la retractación que hizo Palma, á fojas ciento nueve vuelta del plenario, ella es de ningún valor porque: 1<sup>o</sup> la contradice el testimonio moral que se desprende de la consideración anterior. 2<sup>o</sup> porque lo contradice otro de los testigos, cuya aserción tiene igual mérito jurídico que la del retractante, á saber, la de Gonzalez: 3<sup>o</sup> porque la contradicen las precauciones tomadas por Balarino y el mismo Palma, para conducir en un atado los artículos comprados á este, según lo ha declarado á fojas trescientas treinta y seis vuelta, pieza primera, su mismo aprendiz Juan Vimbolini, conductor del mismo atado: 4<sup>o</sup> porque todos los testigos que ha presentado en el término de la prueba, ignoran el contenido de la octava pregunta del interrogatorio de fojas ciento veinte y nueve, pieza segunda, dirigida en lo pertinente, á probar que Palma y Gonzalez le habían vendido públicamente esos efectos, sin que pudiera saber ni sospechar su vicioso origen: 5<sup>o</sup> que corrobora todo esto la circunstancia de que, según lo dice, vendió los efectos comprados tan luego á personas que debían ausentarse del país, y cuyos nombres no designa. De todo lo que se deduce que Balarino los compró con conciencia cierta de que eran malhabidos, y los vendió con igual certeza, alentado por la ganancia de un tráfico ilícito; que así ha estimulado al robo y contribuido por estos medios reprobados á sostener la alarma pública, cuando era de su deber poner en noticia de las justicias tan criminales hechos. Por estos fundamentos, se confirma la sentencia apelada, aumentándose á tres años la condena que por ella debe sufrir en la cárcel pública.

Que Luis Cató es también comprador á sabiendas de especies hurtadas; pero no descubre en sus actos tanta malicia como José Balarino, habiendo dado indicios de arrepentimiento cuando se negó á aceptar la oferta, que, con ocasión de las anteriores compras, le hizo Justiniano da Silva, de venderle otras varias piezas de artículos hurtados; por todo lo que se confirma la sentencia apelada, reduciendo á diez y ocho meses la prisión de cárcel á que ha sido condenado.

Que José Gavino es igualmente comprador á sabiendas de especies hurtadas, que revendió en su oficio de mercachife; pero considerando el poco valor de las especies compradas: que á la tercera vez que Antonio Palma se presentó en su casa á proponerle la compra de unas alhajas de oro, se

rehusó el acusado á entrar en el negocio: que así mismo declaró espontáneamente á quien había vendido el reloj de plata de dos tapas, se ofreció á recogerlo y entregarlo, como lo ha verificado, actos que deben atenuar su responsabilidad. Por estas consideraciones y otras que se han tenido presente, se revoca la sentencia apelada, dando por compurgado su delito con el tiempo de prisión que ha sufrido.

Considerando, por último y conjuntamente, respecto de los encubridores y compradores de las especies hurtadas:

Que la prueba producida por el defensor, es en parte imperniente, y en parte reagrava los cargos que resultan del proceso, contra algunos de los acusados por ocultaciones ó compras á sabiendas de cosas hurtadas, se confirma la sentencia apelada en cuanto condena á Marini, Balarino, Cató y Gavino á restituir los artículos que faltan, en la forma ordenada respecto de los ejecutores de los hurtos, y al pago de las costas procesales de mancomunum et insolidum; con declaración de que el tiempo de las condenas mencionadas, se contará igualmente desde la fecha de las respectivas prisiones. Y elévese al Poder Ejecutivo con el correspondiente oficio á los efectos consiguientes.

*Alsina - Cernadas - Villegas - Pica y Carreras.*

Lo mandaron y rubricaron los señores de la Exma. Cámara de Justicia, en Buenos Aires á 24 de Marzo de mil ochocientos cincuenta y cinco, de que certifico.— *Tomás Castro.*

No debiendo perjudicar á la libertad ordenada en la precedente sentencia respecto á Alejandro Tudini y José Gavino, la ulterior tramitación que pueda tener esta causa, pongáseles en libertad, haciéndose al efecto saber al alcaide de la cárcel pública, y avísele al departamento general de policía.— *Tomás Castro.*

SENTENCIA DE 3<sup>a</sup> INSTANCIA

**Vistos:** Con lo espuesto nuevamente por los defensores de los reos, y pedido por el señor Fiscal, se reforma la sentencia suplicada de fojas ciento sesenta y ocho, en cuanto condena á Justiniano da Silva á sufrir la pena ordinaria de muerte, quedando de consiguiente sin efecto en cuanto dispone que sus correos presencien la ejecución y se le condena á trabajos públicos por diez años: así mismo se reforma reduciendo á dos los tres años de prisión á que fué condenado José Balarino; y con respecto á Luis Cató, entendiéndose ser doce meses la reducción á que se refiere la sentencia suplicada; y se confirma en lo demás, entendiéndose que la condenación de costas, impuesta á fojas ciento setenta y dos vuelta, á los compradores y receptores, es extensiva á los ejecutores de los hurtos: última mente se declara que Florencio Negri (a) Antonio Palma, y demás reos destinados á trabajos públicos, cumplirán su condena en el lugar que destine el Superior Gobierno, á quien se pasará el respectivo aviso, y devuélvase.

*Alsina - Cernadas - Villegas - Pica y Carreras.*

Lo mandaron y rubricaron los señores de la Exma. Cámara de Justicia, en Buenos Aires á diez y ocho de Mayo de mil ochocientos cincuenta y cinco de que certifico.— *Tomás Castro.*



## UN LADRON ÇON ALAS

A la noticia de que la sentencia de muerte le habia sido conmutada por cinco años de servicio de cárcel en atencion á su defecto fisico, su alegria no reconoció límites.

—Ay! joroba de mi. ánima! exclamaba llorando de alegria, tu que has sido causa de tanta rabieta, á tí te debo esta salvada fabulosa—yo te amo joroba mia hasta el punto de ofrecerte una misa en accion de gracias, así que salga de la cárcel.

Y eran dignas de ver las contorsiones que hacia Parodi para acariciarse su espantable jiba, y posar en ella tiernos ósculos que conducia en la punta de sus afilados dedos.

El dia que le notificaron la revocacion de tan famosa sentencia, se lo pasó cantando un aire garibaldino y jugando consigo mismo sendas partidas de morra.

—Cinco años vuelan, decia al llavero, y sobre todo cinco años de condena tan liviana pasan como cinco dias, y mi reputacion, que es lo que mas estimo en el mundo queda completamente á salvo—nadie podrá decir que soy un ladron, como han pretendido hacerlo creer esos miserables que querian pasar por mis cómplices.

Pero otra cosa pensaba en sus adentros el maldito ratero.

—Una vez en mi trabajo de cárcel, se decia, no me vigilarán mas, tendré mucha mas libertad y mucho será que á los cinco dias escasos no me largue con viento fresco á reconstruir la fortuna que estos canallas me han saqueado—y despues, que me prendan otra vez, si soy tan estúpido que me ponga á tiro!

En cumplimiento de su sentencia, el jorobado fué puesto en la crujia general, donde estaban Palma y demás sócios esperando que el Poder Ejecutivo fijase el punto donde habian de cumplir su sentencia, que seria Patagones, Bahia Blanca ó Martin Garcia.

Los diez ó doce dias que estos permanecieron en la cárcel, fueron otros tantos dias de martirio para Parodi, pues aquellos, conociendo la chiripa de su sentencia y viendo que era quien salia mejor parado de todos, se desquitaban sobándole la joroba y poniéndole como un *lampazo* delante de los otros presos, que se divertian de lo fino al ver la cara de angustias con que recibia los golpes y malos tratos.

—Tu tienes la culpa de todo, porque nos has vendido, dijo un dia el jorobado á Palma, has creído salvarte de tu condena por tándote como un Judas, gran ladron, pero de nada te ha servido tu accion miserable.

Pero fué tal la tunda que le valió esta acusacion, tales los golpes que le pegaron los demás presos, incitados por Palma, que no se atrevió á abrir mas la boca para reprocharle su conducta, conformándose con la esperanza de que pronto se veria libre de aquellos verdugos, que ni lo dejaban ni siquiera dormir á gusto un solo dia.

Y no era esto solo. Parodi hubiera sobrelevado bien cualquier mal tratamiento, pero lo que no podia sufrir era que, cuanto peso le caia á mano, proporcionado por sus uñas ú otras changuitas, se lo quitaba Palma dándole un par de puñetazos y diciéndole: suelta esa plata gran ladronazo que á tí no te hace falta porque quedas aquí, mientras que nosotros, por causa tuya, tendremos que ir á vagar por los presidios.

Parodi se quejó amargamente al alcaide de la vida aperreada que le hacian pasar los compañeros de crujia, pero este hizo oidos de mercader, pensando que era un rematadísimo bribon que bien merecia lo que le pasaba, ya que se habia escapado tan milagrosamente de la tremenda sentencia de Medina.

Su queja solo sirvió para que, conocida por Palma y sus compañeros, redoblaran sus malos tratos y puñetazos, para que no fuera tan infame soplon.

Por fin vino un decreto del Poder Ejecutivo á librarlo de aquella vida mártir, en cuyo decreto se fijaban los puntos en que todos los condenados debian cumplir su sentencia.

Parodi estuvo de fiesta aquel dia, pues al fin iba á verse libre de sus verdugos, pero su fiesta duró bien poco, pues por via de despedida le sacudieron tal vuelta de trompadas y cogotazos, que si á sus gritos no acude el llavero, le hacen ochenta jorobas mas montruosas que la que poseia.

Por fin, partieron los presidiarios á sus destinos, y Parodi se consideró feliz, aunque la última tunda lo postró en cama mas de ocho dias.

Poco á poco se fué reponiendo hasta que pudo hacerse cargo de sus obligaciones, que consistian en barrer las crujias, en compañía de otros presos y hacer una limpieza en la vereda y frente de la policia, en cuya tarea los acompañaban siempre un par de gallos policiales, que no les quitaban un momento de encima su vigilante mirada.

Dos cosas solo mortificaban entónces al acogotado Parodi, y estas dos cosas eran la negra partida que le habia jugado su querida Ne-

mesa, y su tos seca que ya revestia un carácter de tisis bastante aguda.

Los vómitos de sangre eran mas frecuentes y abundantes y ya sabemos que la idea de una muerte próxima era lo que mas aterraba al jorobado, que todavia soñaba con su vuelta á Italia, dueño de una fortuna fabulosa, cosa que pudiera realizar bien pronto, trabajando por su cuenta y sin partir con nadie sus utilidades cuantiosas.

—El solo tiro que haga yo en el Banco de la Provincia, me proporcionará esa fortuna, pensaba.

Y cuando salia á barrer la vereda, pasaba estasiado sendos cuartos de hora, en la contemplacion de aquel edificio, donde habia hecho converger todas sus esperanzas de fortuna.

Un dia que se hallaba descansando en el mango de la escoba y fijando su mirada de águila en las paredes del Banco, sintió una mano que le golpeaba ligeramente el hombro y una voz burlona que le decia:

—Adios gran ladronazo y sin vergüenza, al fin te veo pagando todos los robos é iniquidades que has hecho —ojalá sigas así hasta que subas á la horca, bandido.

Verde de ira, con la mirada inyectada de sangre, Parodi dió vuelta á ver quien era e insolente que le hablaba de aquella manera. y se encontró con un jóven de expresion satírica, que daba el brazo á una muchacha lindísima que lo miraba sonriendo.

El jorobado cuya memoria era proverbial, palideció aun mas intensamente cuando los hubo conocido y quedó sin poder pronunciar una palabra, tal fué la ira que esperimentó.

El jóven con un ademan mas risueño aun, volvió á golpearle el hombro cariñosamente, añadiendo con un acento de inimitable burla:

—Adios jorobado ladron — espero hacerte una visita como esta cuando subas á la horca. cosa que no ha de tardar en suceder, entre tanto, deseo que te sucedan todas las calamidades que puedas imaginar.

Y soltando una alegre carcajada, se dispuso á seguir su camino acompañado de su pareja, pero el jorobado que pudo dominar por un momento la ira que habia embargado su accion, levantó la escoba con que barria la vereda y antes que el jóven pudiera evitarlo, le desplomó en plena galera dos grandes escobazos.

Soltó este á su compañera y arremetió contra Parodi, pero este habia sacado un corta plumas del bolsillo, con el que le dió un golpe, ocasionándole una herida, aunque leve.

Una exena de todos los diablos tuvo lugar en seguida — el jóven y Parodi rodaban por el medio de la calle, hechos una trenza, mientras la muchacha lindísima que acompañaba á aquel golpeaba á su vez al jorobado que se habia

prendido á su garganta con una ferocidad de que no se le hubiera creído capaz.

Los vigilantes que cuidaban á los presos en su trabajo, trataron al principio de separar á aquellos originales combatientes, pero bien pronto tuvieron que abandonar la empresa pues los otros presos, viendo ocupados á sus guardianes en tan feroz tremolina, soltaron la escoba y echaron á correr en todas direcciones.

Los curiosos que se detenian á contemplar aquella exena sublime, reian de una manera descomunal, al ver el raro grupo que formaban los combatientes, y los apuros de los vigilantes que salian del departamento, que vacilaban entre acudir á separar á estos ó prestar ayuda á los cólegas que perseguian los fugitivos.

Por fin los combatientes que estaban ya rendidos fueron separados y conducidos á la Policía para aclarar el origen de tan furibunda tremolina.

El jorobado declaró que aquel bellaco lo habia tratado de ladron, dándole un sopapo, pero este aseguró que solo habia saludado cortemente ú Parodi, á quien conocia, y que este por toda respuesta le habia dado una puñalada con un cortaplumas, despues de saquidrirle con la escoba.

Averiguando los antecedentes se vino á saber que aquellos dos jóvenes eran el travieso Pietro y la lindísima Nina, que hemos perdido de vista desde el descalabrado viaje á América de nuestro héroe.

Pietro y Nina fueron puestos en libertad inmediatamente, despues de recomendarles dejaran tranquilo á Parodi, si volvian á encontrarlo.

Parodi, á quien la aventura habia costado unos cuantos moretones mas, pidió le mandaran al hospital, lo que le fué concedido sobre tablas, pues su estado era realmente grave. Los golpes recibidos, en el pulmon casi todos, habian agravado su tisis que, exajerada por él mismo, lo hacia parecer un cadáver animado.

A los que realmente aprovechó aquella aventura fué á dos de los barrenderos, cuyas piernas de avestruz, los hicieron escapar á los esfuerzos de sus perseguidores.

Al dia siguiente de esta aventura, el jorobado fué conducido al hospital general de hombres para que se asistiera en calidad de preso; pero sus miras iban mucho mas allá del restablecimiento de su salud.

Por otros presos que habian sido dados de alta en el hospital, Parodi sabia que el evadirse era la cosa mas sencilla de este mundo, y al pedir que lo mandaran allí, habia sido solo para tentar una escapatoria que le diera mejor resultado que la anterior.

Apenas entró al hospital, Parodi vió que no lo habian engañado,—un solo vigilante cuidaba la sala de presos, y como le habian dicho, este vigilante abandonaba su puesto con frecuencia, ya para ir al vecino almacén á tomar la copita ya para alguna necesidad improrogable.

Además, en la remision de presos al hospital no habia la formalidad de ahora, de modo que muchas veces solia suceder que un preso se apretaba el gorro y la policia no volvia á ocuparse de él para nada.

—Me atenderé aquí un poco, que harto lo necesito, pensó el jorobado, juntaré algunos realejos, y despues me mandaré mudar, que para eso, ya veo que cualquier momento es bueno.

El jorobado con su suprema astucia, logró ganar por completo el lado á las hermanas de caridad que atendian el servicio de las salas.

Cuando pasaban por el lado de su cama, las llamaba piadosamente pidiéndolas rosarios y libros de devocion para cumplir sus deberes de buen cristiano.

Las buenas hermanas que lo veian siempre rezando de una manera piadosísima, y asegurando que él era un pobre pecador á quien Dios perdonaria los pecados que cometia todo mortal, creyeron que aquel desventurado era un santo varon á quien debian prestar su piadosa ayuda para que Dios perdonara sus faltas.

Tal maña se dió el belitre, que los mismos practicantes de medicina, que han sido siempre la crema de la travesura, se interesaron por él, llegando al enorme sacrificio de regalarle de cuando en cuando un par de pesos.

Con los pesos que le daban los practicantes y hermanas de caridad y una que otra limosna de los caritativos visitantes del hospital, Parodi empezó á hacer *caja*.

Y tan buena maña se dió, que al mes de estar allí poseia unos doscientos cincuenta pesitos, capital suficiente para hacerse de la cera y lima que necesitaba.

Aunque estaba muy mejor de sus dolencias, fingia gran fatiga y tos perruna, con el propósito de permanecer un mes mas, tiempo que él creia necesario para concluir de curarse y para completar quinientos pesos, que era la suma que se habia fijado como indispensable para huir del hospital y alquilarse un covachon, por ahí.

Su carácter bondadoso é inofensivo y su humildad ejemplar lo hacian gozar de ciertos privilegios que no tenian los demás asilados en la sala de presos, pues él paseaba libremente por los patios del hospital, sin que nadie lo molestara en manera alguna.

A la noche cambiaba de táctica completamente.

Cuando caia algun preso con dinero, el jorobado se le declaraba hipoteca y ya con el pretesto de comprarle bebida ó algun otro vicio de los que el mismo gobierno califica de *entretenimiento*, se manejaba de manera que el vuelto quedara siempre en su bolsillo, aumentando su capitalito.

Por aquellos tiempos cayó al hospital en calidad de detenido, un menor Lucas, con quien ya nadie podia entenderse, á causa de sus malas mañas.

El tal Lucas era un mocito de unos catorce años de fisonomia inteligente y despierta.

Habia sido colocado por su padre en varias casas de familia, de donde siempre habia salido, ya huyéndose ó ya despedido por sus patronos que no podian entenderse con él.

Lucas poseia cuanto vicio malo puede adornar á un pillo jubilado.

Era ratero, sabia tomar la copa con bastante frecuencia y armaba una pelea á la vuelta de cada esquina.

Era el primero que acudia allí donde sonaba un cohete volador, y á la cabeza de las bandas de música, era él el primero á quien se veia marchar, imitando los ademanes del tambor mayor.

La policia lo habia reducido á prision una infinidad de veces por raterias cometidas en casa de sus diferentes patronos, pero apenas lo ponian en libertad, tenian que echarle el guante por alguna nueva truaneria.

Lucas se habia chupado varias tundas, tentando correjirlo de esta manera, pero con esto solo lograron curtirlo, hasta el estremo que, cuando lo amenazaban con unos relencazos, respondia apaciblemente:

Sacudan no mas, que no han de ser los últimos, ya tendrán que sacudirme algunos mas, porque á mi no hay rebenque que me venga bien.

Colocado en casa de una señora que vivia en compañía de una huerfanita, Lucas ató una noche á su patrona en la cama, para robarle ochocientos pesos que le habia visto guardar ese dia en la cómoda: y para apagar los gritos de la huerfanita que pedia socorro, la habia desmayado aplicándole un garrotazo en la cabeza.

La policia lo redujo á prision, y lo colocó en la banda lisa del batallon de Echenagucia, de donde desertó cuatro ó cinco veces, á pesar de los varazos con que el sargento de la banda castigaba cada desercion.

No sabiendo ya que hacer con semejante pieza, la policia lo remitió al hospital en calidad de detenido, único recurso que le quedaba para verse libre de él.

Cuando Lucas entró al hospital llevaba por todo vestuario una chapona raída á la raiz de las carnes y un sombrero de panza de burro,

por cuyos innumerables agujeros asomaba su mota por donde en la vida había pasado otro peine que las diez uñas de sus manos.

En cuanto Parodi vio la estampa de Lucas, apreció al morenito en su real valor y se propuso sacar de él un partido fabuloso.

Se hizo contar la larga historia de sus travesuras, y comprendió que allí había tela para hacer un bribón redomadísimo.

Con mucha cautela é insinuándosele suavemente, el jorobado fué ganándose poco á poco la voluntad del negrito, haciéndole entender que, con su ayuda podían hacer tiros espléndidos sin el menor peligro, adoptando un sistema que él le revelaría así que huyeran del hospital.

Una semana después de su entrada á la sala de presos, el jorobado se había captado por completo la voluntad del menor.

—Pocos grandes golpes he de poder dar en las casas de negocio, pensaba Parodi, pues en cuanto sepan que he huido no vá á haber joyero que se descuide—pero con la cooperación de este truan que yo perfeccionaré, no habrá casa de familia rica que se me escape.

Y sus ojos de sátiro se iluminaban á impulsos de una alegría infernal, pues ya se veía hundiendo sus garritas en alguna caja de fierro llena de billetes de banco, y fuera del alcance de toda persecución policial.

El negrito, por su parte, había *estrilado* á Parodi y había comprendido que con semejanza de director podía llegar á ser una persona de gran provecho en el porvenir.

Desde que se complotaron á huir juntos, el negro, aleccionado por el ladrón, no se dejaba ver por los parajes donde éste andaba, y si alguna vez se le veía por detrás del monstruo, era haciéndole farsa de su joroba, imitando su ademán contrahecho y ridículo, lo que le había merecido algunas reprimendas de las hermanas.

Como Lucas no era un preso de responsabilidad, sino un simple detenido al servicio del hospital, gozaba de una libertad sin límites, aún para salir á la calle á comprar cigarrillos ó avios de tomar mate, á los practicantes de medicina, que admiraban la travesura é inteligencia de aquel candidato á presidio ú horca.

Habiendo juntado mas de los quinientos pesos que necesitaban para establecerse, y encontrándose suficientemente repuesto de sus dolencias, el jorobado fijó su evasión para el próximo domingo á la noche, pues era el domingo cuando los empleados del hospital salían á pasear unos, y se entregaban otros al reposo en sus habitaciones, sin preocuparse mucho que digamos de los enfermos.

—Después de comer, cuando te manden á comprar cigarrillos, había dicho el jorobado al

moreno, no regreses; espérame en las cuatro esquinas de Santo Domingo. que allí te iré yo á buscar, pues en cuanto el portero se vaya á comer, yo me haré humo, y mientras me echan de menos, si es que notan mi ausencia esta noche, ya tendremos tiempo de estar en completa seguridad y lejos de aquí.

—La cosa es que me manden, contestó el moreno, porque ya sabes que no siempre sucede esto, pues muchas veces me paso mas de un día sin salir á la calle, ni á la puerta.

—Pierde cuidado por eso, que si los estudiantes no te mandan, yo pediré licencia para que me vayas á comprar unas naranjas, y no me lo ha de negar la hermana.

Desde aquel día hasta el domingo no se vió al negrito Lucas acercarse al jorobado, ni aún para burlarse de él, como tenia de costumbre, y su conducta fué tan buena, que las hermanas creyeron que tal vez fuera posible enmendarse á aquella traviesa criatura.

Su chaquetón despedazado y su sombrero original, habían sido reemplazados por prendas en mejor uso que habían quedado en el hospital por fallecimiento de sus dueños.

Llegó por fin el domingo, y Lucas y Parodi tuvieron una conferencia muy de madrugada, para dejar bien establecido lo que debían hacer.

No queriendo Parodi inspirar la menor sospecha, quedó convenido que, si á mitad de la comida los practicantes no lo habían mandado, él iría á pedir permiso á la hermana superior para ir á comprar unas naranjas á Parodi.

Efectivamente, como si el diablo se hubiera mezclado en la cosa, dió la casualidad que aquel domingo los practicantes no tuvieran necesidad de mandar á la calle; la mayor parte se habían ido á comer á sus casas y los que habían quedado en el hospital eran aquellos que no tenían ni un peso para cigarrillos. A mitad de comida, según lo convenido, el negro Lucas fué á ver á la hermana superior á quien dijo:

—Dice el jorobado cabeza de condenado que me dé licencia para ir á comprar un piastre de naranjas que necesita para sus pulmones podridos.

—Ya te he dicho Lucas, repuso bondadosamente la hermana, que no seas malo con ese pobre desgraciado que no se mete con nadie—mira que Dios castiga esas cosas y no hay que hacer á los demás lo que no quieras que te hagan á tí—puedes ir, pero te lo repito que no seas malo con ese infeliz.

—Yo no soy malo, contestó el negro mientras se alejaba cojeando si Dios lo ha becho jorobado por algo ha de ser—y fué tan traviesa la mueca con que acompañó estas pala-

bras, que la misma hermana no pudo prescindir de verse.

Lucas, siempre cojeando, pasó cerca de Parodi, á quien gritó picarescamente:—voy á comprarle las de chupar, pero si no me dá una es la última vez que saldré á un mandado suyo, aunque reviento de pura necesidad.

—Es de travieso no mas, dijo Parodi á los que habian oido la notificacion de Lucas, y como quien espera su vuelta se lanzó al primer patio, para atisbar al portero.

Hacia como diez minutos que Lucas salió, cuando mandaron llamar al portero á comer, con uno de aquellos célebres locos mansos que hacian el servicio interior del hospital de hombres, que fué hasta ahora poco asilo de dementes.

El portero entornó su puerta y se lanzó á buen paso á la cocina, diciendo á Parodi á quien vió en el patio y sobre quien no se ejercia ya ninguna vigilancia:

—Oiga, compadre, cuando vuelva el moreno con las naranjas, haga el favor de cerrar la puerta.

—No tenga cuidado señor, contestó el jorobado humildemente, y siguió en sus apacibles paseos por el enorme pátio.

Apenas hacia dos minutos que se habia ausentado el portero, cuando Parodi abria la puerta y ganaba la calle como alma que lleva el diablo, no sin haberla serrado despues de salir, para que á su vuelta el portero creyese que el negro habia regresado y que él habia cumplido el encargo que le hizo.

El jorobado corrió hasta las cuatro esquinas de San Francisco, donde lo esperaba el negrito Lucas, entró por la calle de Rivadavia, y se metió en un cafecito situado en la calle cortada de la plaza Lorea.

Este era un boliche de un tal Pepin, albergue de gentes de uña larga, donde se juntaban de noche una buena cantidad de perdidos de toda especie.

Pepin era conocido de todos los ladrones de averia que habia en Buenos Aires, que iban á su boliche á vender los objetos que robaban y á combinar sus diversos golpes.

La policia conocia este boliche como madriguera de perdidos y lo vigilaba continuamente, pero su dueño se daba tal maña, que, como dicen los lunfardos, nunca lo habian tomado en un renuncio.

Allí cayó el jorobado como un aereólito, en momentos que tenia lugar la mas bulliciosa partida de morra que haya destrozado jamás tímpano humano.

La fama de Parodi habia llegado envuelta en una aureola de gloria hasta los concurrentes del bodegon de Pepin, cuya mayor parte lo conocian de vista por haberlo encontrado allí vendiendo alhajas.

Don Pepin se cayó de espaldas al verlo llegar—sabia que Parodi habia sido condenado á muerte, pero no conocia que aquella sentencia se hubiese sido conmutada por otra tan benéfica como la que conocen nuestros lectores.

Los otros pelandrones y vagos que estaban en el boliche saludaron su aparicion con un trueno de aplausos y vivas mas formidables aún que la misma morra que jugaban momentos antes.

—Silencio, per Baco! gritó el jorobado metiéndose bajo el mostrador—semejantes gritos pueden atraer á la policia y de nada me habrian servido los peligros que acabo de correr.

Cuando la tormenta de aplausos hubo disminuido en algo su infernal fragor, Parodi se atrevió á sacar la cabeza de bajo el mostrador y dirigir un cínicico saludo á sus antiguos conocidos, que no volvieran de su asombro al verlo en libertad cuando lo creian en capilla, disponiéndose á recibir cuatro elegantes tiros.

—De qué especie de sol has caido amigo mio? le preguntó Pepin, palmándole la joroba con intimo regocijo: qué sepulcro te ha vomitado de miedo sin duda que le robes los tirantes?

—Silencio, maldito interrumpió Parodi—salgo del hospital donde me estaba curando en calidad de preso, y á donde no pienso volver en mi vida.

—Viva Parodi! gritó uno de los comensales en cuyo estómago se alojaban ya mas de dos cuartas de caña que las que buenamente podia contener—viva il grande e buon Parodi, á cuya salud pago yo á todo el mundo y ahora mismo una *chiquita* de á peso.

En vano el jorobado pidió silencio humildemente, haciendo notar que aquella algazara lo comprometia, en vano quiso mandarse mudar si no se callaban, la *chiquita* fué servida y el mismo negrito Lucas se echó al colete una media azumbre de caña de un tiron.

La algazara subió entonces á tal punto, que el mismo Pepin cerró la puerta de su establecimiento y pagó, como expresion de su inmensa alegria, otra *chiquita* de caña que los asistentes, incluso Lucas, bebieron con envidiable placer.

Ya la jarana no reconoció límites—se bebió por alto, se cantaron concertados llenos de sal y pimienta y las partidas de morra se armaron en todas las mesas.

El negrito Lucas estaba deslumbrado, nunca se habia encontrado en una reunion tan distinguida, y en sus adentros juraba que jamás se separaria de Parodi.

Se bebió, se jugó y se gritó hasta las tres de la mañana, hora en que los concurrentes empezaron á retirarse á efectuar sus pequeñas rapiñas del amanecer y en que el jorobado, bastante parado de punto, empezó á contar á

Pepin todas sus desventuras desde que cayó preso y parte de los proyectos que tenia para el porvenir.

El negrito Lucas dormia á su lado los efectos de la caña que habia bebido, soñando con un porvenir brillante y muchas reuniones como aquella á que acababa de asistir.

Ya asomaban por las rendijas de las puertas los primeros resplandores de la mañana, cuando Parodi se retiró al pequeño cuartujo que le alquiló Pepin, quien tuvo que echarse al hombro al negrito, pues no habia forma de hacerlo levantar.

A esa misma hora era echado de menos en el hospital y buscado por todos los rincones creyendo le hubiera dado algun accidente.

Parodi habia tenido la precaucion de deshacer su cama antes de fugar, de modo que los enfermos juraban que acababa de levantarse en aquel momento.

Como él era infaltable á la misa de alba, fue notada su ausencia por las hermanas de

caridad que admiraban siempre su celo religioso, y la superiora alarmada, preguntó si estaba grave, porque solamente moribundo era capaz de perder una misa.

Se le buscó por todas partes, pero inútilmente.

El portero no habia abierto aún la gran puerta, y garantia con su cabeza que por allí no habia pasado Parodi.

Solamente teniendo alas ó pasando como bruja por el cañon de la chimenea, podia haberse hecho humo.

Se dió cuenta á la Policia quien se tomó poca pena en buscarlo, pues su sentencia lo habia juzgado como ladron inofensivo.

El jorobado, por el momento, estaba libre de toda persecucion.

—Ya verán, dijo el llavero de la cárcel cuando supo la evasion—el jorobado es un ladron con alas y no ha de pasar mucho tiempo sin que la policia le siga la pista!

## EN NUEVA CAMPAÑA

Todo aquel dia el jorobado durmió soñando con bolsas de oro y con joyerias que abrian sus puertas de par en par, á su paso, brindándole cuantos objetos de valor guardaban en el mostrador y las vidrieras.

El mismo contaba despues que si hubiera tenido la décima parte de los tesoros con que soñó aquella noche, hubiera sido el hombre mas rico del mundo.

A eso de las cuatro de la tarde vino Pepin á recordarle con un enorme plato de tallarines que devoró en compañía de Lucas, para quien aquella vida era la gloria.

—Y así viviremos siempre, maestro? preguntaba el negrito al jorobado mientras devoraba los tallarines—pasaremos la noche en jarana y el dia durmiendo y comiendo?

—Siempre así, respondió el punguista, salvo aquellas noches que nos dediquemos á juntar dinero, mucho dinero, para que la buena vida no se concluya nunca.

Al oír semejantes respuestas, Lucas se paraba de cabeza en medio de la pieza y hacia todo género de ridiculas contorsiones en festejo del porvenir brillante que se le ofrecia.

Llegada la noche Parodi declaró á Pepin que iba á *espiantarse*, porque ya se conoceria su fuga del hospital y la policia andaria buscándolo por todas partes.

—Yo me quedaria, concluyó, porque en tu casa estoy seguro, pero he tomado un terror

pánico á los soplones y como aquí me ha visto mucha gente, no seria extraño que vengan á buscarme, porque ya está visto que no todos saben guardar un secreto.

—Si te buscan han de hacerlo temprano, repuso Pepin—puedes pasearte hasta las doce y volver á esa hora, que yo te espero para cenar.

Pepin alojaba al jorobado y trataba de conservarlo en su casa, no por amor y amistad, sino porque conocia que el jorobado siempre tendria dinero á mano y habia de pagar largamente su hospedaje—era pues un cliente de gran conveniencia para su negocio, sin contar las prendas que podria comprarle á bajo precio, y otros gajes del oficio de encubridor, que él conocia en sus menores y mas minuciosos detalles.

Parodi, acompañado de Lucas, salieron á dar una larga vuelta, calculando estar de regreso á las doce de la noche, cuando mas temprano.

El jorobado empezó á preguntar á éste las casas en que habia estado conchavado, si sus patrones eran gente rica y si tenian la costumbre de tener dinero en su casa y donde lo tenian.

Así supo que uno de los antiguos patrones de Lucas, un señor D. Juan Gonzalez corredor de frutos, tenia siempre dinero en casa,

que guardaba en el cajón de un escritorio que tenía en la antessala.

D. Juan Gonzalez vivía en la calle de Cuyo, en compañía de su señora y una hija moza.

Lucas dió detalles sobre la casa, que era de un gran fondo, donde había pesebre para el caballo del patron, un gran gallinero donde dormían muchas aves domésticas que tenía la señora.

Fabricar llaves no era fácil por el momento, ni Parodi quería esponerse á que lo sorprendiera el sereno abriendo la puerta, por lo que resolvió empezar á servirse de Lucas, á quien daría provechosas lecciones.

—Si quieres que atrapemos el dinero que tenga Gonzalez en su casa, es precis, que tú que conoces la casa te entres en las primeras horas de la noche y te escondas en el pesebre; así, cuando todos estén acostados me abres la puerta de calle y yo saco el dinero.

—Yo me puedo esconder en el cuarto del pasto, que queda abierto, repuso alegremente el morenito y si no hay mas que hacer que eso, délo usted por hecho.

—Pues á ver como te portas para que la cosa sea en regla, concluyó el jorobado—junta todos tus recuerdos que el tiro se ha de hacer mañana mismo para no dejar negocio pendiente y estar siempre dispuesto á tocar retirada.

Y haciendo una larga disertacion sobre la ventaja de proceder con gran cautela para el buen resultado de los golpes, siguieron su paseo, regresando al fondin de don Pepe á eso de las doce y media de la noche.

La noticia de que Parodi andaba en libertad habia circulado entre la gente brava y de uña larga, así es que la fonda de Pepin estaba materialmente llena de gente.

Unos iban por saludar al ilustre ratero y otros para tener el alto honor de conocerlo, de modo que el jorobado hizo aquella noche una verdadera entrada triunfal.

Pepin cerró su puerta y la zambra se armó en todo su apojeo, rociada largamente con buenas bebidas de las mas bravas.

El negrito Lucas seguía asombrándose cristianamente de la importancia de su monstruoso patron, á quien todos trataban como á un gran personaje—se echaba al gañote cuanto vaso le caía á mano, y deseaba ardientemente llegara la próxima noche para hacer su debut y hacerse digno del aprecio de un tan famoso maestro que lo trataba á cuerpo de rey.

Concluida la jarana de aquella noche, que duró hasta la madrugada, Parodi se retiró á su piecita, llevando á remolque al negro Lucas que, como la noche anterior, se habia embriagado como un indio.

Era imposible dar el golpe en casa de Gonzalez aquella noche, si á Lucas no se le pasaba

la tranca antes de las cuatro de la tarde por lo menos, pues tenia que darle el plano de la casa, sin cuyo requisito Parodi no podia aventurarse en las habitaciones donde estaba la mosca.

Pesaroso de haberle permitido al negrito beber de aquella manera, se acostó á dormir, encargando á Pepin que lo recordara á eso de las tres de la tarde.

A esa hora Parodi se apoderó del negro que dormía como un burro, y á quien recordó echándole un gran jarro de agua en la cabeza, y haciéndole beber unas gotas de amoniaco en medio vaso de agua.

Tan buenos resultados produjeron los remedios, que á las cuatro de la tarde, completamente fresco y despejado, Lucas daba á Parodi todo los datos necesarios para la confeccion de un plano minucioso de la casa de Gonzalez, con un detalle de los muebles que habia en el escritorio, tan prolijo, que el jorobado podia andar en la pieza, á oscuras, y sin peligro de tropezar con mueble alguno.

—Yo tengo banca con una morena vieja que hay en la casa, dijo el morenito—puedo entrar á verla con el pretesto de que no tengo donde dormir y esta como lo ha hecho otras veces, me ha de dar posada á condicion que me vaya antes que se despierten los patrones.

—Superior, superior, se apresuró á responder Parodi, tú te albergas en el cuarto con la morena, y cuando esta se haya dormido, te vienes al zaguán y me abres la puerta, que yo estaré allí esperándote.

A penas oscureció y antes que encendieran los faroles que alumbraban entonces las cuadras con una yapa de luz, el jorobado se largó á la calle seguido del morenito.

Anduvo recorriendo los suburbios de la ciudad dando tiempo á que dieran las nueve, hora en que se encaminaron á la casa del señor Gonzalez, candidato á despojarlo.

El negrito Lucas debia tener gran práctica de la casa, porque el jorobado lo vió deslizarse por el zaguán como una sombra y perderse en los recobecos del segundo patio.

La morena vieja á quien se habia referido, se hallaba en la cocina tomando mate y cabeceando, segun su costumbre inveterada.

Debía estar muy habituada á las visitas de Lucas, pues al verlo no se sintió muy sorprendida, contentándose con decirle:

—Qué viento te trae aquí, buena pieza? Alguna iniquidad has de haber hecho.

—Nada, mamita vieja, replicó Lucas habilmente aleccionado por Parodi, solo que tengo hambre y no tengo donde descansar esta noche; vengo á pedirle que me deje dormir en su cuarto, porque si me quedo en la calle los señores me van á llevar á la policia.

La morena refanfusó un rato, echó al negrillo una gran peluca aconsejándole se conduciera bien y concluyó por darle un par de mates, consintiendo en albergarlo aquella noche, á condición de que al otro dia bien temprano se habia de ir.

Aquella morena tenia un decidido cariño por aquel travieso pilleto que como se dice, le habia ganado el lado flaco, hasta el punto de hacer de ella todo lo que queria.

Para que ninguno de los otros sirvientes fuera á apercibirse de la cosa, condujo á Lucas á su cuarto y lo dejó á oscuras, hasta que ella fuera á acostarse, concluido su trabajo.

El negrillo se acurrucó en un rincon, sobrepone unos trapos que le prestó su protectora, fingiendo sobre tablas que se quedaba dormido.

La morena volvió á la cocina, y habiendo concluido su trabajo á las once y media de la noche, se retiró á su cuarto y se recojió, despues de haber dado un vistazo á Lucas que parecia dormir apaciblemente.

A la una de la mañana, todos dormian en casa del corredor Gonzalez, donde no se oian mas que los formidables ronquidos de la morena.

Lucas se levantó entónces con mucha cautela, salió al patio y recorrió la casa acercando el oido á todas las puertas; no se escuchaba otro rumor que el de la tranquila respiracion de los que dormian.

Con los botines en la mano, para hacer menos ruido, Lucas vino al zaguan, y con un cuidado esquisito recorrió los pasadores de la puerta, asomándose á la calle.

En la esquina de la derecha, y semejante á un perro negro acurrucado por el frio, estaba el jorobado tratando de hacer el menor bullo posible y esperando sin duda que la puerta se abriera, pues apenas se asomó Lucas al dintel, Parodi se incorporó, y con una rapidez de liebre, llegó hasta donde estaba Lucas y se coló á la casa sin perder tiempo en vanas preguntas.

—Has tanteado las puertas de las piezas? preguntó una vez que estuvo dentro.

—No, replicó Lucas, porque es inútil; la única puerta que queda abierta es la del comedor, para que entre el mucamo por la mañana, pues es imposible entrar por otra parte.

Pues á no perder tiempo concluyó el punquista llegando al comedor, cuya puerta abrió sin producir el menor ruido, y entrándose como á su casa.

El comedor á mas de esta, tenia dos puertas una que daba al aposento de los esposos Gonzalez, situada en el segundo patio y otra que conducia al escritorio donde estaba la mosca, sala y antesala.

Parodi estuvo escuchando largo rato en la

primera de estas, y convencido de que los que estaban dormian profundamente, abrió la que conducia al escritorio diciendo á Lucas:

Tú te quedas aquí con el oido atento y el ojo vigilante, al menor rumor que sientas me avisas—mira que una imprudencia podria perjudicarnos á los dos.

Hecha esta recomendacion Parodi se metió á la habitacion y con una limpieza extraordinaria abrió todos los cajones del escritorio apoderándose de los papeles que, por el tacto le parecian billetes de banco—volvió al comedor donde estaba Lucas de centinela y lo tocó en el hombro haciéndole señas que le siguiese—habia tardado solo diez minutos en consumir el latrocinio.

Ya cerrada la puerta se disponia á alejarse, cuando el negrillo lo detuvo diciéndole:

—El juego de té que está sobre el aparador es de plata macisa—es un regalo que le hizo al patron el dia de su santo, el padre de la señora.

—Pues no hay que dejarlo, replicó Parodi, y volviendo á entrar al comedor, tomó el juego de té cuyas piezas repartió en sus diferentes bolsillos dando al tiro por concluido.

—Como por el hilo se saca el ovillo, y yo sé esto por esperiencia, dijo á Lucas asi que estuvieron en el zaguan, es preciso que tú te quedes aquí hasta mañana.

Como la negra que te ha alojado te abrirá la puerta y verá que tu no llevas nada, no podrán acusarte nunca como autor del robo, mientras que si sales ahora, darán á sospechar que eres tú, te buscarian y darian con nosotros.

Quedándote además, no arriesgas nada, puesto que tú has de salir á la madrugada, antes que puedan saber lo que aquí ha sucedido.

El morenito Lucas se convenció de las claras razones del maestro, como llamaba á Parodi y despues que este se fué, cerró la puerta de calle como estaba antes y se volvió al cuarto de la negra vieja, donde entró sin hacer el ruido mas leve y preparando un protesto vulgar por el caso no probable que lo sintieron entrar.

La morena dormia profundamente, dejando escuchar sus fuertes y acompasados ronquidos.

Lucas se arrebujo en su rincon y esperó que amaneciera, teniendo buen cuidado de no dejarse vencer por el sueño que lo acogotaba ya.

A los primeros albos de la mañana la morena estuvo de pié, sacudió á Lucas y le notificó que ya era hora de volar.

Dándole las mas expresivas gracias por el beneficio recibido, el negrito se retiró, emprendiendo á carrera tendida, el camino de bodegon de Pepin.

Allí estaba Parodi sentado ante los restos de una opipara cena, cuyo final habia sido un



medio frasco ginebra, bebida famosa en aquellos tiempos en que no se conocía el hoy célebre coñac de los dos gallitos.

El jorobado hizo servir á Lucas una cena de príncipe, que el morenito engulló con una avidéz descomunal.

El robo había dado un beneficio de veinte y un mil pesos, á mas, del juego de té, que mal vendido, como tendrían que hacerlo, bien podría producir cuatro ó cinco mil.

Antes de acostarse y para tener contento al muchacho, el jorobado salió en su compañía, comprándole un traje nuevo y un par de botines de charol.

Para colmo de fiesta y como una cosa del otro mundo, Parodi le regaló doscientos pesos, suma que jamás había visto junta, con lo que concluyó por jurar que por el maestro sería capaz de hacerse cortar en mil pedazos.

—Ya verá, maestro, decía, si yo sirvo para algo—lo que yo he hecho anoche es nada en comparación de lo que soy capaz de hacer.

—No te apures, no te apures, respondía bondadosamente el jorobado—tú has de ser hombre de provecho.

La policía entretanto tuvo conocimiento del robo que se había efectuado en casa del corredor Gonzalez y soltó sus pocos famosos sabuesos á la pesquisa de aquel crimen que no había dejado tras sí el mas leve rastro.

Se redujeron á prision á todos los sirvientes de la casa, pues sobre ellos caían las sospechas, pero fué preciso ponerlos en libertad por carecer de las pruebas necesarias.

Viéndose en tan triste coyuntura, la vieja cocinera confesó que la noche del robo ella había dado hospitalidad al negrito Lucas, pero que podía garantir que este no había llevado nada, pues al otro día ella misma le había abierto la puerta y lo había visto salir.

Como el morenito estaba depositado en el hospital, la Policía mandó allí á preguntar como se dejaba salir un preso á la calle, y supo que este había fugado la misma noche que Parodi—era, pues, indudable que estos dos pájaros andaban juntos, y que el jorobado debía ser el autor de aquel robo, comprendiendo entonces que el negro debía haber abierto la puerta al jorobado, puesto que esta había sido cerrada con los pasadores interiores, no pudiendo ser abierta sino por el lado de adentro.

Sin averiguar mas y convencida de la exactitud de estas deducciones, la policía soltó sus lebreles en busca del ladrón Domingo Parodi.

Pero por mas que se le buscó, por mas que se indagó, fué imposible dar con él—ó había salido fuera del país, cosa que no era difícil ó estaba perfectamente escondido en lugar seguro.

El jorobado que previa que los comisarios hacían diligencias para volverlo á pescar, no

se movía de un cuartujo, en el bodegón de Pepin, ni permitía á Lucas salir á la calle.

Por los demás conocidos que al fondin concurrían, conocía todas las medidas que para encontrarlo adoptaba la policía, sonriendo del mal resultado que estas debían de dar.

Los ocho ó diez días que duró la pesquisa policial, Parodi estuvo ocupado en organizar una gavilla de muchachos vagos y sin oficio, á los que pensaba aleccionar para seguir robando por el sistema que había adoptado en su último golpe, que era segurísimo y poco espuesto.

Así, conchavando á unos en buenas casas y haciendo entrar á otros furtivamente, podían todos franquearle las puertas de sus respectivas casas y darle un plan verbal de las habitaciones, y sobre todo, de aquellas donde había dinero, alhajas ó cosas de valor.

Cuando se acostaba, Parodi se ocupaba en madurar otro proyecto, que debía darle los mas espléndidos resultados y que era nada menos que el de dar un golpe en regla en las bien repietas cajas del Banco de la Provincia.

—Este será mi último tiro, pensaba; con él me enriquezco y me vuelvo á Europa á gozar de una existencia feliz, mientras aquí andarán revolviendo en mi busca todos los rincones de la ciudad y pueblejos de la campaña.

Pero estaba de Dios que Parodi no había de volver al viejo mundo, porque cuando no tenía dinero, esperaba tenerlo para ponerse en viaje, y cuando lo tenía, nunca era bastante, siempre esperaba tener mas.

Ni aún poseyendo una fortuna enorme, Parodi había abandonado su género de vida, porque era una naturaleza organizada especialmente para el eterno robo.

Cuando no hubiera tenido mas necesidad de dinero, hubiera robado por costumbre y para distraer la vida monótona del que vive de sus rentas, sin tener que hacer otra cosa que gastar su dinero.

Por esta razón Parodi tenía que concluir dejando sus huesos en algún presidio ó haciéndose apretar vulgarmente el gañote en una horca.

Y lo mas original era que él conocía este peligro, presentía este fin, y no se arredraba ni hacía propósito de cambiada, siendo tan cobarde que se ohaba á temblar á la sola idea de tropezar con un vigilante ó sureño.

Durante los doce ó quince días que siguieron á su último robo, Parodi organizó una gavilla de ocho muchachos, el mayor de los cuales era Lucas y el menor un piojito que apenas se alzaba una vara del suelo.

A estos muchachos los soltaba á la calle muy de madrugada, para que fueran á buscar un conejito.

Si no lo encontraban, volvían á dormir y á

comer á la fonda de Pepin, y si lo hallaban, debian volver al otro dia á imponer á Parodi de la casa en que se habian colocado, quienes eran sus dueños y si en la casa habia ó no valores.

Así se conchavaron tres de los muchachos, uno en la casa de un señor Benitez de la calle del Temple, otro en casa de una señora viuda de Gomez en la calle de Artes, y otro en un platería de la calle de Rivadavia al llegar á Esmeralda.

De todas estas casas tuvo Parodi, dos dias despues, un minucioso plano, que le permitia concocerlas como si él las hubiese edificado.

Sabia el paraje donde estaba el dinero, donde estaban las alhajas y donde la vajilla de mas valor.

Aquellos tres robos habia que acometerlos en una sola noche, para ahorrar tiempo y no malograr ninguno.

Un sábado á la noche, al mes justo del tiro en lo de Gonzalez, Parodi aleccionó á sus lactantes punguistas y se puso en campaña, con tan buena suerte, que á la madrugada habia reunido en el bodegon de Pepin, unos treinta mil pesos en dinero y unos cincuenta mil en alhajas y vajilla de comedor.

Para tener contentos á sus muchachos, esa noche les dió una buena comida y un enorme papel de dulces y confites á cada uno, prometiéndoles igual regalo cada semana.

Era, sin embargo, preciso, no volverse á servir en mucho tiempo de aquel elemento, porque lo que estas tres pungas pasaran al dominio público, las familias no querrian conchavar un muchacho, aunque este trajera recomendaciones del mismo gefe de policia, señor Cazon.

Además la policia empezaria á vigilar los menores sospechosos y era muy peligroso que cayendo uno dieran con el resto y su gefe.

El jorobado comprendió esto y resolvió dejar reposar á su pequeña gavilla, mientras él se ocupaba de un gran proyecto.

Su hospitalidad en casa de Pepin la pagaba con largueza, de modo que Pepin era el primer interesado en ocultarlo á la aceion de la policia.

Los tres últimos robos, llevados á cabo en la misma noche, y todos tres con la intervencion de los menores colocados en las casas robadas, alborotaron la policia haciéndola temer que volviera á los tiempos del ridículo, por la impunidad en que quedaban los grandes robos, haciendo evidente su impotencia para luchar con los ladrones.

Era indudable que estos habian sido cometidos por el jorobado y que á ellos seguirian una larga lista de otros á cual mas escandaloso, por lo que la policia se puso en campaña, con el propósito firme de no descansar hasta

no haber reducido á prision á aquel verdadero caco, que ya tenia alarmado á todo el comercio en joyas.

El jorobado por su parte resolvió deshacerse de su gavilla, no conservando mas que á Lucas, para evitar el gran peligro de que alguno de ellos fuera á caer entre las uñas del gallo policial, para quien aquella lucha era una cuestion de honor y de amor propio.

Por medio de Pepin los mandó á unos á la campaña y á otros á Montevideo, con la promesa de volverlos á reunir dentro de poco, para empezar nuevos trabajos de uñate.

El resolvió, por el momento, no dedicarse á otro trabajo que al de organizar su tiro al Banco de la Provincia.

Al efecto hizo comprar con Pepin algunas llaves viejas é instrumentos de herreria, para fabricarse aquellos que debian servirle para abrir las cajas del Banco, cajas que eran de las mejores que se conocian en el país.

La mayor dificultad para la realizacion de su proyecto era que, siendo demasiado conocido, no tenia la libertad que antes para salir á la calle y andar por todas partes.

El primer sereno ó empleado de policia con que tropezara, lo reduciria á prision sin mas trámite, pues su filiacion habia sido dada á todos los agentes del departamento.

Para efectuar el robo la cosa no ofrecia grandes dificultades, pues disimulando su figura de la mejor manera posible, podia colarse al Banco antes que los serenios ocuparan sus paradas y retirarse despues que las hubieran abandonado.

El jorobado, contra todo su deseo tuvo que valerse de Pepin, ofreciéndole una parte del robo.

Fué Pepin el encargado de sacar en cera el molde de la enorme cerradura, para que él confeccionara la llave que debia franquearle la puerta del codiciado establecimiento.

Allí dormia un sereno, pero esto le inspiraba muy poco cuidado, puesto que su plan era entrar al Banco antes que salieran los serenios y retirarse despues que estos hubieran abandonado sus puestos.

En la confeccion de la llave é instrumentos para abrir las cajas, empleó Parodi cerca de un mes, trabajando todos los dias asiduamente siendo un trabajo esmeradísimo, pues dos grandes cortafierros que tomó despues la autoridad policial, eran verdaderamente dos obras de arte, así como una palanca combinada, invencion del célebre ladronazo, con la que se podia forzar la puerta mejor asegurada, sin gran trabajo ni esfuerzo.

Concluido los instrumentos, Parodi se dispuso á dar golpe, pero queria asegurarse que la llave principal andaba bien y que no tendria dificultad para abrir la puerta.

El no podía ir à probarla, puesto que à penas se animaba salir à la calle la noche del robo, pero Pepin lo sacó de apuros ofreciéndose à probarla él mismo, aprovechando algun momento en que por las inmediaciones del edificio no transitara persona alguna.

Pepin salió à cumplir su promesa y volvió con la plausible noticia de que la cerradura no ofrecia la menor dificultad—la llave giraba como si fuera la propia y la puerta no tenia otro seguro interior.

Parodi recibió la noticia temblando de emocion.

Iba à realizar su sueño dorado—si daba con la caja de los billetes de mas valor, su fortuna estaba asegurada.

Durante aquella noche no pudo pegar los ojos—la pasó revisando sus instrumentos y ensayando sus dos corta-fierros que cortaban como si el metal no tuviera mayor resistencia que la madera blanda.

Siendo el Domingo la noche en que menos gente transitaba por las calles, cerrándose mas temprano las casas de negocio, Parodi aplazó para este dia su famoso golpe.

Ante la idea de que pronto seria mas rico que Anchorena, se tomó cuatro ó cinco grandes turcas, segun decia para criar ánimo, pues aquel golpe lo asustaba, de puro magnífico, antes de darlo.

Véamos los resultados que tuvo para el célebre Parodi.

## EN LAS PUAS DEL GALLO

Con un frio de todos los diablos, pues era nada menos que el mes de Junio, se largó Parodi, muy arrebuñado con su eterna capa, en direccion al Banco de la Provincia,

Llevaba en sus bolsillos todas las herramientas que habia fabricado para aquel famoso tiro, y entre pecho y espalda un par de vasos de ginebra, para amortiguar en algo el frio de aquella noche y espantar el cerote que, sin saber porqué, se habia apoderado de su respetable individuo.

Para el caso en que el golpe fracasara y tuviera que regresar à todo lo que le dieran las piernas, Pepin se habia comprometido à tener toda la noche la puerta entreabierta y estar él esperando para que el fujitivo lograra meterse adentro.

Eran las seis de la tarde, noche cerrada en aquel mes, y hora en que poca gente transitaba por la calle, no solo por ser la hora en que casi todos están comiendo, cuanto por el terrible frio que reinaba.

Mejor que mejor, pensaba Parodi mientras caminaba con toda la presteza que le permitian sus piernas cambadas y contrahechas—si logro colarme al Banco ahora mismo, puedo desocuparme antes que salgan los serenos de la policia, y así me ahorraré una noche de frio que puedo pasar al lado de la estufa de Pepin hasta que me vea à salvo.

Evitando en lo posible el pasar por delante de las puertas iluminadas y embozado hasta las orejas, llegó por la calle de Rivadavia hasta la de San Martin, pero no se animó à doblar en direccion al Banco.

Cruzó la calle echando una rápida é inteli-

gente mirada hácia derecha é izquierda, y siguió hasta Reconquista.

Para el lado de la Policia no se veia nada, los faroles de aceite no se habian prendido todavia y la puerta del departamento estaba desierta.

Por el lado del Banco no se veia cruzar una sola persona.

El jorobado rodeó la manzana de la Catedral, dobló por San Martin y se dirigió al Banco sin haber encontrado en su trayecto mas personas que dos marineros, al llegar à la esquina de Reconquista y Piedad.

Caminó hasta la puerta de aquel establecimiento, llevando en la mano la enorme llave y convencido de que nadie lo veia, metió la llave en la cerradura, abrió la puerta con increíble rapidez, y penetró resueltamente, sacando la llave y cerrando por el lado de adentro.

Allí permaneció durante cinco minutos largos, como si esperara algo.

Si me han visto, pensó vendrán à prenderme, pero al abrir la puerta yo quedo detrás de la hoja, y cuando hayan entrado puedo escabullirme con toda facilidad.

Pero como no sintiera ningun ruido que le indicara la proximidad de gente, se tranquilizó dirigiéndose al interior del edificio.

Mucho tiempo anduvo vagando, armado de un cabo de vela, por las diferentes habitaciones, pues no conocia bien la reparticion del Banco.

Por fin se detuvo estasiado, teniendo que taparse la boca para ahogar un grito de magnífico entusiasmo.

Estaba en la tesoreria del Banco y frente

por frente á una de sus mas morradas cajas de fierro.

Parodi estuvo un buen rato contemplando la caja, en seguida puso en el suelo los instrumentos y cabo de vela, y empezó á examinarla con la prolijidad del que no quiere equivocarse en la delicada empresa que vá á comenzar, y cuyo éxito depende del menor error.

Una vez que hubo examinado la cerradura y la puerta hasta conocer exactamente su mecanismo, colocó convenientemente su cabo de vela y principió á trabajar.

Segun su cálculo, disponia de tres horas, por lo menos, antes que viniera el sereno, y en tres horas de tiempo podia adelantar su trabajo de una manera notable, y hasta tal vez concluirlo.

Para el caso que el sereno llegara antes de terminado este y tenerse que esconder á esperar su retirada, era necesario que Parodi conociese bien el terreno que pisaba.

Comprendiendo esto, suspendió su comenzado trabajo, tomó el cabo de vela, y se fué á recorrer el edificio hasta su último vericonto, sin hacer un prolijo exámen del cuartucho que ocupaba el sereno, calculando la distancia á que este estaba de la tesoreria y si la luz que él hiciera allí podria verla el famoso guardian.

Despues de haber elegido hasta el paraje donde habia de esconderse cuando llegara el sereno, que haria indudablemente una recorrida por las oficinas, Parodi regresó á la tesoreria y emprendió de nuevo su trabajo de descarrajar la enorme caja.

Acababan de dar las ocho de la noche, y muy poco tiempo tendria á su disposicion.

Sin embargo, eran tan afilados sus cortafierros y tan presto el pié de gato, que el trabajo se hacia con mas rapidez que lo que calculara él mismo jorobado.

Un solo pensamiento lo mortificaba de una manera dolorosa—y este pensamiento era que la caja en que estaba trabajando podia encerrar billetes de banco como podia esclamente encerrar los libros del establecimiento.

Si sucedia esto último, el tiro quedaba perdido sin remedio, pues al otro dia hallarian la caja fracturada y se pondrian á cubierto de otra tentativa.

¿Qué hacer en semejante situacion?

No habia mas remedio que correr el albur de la suerte y trabajar mas á prisa, para en todo caso, tener tiempo de abrir otra caja donde indudablemente hallaria dinero, pues todas ellas no habian de estar ocupadas por los libros.

A las nueve de la noche el trabajo estaba tan adelantado, que bastaba solo un golpe de palanca para concluir de romper los pestillos de las cerraduras, que estaban perfectamente cortados casi en toda su anchura.

Parodi recogió todos sus instrumentos y destruyó todos aquellos vestigios que pudieran llamar la atencion del sereno, al revisar las oficinas.

En seguida se agazapó detrás de un estante y apagó la vela, esperando que llegara el sereno y proceder segun lo que este hiciera.

Para andar en el interior del edificio no necesitaba luz—tenia, como se sabe, poderosamente, desarrollado el órgano de la *memoria loca!*, y recordaba hasta la colocacion del último mueble, gracias al exámen que habia hecho antes de ponerse á trabajar.

Media gora despues de estar escondido el jorobado, entró el sereno que cuidaba el establecimiento, cerró la puerta por dentro prolijamente y se entregó á hacer su primera recorrida, oficina por oficina y vericuento por vericuento.

El jorobado desde su escondite, podia ver todos los movimientos del sereno, sin que se le escapara su menor gesticulacion.

Mucho rió el audaz ratero, al ver la manera elegante con que el sereno se limpiaba cinco honorables pesos que habian quedado olvidados sobre uno de los escritorios.

Ah! bergante, pensó—ah! rateruelo mezquino! y cuantas sonadas de narices como esta te harás diariamente, proporcionándote así un sueildejo clandestino—y fiese usted de la honradez de los guardianes del dinero ajeno!

El sereno metió los cinco pesos en sus profundas faltriqueras, y siguió haciendo su recorrida al compás de un aire andaluz, que tarareaba con una voz bastante vinosa.

Concluida su *revisala*, ganó su cuartujo, donde lo primero que se veia, al lado de un catre y sobre un viejo baul, era un calentador y demás útiles de *mate*.

El jorobado que lo seguia cautelosamente, lo vió preparar los útiles, echarse al gañote un par de docenas de mates, y acostarse á dormir la *siesta*, cosa que sin duda hacia todas las noches.

Cuando Parodi lo vió tomar la cómoda posicion de quien se dispone á echar un sueño, regresó silenciosamente á la tesoreria, sacó de su escondite la palanca, y sin encender el cabo de vela, acomodó la palanca en la juntura de la puerta de la caja, la forzó con todo el peso de su cuerpo, y sintió el ruido sordo del pedazo de fierro que se rompía.

Un suspiro como un bufido se escapó de su pecho y permaneció allí inmóvil y vencido por una emocion de profunda avaricia.

Allí estaba separado de una fortuna colosal, por solo la distancia que podia describir el alcance de su brazo.

Pero se le ofrecia una duda, duda terrible que le helaba la sangre en sus venas.

Contendría aquella caja dinero, ó solo guardaría, los numerosos libros de la tesorería?

Medio embriagado por la idea de que en un minuto mas veria realizado su gran sueño de ambicion, se dirigió nuevamente hácia el cuartujo que ocupaba el sereno.

Este dormia pacíficamente el sueño de los justos—se habia quitado un botin, sin duda para aliviar algun dolor importuno, y conservaba á su lado, cual si fuera su querida esposa, la célebre y tradicional lanza.

La linterna estaba sobre el viejo baul al lado del calentador y demas útiles de tomar mate.

El jorobado estuvo escuchando un momento la tranquila respiracion del sereno, tomando en seguida el camino de la tesorería, seguro de no ser interrumpido.

Esta vez sacó la vela del escondite, abrió la caja y se metió dentro, para evitar que al encenderla pudiese llegar el menor resplandor ó el ruido del fósforo hasta el sereno.

Apenas hubo encendido la vela, el jorobado se echó á temblar como si hubiera sido presa del mas descomunal miedo.

Los ojos le salian de las órbitas y tenia la boca entreabierta, con las carretillas caidas, como si en vez de estar en una caja de fierro llena de dinero, estuviera sobre el cadalso donde iba á perder la cabeza.

Era la impresion que le producía la vista del dinero, impresion poderosa que no llegaba á dominar á pesar de sus esfuerzos.

Riendo un momento y llorando otro, pronunciando palabras incoherentes y temblándole la vela en las manos, paseó su mirada estraviada por los enormes fajos de billetes de Banco que adornaban el piso y las tablas que circundaban la caja.

Debe ser una impresion ruda la que experimenta un ladron al contacto del dinero ageno del que logra apoderarse despues de grandes esfuerzos.

Parodi apagó la vela, se sentó sobre los paquetes que habia en el fondo de la caja y entornó la puerta: necesitaba serenarse antes de proceder, pues en el estado de excitacion en que se hallaba su espíritu, era fácil cometer una imprudencia.

Poco á poco le fué pasando la fiebre del dinero y haciéndose dueño de sí, hasta que al cabo de media hora se sintió completamente sereno y hábil para obrar.

—Qué hacer ahora? pensó, si salgo á la calle me espongo á que me detenga el primer sereno que me conozca ó desconfie de algun bulto que he de llevar conmigo; si me quedo, puede sucederme igual contratiempo por la mañana, pues me hallo muy cerca de la maldita Policía y tengo que atravesar el corazon de la ciudad.

Una media hora larga gastó en adoptar el plan que debia seguir, que era esperar hasta por la mañana, en que menos riesgos correria, pues siquiera estaria libre de los serenos.

Acababa de tomar esta resolucion, cuando sintió los pasos del sereno que se aproximaba, á hacer, por fórmula, su segunda recorrida.

El jorobado tiró hácia sí la puerta de la caja, despues de recojer la palanca, contentiendo el aliento, hasta que sintió alejarse los perezosos pasos del guardian.

El sereno, medio soñoliento, hacia realmente por fórmula aquella otra visita, en la seguridad de que no habia ningun intruso en el edificio, así es que aunque Parodi hubiera tomado menos precauciones, su presencia no hubiera sido notada.

A penas el rumor de los pasos se hubo perdido, Parodi salió de la caja y fué á espiar al sereno en su cuartujo, que no hizo otra cosa que echarse sobre el catre, á seguir el curso de su interrumpido sueño.

El jorobado regresó á la caja, encendió nuevamente su vela y empezó á revisar los enormes paquetes de papel moneda, de que estaba materialmente llena.

Todos los paquetes eran de mil pesos, hechos con billetes desde cinco hasta cien pesos, con escepcion de dos paquetes de billetes de mil y cinco mil pesos, en cuya faja se leia esta cifra: 50.000 \$.

Por pronta maniobra Parodi se apoderó de estos dos paquetes, que se apresuró á meterse en el seno.

En seguida empezó á elegir los paquetes de mas cantidad y menos bulto, relleniéndose con ellos los bolsillos y hasta los huecos de sus morrudos botines.

Calculando haber hecho un tiro de un millon de pesos mas ó menos, Parodi juntó todas sus herramientas las puso en el sitio que habian ocupado los fajos de billetes y cerró la caja retirándose al lugar que le habia servido de escondite cuando el sereno pasó su primer revista.

Allí debia esperar que viniera el dia para ponerse á salvo con su dinero.

Las tres ó cuatro horas que transcurrieron mientras amaneció, las empleó Parodi en hacer los mas famosos castillos en el aire que haya ideado la mente mas soñadora.

Ya se figuraba viajando por el viejo mundo, donde compraria algun título de conde ó marqués, pasando una vida de verdadero magante.

El jorobado se figuraba ya oirse tratar de *eccellenza* y verse elegido diputado á las cortes italianas.

—Hoy mismo tomo pasaje para Montevideo, pensaba, y de allí tomaré el vapor que va

hasta Rio Janeiro, me paseo allí un poco de tiempo y despues me voy à Europa à gastar mi dinero, en compañía de Nemesia, à quien puede ser que encuentre en Montevideo, donde se ha refugiado huyendo de algun peligro que yo no conozco.

Los primeros resplandores del dia vinieron à cortar estos castillos en el aire del buen joroba, indicándole que era ya tiempo de arreglar sus petates para ponerse en salvo lo mejor que le fuera posible.

Acomodó en su cintura y sus bolsillos los paquetes de dinero, y esperó pacíficamente à que el sereno ahuyentara los últimos vestigios de sueño y se lanzara con la música à otra parte.

Este maldito sueño es lo que iba à ser fatal al jorobado, siendo causa de que se viera nuevamente en la jaula del gallo.

Cuando el sereno abandonó el Banco, Parodi salió de su escondite, calculó el tiempo necesario para que aquel anduviera una cuadra mas ó menos, y cuanto le pareció que esto habria sucedido, abrió à su vez la puerta y se dispuso à salir de un brinco.

Ni un puñal desnudo puesto sobre su corazón, ni un cañon de à ochenta tomando su pecho de blanco, hubieran producido sobre el jorobado igual terror al que experimentó à penas hubo abierto la puerta!

Allí de pié, con la llave en la mano y en ademan de introducirla en la cerradura, mas sorprendido que el mismo Parodi, estaba el sereno que habia hecho aquella noche la guardia en el Banco!

¿Qué motivaba la presencia de aquel agente en momento tan inoportuno?

Habria aquel estado viendo los manejos del ladrón y esperaba para aprehenderlo aquel momento?

O era simplemente una cosa casual que venia à dar por tierra con todas las previsiones y cálculos de aquel finísimo ladrón?

Hé aquí lo que habia sucedido.

Como el sereno estuviera durmiendo y se despertara al ruido de los pitos que tocaban retirada, se apresuró à apretarse el gorro, el vidando sobre su catre un poncho de abrigo que se le daba en la Policia para mitigar el intenso frio que reinaba.

Recien cuando llegó à la esquina de la calle Rivadavia, echó de menos su poncho y se volvió apresuradamente à buscarlo, llegando à la puerta del Banco en momentos que Parodi salia.

Esta era la razon de encontrarse frente à frente y sin quererlo, el habilísimo y paciente raton y el inocente gato, que hacia una buena presa sin sospecharlo.

Cuando à Parodi se le pasó su primer sorpresa, comprendió que aquello era casual,

que el sereno no se daba cuenta de lo que sucedia, é intentó ponerse en fuga.

Pero tarde ya—el sereno se habia repuesto tambien de su sorpresa, habia enristrado su lanza y se disponia à *trincar*lo, por todos los medios à su alcance.

Parodi sacó fuerzas de flaqueza, comprendió que si lo tomaban estaba perdido, y bajando la cabeza intentó llevarse por delante al sereno y emprender la fuga.

—Si te mueves te clavo! gritó el sereno, pinchando en el estómago à Parodi, que al verse perdido, se echó à muerto, entregándose à completa discrecion.

El sereno, fuera de sí con la importante presa que habia hecho, lo amarró fuertemente con una faja y echàndoselo al hombro, lo condujo à toda prisa à la casa de poco trigo.

Grande fué la admiracion de los empleados de policia al ver entrar de aquella guisa al fugitivo del hospital y autor de los robos con intervencion de los muchachos que ya conocen nuestros lectores.

Ninguno podia sospecharse la causa de la prision de aquel bergante, que tanto mal rato y descrédito causó al Departamento de Policia.

La admiracion subió de punto al saber que Parodi habia sido reducido à prision saliendo del Banco de la Provincia.

Inmediatamente se procedió à registrarlo' encontrándose en su seno y bolsillos la enorme cantidad de que acababa de despojar al Banco.

En medio de sus tribulaciones y desgracias, el jorobado se felicitava que no lo registrarán entre los botines donde tenia unos cuantos paquetes de poco bulto.

Interrogado, se negó à contestar categóricamente, siendo puesto en un calabozo é incomunicado.

En el acto se mandó llamar al jefe de Policia, quien nombró un comisario sumariante, para que levantase el proceso que se debia remitir à la Càmara de Justicia.

Habiéndose este funcionario trasladado al Banco, encontró allí los rastros del robo, que hacian presumir no hubiera sido este efectuado solamente por Parodi.

¿Quiénes eran los cómplices y en donde estaban? esto era lo que iba à tratarse de indagar.

Apurado Parodi en su interrogatorio, confesó de plano como habia dado el golpe, asegurando que no habia sido ayudado por cómplice alguno.

Parecia increíble que en tan poco tiempo, el jorobado hubiese podido realizar un trabajo tan difícil, cortando pedazos de acero para cuyo trabajo un buen herrero habria empleado doce ó catorce horas, trabajando sin cesar.

El sumario se instruyó tan rápidamente, que

dos días después estaba concluido, y en poder de la Cámara de Justicia.

El fallo no se hizo esperar mucho tiempo, siendo Parodi condenado á la friolera de cinco años de reclusión en Martín García, con

una carta para el jefe de aquella isla en la que se le daba cuenta de la especie de pájaro que se lo remitía.

Véamos como salió Parodi de este presidio.

## NO HAY REMEDIO

Acompañado de una buena escolta, Parodi llegó una tarde á la isla de Martín García, siendo entonces jefe militar de ella el comandante Carballido, uno de los artilleros más prácticos de nuestro ejército.

—Si me he escapado del hospital de Buenos Aires, pensaba el jorobado, con más razón me he de escapar de aquí, donde la vigilancia no me parece que sea muy severa y donde parece que no hay puertas que se cierren.

Pero el jorobado no contaba con la huésped.

Una evasión de aquel presidio era difícilísima, porque había que ponerse de acuerdo con algún dueño de ballenera y los que iban á la isla con frecuencia no habían de querer esponerse á las consecuencias desagradables del caso, para servir los intereses del famoso ladronazo.

El comandante Carballido había recibido además una extensa nota, en la que se le detallaba la clase de vicho que se le remitía, vicho tan sagaz y astuto, que ya había huido una vez del hospital de hombres, donde estaba preso curándose una tisis aguda.

Carballido, por pronta maniobra lo alojó en el cuerpo de guardia encargando su vigilancia á todos los soldados, á quienes hizo responsable si el jorobado llegaba á huir de la isla.

—Será preciso conformarse con mi destino, pensó Parodi, pues para salir de aquí necesitaba convertirme en pescado, y esto es imposible—Cinco años vuelan, qué diablo! y tal vez los aires del mar acaben de curarme esta enfermedad maldita.

Resignado á correr su suerte, de la mejor manera posible, empezó á darse con los soldados para pasarlo mejor, y evitar en lo posible las farsas que estos le hacían, á propósito del largo de sus uñas y lo agudo de su joroba enorme.

Para captarse la voluntad de estos, el jorobado poseía un medio poderoso, y este medio era la platita que, robada al Banco, había quedado entre sus botines, por falta de malicia en los agentes que lo registraron cuando fué preso.

Cuando todos dormían y no podía ser visto, sacaba el dinero de sus bolsillos y se entretenía en contarlo cien veces.

Algunas noches lo guardaba en el bolsillo y se entretenía en robárselo á sí mismo, sin sentir en su bolsillo ni aún la presión de su propia mano.

Eran aquellos unos veinte mil pesos, con los que contaba para cuando cumplierse su condena y fuese puesto en libertad.

Un día so pretexto de arreglarse un remiendo en la chaqueta, pidió una aguja con hilo, que le sirvió para coser en el cuello y forro de la referida chaqueta, sus diez y nueve mil pesos, pues los otros mil los dejó para atender á sus gastos durante los cinco años que iba á pasar en la isla.

El jorobado se hizo alegre y comunicativo con los soldados, quienes suspendieron las bromas pesadas y chacotas de que lo hacían víctima, concluyendo por cobrarle una gran simpatía: en vez de sus guardianes eran sus compañeros.

A la noche lo rodeaban y escuchaban entusiasmados los picantes cuentos del genovés y la alegre narración de sus aventuras más peligrosas.

Algunas de estas noches Parodi compraba un frasco de ginebra, y entonces aflojaba la lengua tan alegremente, que los soldados pasaban largas horas escuchándolo entusiasmados y refrescando de cuando en cuando con sendas besos al *vincha blanca*.

La noticia de estas alegres veladas llegó á oídos del comandante Carballido, quien había venir entonces á Parodi á su alojamiento donde, en compañía de los oficiales de la guarnición, pasaba noches entretenidísimas, amenizando así la soledad y fastidio de aquel campamento aburridor.

Así pasó el primer año de presidio, en cuyo tiempo logró atraerse el cariño de todos, gozando en el campamento de la mayor libertad, que se le podía conceder, dadas las recomendaciones especiales que se habían hecho de su persona.

—No se inquiete usted mi jefe, solía decir Parodi á Carballido: yo estoy resuelto á cum-

plir mis cinco años, por la cuenta que me tiene.

Yo tengo muchas diligencias que hacer en Buenos Aires, necesitando andar en la calle sin que nadie me moleste.

Para esto es necesario que cumpla mi condena y sea puesto en libertad por el mismo juez que me ha condenado, y ya que he estado un año, estaré aquí los otros cuatro, aunque mas no sea que por no perder el que ha corrido.

Sin embargo de estas prevenciones y de estar convencido que eran sinceras, Carballido no se descuidaba y à pesar de la libertad acordada à su preso, lo hacia siempre vigilar sin que aquel se lo sospechara.

Pero el jorobado no hacia ademán de abandonar el campamento.

Su enfermedad, su maldita enfermedad que tanto miedo le causaba, habia vuelto à aquejarlo de una manera aguda.

Pasaba noches tan malas, que algunas veces se sentaba en la cama à llorar como un recién nacido, gritando que no queria morirse, porque todavia no habia gozado de los placeres de la vida y la fortuna.

Los milicos rodeaban entónces su cama, tratando de consolarle con palabras cariñosas y asegurándole que no estaba tísico como él decia, y que la sangre que solia echar al toser, era porque tenia mucha vida.

—Mucha vida que perder, respondia entónces Parodi tristemente—ya los médicos del hospital me han dicho que estoy tísico, asegurándome, como único consuelo, que un tísico puede vivir muchos años, conociéndose ejemplos de tísicos que han muerto de vejez, enterrando ellos à la tisis que los pretendió enterrar.

—Entónces no hay que afligirse, hermano, agregaban los milicos, usted va à quedar para semilla de la gente diablo—usted antes de morir tiene que tener un hijo para que herede todas la diablura de usted, hermano.

Al oír estos gracejos de los buenos milicos, el jorobado pensaba en Nemesia, y se afligia mas tristemente.

—Ingrata, pensaba, abandonarme à mi que la quiero tanto, y que por quedarme cediendo à sus ruegos fui preso la primera vez! quién habia de sospecharse que me habia de abandonar en mi desgracia!

Siempre en la esperanza de que su enfermedad podia aliviarse, el jorobado aguantó el segundo año de presidio, con una conformidad que hizo perder à Carballido toda desconfianza à su respecto.

—No crea mi gefe, yo no me he de escapar le repetia siempre, ya llevo vencidos dos años y si mi enfermedad no me pone en libertad

antes, yo he de pasar à su lado los cinco años, sin que falte un dia.

Era tal el aspecto de infeliz y el aire de triste conformidad que habia adoptado Parodi, que llegó à inspirar una lástima profunda.

La mayor parte de los dias los pasaba en la cama, entretenido en hacer pequeñas obritas de cerrajería, que regalaba à Carballido y à los oficiales de la isla.

Cuando se levantaba solia ocuparse de otros trabajos, practicando todas las obras de herrería que durante ese tiempo se hicieran en la isla.

La delicadeza de sus trabajos llamaban la atencion de todos, preguntándole un dia Carballido, como diablos teniendo en sus manos una fortuna, se habia puesto à buscarla por medios tan peligrosos.

—Los amigos me han perdido, respondia muy convencido el jorobado; si no fuera por mis amigos, no me veria seguramente donde estoy.

—Y por qué se ha dejado usted arrastrar por sus amigos, y ha seguido el mismo camino, despues de haberse visto libre de ellos?

—Porque ya me habia acostumbrado à este género de vida y habia creado necesidades à que no podia subvenir con mi propio trabajo, ya abandonado.

Y el comandante Carballido utilizaba sus talentos y buena voluntad, haciéndole fabricar las mas difíciles obras de herrería.

El jorobado habia concluido por hacerse necesario en la guarnicion de la isla, hasta el punto que su gefe veia con pesar que llegaria el momento en que tendria que deshacerse de tan buen obrero.

—¿Por qué no se queda usted conmigo, una vez que cumpla su condena? le preguntó un dia—yo le haria un contrato ventajosísimo.

—No me quedo aquí ni un minuto mas, le contestó Parodi—harto habré hecho con permanecer cinco años, que son aquí como cinco larguísimos siglos!

Y aquellos cinco años transcurrieron sin que el jorobado hubiera dado el menor motivo de queja, ni hubiera merecido la menor reprimenda por parte del gefe de la fortaleza-presidio.

Su enfermedad habia hecho en aquellos cinco años progresos rapidísimos, hasta reducirlo à su propia sombra.

Los ojos se le habian hundido entre las órbitas, su piel se habia puesto amarillenta y trasparente, y las cuatro cerdas que le servian de barba, se habian estirado y crecido à manera de piolines.

El jorobado tenia un aspecto monstruoso que causaba miedo—parecia un Cuasimodo desenterrado, mas repulsivo, mas fantástico mil veces que el personaje de Hugo.

Un dia que casualmente se miró à un es-



pejo, fué tal su desesperacion, que pidió confesarse creyendo que ya le llegaba su hora final.

El comandante Carballido pasó una nota indicando la conveniencia de traer aquel desgraciado al hospital de Buenos Aires, pues allí se iba á morir bien pronto, pero la nota no fué contestada, ya por desidia, ya porque se creyese que era alguna nueva estratagemata

de Parodi, para volver á fugar del hospital y dedicarse nuevamente á su perjudicial industria.

Vencidos los cinco años de la condena, el gefe de la Isla pasó una nueva nota, haciendo esto presente, y agregando que, durante aquel tiempo, la conducta del preso habia sido absolutamente irreprochable.

## EL DELIRIO DEL ROBO

Parodi fué puesto en libertad, y pudo volver á Buenos Aires á los cinco años y dos meses de haber salido para Martin Garcia.

Durante aquel tiempo no se cometió un solo robo de consecuencia, lo que venia á dejar demostrado que sin Parodi no habia robo posible.

En aquellos cinco años, el jorobado habia envejecido veinte, su pelo agudo y siempre parado, habia encanecido, tomando su barba un color gris ceniza que lo hacia parecer un viejo de sesenta años.

La tos que lo aquejaba era tan fuerte, que tenia que andar por la calle agarrándose á la reja de las ventanas para no caer al suelo, cada vez que lo acometia un ataque.

Felizmente para él, conservaba los diez y nueve mil pesos que salvara cosiéndolos entre el cuello de su chaqueta, *mangangases* que le servirían para vivir los primeros meses, pues en el estado en que se hallaba, difícilmente podria emprender ningun género de trabajo.

Ya no sirvo ni para la uña, pensaba Parodi, mientras recorria las calles buscando un mechinal donde meterse, porque á lo mejor de un tiro me vendria un ataque de tos que haria notar mi presencia y pondria la casa en alboroto.

Parodi encontró una covacha en la plaza de Lorea, próxima al bodegón de Pepin, que ya habia cambiado de dueño, covacha que alquiló en cincuenta pesos mensuales.

Ya estaba instalado y podia transitar libremente por la ciudad, pero como era ya cono cido de todos, solo salia de noche para evitar las sátiras que le dirijian los que le hallaban al paso.

Quiso al principio hacer una vida arreglada pero hubo de convencerse que esto no podia durar mucho tiempo, porque su aficion al robo era mucho mas fuerte que su misma voluntad.

A los dos meses de vivir en aquel cuartujo empezó á fijarse con mas atencion en las vidrieras de las joyerias por donde pasaba, pen-

sando siempre en la manera como podria efectuar en ellas algun tiro de gran provecho.

La policia que lo habia vijilado mucho los primeros dias de su libertad y que le conocia la guarida, habia concluido por no ocuparse mas de él, convencidos sus agentes que los cinco años de reclusion en Martin Garcia, habian hecho un efecto maravillosamente benéfico en el ánimo de aquel incorregible ladrón.

Pero la policia se equivocaba, como se hubiera equivocado el mismo Parodi al creerse corregido; sus manos lo llevaban instintivamente hácia lo ageno, sin que él tuviera la fuerza necesaria para retirarlas vacias.

A los seis meses de estar en libertad, ya no pudo vivir un dia mas sin ejercitar las garritas, y resolvió hacer su primer tiro en un almacen de la esquina, de cuyo dependiente principal se habia hecho íntimo amigo, y á quien le habia contado una historia que lo hacia pasar por un ser tan desgraciado, que todos los acontecimientos de la vida, hasta los mas vulgares, venian á resultar en alguna desgracia para él.

El dependiente del almacen, que era un muchachón sencillo é inocente, creyó todas las mentiras que contaba el jorobado para hacerse el infeliz, y muchas veces no le cobraba la copa de ginebra con que hacia diariamente la noche ó la mañana.

Es preciso cambiar de estilo, pensó Parodi, para no darse á conocer.

Y planteó un golpe de la manera mas hábil, táctica que han venido á resucitar despues de veinte años, los mas vulgares punguistas de estos tiempos.

En el almacen á que nos referimos, habia una piccita situada al lado de la trastienda, piccita que servia al almacenero para depositar los cajones y pipas vacias.

Parodi observó aquel cuartito, fijándose que allí no entraban sino los dependientes, cuando habia algunos cajones vacios ú otros objetos que estorbaban en el despacho.

Cuando se convenció que escondiéndose en aquel cuartito no podría ser sorprendido, el jorobado empezó á observar el movimiento monetario del almacén y reparó que el primer sábado de cada mes, ingresaban fuertes sumas, que variaban entre diez, veinte, y muchas veces más de treinta mil pesitos.

—Este es mi golpe, se dijo Parodi, y tendría que ser yo muy tonto y el almacenero muy vivo para descubrirme—será el golpe más fácil que habré dado en mi vida.

Un fin de mes, que cumplía un año de su libertad, Parodi fué al almacén, y pasó el día contando, con su vista de águila, las moscas que ingresaban al cajón del mostrador.

—Veinte y dos mil pesos, se dijo cuando se retiró á comer, he aquí una buena suma, que me podría servir de base á las especulaciones que emprenderé después de esta.

A la noche volvió al almacén, y se puso á tomar tranquilamente en la trastienda, su habitual capital de ginebra.

En un momento que no quedó allí parroquiano alguno y que los dependientes estaban entretenidos en el despacho del mostrador, se coló al cuartito y se acomodó entre los cajones vacíos, de manera que no pudiera verlo el que por casualidad se asomara allí á alguna cosa.

Cuando el dependiente su amigo regresó á la trastienda á despachar un nuevo marchante, ya el jorobado no estaba allí, por lo que supuso que aquella retirada tan temprano, debía ser á causa de que su enfermedad se había agravado.

—Pobre Parodi, pensó, bien pronto tendrá que largar la pelleja, porque en semejante estado no se vive mucho tiempo.

El jorobado permaneció en su escondite todo el resto de la noche, metiéndose hasta la garganta su pañuelo de algodón, para sofocar los ataques de tos que le asaltaban de rato en rato.

Los demás borrachones, compañeros de copa, extrañaron su falta aquella noche, comentando su conducta de diversas maneras y lamentando la enfermedad endiablada que concluiría por matarlo brevemente.

Por fin, á eso de las once de la noche el almacén empezó á quedar desierto, hasta que á las doce en punto, los dependientes cerraron la puerta y se acostaron.

Cuando Parodi calculó que había transcurrido una hora, y que los dependientes dormían profundamente, salió sigilosamente de su escondite y se dirigió al mostrador del despacho, de cuyo cajón sacó la elegante suma de veinte y cuatro mil pesos, producto de las cuentas cobradas, y del *diario* de aquel día.

En seguida abrió la puerta del almacén descorriendo los pasadores de las dos hojas, que

ajustó á su salida, y se fué á su cuartito donde se acostó á dormir, después de haber escondido cuidadosamente el dinero en el hueco de una baldosa que había desencajado á propósito, y que ajustaba con el pie de su camita de fierro.

Al otro día los dependientes del almacén se daban vuelta al majín, no pudiendo atinar como ni quien podía haber cometido aquel robo, del que no quedaba el menor rastro.

Se dió parte á la policía, cuyo jefe mandó como siempre un comisario á que hiciera la pesquisa, pesquisa que, como siempre, también, dió un resultado negativo.

—El autor de este robo, por la manera habilísima con que ha sido cometido, no puede ser otro que el jorobado, dijo un oficial de serenos.

—Y el jorobado, añadió un comisario, vive á pocos pasos del almacén robado.

Pues á prender al jorobado, concluyó el jefe de policía, y el jorobado fué preso ese mismo día, en momentos en que se levantaba de la cama.

Se hizo un minucioso registro en el cuarto y en su persona, pero no se pudo encontrar ni un centavo.

La policía supo las relaciones que tenía Parodi con los dependientes del almacén y la frecuencia con que allí iba á tomar la copa, concluyendo por afirmarse en la idea del oficial de serenos: aquel robo tenía que haberlo cometido Domingo Parodi.

Pero como nada se le pudo probar, ni se pudo hallar el dinero, fué puesto en libertad al mes justo de su prisión.

Parodi tuvo la suerte de encontrar su dinero bajo la misma baldosa en que lo había dejado.

Parodi volvió al almacén que había robado donde se quejó amargamente de la injusticia que se había cometido con él.

Y el almacenero fué tan inocente que no solamente le creyó, sino que le dió mil satisfacciones, diciéndole que ni la sospecha había partido de él, ni había contribuido á su prisión con la menor palabra: todo había sido obra de la policía.

Y este fué el nuevo sistema de robos que siguió en adelante, cometiéndolos muy de tarde en tarde, pero con toda seguridad y con buenos resultados.

La policía, por su parte, seguía también el sistema de reducirlo á prisión como su punto de partida en cualquier robo.

No bien se tenía noticia de un robo, Parodi era reducido á prisión y puesto incomunicado después de un minucioso registro en su habitación.

Este sistema solía dar los mejores resultados, pues la mayor parte de las veces se ha-

bian hallado en su domicilio tales indicios, que el robo quedaba constatado, á pesar de las audacias negativas del jorobado, que no confesaba el delito, aunque este le fuera probado terminantemente.

Así pasó los últimos años de su vida, cuatro meses preso y dos ó tres en libertad, vijilado siempre por los agentes policiales.

En las últimas épocas de su vida ya no se tomaba el trabajo de negar las acusaciones que se le hacían, en cuanto lo llevaban preso, cantaba de plano, devolviendo parte del dinero, y asegurando haber gastado el resto, que nunca parecia, apesar de las activas y hábiles pesquisas de la policia.

El jorobado debía tener un escondite bien seguro.

Entre tanto la tisis hacia sérios progresos on aquella naturaleza envejecida rápidamente por el alcohol y la mala vida que llevaba, siempre preso en calabozos mal sanos, ó vagando las calles en busca de buenos tiros ó de ligeras pungeadas.

Ya no echaba sangre cuando tosia, sinó pedazos de pulmon, concluyendo por habituarse á la idea de un fin rápido.

Las últimas prisiones las pasó en el hospital de hombres, donde se convenció que ya no tenia remedio y que su fin se acercaba.

Dispuesto á entregar el rosquete en cuanto el diablo se presentará á cobrar su piel, Parodi se instaló definitivamente en el hospital, tratando de pasar su vida lo mas alegremente que le fuera posible.

Eran tan curiosas las revelaciones que hacia, que los estudiantes de medicina rodeaban su cama, escuchando los mas minuciosos detalles de los robos consumados por aquel ingeniosísimo ladrón.

Parodi les contaba entonces desde su primero hasta su último robo, con curiosísimos detalles y observaciones tan chuscas, que aquello se convertía en un coro de carcajadas.

Cuánta aventura amorosa sorprendida por aquel ladrón—mientras daba cima á tal ó cual latrocinio!

Cuánta exena picante, vista por el ojo de la llave, narraba con una picardía que era como coquillas!

Cuánta dama conocidísima habia sido pillada por él en sendas luchas de puñetazos y tirones de mechas, con su marido, que manifestaba celos por alguna mala pasada, ó se negaba terminantemente á aflojar el bolsillo.

Al decir de los estudiantes, el jorobado narraba estas aventuras y otras mas traviesas aún, con tal chispa y tal colorido, que los mismos catedráticos que pasaban por sérios se acercaban á su cama y lo escuchaban con gran gusto.

—Yo sé mas cosas que un padre confesor! solia decirles mostrando sus afilados y amarillentos dientes con una sonrisa de ratón enamorado, pero si no aflojan cinco pesos me callo la boca y no les cuento ni una palabra.

Los estudiantes aflojaban la mosca y entónco los cuentos de Parodi no terminaban nunca, con gran refocilamiento de los otros enfermos de la sala que asistian á aquellas exenas, desde sus camas, como quien asiste á un teatro.

Los estudiantes solían tambien entretenerse en poner á Parodi problemas de robos, problemas que este resolvía inmediatamente de una manera tan segura, que parecia que estuviese realmente en la obra en el terreno imaginario.

—Vamos á ver Parodi, le decían, como robarías tu tal banco y tal joyeria, ó tal casa de comercio? qué harías?

—El plano, gritaba Parodi entusiasmado, déñme el plano de la casa, indicándome la parada del sereno.

Los estudiantes le hacían un plano minucioso de las piezas, una lista de sus habitantes, y le decían la parada del sereno.

—Nada mas fácil, exclamaba el jorobado—y practicaba su robo mentalmente, sin omitir el asombro de la policia, al dia siguiente, cuando tenia conocimiento de tan habilísimo robo.

Cuentan las crónicas del hospital, que mas de un estudiante se valió de los talentos de Parodi para entrar sin ser sentido á la casa donde moraba su Dulcinea, ó para robarse á esta sin que lo sintiera la tierra, ni la misma robada.

—Para mí no hay cerradura segura, gritaba el jorobado, complacido del buen resultado de alguna aventura llevada á cabo segun plan trazado por él:—yo con una simple carta de baraja, soy capaz de abrir á San Pedro la cerradura del cielo, y colarme dentro sin que me sienta, que es lo que haré cuando me muera.

Cuando Parodi se sentía mas aliviado y le permitían levantarse, se iba á la sala de presos á hacer una visita á los que habian caído en poder del gallo policial.

Los que habia sido presos por robo, eran los que merecían su atencion.

—Vamos á ver decia entonces—como fué eso, cuéntame los detalles exactos y como fué que te pillaron y te prendieron. . .

El ladrón contaba entonces humildemente el robo que habia practicado, y la fatalidad porque habia sido preso.

—Es claro, respondía Parodi con una grave-dad cómica—no es fatalidad sinó imbecilidad—si hubieras procedido así y así, hubieras logrado tu tiro sin que nadie te incomodara.

Y corregía el robo esplicando la sencilla ma-

nera como debía haber sido practicado para que hubiera tenido buen resultado la cosa.

Así la sala de presos se había convertido en una cátedra de robo, dictada por el eminente profesor Parodi.

Cátedra que debía producir discípulos de primer orden.

Fué preciso privarle por completo la entrada á aquella sala, pues con sus lecciones no solo los ladrones se perfeccionaban, sino que los que no lo eran tomaban gusto al oficio.

La tisis siguió consumiéndose poco á poco á aquella naturaleza gastada, hasta que vino el trance fatal.

Parodi arrojó su último pedazo de pulmon, con esa rara conformidad de los tísicos que saben qué para el mal que los mata, la ciencia no tiene recursos de ningún género.

Cuando su último pucho de vida tocó á su fin, el jorobado entró en un delirio delicioso.

Creía que ya había muerto, que había burla-

do la vigilancia de San Pedro, y se había colado al cielo una noche lluviosa, y sin que nadie lo sintiera se había metido al dormitorio de Dios mientras este dormía la siesta, y le había robado un tesoro que no sabía donde llevarse porque pesaba mucho.

—Voy á buscar un par de carros de cola, exclamó, é hizo un violento movimiento.

Fué el último de aquel cuerpo demacrado y horriblemente enflaquecido.

El jorobado que había vivido entregado al robo con todas sus facultades, moría delirando con que efectuaba el más magnífico de los tiros.

Así murió aquel ladrón que hizo célebre su nombre, y que como Caco, pasará á la posteridad iluminado por una aureola de uñas.

El eminente doctor Pirovano, practicante entonces del hospital de hombres, disecó su columna vertebral y preparó su cráneo, que creemos, conservará todavía.